

MICHAEL CONNELLY

El quinto testigo



Lectulandia

El abogado Mickey Haller está acostumbrado a defender a personas en situaciones límite. Y con la crisis económica, los clientes con problemas abundan. Especialmente si sus dificultades están relacionadas con los bancos y con el pago de sus hipotecas. Es el caso de Lisa Trammel, que a duras penas puede mantener su casa y a su hijo después de que su marido los abandonara. Las cosas no van bien para Lisa, pero aún pueden ir mucho peor. Acaban de encontrar asesinado a un directivo del banco que le había concedido la hipoteca a Lisa y a ella la van a acusar del crimen. Haller va a tener que poner toda la carne en el asador si quiere salvar a su cliente de precipitarse al abismo.

Lectulandia

Michael Connelly

El quinto testigo

Michael Haller - 04

ePub r1.0

Titivillus 02.05.15

Título original: *The Fifth Witness*
Michael Connelly, 2011
Traducción: Antonio Padilla Esteban

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Dennis Wojciechowski, con todo mi agradecimiento

Primera parte
Las palabras mágicas

1

La señora Pena me miró desde el asiento y levantó las manos a modo de súplica. Con marcado acento, optó por el inglés para lanzarme directamente su mensaje final:

—Por favor, señor Mickey, ¿va usted a ayudarme?

Miré a Rojas, que se había dado la vuelta en el asiento delantero, aunque no le necesitaba como intérprete. Y entonces miré más allá de la señora Pena, por encima de su hombro y a través de la ventanilla del coche, en dirección al hogar que quería conservar con desespero. Era una casita de dos habitaciones pintada de un color rosa desteñido y con un jardín desastrado tras el vallado de alambre. El escalón de hormigón situado bajo la puerta estaba surcado con unas pintadas en las que tan solo era descifrable el número 13. No era la dirección. Era un juramento de lealtad.

Volví a posar los ojos en ella. Tenía cuarenta y cuatro años y era atractiva a su modo, un tanto ajado. Era madre soltera de tres adolescentes varones y no había pagado la cuota en nueve meses. El banco había procedido a ejecutar la hipoteca y tenía previsto vender las cuatro paredes entre las que vivía.

La subasta iba a tener lugar dentro de tres días. No importaba que la vivienda tuviera poco valor o que estuviera enclavada en un barrio infestado de pandilleros en South Los Ángeles. Alguien la compraría, y la señora Pena pasaría de propietaria a inquilina —eso si el nuevo propietario no optaba por desahuciarla, claro—. La mujer siempre había contado con la protección de los Florencia 13. Pero los tiempos habían cambiado. La lealtad de una pandilla criminal no iba a servirle de ayuda ahora. Necesitaba un abogado. Me necesitaba a mí.

—Dile que voy a hacer todo lo posible —indiqué—. Dile que estoy bastante seguro de poder detener la subasta e impugnar la validez de la ejecución hipotecaria. Al menos eso hará que todo vaya más lento y nos dará tiempo para preparar una estrategia a largo plazo. Quizá pueda empezar de nuevo.

Asentí con la cabeza y esperé mientras Rojas traducía. Había sido mi chófer e intérprete desde que había oído el anuncio de su oferta de servicios en las emisoras de radio hispanas.

Noté la vibración del teléfono móvil en mi bolsillo. La parte superior del muslo me sugirió que se trataba de un mensaje de texto, y no de una llamada, que de hecho vibraba durante más rato. Fuese lo que fuese, hice caso omiso. En cuanto Rojas terminó de traducir, volví a tomar la palabra antes de que la señora Pena pudiera decir algo.

—Dile que debe entender que esta no es la solución a sus problemas. Puedo retrasar las cosas y podemos negociar con el banco. Pero no le prometo que no vaya a perder la casa. De hecho, la casa ya la ha perdido. Voy a recuperarla, pero tendrá que seguir viéndoselas con el banco igualmente.

Rojas tradujo, añadiendo unos ademanes que yo no había puesto. La verdad era que la señora Pena tendría que acabar yéndose. Todo dependía de lo lejos que me

dejara llegar. Si se declaraba insolvente obtendríamos un año más para la defensa de su caso. Pero no tenía por qué decidirlo en aquel momento.

—Y ahora dile que necesito que me paguen por mi trabajo. Cuéntale el plan: mil por adelantado, y el resto en plazos mensuales.

—¿Cuánto al mes? ¿Y durante cuánto tiempo?

Volví a mirar la casa. La señora Pena me había invitado a entrar, pero preferí hablar con ella en el coche. En aquella zona los tiroteos desde los coches eran muy frecuentes, así que había venido en mi Lincoln Town SPA, cuyas siglas correspondían a la Serie con Protección Balística. Se lo había comprado de segunda mano a la viuda de un sicario del cártel de Sinaloa, asesinado poco antes. Tenía las puertas blindadas y las ventanillas contaban con una triple capa de cristal a prueba de balas, a diferencia de las ventanas de la rosada casita de la señora Pena. Después de lo que le había sucedido al tipo de Sinaloa había aprendido que no hay que bajarse del coche a menos que sea estrictamente necesario.

La señora Pena me había contado que los pagos de la hipoteca desatendidos desde hacía nueve meses ascendían a setecientos dólares al mes. Y seguiría sin abonar los pagos al banco mientras yo trabajara en el caso. Ella no tendría que pagar un centavo mientras yo mantuviera al banco a raya, así que aquel caso podía darme bastante pasta.

—Serán doscientos cincuenta al mes, le haré un buen precio. Asegúrate de que entienda que estamos ofreciéndole un chollo y que no puede retrasarse con los pagos. Puede pagarnos con tarjeta de crédito, si tiene alguna a la que poderle sacar partido. Eso sí, asegúrate de que no caduca al menos hasta 2012.

Rojas tradujo, con más gestos y muchas más palabras de los que yo había utilizado. Eché mano al móvil. El mensaje de texto era de Lorna Taylor: LLÁMAME EN CUANTO PUEDas.

Tendría que llamarla cuando terminase de hablar con mi cliente. Los despachos de abogados al uso suelen tener una supervisora y recepcionista. Pero yo no tenía más despacho que el asiento posterior de mi Lincoln, de modo que Lorna llevaba los asuntos del negocio y respondía a los teléfonos en el pisito de West Hollywood que compartía con mi investigador de confianza.

Mi madre era mexicana, así que entendía su idioma natal mejor de lo que parecía. Cuando la señora Pena respondía, entendía lo que estaba diciendo, al menos por encima, pero aun así dejaba que Rojas me lo tradujera todo. La mujer se comprometió a volver al interior de la casa a por los mil dólares iniciales y a pagar mensualmente de forma escrupulosa. A mí, no al banco. Calculé que si lograba que siguiera viviendo en la casa un año más, me sacaría un total de cuatro mil pavos. No estaba mal para un trabajito como aquel. Lo más seguro era que no volviese a ver jamás a la señora Pena. Denunciaría en el juzgado la ejecución hipotecaria y daría todas las largas posibles al asunto. Seguramente no tendría ni que comparecer ante el juez. Mi joven pasante se encargaría de los preparativos judiciales. La señora Pena

estaría contenta, y yo también. Con el tiempo, sin embargo, el martillo judicial terminaría por caer. Siempre lo hace.

Me dije que no era un caso difícil, por mucho que la señora Pena no fuera a inspirar mucha simpatía a un juez. La mayoría de mis clientes dejan de pagar al banco tras haber perdido un empleo o sufrir una enfermedad grave. La señora Pena dejó de hacerlo después de que sus tres hijos fueran encarcelados por tráfico de drogas y se quedara sin su aporte financiero semanal. Con aquel panorama no era fácil mostrar buena voluntad. Pero el banco había jugado sucio. Yo mismo había revisado el expediente en mi portátil. Todo estaba allí: constaba que le habían enviado varias notificaciones exigiéndole los pagos y, finalmente, advirtiéndola de la puesta en marcha de la ejecución hipotecaria. Solo que la señora Pena decía no haber recibido ninguna de esas notificaciones. Y yo la creía. Aquel no era un barrio en el que los agentes judiciales pudieran campar a sus anchas. Lo que yo sospechaba era que las notificaciones habían acabado en la basura y que el agente de turno había mentido al respecto. Si lograba demostrarlo, podría aprovechar aquella ventaja para librar a la señora Pena de las garras del banco.

Esa sería mi línea de defensa. Que a la pobre mujer no le habían notificado debidamente el peligro al que se exponía. Que el banco se había aprovechado de ella y había puesto en marcha la ejecución hipotecaria sin darle la oportunidad de abonar los pagos pendientes, y que el tribunal tenía que fallar en su contra por haber procedido de esa forma.

—Muy bien, pues trato hecho —convine—. Dile que entre a por el dinero mientras imprimo el contrato y el recibo. Vamos a ponernos manos a la obra hoy mismo.

Sonreí e hice un gesto con la cabeza dirigido a la señora Pena. Rojas tradujo y se bajó del coche para rodear el vehículo y abrirle la puerta a la mujer.

Una vez que la señora Pena hubo salido del coche, abrí el archivo con la plantilla del contrato en español y tecleé los nombres y cifras necesarios. Lo mandé a la impresora situada junto con otros dispositivos electrónicos en el asiento del copiloto. A continuación procedí a rellenar el recibo del dinero que iba a ser ingresado en la cuenta fiduciaria de mi cliente. Todo perfectamente legal. Siempre. Era la mejor forma de que el colegio de abogados de California no me buscara las cosquillas. Podía tener un coche blindado a prueba de balas, pero el colegio seguía dándome un miedo atroz.

Había sido un año difícil para el bufete de abogados Michael Haller y Asociados. Los abogados penalistas casi no encontraban trabajo con la economía en horas bajas. La criminalidad, sin embargo, no tocaba fondo. En Los Ángeles, el crimen avanzaba viento en popa fuera cual fuera la situación económica. Pero los clientes dispuestos a pagar eran cada vez más escasos. Parecía que nadie tenía dinero para costearse un abogado. En consecuencia, la defensa de oficio estaba hasta arriba de trabajo y clientes mientras los tipos como yo las pasábamos canutas.

Tenía mis gastos fijos y una cría de catorce años en un colegio privado que hablaba de estudiar en la Universidad del Sur de California siempre que venía al caso. Tenía que hacer algo, así que hice lo que en su momento me hubiera parecido impensable: especializarme en derecho civil. El único sector en expansión en el campo de la abogacía era la defensa contra las ejecuciones hipotecarias. Asistí a unos cuantos cursos organizados por el colegio, me puse las pilas y empecé a poner nuevos anuncios en dos idiomas. Monté varias páginas web y empecé a comprar los listados de casos de ejecución hipotecaria archivados en el registro del condado. De ese modo había logrado convertir a la señora Pena en mi cliente. Correo comercial. Su nombre aparecía en el listado, de modo que le había mandado una carta —en español— ofreciéndole mis servicios. Según me dijo, mi carta era la primera noticia que tenía de que el banco se proponía quedarse con su casa.

Suele decirse que el que la sigue la consigue. Resultó ser cierto. Empezaba a tener más trabajo del que podía asumir —aquel día tenía seis citas más después de la señora Pena—, e incluso había contratado a una asociada de verdad para Michael Haller y Asociados por primera vez en la vida. La epidemia nacional de ejecuciones hipotecarias iba remitiendo, pero ni por asomo daba señales de desaparecer. En el condado de Los Ángeles podría seguir poniéndome las botas durante los años venideros.

Los casos tan solo me reportaban cuatro o cinco de los grandes cada uno, pero estaba en un período de mi vida profesional en el que la cantidad estaba por encima de la calidad. En aquel momento tenía en cartera más de noventa clientes con problemas hipotecarios. Estaba claro que mi hija podía empezar a pensar en serio en la universidad. E incluso en hacer un máster, ¡qué demonios!

Había quienes pensaban que yo era parte del problema, que simplemente estaba ayudando a los parásitos a aprovecharse del sistema, lo que repercutía de forma negativa en la recuperación económica global. Aquella descripción se ajustaba a algunos de mis clientes, desde luego. Pero yo me decía que la mayoría de ellos no eran sino víctimas por partida doble: primero engatusados con el sueño americano de tener una casa en propiedad y alentados a firmar unas hipotecas que ni remotamente iban a poder pagar, y convertidos luego en víctimas de nuevo tras el estallido de la burbuja, cuando los prestamistas poco escrupulosos fueron a por ellos en el subsiguiente frenesí de ejecuciones hipotecarias. La mayoría de estos antaño orgullosos propietarios no tenían la menor oportunidad bajo la draconiana regulación de California. Un banco ni siquiera necesitaba una aprobación judicial para arrebatarse la casa a alguien. Los grandes genios de la economía consideraban que era lo mejor. Que la máquina tenía que seguir girando. Que cuanto antes tocara fondo la crisis, antes empezaría la recuperación. Cuéntenle eso a la señora Pena, les diría yo.

Circulaba una teoría según la cual todo formaba parte de una conspiración urdida por los principales bancos del país a fin de socavar las leyes sobre la propiedad inmobiliaria, sabotear el sistema judicial y crear una industria de ejecuciones

hipotecarias en perpetuo funcionamiento cíclico que les llevaría a sacar tajada de ambos extremos del proceso. Por mi parte, no terminaba de creérmelo del todo. Pero durante mi corto desempeño en aquella área de la ley había visto a hombres de negocios sin tacha aparente darse a unos comportamientos lo bastante predatorios y desvergonzados como para hacerme echar de menos la abogacía penalista de los viejos tiempos.

De pie junto al coche, Rojas esperaba a que la señora Pena volviera con el dinero. Miré el reloj y vi que íbamos a llegar con retraso a mi próxima cita, un asunto referente a la ejecución hipotecaria de un local comercial en Compton. Siempre hacía todo lo posible por agrupar geográficamente a mis nuevos clientes, a fin de ahorrar tiempo, gasolina y kilometraje del coche. Ese día me ocupaba de la parte sur de la ciudad. Al día siguiente atacaría East Los Ángeles. Dos días a la semana los pasaba en el coche, fichando a nuevos clientes. El resto del tiempo lo dedicaba a trabajar en los casos.

—Vamos, señora Pena —dije—. Tenemos prisa.

Aproveché la espera para llamar a Lorna. Había empezado a bloquear el identificador de llamadas de mi móvil tres meses atrás. Nunca lo había hecho cuando me dedicaba al derecho criminal, pero, en mi nuevo paraíso de ejecuciones hipotecarias, por lo general no me interesaba que la gente tuviera mi número directo, y eso incluía tanto a los abogados de los prestamistas como a mis propios clientes.

—Bufete de abogados Michael Haller y Asociados —dijo Lorna al descolgar—. ¿En qué puedo...?

—Soy yo. ¿Qué hay?

—Mickey, tienes que ir a la comisaría de Van Nuys ahora mismo.

Había en su voz una marcada urgencia. La comisaría de Van Nuys era el cuartel general del Departamento de Policía de Los Ángeles para las operaciones de la cada vez más extensa conurbación de San Fernando Valley, en la parte norte de la ciudad.

—Hoy estoy por el sur. ¿Qué ocurre?

—Tienen a Lisa Trammel en comisaría. Acaba de llamar ahora mismo.

Lisa Trammel era una cliente. De hecho, mi primera cliente en las ejecuciones hipotecarias. Había conseguido que siguiera viviendo en su casa durante ocho meses y confiaba en ganar por lo menos otro año más antes de jugar la baza de la declaración de insolvencia. Pero Lisa vivía consumida por las frustraciones e injusticias de su existencia, y no había forma de calmarla o mantenerla bajo control. Le había dado por protestar delante del banco con una pancarta denunciando sus prácticas fraudulentas y acciones despiadadas. Así hasta que el banco consiguió que le fuera aplicada una orden temporal de alejamiento.

—¿Ha quebrantado la orden de alejamiento? ¿Está detenida?

—Mickey, está detenida por asesinato.

No era eso lo que esperaba oír.

—¿Por asesinato? ¿Quién es la víctima?

—Dicen que la acusan de haber asesinado a Mitchell Bondurant.

Me quedé de nuevo boquiabierto. Miré por la ventanilla y vi que la señora Pena salía por la puerta de la casa. Llevaba un fajo de billetes en la mano.

—Muy bien. Llama a todo el mundo y aplaza las citas de esta mañana. Y dile a Cisco que vaya a la comisaría de Van Nuys. Me reuniré con él allí.

—Hecho. ¿Quieres que Bullocks se encargue de las citas de la tarde?

«Bullocks» era el apodo de Jennifer Aronson, la asociada a la que había contratado durante su último curso en Southwestern, una facultad de derecho situada en el edificio de los viejos almacenes Bullocks en Wilshire.

—No, no quiero que lleve las primeras visitas. Aplázalas para otro día. Y escucha, creo que tengo el expediente de Trammel conmigo, pero la que tiene el listado de contactos eres tú. Ponte en contacto con su hermana. Lisa tiene un hijo. Lo más seguro es que esté en la escuela, y alguien va a tener que hacerse cargo del chaval si Lisa sigue detenida.

Hacíamos que todos los clientes nos proporcionaran un extenso listado de contactos porque a veces era difícil dar con ellos para las comparencias judiciales; y para que me pagaran por mi trabajo...

—Empezaré por ahí —dijo Lorna—. Buena suerte, Mickey.

—Lo mismo digo.

Desconecté el móvil y pensé en Lisa Trammel. De un modo u otro, no me sorprendía que la hubieran detenido por matar al hombre que estaba empeñado en quitarle la casa. No es que hubiese pensado que las cosas fueran a terminar así. Ni por asomo. Pero, en el fondo, siempre había tenido claro que acabaría pasando algo.

Sin perder un segundo, cogí el dinero de la señora Pena y le entregué un recibo. Firmamos el contrato y se quedó una copia. Me dio un número de tarjeta de crédito, y me prometió tener un saldo mensual de doscientos cincuenta dólares mientras estuviera trabajando para ella. Le di las gracias, le estreché la mano y le dije a Rojas que la acompañara hasta su casa.

Mientras lo hacía abrí el maletero con el mando a distancia que llevaba encima y salí del coche. El maletero del Lincoln era lo bastante espacioso para albergar tres grandes archivadores de cartón, así como todo mi material de oficina. Encontré el expediente de Trammel en el tercer archivador y lo saqué. También eché mano al vistoso maletín que empleaba para mis visitas a las comisarías de policía. Al cerrar el maletero vi el estilizado número 13 grafitado en color plata sobre la pintura negra de la tapa.

—Hijos de perra.

Eché un vistazo alrededor. Tres jardines más allá, un par de chavales jugaban entre la mugre, aunque parecían demasiado jóvenes para ser artistas del grafiti. No había nadie más en la calle. Estaba atónito. Además de no haber oído o reparado en cómo pintaban el coche mientras estaba dentro reunido con una cliente, era poco más de la una y sabía que la mayor parte de los pandilleros no se levantaban y se asomaban al nuevo día y a todas sus posibilidades hasta media tarde. Eran criaturas nocturnas.

Volví hacia la puerta que había dejado abierta con el expediente en la mano. Vi que Rojas estaba de pie en el escalón de la entrada, charlando con la señora Pena. Silbé y le hice un gesto indicándole que volviera al coche. Teníamos que irnos.

Subí al coche. Mensaje recibido, Rojas volvió al trote y también se metió dentro.

—¿A Compton? —preguntó.

—No. Cambio de planes. Tenemos que acercarnos a Van Nuys. Rápido.

—Entendido, jefe.

Salió de la cuneta y enfiló el camino de regreso a la autovía 110. No era posible llegar a Van Nuys de forma directa por una autovía. Tendríamos que ir al centro de la ciudad por la 110 y enlazar con la 101 en dirección al norte. No podríamos habernos encontrado en un punto menos indicado de Los Ángeles.

—¿Qué le estaba contando esa mujer en la puerta? —le pregunté a Rojas.

—Me estaba preguntando por usted.

—¿A qué te refieres?

—Me ha dicho que no parecía necesitar usted a un traductor, ¿sabe?

Asentí con la cabeza. Me pasaba a menudo. Los genes de mi madre me hacían parecer más del sur de la frontera que del norte.

—También quería saber si estaba usted casado, jefe. Le he dicho que sí lo estaba. Pero si quiere volver a visitarla y echarle un tiento, seguro que estará esperándole.

Aunque lo más probable es que luego le pida una rebaja en la minuta.

—Gracias, Rojas —dije con indiferencia—. Ya se la he rebajado, pero lo tendré en cuenta.

Antes de abrir el expediente, miré mi listado de contactos en el móvil. Estaba buscando el nombre de algún policía de la comisaría de Van Nuys que pudiera proporcionarme un poco de información. Pero no encontré a nadie. Me estaba metiendo a ciegas en un caso de asesinato. No era un muy buen comienzo que digamos.

Apagué el móvil, lo conecté al cargador y abrí el expediente. Lisa Trammel se había convertido en mi cliente tras responder a la carta genérica que mandaba a todos los propietarios de casas amenazados de desahucio. Seguro que no era el único abogado de Los Ángeles que lo hacía, pero por alguna razón Lisa respondió a mi carta y no a las demás.

Como abogado en el sector privado casi siempre debes elegir a tus propios clientes. A veces eliges mal. Lisa era una de esas veces. Estaba ansioso por estrenarme en mi nuevo sector. Andaba buscando clientes que estuvieran metidos en líos o de los que se hubieran aprovechado. Gente demasiado ingenua para saber cuáles eran sus derechos o sus opciones. Andaba buscando a perdedores natos y creía haber encontrado a uno de ellos en Lisa. Sin duda alguna se ajustaba al perfil. Estaba perdiendo su casa debido a una serie de circunstancias que se habían venido abajo como fichas de dominó sin que ella pudiera hacer nada. Y su prestamista había dejado el caso en manos de una empresa especializada en desahucios que había ido al grano saltándose incluso las leyes. Conseguí convertir a Lisa en mi cliente, la sometí a un plan de pagos y empecé a luchar por su causa. Era un buen caso y estaba entusiasmado. No fue sino más tarde cuando Lisa se convirtió en una cliente problemática.

Lisa Trammel tenía treinta y cinco años de edad. Estaba casada y tenía un hijo de nueve años llamado Tyler; su casa se encontraba en Melba, en el barrio de Woodland Hills. En 2005, cuando ella y su marido Jeffrey compraron la casa, Lisa era profesora de ciencias sociales en el instituto Grant y Jeffrey trabajaba como vendedor en un concesionario de automóviles BMW en Calabasas.

Su casa de tres habitaciones tenía una hipoteca de 750.000 dólares y estaba valorada en 900.000. Por entonces el mercado inmobiliario gozaba de buena salud, y las hipotecas eran algo corriente y fácil de obtener. Recurrieron a un agente hipotecario independiente que llamó a varias puertas y les consiguió un préstamo a bajo interés con un elevado pago final al cabo de cinco años. El préstamo pasó a formar parte de un paquete de hipotecas para inversores que fue reasignado dos veces antes de encontrar cobijo definitivo en el WestLand Financial, una sucursal del WestLand National, un banco de Los Ángeles con la sede central en Sherman Oaks.

Todo iba sobre ruedas para aquella familia de tres hasta el día en que Jeff Trammel decidió que no le apetecía seguir haciendo el papel de padre y esposo. Unos

meses antes del pago final destinado a cubrir los 750.000 dólares de la hipoteca, Jeff se esfumó dejando su BMW M3 de exposición en el aparcamiento de Union Station y a Lisa con la obligación de efectuar el pago final.

Con un solo sueldo y un hijo al que cuidar, Lisa valoró su situación y escogió el camino a seguir. La economía por entonces se había calado como un avión rateando en el cielo sin velocidad suficiente para avanzar. Dado su bajo sueldo de profesora, ninguna entidad iba a estar dispuesta a refinanciarle el pago final. Lisa dejó de pagar las cuotas de la hipoteca e hizo caso omiso de los avisos del banco. Una vez pasado el plazo de la cuota final, este inició el proceso de ejecución hipotecaria, y ahí fue donde entré en escena. Mandé una carta a Jeff y a Lisa, sin saber que Jeff ya no pintaba nada en ese asunto.

Fue Lisa la que respondió.

Para mí, un cliente problemático es aquel que no entiende los límites existentes en nuestra relación, por mucho que se los haya descrito con claridad y, en ocasiones, de forma repetida. Lisa vino a verme con la primera notificación de ejecución hipotecaria. Asumí el caso y le dije que no hiciera nada y esperara mientras me ponía a trabajar. Pero Lisa era incapaz de no hacer nada. No podía esperar. Me llamaba todos los días. Después de que yo presentara una denuncia ante el juez poniendo en duda la validez legal de la ejecución hipotecaria, empezó a presentarse en el juzgado para cualquier papeleo o aplazamiento rutinarios. Tenía que estar allí y tenía que estar al corriente de todos y cada uno de mis movimientos, ver cada carta que enviaba y ser informada de cada llamada telefónica que recibía. Me llamaba a menudo chillando cuando entendía que no le estaba dedicando a su caso una atención absoluta. Empecé a comprender por qué su marido se había dado el piro. Tenía que escapar de esa mujer.

Empecé a preguntarme por el equilibrio mental de Lisa y a sospechar que era bipolar. Sus insistentes llamadas y apariciones eran cíclicas. Había semanas en las que no sabía nada de ella, mientras que otras semanas me llamaba a diario y repetidamente hasta conseguir que me pusiera al teléfono.

Tres meses después de que hubiera empezado a llevarle el caso me dijo que había perdido su empleo en el distrito escolar del condado de Los Ángeles debido a sus ausencias injustificadas. Fue entonces cuando empezó a hablar de reclamar daños y perjuicios al banco que estaba tratando de echarla de su casa. Su discurso fue adquiriendo cierto tono reivindicativo. El banco era responsable de todo: de que su marido la hubiera abandonado, de que hubiera perdido su empleo, de arrebatarse su hogar.

Cometí un error al revelar parte de la información y la estrategia del caso. Lo hice con la idea de aplacarla, de tranquilizarla un poco. Nuestro estudio del historial del préstamo había sacado a relucir inconsistencias y aspectos dudosos en las sucesivas reasignaciones de la hipoteca a distintas sociedades financieras. Había indicios de fraude, y pensé que seguramente podría utilizarlos para decantar la

balanza a favor de Lisa cuando llegara el momento de negociar una salida.

Pero aquella información no hizo más que acentuar la convicción de Lisa de que estaba siendo víctima de un atropello por parte del banco. En ningún momento reconoció el hecho de que había firmado una hipoteca y estaba obligada a pagarla. Para ella, el banco no era sino la fuente de todos sus problemas personales.

Lo primero que hizo fue crear una página web. Usó www.californiaforeclosurefighters.com para formar un grupo llamado Foreclosure Litigants Against Greed. Lo mejor era el acrónimo —FLAG—, y lo cierto es que Lisa hacía amplio uso de la bandera estadounidense en sus carteles de protesta^[1]. El mensaje venía a decir que el combate contra los desahucios era tan americano como la tarta de manzana.

Pronto le dio por protestar ante la entrada de la sede corporativa del WestLand en Ventura Boulevard. A solas en ocasiones, otras veces con su hijo, y de vez cuando en compañía de gente a la que había enzarzado en la causa. Los carteles que enarbolaba protestaban por la implicación del banco en unas ejecuciones hipotecarias ilegales y destinadas a expulsar a las familias de sus casas para dejarlas en la calle.

Lisa se afanaba en anunciar sus actividades a los medios de comunicación locales. Apareció en televisión de forma repetida y siempre tenía a punto una declaración destinada a dar voz a las personas que se encontraban en su misma situación, presentándolas como víctimas de la epidemia de desahucios, y no como parásitos de toda índole. Me había fijado en que, en el Canal 5, Lisa incluso había pasado a formar parte de las imágenes de archivo que aparecían en pantalla cada vez que había nuevas estadísticas o consideraciones sobre el problema de los desahucios a nivel nacional. California era el tercer estado con mayor número de desahucios en todo el país, y Los Ángeles era caldo de cultivo. Mientras se informaba de la situación, Lisa y su grupo aparecían en pantalla con los carteles en alto: ¡NO ME DEJEN SIN CASA! ¡ACABEMOS CON LOS DESAHUCIOS ILEGALES!

Bajo el argumento de que sus protestas constituían una suerte de reunión ilegal que obstaculizaba el tráfico y ponía en peligro la integridad física de los peatones, WestLand solicitó y obtuvo una orden de alejamiento por la que Lisa debía mantenerse a más de cien de metros de distancia de toda oficina bancaria y de sus empleados. Sin dejarse amilanar, respondió plantándose con sus carteles y sus compañeros de protesta ante los juzgados del condado, que acogían a diario algún juicio por desahucio.

Mitchell Bondurant era uno de los vicepresidentes de WestLand. También estaba al mando del departamento de préstamos hipotecarios. Su nombre aparecía en la documentación del préstamo vinculado a la casa de Lisa Trammel, y por consiguiente aparecía también en todas mis apelaciones al juzgado. Asimismo, le había escrito una carta en la que resumía lo que describía como indicios de prácticas fraudulentas por parte de la empresa especializada en ejecuciones hipotecarias contratada por WestLand para asumir el trabajo sucio de quedarse con los hogares y demás

propiedades de los clientes que no estaban al corriente de sus pagos.

Lisa tenía derecho a ver todos los documentos generados por su caso. Recibió copia de la carta y de todo lo demás. A pesar de ser el rostro visible del plan para arrebatarse la casa a Lisa, Bondurant se mantuvo alejado de la disputa legal, escondiéndose tras el equipo de abogados del banco. Nunca respondió a mi carta y nunca llegué a verle. Tampoco tenía conocimiento de que Lisa Trammel le hubiera visto o hablado con él. Pero ahora estaba muerto, y la policía había detenido a Lisa.

Salimos de la 101 en Van Nuys Boulevard y nos dirigimos hacia el norte. El complejo municipal estaba situado en una plaza circundada por dos juzgados, una biblioteca, las oficinas municipales correspondientes a la zona norte de Los Ángeles y las dependencias policiales de San Fernando Valley, entre las que se contaba la comisaría de Van Nuys. En torno a esta agrupación principal de edificios se erguían otros edificios de la burocracia gubernamental. Siempre resultaba complicado aparcar, pero eso a mí me daba igual. Eché mano al móvil y llamé a mi investigador, Dennis Wojciechowski.

—Soy yo, Cisco. ¿Estás por ahí?

En su juventud, Wojciechowski estuvo metido en el grupo de motoristas Road Saints, pero ya había un miembro llamado Dennis. Como nadie era capaz de pronunciar el apellido Wojciechowski, le dieron el apodo de Cisco Kid por su tez oscura y su bigote. El mostacho a estas alturas había pasado a la historia, pero el apodo seguía siendo el mismo.

—Ya he llegado. Me encontrarás en el banco que hay frente a las escaleras de acceso a la comisaría.

—Estoy ahí en cinco minutos. ¿Has podido hablar con alguien? No tengo nada de nada.

—Pues sí. Tu viejo amigo Kurlen es el que lleva el caso. Al muerto, Mitchell Bondurant, lo encontraron en el aparcamiento de WestLand en Ventura hacia las nueve de esta mañana. El cuerpo estaba en el suelo, entre dos coches. No está claro a qué hora se lo cargaron, pero ya estaba fiambre cuando llegaron.

—¿Se sabe cuál es la causa de la muerte?

—Aquí es donde la cosa se complica. Al principio dijeron que le habían disparado, porque una empleada que estaba en otra planta del aparcamiento le dijo a la policía que había oído dos pequeños estallidos, como disparos. Pero al examinar el cadáver les pareció evidente que le habían matado a golpes. Le habían dado con algo.

—¿A Lisa Trammel la detuvieron en el aparcamiento?

—No. Por lo que sé, fueron a su casa, en Woodland Hills. Todavía tengo que hacer unas cuantas llamadas, pero esto es más o menos todo lo que he averiguado hasta ahora. Lo siento, Mick.

—Tranquilo. Pronto nos enteraremos de todo. ¿Kurlen está en el lugar del crimen o con la sospechosa?

—Por lo que me han dicho, Kurlen y su colega fueron los que detuvieron y se

llevaron a la mujer. La colega de Kurlen se llama Cynthia Longstreth y es subinspectora. Pero el nombre no me suena de nada.

A mí tampoco me sonaba, pero dado que se trataba de una subinspectora, me dije que seguramente era novata en la brigada de homicidios y que por eso la habían emparejado con el veterano inspector Kurlen, para que fuera cogiendo tablas. Miré por la ventanilla. Estábamos pasando junto a un concesionario de BMW, lo que me llevó a pensar en el esposo desaparecido que había estado ganándose la vida vendiendo cochazos alemanes antes de dar por finiquitado su matrimonio y esfumarse. Me pregunté si Jeff Trammel reaparecería ahora que su mujer había sido detenida por asesinato. ¿Asumiría la custodia del hijo al que había abandonado?

—¿Quieres que llame a Valenzuela y le diga que venga? —preguntó Cisco—. Está a una sola manzana de aquí.

Fernando Valenzuela era un agente fiador a cuyos servicios recurría en los casos de San Fernando Valley. Pero tenía claro que esta vez no iba a necesitar sus servicios.

—Mejor esperemos un poco. Si la están acusando de asesinato, no van a concederle la libertad bajo fianza.

—Sí, claro.

—¿Sabes si han asignado ya a uno de los fiscales del distrito?

Estaba pensando en mi exmujer, que trabajaba en la oficina de la fiscal del distrito en Van Nuys. Podría ser una fuente de información confidencial muy útil. A menos que les hubieran asignado el caso, porque entonces tendríamos un conflicto de intereses. Ya había sucedido antes. Y a Maggie McPherson no le haría ninguna gracia.

—Aún no me han dicho nada.

Pensé en lo poco que sabíamos y en cuál podría ser la mejor manera de proceder. Algo me decía que una vez que la policía comprendiera qué tipo de caso tenía entre manos —un asesinato que llevaba a pensar de forma irremediable en una de las principales catástrofes económicas de nuestros tiempos—, lo primero que haría sería levantar un muro de silencio y obligar a todas las fuentes de información a mantener el pico cerrado. Había que actuar cuanto antes.

—Cisco, he cambiado de idea. No me esperes. Ve al lugar de los hechos y entérate de lo que puedas. Habla con todo el mundo antes de que la policía les ponga el bozal.

—¿Estás seguro?

—Sí. Ya me encargo yo de hablar con la policía. Si te necesito para algo, te llamo.

—Entendido. Y suerte.

—Lo mismo digo.

Apagué el móvil y miré la nuca de mi chófer.

—Rojas, tuerce por Delano y sigue por Sylmar.

—Como usted diga.

—No sé cuánto rato voy a tardar. Déjame en la puerta, vuelve a Van Nuys

Boulevard, encuentra un taller de reparaciones y pregunta a ver si pueden eliminar esa pintada que tenemos en el maletero.

Rojas me miró por el retrovisor.

—¿Qué pintada?

3

El edificio de la policía de Van Nuys es una estructura de cuatro pisos que tiene varias funciones. Además de la comisaría de Van Nuys, el edificio alberga las oficinas de los mandos policiales de la zona de San Fernando Valley y los principales calabozos existentes en la parte norte de la ciudad. Había estado allí antes, en el curso de otros casos, y tenía claro que, como sucedía en la mayor parte de las comisarías pequeñas o grandes del Departamento de Policía de Los Ángeles, habría numerosos obstáculos entre mi cliente y yo.

Siempre había sospechado que los agentes asignados al mostrador de recepción eran escogidos por superiores muy arteros atendiendo a su capacidad para confundir y desinformar a los visitantes. Si lo dudáis, entrad en cualquier comisaría de la ciudad y decidle al agente del mostrador que queréis presentar una queja o reclamación contra otro agente del Cuerpo. Veréis lo que tarda en encontrar el impreso correspondiente. Los policías asignados al mostrador de recepción suelen ser jóvenes, tontos e ingenuamente ignorantes, o viejos con el colmillo retorcido y muy conscientes de sus acciones.

En el mostrador de recepción de la comisaría de Van Nuys me atendió un agente con el apellido CRIMMINS impreso en una camisa de uniforme perfectamente planchada. Era un veterano con el pelo plateado, y por consiguiente un experto en eso de las miradas inexpresivas. Así me lo demostró cuando me presenté como el abogado defensor de una detenida que estaba esperando mi llegada en la sala de inspectores. Como única respuesta frunció los labios y señaló una hilera de sillas de plástico, en la que supuestamente tenía que acomodarme sin rechistar hasta que le pareciera oportuno telefonar al piso de arriba.

Los tipos como Crimmins están acostumbrados a tratar con un público timorato, gente que hace exactamente lo que les dicen porque se siente demasiado intimidada para hacer cualquier otra cosa. Pero yo no era de esos.

—No, no es así como funciona la cosa —dije.

Crimmins entornó los ojos. Nadie le había plantado cara en todo el día, y menos aún un abogado penalista, repito: *penalista*. Su primera reacción fue una sarcástica respuesta automática:

—No me diga.

—Sí le digo. Así que descuelgue el teléfono y pregunte por el inspector Kurlen en el piso de arriba. Dígale que Mickey Haller va a subir ahora mismo y que si no veo a mi cliente dentro de diez minutos iré al juzgado que hay al otro lado de la plaza para hablar con el juez Mills.

Me detuve, para que el nombre causara su efecto.

—Estoy seguro de que conoce al juez Mills. Por suerte para mí, estuvo trabajando como abogado penalista antes de ser elegido juez. En su momento no le gustaba que

la policía le tomara el pelo y hoy tampoco le gusta mucho enterarse de que se lo están tomando a otros. Lo primero que hará será obligarles a Kurlen y a usted a comparecer en su juzgado y a explicar por qué siguen jugando al viejo jueguito de impedir que una ciudadana ejerza su derecho constitucional de contar con un abogado. La última vez que pasó algo parecido, al juez Mills no le convencieron las respuestas que le dieron y condenó al tipo que estaba sentado donde se sienta usted ahora a pagar una multa de quinientos pavos.

Parecía que a Crimmins le costaba seguir mi discurso. Seguramente era un hombre de pocas palabras, me dije. Pestañeó dos veces y agarró el teléfono. Oí que hablaba directamente con Kurlen. Y luego colgó.

—¿Sabe cómo llegar, listillo?

—Sé cómo llegar. Gracias por su ayuda, agente Crimmins.

Me apuntó con el dedo como si fuera una pistola, pegándome un último tiro para poder decirse a sí mismo que había hecho lo que había querido con aquel hijo de puta de abogado. Me alejé del mostrador y fui hacia un rincón cercano donde sabía que estaba el ascensor.

En el tercer piso, el inspector Howard Kurlen estaba esperándome con una sonrisa en el rostro. No era una sonrisa amigable. Parecía un gato que acabara de comerse al canario.

—¿Ha estado divirtiéndose ahí abajo, abogado?

—Y que lo diga.

—Pues ya es tarde para subir.

—¿Cómo? ¿Es que la han metido en el calabozo?

Abrió las manos en un falso gesto de disculpa.

—Qué cosas pasan. Mi colega se la ha llevado de aquí justo antes de que me llamaran desde abajo.

—Qué cosas pasan, sí. Pero sigo queriendo hablar con ella.

—Tendrá que hacerlo en los calabozos.

Lo que probablemente me supondría una hora más de espera. De ahí la sonrisa de Kurlen.

—¿Está seguro de que no puede hacer que su colega la traiga aquí de nuevo? No voy a estar mucho rato con ella.

Lo dije pensando que no era más que un brindis al sol. Pero Kurlen me sorprendió y cogió el móvil que llevaba prendido al cinturón. Pulsó una tecla de marcación rápida. O la broma pasaba de castaño oscuro o realmente estaba haciendo lo que le había pedido. Kurlen y yo nos conocíamos de antes. Nos habíamos visto las caras en casos anteriores. Más de una vez había tratado de destruir su credibilidad en el estrado. Aunque nunca había tenido mucho éxito en ese sentido, el solo intento hacía difícil que después de aquello nuestra relación fuera cordial. Sin embargo, ahora estaba echándome un cable, y no estaba seguro de por qué.

—Soy yo —dijo Kurlen por el móvil—. Tráela para aquí otra vez.

Se quedó a la escucha un instante.

—Porque te lo digo yo. Tráela ahora mismo.

Sin decir más, colgó el teléfono y me miró.

—Me debe un favor, Haller. Podría haberle hecho esperar un par de horas. En otros tiempos lo hubiera hecho.

—Lo sé. Y se lo agradezco.

Echó a andar hacia la sala de inspectores y me hizo un gesto instándome a seguirlo.

—Y bien. Cuando la mujer nos dijo que lo llamáramos, explicó que estaba usted llevando el desahucio de su casa.

—Así es.

—Mi hermana se ha divorciado y ahora se encuentra metida en un lío parecido.

Así que se trataba de eso. Hoy por ti, mañana por mí.

—¿Quiere que hable con su hermana?

—No. Lo único que quiero saber es si vale la pena luchar por estas cosas o es mejor resignarse.

La sala de inspectores parecía salida del túnel del tiempo. Todo en ella era propio de los años setenta: el suelo de linóleo, las paredes pintadas en dos tonos de amarillo, los escritorios grises para el funcionariado con ribetes de goma en los cantos. Kurlen seguía de pie, a la espera de que su colega volviese con mi cliente.

Saqué una tarjeta del bolsillo y se la di.

—Está usted hablando con un luchador, así que esta es mi respuesta. No puedo llevar el caso de su hermana, por el conflicto de intereses que hay entre usted y yo. Pero dígame que llame al bufete, y haremos que un buen profesional se ocupe del asunto. Y que no se olvide de mencionar que llama de su parte.

Kurlen asintió con la cabeza. Cogió un estuche de DVD de encima del escritorio y me lo entregó.

—Supongo que es mejor que se lo dé ya.

Miré el disco.

—¿Qué es esto?

—La conversación que hemos mantenido con su cliente. Verá con claridad que dejamos de hablar con ella en cuanto pronunció las palabras mágicas: «Quiero hablar con mi abogado».

—Lo escucharé todo con atención, inspector. ¿Podría decirme por qué la consideran sospechosa?

—Claro. La consideramos sospechosa y vamos a acusarla porque fue ella quien lo hizo, y así vino a reconocerlo antes de que pidiera hablar con un abogado. Lo siento, amigo, pero nos hemos ajustado al protocolo en todo momento.

Miré el disco con atención, como si fuera mi cliente.

—¿Está diciéndome que ha reconocido haber matado a Bondurant?

—No con esas palabras precisas, pero reconoció algunas cosas y se contradijo en

otras. Prefiero dejarlo ahí de momento.

—¿Mi cliente le ha dicho, en palabras precisas, por qué hizo una cosa así?

—No ha hecho falta. La víctima estaba a punto de quedarse con su casa, lo que constituye un motivo más que suficiente. No tenemos duda alguna de que ese fue el motivo.

Podría haberle dicho que se equivocaba, que yo estaba a punto de impedir la ejecución hipotecaria. Pero mantuve el pico cerrado. Mi trabajo consistía en reunir información, no en revelarla.

—¿Qué más tienen, inspector?

—Nada más que por el momento quiera compartir con usted. Va a tener que esperar a la presentación de las pruebas para enterarse del resto.

—De acuerdo. ¿Han asignado ya al fiscal del distrito?

—No, que yo sepa.

Kurlen señaló con la cabeza hacia el final de la sala. Me giré y vi que estaban conduciendo a Lisa Trammel hacia la puerta de una sala de interrogatorio. Parecía un conejo deslumbrado por los faros de un coche.

—Tiene quince minutos —dijo Kurlen—. Y solo porque me ha dado por ser amable con usted. No creo que sea necesario empezar una guerra.

De momento no, me dije, mientras echaba a andar hacia la sala de interrogatorios.

—Oiga, espere un momento —dijo Kurlen detrás mío—. Tengo que registrarle la cartera. Son las normas, ya sabe.

Se refería al maletín de aluminio forrado en cuero que llevaba en la mano. Hubiera podido objetar que un registro así quebrantaría el secreto profesional entre cliente y abogado, pero lo que me interesaba era hablar con mi cliente. Fui hacia él, dejé el maletín en un escritorio y abrí el cierre. Todo cuanto había en el interior era el expediente de Lisa Trammel, un cuaderno de notas por estrenar y los últimos contratos y poderes de representación legal que había imprimido durante el trayecto en coche. Supuse que Lisa tendría que firmármelos ahora que mi representación iba a pasar de lo civil a lo criminal.

Kurlen echó un vistazo rápido y con un gesto me indicó que lo cerrara.

—Cuero italiano trabajado a mano —observó—. Parece una cartera de narcotraficante de las buenas. No habrá estado frecuentando malas compañías, ¿verdad, Haller?

Volvió a sonreír como un gato satisfecho. El sentido del humor de los policías era único en el mundo entero.

—Ahora que lo dice, este maletín en su momento perteneció a un camello —le dije—. Un cliente. Pero no iba a necesitarlo allí donde lo llevaron, así que me lo quedé como parte del pago. ¿Quiere ver el compartimento secreto? Cuesta un poco de abrir.

—Creo que no me hace falta. Ya puede ir a lo suyo.

Cerré el maletín y volví a encaminarme hacia la sala de interrogatorios.

—Y por cierto, es cuero colombiano —dije.

La colega de Kurlen estaba esperando junto a la puerta de la sala. No la conocía personalmente, pero no me molesté en presentarme. Nunca íbamos a ser amigos, y algo me decía que seguramente me machacaría la mano al estrechármela solo para impresionar a Kurlen.

La mujer sostenía la puerta abierta. Me detuve en el umbral y dije:

—Todos los aparatos de grabación y escucha de la sala están desconectados, ¿verdad?

—Así es.

—En caso de no estarlo, nos encontraríamos ante un quebrantamiento de los derechos de mi clien...

—Ya conocemos las normas.

—Sí, pero cuando les conviene se olvidan de ellas, ¿no es así?

—Le quedan catorce minutos, señor. ¿Quiere hablar con ella o prefiere seguir charlando conmigo?

—De acuerdo.

Entré, y la puerta se cerró a mis espaldas. La habitación mediría unos dos metros por dos metros y medio. Miré a Lisa y me llevé el índice a los labios.

—¿Cómo? —dijo ella.

—Que no pronuncies una sola palabra, Lisa, hasta que yo te lo diga.

Respondió sumiéndose en un torrente de lágrimas y en un gemido estridente y prolongado que vino a terminar con una frase totalmente ininteligible. Estaba sentada ante una mesa cuadrada, con una silla enfrente. Tomé asiento de inmediato en la silla disponible y dejé el maletín en la mesa. Tenía claro que la habrían situado frente a la cámara oculta que había en la sala, por lo que no me molesté en mirar hacia donde se encontraba el artefacto. Abrí el maletín y me lo acerqué al cuerpo, con la esperanza de que mi espalda estuviera cegando la cámara. Daba por sentado que Kurlen y su colega nos miraban y escuchaban en todo momento. Otra razón que explicaba que Kurlen hubiera sido tan «amable».

Con la mano derecha fui sacando el cuaderno de notas y los distintos documentos, y con la izquierda abrí el compartimento secreto del maletín. Pulsé el botón de encendido del distorsionador acústico Paquin 2000. El aparato emitía una señal de radiofrecuencia muy baja que bloqueaba por medio de desinformación electrónica todo dispositivo de escucha situado a menos de seis metros de distancia. Si Kurlen y su colega estaban escuchándonos de forma ilegal, no iban a oír más que un ruido totalmente inarticulado.

El maletín y el aparato escondido en su interior tenían casi diez años de antigüedad y, que yo supiera, su propietario original seguía encerrado en una prisión federal. Lo había aceptado como parte de su pago hacía al menos siete años, cuando los casos de narcotráfico eran mi pan de cada día. Sabía que la policía siempre trataba de tender trampas cada vez más sofisticados y que el sector de las escuchas

electrónicas habría experimentado un mínimo de dos revoluciones desde entonces. De modo que no terminaba de tenerlas todas conmigo. Iba a tener que ser cauto con lo que dijera y esperaba que mi cliente hiciera lo mismo.

—Lisa, no vamos a hablar demasiado, porque no sabemos quién puede estar escuchándonos. ¿De acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Pero ¿qué está pasando aquí? ¡¡No entiendo qué está pasando!!

A lo largo de la frase fue levantando progresivamente la voz hasta gritar la última palabra. Se trataba de un patrón de expresión nervioso al que muchas veces había recurrido al hablar conmigo por teléfono, cuando no me ocupaba más que de su desahucio. La situación ahora era mucho más complicada, y tenía que dejar las cosas muy claras.

—No me venga con esas, Lisa —dije con firmeza—. No vuelva a gritarme, ¿entendido? Si quiere que la represente en este asunto, no vuelva a gritarme nunca más.

—Vale, lo siento, pero es que están diciendo que he hecho algo que no he hecho.

—Ya lo sé, y vamos a plantarles cara. Pero sin gritos.

Como la habían hecho volver antes de someterla al ingreso en calabozo, Lisa seguía vistiendo su ropa de calle. Llevaba una camiseta blanca con un dibujo floral al frente. No vi ninguna mancha de sangre en la camiseta o en cualquier otro lugar. Tenía el rostro manchado por las lágrimas y su cabello, castaño y rizado, estaba desgreñado. Era una mujer de complexión pequeña, y la cruda luz de la estancia la hacía parecer aún más pequeña.

—Necesito hacerle unas cuantas preguntas —dije—. ¿Dónde estaba cuando la policía le encontró?

—En mi casa. ¿¡Por qué me están haciendo todo esto!?

—Escúcheme, Lisa. Tiene que calmarse y dejar que sea yo el que haga las preguntas. Esto es muy importante.

—Pero ¿qué está pasando? Nadie me dice nada. Lo único que me han dicho es que estoy detenida por haber asesinado a Mitchell Bondurant. ¿Cuándo? ¿Cómo? En ningún momento me acerqué a ese hombre. En ningún momento quebranté la orden de alejamiento.

Comprendí que me habría ido bien mirar el DVD de Kurlen antes de hablar con ella, aunque el hecho era que estaba acostumbrado a encarar los casos en situación de desventaja.

—En efecto, Lisa, está detenida por el asesinato de Mitchell Bondurant. El inspector Kurlen, el más mayor, me ha dicho que usted misma lo habría reconocido durante...

Soltó un chillido y se tapó el rostro con las manos. Vi que tenía las muñecas esposadas. Rompió a llorar otra vez.

—¡Yo no he reconocido nada! ¡¡Yo no he hecho nada!!

—Cálmese, Lisa. Por eso estoy aquí. Para defenderla. Pero ahora mismo no

tenemos mucho tiempo. Me han dado diez minutos para hablar con usted, y luego van a ingresarla en el calabozo. Lo que necesito es...

—¿Van a meterme en la cárcel?

Asentí, muy a mi pesar.

—Pero bueno, ¿es que no tengo derecho a fianza?

—Es muy difícil conseguir la libertad provisional cuando la acusación es de asesinato. Y aunque pudiera arreglarlo, usted no tiene el...

Un nuevo chillido estremecedor llenó la diminuta estancia. Perdí la paciencia.

—¡Lisa! ¡Pare de una vez! Y escúcheme bien, porque es su vida la que está en juego, ¿entendido? Tiene que calmarse y escucharme. Soy su abogado y voy a hacer todo lo posible por sacarla de esta, pero la cosa va a llevar su tiempo. Así que escuche bien mis preguntas y respóndame sin todo este...

—¿Y qué pasa con mi hijo? ¿Qué pasa con Tyler?

—Alguien de mi bufete se encargará de hablar con su hermana. Lo arreglaremos para que pueda estar con ella hasta que consigamos que usted salga en libertad.

Me cuidé de no especificar ningún plazo concreto al respecto. «Hasta que consigamos que usted salga en libertad». Tal como yo lo veía, su puesta en libertad podía ser cuestión de días, de semanas o de años. O podía no llegar nunca. Pero no me interesaba ser más específico.

Lisa asintió con la cabeza, como si se sintiera algo consolada al saber que su hijo iba a estar con su hermana.

—¿Qué me dice de su marido? ¿Tiene algún número de contacto?

—No. No sé dónde está. Y tampoco quiero que hable con él.

—¿Ni siquiera por su hijo?

—Por mi hijo, sobre todo. Mi hermana se ocupará de él.

Asentí con un gesto y me olvidé del asunto. No era el momento de hacer preguntas sobre el fracaso de su matrimonio.

—Muy bien, ahora que estamos más tranquilos, hablemos de lo sucedido esta mañana. Tengo el disco que me han dado los inspectores, pero quiero enterarme de todo por mí mismo. Me ha dicho que estaba en casa cuando se presentaron el inspector Kurlen y su colega. ¿Qué estaba haciendo en ese momento?

—Yo... Estaba delante del ordenador. Enviando unos correos electrónicos.

—Ya. ¿A quién?

—A mis amigos. A la gente de FLAG. Estaba diciéndoles que mañana a las diez teníamos manifestación delante del juzgado y que vinieran con los carteles.

—Entendido. Y cuando los inspectores se presentaron en su casa, ¿qué le dijeron exactamente?

—Solo habló el hombre. Él...

—Kurlen.

—Sí. Entraron, y él me preguntó unas cuantas cosas. Luego preguntó si no me importaría acompañarles a comisaría para responder algunas preguntas más. Le dije

que sobre qué y me respondió que sobre Mitch Bondurant. En ningún momento me comunicó que estuviera muerto o que lo hubieran asesinado. De forma que dije que sí. Pensé que quizá por fin estaban investigándole. No sabía que en realidad me estaban investigando a mí.

—Ya. ¿Le dijo Kurlen que tenía derecho a no responder a sus preguntas y a hablar con un abogado?

—Sí, como en las películas. Me informó de mis derechos.

—¿Cuándo fue eso exactamente?

—Cuando ya estábamos aquí, al decirme que estaba detenida.

—¿Vino con él en su coche?

—Sí.

—¿Y le dijo algo en el coche?

—No. Estuvo casi todo el tiempo hablando por teléfono. Le oí decir cosas como «Sí, la tengo conmigo» y otras por el estilo.

—¿Iba esposada?

—¿En el coche? No.

Kurlen era listo. Había asumido el riesgo de ir en coche con una presunta asesina sin haberla esposado para no levantar sus sospechas y conseguir que se aviniera a hablar con él. No hay mejor manera de tender una trampa. De ese modo, además, el fiscal podría alegar que Lisa no estaba detenida en aquel momento y que, en consecuencia, había declarado de forma voluntaria.

—Así que la trajeron hasta aquí y usted accedió a hablar con él, ¿es eso?

—Sí. No tenía ni idea de que iban a detenerme. Pensé que estaba ayudándoles a investigar un caso.

—Pero Kurlen no le contó de qué caso se trataba.

—No, en ningún momento. Hasta que me dijo que estaba detenida y que podía hacer una llamada. Y entonces fue cuando me esposaron.

Kurlen había recurrido a algunos de los trucos más viejos del manual de policía, pero seguían formando parte del manual porque funcionaban. Tenía que mirar el DVD para saber qué había reconocido exactamente Lisa, si es que había reconocido algo. Mi tiempo era limitado y no podía malgastarlo preguntárselo a Lisa, dado su estado de nerviosismo. Como si viniera a confirmar mis pensamientos, se oyó un golpe brusco y repentino en la puerta, y una voz ahogada anunció que me quedaban dos minutos.

—Muy bien, Lisa, voy a ocuparme de todo esto. Pero antes necesito que me firme un par de documentos. Este de aquí es un nuevo contrato que cubre la defensa penalista.

Le pasé el documento de una página y puse un bolígrafo sobre el papel. Trammel empezó a revisarlo.

—¿Y estas tarifas? —dijo—. ¿Mil quinientos dólares por un juicio? No puedo pagarle eso. No tengo tanto dinero.

—Es una tarifa estándar que solamente se aplica en caso de que vayamos a juicio. Y en cuanto a lo que puede pagarme o no, estos otros documentos son precisamente para eso. Este de aquí me autoriza a representarla, y me permite solicitar todos los derechos editoriales y audiovisuales derivados del caso, este tipo de cosas. Tengo un agente que se ocupa de estos asuntos. Si hay alguien interesado, él se encargará de conseguir un trato. Este último documento estipula un gravamen de retención sobre cualquiera de esos posibles pagos, para que la defensa sea la primera en cobrar.

Tenía meridianamente claro que aquel caso iba a llamar muchísimo la atención. La epidemia de desahucios constituía la principal catástrofe económica del país. Allí podía haber un libro, o incluso a una película, con lo que al final seguramente podría cobrar mis honorarios.

—Muy bien, Lisa. Lo que voy a decirle ahora es el consejo más valioso que existe. De forma que quiero que me escuche con atención y me diga que lo ha entendido bien.

—De acuerdo.

—No hable de este caso con nadie que no sea yo. No hable de él con los inspectores, con los funcionarios de la cárcel ni con otras detenidas. Ni siquiera hable de él con su hermana o su hijo. Cuando le pregunten —porque está claro que van a preguntarle—, límitese a decirles que no puede hablar de su caso.

—Pero yo no he hecho nada. ¡Soy inocente! Son los culpables los que no hablan de sus casos.

Levanté el dedo índice a modo de reprimenda.

—No, se equivoca. Y me parece que no se está usted tomando mis palabras en serio, Lisa.

—No es eso. Me las tomo en serio, de verdad.

—Entonces haga exactamente lo que le digo. No hable con nadie. Y eso incluye el teléfono de la cárcel. Porque graban todas las llamadas, Lisa. No hable de su caso por teléfono, ni siquiera conmigo.

—Muy bien, muy bien. Entendido.

—Si así se siente más cómoda, puede responder a todas las preguntas que le hagan diciendo: «Soy inocente de todo cuanto me acusan, pero siguiendo las indicaciones de mi abogado no voy a hablar del caso». ¿Qué le parece la idea?

—Bien, supongo.

La puerta se abrió, y Kurlen apareció en el umbral. Me miró con suspicacia, lo cual me confirmó que había sido una buena idea llevar el distorsionador Paquin encima. Miré a Lisa otra vez.

—Muy bien, Lisa, la cosa está difícil, pero todo saldrá bien. Y acuérdesse de la regla número uno: no hable con nadie.

Me levanté.

—La próxima vez que nos veamos será en la comparecencia inicial ante el juez, y entonces podremos hablar. Ahora acompañe al inspector Kurlen.

A la mañana siguiente, Lisa Trammel hizo su comparecencia inicial ante el Tribunal Superior de Los Ángeles acusada de homicidio en primer grado. La fiscalía del distrito había agregado el agravante de premeditación y alevosía, por lo que Lisa ahora podía ser condenada a cadena perpetua sin posibilidad de libertad condicional o, incluso, a pena de muerte. Era una baza con la que la fiscalía podía negociar. Supuse que el fiscal querría que el caso terminara cuanto antes con una aceptación de culpabilidad negociada antes de que la opinión pública simpatizara de forma masiva con la acusada. ¿Y qué mejor forma de obtener ese acuerdo que dejar pender sobre la cabeza de la acusada, cual espada de Damocles, la cadena perpetua y la pena de muerte?

La sala estaba llena hasta los topes de representantes de los medios de comunicación y miembros y dirigentes de FLAG. Desde la noche anterior, la noticia se había ido difundiendo de forma exponencial al correrse la voz de que la policía y el fiscal consideraban que el asesinato del banquero podía tener su origen en una ejecución hipotecaria. Aquello aportaba un matiz truculento a la plaga nacional de desahucios y a la vez explicaba que la sala estuviera atestada de gente.

Lisa se había calmado considerablemente después de haber pasado veinticuatro horas en la cárcel. De pie en el rincón de los acusados, esperaba medio zombi a efectuar una primera declaración que duraría dos minutos. En primer lugar le aseguré que su hermana estaba cuidando de su hijo a la perfección. En segundo lugar le dije que en Haller y Asociados haríamos todo lo posible para ofrecerle la mejor y más rigurosa de las defensas. Su principal preocupación era salir de la cárcel para volver a cuidar de su hijo y ayudar a su equipo de abogados.

Aunque en el fondo aquella primera comparecencia no era más que una exposición de los cargos y el punto de partida del proceso judicial, íbamos a tener la oportunidad de solicitar y justificar la libertad bajo fianza. Y como mi filosofía era la de no dejar piedra sin remover ni cuestión sin debatir, me disponía a hacer justamente eso. Pero era pesimista en cuanto al resultado. Por ley, el juez tenía la obligación de estipular una fianza. Pero a la hora de la verdad, cuando se trataba de un caso de asesinato, la fianza solía ascender a millones de dólares, una cifra inalcanzable para el común de los mortales. Mi cliente era madre soltera, y estaba en paro y sumida en un proceso de desahucio. Una fianza de siete cifras dejaría a Lisa sin opciones de salir de la cárcel.

El juez Stephen Fluharty hizo que el caso de Trammel fuera el primero del día para poder dar cabida a los medios de comunicación. Andrea Freeman, la fiscal asignada al caso, presentó la denuncia formal, y el juez programó la lectura de cargos para la semana siguiente. Trammel no efectuaría ninguna alegación hasta entonces. Aquellos procedimientos rutinarios se saldaban con rapidez. Fluharty se disponía a anunciar un pequeño descanso para que los periodistas pudieran recoger sus cosas y

salir en masa cuando le interrumpí y solicité que fijara una fianza para mi cliente. La segunda razón para hacerlo era ver cómo respondía la fiscalía. A veces tenía suerte y el fiscal revelaba algunas de sus pruebas o estrategias al exigir una fianza elevada.

Pero Freeman era demasiado cautelosa como para cometer un desliz de ese tipo. Argumentó que Lisa Trammel constituía un peligro para la sociedad y era necesario que siguiera bajo custodia sin posibilidad de fianza durante la fase preliminar del proceso judicial. Subrayó que la víctima del crimen no era el único protagonista de la ejecución hipotecaria de la residencia de Lisa, sino solo el eslabón de una cadena. Si Trammel era puesta en libertad, estarían en peligro otras personas e instituciones que formaban parte de esa misma cadena.

No reveló gran cosa. Desde el principio estaba claro que la fiscalía iba a atribuir el asesinato de Mitchell Bondurant a la ejecución hipotecaria. Freeman había dicho lo suficiente para presentar una objeción contundente a la libertad bajo fianza sin dar ninguna pista de los alegatos que estaba urdiendo para conseguir una condena por asesinato. Era buena en su trabajo, y ya nos habíamos visto las caras en otros casos anteriores. Y si no me fallaba la memoria, yo había salido perdiendo en todos ellos.

Cuando me llegó el turno, argumenté que no había indicios —y menos aún pruebas— de que Trammel fuese un peligro para la sociedad o estuviera pensando en darse a la fuga. En ausencia de tales indicios y pruebas, el juez no podía denegar la libertad bajo fianza a la acusada.

Fluharty tomó una decisión estrictamente salomónica: concedió el triunfo a la defensa al determinar que la libertad bajo fianza era procedente e hizo que la fiscalía se saliera con la suya al fijar la fianza en dos millones de dólares. El resultado era que Lisa no iba a salir a la calle. Necesitaba disponer de dos millones como garantía o la intervención de un agente fiador. Este le reclamaría un depósito del diez por ciento, y doscientos mil dólares en efectivo estaban absolutamente fuera de su alcance. Iba a seguir en prisión.

Finalmente, el juez anunció el descanso y permitió que hablara unos minutos con Lisa antes de que se la llevaran los alguaciles. Mientras los periodistas abandonaban la sala, aproveché para repetirle que mantuviera la boca cerrada.

—Lisa, ahora que todos los medios de comunicación están siguiendo el caso es todavía más importante. Puede que traten de hablar con usted en la cárcel, ya sea de forma directa o mediante otras detenidas o visitas de las que crea que puede fiarse. Así que no lo olvide...

—Oído. No tengo que hablar con nadie.

—Bien. También quiero que sepa que esta tarde voy a reunirme con todo el personal del bufete para estudiar el caso y establecer algunas estrategias. ¿Hay algo en particular que quiera que salga a relucir durante la reunión? ¿Algo que pueda resultarnos de alguna ayuda?

—Solo tengo una pregunta y es para usted.

—¿De qué se trata?

—¿Por qué no me ha preguntado si lo hice?

Vi que uno de los alguaciles llegaba por detrás de Trammel con la intención de llevársela.

—No necesito preguntárselo, Lisa —dije—. No necesito saber la respuesta para hacer bien mi trabajo.

—Pues entonces nuestro sistema da pena. No estoy segura de poder contar con un abogado defensor que no cree en mí.

—Bueno, está claro que es usted quien elige, y estoy seguro de que hay un montón de abogados que harían cola ante el juzgado y estarían encantados de llevar su caso. Pero nadie conoce tan bien como yo las circunstancias del caso o la ejecución hipotecaria, y solo porque alguien le asegure que cree en usted no tiene por qué estar diciéndole la verdad. Yo no le vendré con mierdas de ese tipo, Lisa. Conmigo, si no hay preguntas, no hay respuestas. Y eso vale para los dos. No me pregunte si creo en usted, y no se lo diré.

Hice una pausa para ver si quería responder. No lo hizo.

—En fin, ¿le parece bien? No quiero dejarme la piel en este caso si piensa andar buscando a un devoto que ocupe mi lugar.

—Me parece bien, supongo.

—De acuerdo. Entonces vendré a verla mañana para hablar del caso y decidir qué dirección vamos a tomar. Espero que mi investigador ya tenga una primera idea de lo que muestran las pruebas. Está...

—¿Puedo hacerle una pregunta, Mickey?

—Por supuesto.

—¿Usted podría prestarme el dinero para la fianza?

La pregunta me dejó de piedra. Hacía mucho tiempo que había dejado de llevar la cuenta de los muchos clientes que me habían pedido dinero para pagar sus fianzas. Seguramente esta era de largo la suma más elevada, pero dudaba que fuera la última.

—No puedo hacer eso, Lisa. En primer lugar, no tengo tanto dinero; y en segundo lugar, que un abogado pague la fianza a su cliente constituye un conflicto de intereses. Así que en ese sentido no puedo ayudarla. Me parece más práctico que vaya acostumbrándose a la idea de que va a seguir en la cárcel como mínimo durante el tiempo que dure el juicio. El juez ha establecido una fianza de dos millones, lo que implica que necesita al menos doscientos mil para pagar al agente fiador. Eso es mucho dinero, Lisa, y si lo tuviera, le pediría la mitad para pagar la defensa. Así que de todos modos seguiría en la cárcel.

Sonreí, pero Trammel no le veía la gracia a lo que le estaba diciendo.

—Cuando se entrega un depósito como ese, ¿uno lo recupera después del juicio?

—No, se lo queda el agente fiador para cubrir el riesgo que corre, ya que en caso de que usted se diera a la fuga se vería obligado a apoquinar los dos millones.

Lisa me miró indignada.

—¡No voy a darme a la fuga! Voy a quedarme donde estoy y hacer frente a todo

esto. Lo único que quiero es estar con mi hijo. Me necesita.

—Lisa, no me estaba refiriendo a usted en particular. Simplemente estaba explicándole cómo funcionan las fianzas y los depósitos. En fin, el alguacil que está detrás suyo se ha mostrado muy paciente hasta ahora. Usted tiene que irse con él, y yo tengo que ponerme a trabajar en su defensa. Mañana hablaremos.

Le hice un gesto con la cabeza al alguacil y se acercó para llevar a Lisa al calabozo del juzgado otra vez. Mientras se dirigían a la puerta, Lisa se dio la vuelta y me miró asustada. No podía ni imaginar lo que se le venía encima, ni que aquello solo era el comienzo de lo que sería el calvario más terrible de su vida.

Andrea Freeman había terminado de hablar con otro colega del ministerio fiscal, de forma que pude acercarme a ella antes de que abandonara la sala.

—¿Le apetece tomar un café y charlar un poco? —le pregunté al llegar a su lado.

—¿Es que no necesita hablar con su gente?

—¿Mi gente?

—Todos esos con las cámaras. Seguro que están haciendo cola al otro lado de la puerta.

—Preferiría hablar con usted. Si quiere, incluso podemos decidir cómo encarar a los medios.

—Creo que tengo unos minutos libres. ¿Quiere bajar al sótano? ¿O prefiere acompañarme a la oficina y probar el café que preparamos en la fiscalía?

—Mejor bajemos al sótano. En su oficina tendría que mirar por el rabillo del ojo todo el tiempo.

—¿A su exmujer?

—A ella y a otros, aunque el hecho es que mi ex y yo ahora nos llevamos bien.

—Me alegra saberlo.

—¿Conoce usted a Maggie?

En la oficina de Van Nuys había por lo menos ochenta fiscales auxiliares.

—De vista.

Salimos de la sala y, de pie el uno junto al otro, dijimos a los periodistas allí congregados que no íbamos a hacer ningún comentario en una fase tan incipiente del caso. Al dirigirnos hacia los ascensores, al menos seis de ellos, casi todos de fuera de la ciudad, me pusieron sus tarjetas de visita en la mano —*New York Times*, CNN, *Dateline*, *Salon* y, la guinda del pastel: el programa de televisión *Sixty Minutes*—. En menos de veinticuatro horas había pasado de deslomarme llevando casos de desahucio en el barrio sur de Los Ángeles por doscientos cincuenta al mes a convertirme en abogado defensor en un caso que amenazaba con convertirse en el emblema del panorama económico del momento.

Y me gustaba.

—Se han ido —dijo Freeman una vez estuvimos en el ascensor—. Ya puede quitarse de encima esa sonrisa de politicastro.

La miré y sonreí de verdad.

—Así de evidente, ¿eh?

—Ya lo creo. Le sugiero que disfrute mientras pueda.

Aquello era un recordatorio no muy sutil de lo que me esperaba con aquel caso. Freeman era una de las figuras más prometedoras en la fiscalía del distrito, y había quien aseguraba que con el tiempo haría lo posible por situarse en lo más alto. Solía decirse que su ascensión y buena consideración en la fiscalía tenían que ver con el color de su piel y con cuestiones de política interna. Que le adjudicaban los casos más interesantes porque era integrante de una minoría y la protegida de un miembro de otra. Pero yo tenía claro que aquello era un error de apreciación garrafal. Andrea Freeman era pero que muy buena en su trabajo, como dejaba claro mi historial, repleto de casos perdidos contra ella. Cuando la noche anterior me habían comunicado que había sido asignada al caso Trammel, sentí como si estuvieran hurgando en mis costillas con un objeto contundente. Dolía, pero no podía hacer nada por evitarlo.

Tras llegar a la cafetería del sótano nos servimos una taza de café y encontramos una mesa en un rincón apartado. Freeman se sentó en la silla que le permitía ver mejor la entrada. Era una manía que tenían los agentes la ley, ya fuesen policías, inspectores o fiscales. Nunca hay que dar la espalda a un posible punto de ataque.

—Y bien... —dije—. Aquí estamos. Parece que le toca procesar a una heroína nacional en potencia.

Freeman se echó a reír como si yo estuviera loco de atar.

—Sí, claro. Pero por lo que yo sé, los asesinos no suelen ser considerados como héroes.

Se me ocurrió un célebre caso juzgado en Los Ángeles que bien podía contradecir sus palabras, pero lo dejé correr^[2].

—Quizá he exagerado un poco —convine—. Digamos que en este caso la acusada contará con la simpatía de la opinión pública. Y creo que la atención de los medios de comunicación tan solo va a acentuar esa tendencia.

—Por el momento, sí. Pero a medida que las pruebas salgan a la luz y se conozcan los detalles, no creo que las simpatías de la opinión pública vayan a suponer un problema. Es mi punto de vista. Pero ¿qué me está diciendo, Haller? ¿Es que quiere negociar una aceptación de culpabilidad cuando el caso no tiene ni un día?

Negué con la cabeza.

—No, en absoluto. No me refería a nada de eso. Mi cliente dice que es inocente. He dicho lo de las simpatías de la opinión pública porque a estas alturas el caso ya está teniendo mucho seguimiento. Un productor del informativo *Sixty Minutes* acaba de darme su tarjeta. Así que le propongo que acordemos unas directrices y procedimientos a la hora de tratar con los medios de comunicación. Acaba de mencionar las pruebas que van a hacerse públicas. Espero que esté refiriéndose a pruebas presentadas ante el tribunal y no filtradas de forma selectiva al *Los Angeles Times* o cualquier otro representante del cuarto poder.

—Muy bien, pues si quiere, pongámosle sordina al caso desde ahora mismo. Que nadie hable con los medios de comunicación bajo ninguna circunstancia.

Frunció el ceño.

—Aún no estoy preparado para llegar tan lejos.

Asintió con la cabeza en un gesto de complicidad.

—Eso me parecía. En tal caso, lo único que voy a sugerir es que nos andemos con cuidado. Los dos. Por mi parte no vacilaré en hablar con el juez si en algún momento considero que está intentando influir en los miembros del jurado.

—Lo mismo digo.

—Bien. Pues por ahora está decidido. ¿Qué más?

—¿Cuándo podré empezar a ver alguna evidencia?

Freeman bebió un largo sorbo de café antes de responder:

—Hemos coincidido en otros casos, así que ya sabe cómo trabajo. No me va eso de «enséñame tu cosita, y yo te enseño la mía». Siempre es un callejón sin salida, porque la defensa al final no te enseña un carajo. De forma que prefiero guardarme según qué cosas.

—Abogada, creo que deberíamos llegar a un acuerdo.

—Bueno, cuando hayan asignado a un juez definitivo, siempre podrá hablar con él. Pero yo no pienso ponerle las cosas fáciles a una asesina, y me da lo mismo quién ejerza su defensa. Y para que lo sepa, le he echado un buen rapapolvo a su amigo Kurlen por haberle dado ese disco ayer. No tendría que haberlo hecho, y suerte tiene de que no haya intentado que le apartaran del caso. Considérelo como un regalo de la fiscalía. Pero no espere que vaya a haber más... Abogado.

Era la respuesta que esperaba. Freeman era una fiscal condenadamente buena, pero a mi modo de ver no jugaba limpio. Se suponía que un juicio tenía que ser un vivo torneo en el que salieran a relucir tanto hechos como pruebas. Con ambos contendientes sólidamente asentados por igual en la ley y las normas de la justicia. Pero Freeman tenía por costumbre valerse de esas mismas normas para esconder o retener tanto hechos como pruebas. Le gustaba jugar con ventaja. No sacaba nada a la luz. Ni siquiera sabía lo que era la luz.

—Andrea, por favor. La policía se llevó el ordenador y todos los papeles de mi cliente. Son de su propiedad, y los necesito para fundamentar mínimamente la defensa. No puede retenerlos y tratarlos como pruebas.

Freeman ladeó la boca y asumió la expresión de quien está considerando la posibilidad de ceder terreno. Era pura pantomima por su parte, y tendría que haberme dado cuenta.

—Le propongo una cosa —dijo—. Tan pronto como hayan asignado al juez, vaya a hablar con él y pídaselo. Si el juez me dice que le entregue todo eso, se lo entrego. Pero si no, ese material es mío, y no pienso compartirlo.

—Muchas gracias.

Sonrió.

—De nada.

Su respuesta a mi petición de cooperación y su sonriente manera de formularla solo sirvieron para subrayar una idea que había estado creciendo en un rincón de mi mente desde que me dijeron que le habían asignado el caso. Tenía que encontrar la manera de que Freeman viera la luz.

Aquella tarde el personal al completo de Michael Haller y Asociados se reunió en la sala de estar del piso de Lorna Taylor en West Hollywood. Estaban presentes Lorna, por supuesto, mi investigador, Cisco Wojciechowski —por algo aquel también era su piso— y la pasante del bufete, Jennifer Aronson. Me daba cuenta de que Aronson se sentía incómoda en aquel entorno que, la verdad, no resultaba muy profesional. El año anterior había alquilado un despacho temporal, mientras estaba metido en el caso Jason Jessup, y la cosa había ido bien. Tenía claro que sería mejor llevar el caso Trammel desde un despacho de verdad, y no desde la sala de estar de dos de mis empleados. El problema era que eso suponría otro gasto que soportar hasta que consiguiera vender los derechos cinematográficos y literarios del caso —si es que conseguía venderlos—. Aquello me había echado para atrás a la hora de tomar una decisión, pero la incomodidad de Aronson tomó la decisión por mí.

—Muy bien, empecemos —dije después de que Lorna nos sirviera a todos refrescos y té helado—. Entiendo que esta no es la forma más profesional de llevar un bufete de abogados, por lo que vamos a buscar algún despacho tan pronto como podamos. Entretanto...

—¿Lo dices en serio? —apuntó Lorna, claramente sorprendida por esta información.

—Sí. Digamos que acabo de decidirlo.

—Pues qué bien. Me alegra ver lo mucho que te gusta mi piso.

—No es eso, Lorna. Pero últimamente he estado pensando que después de haber contratado a Bullocks, aquí presente, se diría que ahora sí somos un verdadero bufete de abogados, y quizá nos iría bien tener una dirección permanente. Ya me entiendes, para que los clientes acudan a nosotros en lugar de que nosotros tengamos que ir buscándolos por ahí.

—Por mí, perfecto. Siempre que no tenga que abrir el negocio antes de las diez y pueda seguir llevando mis zapatillas de andar por casa. Digamos que me he acostumbrado a ello.

Me di cuenta de que se sentía insultada. Habíamos estado casados una breve temporada en el pasado, y reconocía las señales. Pero me ocuparía de eso más adelante. Ahora lo primordial era centrarse en la defensa de Lisa Trammel.

—En fin, hablemos de Lisa Trammel. He hablado por primera vez con la fiscal después de la comparecencia de esta mañana, y no ha ido demasiado bien. Ya me las he visto otras veces con Andrea Freeman, y está claro que es un hueso duro de roer. Si hay algo que se pueda objetar, Freeman está ahí para objetarlo. Si tiene pruebas de algún tipo, las mantendrá en secreto hasta que el juez le ordene exhibirlas. En cierto modo siento admiración por ella, pero no cuando coincidimos en el mismo caso. En pocas palabras, conseguir que se avenga a mostrarnos las pruebas será como arrancarse una muela.

—Pero, bueno, ¿al final habrá juicio? —preguntó Lorna.

—Tenemos que asumirlo —respondí—. Durante mi breve conversación con nuestra cliente ha dejado claro que quiere hacer frente al asunto. Dice que ella no lo hizo. Lo que por el momento significa que nada de acordar una aceptación de culpabilidad. Tenemos que prepararnos para un juicio, pero seguir abiertos a otras posibilidades.

—Un momento —dijo Aronson—. Anoche me enviaste un correo electrónico diciéndome que querías que mirase ese vídeo del interrogatorio que te han dado. Es un auténtico hallazgo. ¿No te lo dio la fiscalía?

Aronson tenía veinticinco años, era de compleción pequeña y llevaba el cabello corto y cuidadosamente despeinado a la última moda. Lucía unas gafas de estilo retro que encubrían parcialmente sus ojos verde brillante. Había estudiado en una facultad de derecho un tanto desdeñada por los bufetes más finolis del centro de la ciudad, pero cuando la entrevisté me di cuenta de que la movía una poderosa motivación negativa. Quería demostrarles a aquellos capullos finolis que estaban muy equivocados. Por tanto, la contraté en el acto.

—El disco con el vídeo me lo dio el inspector que lleva el caso, y la fiscal está que trina al respecto. Así que no esperemos que nos den algo más. Si queremos algo, tendremos que hablar con el juez o conseguirlo por nuestra cuenta. Lo que nos lleva a Cisco. Cuéntanos qué has encontrado, compañero.

Todas las miradas se fijaron en mi investigador, sentado en una silla giratoria tapizada en cuero junto a la chimenea repleta de macetas con plantas. Ese día se había vestido para la ocasión, lo que en su caso no suponía más que una camiseta de manga larga. Aun así, la prenda no terminaba de esconder los tatuajes ni el relieve de la pistola. Sus bíceps prominentes le hacían parecer más un portero de garito de striptease que un experimentado investigador de lo más sutil.

Me había costado mucho tiempo aceptar que Lorna me había sustituido por aquel entrecot gigante. Pero al final me las había arreglado, y el hecho era que no conocía a un investigador mejor para un abogado. De joven, en su época de motorista con los Road Saints, la policía había tratado un par de veces de colgarle el muerto de traficar con drogas, lo que le había llevado a desconfiar de ellos para siempre. Porque es sabido que la mayoría de gente otorga el beneficio de la duda a la policía, pero Cisco no lo hacía, por eso era tan bueno en su trabajo.

—Bien. Voy a abordar dos cuestiones —indicó—: la escena del crimen y la casa de nuestra cliente, que la policía estuvo registrando ayer durante varias horas. Primero, la escena del crimen.

Sin consultar nota alguna, procedió a detallar todo cuanto había averiguado en la sede del WestLand National. Mitchell Bondurant se había visto sorprendido por su agresor cuando salía del coche para entrar a trabajar. Su agresor le golpeó en la cabeza con un objeto desconocido, dos veces por lo menos. Todo parecía indicar que le había sorprendido por la espalda. En las manos o brazos de Bondurant no había

lesiones defensivas, lo cual indicaba que le habían abatido de forma casi inmediata. Junto a su cuerpo tendido en el suelo, a un lado del neumático posterior del coche, había aparecido un vaso de café derramado de la cadena Joe's Joe, así como su maletín, que estaba abierto.

—¿Y qué pasa con esos disparos que alguien dijo haber oído? —pregunté.

Cisco se encogió de hombros.

—Yo creo que simplemente oyeron el petardeo de algún coche.

—¿Dos petardeos?

—O uno y su eco. En todo caso, no hay indicios de disparos.

Cisco prosiguió con su explicación. Aún no se conocían los resultados de la autopsia, pero Cisco estaba casi seguro de que la causa de la muerte iba a ser un traumatismo producido con un objeto contundente. Por el momento, la hora de la muerte estaba establecida entre las 8.30 y las 8.50 de la mañana. En el bolsillo de Bondurant había aparecido un recibo del establecimiento de la cadena Joe's Joe situado a cuatro manzanas de distancia. En el recibo constaba una hora precisa, las 8.21 de la mañana, y los investigadores creían que el trayecto desde la cafetería hasta su plaza en el aparcamiento del banco tendría que haberle llevado un mínimo de nueve minutos. Un empleado de la entidad había encontrado el cadáver y había llamado al 911, el teléfono de emergencias; la llamada estaba registrada a las 8.52.

De manera que la muerte había tenido lugar dentro de un lapso aproximado de veinte minutos. No era mucho tiempo, pero suponía una eternidad cuando se pretendía documentar los movimientos de una acusada con el fin de establecer una coartada.

La policía hizo preguntas a todos aquellos que aparcaban sus coches en la misma planta del aparcamiento, y también a los empleados que trabajaban en el mismo departamento del banco que Bondurant. El nombre de Lisa Trammel no tardó en sonar de forma repetida durante esas entrevistas. Al parecer, Bondurant había declarado sentirse amenazado por aquella mujer. En su departamento había un archivo con las amenazas recibidas y su evaluación, y Trammel encabezaba la lista. Como todo el mundo sabía, en su momento había recibido una orden de alejamiento que le prohibía acercarse a las dependencias del banco.

La policía dio con el filón que andaba buscando cuando una empleada de la entidad dijo haber visto a Lisa Trammel alejarse a pie del banco por Ventura Boulevard pocos minutos después del asesinato.

—¿Quién es esa testigo? —pregunté, centrándome en lo que más nos perjudicaba de todo lo que había contado.

—Se llama Margo Schafer. Es una cajera del banco. Según mis fuentes, Schafer nunca llegó a tratar con Trammel en persona porque trabaja en el mostrador cara al público, y no en la división de préstamos. Pero después de que le fuera impuesta la orden de alejamiento, la foto de Trammel circuló entre los empleados y les dijeron a todos que tuvieran cuidado con ella y que informasen de su presencia si la veían por

los alrededores. Y Schafer la reconoció.

—¿Entró a las dependencias del banco?

—No, estaba en la acera, a media manzana de distancia. Según dice Schafer, andaba por Ventura Boulevard en dirección este, alejándose del banco.

—¿Sabemos algo de esa tal Margo Schafer?

—Por el momento no, pero lo averiguaremos. Estoy en ello.

Asentí con la cabeza. Normalmente Cisco no necesitaba que le dijera lo que debía investigar. Pasó a la segunda parte cuestión, la referente al registro de la casa de Lisa Trammel. Esta vez echó mano a un documento que sacó de una carpeta.

—Lisa Trammel accedió voluntariamente —siempre según la policía— a acompañar a los inspectores a la comisaría de Van Nuys unas dos horas después del asesinato. Aseguran que no fue detenida hasta después del interrogatorio en comisaría. Valiéndose de las declaraciones conseguidas durante el interrogatorio y del testimonio ofrecido por Margo Schafer, los inspectores consiguieron una orden de registro de la casa de Trammel. Estuvieron unas seis horas en el interior, buscando pruebas de todo tipo, entre ellas la posible arma homicida, así como documentación física y digital de un plan para matar a Bondurant.

Las órdenes de registro incluyen un lapso temporal en el que ha de tener lugar ese registro. Una vez agotado, la policía está obligada a entregar con prontitud al tribunal un documento llamado «resultado de registro», que enumera de forma precisa todo cuanto ha sido decomisado. El juez a continuación tiene la responsabilidad de revisar dichas incautaciones para asegurarse de que la policía se ha mantenido dentro de los parámetros estipulados por la orden. Cisco explicó que los inspectores Kurlen y Longstreth habían presentado el listado esa mañana, y que él había conseguido una copia por medio de la secretaría del juzgado, lo cual, dado que la policía y la fiscalía se negaban a compartir información con la defensa, resultaba clave. Andrea Freeman se había negado en redondo. Pero la petición y el resultado de la orden eran documentos públicos. Freeman no podía impedir que accediera a ellos. Y esos documentos me permitirían hacerme una idea clara de cómo estaba preparando el caso la fiscalía.

—Cuéntanos lo principal —dije—. Pero después quiero una copia de todo el asunto.

—Aquí tienes tu copia —dijo Cisco—. En lo referente a...

—¿Me puedes pasar otra copia a mí también, por favor? —pidió Aronson.

Cisco me miró para que le diera permiso. La situación era incómoda. De algún modo me estaba preguntando si Aronson era realmente una integrante del equipo y no una simple pasante a la que había sacado de una facultad de derecho de medio pelo para que manejara a los clientes.

—Naturalmente —dije.

—De acuerdo —convino Cisco—. Bueno, vamos con lo principal. En cuanto al arma homicida, parece que los inspectores fueron al garaje de Trammel y

decomisaron todas y cada una de las herramientas de mano que encontraron en la banqueta de trabajo.

—De forma que no saben cuál fue el arma homicida —observé.

—La autopsia aún no ha terminado —dijo Cisco—. Van a tener que examinar comparativamente las lesiones. Va a llevarles un tiempo, pero tengo mis fuentes en la oficina del forense. En cuanto sepan algo, yo también lo sabré.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Se llevaron el ordenador portátil de Trammel, un MacBook Pro de hace tres años, y un montón de documentos de todo tipo relacionados con la ejecución hipotecaria de su casa de Melba. Y aquí es donde el juez puede cabrearse con ellos. Los inspectores no mencionan los documentos de forma específica, seguramente porque había demasiados. Solo mencionan tres carpetas, marcadas con los nombres FLAG, EJECUCIÓN UNO y EJECUCIÓN DOS.

Deduje que todos los documentos de ese tipo que Lisa pudiera tener en casa eran los que yo le había proporcionado. Tanto la carpeta FLAG como el ordenador podían contener los nombres de los miembros del grupo formado por Lisa, lo cual indicaba que posiblemente la policía estuviera buscando a cómplices.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Se llevaron su teléfono móvil, un par de zapatos que tenía en el garaje, y lo mejor de todo: también se llevaron un pequeño diario. No lo describen con más detalle ni dicen lo que había en sus páginas, pero estoy seguro de que si hay diatribas contra el banco o contra la víctima en particular, tendremos un problema.

—Le preguntaré por ese diario cuando vaya a verla mañana —dije—. Pero un momento. El teléfono móvil. ¿En la petición de la orden de registro se especifica de forma explícita que querían su teléfono? ¿Acaso están sugiriendo que se trata de una conspiración, que Lisa contó con la ayuda de otros para cargarse a Bondurant?

—No, la petición no dice nada de cómplices. Seguramente los inspectores solo querían cubrir todas las posibilidades.

Asentí con la cabeza. Resultaba de gran ayuda conocer los movimientos que los investigadores estaban haciendo para enchironar a mi cliente.

—Lo más probable es que hicieran una segunda petición de registro para que el operador telefónico de turno les proporcionase el listado de llamadas de Trammel.

—Lo comprobaré —dijo Cisco.

—Muy bien. ¿Algo más sobre este tema?

—Los zapatos. El listado incluye un par de zapatos incautados en el garaje de la casa. No dice por qué, solo que son unos zapatos de jardinería. Zapatos de mujer.

—¿No se llevaron ningunos otros zapatos?

—No que consten. Solo ese par.

—No te han dicho nada sobre huellas de zapatos en el lugar del crimen, ¿verdad?

—No, de eso no me han dicho nada.

—Entendido.

Estaba seguro de que la razón de la incautación de los zapatos no tardaría en ver la luz. Cuando la policía tiene una orden de registro, trata de hacerse con todo aquello que el juez le permite. Es mejor decomisar cuantas más cosas mejor que olvidarse de algo, lo que a veces implica decomisar objetos que en último término nada tienen que ver con el caso.

—Por cierto —dijo Cisco—, si tienes un rato para repararla, la solicitud al juez resulta interesante si pasas por alto los errores de ortografía y gramática. La petición se basa principalmente en el interrogatorio que le hicieron a Lisa, pero eso ya lo hemos visto en el disco que te dio Kurlen.

—Sí, lo que ella describe como unas declaraciones, y que los inspectores por su parte se ocuparon de exagerar.

Me levanté y empecé a pasearme por el centro de la estancia. Lorna se levantó también y cogió la orden de registro de manos de Cisco para hacer una copia. Entró en una pequeña habitación adyacente, en la que tenía su despacho y donde había una fotocopidora.

Esperé a que volviera y entregara una copia de los documentos a Aronson antes de continuar:

—Muy bien. Esto es lo que vamos a hacer. Lo primero es conseguir una oficina de verdad. Un lugar próximo al juzgado de Van Nuys en el que podamos establecer nuestro cuartel general.

—¿Quieres que me ocupe del asunto, Mick? —preguntó Lorna.

—Sí, Lorna.

—Me aseguraré de que tenga aparcamiento y se pueda comer bien cerca.

—No estaría mal que pudiéramos ir andando al juzgado.

—Hecho. ¿Un contrato a corto plazo?

Me paré un momento a pensar. Me gustaba trabajar desde el asiento trasero del Lincoln. Me daba una libertad que favorecía mis procesos mentales.

—La alquilaremos durante un año. Y luego ya veremos.

Miré a Aronson. Estaba tomando notas en un cuaderno, con la cabeza gacha.

—Bullocks, necesito que te ocupes personalmente de nuestros demás clientes y respondas con las fórmulas acostumbradas a quienes nos llamen por primera vez. La radio va a seguir emitiendo nuestros anuncios durante todo el mes, así que no creo que el ritmo afloje. También voy a necesitar que me ayudes con lo de Trammel.

Levantó la mirada, y los ojos se le iluminaron ante la perspectiva de trabajar en un caso de asesinato menos de un año después de haber ingresado en el colegio de abogados.

—No te hagas demasiadas ilusiones —dije—. No estoy diciendo que vayas a llevar el caso conmigo. Más bien te ocuparás de gran parte del trabajo sucio. ¿Qué tal se te dio lo de los indicios racionales de criminalidad en esa facultad tuya de tres al cuarto?

—Fui la mejor de la clase.

—Lo suponía. Pues bien, ¿ves ese documento que tienes en la mano? Quiero que mires esa orden de registro con lupa, que la desmenuces y la hagas trizas. Hay que buscar omisiones, tergiversaciones, cualquier cosa que podamos usar para solicitar una moción de supresión. Lo que quiero es que el juez rechace la presentación de todo cuanto la policía encontró en casa de Lisa Trammel.

Aronson tragó saliva de forma visible. Acababa de hacerle una petición muy complicada. Iba más allá del simple trabajo sucio, pues el encargo probablemente requeriría mucha dedicación y no serviría de mucho. Era raro que un juez desestimara un conjunto de pruebas en bloque. Simplemente, estaba cubriendo todos los frentes y utilizando a Aronson en uno de ellos. Era lo bastante lista para darse cuenta y esa era una de las razones por las que la había contratado.

—Acuérdate de que estás trabajando en un caso de asesinato —le dije—. ¿Cuántos de tus compañeros de clase pueden decir lo mismo?

—Seguramente, ninguno.

—Más claro, agua. Y por eso quiero que luego revises el disco del interrogatorio que la policía hizo a Lisa y hagas lo mismo. Busca cualquier paso en falso por parte de los inspectores, cualquier cosa que podamos usar para que la grabación también sea desestimada. Creo que la sentencia del Tribunal Supremo del año pasado puede sernos de ayuda en este sentido. ¿Estás familiarizada con esa sentencia?

—Eh... Este es mi primer caso por lo penal.

—Pues entonces familiarízate con ella. Kurlen hizo todo lo posible para que pareciese que Trammel acudió al interrogatorio de forma voluntaria. Pero si conseguimos dejar claro que la tenía bajo su control en ese momento, con o sin esposas, podremos alegar que Lisa estuvo detenida desde el principio. Si lo logramos, todo cuanto ella dijera antes de que la informaran de sus derechos quedará invalidado de forma automática.

—Entendido.

Aronson seguía tomando notas con la cabeza gacha.

—¿Has entendido todas tus tareas?

—Sí.

—Bien, pues adelante con ello, pero no te olvides de los demás clientes. Son los que nos dan de comer. Por ahora.

Me giré hacia Lorna.

—Y, Lorna, ahora que me acuerdo, necesito que te pongas en contacto con Joel Gotler y hagas que empiece a mover toda esta historia. El asunto puede escapársenos de las manos si negociamos un acuerdo de culpabilidad, por lo que es mejor que tratemos de cerrar un trato con él ahora mismo. Dile que estamos dispuestos a renunciar a gran parte del porcentaje final si nos adelantan una pasta más o menos importante. Necesitamos fondos para llevar la defensa.

Gotler era el agente de Hollywood que me representaba. Recurría a él cada vez que Hollywood me llamaba. Esta vez íbamos a ser nosotros los que llamáramos a

Hollywood e hiciéramos todo lo posible por vender los derechos.

—Véndele la moto —le dije a Lorna—. Que sepa que tengo la tarjeta de uno de los productores de *Sixty Minutes*. Que se entere de que la cosa es cada vez más gorda.

—Hablaré con Joel —respondió ella—. Sé lo que tengo que decirle.

Dejé de pasearme y me pregunté si me olvidaba de algo y cuál iba a ser mi papel en todo aquello. Miré a Cisco.

—¿Quieres que investigue a la testigo? —preguntó.

—Eso mismo. Y también a la víctima. Quiero saberlo todo de ambos.

Mi orden se vio acentuada por el agudo zumbido del interfono situado en la pared junto a la puerta de la cocina.

—Lo siento. Es la puerta de la calle —dijo Lorna, sin hacer ningún amago de acercarse al interfono.

—¿No vas a responder? —pregunté.

—No. No estoy esperando a nadie, y los chicos del reparto conocen la combinación de la puerta. Lo más seguro es que sea un abogado de esos que andan buscando clientes por todas partes. Se pasean por el barrio como zombis.

—Ya —dije—. Pues continuemos. Lo siguiente que necesitamos es pensar en otro asesino.

Mis palabras llamaron la atención de todos y cada uno de los presentes.

—Necesitamos un culpable —indiqué—. Si vamos a juicio, no nos bastará con hacer mella en la argumentación de la fiscalía. Necesitaremos una defensa agresiva. Hay que lograr que el jurado mire en otra dirección que no sea Lisa. Y para eso necesitaremos una hipótesis alternativa.

Me di cuenta de cómo me miraba Aronson mientras hablaba. Me sentí como un profesor en la facultad de derecho.

—Lo que nos hace falta es una hipótesis que sostenga su inocencia. Si conseguimos formularla, hemos ganado el caso.

El timbre de la puerta de la calle volvió a sonar. Se hizo una pausa y se oyeron dos nuevos zumbidos, largos e insistentes.

—¿Qué demonios...? —apuntó Lorna.

Irritada, se levantó y fue hacia el interfono. Pulsó el botón para hablar.

—Sí. ¿Quién es?

—¿Es el bufete de Mickey Haller?

Era una voz de mujer y me resultaba familiar, aunque no terminé de reconocerla, de momento. El altavoz emitía un sonido metálico y el volumen no era muy alto. Lorna se giró y meneó la cabeza confundida. Su dirección no constaba en ninguno de nuestros anuncios. ¿Cómo habría haber llegado aquella mujer hasta la puerta de su casa?

—Sí, pero solo aceptamos citas concertadas —respondió—. Puedo darle un número al que llamar si lo que quiere es hacer una consulta al señor Haller.

—¡Por favor! Tengo que hablar con él ahora mismo. Soy Lisa Trammel, una

cliente suya. Necesito hablar con él cuanto antes.

Me quedé mirando el interfono como si se tratara de un conducto directo al calabozo para mujeres de Van Nuys, donde se suponía que estaba encerrada Lisa. Finalmente miré a Lorna.

—Será mejor que abras la puerta.

6

Lisa Trammel no venía sola. Una vez que Lorna abrió la puerta de su casa, mi cliente entró en compañía de un hombre cuyo rostro había visto en el juzgado durante la comparecencia de Lisa. El hombre estaba sentado en la primera fila, y me fijé en él porque no tenía aspecto ni de abogado ni de periodista. Parecía salido de Hollywood. Y no del Hollywood estelar y glamuroso. Del otro. Del Hollywood más bien cutre y precario. O bien llevaba el pelo teñido de cualquier manera o bien lucía un peluquín, con la obligada perilla a juego, una papada colgante... Daba la impresión de tener sesenta años y querer aparentar, sin mucho éxito, cuarenta. Iba vestido con una americana de cuero negro y un suéter de cuello alto color granate. De su cuello pendía una cadena de oro con el símbolo de la paz. Fuera quien fuera, no podía sino sospechar que era el responsable de que Lisa anduviera en libertad.

—Vaya, o se ha escapado del calabozo de Van Nuys o ha conseguido la fianza —dije—. No sé por qué, pero algo me dice que se trata de lo segundo.

—Muy listo —dijo Lisa—. Y bueno, les presento a Herbert Dahl, mi amigo y benefactor.

—Se escribe D-A-H-L —aclaró el sonriente benefactor.

—Un benefactor, ¿eh? —apunté—. ¿Tengo que entender que ha pagado la fianza de Lisa?

—El depósito, nada más —dijo Dahl.

—¿A quién ha recurrido?

—A un tipo llamado Valenzuela. Tiene el despacho justo al lado de los calabozos. Muy práctico, y también me dijo que le conocía.

—Cierto.

Guardé silencio un momento, preguntándome qué debía hacer. Lisa aprovechó para decir:

—Herb se ha portado como todo un héroe al sacarme de ese lugar horroroso. Ahora estoy en libertad y puedo ayudar a nuestro equipo legal a combatir esas falsas acusaciones.

Lisa había tratado anteriormente con Aronson, pero no con Lorna o Cisco. Dio un paso al frente, les tendió la mano y se presentó con sendos apretones, como si la situación fuera de lo más normal y hubiera llegado el momento de entrar en materia. Cisco me miró de reajo, como preguntándome: «¿Qué demonios es todo esto?». Me encogí de hombros. No lo sabía.

Lisa no me había hablado jamás de Herb Dahl, un amigo y «benefactor» lo bastante cercano como para estar dispuesto a apoquinar un depósito de doscientos mil dólares por la fianza. No me sorprendía, ni tampoco que no se hubiera aprovechado de la espléndida generosidad de Dahl para pagar los gastos de su defensa. Ni que acabara de irrumpir por sorpresa y como si nada, presta a integrarse en el equipo legal. Pensé que, en su trato con los extraños, Lisa era muy habilidosa a la hora de

esconder sus problemas personales y emocionales bajo la superficie. Era capaz de hechizar incluso a un tigre de Bengala, y me pregunté si Herb Dahl era consciente de dónde se estaba metiendo. Me dije que seguramente aquel tipo estaba intentando colarle un gol a Lisa, sin darse cuenta quizá de que también se lo iban a colar a él.

—Lisa —dije—, ¿podemos ir al despacho de Lorna y hablar un momento en privado?

—Creo que Herb debería oír cualquier cosa que tenga que decirme. Va a documentar todo el caso.

—Ya, pues no va a documentar nuestra conversación. Las comunicaciones entre usted y su abogado son de carácter privado y confidencial. Un juez podría obligarle a declarar sobre todo cuanto hubiera oído o visto.

—Ya veo... Pero ¿no podríamos nombrarle representante o algo para que forme parte del equipo legal?

—Lisa, venga conmigo; tenemos que hablar un rato.

Señalé la puerta del pequeño despacho. Lisa finalmente echó a andar hacia allí.

—Lorna, ¿y si le ofreces algo de beber al señor Dahl?

Seguí a Lisa al interior del despacho y cerré la puerta. En la habitación había dos escritorios, el de Lorna y el de Cisco. Situé una silla frente al de Lorna y le dije a Lisa que se sentara. Rodeé el escritorio y me senté frente a ella.

—Este bufete suyo es muy raro —comentó—. Más bien parece una casa particular o algo así.

—Es temporal. Hablemos del héroe que está ahí fuera, Lisa. ¿Cuánto tiempo hace que conoce a Dahl?

—Unos dos meses, más o menos.

—¿Cómo le conoció?

—Frente a las escaleras del juzgado. Vino a una de las protestas de FLAG. Me dijo que estaba interesado en nosotros desde el punto de vista cinematográfico.

—¿En serio? De modo que es un cineasta, ¿eh? ¿Y dónde ha dejado la cámara?

—Bueno, él en realidad se ocupa de establecer acuerdos. Tiene mucho éxito. Lleva derechos de películas, libros, ese tipo de cosas. Y va a encargarse de llevar todo lo mío. Este caso va a tener muchísimo seguimiento, Mickey. En la cárcel me dijeron que había treinta y seis periodistas dispuestos a entrevistarme. Por supuesto, no me dejaron hablar con ellos. Solamente con Herb.

—Así que Herb dio con usted en la cárcel, ¿eh? No hay quien le pare.

—Herb dice que cuando ve una buena historia nada le detiene. ¿Se acuerda de aquella niñita que estuvo una semana entera en la ladera de una montaña junto al cadáver de su padre después de sufrir un accidente de tráfico? Herb se las arregló para que hicieran un telefilme basado en la historia.

—Impresionante.

—Pues sí. Herb tiene mucho éxito.

—Ya me lo ha dicho. Entonces, ¿ha llegado a algún tipo de acuerdo con él?

—Sí. Herb va a encargarse de vender todos los derechos, e iremos al cincuenta por ciento en todo, una vez descontados sus gastos y el depósito de la fianza. Yo lo veo muy justo, la verdad. El hecho es que está hablando de muchísimo dinero. ¡Quizá hasta pueda conservar mi casa, Mickey!

—¿Ha firmado algo? ¿Un contrato o un acuerdo de algún tipo?

—Sí, un contrato perfectamente legal y vinculante. Le obliga a pagarme mi parte.

—¿Y lo sabe porque le mostró ese contrato a su abogado?

—Eh... No. Pero Herb me dijo que es un contrato de tipo estándar. Un montón de palabrería legal, ya sabe usted. Pero me lo leí, que conste.

Claro. Igual que cuando firmó los contratos conmigo.

—¿Puedo ver ese contrato, Lisa?

—Lo tiene Herb. Puede pedírselo a él.

—Es lo que voy a hacer. Y bien, me pregunto si le hablé de los acuerdos a los que llegamos usted y yo.

—¿Los acuerdos...?

—Sí. Ayer firmó varios contratos conmigo en comisaría, ¿se acuerda? Uno de ellos me autoriza a llevar la defensa penal de su caso. Los otros me conceden autoridad para representarla y negociar la venta de los derechos de su historia con el propósito de financiar su defensa. ¿Se acuerda de haber firmado un contrato concediéndome el derecho de retención?

Trammel no respondió.

—¿Se ha fijado en que hay tres personas conmigo, Lisa? Todos estamos trabajando en su caso. Y hasta el momento no nos ha pagado un centavo. Lo que significa que tengo que aflojar de mi bolsillo todos sus salarios y sus gastos. Cada semana. Es por eso que en los contratos que firmamos ayer me concedió la potestad de negociar los derechos editoriales y cinematográficos.

—Oh... Esa parte no la leí.

—Voy a hacerle una pregunta, Lisa. ¿Qué es lo más importante para usted? ¿Contar con la mejor defensa posible, tratar de superar las dificultades y ganar este caso, o cerrar un contrato para una película o un libro?

Lisa frunció los labios y al momento eludió la cuestión.

—Pero es que usted no lo entiende. Yo soy inocente. Yo no...

—No, usted es quien no lo entiende. Que sea inocente o no carece de importancia en este asunto. Lo que importa es que podamos demostrarlo o rebatirlo ante un tribunal. Mejor dicho, que yo pueda demostrarlo o rebatirlo, Lisa. Yo. Su héroe soy yo, y no ese Herb Dahl con su chaqueta de cuero y su medallón hollywoodiense de pacotilla.

Se quedó en silencio un largo minuto antes de responder:

—No puedo, Mickey. Acaba de sacarme de la cárcel. Le ha costado doscientos mil dólares. Tiene que recuperarlos.

—Mientras su equipo de abogados pasa hambre.

—No, Mickey, voy a pagarle. Se lo prometo. Voy a llevarme la mitad de todo. Le pagaré.

—Después de que él haya recuperado sus doscientos mil pavos, más los gastos. Unos gastos que pueden ser desorbitados, o eso me temo.

—Herb me ha dicho que una vez le pagaron medio millón por una entrevista exclusiva con uno de los médicos de Michael Jackson. Y eso no fue más que para un periodicucho. ¡En este caso puede que hagan hasta una película!

Trammel estaba a punto de hacerme perder la paciencia de verdad. Lorna tenía en el escritorio un juguetito de caucho antiestrés. Se trataba de un pequeño martillo de juez, una muestra promocional de un obsequio que estaba pensando encargar en serie, con el nombre y el número del bufete impresos en uno de los lados. Lo agarré y apreté el mango con fuerza, pensando que era el pescuezo de Herb Dahl. Al cabo de unos segundos, la rabia se fue disipando. El chisme funcionaba de verdad. Tomé buena nota mental; le diría a Lorna que hiciera el encargo. Siempre podríamos regalarlo en oficinas de agentes fiadores, ferias callejeras y demás.

—Muy bien —dije—. Más tarde hablaremos de todo esto. Ahora vamos a volver ahí afuera. Igualmente, tendrá que decirle a Herb que se vaya a casa, porque vamos a hablar de su caso y no podemos hacerlo delante de personas no autorizadas. Más tarde le llamaré y le dejaré bien claro que ni se le ocurra tratar de llegar a ningún acuerdo sin mi aprobación. ¿Entendido, Lisa?

—Sí.

Parecía escarmentada y compungida.

—¿Quiere que sea yo quien le diga que se marche? ¿O prefiere hacerlo usted misma?

—¿No le importa hacerlo, Mickey?

—No hay problema. Creo que aquí ya hemos terminado.

Volvimos a la sala de estar, donde Dahl estaba terminando de contar alguna de sus historias.

—¡... y eso fue antes del rodaje de *Titanic*!

Se echó a reír a carcajada limpia, pero parecía que el resto de la sala no compartía su sentido del humor marca Hollywood.

—Bien, Herb, vamos a volver a centrarnos en el caso y necesitamos hablar con Lisa —dije—. Le acompaño hasta la puerta.

—Pero ¿cómo va a volver ella a casa?

—Tengo un chófer. Lo arreglaremos.

Titubeó y miró hacia Lisa en busca de apoyo.

—No pasa nada, Herb —dijo ella—. Tenemos que hablar del caso. Te llamo tan pronto como esté en casa otra vez.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Puedo acompañarle yo misma hasta la puerta, Mick —se ofreció Lorna.

—No hace falta —dije—. De todos modos tengo que ir un momento hasta el coche.

Todos se despidieron del hombre del símbolo de la paz, y Dahl y yo salimos a la calle. Todos los apartamentos del edificio tenían una salida que daba directamente al exterior. Fuimos por un caminito hasta la verja de entrada, que daba a Kings Road. Vi unos listines telefónicos recién entregados bajo el buzón, abrí el portón y puse una pila frente al mismo para que no se cerrase.

Fuimos hacia mi coche, que se encontraba aparcado en zona prohibida. Rojas estaba de espaldas contra el capó, fumándose un cigarrillo. Me había dejado el mando a distancia dentro, en uno de los sujetatazas, así que le llamé:

—Rojas, el maletero.

Sacó las llaves y abrió la tapa. Le dije a Dahl que quería darle algo, y me siguió.

—No estará pensando en meterme ahí dentro, ¿verdad?

—Nada de eso, Herb. Solo quiero darle algo.

Fuimos a la parte trasera del coche, y terminé de abrir bien el maletero.

—Vaya, vaya, tiene usted de todo por aquí —comentó Dahl al ver los archivadores.

No respondí. Cogí la carpeta con los contratos y saqué los acuerdos que Lisa y yo habíamos firmado la víspera. Fui a la parte delantera y los copié en la impresora-fotocopiadora situada frente al asiento del copiloto. Le entregué las copias a Dahl y me quedé los originales.

—Aquí tiene. Léase todo esto cuando tenga un momento.

—¿De qué se trata?

—Este de aquí es mi contrato como representante legal de Lisa. Un contrato estándar. También tengo unos poderes de representación y un derecho de retención sobre todos los ingresos originados por su caso. Si se fija, Lisa firmó todos estos papeles ayer. Lo que significa que el contrato firmado con usted queda sin efecto, Herb. Lea la letra pequeña. Me otorga el control sobre todos los derechos derivados del caso: libros, películas, televisión, todo.

Vi cómo se le endurecían los ojos.

—Espere un momen...

—No, Herb, espere usted un momento. Sé que acaba de pagar un depósito de doscientos mil pavos y que también ha tenido que pagar para llegar hasta ella en el calabozo. Entiendo su situación y me hago cargo de que ha invertido mucho dinero en todo esto. Haré lo posible para que lo recupere. Con el tiempo. Pero ahora mismo es usted el segundón, amigo. Asímallo y manténgase al puto margen. Ni se le ocurra dar un paso sin antes consultarlo conmigo.

Hundí el dedo en el contrato que estaba mirando fijamente.

—Si no me hace caso, será mejor que vaya buscándose un abogado. Uno de los buenos. Porque lo tendré atado a este asunto durante dos años y al final no cobrará un centavo de los doscientos mil pavos que ha aflojado.

Cerré la puerta de un portazo para enfatizar mis palabras.

—Que tenga un buen día.

Le dejé donde estaba y fui al maletero para devolver los originales a su carpeta. Al cerrar la tapa reparé en que la sombra del grafiti aún era visible. Aunque la pintada ya no estaba, el aerosol había arruinado el reluciente acabado de la carrocería para siempre. Los Florencia 13 me habían dejado huella. Miré la matrícula personalizada situada en el centro del parachoques: MELOSCOMO.

En aquella ocasión era más fácil decirlo que hacerlo. Pasé junto a Dahl, que seguía de pie en la acera, mirando los contratos. Al llegar al portón de la verja cogí uno de los listines telefónicos de la pila que lo mantenía abierto. Con el pulgar, lo entreabrí y miré la esquina superior del dorso de una página escogida al azar. Allí estaba mi anuncio, con mi rostro sonriente en un rincón.

¡SALVE SU HOGAR!
NO SE LO PONGA FÁCIL. ¡COMBATA EL DESAHUCIO!

Michael Haller y Asociados, abogados.

Teléfono: 323-988-0761

O visite: www.stopfinanciaruin.com

Se habla español

Hojeé unas cuantas páginas más para asegurarme de que el anuncio aparecía en todas ellas, puesto que había pagado por ello, y volví a dejar el listín en lo alto del montón. Ni siquiera estaba seguro de que alguien siguiera usando un listín telefónico, pero ahí estaba mi mensaje, por si acaso.

Cuando volví a entrar en el apartamento, los encontré a todos esperando en silencio. La llegada de Lisa acompañada de su benefactor había enrarecido un tanto el ambiente. Hice lo posible por retomar la conversación apelando a cierto espíritu de unidad.

—Y bien, ahora ya nos conocemos todos. Lisa, estábamos hablando de lo que vamos a hacer y de lo que necesitamos saber para seguir adelante. No contábamos con la ventaja de su presencia porque, francamente, estaba bastante seguro de que no iba a salir de la cárcel hasta que consiguiéramos declararla inocente al final del proceso. Pero el hecho es que ahora está aquí, y desde luego me interesa incluirla en nuestras estrategias. ¿Hay algo que quiera decir al grupo?

Me sentía como si estuviera dirigiendo una sesión de terapia colectiva en un psiquiátrico. Pero Lisa aprovechó en seguida la oportunidad de convertirse en el centro de atención.

—Sí. Lo primero que quiero hacer es decirles que les estoy muy agradecida por intentar ayudarme. Tengo claro que cosas como la culpabilidad o la inocencia no tienen verdadera importancia desde el punto de vista legal. Lo que importa es lo que

puedas demostrar. Lo tengo claro, pero a la vez pienso que no está de más que escuchen lo que voy a decir, aunque solo sea una vez. Soy inocente de los cargos que se me imputan. Yo no maté al señor Bondurant. Espero que me crean y que podamos demostrarlo durante el juicio. Tengo un hijo pequeño y necesita desesperadamente estar con su madre.

Nadie respondió, aunque todos asintieron con pesimismo.

—Muy bien —dije—. Antes de su llegada nos estábamos repartiendo el trabajo. Quién se encarga de una cosa, quién tiene que hacer otra, ya sabe. Me gustaría que usted también se ocupara de algunos asuntos.

—Ayudaré en todo lo que pueda.

Estaba sentada muy erguida en el borde de la silla.

—Después de su detención, la policía estuvo en su casa durante varias horas. La registraron de arriba a abajo y, con la autoridad que les daba una orden judicial, se llevaron varios objetos que podrían ser utilizados como pruebas durante el proceso. Tenemos un listado, que puede consultar libremente. En él aparece su ordenador portátil, así como tres carpetas etiquetadas como FLAG, EJECUCIÓN UNO y EJECUCIÓN DOS. Y aquí es donde usted entra en juego. Un minuto después de que hayan sido asignados el juez y la sala, solicitaremos formalmente que nos dejen examinar el ordenador y las carpetas, pero hasta que llegue ese momento necesitamos que nos haga un listado lo más completo posible de cuanto había en las carpetas y en el ordenador. En otras palabras, Lisa, ¿qué contenían esos documentos para que los inspectores decidieran decomisarlos? ¿Entiende lo que quiero decirle?

—Por supuesto. Y claro, no hay problema. Esta misma noche me pongo a escribirlo.

—Gracias. Hay otra cosa que quiero pedirle. Verá, si este caso termina en juicio, no quiero ningún cabo suelto. No quiero que de pronto aparezcan otros desconocidos o que...

—¿A qué refiere con eso de «si»?

—¿Perdón?

—Ha dicho usted «si». Si este caso termina en un juicio... No me gusta eso de «si».

—Discúlpeme. Ha sido un lapsus. Pero ya que estamos en ello, y para que lo sepa, un buen abogado siempre tiene que escuchar una oferta que le haga la fiscalía. Porque esas negociaciones muchas veces le permiten deducir por dónde van los tiros de la acusación. De forma que si le digo que estoy hablando con la fiscalía sobre un posible acuerdo, tenga presente que hay un buen motivo para ello, ¿entendido?

—Entendido, pero, para que también lo tenga claro, no voy a confesarme culpable de algo que no he hecho. Hay un asesino suelto por las calles mientras se esfuerzan en hacerme todo esto. Anoche no pude dormir en ese lugar horroroso. No hacía más que pensar en mi hijo... Nunca más podría mirarle a la cara si me confesara culpable de un crimen del que no soy culpable.

Pensé que iba a echarse a lloriquear, pero se contuvo.

—Entiendo —repuse con suavidad—. Y bien, Lisa, hay algo más de lo que quiero hablar con usted. De su marido.

—¿Por qué?

Al momento vi que se disparaban las señales de alarma. Nos estábamos metiendo en terrenos pantanosos.

—Porque es un cabo suelto. ¿Cuándo fue la última vez que supo de él? ¿Va a aparecer de repente y causarnos un problema? ¿Puede testificar sobre usted, sobre algún desquite o comportamiento vengativo en el pasado? Necesitamos saber cómo está la situación, Lisa. Si termina apareciendo o no, es otra cuestión. Pero si supone una amenaza, tengo que saberlo.

—Pensaba que nadie podía ser obligado a declarar contra su cónyuge.

—Hay cierto privilegio al que apelar, pero es un terreno oscuro, y más aún si ustedes dos ya no viven juntos. Por eso no quiero dejar nada sin atar. ¿Tiene idea de dónde está su marido en este momento?

No estaba siendo muy preciso en cuanto a lo que decía la ley, pero necesitaba llegar hasta su marido para comprender mejor la dinámica de su matrimonio y cómo esta podía o no jugar un papel en su defensa. Las exparejas son cartas peligrosas. Quizá logres que no testifiquen contra tu cliente, pero eso no significa que puedas impedir que cooperen con la fiscalía fuera del tribunal.

—No, ni idea —contestó—. Pero supongo que tarde o temprano terminará apareciendo.

—¿Por qué?

Lisa levantó las palmas de las manos para indicar que la respuesta era evidente.

—Porque con este asunto se puede ganar dinero. Si mira la televisión o lee un periódico y se entera de lo que está pasando, aparecerá. Puede estar seguro.

La respuesta me pareció un poco extraña. Estaba sugiriendo que su esposo era un sujeto codicioso, y sin embargo yo sabía que, estuviera donde estuviera, el hombre estaba gastando más bien poco dinero.

—Me dijo que su marido le quitó la tarjeta de crédito y se fundió todos los fondos en México.

—Así es. En Playas de Rosarito. Cargó cuatro mil cuatrocientos dólares en la Visa y sobrepasó el límite. Tuve que cancelarla, y era la única tarjeta que teníamos. Pero no caí en la cuenta de que al cancelarla ya no iba a poder seguirle la pista. Por eso le digo que no sé dónde está en este momento.

Cisco se aclaró la garganta e intervino.

—¿Se ha puesto en contacto con usted en algún momento? ¿La ha llamado, le ha mandado correo electrónicos o mensajes de texto?

—Al principio me escribió algún correo electrónico. Luego nada, hasta que llamó por el cumpleaños de su hijo. Hace seis semanas ya.

—¿Su hijo no le preguntó dónde estaba?

Lisa titubeó y finalmente dijo que no. Mentir no se le daba bien. Me daba cuenta de que allí había algo más.

—¿Qué ocurre, Lisa? —le pregunté.

Calló un momento y se dio por vencida.

—Van a pensar que soy una madre horrible, pero el hecho es que no le dejé hablar con Tyler. Empezamos a discutir y yo... le colgué en las narices. Más tarde me arrepentí, pero no pude devolverle la llamada, porque me había telefonado desde un número oculto.

—Pero ¿entonces tiene un teléfono móvil? —pregunté.

—No. Lo tuvo, pero ese número lleva un tiempo desactivado. No me llamó desde su teléfono. O bien le dejaron otro móvil o bien tiene otro número, que no me ha dado.

—Pudo haber usado una tarjeta de prepago —dijo Cisco—. Las venden en todos los pequeños supermercados.

Asentí con la cabeza. Aquella historia de desintegración matrimonial nos había dejado a todos mohínos. Finalmente dije:

—Lisa, si vuelve a contactar con usted, hágamelo saber de inmediato.

—Lo haré.

Aparté los ojos de ella y los fijé en mi investigador. Nuestras miradas se cruzaron y le indiqué sin decir palabra que averiguase todo lo posible sobre el errabundo esposo de Lisa. No quería que el hombre apareciera por sorpresa en mitad del juicio.

Cisco asintió con la cabeza. Lo tenía más que claro.

—Un par de cosas más, Lisa, y ya tendremos lo suficiente para ponernos manos a la obra.

—Dígame.

—Durante el registro de su casa ayer, los inspectores decomisaron otras cosas de las que no hemos hablado. Una de ellas aparece descrita como un diario. ¿Sabe de qué se trata?

—Sí. Estaba escribiendo un libro. Un libro sobre mi viaje.

—¿Sobre su viaje?

—Sí. Sobre el viaje que he emprendido para encontrarme a mí misma. Sobre el movimiento. Sobre mi contribución a la lucha para que otros puedan salvar sus hogares.

—Ya. Estamos hablando de una especie de diario de las protestas y demás, ¿es eso?

—Exactamente.

—¿Se acuerda de haber escrito el nombre de Mitchell Bondurant en el diario?

Bajó la vista e hizo memoria.

—Creo que no. Aunque es posible que sí lo mencionara alguna vez. Ya me entiende, igual dije que era el hombre que estaba detrás de todo.

—¿No dijo nada sobre vengarse de él?

—No, nada de eso. ¡Y yo no le hice daño! ¡Yo no lo hice!

—No es eso lo que le estoy preguntando, Lisa. Simplemente estoy tratando de entender qué pruebas tienen contra usted. Pero bueno, lo que me está diciendo es que ese diario no va a suponer un problema para nosotros, ¿correcto?

—Correcto. No habrá ningún problema. En el diario no hay nada malo.

—De acuerdo, entendido.

Miré a mis empleados. La pelea dialéctica con Lisa había hecho que me olvidara de la siguiente pregunta. Cisco me la recordó.

—¿La testigo?

—Eso mismo. Lisa, ayer por la mañana a la hora del asesinato, ¿estaba usted más o menos cerca del edificio del WestLand National en Sherman Oaks?

No respondió de inmediato, lo que vino a decirme que teníamos un problema.

—¿Lisa?

—Mi hijo va a la escuela en Sherman Oaks. Todas las mañanas le llevo en coche y paso por delante de ese edificio.

—Muy bien. Así que ayer le llevó a la escuela. ¿A qué hora aproximadamente?

—Eh... Hacia las ocho menos cuarto.

—A esa hora fue cuando le llevó a la escuela, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Y qué suele hacer después de dejarle en la escuela? ¿Vuelve por el mismo camino?

—Sí, la mayoría de los días.

—¿Qué fue lo que hizo ayer? Estamos hablando de ayer. ¿Volvió en coche por el mismo camino?

—Sí, creo que sí.

—¿No se acuerda?

—Sí, me acuerdo. Volví por Ventura hasta Van Nuys y luego fui por la autopista.

—¿Así que volvió a su casa después de dejar a Tyler o hizo algo más?

—Paré para tomar un café y luego me fui a casa. Fue cuando pasé por delante del banco.

—¿A qué hora?

—No estoy segura. No estaba mirando el reloj. Diría que hacia las ocho y media.

—¿Se bajó del coche en las inmediaciones del WestLand National?

—No, claro que no.

—¿Está segura?

—Claro que estoy segura. Me acordaría, ¿no le parece?

—De acuerdo. ¿Dónde se detuvo a tomar café?

—En el Joe's Joe que hay en Ventura junto a Woodman. Siempre voy allí.

Me detuve. Miré a Cisco y, después, a Aronson. Cisco acababa de decirnos que Mitchell Bondurant llevaba en la mano un vaso de papel del Joe's Joe en el momento de ser atacado. Decidí que todavía no era el momento de formular la pregunta que

caía por su propio peso: si Lisa había visto o interactuado con Bondurant durante su paso por la cafetería. Como abogado de Lisa estaba atado a lo que pudiera contarme. No podía caer en perjurio. Si Lisa me decía que había visto a Bondurant y había hablado con él, no podría permitir que diera otra versión de los hechos al prestar declaración durante el juicio.

Tenía que andarme con cuidado al solicitar en esa fase tan temprana del caso informaciones que después pudieran comprometerme. Sabía que aquello era una contradicción. Mi misión era enterarme de todo lo que pudiera, y sin embargo había ciertas cosas que en aquel momento no quería saber. Hay veces en las que tener información supone una limitación. No tenerla te brinda mayores posibilidades a la hora de planificar una defensa.

Aronson estaba mirándome con insistencia, preguntándose claramente por qué no había hecho la pregunta de rigor. Denegué con la cabeza en un visto y no visto. Más tarde le daría mis razones, otra lección que no le enseñaron en la facultad de derecho.

Me levanté.

—Lisa, creo que ya está bien por hoy. Nos ha dado mucha información, y vamos a aprovecharla para ponernos a trabajar. Ahora mismo hablo con mi chófer para que la lleve a su casa.

Tenía catorce años y seguían gustándole las tortitas para desayunar. Mi hija y yo nos encontrábamos en uno de los reservados del Du-par's en Studio City. Era nuestro ritual de los miércoles por la noche. La recogí en casa de su madre y paramos para comer unas tortitas de camino a mi casa. Ella hacía los deberes del colegio, y yo me enfrascaba en mis casos. Era la más preciada de todas mis rutinas.

El acuerdo oficial de custodia estipulaba que Hayley pasaba conmigo todos los miércoles por la noche y un fin de semana de cada dos. Alternábamos las Navidades y los días de Acción de Gracias, y también pasaba conmigo dos semanas durante el verano. Pero este era solo el acuerdo oficial. Las cosas habían ido bien durante el año anterior, y ahora los tres hacíamos cosas juntos a menudo. En Navidad cenábamos como una familia. Mi exmujer venía a veces con nosotros a comer tortitas, y aquel era también un momento de lo máspreciado.

Pero esa noche solo estábamos Hayley y yo. Mi tarea del día consistía en examinar el informe de la autopsia de Mitchell Bondurant. Incluía fotografías de la misma, así como del cuerpo en el momento en que hallado en el aparcamiento del banco. De modo que me senté con la espalda echada hacia atrás en el respaldo, haciendo todo lo posible para que ni Hayley ni ningún otro cliente del restaurante viera las terribles imágenes. No eran la mejor guarnición para unas tortitas.

Por su parte, Hayley estaba haciendo los deberes de ciencias naturales, estudiando las transformaciones de la materia y los elementos de combustión.

Cisco estaba en lo cierto. La autopsia concluía que Bondurant había muerto debido a la hemorragia cerebral resultante de los múltiples traumatismos craneales ocasionados por los golpes con un objeto contundente.

De tres traumatismos en concreto. La documentación incluía un croquis de la parte superior de la cabeza del muerto. En lo alto estaban marcados los tres puntos de impacto, agrupados de forma tan próxima que hubiera sido posible cubrir las tres lesiones con una taza de té.

Al ver el dibujo, me animé. Fui a la primera página del informe, en el que se describía el cuerpo examinado. Mitchell Bondurant medía uno con ochenta y seis y pesaba ochenta y dos kilos. No tenía los números de Lisa Trammel, así que llamé al móvil que Cisco le había entregado aquella mañana, dado que la policía se había quedado con el teléfono de Lisa. Siempre había que asegurarse de poder contactar con un cliente a cualquier hora.

—Lisa, soy Mickey. Solo será un momento. ¿Cuánto mide usted?

—¿Cómo? Mickey, estoy en mitad de una cena con...

—Simplemente dígame cuánto mide, y la dejo en paz. No me mienta. ¿Qué pone en su carné de conducir?

—Eh... Uno con sesenta, creo.

—¿Es exacto?

—Sí. Pero ¿qué...?

—Ya está, es lo que necesitaba. Puede seguir cenando. Que tenga una buena noche.

—¿Qué...?

Colgué y tomé nota de su estatura en el cuaderno que tenía en la mesa. A su lado anoté la estatura de Bondurant. Lo más interesante era que Bondurant medía veinticinco centímetros más que la sospechosa de su asesinato, y sin embargo los golpes que le habían fracturado el cráneo y matado habían sido asestados sobre la parte superior de su cabeza. Aquello planteaba lo que para mí era una cuestión de física elemental. El tipo de cuestión que podía sorprender a un jurado y llevarlo a tomar una decisión. El tipo de cuestión que un buen abogado defensor puede aprovechar. Si el guante no encaja, la condena se rebaja, por así decirlo. La cuestión era la siguiente: ¿cómo se explicaba que la diminuta Lisa Trammel hubiera golpeado a don Metro Ochenta y Seis Bondurant en la parte superior del cráneo?

Por supuesto, la respuesta dependía de las dimensiones del arma y de otros factores como la posición de la víctima. Si Bondurant estaba en el suelo en el momento de ser atacado, todo esto daría lo mismo. Pero era algo a lo que aferrarse por el momento. Volví a centrarme en una de las carpetas que había en la mesa y saqué el resultado de la orden de registro.

—¿A quién has llamado? —preguntó Hayley.

—A una cliente mía. Tenía que preguntarle por su estatura.

—¿Y eso por qué?

—Porque quizá explique si pudo hacer lo que dicen que hizo.

Estudí el listado de objetos. Como había dicho Cisco, tan solo constaba un par de zapatos, descritos como unos zapatos de jardinería, encontrados en el garaje. No se habían llevado zapatos de tacón alto, sandalias ni ningún otro tipo de calzado. Por supuesto, los inspectores habían efectuado el registro antes de la autopsia y de conocer sus resultados. Pensé en ello y concluí que unos zapatos de jardinero seguramente tenían muy poco tacón. Si lo que sospechaban era que Lisa llevaba puestos aquellos zapatos en el momento del asesinato, Bondurant probablemente seguía sacándole veinticinco centímetros a mi cliente, siempre suponiendo que estuviera de pie en el instante de la agresión.

Íbamos bien. Subrayé la estatura del uno y de la otra tres veces en el cuaderno. Pero al momento me puse a pensar en lo extraña que resultaba la incautación de un único par de zapatos. El documento no especificaba por qué se habían llevado los zapatos de jardinería, pero la orden judicial confería a la policía autoridad para decomisar cualquier cosa que hubiera podido ser usada en el momento del crimen. Los inspectores solo se habían llevado los zapatos de jardinería, y yo no tenía idea de por qué.

—Mamá me ha dicho que estás trabajando en un caso muy importante.

Miré a mi hija. Raras veces me preguntaba por mi trabajo. Creía que porque,

siendo tan joven, seguía viendo las cosas en blanco y negro, sin áreas grises de ningún tipo. La gente era buena o era mala, y mi profesión me llevaba a defender a la que era mala, de modo que no había nada de lo que hablar.

—¿Eso te ha dicho? Bueno, pues sí, es un caso que ha despertado mucha expectación.

—Es esa mujer que mató al hombre que iba a quitarle la casa, ¿verdad? ¿Es a ella a quien acabas de llamar?

—La *acusan* de haber matado a ese hombre. No la han condenado por nada todavía. Pero, sí, es ella.

—¿Y por qué necesitas saber su estatura?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Ajá.

—Bueno, dicen que mató a un hombre mucho más alto golpeándole en lo alto de la cabeza con una herramienta o algo por el estilo. Así que estaba preguntándome si era lo bastante alta para haberlo hecho.

—Entonces, Andy va a tener que demostrar que sí que pudo hacerlo, ¿verdad?

—¿Andy?

—Andy, la amiga de mamá. Mamá me ha dicho que es la fiscal del caso.

—¿Te refieres a Andrea Freeman? ¿Una mujer negra, alta, que lleva el pelo muy corto?

—Esa misma.

Así que ahora era «Andy», pensé. La misma Andy que me había dicho que solo conocía a mi exmujer de vista.

—Así que ella y tu madre se conocen bien. No tenía ni idea.

—A veces van juntas a yoga. Andy viene cuando estoy con Gina, y salen juntas por ahí. También vive en Sherman Oaks.

Gina era la canguro a la que mi ex recurría cuando yo no estaba disponible o ella no quería que me enterase de la vida social que llevaba. O cuando salíamos juntos los dos.

—Bueno, Hay, voy a pedirte un favor. No digas a nadie que hemos estado hablando de esto o que me has oído hacer esa pregunta por teléfono. Es algo más o menos privado, y no quisiera que Andy se enterase. Creo que me he equivocado al hacer esa llamada delante de ti.

—Muy bien. No te preocupes.

—Gracias, cariño.

Esperé a ver si preguntaba algo más sobre el caso, pero volvió a concentrarse en el libro de ciencias naturales.

Me enfasqué de nuevo en el informe de la autopsia y las fotos de las lesiones mortales en la cabeza de Bondurant. El forense había afeitado el cráneo de la víctima en las inmediaciones de las heridas, junto a las que había situado una regla, para que el observador se hiciera una idea de las dimensiones. En la piel, los puntos de

impacto eran circulares y de un color rosado. La piel estaba sajada, pero habían lavado la sangre para que las heridas se vieran bien. Dos de ellas se solapaban, y la tercera estaba a unos dos centímetros y medio de distancia.

La forma circular de la superficie de impacto del arma me llevó a pensar que a Bondurant le habían atacado con un martillo. No soy precisamente un manitas, pero sé manejar una caja de herramientas, por lo que tenía claro que la superficie de impacto de muchos martillos era circular, ovoide en ocasiones. Estaba seguro de que el especialista de turno al servicio del forense así lo confirmaría, pero nunca estaba de más ir un paso por delante y anticiparse a sus movimientos. Advertí que en cada una de las señales había una pequeña marca en forma de V, aunque no estaba muy seguro de lo que significaba.

Volví a mirar el resultado de la orden de registro y vi que la policía no había incluido ningún martillo entre las herramientas requisadas en el garaje de Lisa Trammel, lo cual resultaba curioso teniendo en cuenta que los inspectores habían decomisado en cambio otras herramientas menos corrientes. De nuevo, podía deberse a que el registro se había efectuado antes que la autopsia y antes de que se conocieran los hechos. La policía se había llevado todas las herramientas, y no una herramienta específica. Pero seguía quedando alguna pregunta por responder.

¿Dónde estaba el martillo?

¿Había realmente un martillo?

Aquello, evidentemente, era la primera espada de doble filo del caso. La fiscalía argumentaría que la ausencia de un martillo en una banqueta de trabajo plenamente equipada era un indicio de culpabilidad. La acusada había empleado el martillo para golpear y matar a la víctima, y luego se había desprendido del arma para ocultar la autoría del crimen.

La defensa daría la vuelta a aquella argumentación y diría que la ausencia de un martillo resultaba exculpativa. Sin el arma homicida resultaba imposible establecer una conexión con la acusada. Caso cerrado.

Sobre el papel, era coser y cantar. Pero no siempre acababa siendo así. Los jurados acostumbraban a ponerse del lado de la fiscalía en cuestiones de ese tipo. El factor campo, por así decirlo. Y es que la fiscalía siempre juega en casa.

Con todo, anoté que debía decirle a Cisco que hiciera lo posible por seguir la pista del martillo. Que hablara con Lisa Trammel, a ver qué le contaba. Que localizara a su marido, aunque solo fuera para preguntarle si en la casa había un martillo y qué había sido de él.

Las siguientes fotos de la autopsia correspondían a la fractura del cráneo propiamente dicha, después de que hubieran separado el cuero cabelludo del hueso. Los daños eran considerables. Cada uno de los tres golpes había perforado el cráneo, que había quedado fracturado siguiendo un patrón que recordaba casi a unas olas saliendo de las zonas de impacto. El forense describía las heridas como mortales de necesidad, y las fotos refrendaban de manera absoluta aquella conclusión.

La autopsia enumeraba otras laceraciones y abrasiones en el cuerpo, y hasta una fractura y tres dientes rotos, si bien el forense consideraba que todas aquellas lesiones se habían producido cuando Bondurant se había estrellado de bruces contra el suelo a consecuencia del ataque. El banquero estaba inconsciente, si no clínicamente muerto, en el momento de caer contra el suelo del aparcamiento. El listado no incluía ninguna lesión defensiva.

El informe de la autopsia también incluía unas fotocopias en color de las fotos de la escena del crimen aportadas al forense por el Departamento de Policía de Los Ángeles. La serie no era muy amplia: tan solo seis imágenes que mostraban la orientación del cadáver *in situ*, o sea, tal como lo habían encontrado. Hubiera preferido contar con la serie entera de las fotografías originales, pero estaba claro que no iba a conseguirla hasta que convenciera al juez de que obligara a «Andy» Freeman a mostrarme las pruebas del caso que retenía en su poder.

Las fotos de la escena del crimen mostraban el cuerpo de Bondurant desde distintos ángulos. El cadáver estaba tendido entre dos coches estacionados en el aparcamiento y se veía la puerta del conductor de un monovolumen Lexus abierta. En el suelo había un vaso de papel de Joe's Joe y un charquito de café, y al lado, un maletín abierto.

Bondurant estaba de bruces contra el suelo, con la nuca y la parte superior de la cabeza empapadas de sangre. Tenía los ojos abiertos y parecía estar mirando fijamente el hormigón.

En las fotos aparecían unos marcadores de la policía situados junto a distintas gotas y rastros de sangre en el hormigón. No había ningún análisis que determinara si esas manchas de sangre se habían producido durante la agresión o eran rastros dejados por el arma homicida.

Lo del maletín no dejaba de resultarme curioso. ¿Por qué estaba abierto? ¿Se habían llevado algo? ¿El asesino se había tomado un tiempo para rebuscar en su interior tras haber matado a Bondurant? De ser así, estaríamos hablando de un asesino frío y calculador. El aparcamiento estaba llenándose de empleados que acudían a trabajar al banco. Tomarse el tiempo de registrar un maletín mientras el cuerpo de la víctima yace a unos pasos parecía constituir un riesgo extremo, pero no era el comportamiento propio de un asesino empujado por la emoción y el afán de venganza. No era propio de un aficionado.

Tomé unas cuantas notas más relativas a estas cuestiones y escribí un último recordatorio. Haría que Cisco averiguase si las plazas de aparcamiento estaban asignadas de forma personal. ¿El nombre de Bondurant aparecía escrito en la pared de enfrente de la caseta? El hecho de que el asesinato de Bondurant hubiera sido calificado como un acto perpetrado con premeditación y alevosía indicaba que la fiscalía consideraba que Trammel sabía dónde y cuándo encontrar a Bondurant. Iban a tener que demostrarlo durante la vista.

Cerré las carpetas del caso Trammel, hice una pila con ellas y el cuaderno, y lo

sujeté todo con una goma elástica.

—¿Todo bien? —le pregunté a Hayley.

—Sí, claro.

—Ya casi has terminado ¿no?

—¿Con qué? ¿Con la comida o con los deberes?

—Con las dos cosas.

—He terminado de comer, pero aún me quedan los deberes de lengua y los de ciencias sociales. Pero si quieres, nos vamos.

—Todavía tengo que mirar otros papeles. Mañana tengo juzgado.

—¿Por lo del caso de asesinato?

—No, por otros casos.

—¿De esos en los que te peleas para que la gente siga viviendo en sus casas?

—De esos mismos.

—¿Por qué que hay tantos casos así?

Hasta las niñas lo preguntaban ya.

—Por codicia, cariño. Todo se explica por la codicia de ambas partes.

Miré a Haley para ver si con aquello le bastaba, pero era evidente que no quería volver a sus deberes. Me miraba esperando más. Una adolescente de catorce años que estaba interesada en conocer lo que la mayor parte del país prefería ignorar...

—Verás, lo que pasa es que, por lo general, hace falta mucho dinero para comprar una casa o un piso. Por eso hay tanta gente que prefiere vivir de alquiler. La mayoría de las personas que compran una casa tienen que adelantar un montón de dinero, pero casi nunca tienen lo bastante para comprar la casa entera, así que han de ir al banco y pedir un préstamo. El banco decide si tienen ahorros suficientes y ganan lo bastante para devolver el préstamo, que en este caso se llama hipoteca. Si todo parece estar en orden, compran la casa que quieren y van pagando la hipoteca a plazos mensuales durante muchos años. ¿Me sigues?

—O sea que le pagan el alquiler al banco.

—Más o menos. Solo que cuando alquilas una vivienda al casero, nunca llegas a ser el propietario, y si vas pagando una hipoteca, se supone que sí. La casa acaba siendo tuya, y siempre se ha dicho que el sueño americano consiste precisamente en eso, en tener tu propia casa.

—¿Tú eres propietario de tu casa?

—Sí. Y tu madre también lo es de la suya.

Asintió con la cabeza, pero no estaba muy seguro de que estuviéramos hablando a un nivel comprensible para una niña de catorce años. A Hayley no le parecía que el sueño americano tuviera mucho que ver con que sus padres tuvieran dos hipotecas distintas a juego con sus dos direcciones distintas.

—Pues bien, hace unos años empezaron a dar facilidades para que la gente pudiera comprarse una casa. Y pronto empezaron a conceder préstamos a casi todo aquel que entraba en un banco o hablaba con un corredor hipotecario. Hubo mucho

fraude y corrupción, y los bancos concedieron préstamos a mucha gente que no estaba en condiciones de devolverlos. A veces eran ellos los que mentían para conseguir los préstamos, y otras veces mentían los que les prestaban el dinero. Estamos hablando de millones de préstamos, Hay, y cuando la cosa llega a ese nivel, no hay suficiente gente ni normas para controlarlo todo.

—¿O sea que nadie hacía que la gente pagara?

—Hubo algo de eso, pero lo que pasó básicamente fue que la gente pidió prestado más de lo que podía devolver. Y esos préstamos tenían unos tipos de interés que iban cambiando. Estos indicaban lo que el propietario de la casa tenía que pagar cada mes y podían subir mucho con el tiempo. La gente a veces tenía que abonar lo que llaman una cuota final, en la que tenían que devolver todo el dinero al cabo de cinco años. Es una historia muy larga y complicada, pero en resumen, lo que ocurrió fue que la economía del país fue a peor y, como consecuencia, el precio de las casas bajó; la situación se convirtió en una verdadera crisis, porque en el país había millones de personas que no podían pagar las casas que habían comprado ni tampoco podían venderlas, ya que ahora valían menos que la suma que tenían que pagar por ellas. Pero a los bancos, a los fondos de inversión y a los demás prestamistas que habían financiado las hipotecas todo eso les daba más o menos igual. Lo que querían era recuperar su dinero. Y cuando la gente ya no pudo seguir pagando, empezaron a quedarse con sus casas.

—Y esa es la gente que te contrata.

—Algunos, sí. Pero hay millones de ejecuciones hipotecarias en marcha. Todos esos prestamistas quieren recuperar su dinero, y algunos de ellos hacen maniobras malvadas o contratan a indeseables para que las hagan en su nombre. Mienten y engañan, y arrebatan las casas a la gente de forma poco escrupulosa o directamente ilegal. Y ahí es donde entro yo.

Miré a Hayley. Seguramente había perdido el hilo. Cogí el segundo montón de carpetas que tenía en la mesa y abrí una. Me puse a leer y le expliqué:

—Mira, aquí tenemos un caso. Esta familia compró una casa hace seis años, por un pago mensual de novecientos dólares. Dos años después, cuando todo empezó a irse a la mierda...

—¡Papá!

—Perdón. Dos años después, cuando las cosas empezaron a ir mal en este país, la tasa de interés subió, y por lo tanto también subió su pago mensual. A todo esto, el marido perdió su trabajo como conductor de un autobús escolar porque tuvo un accidente. De modo que el marido y la mujer fueron al banco y dijeron: «Miren, tenemos un problema. ¿Podemos cambiar o reestructurar la hipoteca para que podamos seguir pagando la casa?». Es lo que se llama modificación de la hipoteca, y suele ser una tomadura de pelo. Estas dos personas hicieron lo que tenían que hacer, ir al banco y dar la cara, pero los del banco les dieron coba y dijeron: «Sí, vamos a ayudarles. Sigán pagando lo que puedan mientras trabajamos en el asunto». De modo

que siguieron pagando lo que podían, pero no era suficiente. Esperaron y esperaron, pero los del banco no decían nada. Hasta que se encontraron una notificación en el buzón avisándoles de que les iban a desahuciar. Estas son las maniobras malvadas, y por eso intento hacer algo al respecto. Estamos hablando de David contra Goliat, Hay. Estas gigantescas instituciones financieras están avasallando a la gente de la calle, y no hay muchos tipos como yo que den la cara por ellos.

Mientras le contaba todo eso a mi hija adolescente, finalmente me di cuenta de por qué me había decantado por aquella especialidad en particular. Sí, algunos de mis clientes estaban aprovechándose del sistema. Eran unos charlatanes, no mejores que los bancos que les estaban explotando. Pero otros eran gente humillada y desamparada. Eran los perdedores natos de nuestra sociedad, y lo que yo quería era defenderles y conseguir que siguieran viviendo en sus casas durante tanto tiempo como pudieran.

Hayley había levantado el lápiz, y estaba claro que ansiaba volver a concentrarse en los deberes tan pronto como dejara de reclamar su atención. Era cortés en este sentido, y esa cualidad seguramente la había heredado de su madre.

—Y bueno, esto es todo. Puedes seguir con tu trabajo. ¿Quieres beber algo más? ¿Te apetece un postre?

—Papá, las tortitas son como un postre.

Llevaba unos aparatos de ortodoncia, y había elegido las gomas de color verde lima. Cuando hablaba, mi atención inevitablemente se iba hacia sus dientes.

—Ah, sí, claro. Entonces, ¿algo más para beber? ¿Otro vaso de leche?

—No, estoy bien.

—De acuerdo.

Volví a mi trabajo y separé las tres carpetas con ejecuciones hipotecarias que tenía en la mesa. Los anuncios en la radio me habían reportado tanto trabajo que habíamos ido agrupando las citaciones, de modo que hacíamos lo posible para que todas las comparecencias y citaciones correspondientes a mis casos tuvieran lugar ante un solo juez. Por la mañana tenía tres comparecencias ante el juez Alfred Byrne en el juzgado del condado, situado en el complejo de edificios municipales del centro. En los tres casos iba a alegar fraude e intento de apropiación indebida perpetrados por la entidad financiera o el agente prestamista.

Mis clientes estaban en sus casas y no tenían la obligación de abonar los pagos mensuales. El otro bando consideraba que se trataba de una estafa tan enorme como la epidemia de ejecuciones hipotecarias. Y sus abogados me despreciaban, pues consideraban que yo mismo contribuía a la perpetuación del fraude y simplemente retrasaba un desenlace inevitable.

A mí me daba igual. Cuando has sido abogado penalista estás acostumbrado a que te desprecien.

—¿Llego tarde para comer unas tortitas?

Levanté la vista y vi que mi exmujer tomaba asiento en el reservado junto a

nuestra hija. Le estampó un beso en la mejilla a Hayley, antes de que la chica pudiera ponerse a la defensiva. Estaba en esa edad. Me dije que ojalá Maggie se hubiera sentado en mi lado del reservado y me hubiera estampado un beso a mí. Pero podía esperar.

Le sonreí y empecé a apartar las carpetas para que hubiera más espacio en la mesa.

—Nunca es tarde para las tortitas —dije.

Lisa Trammel volvió a presentarse en Van Nuys el martes siguiente. Se trataba de otra comparecencia de rutina, cuyo propósito era ofrecer un escrito formal de contestación a la demanda y empezar a conocer los requerimientos del Estado para llevar a cabo un juicio rápido. Sin embargo, dado que mi cliente estaba en libertad bajo fianza, seguramente íbamos a renunciar al derecho a un juicio rápido. No teníamos razón para apresurarnos mientras Lisa siguiera respirando en libertad. El caso judicial iría ganando en dimensión poco a poco, como si fuera una tormenta de verano, y empezaría cuando la defensa estuviera completamente preparada.

Pero la comparecencia sí era útil para que Lisa se declarase «inocente» de forma clara y enfática, para que constara en las actas del juicio y también ante las cámaras de vídeo de los periodistas reunidos en la sala. Aunque en menor número que durante la citación inicial (los medios de ámbito nacional acostumbran a obviar los procedimientos poco llamativos de un caso cuando este está siendo tramitado por el sistema judicial), los medios locales volvieron a hacer acto de presencia y la comparecencia, de quince minutos de duración, quedó bien documentada.

La comparecencia y la vista preliminar del caso le habían sido asignadas al juez del tribunal superior Dario Morales. Este último paso consistía en la simple admisión a trámite de la denuncia. Lisa evidentemente sería llamada a responder, y a continuación el caso sería asignado a otro juez que llevaría lo principal, el juicio.

Aunque había hablado con ella por teléfono casi a diario desde su detención, no había visto a Lisa en más de una semana. Había declinado mis invitaciones a encontrarnos en persona, y ahora entendía por qué. Al entrar en la sala, parecía haberse convertido en otra mujer. Se había cortado el cabello a la última, y su cara daba la impresión de ser demasiado rosada y suave. En la sala se oyeron cuchicheos que venían a decir que Lisa se había hecho un tratamiento facial con *botox* a fin de tener un aspecto más atractivo.

Estaba convencido de que aquellas transformaciones físicas, así como el elegante vestido nuevo que llevaba puesto, eran cosa de Herb Dahl. Él y Lisa parecían inseparables, y la implicación de Dahl estaba resultando cada vez más problemática. Había empezado a animar incesantemente a productores y guionistas a llamar al número de mi bufete. Aquello suponía que Lorna no hiciera más que rechazar todos aquellos intentos de sacarle tajada a la historia de Lisa Trammel. Una búsqueda en la *Internet Movie Database* solía revelar que aquellos conocidos de Herb Dahl en Hollywood no eran más que pseudoprofesionales y buscavidas de ínfimo nivel. No era que una buena inyección del dinero de Hollywood no nos viniera de perlas para hacer frente a nuestros crecientes gastos, pero todos aquellos individuos eran partidarios de firmar acuerdos en seguida y pagarnos a saber cuándo, cosa que no nos interesaba. A todo eso, mi propio agente estaba tratando de encontrar a alguien dispuesto a pagar en depósito una suma suficiente para abonar unos cuantos salarios,

alquilar un despacho y hasta devolverle el dinero a Dahl para que se marchara con viento fresco de una vez.

En casi cualquier comparecencia, la información de mayor importancia no es la que termina consignada en las actas. Y así ocurrió con la comparecencia de Lisa. Después de que fuera efectuada la contestación formal a la demanda y Morales programara una comparecencia de seguimiento para dos semanas después, le dije al juez que la defensa quería efectuar varias solicitudes al tribunal. Él aceptó, y le entregué cinco peticiones distintas a uno de sus secretarios. También le entregué una copia a Andrea Freeman.

Aronson se había encargado de redactar los tres primeros escritos tras estudiar en detalle la petición de la orden de registro por parte del Departamento de Policía de Los Ángeles: el vídeo en el que el inspector Kurlen interrogaba a Lisa Trammel, la cuestión sobre si Lisa había sido informada de sus derechos y el momento en el que fue detenida formalmente. Aronson había encontrado inconsistencias, errores de procedimiento y exageraciones de los hechos, por lo que solicitaba la eliminación de varias pruebas. Lo que pedía era que la grabación del interrogatorio fuera desestimada durante el juicio, al igual que todas las pruebas procedentes del registro de la casa de la acusada.

Las solicitudes estaban bien ideadas y redactadas de forma contundente. Me sentía orgulloso de Aronson y me creía bastante listo por haber encontrado un diamante en bruto nada más ver su currículum en mi escritorio. Pero a la vez tenía claro que era poco probable que sus peticiones fueran aceptadas. Ningún juez elegido para el cargo tiene ganas de desestimar las pruebas en un caso de asesinato. Si es que quiere que los votantes sigan manteniéndole en el cargo, claro está. Así que el magistrado trata de dejar las cosas como están y, en todo caso, se compromete a dejar que sea el jurado el que más tarde tome una decisión sobre las pruebas.

Sin embargo, los escritos de Aronson desempeñaban un papel muy importante en la estrategia de la defensa. Porque venían acompañados de otros dos escritos. Uno de ellos tenía el propósito de acelerar la exhibición de pruebas al solicitar que la defensa tuviera acceso libre a todos los archivos y documentos internos relativos a Lisa Trammel y Mitchell Bondurant que constasen en poder del WestLand Financial. El segundo pedía que la fiscalía accediera a que la defensa examinara el ordenador portátil de Trammel, su teléfono móvil y todos sus documentos incautados durante el registro de su casa.

Teniendo en cuenta que Morales seguramente trataría de mostrarse ecuánime tanto con la defensa como con la acusación, mi estrategia era la de empujar al juez a tomar una decisión salomónica. Que cortara el niño en dos. Que rechazara las solicitudes para desestimar las pruebas en poder de la fiscalía, pero que concediera a la defensa el acceso solicitado en los otros dos escritos.

Como es natural, tanto Morales como Freeman tenían muchas tablas en el asunto y verían venir mi estrategia desde un kilómetro de distancia. Con todo, el hecho de

que se dieran cuenta de lo que estaba haciendo no significaba que pudieran impedirlo del todo. Y además, tenía en el bolsillo un sexto escrito de solicitud que todavía no había presentado al tribunal y que iba a ser mi as en la manga.

Morales concedió a Freeman diez días para responder a las solicitudes y levantó la sesión, para pasar con rapidez a su siguiente caso del día. Un buen juez siempre trata de mantener los casos vivos y en movimiento constante. Me giré hacia Lisa y le dije que me esperase en el pasillo, que iba a hablar un momento con la fiscal. Vi que Dahl estaba esperándola junto a la puerta, a todas luces decidido a salir con ella de la sala. Decidí que me ocuparía de él más tarde y fui hacia la mesa de la fiscalía. Con la cabeza gacha, Freeman estaba tomando notas en un cuaderno.

—Hola, Andy...

Levantó la mirada, con una media sonrisa, segura de que iba a encontrarse con algún amigo que la llamaba «Andy». Al verme, se le esfumó la sonrisa por completo. Dejé el sexto escrito en la mesa.

—Léaselo cuando tenga un minuto. Voy a presentarlo mañana por la mañana. Hoy tampoco era cuestión de inundar al tribunal con un tsunami de escritos, ¿verdad? Lo haré mañana por la mañana, pero se me ha ocurrido que quizá le interese echarle un vistazo, puesto tiene que ver con usted.

—¿Conmigo? ¿De qué me está hablando?

No respondí. La dejé donde estaba, fui hacia la puerta y salí de la sala. Al dejar atrás las puertas dobles, vi que mi cliente y Herb Dahl estaban atendiendo a un nutrido semicírculo de periodistas y cámaras. Al momento me situé detrás de Lisa, la agarré por el brazo y me la llevé de allí dejándola con la palabra en la boca.

—¡Eso es to... eso es to... eso es todo amigos! —tartamudeé, respondiendo a mi más puro estilo *Porky*.

Lisa se esforzó en librarse de mí, pero conseguí alejarla del gentío y llevármela pasillo abajo.

—¿Se puede saber qué está haciendo? —protestó—. ¡Está dejándome en ridículo!

—¿Que estoy dejándola en ridículo? Lisa, es usted la que se está poniendo en ridículo yendo a todas partes con ese fulano. Le dije que se olvidara de él. Y mírese, maqueada como una estrella de cine. Esto es un juicio, Lisa, no la gala de los Óscar.

—Les estaba contando a los periodistas mi versión de los hechos.

Me detuve cuando estuvimos lo bastante lejos de los chicos de la prensa como para que no nos oyeran.

—Lisa, no puede hablar abiertamente con los periodistas así como así. Le podría salir el tiro por la culata.

—¿Qué me está contando? Era la ocasión perfecta para que oyeran mi versión del asunto. Me están tendiendo una encerrona, y ha llegado el momento de hablar claro. Ya se lo dije antes: los culpables son los que no se defienden.

—El problema es que la fiscalía cuenta con un departamento de comunicación que se encarga de grabar y copiar todo cuando se dice o se emite sobre usted, de

modo que tienen una copia de todo cuanto dice. Y si usted un día cambia su versión de los hechos entre una declaración y la siguiente, aunque sea de forma mínima, entonces la van a pillar. Y aprovecharán las discrepancias para crucificarla delante del jurado. Lo que quiero decirle es que no vale la pena correr el riesgo, Lisa. Lo que tendría que hacer es dejar que sea yo el que hable en su nombre. Pero si le resulta imposible e insiste en contar personalmente su versión de los hechos, lo que haremos será prepararla bien, ensayarlo todo y buscarle entrevistas estratégicas con la prensa.

—Pero Herb ya se está ocupando de eso. Herb estaba asegurándose de que yo no...

—Déjeme explicárselo otra vez, Lisa. Herb Dahl no es su abogado y sus intereses no están entre sus prioridades. Su prioridad son los intereses de Herb Dahl. ¿Entendido? No sé cómo quiere que se lo diga. Tiene que librarse de Dahl. Él...

—¡No! ¡No puedo hacer eso! ¡No quiero hacerlo! Herb es el único que se preocupa por mí de verdad.

—No me diga. Me rompe usted el corazón, Lisa. Y si es el único que se preocupa por usted, ¿por qué sigue ahí plantado hablando con toda esa gente?

Señalé el corro de periodistas y fotógrafos. En efecto, Dahl no paraba de hablar, dándoles todo cuanto necesitaban.

—¿Qué les está diciendo, Lisa? ¿Lo sabe? Porque yo no tengo ni puñetera idea, y es curioso, teniendo en cuenta que usted es la acusada y yo el abogado defensor. ¿Y él quién es?

—Él está autorizado a hablar en mi nombre —dijo Lisa.

Mientras Dahl apuntaba con el dedo a otro periodista para pasar a la siguiente pregunta, vi que se abría la puerta de la sala por la que habíamos salido un momento antes. Andrea Freeman hizo acto de presencia, con mi sexta solicitud en la mano, mirando a su alrededor con atención. Al principio miró hacia el grupo de periodistas, pero entonces vio que no era yo el que estaba con ellos. Cuando su radar me detectó, cambió el rumbo y vino directamente hacia mí. Algunos de los periodistas la llamaron, pero los esquivó levantando el documento que llevaba en la mano.

—Lisa, vaya a uno de esos bancos, siéntese y espéreme. Y no hable con ningún periodista.

—¿Pero...?

—Haga lo que le digo.

Lisa se marchó mientras Freeman venía hacia mí. Estaba furiosa; podía ver el fuego en su mirada.

—¿Qué es toda esta mierda, Haller?

Levantó el papel. Mantuve la calma, aunque estuviera invadiendo de lleno mi espacio personal.

—Bien —dije—. Me parece que está más que claro. Es una solicitud para que sea usted apartada del caso, porque está sujeta a un conflicto de intereses.

—Con que tengo un conflicto de intereses, ¿eh? ¿De qué conflicto me habla?

—Mire, Andy... Porque puedo llamarla Andy, ¿verdad? Mi hija la llama así, de modo que yo, su padre, también debería poder hacerlo, ¿no cree?

—Corte el rollo, Haller.

—Pues claro, no hay problema. El conflicto al que me refiero tiene que ver con el hecho de que ha estado hablando de este caso con mi exmujer y...

—Porque resulta que es fiscal y trabaja en la misma oficina que yo.

—Cierto, pero estas conversaciones entre las dos no solo han tenido lugar en la oficina. De hecho han tenido lugar en las clases de yoga y delante de mi hija, y probablemente por todo San Fernando Valley, según tengo entendido.

—Vamos, por favor. Esto es una absoluta idiotez.

—¿En serio? En tal caso, ¿por qué me mintió?

—Yo nunca le he mentado. ¿Qué está dicien...?

—Le pregunté si conocía a mi exesposa y me dijo que solo «de vista». Lo que no es exactamente cierto, ¿verdad?

—Simplemente no quería hablar del asunto con usted.

—Así que me mintió. No lo mencioné en las anteriores solicitudes, pero puedo presentar un nuevo escrito. Y el juez será quien decida si es importante o no.

Soltó un agitado suspiro de rendición.

—¿Qué es lo que quiere?

Miré a mi alrededor. Nadie podía oírnos.

—¿Qué es lo que quiero? Quiero demostrarle que puedo jugar tan fuerte como usted. Si lo que quiere es ponerme las cosas difíciles, yo también puedo hacer lo mismo con usted.

—¿Y eso qué significa, Haller? ¿Qué quiere a cambio?

Asentí con la cabeza. Ahora sí íbamos a empezar negociar.

—Sabe que si mañana presento este escrito, el caso se ha terminado para usted. El juez le dará la razón a la defensa para evitar una posible revocación. Por lo demás, ese hombre sabe muy bien que en su oficina hay trescientos fiscales perfectamente competentes. Siempre pueden mandar a uno a sustituirla.

Señalé el grupo de periodistas apelotonados en la antesala, en su mayoría aún pendientes de las palabras de Herb Dahl.

—¿Se ha fijado en todos estos periodistas? ¿En toda esta expectación? Seguramente estamos hablando del caso más importante de toda su carrera profesional, y se va a quedar sin él. Olvídese de las ruedas de prensa, de los titulares, de la atención de la opinión pública. Todo eso será para el que venga y ocupe su sitio.

—En primer lugar voy a luchar para impedir lo que se propone y no está nada claro que el juez Morales vaya a tragarse sus gilipolleces. Voy a contarle exactamente lo que está usted haciendo: tratar de que nombren a un fiscal de su gusto, tratar de librarse de una fiscal que le inspira verdadero pánico.

—Puede decirle todo lo que quiera, pero seguirá teniendo que explicarle al juez, delante de todo el mundo, por qué la semana pasada mi hija de catorce años estuvo

mencionando varios hechos de este caso mientras cenábamos juntos.

—Y una mierda. Tendría que darle vergüenza utilizar a su...

—¿Me está llamando mentiroso o llama mentirosa a mi hija? Porque podemos hacer que venga a declarar ella también. Aunque no creo que a sus jefes vaya a gustarles mucho el numerito que eso va a suponer. Ni los titulares posteriores. Ya me entiende: «Una fiscal interroga a una niña de catorce años y la acusa de mentir». Un poco cutre, ¿no le parece?

Freeman se dio la vuelta y dio un paso para alejarse, pero de pronto se detuvo. Sabía que la tenía contra las cuerdas. Debería haberse olvidado de mí y del caso, pero no podía hacerlo. Quería aquel caso y todo cuanto podía reportarle.

Se giró hacia mí de nuevo. Me miró como si yo no estuviera delante, como si estuviera muerto.

—Se lo repito. ¿Qué es lo que quiere?

—Preferiría no tener que presentar esta solicitud mañana. Lo que me gustaría es poder retirar los escritos que me vi obligado a redactar pidiendo la devolución de las pertenencias de mi cliente y permiso para ver los documentos del WestLand. Lo único que quiero es cooperación. Un toma y daca amistoso en cuanto a la exhibición de las pruebas. Y desde ya, no más adelante. No quiero tener que hablar con el juez cada vez que quiera algo a lo que tengo derecho.

—Puedo quejarme de su comportamiento al colegio de abogados.

—Muy bien. Yo también puedo quejarme. Nos investigarán a los dos y terminarán concluyendo que la única que ha hecho algo malo es usted, al hablar del caso con la exmujer y la hija del abogado defensor.

—No lo hablé con su hija. Ella solo estaba delante.

—Estoy seguro de que el colegio de abogados lo tendrá en cuenta.

Dejé que siguiera dándole vueltas al asunto un poco más. La decisión era suya, pero necesitaba un último empujón.

—Ah, y por cierto, si mañana presento este escrito me aseguraré de que llegue a oídos del *Times*. ¿Quién es su periodista en los juzgados? Salters, ¿verdad? Seguro que la chica encuentra esta historia de lo más interesante y jugosa. Una bonita exclusiva.

Asintió con la cabeza como si de repente tuviera las cosas clarísimas.

—Retire las solicitudes —dijo—. El viernes por la tarde tendrá todo cuanto ha pedido.

—Mañana.

—Es demasiado pronto. Tengo que ordenarlo todo y hacer que lo copien. Y la copistería siempre está saturada.

—Pues el jueves a mediodía, o presento el escrito.

—Muy bien, capullo.

—Estupendo. Una vez le haya echado un vistazo a todo, a lo mejor podemos empezar a hablar de un posible trato. Muchas gracias, Andy.

—Que le jodan, Haller. Y ni sueñe con un trato. A esa mujer la tenemos más que pillada, y cuando se emita el veredicto voy a estar mirándole a usted, no a ella.

Se giró y empezó a alejarse, pero de pronto volvió el rostro y me miró.

—Y no me llame Andy. Usted no es amigo mío.

Finalmente se marchó, con unas zancadas grandes y furiosas, en dirección al ascensor del vestíbulo, ignorando por completo a un periodista que fue al trote hacia ella con el propósito de arrancarle unas palabras.

Yo tenía claro que no iba a haber ningún acuerdo de aceptación de culpabilidad. Mi cliente no iba a permitirlo. Pero le había lanzado la posibilidad a Freeman para que pudiera estampármela en la cara. Quería que se marchara furiosa, pero no mucho. Quería hacerle creer que había conservado algo de honor. Así sería más fácil tratar con ella.

Miré a mi alrededor y vi que Lisa seguía esperando pacientemente en el banco, tal como le había ordenado. Le hice un gesto para que se acercara.

—Muy bien, Lisa. Vámonos de aquí.

—Pero ¿y Herb? Hemos venido juntos en coche.

—¿En su coche o en el de él?

—En el de él.

—Entonces Herb no va a tener ningún problema. Mi chófer va a dejarla en su casa.

Fuimos hacia el pequeño vestíbulo de los ascensores. Por suerte, Andrea Freeman ya había bajado en uno de ellos a la oficina de la fiscalía del distrito, situada en el segundo piso. Pulsé el botón, pero el ascensor no llegó con la suficiente rapidez. Dahl terminó por unírse nos.

—¿Cómo? ¿Pero es que iban a marcharse sin mí?

No respondí a su pregunta; al momento decidí olvidarme de los buenos modales.

—Me está jodiendo vivo al hablar con los periodistas de esa forma, ¿sabe? Usted cree estar sirviendo a la causa, pero de eso nada... A no ser que estemos hablando de la causa de Herb Dahl.

—A ver un momento, ¿qué lenguaje es ese? Estamos en un juzgado.

—Me da igual dónde estemos. No hable en nombre de mi cliente. ¿Lo ha entendido? Si vuelve a hacerlo, organizaré una rueda de prensa, y lo que voy a decir de usted no va a gustarle en absoluto.

—Está bien. Queda meridianamente claro. Ha sido la última rueda de prensa por mi parte. Pero respóndame a una pregunta. ¿Qué me dice de todas esas personas que le han estado llamando de mi parte? Según me dicen, su personal se ha mostrado más bien grosero con ellas.

—Pues sí. Y si sigue haciendo que nos llamen, seguiremos tratándolas del mismo modo.

—Oiga, yo conozco bien el negocio del cine, y estamos hablando de auténticos profesionales.

—*Tetanic*.

Dahl se mostró confuso. Miró a Lisa y me miró a mí otra vez.

—¿Perdón?

—*Tetanic*. Vamos, hombre, ¿es que no ha oído hablar de la película *Tetanic*?

—¿Se refiere a *Titanic*? ¿La película con Leonardo DiCaprio y Kate Winslet...?

—No, me refiero a *Tetanic*. La película producida por uno de esos profesionales que nos ha estado enviando. Trata de una señorita que se enamora de un jovencuelo en un barco y se lo monta con él tres o cuatro veces al día, hasta que se aburre del asunto y empieza a montárselo con la tripulación al completo. No creo que fuese tan taquillera como *Titanic*.

Lisa estaba empalideciendo. Tuve la sensación de que lo que yo estaba diciendo sobre los contactos de Dahl en Hollywood no coincidía con lo que Dahl había estado endilgándole durante semanas seguidas.

—Pues sí, esto es lo que está haciendo por usted, Lisa. Esta es la clase de gente con la que quiere que haga negocios.

—A ver un momento —dijo Dahl—. ¿Usted tiene idea de lo difícil que resulta sacar algo adelante en esta ciudad? ¿Un proyecto? Hay quien puede y hay quien no puede hacerlo. Y a mí me da igual lo que un tipo hiciera en su momento si ahora puede poner un proyecto en marcha. ¿Me entiende? Estamos hablando de profesionales, y he metido mucho dinero en todo esto, Haller.

Finalmente llegó un ascensor. Hice un gesto a Lisa para que entrara. Y a continuación le puse la mano en el pecho a Dahl y le aparté de la puerta poco a poco.

—Largo de aquí, Dahl. Recuperará su dinero, y hasta puede que saque algo más. Pero largo de aquí.

Entré en el ascensor y me di la vuelta para asegurarme de que Dahl no intentaba colarse en el último instante. No lo intentó, pero tampoco se movió de donde estaba. Le aguanté la mirada preñada de odio hasta que las puertas se cerraron.

Nos trasladamos a nuestro nuevo bufete el sábado por la mañana. Era una oficina con tres habitaciones en un edificio situado en la esquina de Victory con Van Nuys Boulevard. El sitio incluso se llamaba Victory Building, cosa que me gustaba. Además, el despacho estaba totalmente amueblado y a tan solo dos manzanas del juzgado donde iba a celebrarse la vista del caso de Lisa Trammel.

Todos ayudaron con la mudanza. Incluso Rojas, con una camiseta y unos pantalones cortos anchos que dejaban a la vista los tatuajes que cubrían sus brazos y piernas por entero. No sabía qué resultaba más impactante, si ver los tatuajes o ver a Rojas vestido con otra cosa que no fuera el traje que siempre llevaba puesto cuando me conducía por la ciudad.

En el nuevo bufete iba a tener mi propio despacho, mientras que Cisco y Aronson compartirían el otro, de mayor tamaño, y Lorna se encargaría del área de recepción situada entre ambos. Era todo un cambio pasar del asiento trasero de un Lincoln a una oficina con techos a tres metros de altura, un escritorio de los buenos y un sofá en el que echar cabezaditas. Lo primero que hice tras instalarme fue usar el amplio espacio y el suelo de madera pulimentada para dispersar las más de ochocientas páginas de documentos de la descripción de pruebas que Andrea Freeman me había entregado.

La mayoría de los papeles procedían del WestLand y en gran parte no eran más que paja. Se trataba de la respuesta pasiva-agresiva de Freeman a los requerimientos de la defensa. Había decenas y decenas de páginas y paquetes de datos sobre la política y los procedimientos del banco, así como otros documentos que no me hacían falta. Los puse todos en un montón. También había copias de todas las notificaciones enviadas directamente a Lisa Trammel, con la mayoría de las cuales ya estaba familiarizado. Esas fueron a parar a un segundo montón. Y finalmente había copias de las comunicaciones internas del banco, y también de las comunicaciones entre la víctima, Mitchell Bondurant, y la empresa externa que el banco utilizaba para llevar a cabo las ejecuciones hipotecarias.

La empresa se llamaba ALOFT, y estaba familiarizado con ella porque había sido mi adversaria en al menos la tercera parte de mis casos de desahucio. ALOFT era una especie de trituradora industrial, una compañía que presentaba y seguía todos los documentos requeridos en el largo proceso de un desahucio. Se trataba de una intermediaria que permitía que los banqueros y otros prestamistas no se mancharan las manos en el sucio negocio de arrebatarle su hogar a la gente. Las empresas como ALOFT hacían el trabajo sin necesidad de que el banco tuviera que mandar una sola carta al cliente que iba a ser desahuciado.

Ese era el montón de correspondencia que más me interesaba, y en él encontré el documento que iba a cambiar el curso del caso.

Me senté tras el escritorio y examiné el teléfono. Tenía más teclas de las que iba a necesitar en la vida. Finalmente encontré la tecla de comunicación interna; la pulsé.

—¿Hola?

Nada. La pulsé de nuevo.

—¿Cisco? ¿Bullocks? ¿Estáis ahí?

Nada. Me levanté y fui hacia la puerta, decidido a comunicarme con mi personal al estilo tradicional, cuando finalmente llegó una respuesta desde el otro lado del altavoz.

—Mickey, ¿eres tú?

Era la voz de Cisco. Volví corriendo al escritorio y pulsé la tecla de comunicación interna.

—Sí, soy yo. ¿Puedes venir un momento? ¿Y traer a Bullocks?

—Oído cocina.

Mi investigador y mi pasante se presentaron al cabo de unos minutos.

—¿Qué es todo esto, jefe? —dijo Cisco, mirando los montones de documentos en el suelo—. Se supone que una oficina sirve para tener los papeles metidos en cajones, archivadores y estanterías.

—Ya me ocuparé del asunto —indiqué—. Cerrad la puerta y sentaos.

Una vez acomodados, los miré a través de mi gran escritorio de alquiler y me eché a reír.

—Todo esto me resulta muy raro —confesé.

—Creo que acabaré por pillarle el gusto a eso de tener un despacho —dijo Cisco—. Aunque no sé si Bullocks...

—¿Cómo que no? —protestó Aronson—. El año pasado estuve de becaria en Shandler, Massey y Ortiz, y tenía un despacho para mí sola.

—Bueno, la próxima vez quizá tengas un despacho propio —dije—. Y ahora volvamos a lo nuestro. Cisco, ¿le llevaste el portátil a ese tipo que conoces?

—Sí. Ayer por la mañana. Le dije que era un encargo urgente.

Estábamos hablando del ordenador portátil de Lisa, que la fiscalía nos había devuelto junto con su teléfono móvil y las cuatro cajas con documentos.

—¿Y crees que podrá contarnos qué estuvieron mirando los de la fiscalía?

—Me dijo que podría darnos un listado con los archivos que abrieron y el tiempo que estuvieron abiertos. Con eso deberíamos hacernos una idea de qué fue lo que más les interesó. Pero yo no me haría muchas ilusiones.

—¿Por qué?

—Porque Freeman no se resistió mucho a entregarnos el ordenador. No creo que nos lo hubiera devuelto si hubiera sido tan importante para ella.

—Es posible.

Ni él ni Aronson estaban al corriente del trato al que había llegado con Freeman ni de las presiones a las que la había sometido. Me giré hacia Aronson. Después de que a principios de semana hubiera redactado las solicitudes de desestimación, le había mandado estudiar el entorno de la víctima. Eso fue después de que a Cisco, durante la investigación, le llegaran algunos indicios preliminares de que no todo iba

bien en la vida personal de Mitchell Bondurant.

—Bullocks, ¿qué has averiguado sobre la víctima?

—Bueno, aún me queda mucho por hacer, pero no hay duda de que iba directo hacia el precipicio. Al económico, quiero decir.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, cuando la situación era buena y era fácil conseguir crédito, el hombre se metió de lleno en el negocio inmobiliario. Entre 2002 y 2007 compró y revendió veintisiete propiedades, residenciales en su mayoría. Ganó bastante dinero y lo invirtió en proyectos de todavía mayor envergadura. Pero la economía entonces se vino abajo, y de pronto se encontró con el agua al cuello.

—¿Con unas hipotecas que no podía pagar?

—Exacto. En el momento de su muerte era propietario de cinco grandes propiedades que de repente no valían lo que había pagado. Según parece, llevaba más de un año tratando de venderlas, sin que nadie se interesara. Y tres de ellas tenían unos pagos de cuota final previstos para este mismo año, lo cual iba a aumentar la deuda que ya tenía en dos millones de dólares más.

Me levanté y rodeé el escritorio. Empecé a pasearme por el despacho. El informe de Aronson era muy interesante. En aquel momento no sabía bien cómo iba a utilizarlo, pero sí tenía claro que iba a hacerlo. Solo teníamos que hablarlo.

—Muy bien, pues Bondurant, vicepresidente de la división de préstamos hipotecarios del WestLand, estaba siendo víctima de la misma situación que muchas de las personas a las que estaba desahuciendo. Cuando el dinero fluía sin problemas firmó unas hipotecas con cuota final a cinco años, pensando —como todos los demás— que revendería las propiedades o las rehipotecaría mucho antes de que transcurrieran esos cinco años.

—Solo que la economía se fue a tomar viento —dijo Aronson—. Bondurant no podía vender las casas ni tampoco rehipotecarlas, porque no valían lo que en su momento pagó por ellas. Ningún banco accedería, ni siquiera el suyo.

Aronson tenía el rostro algo enfurruñado.

—Has hecho un buen trabajo, Bullocks. ¿Qué problema hay?

—Bueno, me pregunto qué tiene que ver todo esto con el asesinato.

—Quizá nada. Quizá todo.

Volví a sentarme tras el escritorio. Le pasé el documento de tres páginas que había encontrado entre los papeles que me había entregado la fiscalía. Lo cogió y lo sostuvo en alto para que Cisco también pudiera leerlo.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Creo que es la pista que necesitamos.

—Me he dejado las gafas de leer en mi despacho —dijo Cisco.

—Léelo, Bullocks.

—Es una copia de una carta certificada enviada por Bondurant a Louis Opparizio, de A. Louis Opparizio Financial Technologies, empresa más conocida como ALOFT.

Dice: «Apreciado Louis, le adjunto correspondencia enviada por un abogado llamado Michael Haller, quien representa a la propietaria en uno de los casos de desahucio que está llevando para WestLand». Da el nombre de Lisa, el número del préstamo y la dirección de la casa. Y continúa: «En su carta, el señor Haller alega que en este caso se han perpetrado numerosas irregularidades de tipo fraudulento. Como verá, Haller menciona ejemplos concretos, todos ellos llevados a cabo por ALOFT. Como sabe y hemos hablado antes, se han dado otras quejas parecidas. Estas nuevas alegaciones contra ALOFT, en caso de ser ciertas, han puesto al WestLand en una situación vulnerable, y más si consideramos el reciente interés del Gobierno por este aspecto del negocio hipotecario. A no ser que lleguemos a algún tipo de trato y entendimiento, voy a recomendar al consejo que el WestLand rescinda el contrato con su empresa y deje de operar con ella de inmediato, lo cual obligaría automáticamente al banco a presentar un IAS a las autoridades competentes. Por favor, contacte conmigo tan pronto como pueda para hablar más en detalle sobre estas cuestiones». Eso es todo. Viene con una copia de tu carta original y una copia del impreso de correos. La carta está firmada por una tal Natalia... El apellido no se entiende bien. Empieza por L.

Me arrellané en mi sillón giratorio de ejecutivo y les sonreí mientras hacía girar un sujetapapeles entre los dedos como un prestidigitador. Empeñada en hacerse notar, Aronson fue la primera en hablar.

—Así pues, Bondurant estaba cubriéndose las espaldas. Porque seguro que sabía perfectamente lo que estaba haciendo ALOFT. Los bancos son uña y carne con este tipo de empresas. Les da igual cómo actúen; lo que cuenta son los resultados. Pero al enviar esta carta, Bondurant estaba distanciándose de ALOFT y sus prácticas poco escrupulosas.

Me encogí de hombros como diciendo que era posible.

—«Trato y entendimiento» —dije.

Los dos me miraron perplejos.

—Es lo que dice en la carta: «A no ser que lleguemos a algún tipo de trato y entendimiento...».

—Bueno, ¿y eso qué significa? —preguntó Aronson.

—Hay que leer entre líneas. No me parece que Bondurant estuviera distanciándose del asunto. Yo diría que esa carta es una amenaza. Creo que lo que significa es que Bondurant quería quedarse con parte del pastel de ALOFT. Quería entrar en el negocio y, a la vez, estaba cubriéndose las espaldas al mandar esa carta, sí, pero creo que su intención final era otra. Lo que quería era que le cedieran parte del negocio, o iba a quitárselo de las manos a Opparizio. Incluso amenazaba con presentar un IAS.

—¿Qué es un IAS exactamente? —preguntó Aronson.

—Un informe de actividades sospechosas —aclaró Cisco—. Es un impreso rutinario. Los bancos presentan informes de este tipo por cualquier cosa.

—¿A quién?

—Al regulador financiero, al FBI, al Servicio Secreto a quienes les da la gana, de hecho.

Me estaba dando cuenta de que no había terminado de explicarme bien.

—¿Tenéis idea de la cantidad de dinero que está ganando ALOFT? —pregunté—. Diría que esta compañía interviene en cerca de la tercera parte de nuestros casos. Sé que no es muy científico, pero si hacemos una extrapolación y suponemos que ALOFT lleva la tercera parte de todos los casos en el condado de Los Ángeles, estamos hablando de millones y millones en beneficios. Dicen que solo en California habrá tres millones de desahucios durante los próximos cinco años.

»Y además está la cuestión de la compra.

—¿Qué compra? —preguntó Aronson.

—Tienes que leer los periódicos. Opparizio está intentando vender ALOFT a un gran fondo de inversión, una compañía llamada LeMure. LeMure cotiza en bolsa, por lo que cualquier tipo de polémica sobre una de sus próximas adquisiciones podría influir en el acuerdo y también en el valor de las acciones. Así que no nos engañemos; si Bondurant estaba lo bastante desesperado, seguramente podía montar un buen follón, y sacar aún más dinero del que tenía previsto.

Cisco asintió con la cabeza, siendo el primero en mostrarse de acuerdo con mi hipótesis.

—Muy bien, entonces tenemos a Bondurant en una situación económica desesperada —dijo—. Y tres cuotas finales a punto de vencer. Así que se le ocurre tratar de sacar tajada de Opparizio, del acuerdo con LeMure y de todo el jugoso negocio de los desahucios. ¿Y por eso le asesinan?

—Exacto.

Ya tenía a Cisco convencido. Hice girar la silla para mirar directamente a Aronson.

—No sé qué decir —repuso—. Es una conclusión muy arriesgada. Y va a ser difícil de demostrar.

—¿Quién dice que tenemos que demostrarla? Lo que tenemos que hacer es encontrar el modo de exponérsela al jurado.

Lo cierto era que no teníamos que demostrar un carajo. Solo teníamos que sugerir la posibilidad y dejar que el jurado se encargara de lo demás. Bastaba con sembrar las semillas de una duda razonable. Para establecer la hipótesis de inocencia. Me eché hacia delante por encima del gran escritorio de madera y miré a mis empleados.

—Esta es la teoría en que basaremos nuestra defensa. Opparizio va a ser nuestro cabeza de turco. El hombre al que presentaremos como culpable. El jurado le señalará con el dedo y nuestra cliente será absuelta.

Les miré a ambos a la cara pero no reaccionaron. Seguí con mi alegato.

—Cisco, quiero que te concentres en Louis Opparizio y su empresa. Consígueme todo lo que haya por ahí: historia, socios conocidos, todos los detalles de la fusión.

Quiero saber más cosas sobre ese acuerdo y sobre ese individuo de las que él mismo sabe. Tengo la intención de solicitar documentos internos de ALOFT la semana que viene. Tratarán de impedirlo, pero la cosa servirá para sembrar algo de cizaña.

Aronson meneó la cabeza.

—A ver un momento —dijo—. ¿Estás diciendo que todo esto es una patraña? ¿Que es una simple maniobra de la defensa y que ese tal Opparizio en realidad no ha hecho nada? Pero ¿y si estamos en lo cierto en lo referente a Opparizio y ellos se están equivocando con Lisa Trammel? ¿Y si ella en realidad es inocente?

Me miró con una ingenua esperanza en los ojos. Sonreí y miré a Cisco.

—Díselo.

Mi investigador se giró en dirección a la joven pasante.

—A ver, jovencita. Eres nueva en todo esto, así que no vamos a tenértelo en cuenta. Pero nosotros nunca hacemos esa pregunta. No importa si nuestros clientes son culpables o inocentes. Nos dejamos la piel por ellos igualmente.

—Sí, pero...

—No hay pero que valga —intervine—. Estamos hablando de estrategias de defensa. De formas de proporcionar a nuestro cliente la mejor defensa posible. Y vamos a seguir estas estrategias con independencia de si el cliente es culpable o inocente. Tenlo muy claro si quieres especializarte en la defensa penal. Al cliente nunca hay que preguntarle si lo hizo o no lo hizo. Afirmativa o negativa, la respuesta solo es una distracción. Así que lo mejor es no saberlo.

Sus labios, muy cerrados, formaban una línea delgada.

—¿Has leído a Tennyson? —pregunté—. ¿*La carga de la Brigada Ligera*?

—¿Y esto qué...?

—«No estaban allí para razonar, no estaban sino para vencer o morir». Hazte a la idea de que somos la Brigada Ligera, Bullocks. Y que nos enfrentamos a un ejército que tiene más soldados, más armamento, más de todo. En la mayoría de los casos nos lanzamos a un ataque suicida. Sin posibilidad de supervivencia. Sin posibilidad de ganar. Pero a veces nos encontramos con un caso en el que hay una oportunidad. Quizá sea remota, pero está ahí. Así que vamos a por ella. Nos lanzamos al ataque... Y no hacemos preguntas de esa clase.

—En realidad creo que es «vencer y morir». Ahí está el sentido del poema. No podían elegir entre vencer o morir. Tenían que vencer y morir.

—Así que has leído a Tennyson. Pero a mí me gusta más lo de «vencer o morir». La cuestión es: ¿mató Lisa Trammel a Mitchell Bondurant? Yo no lo sé. Trammel dice que no, y a mí me vale con eso. Si a ti no te vale, te aparto del caso y vuelves a los desahucios a tiempo completo.

—No —dijo Aronson al momento—. Quiero trabajar en este caso. Hablo en serio.

—Muy bien. No hay muchos abogados que trabajen como segundo de la defensa en un caso de asesinato diez meses después de haberse licenciado en derecho.

Me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Segundo de la defensa?

Asentí con la cabeza.

—Te lo mereces. Has hecho un muy buen trabajo en este caso.

De repente se le esfumó el brillo de los ojos.

—¿Qué pasa?

—Que no entiendo por qué no se pueden hacer las dos cosas a la vez. Ya me entiendes, darlo todo en la defensa de un cliente pero siguiendo unas consideraciones éticas. Intentar conseguir el mejor resultado posible.

—¿El mejor resultado para quién? ¿Para tu cliente? ¿Para la sociedad? ¿O para ti? Tu responsabilidad es para con tu cliente y para con la ley, Bullocks. Y punto.

La miré largamente antes de agregar:

—No me vengas con eso de las consideraciones éticas. Ese camino ya me lo conozco. Y no te lleva a ninguna parte.

Tras pasar gran parte del día organizando el nuevo despacho, no llegué a casa hasta casi las ocho. Me encontré a mi exmujer sentada en los escalones del porche. Nuestra hija no estaba con ella. Durante el último año nos habíamos visto bastantes veces sin la compañía de Hayley, y me encantaba la perspectiva de otro de esos encuentros. Estaba física y mentalmente hecho polvo después de un día de tanto trabajo, pero podía remontar fácilmente por Maggie «la Fiera».

—Hola, Mags. ¿Has olvidado la llave?

Se levantó, y su postura rígida y el modo en que se limpió el polvo de la parte trasera de los pantalones vaqueros me indicaron que algo no iba bien. Llegué al escalón superior y fui a darle un beso —en la mejilla, nada más—. Pero se apartó de inmediato y confirmó mis sospechas.

—Es lo mismo que hace Hayley —dije—. Girarme la cara cuando voy a darle un beso.

—Ya, pero es que no he venido para eso, Haller. No he usado mi llave porque pensé que si encontrabas a una fiscal en tu casa igual te daba por considerarlo un conflicto de intereses.

Lo entendí todo.

—¿Hoy ha habido yoga? ¿Has visto a Andrea Freeman?

—Así es.

De repente, dejé de ver posible la remontada. Abrí la puerta con la expresión lastimosa de un reo al que han castigado indignamente a entrar por su cuenta en la habitación donde van a aplicarle la inyección letal.

—Pasa, pasa. Será mucho mejor que aclaremos todo este asunto cuanto antes.

Entró sin perder un segundo; mis últimas palabras no habían hecho sino irritarla más aún.

—Lo que has hecho es despreciable. Usar a nuestra hija de una forma tan desconsiderada...

Me giré.

—¿Usar a nuestra hija? Yo no he hecho nada parecido. Nuestra hija está metida en medio de todo este asunto y yo me he enterado por accidente.

—Da igual. Me das asco.

—No, solamente soy un abogado defensor. Y resulta que tu buena amiga Andy se puso a hablar de mí y de mi caso con mi exmujer delante de mi hija. Y luego nos mintió de una forma descarada.

—¿Qué estás diciendo? La niña no miente.

—No estoy hablando de Hayley. Estoy hablando de Andy. El mismo día que le asignaron el caso le pregunté si te conocía, y me respondió que solo de vista. Estarás de acuerdo conmigo en que no es el caso. Y no puedo jurarlo, pero diría que si se lo contáramos a diez jueces, los *diez* considerarían que ahí hay un conflicto de intereses.

—Mira, no estábamos hablando ni de ti ni del caso. El tema salió inesperadamente mientras almorzábamos. ¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Pegarle un corte a una amiga por ti? Las cosas no funcionan así.

—Si la cosa no tenía importancia, ¿por qué me mintió?

—Tampoco es que fuera exactamente una mentira. Andy y yo no somos amigas íntimas, ni nada por el estilo. Y seguramente tampoco quería que te metieras en el asunto como has terminado haciendo.

—Así que ahora hay un *ranking* de mentiras. Algunas son inexactas y no tienen importancia. No hay que tomarlas en cuenta.

—No seas capullo, Haller.

—Mira, ¿quieres tomar una copa?

—No quiero tomar nada. He venido a decirte que no solo nos has metido en una situación embarazosa a mí y a tu hija, sino también a ti mismo. Realmente, has caído muy bajo, Haller. Has utilizado las palabras inocentes de tu propia hija para sacar ventaja. Muy bajo.

Yo seguía con el maletín en la mano. Lo dejé en la mesita de la cocina. Puse la mano en el respaldo de una de las sillas, y me apoyé mientras trataba de dar con una respuesta.

—Vamos, hombre —me azuzó Maggie—. Siempre has sido de respuestas rápidas. El gran superabogado. A ver qué tienes que contarnos ahora.

Me eché a reír y sacudí la cabeza. Maggie estaba guapísima cuando algo la enfurecía. Desarmaba a cualquiera, y lo peor era que se daba cuenta. O eso me parecía.

—Muy divertido, ya lo creo. Amenazas con hundirla profesionalmente y luego te partes de risa.

—No la amenacé con hundirla profesionalmente. La amenacé con hacer que la apartaran del caso. Y no, no me parto de risa. Es solo que...

—¿Qué, Haller? ¿Es solo que qué? Me he pasado dos horas sentada ahí fuera preguntándome si ibas a venir, porque quería saber cómo has podido hacer algo así.

Me aparté de la mesa y pasé a la ofensiva, acercándome a ella mientras hablaba, obligándola a retroceder hasta encajonarla en un rincón, mientras señalaba con el dedo a unos centímetros de su pecho.

—Lo hice porque soy abogado defensor y tengo el compromiso de defender a mis representados de la mejor forma que pueda. Y sí, es verdad que vi la oportunidad de sacar ventaja. Está claro que tu buena amiga «Andy» y tú cruzasteis el límite. No es que hicierais nada malo, hasta donde yo sé. Pero el hecho es que lo cruzasteis. Si saltas un vallado en el que hay un letrero de prohibido el paso, el mal ya está hecho, aunque luego retrocedas. Así que me di cuenta de vuestro salto y lo usé a mi favor, para conseguir algo que necesitaba para defender a mi cliente. Algo que normalmente me hubieran proporcionado sin mayor problema, pero que tu amiga se empeñaba en retener simplemente porque podía hacerlo.

»¿Se atendió a las normas? Sí. ¿Fue justo? No. Y una de las razones por las que estáis tan cabreadas es porque sabéis que no era justo y que yo hice lo que tenía que hacer. Y estoy convencido de que tú habrías hecho lo mismo.

—En absoluto. Ni en un millón de años. Jamás me rebajaría de esa manera.

—Y una mierda.

Le di la espalda. Maggie no se movió del rincón.

—¿A qué has venido, Maggie?

—¿Cómo que a qué he venido? Te lo acabo de decir.

—Sí, claro, pero podrías haberme llamado o mandado un correo. ¿A qué has venido?

—He venido porque quería verte la cara cuando me dieras una explicación.

Me giré hacia ella otra vez. Todo aquello era pura comedia. Me acerqué y apoyé la mano en la pared, a unos centímetros de su cabeza.

—Las discusiones absurdas como esta fueron las que acabaron con nuestro matrimonio —dije.

—Ya lo sé.

—¿Te das cuenta de que han pasado ocho años? Llevamos divorciados tantos años como los que estuvimos casados.

Ocho años, y seguía sin poder apartarla de mis pensamientos.

—Ocho años, y aquí estamos.

—Sí, aquí estamos.

—Voy a decirte algo, Haller. Eres tú el que se dedica a saltar las vallas de la gente. El que entra y sale de nuestras vidas siempre que le apetece. Y te dejamos hacerlo, sin más.

Me acerqué lentamente, hasta que estuvimos respirando el mismo aire. La besé con delicadeza, y con mayor fuerza después, cuando trató de decir algo. No quería oír ni una sola palabra más. Estaba harto de tanta palabrería.

Segunda parte

La hipótesis de inocencia

El bufete estaba cerrado a cal y canto a última hora de la tarde, pero yo continuaba sentado tras el escritorio, preparando la vista preliminar. Era un martes de principios de marzo, y me hubiera gustado abrir una ventana para que entrase la fresca brisa del crepúsculo. Pero la oficina estaba herméticamente sellada por unas ventanas verticales que no se podían abrir. Lorna no se había fijado en el detalle al examinarla y firmar el contrato de alquiler. Así que ahora echaba de menos los tiempos en que trabajaba en el asiento trasero del Lincoln, cuando podía abrir una ventanilla y disfrutar del aire fresco siempre que me viniera en gana.

La vista preliminar iba a tener lugar dentro de una semana. Me estaba preparando, y con ello me refiero a que hacía lo posible por adivinar a qué estaba dispuesta a renunciar mi oponente Andrea Freeman cuando expusiera su alegato ante el juez.

Una vista preliminar es una comparecencia de trámite previa a un juicio en la que la fiscalía lleva la voz cantante al cien por cien. El Estado tiene la obligación de exponer su argumentación ante el tribunal, y a continuación el juez determina si existen indicios suficientes para llevarlo ante un jurado. No se trata del umbral de la duda razonable. Ni por asomo. El juez solo tiene que decidir si la preponderancia de las pruebas es bastante sólida para sustentar los cargos. Si decide que sí, el siguiente paso es un juicio de verdad.

Desde el punto de vista de Freeman, el truco estaba en exponer los suficientes indicios y pruebas para dejar clara su preponderancia y obtener el asentimiento del juez sin mostrar todos los ases que tenía en la manga, porque sabía que yo miraría con lupa todo cuanto revelase.

Está claro que el papel de la fiscalía es mucho más llevadero. Aunque la finalidad de una vista preliminar es la de asegurar que el Estado no desatiende al individuo, no deja de ser un partido amañado. La Asamblea Estatal de California se ocupó de ello en su momento.

Frustrados por la aparente demora de los casos criminales, cuya lentitud colapsaba el sistema judicial, los políticos de Sacramento pasaron a la acción. La opinión generalizada era que el retraso y la denegación suponían lo mismo a la hora de impartir justicia, sin tener en cuenta que este punto de vista entraba en conflicto con un componente fundamental del sistema judicial contencioso: una defensa sólida y contundente. La vista preliminar pasó de centrarse en la exhibición pormenorizada de las pruebas en poder de la defensa a convertirse en un juego del escondite. Apenas se llamaba a declarar a nadie que no fuera el investigador principal; el testimonio de oídas pasó de ser residual a crucial; y, en último término, el ministerio fiscal no estaba obligado a exhibir ni la mitad de las pruebas en su poder. Lo justo para conseguir su propósito.

Como resultado, era prácticamente imposible que la argumentación de la fiscalía no resultara preponderante, de tal forma que la vista preliminar se transformó en una

simple admisión a trámite de los cargos previa al juicio en sí.

Con todo, los procedimientos no dejaban de tener su valor para la defensa. Yo seguía teniendo la posibilidad de atisbar lo que iba a suceder y la oportunidad de formular preguntas sobre los testigos y pruebas que iban a aparecer en la vista. Y de ahí el trabajo preparatorio. Necesitaba adivinar a qué bazas iba a recurrir Freeman y decidir cómo iba a contrarrestarlas.

La posibilidad de un acuerdo de aceptación de culpabilidad estaba totalmente descartada. Freeman seguía sin ceder en ese punto, y otro tanto sucedía con mi cliente. Habíamos puesto la directa para celebrar el juicio en abril o mayo, y a mí no me parecía mal en absoluto. Teníamos posibilidades, y si Lisa Trammel continuaba empeñada en ir a juicio, yo iba a estar preparado para la ocasión.

En las últimas semanas habíamos recibido buenas y malas noticias en cuanto a las pruebas. Como era de esperar, el juez Morales se había negado a nuestras peticiones de desestimar el interrogatorio policial y lo incautado en casa de Lisa, lo que permitía que el ministerio fiscal sustentara su argumentación en tres pilares: el motivo, la oportunidad y la declaración de la única testigo. Contaban con el proceso de ejecución hipotecaria; con el historial de protestas efectuadas por Lisa en las mismas puertas del banco; con sus admisiones inculpatorias al hablar con la policía; y, sobre todo, contaban con la testigo, Margo Schafer, que aseguraba haber visto a Lisa a una manzana de distancia del banco, pocos minutos después del asesinato.

Pero nosotros estábamos elaborando una estrategia de defensa que socavaba estos pilares e incluía muchos indicios y pruebas verdaderamente exculpatorias.

Hasta el momento nadie había encontrado o identificado el arma homicida, y el afán de la fiscalía en insistir en una minúscula mancha de sangre encontrada en una llave Stillson incautada en el garaje de Lisa había terminado en un fiasco, pues los análisis habían determinado que la sangre no era de Michell Bondurant. Por supuesto, el ministerio fiscal no iba a mencionar este episodio ni en la vista preliminar ni en el juicio, pero yo sí podía e iba a hacerlo. La defensa está obligada a aprovechar los lapsus y errores de la parte contraria y hacer que se los coman con patatas. Y yo no iba a cortarme un pelo.

Además, mi investigador había hecho acopio de una información que iba a sembrar dudas sobre las observaciones del ministerio fiscal sobre el testigo clave, aunque tendríamos que esperar al juicio para hacerlo. Y también contábamos con la hipótesis de la inocencia. La teoría alternativa estaba cobrando cada vez más peso. Habíamos solicitado acceso a los documentos de Louis Opparizio y su empresa ALOFT, la trituradora especializada en desahucios, que estaba en el epicentro de la estrategia de la defensa.

Me decía que durante la vista preliminar no habría lugar para las tácticas o las pruebas de la defensa. Freeman haría que el inspector Kurlen prestara declaración, y el policía expondría el caso entero al juez, teniendo buen cuidado de obviar toda inconsistencia en lo referente a las pruebas. Freeman también haría que declarasen el

médico y el analista forenses.

El único interrogante era Schafer, la testigo. Lo primero que pensé fue que Freeman reservaría su declaración para más adelante. Siempre podía confiar en Kurlen para exponer la información obtenida durante el interrogatorio de Schafer, anticipando de este modo lo que la propia Schafer más tarde revelaría durante el juicio. Era más que suficiente para una vista preliminar. Aunque también era posible que Freeman sacara a Schafer a declarar con la idea de sondear qué información concreta tenía yo. Si al interrogar a la testigo dejaba entrever cómo pensaba manejarme con ella a lo largo del juicio, estaría ayudando a la fiscal a entender lo que estaba por venir.

En ese momento todo era cuestión de estrategia y argucias, y me di cuenta de que aquella era la mejor fase de un proceso judicial. Los movimientos que se llevaban a cabo fuera de la sala siempre eran más significativos que los sucedían en el interior. Estos últimos estaban siempre preparados y coreografiados. Yo prefería las improvisaciones que tenían lugar fuera del juzgado.

Estaba subrayando el nombre de Schafer en mi cuaderno cuando oí que el teléfono sonaba en recepción. Hubiera podido responder desde donde me encontraba, pero no me molesté. Era ya muy tarde, y tenía claro que el número que aparecía en el anuncio insertado en los listines telefónicos había sido redirigido a nuestro nuevo bufete. Quienquiera que estuviera llamando tan tarde probablemente estaba buscando alguna protección contra un desahucio. Y podía dejar un mensaje.

Eché mano a la carpeta con los resultados del análisis de sangre. En ella estaba el informe comparativo del ADN presente en la sangre extraída de una fisura en el mango de la llave Stillson encontrada en el garaje de Lisa. El trabajo había sido llevado a cabo con gran rapidez, ya que la fiscalía había encargado el análisis a una empresa externa a cambio de una suma considerable, para no tener que esperar a que el laboratorio regional le diera los resultados. Imaginé lo decepcionada que se habría sentido Freeman al ver que el informe establecía un resultado negativo. La sangre no era la de Mitchell Bondurant. No era solo un importante revés para el ministerio fiscal —un resultado positivo hubiera impedido por completo absolver a Lisa y la hubiera obligado a llegar a un acuerdo de aceptación de culpabilidad—, sino que ahora Freeman sabía que yo podía mostrar el informe al jurado y decir que la tesis de la fiscalía estaba llena callejones sin salida y pruebas improcedentes.

También nos venía de maravilla que en las grabaciones de las cámaras de vídeo situadas en el edificio del banco no apareciera Lisa Trammel antes o después del momento del asesinato. Las cámaras no cubrían todos los recovecos del edificio, pero eso era irrelevante. Estábamos ante una prueba exculpatoria.

Mi teléfono móvil de pronto empezó a vibrar. Lo saqué del bolsillo y miré el identificador de llamadas. Era mi agente, Joel Gotler. Vacilé un segundo, pero terminé respondiendo.

—Veo que trabajas hasta tarde —dije al responder.

—Sí, claro. ¿Es que no lees tu correo electrónico? —apuntó Gotler—. He estado intentando contactar contigo.

—Lo siento. Tengo el ordenador delante, pero hoy he estado muy ocupado. ¿Qué ocurre?

—Tenemos un problema muy gordo. ¿Tú lees *Hollywood Confidential*?

—No, ¿qué es eso?

—Un *blog* en internet. Míralo en tu ordenador.

—¿Ahora?

—Sí, ahora mismo.

Cerré la carpeta con los resultados del análisis de sangre y la puse a un lado. Eché mano al ordenador portátil y lo abrí. Entré en internet y busqué la página de *Hollywood Confidential*. Fui desplazándome hacia abajo. Parecía una especie de listado de noticias breves sobre la última actividad en Hollywood: acuerdos recientes, estimaciones de ganancias en taquilla, tejemanejes de los estudios; quién acababa de comprar o vender algo, quién se había ido de la agencia tal, quién estaba en horas bajas y quién en ascenso, ese tipo de cosas.

—Bueno, ¿y qué tengo que buscar?

—Baja hasta la entrada de las tres cuarenta y cinco de esta tarde.

Cada entrada del *blog* mostraba la hora en la que había sido efectuada. Hice lo que Gotler me decía y encontré la entrada de primera hora de la tarde que acababa de mencionar. Solo el titular ya era como una patada en los huevos:

Archway se hace con los derechos del misterioso caso de asesinato.

Producciones Dahl/McReynolds

Fuentes bien informadas me dicen que Archway Pictures ha hecho un anticipo de seis cifras, de un pago final de siete, para quedarse con los derechos sobre el caso de la venganza por un desahucio que pronto va a ser juzgado en nuestra maravillosa ciudad de Los Ángeles. La acusada, Lisa Trammel, ha contado con la representación de Herb Dahl para cerrar el trato, y el propio Dahl va a asumir las funciones de producción junto con Clegg McReynolds, el propietario de Archway. El acuerdo incluye también los derechos para un telefilme y un documental cinematográfico. Sin embargo, el final de la historia está por determinar, pues Trammel todavía tiene que ser juzgada por el asesinato del banquero que intentaba desahuciarla de su casa. En una nota de prensa, McReynolds indica que su intención es valerse de la historia de Trammel para arrojar luz sobre la epidemia de desahucios que ha tenido lugar en el país entero durante los últimos años. Está previsto que el juicio de Trammel se celebre dentro de dos meses.

—El muy hijo de perra —dije.

—Sí, eso mismo —convino Gotler—. ¿Se puede saber qué diablos es todo esto?

Estoy rompiéndome los cuernos para vender este asunto, y justo estaba a punto de llegar a un acuerdo con Lakeshore... ¡Y de pronto me encuentro con esto! Pero ¿tú de qué vas, Haller? ¿Cómo puedes apuñalarme así por la espalda?

—Mira, no sé muy bien qué es lo que está pasando aquí, pero el hecho es que tengo un contrato firmado con Lisa Trammel y...

—¿Conoces a ese Dahl? Porque yo sí le conozco, y es un sinvergüenza de mucho cuidado.

—Lo sé, lo sé. Trató de meterse en medio, pero le pegué un par de voces y le puse firme. El cabrón se las arregló para que Lisa firmara con él, pero...

—Estupendo, ¿así que la chica ha firmado con él?

—No. O sea, sí, pero después de que firmara conmigo. Tengo un acuerdo firmado. Y soy el primer...

Me detuve ahí. Los contratos. Recordé que había hecho copias y se las había entregado a Dahl. Y de que luego había devuelto los originales al archivador que había en el maletero del Lincoln. Dahl lo había visto todo.

—¡Hijo de puta!

—¿Qué ocurre?

Miré el montón de carpetas situado en la esquina del escritorio. Todas tenían que ver con el caso Lisa Trammel. Pero no había traído las carpetas que guardaba en el maletero del Lincoln por una simple cuestión de pereza. Había dado por supuesto que todas correspondían a contratos y casos viejos, y además tampoco estaba muy seguro de si al final me gustaría trabajar en un despacho de verdad. La carpeta con los contratos seguía en el maletero.

—Joel, te llamo en un momento.

—Oye, pero ¿qué...?

Apagué el móvil y fui hacia la puerta. El Victory Building tenía un garaje propio de dos plantas, pero estaba en un edificio aparte. Salí del Victory y me planté ante la entrada del garaje. Subí corriendo por la rampa y, al llegar al piso de arriba, me dirigí hacia mi coche y abrí el maletero con el mando a distancia. Mi Lincoln era el único vehículo aparcado en la planta superior. Cogí la carpeta con los contratos y la puse bajo la lucecita del maletero para buscar el acuerdo que había firmado Lisa Trammel.

No estaba.

Decir que estaba furioso sería poco. Metí la carpeta de nuevo en su compartimento y cerré la tapa del maletero con rabia. Cogí el móvil y llamé a Lisa mientras me dirigía hacia la rampa otra vez. Saltó el contestador.

—Lisa, soy su abogado. Creí que habíamos quedado en que si la llamaba, me cogería el teléfono. Con independencia de la hora que fuese o lo que estuviese haciendo. Pero aquí estoy, llamándola, y no me responde. Llámeme cuanto antes. Tengo que hablar con usted sobre ese amiguito suyo, Herb, y el trato que acaba de cerrar. Seguro que está usted al corriente. Pero lo que quizá no sepa es que le voy a poner una denuncia de tres pares de cojones a ese tipejo. Le voy a crucificar, Lisa.

¡Así que llámeme! ¡Ahora mismo!

Apagué el móvil y lo apreté con fuerza con la mano mientras bajaba por la rampa. Casi no reparé en los dos hombres que la subían, hasta que uno de ellos dijo:

—Oiga, usted es ese tipo, ¿verdad?

Me detuve, confundido por su pregunta, con la mente aún ocupada con Herb Dahl y Lisa Trammel.

—¿Perdón?

—El abogado. Usted es ese famoso abogado que sale en la tele.

Ambos se acercaron. Dos tipos jóvenes, vestidos con cazadora de cuero, con las manos en los bolsillos. No me apetecía pararme a hablar de tonterías.

—Eh, no, creo que se equivo...

—No, es usted. Le he visto por la tele, ¿a que sí?

Me di por vencido.

—Bueno, sí. Estoy llevando un caso que aparece mucho en televisión.

—Claro, claro... ¿Cómo se llamaba usted?

—Mickey Haller.

Nada más decir mi nombre vi que el más silencioso de los dos sacaba las manos de los bolsillos de la cazadora y cuadraba los hombros mientras daba un paso hacia mí. Llevaba las manos cubiertas por unos mitones negros. No hacía tanto frío como para llevar mitones, y en ese momento comprendí que, dado que en la planta de arriba no había otros coches aparcados, aquellos dos individuos en realidad no iban hacia allí. Me estaban buscando a mí.

—Pero ¿qué...?

Don silencioso me soltó un izquierdazo en toda la barriga. Me doblé, y casi en el acto sentí que su puño derecho me rompía tres costillas. Recuerdo que en ese momento se me cayó el móvil, pero poca cosa más. Sé que traté de correr, pero el menos silencioso me bloqueó el paso, hizo que me girase y me sujetó los brazos por los costados.

También llevaba puestos un par de mitones.

No me tocaron la cara, y era casi lo único que no me dolía o parecía estar roto cuando me desperté en la unidad de cuidados intensivos del hospital Holy Cross. El balance final era de treinta y ocho puntos en el cuero cabelludo, nueve costillas fracturadas, cuatro dedos rotos, dos riñones machacados y un testículo que había quedado retorcido en un giro de ciento ochenta grados hasta que los médicos lo devolvieron a su lugar. Mi torso era del color un polo de uva, y mi orina, oscura como la Coca-Cola.

La última vez que había estado hospitalizado había terminado por engancharme a la oxicodona, adicción que por poco me cuesta mi hija y mi carrera profesional. Esta vez les dije que le echaría valor al asunto y me las arreglaría sin ayuda química. Y por supuesto fue un error muy doloroso. Dos horas después de mi renuncia estaba suplicando a enfermeras, enfermeros y quienquiera que me estuviese escuchando que me pusieran el gota a gota. La infusión intravenosa finalmente eliminó el dolor físico, pero me dejó flotando demasiado cerca del techo. Los médicos necesitaron dos días para dar con el justo equilibrio entre el alivio del dolor y mi conciencia. Entonces empecé a aceptar visitas.

La primera de ellas fue la de un par de inspectores de la unidad de delitos contra las personas de la comisaría de Van Nuys. Sus nombres eran Stilwell y Eyman. Me hicieron las preguntas de rigor para cumplimentar el papeleo necesario. Tenían tanto interés en determinar quiénes me habían atacado como en renunciar al almuerzo para seguir con su trabajo. Al fin y al cabo, yo era el abogado defensor de una presunta asesina detenida por unos compañeros de su misma comisaría. En otras palabras, ni por asomo iban a romperse la espalda en el intento de aclarar lo sucedido.

Cuando Stilwell cerró su libreta, tuve claro que la entrevista había terminado, y con ella toda la investigación. Me dijeron que volverían a contactar conmigo si surgía algo.

—Se olvidan de una cosa, ¿no les parece? —apunté.

Hablé intentando no mover la mandíbula, pues, por la razón que fuera, al mover la mandíbula notaba un intenso dolor en las costillas.

—¿A qué se refiere? —dijo Stilwell.

—A que en ningún momento se les ha ocurrido pedirme que describiera a mis atacantes. Ni siquiera me han preguntado de qué raza eran.

—Podemos preguntárselo durante nuestra próxima visita. El médico nos ha dicho que necesita descanso.

—¿Les parece que concertemos ahora su próxima visita?

Ninguno de los dos inspectores respondió. No iba a haber una próxima visita.

—Ya me parecía —observé—. Adiós, inspectores. Es un alivio que la unidad de delitos contra las personas esté investigando el caso. Uno se siente mucho más seguro.

—Mire —dijo Stilwell—, lo más probable es que se trate de una agresión al azar.

Dos matones que andaban buscando una presa fácil a la que atracar. La posibilidad de que vayamos a encontrarles es...

—Esos dos sujetos sabían quién era yo.

—Nos ha dicho que le reconocieron porque le habían visto en la televisión y en los periódicos.

—Yo no he dicho eso. Lo que he dicho es que me reconocieron y que fingieron que me habían visto en la tele o algo así. Si se interesaran realmente por el caso, habrían notado la diferencia.

—¿Está acusándonos de negligencia en un caso de agresión gratuita de nuestra jurisdicción?

—Pues sí, básicamente. ¿Y quién dice que fue gratuita?

—Nos ha dicho que no conocía de nada a sus atacantes. De modo que, a no ser que ahora nos venga con otra versión de los hechos, no hay indicios de que esta agresión pudiera no haber sido gratuita. Como mucho, podría tratarse de una venganza, dado que es usted abogado. Esos dos tipos le reconocieron y seguramente no les gustaba que se gane la vida defendiendo a asesinos y a chusma por el estilo, por lo que decidieron descargar sus frustraciones en usted. Puede haber muchas razones.

Mi cuerpo entero palpitaba a causa del dolor que me despertaba su indiferencia. Pero al mismo tiempo estaba cansado y quería que se marcharan de una vez.

—Como ustedes digan, inspectores —repuse—. Vuelvan a la unidad de delitos contra las personas y hagan todo el papeleo. Y ya pueden olvidarse para siempre de este caso. Soy mayorcito y puedo asumirlo.

Cerré los ojos y me olvidé de ellos. En realidad, era lo único que podía hacer.

Cuando volví a abrirlos vi que Cisco estaba sentado en una silla, mirándome desde un rincón de la habitación.

—Hola, jefe —dijo con suavidad, como si su acostumbrado vozarrón pudiera lastimarme—. ¿Qué tal va la cosa?

Tosí mientras terminaba de despertarme del todo, y la tos provocó un paroxismo de dolor en mi testículo.

—Parece que sigue retorcido ciento ochenta grados.

Cisco sonrió, pensando que deliraba. Pero estaba lo bastante lúcido para saber que aquella era su segunda visita, y que durante la primera le había pedido que investigara unas cuantas cosas.

—¿Qué hora es? He dormido tanto que no tengo ni idea.

—Las diez y diez.

—¿Del jueves?

—No, del viernes por la mañana, Mick.

Había estado durmiendo más de lo que pensaba. Traté de sentarme, pero el

movimiento hizo que sintiera un dolor ardiente por todo mi costado izquierdo.

—¡Dios Santo!

—¿Estás bien, Mick?

—¿Qué es lo que me traes, Cisco?

Se levantó y vino hacia la cama.

—No mucho, pero sigo trabajando en el asunto. He echado un vistazo al atestado de la policía. No dice mucho, pero sí que te encontraron los empleados de la limpieza que vienen al edificio a las nueve de la noche. Estabas tirado en medio de la rampa del garaje, y al momento llamaron a la policía.

—Las nueve de la noche. No había pasado mucho tiempo. ¿Vieron algo más?

—Pues no. Siempre según el atestado. Pero tengo previsto acercarme esta noche y preguntárselo personalmente.

—Bien. ¿Cómo va por la oficina?

—Lorna y yo hemos estado mirándolo todo. No parece que entrara nadie. Por lo que hemos visto, no falta nada. Y eso que la cerradura se quedó abierta toda la noche. Creo que el objetivo eras tú, Mick. No la oficina.

El goteo intravenoso de la medicación funcionaba según un sistema de alimentación regulado que iba aplicando el dulce líquido sedante según los impulsos enviados por un ordenador situado en otra parte y programado por un desconocido. Un desconocido que en aquel momento era mi héroe personal. Sentí que las frías gotas de un nuevo subidón se trasladaban por mi brazo hasta llegar al pecho. Guardé silencio, a la espera de que mis desquiciadas terminaciones nerviosas se calmaran.

—¿Qué estás pensando, Mick?

—Tengo la mente en blanco. Ya te he dicho que no reconocí a esos dos tipos.

—No me refiero de ellos. Me refiero a quién los mandó. ¿Qué te dice el instinto? ¿Opparizio?

—Parece lo más probable, desde luego. Ese hombre tiene claro que vamos a por él. Si no, ¿quién iba a ser?

—¿Dahl?

Negué con la cabeza.

—¿Para qué? Ya me había robado el contrato y cerrado el acuerdo. ¿Qué necesidad tenía de hacer que me dieran una paliza?

—Quizá para que te lo tomaras todo con más calma. Quizá para añadirle un poco de picante al asunto. Esto le añade otra dimensión. Forma parte de la historia.

—Me parece poco probable. Más bien creo que ha sido cosa de Opparizio.

—Pero ¿por qué iba a hacer algo así?

—Por las mismas razones. Para que me lo tomara todo con más calma. Para avisarme. Opparizio no quiere tener que comparecer como testigo ni verse envuelto en toda la mierda que he averiguado sobre él.

Cisco se encogió de hombros.

—No acabo de verlo claro.

—Bueno, da lo mismo quién haya sido. No pienso echarme atrás en absoluto.

—¿Y qué vas a hacer con Dahl? Ese pájaro te robó el contrato.

—Estoy dándole vueltas al asunto. Para cuando me den el alta ya habré pensado lo que voy a hacer con ese mamón.

—¿Y cuándo se supone que van a darte el alta?

—Están esperando a confirmar que me recupero como es debido. Si no, igual tienen que extirparme el huevo izquierdo.

Cisco hizo una mueca de horror, como si estuviera refiriéndome a su propio huevo izquierdo.

—Sí, ya. Hago lo posible por no pensar mucho en ello —dije.

—Bueno, pues entonces pasemos a otra cosa. ¿Qué me dices de esos dos hombres? Me hablaste de dos tipos blancos, de unos treinta y pocos años, con cazadoras de cuero y mitones. ¿Te acuerdas de algo más?

—No.

—¿Hablaban con algún acento en especial?

—No, que yo recuerde.

—¿Viste si llevaban cicatrices, tatuajes...? ¿Algún otro rasgo distintivo?

—Si lo vi, no me acuerdo. Todo fue muy rápido.

—Claro. ¿Te parece que podrías reconocerles en una rueda?

Cisco se refería a una muestra de fotografías policiales de posibles sospechosos.

—A uno de los dos puede que sí. El que estuvo hablando conmigo. Casi ni me fijé en el otro. Y cuando me dio, ya no pude ver nada más.

—De acuerdo. Seguiré trabajando en el asunto.

—¿Algo más, Cisco? Estoy empezando a sentirme un poco cansado.

Cerré los ojos para subrayar mis palabras.

—Bueno, Maggie me dijo que la llamara tan pronto como volviera a estar consciente. Sus visitas no han sido muy oportunas. Cada vez que ha venido con Hayley estabas dormido como un angelito.

—Puedes llamarla. Dile simplemente que me despierte si estoy dormido. Quiero ver a mi hija.

—Muy bien, le diré que venga con ella después del colegio. Y otra cosa. Bullocks quiere venir a verte con la petición de aplazamiento, para que la revises y la firmes antes de enviarla.

Abrí los ojos. Cisco se había trasladado al otro lado de la cama.

—¿Qué aplazamiento?

—El de la vista preliminar. Bullocks va a pedirle al juez que la retrase unas cuantas semanas debido a tu hospitalización.

—No.

—Mick, hoy es viernes. La vista preliminar está prevista para el martes. Incluso si te dejan salir de aquí antes del martes, no vas a estar en condiciones de...

—Que vaya ella.

—¿Quién? ¿Bullocks?

—Sí. Es buena. Sabrá lo que tiene que hacer.

—Es buena, pero está muy verde. ¿Estás seguro de que una recién licenciada podrá llevar la vista preliminar de un juicio por asesinato?

—Es solo una vista preliminar. Trammel va a conseguir que se celebre el juicio, esté yo en la sala o no. Lo máximo que podemos conseguir es adivinar por dónde va a ir la estrategia de la fiscalía, y eso puede contárnoslo Aronson.

—¿Te parece que el juez va a permitirlo? Quizá lo vea como una maniobra para presentar una apelación por asistencia letrada inadecuada si al final hay una condena en firme.

—Si Lisa firma un documento de conformidad, entonces no habrá problema. Voy a llamarla y a decirle que todo forma parte de la estrategia del caso. Bullocks puede venir a verme durante el fin de semana para que la prepare un poco.

—Pero ¿de qué estrategia estamos hablando, Mick? ¿Por qué no esperamos a que te recuperes del todo?

—Porque quiero que piensen que se han salido con la suya.

—¿Quién?

—Opparizio. Los que me hicieron todo esto. Que piensen que estoy incapacitado o muerto de miedo. Lo que sea. Que Aronson se encargue de la vista preliminar, que luego nos veremos las caras en el juicio.

Cisco asintió con la cabeza.

—Entendido.

—Bien. Y ahora llama a Maggie. Dile que me despierte, aunque las enfermeras se lo prohíban, sobre todo si viene con Hayley.

—Se lo digo, jefe. Pero, esto... hay otra cosa más.

—¿Qué?

—Rojas está sentado en la sala de espera. Quería entrar a visitarte, pero le dije que esperase fuera. Ya vino a verte ayer, pero estabas dormido.

Asentí con un gesto. Rojas.

—¿Has mirado el maletero del coche?

—Sí. Y no hay rastro de que forzasen el cierre. No hay ralladuras ni nada parecido.

—Muy bien. Cuando salgas dile que pase.

—¿Quieres verle a solas?

—Sí. A solas.

—Hecho.

Se marchó. Cogí el mando regulador de la cama. Lenta, dolorosamente, la levante hasta unos cuarenta y cinco grados, para poder recibir medio sentado a mi próximo visitante. El ajuste disparó otra oleada de dolor lacerante que se extendió por mi costillar como un incendio en agosto.

Rojas entró con paso vacilante en la habitación. Me saludó con la mano e hizo un gesto con la cabeza.

—Hola, señor Haller. ¿Cómo está?

—He estado mejor, Rojas. ¿Qué tal tú?

—Bien, bien. Solo quería acercarme a saludar...

Estaba tan nervioso como un cervatillo. Y yo creía saber el porqué de aquel nerviosismo.

—Has sido muy amable al venir. ¿Por qué no te sientas en esa silla de allí?

—Muy bien.

Se sentó en la silla del rincón, donde podía verle muy bien. Y fijarme en su lenguaje corporal para así leerle la mente. De hecho, ya estaba haciendo gala de algunos de los típicos comportamientos de quien no las tiene todas consigo: evitar el contacto visual, sonrisas inadecuadas, constantes movimientos de las manos.

—¿Los médicos le han dicho cuánto tiempo tiene que estar aquí? —preguntó.

—Unos cuantos días más, parece. Hasta que deje de mear sangre, por lo menos.

—¡Joder! ¡Los muy cabrones! ¿Van a pillar a esos dos tipos?

—No parece que la policía esté dejándose la piel en el intento.

Rojas asintió con la cabeza. No dije más. El silencio suele ser un arma muy poderosa durante una conversación. Mi chófer se pasó las palmas de las manos por los muslos un par de veces más y se levantó.

—Bueno, tampoco quiero molestarle. Seguramente tiene que dormir y eso.

—No, no voy a volver a dormir en todo el día, Rojas. Me duele demasiado cuando duermo. ¿Puedes quedarte? ¿Qué prisa hay? No estás trabajando para alguien más ahora, ¿verdad?

—No, claro, nada de eso.

Volvió a sentarse, de mala gana. Rojas había sido uno de mis clientes antes de convertirse en mi chófer. Le habían detenido por tenencia de objetos robados y ya tenía antecedentes. El fiscal trató de enviarle a la cárcel, pero conseguí que le concedieran la condicional. Me debía tres de los grandes por el trabajo, pero estaba sin empleo, pues resultaba que su jefe había sido la víctima del robo. Le dije que podía ir pagándome la deuda trabajando como mi chófer e intérprete, y Rojas aceptó la oferta. Empecé por pagarle setecientos cincuenta dólares a la semana, doscientos cincuenta de los cuales iban destinados al pago de la deuda. Al cabo de tres meses la deuda estaba saldada, pero siguió trabajando para mí, cobrando los setecientos cincuenta íntegros todas las semanas. Me había parecido que estaba contento y que había sentado la cabeza, pero lo cierto es que sus hechuras de ladrón no habían terminado de disiparse del todo.

—Señor Haller, quiero que sepa que cuando salga de aquí voy a estar a su disposición veinticuatro horas al día. No quiero que tenga que conducir a ninguna parte. Aunque sea para tomarse un café en el Starbucks de la esquina, sepa que puede llamarme en cualquier momento.

—Gracias, Rojas. Después de todo, diría que es lo menos que puedes hacer, ¿no crees?

—Eh...

Parecía confuso, pero no demasiado. Sabía por dónde iban los tiros. Decidí poner la directa de una vez.

—¿Cuánto dinero te pagó?

Se revolvió en el asiento.

—¿Quién? ¿Para qué?

—Vamos, Rojas. Déjate de tonterías. Todo esto es penoso.

—Es que no sé de qué me está hablando. Creo que lo mejor será que me vaya de una vez.

Se levantó.

—Tú y yo no tenemos ningún acuerdo, Rojas. No hay un contrato de por medio, ni tampoco un compromiso verbal. Si sales por esa puerta, considérate despedido. ¿Es eso lo que quieres?

—No importa que no tengamos un acuerdo. No puede despedirme sin ningún motivo.

—Pero resulta que tengo un motivo, Rojas. Herb Dahl me lo contó todo. Tendrías que saber que no hay honor entre los ladrones. Dahl me dijo que le llamaste y le dijiste que podías conseguirle lo que necesitara.

El farol funcionó. Vi cómo la rabia se asomaba a los ojos de Rojas. Por si las moscas, mi dedo estaba posado sobre el timbre de llamada a la enfermera.

—¡Ese pequeño comemierda grasiento!

Asentí con la cabeza.

—Buena descripción. ¿Cómo...?

—¡Y una mierda le llamé! El mariconazo vino a verme. Me dijo que solo necesitaba mirar en el maletero durante quince segundos. Tendría que haber entendido que la cosa iba a traerme problemas.

—Pensaba que eras más listo, Rojas. ¿Cuánto te pagó?

—Cuatrocientos.

—Menos de una semana de sueldo, y ahora te vas a quedar sin sueldo ninguno.

Rojas se acercó a la cama. Mi dedo seguía posado en el timbre. O iba a atacarme o iba a ofrecerme un trato.

—Señor Haller, yo... Necesito este trabajo. Mis chicos...

—Se acabó lo que se daba, Rojas. ¿Es que no has aprendido que no sale a cuenta aprovecharse de quien te da trabajo?

—Sí, señor, lo he aprendido. Dahl solo me dijo que quería mirar una cosa, pero entonces cogió el papel, y cuando traté de impedirlo me dijo: «¿Y qué piensas hacer al respecto?». Me tenía pillado. No pude hacer nada.

—¿Aún tienes los cuatrocientos?

—Sí, ni los he tocado. Cuatro billetes de cien. Y parecían buenos.

Señalé la silla otra vez. No quería que estuviera tan cerca.

—Muy bien, Rojas, vas a tener que escoger. Puedes irte por esa puerta y quedarte con los cuatrocientos, y no volveré a verte jamás. O puedo darte una segunda...

—¡Una segunda oportunidad, sí! Por favor. Lo siento mucho.

—Bueno, pero vas a tener que ganártela. Vas a tener que ayudarme para compensar los daños que me has causado. Pienso denunciar a Dahl por el robo de ese documento y necesitaré que prestes declaración en el juicio y cuentes qué fue lo que pasó exactamente.

—Sí, claro. Pero ¿me creerán?

—Ahí es donde entran en juego esos cuatrocientos dólares que has mencionado. Quiero que vayas a tu casa o dondequiera que sea que los tiene guardados y...

—Los llevo encima. En la billetera.

Se levantó de la silla y sacó la billetera.

—Entonces sácalos así.

Uní el dedo índice y el pulgar.

—¿Pueden encontrar huellas en un billete?

—Ya lo creo, y si encontramos las de Dahl en estos, dará igual lo que diga en el juicio. Le habremos pillado.

Abrí uno de los cajones de la pequeña mesita de noche. En el interior había una bolsa de plástico de las de cierre hermético con mi propia billetera, mis llaves y algo de dinero suelto. Los camilleros que habían acudido al garaje del Victory Building habían metido mis cosas dentro. Cisco se había hecho con ella y acababa de entregármela. Vacié el contenido en el cajón y le entregué la bolsa a Rojas.

—Muy bien, mete el dinero dentro y ciérrala bien.

Hizo lo que le había dicho. Con un gesto, le pedí que me devolviera la bolsa. Los billetes de cien parecían muy nuevos. Cuanto menos se hubiera utilizado un billete, más fácil resultaría encontrar unas huellas limpias.

—Haré que Cisco se encargue de todo esto. Voy a llamarle y decirle que vuelva y se lleve estos billetes. Más adelante necesitaré también tus huellas dactilares, Rojas.

—Eh...

Rojas no apartaba la vista de la bolsa y de los billetes.

—¿Qué?

—¿Llegaré a recuperar el dinero?

Metí la bolsa en el cajón y lo cerré de golpe.

—Por Dios, Rojas, vete de aquí antes de que cambie de idea y te dé una patada en el culo.

—Muy bien, muy bien. Quiero que sepa que lo siento mucho.

—Lo único que sientes es que te haya pillado. ¡Lárgate de una vez! No puedo creer que acabe de darte una segunda oportunidad. Debo ser tonto del culo.

Rojas se retiró con el rabo entre las piernas. Una vez que se hubo esfumado, bajé de la cama con lentitud, tratando de no pensar en su traición o en quién había enviado

a aquellos dos individuos con los mitones negros... En nada que tuviera que ver con el caso. Levanté la vista hacia la bolsa de líquido transparente colgada en lo alto y esperé a que el ansiado subidón mitigara mi dolor, aunque fuera solamente un poco.

Según lo previsto, el juez Dario Morales ordenó que se celebrase el juicio de Lisa Trammel por asesinato, al final de una vista preliminar que se prolongó el día entero en la sala del tribunal superior de Van Nuys. Valiéndose del inspector Howard Kurlen como primaria correa de transmisión de los indicios disponibles, la fiscal Andrea Freeman urdió con habilidad una red de pruebas circunstanciales en la que rápidamente atrapó a Lisa. Freeman traspasó el umbral de preponderancia de las pruebas como si fuera una velocista de los cien metros, y el juez fue igualmente raudo a la hora de emitir su veredicto. Pura cuestión de rutina. Sin darle más vueltas. En un plis plas. Lisa iba a ser sometida a juicio.

Mi cliente estaba sentada a la mesa de la defensa durante la vista, pero yo no. Jennifer Aronson hizo todo lo que pudo, pero el resultado estaba cantado. El juez solo autorizó que la vista siguiera adelante tras haber interrogado a Lisa exhaustivamente, para asegurarse de que su decisión de comparecer sin mí era meditada, voluntaria y estratégica. Lisa reconoció abiertamente y ante todo el mundo que era consciente de la falta de experiencia de Aronson en un juicio de ese tipo y renunció a la posibilidad de apelar a la eventual sentencia del juez argumentando una asistencia letrada inadecuada.

Estuve viéndolo casi todo desde mi casa, donde seguía recuperándome de las lesiones. El canal cinco de la KTLA retransmitió la sesión matinal en directo antes de pasar a la habitual rutina de insípidos programas de cotilleo propios de la media tarde. Así que solo me perdí las dos últimas horas de la vista. Pero no me importaba, pues a esas alturas ya tenía claro qué iba a pasar. No se habían producido sorpresas, y mi única decepción era la de no haber dado con nuevas pistas sobre la estrategia que el ministerio fiscal pensaba aplicar durante el juicio, el momento de la verdad.

Tal como habíamos decidido durante nuestras sesiones preparatorias en mi habitación en el hospital Holy Cross, Aronson no presentó testigos ni tampoco una defensa afirmativa. Preferimos reservar toda indicación de nuestra hipótesis de inocencia para el juicio, cuando el umbral de culpabilidad más allá de toda duda razonable aumentara nuestras posibilidades en la partida. Aronson recurrió al interrogatorio de los testigos presentados por la fiscalía, aunque de forma limitada. Todos aquellos testigos estaban más que acostumbrados a prestar declaración ante un tribunal; entre ellos se contaban Kurlen, y el médico y el analista forenses. Freeman prefirió que Margo Schafer no declarase, e hizo que fuera Kurlen quien describiera el interrogatorio con la testigo que afirmaba haber visto a Lisa Trammel a una manzana de distancia del lugar del asesinato. Los testigos presentados por el ministerio fiscal no iban a darnos mucho juego, por lo que nuestra estrategia fue la de observar y esperar. Aguardar nuestro momento. Ya iríamos a por ellos durante el juicio, cuando tendríamos mayores posibilidades.

Al final de la vista se anunció que Lisa iba a ser juzgada por el magistrado

Coleman Perry en el sexto piso del edificio. Perry era otro juez con el que no me había visto las caras hasta la fecha. Pero como sabía que su sala era uno de los cuatro posibles destinos de mi cliente, había hecho algunas preguntas a varios miembros del colegio de abogados. Lo que vinieron a decirme fue que Perry era un magistrado ecuaníme pero fácilmente irritable. Era un hombre justo, hasta que uno le contrariaba, y entonces era propenso a cultivar una ojeriza que podía prolongarse durante todo el juicio. Se trataba de una información que tenía su valor ahora que el proceso iba a entrar en la fase definitiva.

Dos días más tarde, finalmente me sentí con fuerzas para saltar al ruedo otra vez. Tenía los dedos fracturados firmemente sujetos por una férula flexible, y mi torso magullado estaba perdiendo la coloración azul oscuro y escarlata en favor de una asquerosa tonalidad amarillenta. Me habían quitado los puntos del cuero cabelludo, y podía peinarme el cabello con mucho cuidado por encima de la herida rasurada, como quien trata de ocultar una calvicie incipiente.

Y, lo mejor de todo, el testículo retorcido por mis agresores, que el médico finalmente había preferido no extirpar, estaba mejorando poco a poco, según el doctor y sus poderes de observación y palpación. Estaba por ver si iba a retomar su actividad y función de siempre o si iba a marchitarse y morir como un tomate abandonado en el huerto.

Tal y como habíamos quedado, Rojas se presentó a recogerme con el Lincoln a las once en punto. Salí de casa con cuidado, sujetando con firmeza el bastón en la mano. Rojas se bajó para ayudarme a entrar en el asiento trasero del vehículo. Fuimos con cuidado, y un momento después estaba otra vez acomodado en mi lugar de siempre, preparado para entrar en acción. Rojas se sentó al volante y nos pusimos en camino ladera abajo.

—No corras mucho, Rojas. Me duele demasiado como para ponerme el cinturón de seguridad. Y acabo de pegármela contra el respaldo del asiento delantero.

—Perdone, jefe. Iré con más cuidado. ¿Adónde vamos? ¿A la oficina?

Lo de «jefe» se le había pegado de Cisco. Yo detestaba que me trataran de jefe, por mucho que fuera verdad.

—A la oficina iremos luego. Primero vamos a ir a los estudios Archway, en Melrose.

—Eso está hecho.

Los Archway eran unos estudios de segunda categoría situados en Melrose, frente a una de las grandes productoras, Paramount Pictures. Creados como un estudio de apoyo, y dotados de material y de sus propios platós, con el tiempo se convirtieron en una productora independiente dirigida por el fallecido Walter Elliot. Archway ahora producía sus propias películas todos los años, películas destinadas a varios segmentos precisos de público. Cosas de la vida, en su momento Elliot había sido uno de mis clientes.

Rojas me llevó en veinte minutos desde mi casa en lo alto de Laurel Canyon hasta

los estudios. Se detuvo frente a la garita de seguridad, situada junto al característico arco que coronaba la entrada. Bajé la ventanilla y le dije al guardia de seguridad que venía a ver a Clegg McReynolds. Me pidió el nombre y un documento de identidad; le entregué mi carnet de conducir. Volvió al interior de la garita y consultó la pantalla del ordenador.

—Lo siento, señor, pero su nombre no consta en el listado de visitas autorizadas. ¿Ha concertado cita?

—No, no lo he hecho, pero McReynolds querrá verme.

Había preferido no poner a McReynolds sobre aviso.

—Ya, pero no puedo dejarle pasar sin una autorización.

—¿No puede llamarle y decirle que estoy en la entrada? McReynolds querrá verme. Sabe quién es, ¿no?

La indirecta estaba clara. Era mejor no cagarla con él.

El guardia cerró la puerta de la garita e hizo la llamada a McReynolds. Le vi hablar a través del cristal. Finalmente abrió la puerta y me pasó el teléfono, con un cable muy largo. Lo cogí y a continuación cerré la ventanilla ante las narices del guardia. Donde las dan las toman.

—Soy Michael Haller. ¿Estoy hablando con el señor McReynolds?

—No, soy la secretaria personal del señor McReynolds. ¿En qué puedo ayudarle, señor Haller? Su nombre no aparece en la lista de visitas, y, francamente, yo a usted no le conozco.

Una voz de mujer, joven y segura de sí misma.

—Soy el hombre que va a complicarle muchísimo la vida a su jefe si no se pone al teléfono ahora mismo.

Al otro lado se hizo una burbuja de silencio. La voz finalmente respondió:

—Me temo que no me gustan nada sus amenazas. El señor McReynolds está en uno de los platós y...

—No era una amenaza. Yo no amenazo. Solo le digo lo que hay. ¿Dónde está ese plató?

—No voy a decírselo. Y no va usted a acercarse a Clegg hasta que yo sepa de qué va todo esto.

Me fijé en que hablaba de su jefe con el nombre de pila. Un claxon sonó a mis espaldas. Los coches estaban empezando a hacer cola. El guardia golpeó la ventanilla con los nudillos y acercó el rostro para escudriñar a través de los cristales ahumados. Hice caso omiso. Un segundo claxon resonó por detrás.

—Todo esto es un intento de ahorrarle muchos dolores de cabeza a su jefe. Supongo que estará enterada del acuerdo al que llegó la semana pasada con la mujer acusada de haber matado al banquero que iba a desahuciarla de su casa.

—Sí, claro.

—Bueno, pues su jefe ha comprado esos derechos de forma ilegal. Doy por supuesto que sin mala intención, sin tener idea de lo que hacía. Si estoy en lo cierto,

McReynolds está siendo víctima de una estafa, y a eso vengo, a echarle un cable en este asunto. Es ahora o nunca. Si no me deja pasar, Clegg McReynolds va a verse metido en un lío muy gordo.

La amenaza final se vio interrumpida por otro largo bocinazo del coche situado a mis espaldas y por el firme golpeteo de los nudillos en el cristal.

—Hable con el guardia —dije—. Dígale que sí o dígale que no; usted misma.

Bajé la ventanilla y le devolví el teléfono al irritado guardia de seguridad. El hombre se lo llevó al oído.

—¿Qué hago? Hay una cola de coches que llega hasta Melrose.

Escuchó la respuesta, se metió en la garita y colgó el teléfono. Me miró fijamente y pulsó el botón de apertura de la entrada.

—Plató nueve —dijo—. Siga recto y tuerza a la izquierda al llegar al final. No tiene pérdida.

Le dediqué una sonrisa del tipo ya-se-lo-decía-yo y cerré la ventanilla. Rojas pasó bajo el arco de la entrada.

El plató nueve era lo bastante grande como para albergar un portaaviones. A su alrededor había camiones y furgonetas con material variopinto. En uno de los lados del edificio estaban aparcadas cuatro limusinas extralargas, con los motores en marcha y los chóferes a la espera de que terminara el rodaje y sus pasajeros salieran del plató.

Parecía una producción de las grandes, pero no iba a tener ocasión de ver de qué iba la historia. Por la carretera de servicio enclavada entre los platós nueve y diez venían un hombre maduro y una mujer joven. La mujer llevaba puestos unos auriculares, por lo que supuse que era una secretaria. Al momento señaló mi coche con el dedo.

—Muy bien. Para aquí.

Rojas se detuvo. Iba a abrir la puerta cuando sonó mi teléfono móvil. Lo cogí y miré la pantalla: USUARIO NO IDENTIFICADO.

Era lo que aparecía en pantalla cuando me llamaban mis clientes vinculados al narcotráfico. Usaban siempre móviles baratos de usar y tirar para de eludir las escuchas y los registros de llamadas. Hice caso omiso y dejé el teléfono en el asiento. Si quieres que te responda, antes dime quién eres.

Me levanté despacio y dejé el bastón en el asiento. ¿Para qué mostrar una debilidad?, solía decir mi padre, el gran abogado. Con cuidado, fui andando hacia el productor y su secretaria.

—¿Usted es Haller? —preguntó él.

—Yo mismo.

—Pues sepa que esta producción de la que acaba de apartarme nos está saliendo por un cuarto de millón de dólares la hora. Siguen con el rodaje, pero me han dejado salir un momento para hablar con usted.

—Entiendo y prometo ser breve.

—Así me gusta. Y bien, ¿qué coño es eso de que me están estafando? ¡A mí no me estafa nadie!

Le miré sin decir palabra. No pasaron ni cinco segundos, y McReynolds volvió a vociferar:

—Bueno, ¿va a decírmelo o no? No tengo todo el día.

Miré a su secretaria un momento. El hombre captó el mensaje.

—La chica se queda conmigo. Quiero contar con un testigo de todo cuanto vayamos a hablar.

Me encogí de hombros, saqué la pequeña grabadora del bolsillo y la conecté. La levanté para mostrar el piloto luminoso de color rojo.

—En tal caso yo también voy a grabarlo todo.

McReynolds miró el aparato, y en sus ojos apareció un brillo de desprecio. La grabadora iba a conservar su voz, sus palabras. Aquello podía resultar peligroso en un lugar como Hollywood. Sin duda estaba acordándose de lo que le había sucedido a Mel Gibson en su momento.

—Muy bien. Apague ese chisme, y Jenny se irá ahora mismo.

—¡Clegg! —protestó Jenny.

McReynolds le propinó una sonora palmada en el trasero.

—He dicho que te vayas.

Humillada, la joven se marchó a paso tan rápido como el de una colegiala.

—A veces tienes que tratarlas así —observó McReynolds.

—Seguro que les sirve de lección.

McReynolds asintió con la cabeza, sin reparar en el sarcasmo en mi voz.

—Voy a preguntárselo otra vez, Haller. ¿Qué significa todo esto?

—Que Herb Dahl, su socio en el acuerdo con Lisa Trammel, le está tomando el pelo, Clegg.

McReynolds negó firmemente con la cabeza.

—De eso nada. Mis asesores legales lo han estado estudiando todo con lupa. Incluso todo lo relativo a la mujer que firmó los contratos de cesión de los derechos. Esa tal Lisa Trammel. Si quisiera, nada me impediría rodar una película convirtiéndola en una putarraca de ciento cincuenta kilos loca por follarse a negros con la polla enorme, y ella no podría hacer absolutamente nada al respecto. Ese acuerdo es perfecto.

—Ya, claro, pero sus asesores legales no podían estar enterados de que ninguno de los dos estaba en situación de venderle los derechos legales sobre la historia. Porque resulta que esos derechos los tengo yo. Lisa Trammel me los cedió todos bajo contrato antes de que Dahl se presentase. Trató de arreglar la cosa robándome los contratos originales que yo guardaba en un archivador. Pero la jugada no va a salirle bien. Cuento con un testigo del robo y con las huellas dactilares de Dahl. A ese individuo van a condenarle por robo y estafa, y usted sabrá si quiere que le condenen por lo mismo, Clegg.

—¿Está amenazándome? ¿Es esto una especie un chantaje? ¡A mí no me chantajea nadie!

—No, no es un chantaje. Solo quiero lo que me corresponde. Y usted puede elegir: seguir con Dahl como socio o cerrar ese mismo acuerdo conmigo.

—Es demasiado tarde. Ya he firmado. Todos hemos firmado. El trato está cerrado.

Se dio la vuelta para marcharse.

—¿Le ha pagado?

Se giró hacia mí otra vez.

—¿Bromea? Estamos en Hollywood.

—Y supongo que solo ha firmado unos precontratos generales, ¿cierto?

—Eso mismo. Los contratos de verdad los firmaremos en cuatro semanas.

—Entonces han llegado a un acuerdo pero no han cerrado el contrato del todo. Es el procedimiento habitual en Hollywood. Pero si quiere cambiar las cosas, aún está a tiempo de hacerlo. Si quiere cerrar un trato redondo, todavía puede hacerlo.

—No me interesa. El proyecto me gusta. Fue Dahl quien me lo propuso. E hice el trato con él.

Asentí con la cabeza como si entendiera su dilema.

—Como quiera, McReynolds. Pero mañana por la mañana voy a ir a primera hora a la policía y por la tarde voy a presentar una denuncia. Contra usted también. Como cómplice en una operación de fraude.

—¡Yo no he sido cómplice de nada! Ni siquiera tenía idea de todo esto hasta que ha venido a contármelo.

—Justamente. Acabo de contárselo todo, y usted no piensa hacer nada al respecto. Prefiere seguir trabajando con un ladrón a pesar de que ahora conoce los hechos. Estamos hablando de complicidad, y la cosa no puede estar más clara.

Me llevé la mano al bolsillo y saqué la grabadora. Se la mostré, para que viera que el piloto rojo seguía encendido.

—Voy a bloquear la producción de esta película durante tanto tiempo que, cuando todo esto termine, el estudio lo estará dirigiendo esa chica a la que acaba de propinarle una palmada en el trasero.

Esta vez fui yo el que le dio la espalda. Pero al momento me llamó:

—Espere un minuto, Haller.

Me giré. McReynolds estaba mirando hacia el norte, hacia el gran letrero de la montaña que tantos visitantes atraía.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó.

—Tiene que cerrar ese mismo trato conmigo. Yo me encargaré de Dahl. Se merece la que le va a caer encima.

—Necesito un número de teléfono para mis asesores legales.

Saqué una tarjeta de visita y se la entregué.

—Acuérdese de que tengo que saber algo hoy mismo.

—Me acordaré.

—Por cierto, ¿de qué cifras estamos hablando?

—¿Qué le parecería doscientos cincuenta mil por adelantado, y un millón en total? Y hay que añadir otro cuarto de millón para la producción.

Asentí con un gesto. Un cuarto de millón de dólares por adelantado serían más que suficientes para pagar la defensa de Lisa Trammel. Incluso era posible que quedara algo para Herb Dahl. Todo dependía de cómo decidiera manejar el asunto y de lo justo que quisiera mostrarme con un ladrón. Tenía ganas enterrar vivo a aquel tipo, pero el hecho era que había encontrado a un productor serio para el proyecto.

—Voy a contarle algo. Soy el único tipo en la ciudad que le diría esto, pero no tengo ningún interés en la producción. Mantenga esa parte del acuerdo con Dahl. Es cosa suya.

—Siempre que no esté en la cárcel.

—Incluya una cláusula especial en el contrato.

—Eso será toda una novedad por aquí. Espero que mis asesores legales sepan cómo hacerlo.

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, Clegg.

Me di la vuelta de nuevo para regresar al coche. Esta vez, Clegg vino corriendo y se puso a mi lado.

—Podremos llamarle, ¿verdad? Necesitaremos que nos asesore, sobre todo en lo referido al guión.

—Tienen mi tarjeta.

Llegué al Lincoln y Rojas me abrió la puerta. Me subí al coche con sumo cuidado, prestando especial atención a mis *cojones*^[3]. Me volví hacia McReynolds otra vez.

—Una cosa más —dijo el productor—. Estaba pensando en contratar a Matthew McConaughey para la película. Seguro que lo haría muy bien. Pero ¿quién cree que sería el mejor para interpretarlo a usted?

Sonreí y fui a cerrar la puerta.

—Lo tiene delante de las narices, Clegg.

Cerré la puerta y, a través del cristal ahumado, vi que el rostro del productor se sumía en la confusión.

Le dije a Rojas que pusiera rumbo a Van Nuys.

Rojas me dijo que mi teléfono había sonado repetidamente durante la charla con McReynolds. Miré, pero no había mensajes. Abrí el listado de llamadas y vi que durante los últimos diez minutos me habían llamado cuatro veces desde un número desconocido. Los intervalos temporales eran demasiado dispares como para que se tratara de una llamada repetida desde un fax. Alguien había estado tratando de contactar conmigo, pero la cosa al parecer no era tan urgente como para dejar un mensaje.

Llamé a Lorna y le dije que estaba en camino. Le expliqué el acuerdo al que había llegado con McReynolds y agregué que los del departamento legal de Archway seguramente llamarían antes del final de la jornada. A Lorna le gustó oír que quizá el caso empezase a dar beneficios en lugar de generar solo gastos.

—¿Qué más?

—Andrea Freeman ha telefonado dos veces.

Pensé en las cuatro llamadas de mi móvil.

—¿Le has dado mi número particular?

—Sí.

—Creo que ha estado llamándome, pero no ha dejado ningún mensaje. Será que pasa algo.

Lorna me dio el número que le había dejado Andrea.

—Si llamas ahora mismo, igual todavía la encuentras. Hasta ahora.

—Muy bien, pero ¿por dónde andan los demás?

—Jennifer está aquí en la oficina, y acabo de hablar con Cisco. Está volviendo de hacer algunas indagaciones.

—¿Qué clase de indagaciones?

—No me lo ha dicho.

—Muy bien. Ahora nos vemos.

Colgué y llamé al número de Andrea Freeman. No había sabido nada de ella desde que me agredieran los chicos de los mitones. Hasta Kurlen había venido a visitarme al hospital. Pero mi dignísima oponente no había mandado ni una triste tarjeta deseándome que me restableciera pronto. Y ahora me encontraba con seis llamadas en una sola mañana, sin ningún mensaje. Sentía verdadera curiosidad.

Freeman respondió al primer tono de llamada y fue directamente al grano.

—¿Cuándo puede venir por aquí? —preguntó—. Me gustaría comentarle un par de cosas antes de pisar el acelerador a fondo.

Era su forma de decir que estaba abierta a la posibilidad de ponerle punto final al caso por medio de un acuerdo de aceptación de culpabilidad, antes de que la maquinaria del juicio empezara a funcionar a todo ritmo.

—Pensaba que me había dicho que no iba a haber ninguna oferta.

—Bueno, digamos que le hemos estado dando un par de vueltas. Sigo pensando

lo mismo sobre su forma de llevar este caso, pero no veo por qué su cliente tiene que apechugar con las consecuencias de sus acciones.

Allí pasaba algo. Me lo olía. Se había tropezado con algún problema. Una prueba que se había extraviado o un testigo que había cambiado su versión de los hechos. Pensé en Margo Schafer. Quizá hubiera un problema con la testigo. Después de todo, Freeman no la había hecho declarar durante la vista preliminar.

—No tengo ganas de ir a la oficina del fiscal. Puede venir a mi despacho o podemos encontrarnos en terreno neutral.

—No me importa jugar en campo contrario. ¿Dónde tiene el despacho?

Le di la dirección, y quedamos en encontrarnos una hora después. Colgué y traté de pensar en qué problemas podían haberle surgido a esas alturas de la partida a la fiscalía. Volví a acordarme de Schafer. Tenía que ser ella.

El teléfono móvil vibró en mi mano. Miré la pantalla: USUARIO NO IDENTIFICADO.

Freeman estaba llamándome de nuevo, probablemente para cancelar el encuentro y decirme que todo había sido pura comedia, otra maniobra sacada del manual de jueguitos psicológicos de la fiscalía. Pulsé la tecla y respondí.

—¿Sí?

Silencio.

—¿Hola?

—¿Es usted Michael Haller?

Una voz masculina, desconocida.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Soy Jeff Trammel.

Por alguna razón, necesité un momento para situar aquel nombre, hasta que de pronto vi la luz. El esposo desaparecido.

—Jeff Trammel, sí. ¿Cómo está?

—Bien, más o menos.

—¿Cómo ha conseguido mi número?

—Esta mañana he llamado a Lisa, para ver cómo iba todo. Y me ha sugerido que le llamara.

—Bueno, pues me alegro. Jeff, ¿se da cuenta de la situación en la que se encuentra su mujer?

—Sí. Me lo ha contado todo.

—¿No se había enterado por las noticias?

—Aquí no hay televisión ni nada por el estilo. Y tampoco leo español.

—¿Dónde está usted, Jeff?

—Prefiero no decírselo. Seguramente se lo contaría a Lisa, y prefiero que por ahora siga sin saber dónde estoy.

—¿Piensa volver para el juicio?

—No lo sé. Estoy sin dinero.

—Podríamos hacerle llegar algo de dinero para el viaje. Para que pueda estar con

su mujer y su hijo en este momento tan difícil. También podría usted declarar en el juicio, Jeff. En lo referente a la casa, el banco y las presiones que recibieron.

—Eh... No. Prefiero no hacerlo, señor Haller. No quiero exponerme de esa manera. No me sentiría cómodo.

—¿Es que no está dispuesto a salvar a su mujer?

—Mi exmujer, más bien. Aunque todavía no estemos legalmente separados.

—Jeff, ¿qué es lo que quiere? ¿Quiere dinero?

Se hizo una larga pausa. Ahora Jeff iría al grano. Pero me sorprendió.

—No quiero nada, señor Haller.

—¿Está seguro?

—Lo único que quiero es no tener nada que ver con todo esto. Ya no forma parte de mi vida.

—¿Dónde está, Jeff? ¿Dónde tiene su vida ahora?

—No voy a decírselo.

Sacudí la cabeza con frustración. Quería mantenerle al teléfono, como un policía empeñado en dar con una pista, solo que allí no había ninguna pista.

—Mire, Jeff, siento tener que hablar de esto, pero mi trabajo consiste en prever todas las posibilidades, ¿entiende? Y si perdemos el juicio y condenan a Lisa, va estar sentenciada. Habrá un momento en que sus seres queridos y amigos podrán dirigirse al tribunal y hablar bien de ella. Tendremos ocasión de exponer lo que consideremos factores atenuantes. La lucha de Lisa por conservar su casa, por ejemplo. Y me gustaría saber que usted estaría dispuesto a prestar declaración.

—¿Entonces piensa que van a perder el juicio?

—No, creo que tenemos un montón de probabilidades de ganarlo. Hablo muy en serio. Las pruebas son del todo circunstanciales, y el testigo con el que cuentan no tiene ni media bofetada. Pero he de estar preparado para un resultado negativo. ¿Está seguro de que no puede decirme dónde está usted, Jeff? Puedo garantizarle mi confidencialidad. Y, además, necesito saberlo si vamos a mandarle dinero.

—Tengo que dejarle.

—¿Qué me dice del dinero, Jeff?

—Volveré a llamarle.

—¿Jeff?

Había colgado.

—Casi lo tenía, Rojas.

—Lo siento, jefe.

Dejé el teléfono sobre el reposabrazos y miré al exterior para ver dónde estábamos. En la autovía, a la altura de Cahuenga Pass. Aún tardaríamos veinte minutos en llegar.

Jeff Trammel no había dicho que no al dinero la última vez que lo mencioné.

Lo siguiente que hice fue llamar a mi cliente. Cuando se puso oí de fondo el ruido de un televisor.

—Lisa, soy Mickey. Tenemos que hablar.

—Muy bien.

—¿Puede apagar el televisor, por favor?

—Sí, claro. Disculpe.

Esperé un momento, y se hizo el silencio al otro lado.

—Ya está.

—En primer lugar, su marido acaba de llamarme. ¿Le dio usted mi número?

—Sí, me dijo que lo hiciera, ¿se acuerda?

—Sí, claro. Solo quería asegurarme. La cosa no ha ido bien. Parece que su esposo quiere mantenerse al margen.

—Eso mismo fue lo que me contó.

—¿Le dijo dónde está? Si lo supiera, podría mandar a Cisco para que tratase de convencerlo.

—No me lo dijo.

—Creo que sigue en México. Me ha dicho que no tiene dinero.

—Lo mismo me dijo a mí. Quiere que le mande parte del dinero de la película.

—¿Le ha hablado de eso?

—Van a hacer un película, Mickey. Tenía que decírselo.

O quizá tenía que refregárselo por las narices para que se fastidiara.

—¿Adónde iba a enviar el dinero?

—Me dijo que podía ingresarlo en la Western Union y que él lo recogería luego en cualquiera de sus oficinas.

Sabía que había oficinas de la Western Union repartidas por toda Tijuana y también en otras ciudades de más al sur. Yo mismo había mandado dinero a mis clientes de esa forma en otras ocasiones. Por tanto, podríamos hacer el ingreso y esperar a ver en qué oficina recogía Jeff Trammel el dinero. Pero si Jeff era lo suficientemente listo, no acudiría a su oficina más cercana, de modo que no averiguaríamos nada.

—Muy bien —dije—. Más tarde pensaremos en lo que vamos a hacer con Jeff. También quería contarle que el acuerdo al que llegó Herb Dahl con Archway ha cambiado.

—¿Y eso?

—El acuerdo lo tenemos ahora Archway y yo. Si al final hacen una película, Jeff podrá ocuparse de la producción. Y no tendrá que ir a la cárcel. Así que ha salido bien parado de esta. Usted también ha salido bien parada; ahora su equipo de abogados va a cobrar, y el resto se lo lleva usted. Mucho más de lo que Herb iba a pagarle, por cierto.

—¡No puede hacer eso, Mickey! ¡Fue Herb quien cerró ese trato!

—Pero resulta que lo he anulado, Lisa. Clegg McReynolds no tenía demasiadas ganas de verse metido en la maraña legal en la que yo iba a atrapar a Herb. Puede decírselo usted misma o puede decirle que me llame, si quiere.

Lisa se quedó en silencio.

—Hay otra cosa más, y es importante. ¿Me escucha?

—Le escucho.

—En este momento voy camino de la oficina, donde tengo que encontrarme con la fiscal. A petición suya. Creo que hay alguna novedad. O que algo les está saliendo mal. Debe querer hablarme de un posible trato, pues de lo contrario nunca hubiera aceptado venir a mi despacho. Solo quiero que lo sepa. La llamaré después de hablar con ella.

—No quiero llegar a ningún acuerdo, Mickey. A no ser que nos ofrezca plantarse en las escalinatas del juzgado y declarar a los de la prensa y la televisión que soy inocente.

Noté que el coche viraba y miré por la ventanilla. Rojas estaba saliendo de la autovía antes de lo previsto, para evitar el intenso tráfico.

—Bueno, no creo que sea eso lo vaya a ofrecernos, pero tengo la obligación de mantenerla informada sobre sus opciones. No quiero que se convierta en una especie de mártir por... por esta causa que ha hecho suya. Haría mejor en escuchar todas las ofertas, Lisa.

—No voy a declararme culpable. Y punto. ¿Hay algo más de lo que quiera hablar?

—Por el momento no. La llamo más tarde.

Dejé el teléfono en el reposabrazos. Ya había hablado lo suficiente. Cerré los ojos con la intención de descansar unos minutos. Traté de mover los dedos en el interior de la férula, y lo conseguí, aunque me dolió lo suyo. Tras estudiar las radiografías, el médico me había dicho que seguramente me habían dado un pisotón en la mano cuando ya estaba en el suelo inconsciente. Y menos mal, me decía. El médico consideraba que los dedos recuperarían el movimiento sin mayor problema.

En el oscuro mundo situado tras mis párpados vi que los hombres con mitones venían hacia mí. De forma repetida, en bucle. Mientras se acercaban reparé en sus ojos, desapasionados. Para ellos era un simple encargo de rutina. Y nada más. En mi caso, cuatro décadas de autoestima y seguridad en mí mismo habían saltado hechas trizas, como unos huesecillos contra la acera.

Al cabo de un rato oí a Rojas en el asiento delantero.

—Ya hemos llegado, jefe.

Cuando entré en recepción, Lorna me hizo un gesto de advertencia con la mano desde el otro lado del escritorio. A continuación señaló la puerta de mi despacho. Quería prevenirme de que Andrea Freeman estaba esperándome dentro. Fui rápidamente hacia al otro despacho, llamé a la puerta con los nudillos una vez y la abrí. Cisco y Bullocks estaban sentados ante sus respectivos escritorios. Fui al de Cisco y le mostré mi teléfono móvil.

—Me ha llamado el marido de Lisa. Varias veces, de hecho. Usuario no identificado. ¿Puedes hacer algo?

Se pasó el dedo por los labios mientras lo pensaba.

—Nuestra compañía tiene un sistema de rastreo de llamadas antiacoso. Si les doy la hora exacta de las llamadas, seguramente encontrarán algo. Les llevará unos cuantos días, y lo único que podrán hacer será identificar el número, pero no la localización. Si quieres triangular la localización de ese hombre, vas tener que hablar con la policía.

—Solo quiero su número. La próxima vez quiero llamarle yo, y no al revés.

—Hecho.

Me giré y miré a Aronson.

—Bullocks, ¿quieres venir conmigo a ver qué tiene que decir la fiscal?

—Me encantaría.

Fuimos a mi despacho. Freeman estaba sentada en una silla frente a mi escritorio, leyendo unos correos electrónicos en su móvil. Iba vestida de calle: pantalones vaqueros y un suéter. Seguramente no había ido al juzgado y había pasado todo el día en la oficina. Cerré la puerta, y levantó la mirada.

—Andrea, ¿le apetece tomar algo?

—No, gracias.

—Ya conoce a Jennifer de la vista preliminar.

—Sí, claro, Jennifer la mudita. Porque no dijo ni pío durante toda la vista.

Fui a sentarme tras el escritorio y vi que Aronson estaba empezando a ruborizarse. Traté de echarle un cable.

—Bueno, Jennifer quería decir un par de cosas, pero yo le había dado la orden de callar. Cuestión de estrategia, ya sabe. Jennifer, coge esa silla.

Aronson arrastro una silla hacia el escritorio y se sentó.

—¿A qué se debe esta visita del ministerio fiscal a mi humilde lugar de trabajo?

—Bueno, el tiempo corre, y he estado pensando un poco. Me he dicho que usted trabaja en todo el condado y seguramente no conoce al juez Perry tan bien como yo.

—Por decirlo finamente. Nunca he estado en una misma sala con él.

—Bueno, pues resulta que Perry es partidario de resolver las cosas con rapidez. Los titulares de prensa y la publicidad le dan lo mismo. Y en este caso sin duda le gustará saber que se ha producido un intento serio de cerrar el caso de mutuo

acuerdo. Así que me he dicho que quizá podríamos hablar una vez más del asunto antes de ir a juicio.

—¿Una vez más? No recuerdo que hubiera una vez anterior.

—¿Quiere que lo hablemos sí o no?

Me recosté e hice girar el asiento como si estuviera meditando la cuestión. Todo aquello era pura comedia, y ambos lo sabíamos. Freeman no me venía ahora con esas solo para complacer al juez Perry. Allí había algo más. Algo que no iba bien y que en consecuencia ofrecía una oportunidad a la defensa. Moví los dedos dentro de la férula; me picaba la palma de la mano.

—Bueno... —dije—. No sé muy bien qué es lo que está pensando. Cada vez que le hablo de la posibilidad de un acuerdo de aceptación de culpabilidad, mi cliente me dice que ni hablar. Ella quiere ir a juicio. Por supuesto, lo he visto mil veces antes. El típico no quiero un trato, no quiero un trato, no quiero un trato, haga un trato.

—Justamente.

—Pero en este caso tengo las manos bastante atadas, Andrea. Mi cliente me ha prohibido acercarme a su oficina con una oferta en dos ocasiones. No me permite tomar la iniciativa. Pero ahora es usted la que ha venido a hablar conmigo, así que no hay problema. Pero tiene que iniciar las negociaciones usted, y decirme qué está pensando.

Freeman asintió con la cabeza.

—Es justo. He sido yo quien le ha llamado, cierto. ¿Estamos de acuerdo en que esta conversación es estrictamente confidencial? ¿En que nada va a salir de aquí, incluso si no llegamos a un acuerdo?

—Naturalmente.

Aronson y yo asentimos a la vez.

—Muy bien, pues esto es lo que estamos pensando. Y que sepa que tengo autorización de las esferas superiores. Lo dejamos en homicidio y recomendamos un tipo medio.

Volví a asentir, echando hacia delante el labio inferior, sugiriendo que la propuesta tenía su interés. A la vez sabía que si su oferta inicial era la de homicidio con la recomendación de una condena de tipo medio, las cosas solo podían ir a mejor para mi cliente. Y sabía que el instinto no me estaba engañando. La fiscalía no me hubiera propuesto ni en sueños un acuerdo de este tipo si no estuvieran ante un problema serio. Según mis cálculos, sus acusaciones resultaban endebles desde el momento en que habían esposado a mi cliente. Pero ahora había algo que no iba bien. Algo gordo, y tenía que averiguar de qué se trataba.

—Es una buena oferta —dije.

—Y que lo diga. Hemos eliminado la premeditación y alevosía.

—Supongo que estamos hablando de homicidio voluntario, ¿no es así?

—Incluso usted mismo tendría problemas para describirlo como involuntario. Su cliente no estaba en ese aparcamiento por casualidad. ¿Le parece que aceptará?

—No lo sé. Desde el principio me ha dicho que nada de acuerdos. Quiere ir a juicio. Puedo tratar de venderle la moto. Pero...

—Pero ¿qué?

—Tengo curiosidad, ¿sabe? ¿Por qué me ofrecen un trato tan favorable? ¿Por qué ceden de ese modo? ¿Qué problemas tienen para venirme ahora con estas rebajas?

—No son rebajas. Trammel irá a la cárcel, y se habrá hecho justicia. No tenemos ningún problema, pero los juicios son largos y costosos. La fiscalía del distrito ha pensado en cerrar acuerdos para no tener que ir a juicio. Pero acuerdos que tengan sentido. Este es uno de esos acuerdos. Si no le interesa, me voy.

Levanté las manos en señal de rendición. Vi que su mirada se fijaba en la férula de yeso de mi mano izquierda.

—No se trata de si me interesa o no. La decisión la tiene que tomar mi cliente, y tengo que proporcionarle toda la información que pueda, eso es todo. He estado en situaciones parecidas antes. Por lo general, una oferta de este tipo es tan buena que da que pensar. Si la aceptas, más tarde te enteras de que el testigo principal iba a echarse atrás o que la fiscalía encontró una prueba claramente exculpatoria que habrías visto durante la exhibición de pruebas, si hubieras aguantado un poco más.

—Ya, pues esta vez no. Es lo que hay. Tiene veinticuatro horas para decidirse; si no, no hay trato.

—¿Y qué me dice de una condena mínima?

—¿Cómo?

Sonó casi como un aullido.

—Vamos, Andrea, aún no me ha hecho su última propuesta, la mejor. Nadie trabaja de esta manera. Tiene otra oferta que hacerme, y los dos lo sabemos. Homicidio voluntario, recomendación de una condena mínima. Como mucho, Trammel estará cinco o siete años en la cárcel.

—Quiere usted matarme. La prensa me crucificará.

—Puede, pero lo que tengo claro es que su jefe no le ha hecho venir aquí con una sola propuesta, Andrea.

Se arrellanó en la silla. Miró a Aronson y dio un vistazo al despacho, escudriñando las estanterías con libros que venían incluidas en el alquiler de la oficina.

Me mantuve a la espera. Miré a Aronson y le hice un guiño. Sabía lo que estaba al caer.

—Siento lo de su mano —dijo Freeman—. Tuvo que haberle dolido.

—La verdad es que no. Ya estaba fuera de combate cuando me hicieron esto. Así que ni llegué a enterarme.

Levanté la mano de nuevo y moví los dedos, cuyas puntas asomaban por encima del reborde de la férula.

—Ya puedo moverlos bastante.

—Muy bien. Una condena mínima. Pero igualmente tiene que decirme algo en

firme antes de veinticuatro horas. Y todo esto es confidencial. Incluso si no llegamos a un trato, nadie aparte de su cliente puede enterarse de lo que hemos estado hablando.

—Ya lo habíamos convenido así.

—Bueno, pues supongo que no hay nada más. Si les parece, me voy.

Se levantó, y Aronson y yo hicimos otro tanto. Nos pusimos a charlar sobre esto y aquello, como suele suceder tras una reunión de importancia.

—Y bien, ¿quién va a ser el próximo fiscal del distrito? —pregunté.

—Sé tan poco como usted mismo —dijo Freeman—. Lo que está bastante claro es que por el momento no hay ningún favorito para ocupar el sillón.

Por aquel entonces, la fiscalía del distrito estaba provisionalmente en manos de un funcionario nombrado después de que su antecesor hubiera pasado a ocupar un alto cargo en la oficina del fiscal general del Estado en Washington. En otoño iban a celebrarse unas elecciones especiales para nombrar al nuevo fiscal del distrito, pero hasta el momento los candidatos que habían aparecido no eran demasiado prometedores.

Terminamos nuestra charla, nos estrechamos las manos y Freeman se fue de la oficina. Me senté otra vez tras el escritorio y miré a Aronson.

—Y bien, ¿qué piensas?

—Creo que tienes razón. La oferta era sospechosamente buena, y Freeman incluso la mejoró después. Tienen un problema con el caso.

—Sí, pero ¿qué problema? No vamos a poder explotarlo mientras no sepamos de qué se trata.

Eché mano al teléfono y pulsé la tecla de comunicación interna. Le dije a Cisco que viniera. Sin decir palabra, hice girar la silla mientras esperaba a que llegase. Cisco entró, dejó mi teléfono móvil sobre el escritorio y se sentó en la silla que antes había ocupado Freeman.

—He puesto en marcha el rastreo de la llamada. Tardarán unos tres días. No son muy rápidos, la verdad.

—Gracias.

—¿Qué tal ha ido con la fiscal?

—Está metida en un problema, pero no sabemos cuál. Sé que has investigado todo cuanto nos ha dicho y a los testigos también. Quiero que vuelvas a hacerlo. Algo ha cambiado. Algo con lo que contaban y con lo que ahora ya no cuentan. Tenemos que saber qué es.

—Margo Schafer, seguramente.

—¿Por qué lo dices?

Cisco se encogió de hombros.

—Solo por experiencia. Los testigos son poco fiables. Schafer es el elemento clave en un caso marcado por las pruebas circunstanciales. Si se niega a testificar o se echa atrás en sus palabras, la fiscalía entonces tiene un problema muy gordo. Y ya

sabemos que no va a serles fácil convencer a un jurado de que esa mujer vio lo que dice haber visto.

—Pero todavía no hemos hablado con ella, ¿verdad?

—Se negó a que la entrevistáramos, y no tiene ninguna obligación al respecto.

Abrí el cajón intermedio del escritorio y saqué un lápiz. Inserté la punta bajo la abertura superior de la férula, lo hice pasar por entre dos dedos y maniobré hacia delante y hacia atrás para rascarme la palma de la mano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Cisco.

—¿A ti qué te parece? Rascarme la palma de la mano. Me ha estado picando que no veas durante la charla con Freeman.

—Ya sabes lo que dicen sobre los picores en las palmas de las manos —terció Aronson.

La miré, preguntándome si la respuesta tendría algún tipo de connotación sexual.

—No, ¿qué dicen?

—Que si te pica la palma derecha significa que vas a ganar dinero. Si te pica la izquierda, que vas a tener que pagarlo. Si te rascas, ni lo uno ni lo otro.

—¿Esto lo aprendiste en la facultad de derecho, Bullocks?

—No, lo decía siempre mi madre. Era supersticiosa. Y pensaba que era verdad.

—Bueno, pues si lo es, acabo de ahorrarme un dinerito.

Saqué el lápiz y lo devolví al interior del cajón.

—Cisco, inténtalo otra vez con Schafer. Intenta pillarla desprevenida. Aparece donde menos se lo espere. A ver cómo reacciona. Y a ver si se decide a hablar.

—Hecho.

—Si no habla, investigala otra vez a fondo. Quizá haya alguna conexión que no conocemos.

—Si la hay, la voy a encontrar.

—Cuento con ello.

Como suponía, Lisa Trammel no quiso ni oír hablar de un acuerdo de aceptación de culpabilidad que iba a costarle hasta siete años de cárcel, por mucho que la condena pudiera ser cuatro veces mayor en caso de ir a juicio. Prefería arriesgarse y conseguir una absolución, y yo lo entendía. Si bien no sabía cuáles eran las razones que habían llevado a la fiscalía a cambiar de orientación, la propuesta de llegar a un acuerdo ventajoso para la defensa me llevaba a sospechar que el ministerio fiscal no las tenía todas consigo y que contábamos con bastantes probabilidades de acabar ganando. Si mi cliente estaba dispuesta a jugársela, yo no iba a oponerme. No era mi libertad la que estaba en juego.

Al día siguiente, llamé a Andrea Freeman para comunicarle la noticia mientras volvía a casa en coche después del trabajo. Me había dejado numerosos mensajes a lo largo de la jornada, y yo había tomado la decisión estratégica de no responderlos, con la idea de ponerla un poco nerviosa. Pero resultó no estar nerviosa en absoluto. Cuando le dije que mi cliente había rechazado la propuesta, simplemente se echó a reír.

—Haría mejor en responder a sus mensajes con mayor rapidez, Haller. Esta mañana he tratado de hablar con usted varias veces. La propuesta ha sido retirada de forma permanente a las diez en punto. Su cliente habría hecho mejor en aceptarla anoche; seguramente se hubiera ahorrado veinte años de cárcel.

—¿Quién ha retirado la propuesta? ¿Su jefe?

—Yo misma. He cambiado de idea, y punto.

No lograba imaginar a qué se debía un cambio tan radical en menos de veinticuatro horas. Por lo que yo sabía, esa mañana solo se había dado un acontecimiento relacionado con el caso: el abogado de Louis Opparizio había pedido que nos denegaran el acceso a los archivos de su cliente y que Opparizio no tuviera que comparecer en el juicio. Pero no veía qué conexión podía tener aquello con el repentino cambio de opinión de Freeman en cuanto al acuerdo de aceptación de culpabilidad.

Al ver que no respondía, Freeman indicó que quería ponerle punto final a la llamada.

—Y bien, supongo que nos veremos las caras en la sala.

—Sí, claro. Pero para lo que sepa, voy a averiguarlo, Andrea.

—¿Qué va a averiguar?

—Lo que sea que está escondiéndome. Lo que ayer les puso nerviosos y les empujó a hacerme la propuesta. Me da igual que ahora piensen que lo tienen todo controlado. Voy a averiguarlo. Y cuando vayamos a juicio voy a contar con ese as en la manga.

Freeman se echó a reír de tal forma que socavó de repente la seguridad que había puesto en mis palabras.

—Como digo, nos veremos en la sala —indicó.

—Ahí estaré —respondí.

Dejé el teléfono en el reposabrazos y traté de adivinar qué era lo que estaba pasando. Y al momento me di cuenta. Era muy posible que ya contara con el as en la manga que le había mencionado a Freeman.

La carta de Bondurant a Opparizio se había perdido entre la maraña de documentos que Freeman nos había entregado. Era posible que la fiscal solo hubiera reparado en su existencia recientemente y hubiera comprendido lo que yo podía hacer con ella. A veces sucede. Un fiscal asume la dirección de un caso en el que hay unas pruebas que en principio parecen incontrovertibles, y el fiscal entonces se confía en exceso. El abogado hace su trabajo y aporta otras pruebas importantes más tarde. A veces, demasiado tarde.

Terminé de convencerme. Tenía que ser la carta. El día anterior Freeman se había puesto nerviosa por culpa de aquella carta. Ahora se sentía segura. ¿Por qué? La única diferencia entre ayer y hoy era la solicitud para denegarnos el acceso a los documentos y el testimonio de Opparizio. Al momento comprendí toda su estrategia. El ministerio fiscal apoyaría la denegación a ese acceso. Si Opparizio no prestaba declaración, quizá yo no pudiera mostrar la carta al jurado.

Si mi hipótesis era cierta, la defensa iba a tenerlo muy mal si el juez daba la razón al abogado de Opparizio. Comprendí con claridad que tenía que combatir aquella solicitud como si el caso entero dependiera de esa petición. Porque era así.

Me llevé el teléfono móvil al bolsillo. No más llamadas. Estábamos a última hora del viernes por la tarde. Era mejor que me olvidara del caso y lo retomara por la mañana. Todo podía esperar hasta entonces.

—Rojas, pon un poco de música. ¡Ha llegado el fin de semana, hombre!

Rojas pulsó la tecla del reproductor de discos compactos en el salpicadero. Me había olvidado de qué disco había puesto la última vez, pero pronto identifiqué la canción como la versión que había hecho Ry Cooder de *Teardrops Will Fall*, aquel tema clásico de los años sesenta que aparecía en la recopilación de lo mejor del cantante. Era una buena canción, y muy apropiada. Una canción sobre el amor perdido y el abandono.

Faltaban menos de tres semanas para que empezase el juicio. Aún no habíamos averiguado qué era lo que Freeman escondía, pero el equipo de la defensa estaba totalmente preparado para pasar a la acción. Aún teníamos que presentar unas cuantas solicitudes interesantes al juez, pero por lo demás estábamos listos para entrar en combate, y yo tenía cada vez mayor confianza.

El lunes siguiente me encerraría en la oficina y empezaría a coreografiar la argumentación de la defensa. Haría que la hipótesis de inocencia fuera expuesta con cuidado, poco a poco, por un testigo tras otro, hasta convertirlo todo en una imponente teoría de la duda razonable.

Pero faltaba un fin de semana entero para llegar al lunes, y tenía la intención de

distanciarme al máximo de Lisa Trammel y todo lo demás. Cooder ahora estaba cantando *Poor Man's Shangri-La*, el tema sobre los ovnis y los vatos^[4] extraterrestres del barrio de Chávez Ravine antes de que la especulación llevara a la demolición del distrito para la construcción del estadio de los Dodgers.

*What's that sound, what's that light?
Streaking down through the night*

Le dije a Rojas que subiera el volumen. Bajé las ventanillas traseras y dejé que el viento y la música acariciaran mi cabello y mis oídos.

*UFO got a radio
Little Julian singing soft and low
Los Angeles down below
DJ says, we gotta go
to El Monte, to El Monte, pa El Monte
Na, na, na, na, na
Livin' in a poor man's Shangri-La*

Cerré los ojos mientras seguíamos avanzando.

Rojas me dejó ante los escalones de acceso a la puerta de mi casa, que subí trabajosamente mientras él llevaba el Lincoln al garaje. Su coche estaba aparcado en la calle. Se iría con él a casa y volvería el lunes, como de costumbre.

Antes de abrir la puerta fui hacia el final del porche y contemplé la ciudad. Al sol le quedaban un par de horas antes de que llegara el fin de semana. Desde donde me encontraba, la ciudad emitía cierto sonido que era tan identificable como el silbido de una locomotora. El atenuado zumbido de un millón de sueños compitiendo entre sí.

—¿Se encuentra bien?

Me giré. Era Rojas, que acababa de subir por los escalones.

—Sí, claro. ¿Por qué lo dices?

—No sé. Le he visto ahí de pie y se me ha ocurrido que quizá había algún problema, que no tenía la llave de la puerta o algo parecido.

—No. Simplemente estaba contemplando la ciudad.

Fui hacia la puerta y saqué la llave.

—Buen fin de semana, Rojas.

—Lo mismo digo, jefe.

—Quizá deberías dejar de llamarme *jefe*.

—Muy bien, jefe.

—Como quieras.

Hice girar la llave en la cerradura y abrí la puerta. Al momento me llegó un estridente y multitudinario grito:

—¡¡¡Sorpresa!!!

Una vez me pegaron un tiro en la barriga al abrir la misma puerta. Aquella sorpresa era más mucho más agradable. Mi hija vino corriendo y me abrazó; le devolví el abrazo. Miré alrededor y vi a todo el mundo: Cisco, Lorna, Bullocks. Mi hermanastro Harry Bosch y su hija, Maddie. Y también estaba Maggie. Se acercó después de que lo hubiera hecho Hayley y me besó en la mejilla.

—Eh... Tengo que daros una mala noticia —dije—. Hoy no es mi cumpleaños. Me temo que os habéis dejado engañar por algún desaprensivo con ganas de comer pastel.

Maggie me pegó un puñetazo en el hombro.

—Tu cumpleaños es el lunes. Un mal día para montar una fiesta sorpresa.

—Sí, ya lo había pensado.

—Vamos, apártate de la puerta y deja que entre Rojas. No vamos a quedarnos mucho rato. Solo queremos desearte un feliz cumpleaños.

Acerqué mi rostro al suyo, la besé en la mejilla y le susurré:

—¿Y tú? ¿Tampoco vas a quedarte un rato?

—Ya veremos.

Se quedó a mi lado mientras todos me estrechaban la mano, me besaban y me

palmeaban la espalda. Todo tan bonito como inesperado. Me sentaron a la cabecera de la mesa y pedí una limonada.

La celebración se prolongó durante una hora más, y tuve tiempo de hablar con todos los presentes. Hacía meses que no había visto a Harry Bosch. Tenía entendido que había venido a verme al hospital, pero en un momento en que yo no estaba despierto. El año anterior habíamos colaborado en un caso, en el que yo había ejercido de fiscal especial. Había estado bien eso de encontrarnos en el mismo bando, y creí que la experiencia seguramente nos mantendría más unidos. Pero no fue así. Bosch siguió tan distante como de costumbre, y yo tan apesadumbrado como siempre por la situación.

Cuando tuve oportunidad me acerqué a él. Estábamos los dos de pie, el uno al lado del otro, frente a la ventana que ofrecía la mejor panorámica de la ciudad.

—Resulta difícil no admirarla desde este ángulo, ¿verdad? —dijo.

Me giré hacia él un momento y volví a fijar la vista en la ciudad. Harry también estaba tomando una limonada. Me había dicho que había dejado de beber después de que su hija se fuera a vivir con él.

—Entiendo lo que quieres decir —convine.

Terminó de beberse la limonada y me dio las gracias por la fiesta. Le dije que Maddie podía quedarse un rato más para estar con Hayley, pero respondió que tenía previsto ir con ella a una galería de tiro a primera hora de la mañana siguiente.

—¿A una galería de tiro? ¿Vas a llevar a tu hija a una galería de tiro?

—En casa tengo más de una pistola. Y es conveniente que aprenda a manejarlas.

Me encogí de hombros. Lo que decía tenía su lógica.

Harry Bosch y su hija fueron los primeros en marcharse, y los demás no tardaron en hacer lo mismo. Las únicas que se quedaron fueron Maggie y Hayley, que por lo visto habían decidido dormir en mi casa.

Totalmente agotado después de aquel día, de aquella semana y de aquel mes, me pegué una larga ducha y me acosté temprano. Maggie no tardó en presentarse, tras haber mandado a Hayley a dormir a su habitación. Cerró la puerta, y en ese preciso momento comprendí que mi verdadero regalo de cumpleaños estaba a punto de llegar.

—Eres lo que no hay, Haller —susurró.

—¿Qué he hecho yo ahora?

—Meterte en líos, como siempre.

Se acercó y se sentó sobre mí. Agachó la cabeza y me acarició el rostro con los cabellos. Me besó y empezó a mover las caderas con lentitud. Acercó los labios a mi oído y dijo:

—El médico dijo que ibas a recuperar la función y la actividad normal, ¿no es así?

—Eso dijo.

—Vamos a comprobarlo.

Tercera parte

Bolero

A Louis Opparizio no le gustaban las notificaciones. Y como abogado que era, sabía que la única forma en que podían obligarle a comparecer en el juicio de Lisa Trammel era si le entregaban una notificación oficial al respecto. Si evitaba recibir esa citación, evitaría prestar declaración. Ya fuera porque le habían advertido sobre la estrategia de la defensa o, sencillamente, porque era lo bastante listo para adivinarla por su cuenta, Opparizio parecía haber desaparecido desde que nos pusimos a buscarlo. Estaba en paradero desconocido, y ninguno de los trucos habituales para dar con él había funcionado. No sabíamos si Opparizio estaba en el país, y ni hablemos de en Los Ángeles.

Opparizio contaba con una gran ventaja a la hora de esconderse. El dinero. Si tienes suficiente dinero, puedes esconderte de quien sea en este mundo, y Opparizio lo sabía. Poseía varias propiedades en varios estados, múltiples vehículos y hasta un avión privado para moverse a sus anchas. Cuando se trasladaba, ya fuera de un estado a otro o de su casa en Beverly Hills a su oficina en Beverly Hills, lo hacía protegido por una falange de guardaespaldas.

Pero también contaba con una gran desventaja. El dinero. La formidable riqueza que había acumulado trabajando al servicio de los bancos y otros prestamistas también era su talón de Aquiles. Nuestro hombre había hecho suyos los gustos y las aspiraciones de los súper ricos.

Y por eso, finalmente, dimos con él.

En el curso de sus pesquisas para encontrar a Opparizio, Cisco Wojciechowski reunió una tremenda cantidad de información sobre su presa. Y esos datos permitieron tenderle una trampa planificada y ejecutada a la perfección. A la oficina de Opparizio en Beverly Hills llegó un folleto lujosamente editado anunciado la subasta a puerta cerrada de un cuadro del pintor Aldo Tinto. El folleto indicaba que el cuadro iba a estar en exposición dos días más tarde, solo durante dos horas a partir de las siete de la tarde, en la galería Studio Z del complejo de Bergamot Station en Santa Mónica. Y que sería posible pujar hasta la medianoche.

El folleto parecía profesional y legítimo. La imagen del cuadro había sido tomada de un catálogo artístico en internet que mostraba colecciones privadas. Sabíamos por un perfil de Opparizio publicado dos años atrás en una revista del colegio de abogados que se había convertido en coleccionista de obras de pintores no muy conocidos y que estaba obsesionado por el fallecido maestro italiano Tinto. Cuando un hombre llamó al número de teléfono incluido en el folleto presentándose como colaborador de Opparizio y concertando una cita para ver el cuadro, supimos que le habíamos pillado.

A la hora exacta de la cita, el séquito de Opparizio entró en la antigua estación de tranvías Red Car, que había sido reconvertida en un lujoso complejo de galerías de arte. Mientras tres guardaespaldas con gafas oscuras se desplegaban por el terreno,

otros dos se pasearon por la galería Studio Z hasta que dieron la señal de que todo estaba en orden. Solo entonces Opparizio salió de la limusina Mercedes.

Dentro de la galería le recibieron dos mujeres que le desarmaron con sus sonrisas y admiración por todo lo referente al arte en general y al cuadro que estaba a punto de ver en particular. Una de ellas le pasó una copa de champán Cristal para celebrar el momento. La otra le entregó una gruesa carpeta de documentos con las autentificaciones y el historial de exposiciones de la obra. Como en ese momento tenía el champán en la mano, no pudo abrir la carpeta. Le dijeron que podía mirar los documentos más tarde, que tenía que contemplar el cuadro antes de que llegase la próxima visita. Le condujeron a la sala de exposiciones, donde el lienzo descansaba en un ornado caballete cubierto por una tela satinada. La luz de un foco solitario iluminaba el centro de la sala. Las mujeres le animaron a quitar la tela él mismo, y una de ellas se hizo con su copa de champán. Llevaba las manos enfundadas en un par de largos guantes.

Opparizio dio un paso al frente, con la mano en alto, relamiéndose de ilusión. Con cuidado, apartó la tela satinada. Y, allí, pegada al caballete, estaba la citación judicial. Confuso, acercó el rostro para mirarla bien, quizá pensando todavía que se trataba de la obra del maestro italiano.

—Ha sido usted notificado, señor Opparizio —dijo Jennifer Aronson—. Tiene el original en la mano.

—No lo entiendo —dijo, aunque lo entendía perfectamente.

—Que sepa que lo hemos estado grabando todo desde que ha llegado —indicó Lorna.

Se acercó a la pared y pulsó el interruptor, bañando de luz la sala entera. Señaló las dos cámaras de vídeo en lo alto. Jennifer levantó la copa de champán como si fuera a hacer un brindis.

—También tenemos sus huellas dactilares, por si nos hacen falta.

Se giró y alzó la copa hacia una de las cámaras.

—No —dijo Opparizio.

—Sí —respondió Lorna.

—Nos veremos en el juicio —agregó Jennifer.

Las mujeres se dirigieron a la salida lateral de la galería, donde Cisco estaba esperándolas sentado al volante de un Lincoln. Habían cumplido su misión.

Así había sucedido todo en su momento, y ahora me encontraba sentado en la sala del magistrado Coleman Perry, preparándome para defender la entrega y la validez de la citación de Opparizio, que suponía el centro de la argumentación de la defensa. Sentada junto a mí en la mesa de la defensa se encontraba la segunda abogada, Jennifer Aronson; y a su lado, nuestra cliente, Lisa Trammel. Opparizio y sus dos abogados, Martin Zimmer y Landon Cross, estaban sentados en la mesa opuesta.

Andrea Freeman ocupaba un asiento situado algo más atrás. Como fiscal del caso vinculado a esta comparecencia era parte interesada, aunque en principio no iba a tomar parte en ella. El inspector Kurlen también estaba en la sala, sentado unas tres filas más allá. Su presencia era un misterio para mí.

Había sido Opparizio quien había solicitado aquella comparecencia inicial. Sus dos abogados y él estaban empeñados en invalidar la citación a juicio y su participación en el proceso. A la hora de planificar su estrategia habían considerado prudente avisar a Freeman de la comparecencia, por si la fiscalía asimismo encontraba oportuno que Opparizio no tuviera que declarar ante un jurado. Aunque su papel primordial era el de espectadora, la fiscal podía intervenir en cualquier momento, e incluso si no lo hacía, la comparecencia le serviría para ver por dónde irían los tiros de la defensa durante el proceso.

Era la primera vez que veía a Opparizio en persona. Estaba hecho un armario y, de un modo u otro, parecía ser tan ancho como alto. Tenía la piel del rostro tersa y tirante por efecto de la cirugía o por una rabia acumulada a lo largo de los años. El corte de pelo y el traje que llevaba denotaban que tenía mucho dinero. Me pareció el chivo expiatorio perfecto, pues también daba la impresión de ser capaz de matar o, por lo menos, de ordenar hacerlo.

Sus abogados habían pedido al juez que la comparecencia tuviese lugar a puerta cerrada, para que los detalles no llegaran a oídos de la prensa y, en consecuencia, no pudieran influir en los miembros del jurado, que iba a ser seleccionado al día siguiente. Pero todos en la sala sabíamos que a los dos abogados no les movía el altruismo. La comparecencia a puerta cerrada en realidad tenía por objeto que los detalles sobre Opparizio no llegaran a oídos de algo que iba mucho más allá del jurado: la opinión pública.

Me mostré enteramente contrario a que la comparecencia se realizase a puerta cerrada. Argumenté que la ciudadanía inevitablemente sospecharía del juicio subsiguiente, lo que resultaría peor que la posible influencia del público en los miembros del jurado. Perry había sido elegido para el cargo de juez, por lo que siempre se andaba con cuidado en lo referente a la opinión de los electores. Me dio la razón y declaró que la comparecencia iba a ser pública. Me había apuntado un buen tanto. El hecho de haber salido ganando en este punto probablemente había salvado la estrategia entera de la defensa.

A la sala no acudieron muchos periodistas, pero sí los suficientes para lo que yo necesitaba. En la primera fila estaban sentados los enviados de *Los Angeles Business Journal* y *Los Angeles Times*. Un cámara independiente que vendía sus grabaciones a todos los grandes canales estaba sentado en la tribuna vacía del jurado. Yo mismo le había avisado de la comparecencia y sugerido que estuviera en el juzgado ese día. Supuse que entre los periodistas de la prensa escrita y el cámara de televisión, Opparizio se sentiría lo bastante presionado como para que las cosas discurrieran de la forma que a mí me convenía.

Tras decidir que la comparecencia fuera pública, el juez fue directamente al grano.

—Señor Zimmer, ha presentado usted una petición para denegar que el señor Opparizio preste declaración en el caso California contra Trammel. ¿Por qué no nos explica sus razones?

Zimmer tenía pinta de ser un abogado con el colmillo retorcido, acostumbrado a llevarse por delante a sus enemigos. Se levantó para responder al juez.

—Estaremos encantados de ofrecérselas, señoría. En primer lugar voy a referirme a la cuestión de la citación para esta comparecencia, y a continuación mi colega, el señor Cross, expondrá el otro punto en el que basamos nuestra petición de exención.

Zimmer procedió entonces alegando que mi bufete había cometido un fraude al tender la trampa que había llevado a Opparizio a recibir la notificación. Según dijo, el vistoso folleto que había embaucado a su cliente era un elemento de fraude y su envío a través del correo estadounidense constituía un delito que invalidaba toda acción subsiguiente, como la propia entrega de la citación. Y además pidió al juez que penalizara a la defensa prohibiéndole volver a solicitar que Opparizio declarase en el juicio.

Ni siquiera tuve que levantarme para responder a todo aquello —lo que era bueno, pues el simple hecho de levantarme o estar rígidamente sentado hacía que mi pecho se estremeciera de dolor—. El juez levantó la mano y me señaló indicándome que no me moviera y, en pocas palabras, rebatió la argumentación de Zimmer, tachándola de original, pero ridícula e insustancial.

—Por favor, señor Zimmer, le recuerdo que este es un asunto serio —dijo Perry—. ¿Tiene algún otro alegato más contundente?

Zimmer se remitió a su colega y tomó asiento con el rabo entre las piernas. Landon Cross se levantó para dirigirse al juez.

—Señoría —dijo—. Louis Opparizio es un hombre de elevada posición social, muy bien considerado en esta comunidad. Y nada tiene que ver con este crimen o este juicio, por lo que no está de acuerdo en que su nombre y su reputación se vean manchados por ellos. Permítame repetir enfáticamente que nada tiene que ver con este crimen, sobre el que nada sabe y del que no es sospechoso en absoluto. Mi cliente no tiene ninguna información que ofrecer al respecto, ni inculpatoria ni exculpatoria, por lo que no quiere que la defensa le haga subir al estrado para ver si pesca algo, del mismo modo que considera que la defensa pretende utilizarle para desviar la atención del caso que va a ser juzgado. Por ello sugerimos que el señor Haller se dedique a pescar otro tipo de peces y en otra aguas.

Cross se giró hacia Andrea Freeman.

—Señoría, quisiera añadir que la fiscalía está de acuerdo con nuestra solicitud de desestimación, por las razones precisas que acabamos de mencionar.

El juez se movió en la silla y fijó la mirada en mí.

—Señor Haller, ¿quiere responder?

Me levanté. Poco a poco. En la mano llevaba el martillo de caucho que solía tener en el escritorio, y lo apretujaba con los dedos, recién liberados de la férula, pero todavía bastante rígidos.

—Sí, señoría. En primer lugar quiero decir que el señor Cross no anda tan desencaminado con sus referencias a la pesca. Porque, en caso de tener lugar, la declaración del señor Opparizio en el juicio seguramente nos obligaría a armarnos de paciencia. Aunque por mi parte considero conveniente echar la caña y probar. Y estoy diciendo todo esto, señoría, porque el señor Opparizio y sus asesores legales han hecho que a la defensa le resultara imposible investigar a fondo el asesinato de Mitchell Bondurant. El señor Opparizio y sus secuaces han estado bloqueando...

Zimmer se puso en pie como impulsado por un resorte.

—¡Señoría! ¡Esto es vergonzoso! ¿¡Secuaces!?! Salta a la vista que la defensa pretende influir en los periodistas presentes en la sala a costa del señor Opparizio. Antes de seguir, vuelvo a pedirle que esta comparecencia tenga lugar a puerta cerrada.

—Vamos a seguir como hasta ahora —dijo Perry—. Pero, señor Haller, sepa que no voy a permitirle llamar a declarar a este testigo solo porque a usted le conviene impresionar al jurado. ¿Qué relación tiene con el caso? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Asentí con la cabeza, como si la respuesta fuese obvia.

—El señor Opparizio es el fundador y presidente de una compañía que opera como intermediaria en los procesos de desahucio. Cuando la víctima en este caso decidió iniciar la ejecución hipotecaria de la vivienda de la acusada, recurrió al señor Opparizio para que se encargara del asunto. Señoría, a mi modo de ver, esto sitúa al señor Opparizio en la primera línea del caso, y quisiera interrogarle porque el ministerio fiscal ha declarado a los medios de comunicación que el desahucio es el motivo de este asesinato.

Zimmer se levantó antes de que el juez pudiera responder.

—¡Una afirmación ridícula! La empresa del señor Opparizio tiene ciento ochenta y cinco empleados. Su sede ocupa un edificio de oficinas con tres pisos. Y...

—Las ejecuciones hipotecarias son un negocio suculento —observé.

—Señor Haller —advirtió el juez.

—El señor Opparizio no tuvo que ver nada en absoluto con el desahucio de la acusada; la única relación es que de la ejecución hipotecaria se encargó su empresa, una empresa que este año ha intervenido en unos cien mil casos similares —dijo Zimmer.

—¿Cien mil casos, señor Zimmer? —apuntó el juez.

—Eso mismo, señoría. La empresa ha estado llevando un promedio de unos dos mil casos de desahucio por semana durante más de dos años, entre los que se incluiría el de la acusada. El señor Opparizio no tenía conocimiento específico sobre dicho caso. Era uno entre muchísimos otros y nunca estuvo en su punto de mira.

El juez se sumió en sus pensamientos; daba la impresión de que ya había oído lo suficiente. Yo hubiera preferido no tener que enseñar el as que guardaba en la manga, y menos todavía delante de la fiscal. Pero tenía que asumir que Freeman ya estaba al corriente de la existencia de la carta de Bondurant y del valor que esta tenía.

Abrí la carpeta que tenía en la mesa. Dentro estaba la carta, con cuatro copias listas para a ser distribuidas.

—Señor Haller, estoy dispuesto a...

—Señoría, con su permiso, quisiera preguntarle al señor Opparizio cuál es el nombre de su secretaria personal.

—¿Quiere saber cómo se llama su secretaria?

—Su secretaria personal, sí.

—¿Y a qué viene ese interés suyo, si se puede saber?

—Sencillamente le estoy pidiendo permiso para preguntarlo.

—Muy bien. ¿Señor Opparizio? El señor Haller quiere preguntarle cómo se llama su secretaria personal.

Opparizio alzó la barbilla y miró a Zimmer como pidiéndole su aprobación. Con un gesto, Zimmer le indicó que respondiera a la pregunta.

—Bueno, señor juez, en realidad tengo dos. Una se llama Carmen Esposito, y la otra Natalie Lazarra.

Volvió a arrellanarse en el asiento. El juez me miró. Había llegado el momento de sacar el as que tenía guardado en la manga.

—Señoría, aquí tengo las copias de una carta certificada escrita por Mitchell Bondurant, la víctima del asesinato, y enviada al señor Opparizio. La carta la recibió su secretaria personal, Natalie Lazarra, que fue quien firmó el recibo. Esta misiva formaba parte de la exhibición de pruebas que hizo la fiscalía. Quisiera que el señor Opparizio prestara declaración en el juicio a fin de preguntarle por esta carta.

—Vamos a ver —dijo Perry.

Me levanté de la mesa y entregué copias de la carta al juez y a Zimmer. Al volver hacia la mesa, pasé junto a Freeman y le ofrecí otra copia.

—No, gracias. Ya la tengo.

Asentí con la cabeza, llegué junto a la mesa y me quedé allí de pie.

—¿Señoría? —dijo Zimmer—. ¿Podríamos hacer un corto receso para echar un vistazo a este documento? No lo habíamos visto hasta ahora.

—Quince minutos —indicó Perry.

El juez bajó del estrado y se marchó por la puerta en dirección a su despacho. Esperé a ver si Opparizio y su gente salían a la antesala. Como no lo hicieron, yo tampoco lo hice. Quería ponerles nerviosos ante la posibilidad de que pudiera escuchar algo.

Me volví hacia Aronson y Trammel.

—¿Qué están haciendo? —murmuró Aronson—. Está claro que ya conocían esa carta.

—Estoy seguro de que la fiscalía les entregó una copia —dije—. Opparizio se está comportando como si fuera el más listo de la sala. Y ahora vamos a ver si efectivamente es el más listo de la sala.

—¿A qué te refieres?

—Que le hemos puesto entre la espada y la pared. Sabe que tendría que decirle al juez que si le pregunto por la carta se acogerá a la quinta enmienda, y que en consecuencia no tendría que prestar declaración en juicio. Pero también sabe que va a tener un problema si se acoge a la quinta enmienda delante de los periodistas. Porque los periodistas van a oler la sangre.

—¿Y qué cree que va a hacer? —preguntó Trammel.

Me levanté de la mesa. Pasé andando entre la una y otra con aire despreocupado. Zimmer me miró por encima del hombro y acercó el rostro al de su cliente. Finalmente llegué junto a Freeman, que seguía sentada en su silla.

—¿Cuándo piensa intervenir?

—Bueno, estoy pensando que posiblemente no va a ser necesario.

—Opparizio y su gente ya tenían la carta, ¿verdad? Porque usted se la dio.

Se encogió de hombros sin responder. Miré a Kurlen, sentado tres filas más allá.

—¿Qué hace Kurlen aquí?

—Bueno... Igual nos hace falta.

Una respuesta muy elocuente.

—La semana pasada, cuando nos hizo la propuesta, fue después de que se tropezara con la carta, ¿verdad? Se dijo que esa carta iba a suponerles un verdadero problema.

Levantó la mirada y sonrió, sin revelar sus bazas.

—¿Qué fue lo que cambió? ¿Por qué retiraron la propuesta?

Tampoco me respondió.

—Opparizio seguramente va a acogerse a la quinta enmienda, ¿no le parece?

De nuevo se encogió de hombros.

—Es lo que yo haría —dije—. ¿Pero él...?

Volví a la mesa y me senté. Trammel me susurró que seguía sin estar claro qué iba a pasar.

—Lo que nos interesa es que Opparizio comparezca como testigo en el juicio. Obviamente, no quiere hacerlo bajo ningún concepto, pero el juez solo le libraré de esa obligación si se acoge a la quinta enmienda para no declarar contra sí mismo. Si lo hace, estamos perdidos. Opparizio es nuestra cabeza de turco. Necesitamos que declare en el juicio.

—¿Te parece que va a acogerse a la quinta enmienda?

—Me juego algo a que no. No le conviene, con todos estos periodistas en la sala. Está a punto de firmar un importante acuerdo de adquisición y sabe que si se acoge a la quinta enmienda, la prensa no va a dejarle en paz. Me parece que se cree lo bastante listo para librarse de esta en el estrado. Es lo que espero. Que siga

creyéndose más listo que nadie.

—Pero ¿y si...?

Calló al ver que el juez volvía al estrado. Se reanudó la sesión, y Zimmer pidió permiso para hablar.

—Señoría, quisiera dejar constancia de que, en contra del criterio de la defensa, mi cliente me ha indicado que retiremos la solicitud de desestimación.

El juez asintió con la cabeza y frunció los labios. Luego miró a Opparizio.

—Entonces, ¿comparecerá su cliente como testigo ante el jurado? —preguntó.

—Sí, señoría —dijo Zimmer—. Así lo ha decidido.

—¿Está seguro, señor Opparizio? Cuenta usted con dos abogados muy experimentados.

—Sí, señoría —respondió Opparizio—. Estoy seguro.

—En tal caso, la petición queda anulada. ¿Hay algo más de lo que quieran hablar antes de que mañana procedamos a la selección del jurado?

Perry miró entonces a Freeman, al otro lado de las mesas. Aquello significaba algo: el juez sabía que había más cosas que hablar. Freeman se levantó, con una carpeta en la mano.

—Sí, señoría. Con su permiso.

—Adelante, señorita Freeman.

La fiscal dio un paso al frente, pero esperó a que Opparizio y sus abogados terminaran de recogerlo todo y se marcharan de la mesa correspondiente al ministerio fiscal. El juez atendió pacientemente. Por fin, Freeman se situó, de pie, ante la mesa.

—A ver si lo adivino —dijo Perry—. Quiere hablar sobre la nueva lista de testigos redactada por el señor Haller.

—Sí, señoría. Y también quisiera referirme a una cuestión que tiene que ver con las pruebas. ¿Por dónde quiere que empiece?

Una cuestión referente a las pruebas. De pronto comprendí por qué Kurlen estaba en la sala.

—Empecemos por la lista de testigos —indicó el magistrado—. Esto me lo veía venir.

—Sí, señoría. El señor Haller ha incluido el nombre de la segunda abogada en la lista de testigos y creo que, en primer lugar, está obligado a escoger entre contar con la señorita Aronson como segunda abogada o contar con ella como testigo. En segundo lugar, y más importante, hasta la fecha la señorita Aronson ha representado a la defensa en la vista preliminar y en otros procedimientos, razón por la que la fiscalía pide que sea desestimada esta reciente inclusión de su nombre como testigo a declarar en el juicio.

Freeman tomó asiento. El juez me miró.

—Llega un poco un poco tarde a la fiesta, ¿no cree, señor Haller?

Me levanté.

—Sí, señoría, salvo por el hecho de que esto no es una fiesta y de que estamos

hablando de la libertad de mi cliente. La defensa pide comprensión en este punto. La señorita Aronson estuvo profundamente implicada en la defensa contra la ejecución hipotecaria de la vivienda de mi cliente, y la defensa ha llegado a la conclusión de que es necesario que explique a los miembros del jurado lo que había sucedido y sucedía en el momento de la muerte del señor Bondurant.

—¿Y su intención es que haga a la vez las funciones de testigo y de abogada defensora? Eso no va a suceder en mi sala, señor.

—Señoría, en el momento de incluir el nombre de la señorita Aronson en la lista final di por sentado que la señorita Freeman objetaría. La defensa está abierta a la decisión de su señoría sobre este punto.

Perry miró a Freeman por si esta quería añadir algo. La fiscal se mantuvo inmóvil.

—Muy bien —dijo el juez—. Acaba de perder usted a su acompañante, señor Haller. Doy permiso para que la señorita Aronson siga formando parte de la lista de testigos, pero mañana va a encontrarse solo cuando empecemos a seleccionar el jurado. La señorita Aronson se mantendrá alejada de esta sala hasta que sea llamada a prestar declaración.

—Gracias, señoría —dije—. ¿Podrá volver a actuar como segunda abogada una vez que haya declarado?

—No veo ningún problema al respecto —respondió el juez—. Señorita Freeman, iba usted a plantear una segunda cuestión.

Freeman dio un paso al frente. Me senté y eché mano al bolígrafo para tomar notas. El movimiento hizo que un dolor estremecedor me recorriera el torso; tuve que contenerme para no soltar un resoplido.

—Señoría, el ministerio fiscal quiere adelantarse a rebatir una objeción y protesta que la defensa inevitablemente va a elevar. A última hora de ayer recibimos los resultados del análisis de ADN de una diminuta muestra de sangre encontrada en uno de los zapatos de la acusada, incautado durante el registro efectuado en su casa y su garaje el día del asesinato.

El dolor en mis costillas se esfumó, pues sentí como si me hubieran estampado un puñetazo en el estómago. El instinto me dijo que aquello lo cambiaba todo.

—El análisis establece que la sangre hallada en el zapato se corresponde con la de la víctima, Mitchell Bondurant. Antes de que la defensa proteste, tengo que informar a su señoría de que el análisis de sangre se vio retrasado porque la muestra a analizar era ínfima. Dificultad a la que se sumaba la necesidad de conservar una parte de la muestra para la defensa.

Tiré el bolígrafo por los aires. Fue a rebotar sobre la mesa y terminó por caer al suelo. Me puse en pie.

—Señoría, esto es sencillamente escandaloso. ¿En la misma víspera de la selección del jurado? ¡Y muchas gracias por reservar una parte para la defensa! Tendremos que salir corriendo y hacer que la analicen antes de que mañana empiece

la selección del jurado. Voy a decirle una cosa, esto es todo un...

—Se ha explicado perfectamente, señor Haller —interrumpió el juez—. Y esto a mí tampoco me gusta. Señorita Freeman, han contado con esta prueba desde el inicio mismo del caso. ¿Cómo puede ser que los resultados les hayan llegado de forma tan tardía como conveniente, justo antes de la selección del jurado?

—Señoría —dijo Freeman—. Soy plenamente consciente del problema que supone para la defensa y el tribunal. Pero la situación es la que es. He conocido los resultados a las ocho de esta mañana, después de que me llegara el informe del laboratorio. Esta es la primera ocasión que he tenido de hacérselo saber al tribunal. En cuanto a las razones por las que el resultado nos ha llegado ahora, el hecho es que hay unas cuantas. Estoy segura de que su señoría está informado de los constantes retrasos en los análisis de ADN realizados en el laboratorio de la Universidad Estatal. Estamos hablando de miles de casos. Es verdad que las investigaciones de homicidios tienen prioridad, pero no hasta llegar a la exclusión o el retraso de otros casos. Optamos por no recurrir a un laboratorio privado, que habría trabajado con mayor rapidez, porque nos preocupaba el pequeño tamaño de la muestra. Teníamos claro que si un análisis externalizado de este tipo salía mal, perderíamos toda oportunidad de analizar la sangre... Y de guardar una parte para la defensa.

Sacudí la cabeza con frustración, esperando la oportunidad de volver a hablar. Era evidente que aquello lo cambiaba todo. Hasta entonces las pruebas eran absolutamente circunstanciales, pero ahora el caso contaba con una prueba que relacionaba a la acusada con el crimen de forma directa.

—¿Señor Haller? —dijo el juez—. ¿Quiere responder?

—Por supuesto, señoría. Creo que estamos ante una jugada muy sucia, y ni por asomo me creo eso de que la entrega a última hora ha sido producto de las circunstancias. Solicito que el tribunal indique al ministerio fiscal que es demasiado tarde para sacar a relucir una cosa así. Y pido que esta supuesta prueba sea excluida del juicio.

—Siempre es posible retrasar la celebración del juicio, ¿no cree? —dijo el magistrado—. ¿Le parece bien que le de el tiempo suficiente para realizar su propio análisis y ponerse al día?

—¿Ponerme al día? Señoría, no es cuestión de que realicemos nuestro propio análisis. Estamos hablando de la necesidad de cambiar toda la estrategia de la defensa, de arriba abajo. No solo necesito tiempo para realizar el análisis de ADN. Después de dos meses, me veo obligado a repensar nuestra estrategia entera. Es un golpe devastador, señoría, y la supuesta prueba tendría que ser desestimada por una simple cuestión de juego limpio.

Freeman hizo amago de contestar, pero el juez no se lo permitió. Me lo tomé como una buena señal, hasta que le vi mirar el calendario colgado en la pared por detrás de la mesa del alguacil, lo cual era señal de que únicamente estaba dispuesto a mejorar la situación concediéndome más tiempo. Iba a permitir que la prueba de

ADN fuera exhibida en el juicio, y solo me daría algo de tiempo adicional para prepararlo todo un poco.

Me senté, derrotado. Lisa Trammel acercó el rostro y susurró con desespero:

—Mickey, esto no puede ser. Es una encerrona. No es posible que su sangre estuviera en esos zapatos. Tiene que creerme.

Levanté la mano instándola a guardar silencio. No tenía por qué creer en sus palabras, y todo eso ahora carecía de importancia. La cuestión era que la fiscalía estaba decantando las cosas a su favor. Con razón Freeman había recuperado toda su confianza.

De pronto me acordé de algo. Me levanté deprisa. Demasiado deprisa. El dolor me estremeció el torso y la entrepierna, y me doblé sobre la mesa de la defensa.

—¿Seño... ría?

—¿Se encuentra bien, señor Haller?

Me enderecé lentamente.

—Sí, señoría, pero necesito agregar una cosa más, con su permiso y para que conste.

—Adelante.

—Señoría, la defensa pone en duda la veracidad de lo dicho por la fiscalía: que hasta esta mañana no conocía los resultados del análisis de ADN. Hace tres semanas, la señorita Freeman ofreció a mi cliente una propuesta muy interesante y dio a la señorita Trammel veinticuatro horas para pensársela. Pero entonces...

—¿Señoría? —intervino Freeman.

—No interrumpa —ordenó el juez—. Prosiga, señor Haller.

No me importaba romper la promesa que le había hecho a Freeman de no revelar la propuesta que nos había ofrecido la fiscalía. A aquellas alturas se habían terminado las consideraciones versallescas.

—Gracias, señoría. Decía que nos hicieron esa propuesta el jueves por la noche, pero de pronto, el viernes por la mañana, la señorita Freeman retiró la oferta de forma misteriosa y sin darnos explicaciones. Pues bien, creo que ahora sabemos por qué, señoría. En ese momento —hace tres semanas— la señorita Freeman ya estaba al corriente de la existencia de esta supuesta prueba de ADN, pero decidió mantenerla en secreto con el objetivo de pillar desprevenida a la defensa la víspera del comienzo del juicio. Me parece que...

—Gracias, señor Haller. ¿Qué tiene que decir, señorita Freeman?

Reparé en que el juez había entornado levemente los ojos. Eso quería decir que estaba irritado. Lo que yo acababa de revelar parecía muy razonable.

—Señoría —dijo Freeman en tono indignado—. Nada puede estar más lejos de la verdad. En la sala se encuentra el inspector Kurlen, quien no tendrá problema en declarar bajo juramento que el informe de ADN llegó a su despacho el fin de semana y que lo vio por primera vez esta mañana a las siete y media, poco después de llegar al trabajo. A continuación me llamó, y yo traje el informe al tribunal. La fiscalía no

ha mantenido nada en secreto, y tengo que protestar por las insinuaciones dirigidas hacia a mi persona por parte la defensa.

El juez echó un vistazo a la hilera de asientos y localizó a Kurlen. Volvió a mirar a Freeman.

—¿Por qué retiraron esa propuesta al día siguiente de haberla efectuado? —inquirió.

Era la pregunta del millón. A Freeman pareció incomodarla que el magistrado insistiera en aclarar ese punto.

—Señoría, tomamos esa decisión por varios factores internos que seguramente no convendría airear en público.

—Quiero una explicación, fiscal. Si su intención es presentar esta prueba a juicio, primero va a tener que disipar todas mis dudas, con independencia de esos factores internos que menciona.

Freeman asintió con la cabeza.

—Sí, señoría. Como sabe, contamos con un fiscal del distrito interino después de que el señor Williams pasara a trabajar en la oficina del fiscal general en Washington. El resultado es una situación en la que no siempre contamos con líneas claras de comunicación y dirección. Baste con saber que uno de mis superiores el jueves dio su aprobación a la oferta que luego hice al señor Haller. Sin embargo, el viernes un cargo más alto de la fiscalía me dijo que la propuesta había sido desestimada a nivel interno y por ese motivo la retiré.

Era un puro embuste, pero bien formulado, y yo no tenía nada que lo contradijera. Pero aquel viernes, cuando me dijo que habían retirado la oferta, supe por el tono de su voz que Freeman tenía algo nuevo, algo más, y que su decisión no tenía nada que ver con comunicaciones y directrices internas.

El juez emitió su veredicto.

—Voy a posponer la selección del jurado hasta dentro de diez días hábiles para que la defensa tenga tiempo de efectuar su propio análisis del ADN, si esa su intención. Considero que diez días son más que suficientes para que la defensa adopte los cambios necesarios en su estrategia a partir de dicho análisis. El ministerio fiscal tiene la responsabilidad de ofrecer su cooperación absoluta a este respecto y de entregar la muestra biológica a la defensa cuanto antes. Quedan avisados de que la selección del jurado tendrá lugar dentro de dos semanas. Se levanta la sesión.

El juez abandonó rápidamente la sala. Contemplé la página en blanco en mi cuaderno. Acababan de pegarme un mazazo.

Empecé a recoger mis cosas despacio.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Aronson.

—Aún no lo sé —respondí.

—Hagan la prueba de ADN —dijo Lisa Trammel al momento—. Esos resultados están mal. La sangre de mis zapatos no puede ser la de ese hombre. Esto es increíble.

La miré. Sus ojos oscuros brillaban de convencimiento y sinceridad.

—No se preocupe. Ya pensaré en algo.

El optimismo me resultaba amargo en el paladar. Miré a Freeman. Estaba mirando las carpetas que tenía en el maletín. Fui hacia ella y me miró con desdén. No estaba interesada en escuchar mis lamentaciones.

—Por su expresión, diría que las cosas han salido tal y como las tenía planeadas —observé.

No movió un músculo. Cerró el maletín y se dirigió hacia la puerta. Antes de abrirla se dio la vuelta, me miró y dijo:

—Quiere jugar fuerte, ¿verdad, Haller? En tal caso, sepa que va a recibir más de un golpe.

Las dos semanas siguientes transcurrieron con rapidez, y no sin ciertos progresos. Tuve que repensar y reelaborar toda la estrategia de la defensa. Hice que un laboratorio independiente confirmase los resultados de DNA enviados a la fiscalía — al precio de cuatro mil dólares, por la urgencia— y a continuación me esforcé por acomodar la devastadora evidencia a una argumentación defensiva que reconocía la veracidad del análisis científico al tiempo que establecía que la inocencia de mi cliente era posible, y hasta probable. Se trataba de una típica maniobra exculpatoria que encajaría de forma natural con la apuesta por una cabeza de turco. Empecé a creer que la cosa podría funcionar, y fui ganando en confianza otra vez. Cuando llegó el momento de seleccionar al jurado estaba en buena forma e hice lo posible por escoger a unos miembros del mismo susceptibles de creerse la nueva versión de los hechos que iba a desgranar para ellos.

Pero durante la cuarta jornada dedicada a la selección del jurado, Freeman me soltó un nuevo golpe inesperado. Estábamos a punto de completar la selección, y era una de esas raras veces en las que tanto la fiscalía como la defensa estaban satisfechas con la composición del jurado, aunque por razones distintas. Entre sus miembros había varios hombres y mujeres de clase trabajadora. Parejas y matrimonios con dos sueldos y propietarios de sus viviendas. Pocos tenían estudios superiores y ninguno pasaba de la simple licenciatura universitaria. Gente común y corriente, lo que resultaba perfecto para mí. Me interesaba dirigirme a personas cercanas al difícil momento económico que atravesaba el país, conscientes en todo momento de la amenaza del desahucio y nada dispuestos a mirar a los banqueros con simpatía.

Por su parte, el ministerio fiscal había estado haciendo preguntas sobre la situación económica de cada posible miembro, con la idea de escoger a profesionales que trabajaran con ahínco para ganarse la vida y que no fueran proclives a considerar que quien dejaba de pagar su hipoteca era una víctima. El resultado, hasta la mañana de ese cuarto día, era un jurado formado por miembros contra quienes ninguno de los dos bandos en principio encontraba objeciones; unos y otros pensábamos que seguramente lograríamos convertirlos en soldados justicieros de nuestras respectivas causas.

El golpe inesperado se produjo cuando el juez Perry ordenó que tuviera lugar el descanso de media mañana. Freeman se levantó en seguida y preguntó si podía hablar con la defensa en el despacho del juez durante el receso, a fin de debatir una cuestión referente a las pruebas que acababan de salir a la luz. La fiscal pidió que el inspector Kurlen también estuviera presente. Perry accedió a la petición y estipuló que el descanso iba a ser de media hora y no, como era costumbre, de quince minutos. Freeman y yo acompañamos a la taquígrafa y al juez al despacho de este último. Kurlen nos siguió, y me fijé que bajo el brazo llevaba un gran sobre de papel manila con un precinto rojo de la policía. El sobre era bastante grueso y parecía que en su

interior había algo voluminoso. Pero lo más significativo era que el sobre fuera de papel. Las pruebas biológicas siempre iban envueltas en papel. Las bolsas de plástico atrapaban el aire y la humedad y a veces dañaban las muestras. Así que tuve claro que Freeman se disponía a soltarme un nuevo bombazo relacionado con el ADN.

—Ya estamos otra vez con las mismas —mascullé para mí al entrar en el despacho del juez.

El magistrado tomó asiento tras su escritorio, dándole la espalda a la ventana orientada al sur, a través de la cual se divisaban las colinas situadas más allá de Sherman Oaks. Freeman y yo tomamos asiento frente al escritorio. Kurlen cogió una silla de una mesa cercana y la taquígrafa se sentó en un taburete a la derecha del juez, con la máquina de estenotipia dispuesta sobre un trípode frente a ella.

—Todo esto va a constar en las actas —dijo el juez—. ¿Señorita Freeman?

—Señoría, quería hablar con usted y el abogado defensor cuanto antes, pues estoy convencida de que el señor Haller va a poner otra vez el grito en el cielo cuando oiga lo que tengo que decir y vea lo que tengo que mostrar.

—Pues vamos a ello —indicó Perry.

Freeman hizo un gesto con la cabeza a Kurlen, y este empezó a retirar el precinto adhesivo del sobre de papel. No dije nada. Advertí que el policía llevaba puesto un guante de goma en la mano derecha.

—La fiscalía se ha hecho con el arma homicida —anunció Freeman como si nada—, y es su voluntad exhibirla como prueba y ponerla a disposición de la defensa para que la examine.

Kurlen abrió el sobre, metió la mano dentro y sacó un martillo. Un martillo de orejas con la cabeza de acero pulimentado y la superficie de impacto circular. El mango era de madera rojiza pulida y tenía un taco de goma negro en el extremo. Vi que contaba con una hendidura en la parte superior de la superficie de golpeo y me pareció que se correspondía con la impresión en el cráneo catalogada durante la autopsia.

Me levanté indignado y me alejé del escritorio.

—¡Por favor! —exclamé escandalizado—. ¿Están ustedes bromeando?

Mire la estantería con manuales jurídicos que Perry tenía a un lado del despacho, puse los brazos en jarras con rabia y me giré hacia el escritorio otra vez.

—Señoría, disculpe mi lenguaje, pero esto es una gilipollez. La fiscal no puede volver a hacernos lo mismo. Sacar a relucir esto... ¡cuando llevamos cuatro días seleccionando al jurado y falta un día para que empiece el juicio! Ya hemos escogido a casi todos los miembros, seguramente podríamos empezar mañana. ¡Y ahora me viene con la supuesta *arma homicida*!

El magistrado se arrellanó en el asiento como para distanciarse del martillo que Kurlen tenía en la mano.

—Más le vale tener una explicación realmente convincente, señorita Freeman —dijo.

—La tengo, señoría. No he podido aportar esta prueba hasta esta misma mañana y estoy más que dispuesta a explicar por qué...

—¡Usted ha permitido todo esto! —interrumpí, señalando al juez.

—Discúlpeme, señor Haller, pero no se atreva a señalarme con el dedo —dijo, esforzándose en mantener un tono neutro.

—Lo siento, señoría, pero la culpa es suya. Dejé que la fiscal se saliera con la suya cuando nos vino con el cuento chino de la prueba de ADN, y está claro que ahora no tiene nada que temer y puede...

—*Discúlpeme*, señor, pero sugiero que se ande con un poco más de prudencia. Estoy a cinco segundos de hacer que le encierren en el calabozo. No es de recibo señalar con el dedo o dirigirse al juez de un tribunal superior del modo que acaba de hacerlo. ¿Me ha entendido?

Me giré hacia los manuales jurídicos y respiré con fuerza. Sabía que tenía que sacar algo de todo aquello. Tenía que salir de aquel despacho después de conseguir que el juez estuviera en deuda conmigo.

—Entendido —dije finalmente.

—Bien —convino Perry—. Y ahora vuelva aquí y siéntese. Escuchemos lo que la señorita Freeman y el inspector Kurlen tienen que decirnos, y espero que sea convincente.

Volví sobre mis pasos de mala gana, como un niño al que acabaran de reñir, y me dejé caer en la silla.

—Señorita Freeman, explíquese.

—Sí, señoría. El arma nos llegó el lunes por la tarde. Un jar...

—¡Fantástico! —dije—. Lo sabía. Así que han esperado a que llevásemos cuatro días metidos en la selección del jurado para...

—¡Señor Haller! —gritó el juez—. Se me ha acabado la paciencia con usted. No vuelva a interrumpir. Continúe, señorita Freeman. Por favor.

—Por supuesto, señoría. Como decía, el arma llegó a la comisaría del Departamento de Policía de Los Ángeles de Van Nuys el lunes por la tarde. Creo que lo mejor es que el inspector Kurlen les dé todos los detalles sobre la cadena de custodia.

Perry hizo un gesto al inspector, instándole a explicarse.

—Lo que pasó fue que un jardinero que estaba trabajando aquella mañana en un jardín de Dickens Street, cerca de Kester Avenue, encontró el martillo metido en un seto próximo a la fachada de la casa de su cliente. Es la calle que se encuentra detrás del WestLand National. La casa está a unas dos manzanas de distancia de la parte posterior del banco. El jardinero que encontró el martillo es un empleado de Gardenia y no estaba al corriente del asesinato. Pensó que la herramienta era de su cliente, de forma que se la dejó en el porche. El propietario de la casa, un hombre llamado Donald Meyers, no la vio hasta que llegó del trabajo a eso de las cinco la tarde. A Meyers le extrañó, puesto que tenía claro que el martillo no era suyo. Sin embargo,

en ese momento recordó haber leído unos artículos sobre el asesinato de Bondurant y cómo al menos en uno de ellos se indicaba que el arma homicida posiblemente era un martillo, que aún no había aparecido. Meyers llamó al jardinero, este le contó lo sucedido, y a continuación llamó a la policía.

—Bien, ya nos han contado cómo han conseguido el martillo —observó Perry—. Pero no nos han explicado por qué nos estamos enterando con tres días de retraso.

Freeman asintió con la cabeza. Estaba preparada para responder y tomó la voz cantante.

—Señoría, evidentemente debíamos confirmar qué era lo que teníamos, así como la cadena de custodia. En seguida entregamos el martillo al departamento de investigación científica. Recibimos los informes del laboratorio a última hora de ayer, cuando la sala ya estaba cerrada.

—¿Y esos informes qué concluyen?

—Las únicas huellas que hay en el arma son las de...

—Un momento —dije, arriesgándome a incurrir en las iras del juez una vez más—. ¿Podemos referirnos a ese objeto como el martillo? Llamarlo «el arma» resulta un tanto arriesgado en este momento.

—No hay problema —dijo Freeman adelantándose al juez—. El martillo. Las únicas huellas que hay en el *martillo* son las del señor Meyers y las de su jardinero, Antonio Ladera. Sin embargo, hay dos cosas que lo vinculan al caso con claridad. El análisis de una pequeña manchita de sangre presente en el mango del martillo demuestra de forma concluyente que el ADN se corresponde con el de Mitchell Bondurant. Hicimos que el análisis lo efectuara un laboratorio externo, de forma urgente, debido a las protestas efectuadas por la defensa ante las precauciones tomadas en el anterior análisis. También entregamos el martillo al equipo del médico forense para que hiciera comparaciones con la forma de la lesión en el cráneo de la víctima. De nuevo, se corresponden. Señor Haller, puede usted referirse a él como el martillo, la herramienta o como prefiera. Pero yo lo llamo el arma homicida. Y tengo unas copias de los informes del laboratorio que voy a entregarle ahora mismo.

Metió la mano en el sobre de papel manila, sacó dos hojas sujetas con un clip y me las entregó con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Bueno, pues muy amable —dije con evidente sarcasmo—. Muchas gracias.

—Ah, y también tengo esto.

Metió la mano en el sobre otra vez y extrajo dos fotos de tamaño estándar; me dio una y le entregó la otra al juez. En la foto aparecía una mesa de trabajo con varias herramientas colgadas de un tablero de clavijas pegado a la pared que estaba detrás. Me di cuenta de que era la mesa del garaje de Lisa Trammel. Había estado en ese garaje.

—Una fotografía hecha en el garaje de Lisa Trammel. Tomada el día del asesinato durante el registro efectuado con autorización judicial. Si se fijan, verán que en el tablero falta una herramienta. El espacio vacío se corresponde con las dimensiones de

un martillo de orejas.

—Esto es una locura.

—El departamento de investigación científica lo ha identificado como un martillo de la marca Craftsman, fabricado para los grandes almacenes Sears. Este modelo de martillo no se vende por separado, sino que viene en una gran caja de herramientas de carpintería que tiene doscientas treinta y nueve piezas. En esta fotografía hemos identificado más de cien herramientas más pertenecientes a dicha caja. Pero el martillo no está en el tablero. Y no está porque Lisa Trammel lo arrojó dentro de un seto tras abandonar la escena del crimen.

Mi mente iba a toda velocidad. Una defensa bien podía basarse en la teoría de que a la acusada le habían tendido una encerrona, pero era preciso atender a la ley de los rendimientos decrecientes. Explicar la presencia de la gota de sangre en el zapato era una cosa. Explicar que tu cliente era la propietaria del arma homicida era otra distinta. Las probabilidades de que le hubieran tendido una encerrona se reducían de forma drástica cada vez que la fiscalía aportaba una nueva prueba. Por segunda vez en tres meses, la defensa acababa de encajar un golpe devastador, y yo estaba casi sin palabras. El juez se giró hacia mí. Tenía que dar una respuesta, pero no se me ocurría nada que valiera la pena.

—Esta es una prueba muy sólida, señor Haller —apuntó—. ¿Tiene algo que decir?

No tenía nada, pero me rehíce antes de que el magistrado contara hasta diez.

—Señoría, esta supuesta prueba que ha caído de repente del cielo de forma tan conveniente tendría que haber sido presentada ante el tribunal y la defensa en el mismo momento en que la fiscalía se hizo con ella. No tres días después, ni siquiera un día más tarde. Aunque solo fuera para que la defensa pudiera inspeccionarla de forma debida, realizar sus propios análisis y estudiar los análisis efectuados por el ministerio fiscal. Se supone que el martillo ha estado metido entre esos arbustos desde hace cuánto, ¿unos tres meses? Y ahora, *voilà!*, nos encontramos con que el ADN de la sangre se corresponde con el de la víctima. Todo esto, señoría, apesta a montaje. Y ya es demasiado tarde, señoría. El tren ha salido de la estación. Es muy posible que el juicio empiece mañana mismo. La fiscalía ha tenido toda la semana para pensar cómo iba a asestarle el martillazo a mi cliente. ¿Y qué se supone que puede hacer la defensa a estas alturas?

—¿Usted tenía previsto efectuar su alegato durante la apertura del juicio o pensaba esperar hasta más adelante? —preguntó el magistrado.

—Pensaba hacerlo mañana mismo —mentí—. Ya lo tengo escrito. Pero esta nueva información también hubiera podido resultarme muy útil a la hora de escoger a los miembros del jurado. Señoría, todo esto es... Mire, todo cuanto puedo decirle es que la fiscalía estaba desesperada hace cinco semanas. La señorita Freeman vino a mi bufete a hacerle una propuesta a mi cliente. Lo quiera admitir o no, la camisa no le llegaba al cuerpo, y en ese momento aceptó todo cuanto le pedí. Y entonces, de

repente, nos encontramos con el ADN en el zapato. Y luego, el martillo aparece milagrosamente y, por supuesto, ya nadie habla de la posibilidad de un acuerdo de aceptación de culpabilidad. Convendrá conmigo en que tantas coincidencias son más que sospechosas. Por no hablar de la negligencia en el manejo de estas supuestas pruebas, que tendría que ser suficiente como para que desestimara su exhibición durante el juicio.

—Señor juez —dijo Freeman al instante—. Pido permiso para responder a la acusación de negligencia del señor Hall...

—No es necesario, señorita Freeman. Como he dicho, estamos ante una prueba material muy sólida. Aparecida en un momento inoportuno, sí, pero es evidente que el jurado ha de tenerla en consideración. Por lo tanto, voy a permitir su exhibición en el juicio, pero también voy a dar tiempo adicional a la defensa para que lo prepare todo bien. Y ahora vamos a volver a la selección del jurado. Y los alegatos de apertura y el comienzo del juicio quedan pospuestos hasta el lunes próximo. Así pues, tiene tres días más para preparar su declaración inicial, señor Haller. Tendría que ser suficiente. Sus colaboradores, incluyendo a esa joven tan despierta que ha estudiado en la misma facultad que yo, podrán recurrir a los expertos y análisis que necesiten en lo referente al martillo.

Denegué con la cabeza. No era suficiente. La cosa cada vez iba a peor.

—Señoría, solicito que el juicio sea suspendido para que pueda llevar a cabo un recurso.

—Puede usted recurrir tanto como le apetezca, señor Haller. Está en su derecho. Pero no por eso vamos a suspender el juicio. El lunes empezamos.

Me hizo un pequeño gesto con la cabeza, y me lo tomé como una amenaza. Si presentaba un recurso, Perry no iba a olvidarlo durante el juicio.

—¿Hay algo más que hablar? —preguntó.

—Por mi parte he terminado —respondió Freeman.

—¿Señor Haller?

Negué con la cabeza, la voz me había abandonado.

—En tal caso, salgamos y terminemos de elegir al jurado.

Sentada a la mesa de la defensa, Lisa Trammel estaba esperándome con expresión pensativa.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja y apresurada.

—Lo que ocurre es que nos han vuelto a joder. Y esta vez de verdad.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que han encontrado el puto martillo que tiró entre los arbustos después de matar a Mitchell Bondurant.

—Eso es una locura. Yo...

—No, en realidad la loca es usted. Ahora, la fiscalía está en disposición de vincular el martillo tanto a Bondurant como a usted misma. Porque el martillo estaba en la maldita mesa de trabajo de su garaje. No logro imaginarme cómo pudo llegar a

ser tan estúpida, pero ahora eso no tiene ninguna importancia. Visto lo visto, lo de conservar los zapatos con la mancha de sangre hasta parece una buena idea. Ahora tengo que arreglármelas para llegar a un acuerdo con Freeman, que no tiene la menor necesidad de cerrar un trato conmigo. Ahora mismo, el caso está clarísimo, así que, ¿para qué llegar a un acuerdo con la defensa?

Lisa me agarró de pronto por el lado izquierdo del cuello de mi camisa. Puso mi rostro frente al suyo y murmuró con los dientes entrecerrados:

—¡Tendría que oírse hablar! ¿Que cómo pude ser tan estúpida? Ahí está la respuesta: resulta que no lo fui. Sabe que si algo no soy es estúpida. Se lo llevo diciendo desde el primer día: todo esto ha sido un montaje. Y tenía usted razón. Louis Opparizio. Ese tipo necesitaba quitarse de encima a Mitchell Bondurant y me utilizó como cabeza de turco. Bondurant le envió esa carta. Y ahí empezó todo. Yo no...

Le fallaron las palabras; los ojos se le inundaron de lágrimas. Puse mi mano sobre la suya, como tratando de calmarla, y la aparté del cuello de mi camisa. Me daba cuenta de que el jurado estaba llegando al estrado y no quería que vieran ningún desacuerdo entre el abogado y la acusada.

—Yo no hice nada de todo esto —insistió—. ¿Me ha oído? No quiero llegar a ningún acuerdo. No voy a confesarme culpable de algo que no he hecho. Si eso es lo mejor que se le ocurre, entonces quiero otro abogado.

Aparté la vista. El juez Perry nos estaba mirando.

—¿Podemos seguir, señor Haller?

Miré a mi cliente y, luego, al juez de nuevo.

—Sí, señoría. Podemos seguir.

Nos sentíamos como en el vestuario del equipo perdedor, solo que aún no habíamos disputado el partido. Era domingo por la tarde, faltaban dieciocho horas para que presentáramos los alegatos iniciales al jurado, estaba reunido con mis colaboradores y daba la batalla por perdida. Me decía que todo había terminado de forma amarga, antes incluso de que el juicio hubiera empezado.

—No lo entiendo —dijo Aronson, rompiendo el silencio que se había adueñado de mi despacho—. Dijiste que necesitábamos una hipótesis de inocencia. Una teoría alternativa. Y Opparizio nos la sirve en bandeja. ¿Qué problema hay?

Miré a Cisco Wojciechowski. Estábamos solo los tres. Yo iba vestido con pantalones cortos y camiseta, mientras que Cisco llevaba puesto su traje de motero: pantalones vaqueros negros y camiseta sin mangas de color verde militar. Por su parte, Aronson se había vestido como si tuviera que ir a un juzgado. No había caído en que era domingo.

—El problema es que durante el juicio no vamos a pillar a Opparizio en falso.

—Pero si él mismo renunció a su derecho a no declarar... —objetó Aronson.

—Eso da igual. El juicio va a centrarse en las pruebas que la fiscalía tiene contra Trammel. No importa quién más pueda haber cometido el crimen. Las demás posibilidades no cuentan. Puedo hacer que Opparizio comparezca como testigo del desahucio de Trammel y de la epidemia de desahucios en general, pero ni por asomo podré interrogarle como posible sospechoso. El juez no me lo permitirá, a no ser que pueda demostrar que la cuestión es pertinente. Nos hemos estado rompiendo los cuernos, pero seguimos sin poder demostrarlo. Seguimos sin tener algo que implique a Opparizio de forma directa.

Aronson estaba decidida a no rendirse.

—La decimocuarta enmienda garantiza que Trammel disponga de «la oportunidad significativa de gozar de una defensa completa». Una defensa completa tiene que incluir la exposición de una hipótesis alternativa.

De forma que Aronson se sabía la Constitución de memoria. Era una chica muy leída, pero con muy poca experiencia.

—California contra Hall, 1986. Échale una ojeada.

Señalé su ordenador portátil, que estaba abierto en una esquina del escritorio. Se acercó y empezó a teclear.

—¿Sabes el número de párrafo?

—Creo que es el cuarenta y uno.

Tecleó, y la sentencia judicial apareció en pantalla. Se puso a leerla con rapidez. Miré a Cisco, que no tenía ni idea de qué estaba haciendo.

—Léela en voz alta —dije—. Las partes relevantes.

—Eh... «Los indicios de que otra persona tuvo el motivo o la oportunidad de cometer el crimen mencionado, o tuvo una remota relación con la víctima o la escena

del crimen, resultan insuficientes para establecer el requisito de la duda razonable... Los indicios de la culpabilidad de un tercero solo son relevantes y admisibles cuando vinculan a dicho tercero con la perpetración del crimen en sí...». Ya veo. Estamos jodidos.

Asentí con la cabeza.

—Mientras no podamos situar a Opparizio o alguno de sus matones en el aparcamiento del banco, vamos a seguir estando jodidos.

—¿No basta con la carta? —preguntó Cisco.

—Pues no —dije—. Ni de lejos. Freeman me pegará una buena tunda si digo que la carta resulta clave. Es verdad que le da un motivo a Opparizio, pero no lo relaciona de forma directa con el crimen.

—Mierda.

—Tú lo has dicho. Ahora mismo no tenemos nada. No tenemos una defensa. Y en cuanto al ADN y el martillo... La fiscalía lo tiene de maravilla para crucificarnos; solo le faltan los clavos. Y perdón por el chiste malo.

—El informe de nuestro laboratorio indica que no hay ninguna conexión biológica con Lisa —indicó Aronson—. También cuento con un especialista de Craftsman dispuesto a declarar que es imposible asegurar que el martillo de marras proceda de una u otra caja de herramientas. También sabemos que la puerta del garaje no estaba cerrada con llave. Incluso si el martillo es de Lisa, cualquiera pudo entrar y llevárselo. Y cualquiera pudo dejar la mancha de sangre en los zapatos.

—Sí, sí, todo esto ya lo sé. Pero no es suficiente para explicar qué pasó. Lo que necesitamos es poder decir: lo que pasó fue esto y esto, y podemos demostrarlo. Si no podemos, no tenemos la menor oportunidad. Opparizio es la clave. Tenemos que ser capaces de ir a por él sin que Freeman proteste ante cada una de nuestras preguntas por improcedentes.

Aronson seguía sin darse por vencida.

—Tiene que haber algo —dijo.

—Siempre hay algo. Lo que pasa es que todavía no lo hemos encontrado.

Me giré en la silla y miré a Cisco. Mi investigador frunció el ceño y asintió con la cabeza. Adivinaba lo que iba a decir.

—Tu turno, amigo —dije—. Tienes que encontrarme algo. Freeman va a necesitar cerca de una semana para exponer el alegato de la fiscalía. El mismo tiempo que vas a tener tú. Pero si mañana me la juego y digo que voy a demostrar que el crimen lo cometió otro, tendré que cumplir mi promesa.

—Volveré a revisarlo todo —dijo Cisco—. Desde el principio. Y voy a encontrarte algo. Mañana haz lo que tengas que hacer.

Asentí con la cabeza, más para darle las gracias que porque creyera realmente que fuera a encontrar algo. No terminaba de estar convencido de que hubiera nada que encontrar. Mi cliente era culpable, y al final se haría justicia. Y punto.

Miré el escritorio. Esparcidos por encima había atestados y fotografías del lugar

del crimen. Cogí la foto del maletín de la víctima abierto en el suelo de hormigón del aparcamiento. Era lo que más me había llamado la atención desde el principio, lo que me había llevado a creer que quizá mi cliente no hubiera cometido el asesinato. Al menos hasta que el juez estimó conveniente la exhibición en el juicio de las dos últimas pruebas proporcionadas por la fiscal.

—Y no hay ningún informe sobre lo que contenía el maletín y si falta algo, ¿no es así?

—No que sepamos —dijo Aronson.

Le había asignado el examen pormenorizado de la exhibición de pruebas efectuada por el ministerio fiscal hasta la fecha.

—Entonces, por mucho que el maletín del muerto estuviera abierto por completo, ¿no han tratado de averiguar si faltaba algo?

—Hicieron un inventario de su contenido, y ese sí lo tenemos. Pero creo que no se molestaron en escribir un informe sobre lo que pudiera faltar en el interior. Kurlen se las sabe todas. Y no quería facilitarnos las cosas.

—Ya, pues cuando termine de interrogarle en el juicio, va a sentirse como si tuviera ese maletín metido en el culo.

Aronson se ruborizó. Señalé a mi investigador.

—El maletín, Cisco. Tenemos el inventario de lo que había en su interior. Habla con la secretaria de Bondurant. Averigua si faltaba algo.

—Ya lo intenté en su momento. Pero se negó a hablar conmigo.

—Inténtalo otra vez. Enséñale tus bíceps. Gánatela.

Flexionó los brazos. Aronson seguía ruborizándose. Me levanté.

—Me voy a casa a preparar el alegato de mañana.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo mañana? —preguntó Aronson—. Si lo pospones para más adelante, estarás al corriente de lo que Cisco pueda haber encontrado.

Negué con la cabeza.

—El juez lo pospuso todo para después del fin de semana porque le dije que quería exponer el alegato al principio del juicio. Si ahora me echo atrás, creará que hemos desperdiciado el viernes por mi culpa. Y ya me tiene cierta ojeriza por haber perdido los nervios en su despacho.

Rodeé el escritorio y entregué la foto del maletín a Cisco.

—Trata de arreglar este asunto.

Rojas no trabajaba los domingos, de modo que yo mismo conduje el Lincoln hasta mi casa. El tráfico era escaso y, aunque paré para comprar una pizza en el pequeño establecimiento italiano situado al pie del mercado, en la parte inferior de Laurel Canyon, llegué pronto a casa. No me molesté en meter el gran Lincoln en el garaje junto al otro del mismo modelo y lo aparqué al pie de los escalones, cerré la puerta

con llave y subí hasta la puerta. Al llegar al porche vi que alguien me estaba esperando.

Por desgracia, no era Maggie «la Fiera». En su lugar, un hombre al que no había visto nunca antes estaba sentado en una de las sillas de director de cine situadas en uno de los extremos del porche. Era de complexión pequeña y andaba un tanto desarreglado, con las mejillas cubiertas por una barba de días. Tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Estaba dormido.

No me pareció peligroso. El hombre estaba solo y no llevaba mitones negros. Con todo, metí la llave en la cerradura sin hacer ruido y abrí la puerta con idéntico sigilo. Entré, cerré la puerta en silencio y dejé la pizza en la encimera de la cocina. Fui a mi dormitorio y entré en el vestidor adyacente. Alargué la mano hasta la estantería superior —a la que mi hija no podía llegar— y cogí la caja con la Colt Woodsman que había heredado de mi padre. Una pistola con una historia trágica, que esperaba no tener que ampliar dentro de un minuto. Inserté un cargador lleno en la culata y fui hacia la puerta de la casa.

Cogí la otra silla de director y la corrí hasta situarla frente al hombre dormido. Me senté, con la pistola descuidadamente colocada sobre el regazo, y le di una patadita en la rodilla.

Se despertó de repente, con los ojos muy abiertos y mirando a uno y otro lado, hasta que finalmente se fijó en mi rostro y, un instante después, en la pistola.

—¡Eh, espere un momento, hombre!

—No, espere usted. ¿Quién es y qué quiere?

No señalé la pistola. Como si estuviera allí por casualidad. El otro levantó las manos en señal de rendición.

—Es usted el señor Haller, ¿verdad? Soy Jeff, hombre. Jeff Trammel. Estuvimos hablando por teléfono, ¿se acuerda?

Me lo quedé mirando un momento y comprendí que no le había reconocido porque nunca había visto una foto suya. Lisa Trammel no tenía ninguna foto de su marido enmarcada. Después de que Jeff se hubiera largado de casa, Lisa había optado por borrar totalmente su recuerdo.

Y ahora lo tenía delante de mis narices. Cabizbajo y con cara de perro apaleado. Creí adivinar qué era lo que andaba buscando.

—¿Cómo se ha enterado de mi dirección? ¿Quién le dijo que viniera a verme aquí?

—No me lo dijo nadie. He venido a verle, eso es todo. La dirección la encontré en la página web del colegio de abogados de California. En la página no aparece la dirección de su oficina, pero sí una dirección postal. Al llegar, he visto que era una casa particular y me he dicho que seguramente vivía aquí. No he venido para asustarle ni nada por el estilo. Solo quiero hablar con usted.

—Podría haberme llamado.

—Se me ha estropeado el teléfono. Tendré que comprar otro.

Decidí poner un poco a prueba a Jeff Trammel.

—El día que me llamó, ¿dónde estaba?

Se encogió de hombros como si esa información no tuviera ninguna importancia en aquel momento.

—En Playas de Rosarito. He estado viviendo por ahí.

Era mentira. Cisco había conseguido rastrear la llamada, y tenía el número de teléfono y el de la antena repetidora. Me había llamado desde Venice Beach, unos trescientos kilómetros al norte de la población mexicana de Playas de Rosarito.

—¿De qué quería hablar conmigo, Jeff?

—Puedo ayudarle, amigo.

—¿Ayudarme? ¿Y cómo?

—He estado hablando con Lisa. Me ha contado lo de ese martillo que encontraron. El martillo no es suyo... Nuestro, quiero decir. Puedo decirle dónde está el nuestro. Puedo conducirlo hasta él.

—Muy bien, ¿y dónde está?

Asintió con la cabeza; miró hacia la derecha, hacia la ciudad que se extendía más abajo a nuestros pies. El incesante zumbido del tráfico llegaba hasta allá arriba.

—La cosa es, señor Haller, que necesito algo de dinero. Quiero volver a México. Allí se vive con poco, pero se necesita un empujón, no sé si me explico.

—¿Y cuánto necesita para ese empujón?

Se dio la vuelta y me miró directamente a los ojos. Ahora hablábamos el mismo lenguaje.

—Con diez mil tengo suficiente, amigo. Van a pagarle un pastón por los derechos de la película, así que diez mil tampoco es tanto. Usted me da los diez mil, y yo le doy el martillo.

—¿Y ya está?

—Eso mismo. No volverá a verme el pelo.

—¿Y qué me dice de declarar en favor de Lisa durante el juicio? Ya le hablé del asunto, ¿recuerda?

Negó con un gesto.

—No, eso no puedo hacerlo. No soy de los que testifican. Pero puedo ayudarle desde la barrera. Llevándole al lugar donde está el martillo, y cosas así. Herb dice que el martillo es la prueba principal, y yo digo que una mierda, porque sé dónde está nuestro martillo de verdad.

—Así que también está en contacto con Herb Dahl.

Supe por la mueca de su rostro que había dado un paso en falso. Se suponía que no debía hablar de Herb Dahl con nadie.

—Eh, no, fue lo que Lisa me dijo que Dahl había dicho. Yo ni siquiera le conozco.

—Voy a preguntarle una cosa, Jeff. ¿Cómo voy a saber que se trata del verdadero martillo y no de uno falso que ha ideado con Lisa y Herb?

—Porque se lo estoy diciendo. Sé dónde está. Fui yo quien lo dejó ahí. ¡Yo mismo!

—Pero usted no va a declarar en el juicio, así que voy a encontrarme con un martillo en la mano pero sin ninguna explicación al respecto. ¿Sabe usted lo que significa «fungible», Jeff?

—Fun... Eh, no.

—Entre otras cosas, significa «intercambiable». La ley establece que un objeto es fungible cuando puede ser reemplazado por un objeto idéntico. Y eso es lo que tenemos aquí, Jeff. Ese martillo suyo no me sirve de nada sin una explicación que lo acompañe. Y usted es el único que puede dar esa explicación y declarar al respecto. Si no piensa declarar, el martillo no sirve para nada.

—Eh...

De pronto pareció derrumbarse.

—¿Dónde está ese martillo, Jeff?

—No voy a decírselo. Es lo único que tengo.

—No voy a pagarle un centavo por él, Jeff. Incluso si creyera que ese martillo — el de verdad— existe, no le pagaría un centavo. Las cosas no funcionan así. De forma que piénselo todo bien y dígame lo que sea, ¿entendido?

—Entendido.

—Y ahora váyase de mi casa.

Con la pistola pegada al costado y apuntando hacia abajo, volví al interior y cerré bien la puerta. Cogí las llaves del coche que estaban sobre la caja de la pizza y crucé corriendo la casa hasta llegar a la puerta trasera. Salí y bordeé la vivienda hasta un vallado de madera con salida a la calle. Entreabrí la puerta unos centímetros y busqué a Jeff Trammel.

No lo vi, pero oí el motor de un coche que se ponía en marcha. Me quedé donde estaba, y no tardó en pasar un automóvil por delante. Salí a la calle y traté de ver la matrícula, pero ya era demasiado tarde. El coche iba ladera abajo. Era un sedán azul, pero estaba demasiado ocupado en la matrícula como para identificar la marca y el modelo. Tan pronto como torció en la primera curva, eché a correr calle arriba hacia mi propio coche.

Si quería seguirlo, tenía que llegar al pie de la colina a tiempo para ver si giraba a la derecha o a la izquierda en Laurel Canyon Boulevard. De lo contrario, tendría el cincuenta por ciento de probabilidades de perderlo.

Pero ya era demasiado tarde. Cuando el Lincoln dejó atrás las curvas y llegó a la intersección con Laurel Canyon Boulevard, el sedán azul se había esfumado. Frené ante la señal de *stop* y no lo dudé. Giré a la derecha y me dirigí hacia San Fernando Valley. Cisco había averiguado que en su momento Jeff Trammel me había llamado desde Venice, pero todo en aquel caso tenía San Fernando Valley como escenario. Así que fui para allá.

La carretera que se dirigía al norte ascendiendo por entre las colinas de

Hollywood era de un solo carril. Una vez emprendido el descenso, en dirección a San Fernando Valley, se desdoblaba. Pero en ningún momento vi a Trammel, y pronto comprendí que había elegido mal. Tendría que haber puesto rumbo al sur, en dirección a Venice.

No me gusta mucho la pizza fría o recalentada, por lo que me detuve a comer algo en el Daily Grill, en la esquina de Laurel con Ventura. Estacioné el Lincoln en el aparcamiento subterráneo, y estaba subiendo por las escaleras mecánicas cuando me di cuenta de que tenía la Colt Woodsman encajada detrás de los pantalones. No era muy recomendable. Volví al coche y la metí debajo del asiento, tras lo cual me aseguré de que el auto quedaba bien cerrado.

Era pronto, pero el restaurante ya estaba lleno. Me senté a la barra, para no tener que esperar a que hubiera una mesa libre, y pedí un té helado y una gran empanada de pollo. A continuación saqué el teléfono y llamé a mi cliente. Respondió en seguida.

—Lisa, soy yo, su abogado. ¿Usted le ha dicho a su marido que viniera a hablar conmigo?

—Bueno, le dije que seguramente era lo mejor, sí.

—¿La idea fue suya? ¿O de Herb Dahl?

—No, mía. Es verdad que Herb estaba aquí, pero la idea la tuve yo. ¿Ha estado hablando con Jeff?

—Sí.

—¿Y le ha dicho dónde está el martillo?

—No, no me lo ha dicho. Me ha exigido diez mil dólares a cambio.

Se hizo una pausa, y me mantuve a la espera.

—Mickey, no me parece que sea tanto dinero a cambio de algo que va a hacer trizas la argumentación de la fiscal.

—Las pruebas no se compran, Lisa. Si pagas por una prueba, ya puedes dar el caso por perdido. ¿Sabe dónde se aloja su marido estos días?

—No me lo ha dicho.

—¿Ha hablado con él personalmente?

—Sí, vino a verme. Tenía un aspecto horroroso.

—Necesito encontrarle para pedir oficialmente que comparezca en el juicio. ¿Tiene idea de...?

—No va a declarar. Me lo dijo. Bajo ningún concepto. Lo único que le interesa es el dinero y ver que lo estoy pasando mal. No le importa ni su propio hijo. Ni siquiera pidió hablar con él un momento cuando vino por aquí.

La camarera me trajo la empanada y más té helado. Corté un poco la corteza superior de la empanada con el tenedor, para que se enfriara. Por el vapor que salió, me dije que no iba a poder comérmela antes de diez minutos.

—Lisa, escúcheme. Es importante. ¿Tiene alguna idea de dónde está viviendo Jeff en estos momentos?

—No. Me dijo que acababa de llegar de México.

—Eso es mentira. Ha estado aquí todo el tiempo.

Pareció quedarse asombrada.

—¿Cómo lo sabe?

—Por las llamadas telefónicas. Mire, eso ahora da igual. Si la llama o viene a verla, averigüe dónde está viviendo. Prométale que hay un dinero que está al caer o haga lo que sea, pero necesito que me dé su dirección. Si conseguimos que vaya a declarar, tendrá que decirnos dónde está el martillo.

—Lo intentaré.

—No basta con intentarlo, Lisa. Hágalo. Es su vida la que está en juego.

—Muy bien, muy bien.

—A ver, cuando Jeff habló con usted, ¿le dio alguna pista sobre el paradero del martillo?

—No, la verdad. Solo dijo: «¿Te acuerdas de que siempre llevaba el martillo en el coche cuando me iba a cobrar impagos?». Cuando trabajaba en el concesionario, a veces tenía que ir a embargar algunos coches. Se turnaban para hacerlo. Creo que llevaba el martillo como protección, o por si tenía que romper el cristal para entrar o algo así.

—¿Así que le dijo que el martillo que tenían en la caja de las herramientas del garaje solía estar dentro de su coche?

—Creo que sí. El BMW. Pero el coche se lo quitaron después de que me abandonara y desapareciera.

Asentí con la cabeza. Podía hacer que Cisco se pusiera a investigar y tratara de confirmar todo aquello, que averiguase si habían encontrado un martillo en el maletero del BMW que Jeff Trammel había dejado atrás.

—Muy bien, Lisa. ¿Quiénes son los amigos de Jeff? En la ciudad, me refiero.

—No lo sé. Tenía algunos amigos en el concesionario, pero nunca venía con ellos a casa. La verdad es que no teníamos amigos.

—¿Sabe los nombres de esos amigos suyos del concesionario?

—En realidad, no.

—Lisa, no me está ayudando mucho.

—Lo siento. No se me ocurre nada. Sus amigos no me gustaban. Le dije que no los trajera a casa.

Sacudí la cabeza, pero al momento me puse a pensar en mí mismo. ¿Qué amigos tenía yo fuera del trabajo? ¿Qué podría decir Maggie al respecto, si alguien se lo preguntaba?

—Entendido, Lisa. Dejemos eso para otro momento. Ahora quiero que se ponga a pensar en lo que va a pasar mañana. Acuérdesse de lo que hemos hablado. De cómo tiene que comportarse y hablar delante del jurado. Es mucho lo que está en juego.

—Lo sé. Y estoy preparada.

Bien, pensé. Ojalá yo también lo estuviera.

El juez Perry quería recuperar parte del tiempo perdido el viernes, por lo que el lunes tomó la arbitraria decisión de limitar a treinta minutos los alegatos iniciales destinados al jurado. Su decisión no parecía tener en cuenta que tanto la fiscalía como la defensa, en principio, habían estado trabajando durante el fin de semana en unas argumentaciones para las que estaba prevista una hora entera en cada caso. A decir verdad, a mí ya me iba bien. No me parecía que pudiera hablar más de diez minutos. Cuanto más se explaya la defensa, más tiene que objetar la fiscalía en su exposición posterior. Menos siempre es más en lo referente a la defensa. Sin embargo, no convenía perder de vista lo caprichoso de la decisión judicial. El mensaje estaba claro. El juez estaba diciéndonos que no dejábamos de ser meros abogados y que él era quien llevaba con firmeza las riendas de la sala y del juicio. Nosotros solo estábamos allí de visita.

Freeman fue la primera en hablar, y como suelo hacer en estas ocasiones no aparté la vista del jurado mientras la fiscal desgranaba sus argumentos. Escuchaba con atención, dispuesto a objetar en cualquier momento, pero sin mirarla en absoluto. Quería leer los ojos del jurado y adivinar cómo estaban reaccionando ante la exposición de Freeman. Quería ver si mi intuición al elegirlos iba a dar buenos resultados.

Freeman habló con elocuencia y claridad, sin recurrir al histrionismo ni a los golpes de efecto. Hizo un alegato directo y al grano.

—Estamos aquí hoy por una razón —dijo, con los pies asentados con firmeza en el espacio situado frente al estrado del jurado—. Estamos aquí por un arrebató de ira. Porque una persona sintió la necesidad de descargar en otra todas sus frustraciones y carencias.

Como era de esperar, dedicó varios minutos a alertar al jurado sobre lo que denominó los equívocos de la defensa. Segura de que tenía las de ganar, se empleó a fondo para socavar mi posición.

—La defensa va a tratar de venderles de todo: grandes conspiraciones y mucho melodrama. Este asesinato es importante, pero su historia resulta muy sencilla. No se dejen manipular. Observen con atención. Escuchen con atención. Asegúrense de que todo cuanto hoy van a decirles sea confirmado durante el juicio con pruebas, con pruebas significativas.

»Este crimen fue bien planeado. El asesino estaba al corriente de la rutina diaria de Mitchell Bondurant. El asesino estuvo siguiendo a Bondurant. El asesino estuvo esperándole de forma premeditada y le atacó con alevosía y con la intención de acabar con su vida. Ese asesino se llama Lisa Trammel, y va a ser juzgado en esta sala.

Freeman señaló con el dedo acusador a mi cliente. Tal y como yo le había indicado de antemano, Lisa le devolvió la mirada sin pestañear.

Clavé los ojos en el miembro número tres del jurado, que ocupaba el asiento central de la primera fila del estrado. Leander Lee Furlong júnior era mi as en la manga. El hombre en quien podía confiar, el único cuyo voto a mi favor daba por seguro en todo momento. Incluso si aquello lo ponía contra los demás integrantes del jurado.

Una media hora después de que se iniciara la selección del jurado, el secretario judicial me había entregado la lista con los primeros ochenta preseleccionados. Pasé el listado a mi investigador, que se fue al vestíbulo, abrió el ordenador portátil y se puso a trabajar.

Internet ofrece muchas posibilidades de investigar el entorno y el historial de un posible miembro del jurado, y más todavía cuando el juicio va a tener que ver con una transacción económica como un desahucio. Todos los preseleccionados habían rellenado un cuestionario con varias preguntas fundamentales: ¿Usted o algún familiar directo se ha visto envuelto en un proceso de desahucio? ¿Alguna vez le han embargado el coche? ¿Alguna vez se ha declarado insolvente? Eran preguntas filtro. El juez o la fiscal vetarían a todo aquel que respondiera que sí en aquella encuesta, ya que consideraban que alguien así no estaría en condiciones de evaluar las pruebas de manera imparcial.

Pero las preguntas eran muy generales, y había zonas grises y aspectos que no estaban tan claros. Y de ahí el trabajo de Cisco. Mientras el juez terminaba de revisar los cuestionarios rellenos por los primeros doce candidatos, Cisco me entregó unas cuantas anotaciones hechas sobre diecisiete de los ochenta entrevistados. Me interesaba dar con personas que hubieran tenido malas experiencias con los bancos o las instituciones del gobierno, que incluso pudieran estar resentidas al respecto. Entre los diecisiete nombres había algunos que habían mentido de forma descarada en sus respuestas sobre los desahucios o embargos, otros que en su momento se habían querrellado contra entidades bancarias... Y también estaba Leander Furlong.

Leander Lee Furlong júnior tenía veintinueve años y trabajaba como subencargado en el supermercado Ralph's de Chatsworth. Furlong había respondido que no a la pregunta sobre los desahucios. Pero Cisco se había empleado a fondo y había buscado su nombre en varias bases de datos de ámbito nacional. Y encontró una referencia a un desahucio llevado a cabo en 1994 en Nashville, Tennessee, sobre una propiedad atribuida a Leander Lee Furlong. La entidad que había emprendido la ejecución hipotecaria era el First National Bank de Tennessee.

El nombre del candidato resultaba inusual, por lo que tenía que existir una correlación. Eso sí, el posible miembro del jurado tendría unos trece años por aquel entonces. Supuse que habría sido su padre el que se había visto desahuciado por el banco. Y Leander Lee Furlong júnior había olvidado mencionarlo al rellenar el cuestionario.

Durante las dos siguientes jornadas de selección del jurado, esperé con nerviosismo a que el juez y los fiscales llamaran a Furlong al estrado. Por mi parte,

me las arreglé para escoger a unos cuantos candidatos prometedores y descartar a otros tras hacerles unas cuantas preguntas más bien expeditivas.

Finalmente, durante la cuarta mañana llamaron a Furlong, quien tomó asiento en el estrado para responder a sus preguntas. Cuando oí que hablaba con acento sureño, me dije que había encontrado mi as en la manga. Sin duda estaba resentido con el banco que se había quedado con la casa de sus padres, y lo ocultaba con la intención de formar parte del jurado.

Furlong superó sin el menor problema las preguntas del juez y la fiscal, diciendo justo lo que convenía decir y presentándose como un trabajador infatigable, dotado de convicciones religiosas pero con la mente abierta. Cuando me llegó el turno, empecé por hacer unas cuantas preguntas generales, hasta que formulé la que me interesaba de verdad. Tenía que convencerme por completo de que iba a ser un miembro aceptable para mis intereses. Le pregunté si consideraba que los afectados por los desahucios merecían su suerte o si era posible que las personas a veces no pudieran pagar sus hipotecas por razones perfectamente legítimas. Con su marcado acento del Sur, Furlong respondió que cada caso era diferente y que era un error generalizar sobre todos los afectados por los desahucios.

Unos minutos y unas pregunta después, Freeman dio su aceptación. Hice otro tanto. Furlong estaba en el jurado. Ahora solo me quedaba esperar que el ministerio fiscal no se enterase de su historia familiar. Si se enteraba, a Furlong le apartarían del jurado con tanta rapidez como a un pandillero de los Crips de una celda ocupada por los Bloods.

¿Que si me comporté de modo poco ético o quebranté las normas al no informar al tribunal sobre el secreto de Furlong? Todo depende de lo que uno considere *directo* al hablar de un familiar directo. Lo directo o indirecto que uno pueda considerar a un familiar es algo que cambia con el paso los años. El informe sobre Furlong especificaba que estaba casado y tenía un hijo pequeño. A día de hoy, sus familiares directos eran su mujer y su hijo. Por lo que yo sabía, su padre bien podía estar muerto. La pregunta en el cuestionario decía: «¿Usted o algún familiar directo se ha visto envuelto en un proceso de desahucio?». No se leía «alguna vez» por ninguna parte.

Así pues, se trataba de una zona gris, y yo no creía tener la obligación de ayudar a la fiscalía señalando lo que creía que faltaba en aquella pregunta. Freeman contaba con el mismo listado de nombres que yo, y además tenía a su disposición los recursos de la fiscalía del distrito y del Departamento de Policía de Los Ángeles. En aquellas dos grandes máquinas burocráticas por fuerza tenía que haber alguien tan avisado como mi investigador. Que buscaran y encontraran los datos por su cuenta. Y si no lo hacían, pues mala suerte.

Seguía mirando a Furlong mientras Freeman enumeraba los fundamentos de la acusación: el arma homicida, la testigo, la sangre en el zapato de la acusada y su historial de protestas contra el banco. Furlong estaba sentado con los dos codos sobre

los brazos de la silla, con los dedos cruzados frente a la boca. Como si estuviera escondiendo el rostro, atisbando a la fiscal con disimulo por encima de las manos. Su postura física me decía que no me había equivocado con él. Estaba muy claro que Furlong era mi as en la manga.

Freeman comenzó a perder fuelle al establecer de forma apresurada e incompleta que todas las pruebas constataban la existencia de una culpabilidad más allá de toda duda razonable. Saltaba a la vista que había recortado su alegato por allí ante el límite de tiempo que el juez había dictado arbitrariamente. La fiscal sabía que más adelante podría retomar ese hilo, por lo que cortó por lo sano y pasó a exponer su conclusión.

—Señoras y señores del jurado, la sangre no puede ser más reveladora —dijo—. Aténganse a las pruebas, y todo señalará a Lisa Trammel, sin ningún género de dudas. Fue ella quien acabó con la vida de Mitchell Bondurant. Le arrebató todo cuanto tenía. Y ahora ha llegado el momento de hacer justicia.

Dio las gracias al jurado y volvió a ocupar su asiento. Era mi turno. Por debajo de la mesa, me aseguré con la mano de que tenía bien cerrada la cremallera del pantalón. Una vez que has estado hablando ante un jurado con la bragueta abierta, no vuelve a sucederte una cosa así en la vida.

Me levanté y retomé el asunto donde Freeman lo había dejado. Una vez más, hice lo posible por disimular mis lesiones, de las que aún no me había recuperado del todo. Y empecé.

—Señoras y señores del jurado, me gustaría empezar con un par de presentaciones. Me llamo Michael Haller y soy el abogado defensor en este caso. Mi trabajo es el defender a Lisa Trammel de estas acusaciones tan graves. Nuestra Constitución establece que toda persona acusada de un delito o crimen tiene derecho a una defensa completa y categórica, justo lo que me propongo aportar durante el curso de este juicio. Si en algún momento puedo molestar a alguno de ustedes al hacerlo, les pido disculpas de antemano. Pero, por favor, tengan siempre presente que Lisa no tiene por qué pagar mis comportamientos.

Me di la vuelta hacia la mesa de la defensa y levanté la mano, como si estuviera dando la bienvenida a Lisa Trammel.

—Lisa, ¿le importaría levantarse un momento?

Lisa Trammel se levantó y se giró ligeramente hacia el jurado; sus ojos recorrieron los doce rostros con lentitud. Se la veía con una actitud segura y entera, justo la que le había recomendado que adoptase.

—Les presento a Lisa Trammel, mi representada. La señorita Freeman quiere convencerles de que fue Lisa quien cometió este crimen. Pero Lisa apenas mide un metro sesenta, pesa unos cincuenta kilos con la ropa puesta y trabaja como profesora de instituto. Gracias, Lisa. Puede sentarse.

Trammel tomó asiento otra vez. Me volví hacia el jurado; mis ojos iban de un rostro a otro mientras hablaba.

—Estamos de acuerdo con la señorita Freeman en que este crimen fue tan

despiadado como violento y premeditado. Nadie tendría que haber matado a Mitchell Bondurant, y el culpable tendría que ser llamado a comparecer ante la justicia. Pero no conviene llegar a conclusiones precipitadas. Y las pruebas van a demostrarlo en su momento. Los investigadores de este caso se han fijado solo en los detalles y se han decantado por la explicación más fácil. Pero se han olvidado de lo más importante: del verdadero asesino.

Oí la voz de Freeman a mis espaldas.

—Señoría, pido su permiso para hacer un aparte.

Perry frunció el ceño, pero con un gesto nos indicó que subiéramos al estrado. Fui con Freeman al lateral, formulando en mi mente la respuesta a la objeción que sabía que iba a hacer. El juez conectó un ventilador distorsionador del sonido para que los miembros del jurado no oyesen nuestras palabras, y formamos un pequeño corrillo.

—Señoría —dijo Freeman—. No me gusta nada en absoluto tener que interrumpir un alegato inicial, pero esto no se parece en nada a un alegato inicial. ¿Qué es lo que se propone la defensa? ¿Exponer los hechos y las pruebas que obran en su poder? ¿O hablar de generalidades y referirse a un asesino misterioso cuya existencia nadie conoce?

El juez me miró invitándome a responder. Consulté mi reloj.

—Señoría, tengo que objetar a la objeción. Apenas he estado hablando cinco minutos de los treinta de los que dispongo. ¿Y la fiscal ya nos viene con objeciones porque no he presentado las pruebas? Por favor, señoría. Está tratando de hacerme quedar mal delante del jurado, y solicito que no vuelva a aceptar nuevas objeciones por su parte ni permita que vuelva a interrumpirme.

—Diría que el señor Haller tiene razón, señorita Freeman —dijo el magistrado—. Realmente es muy pronto para hacer objeciones. Si lo considero necesario, yo mismo me encargaré de objetar a las palabras de la defensa. Entretanto, vuelva a su mesa y haga el favor de escuchar en silencio.

Apagó el ventilador e hizo rodar la silla hasta el centro del estrado. Freeman y yo volvimos a nuestras posiciones.

—Como estaba diciendo antes de que me interrumpieran, hay una verdadera explicación para este caso, y la defensa va a mostrársela. La fiscalía está empeñada en hacerles creer que se trata de un simple caso de venganza. Pero el asesinato nunca resulta simple, y la búsqueda de explicaciones fáciles durante una investigación inevitablemente lleva a que algunas piezas no encajen; a que la propia acusada no encaje en absoluto con lo sucedido. Lisa Trammel ni siquiera conocía personalmente a Mitchell Bondurant. Nunca antes le había visto. No tenía un motivo para matarle, porque el motivo que la fiscalía va a exponerles resulta falso por completo. La fiscalía les dirá que Lisa mató a Bondurant porque este iba a arrebatarle su casa. El hecho es que Bondurant no iba a conseguirlo, cosa que vamos a demostrar. La motivación viene a ser como el timón de un barco. Cuando no existe, el barco se mueve a merced de los vientos. Y el alegato de la fiscalía viene a ser algo parecido.

Palabras que se lleva el viento.

Metí las manos en los bolsillos y posé la vista en mis pies. Conté hasta tres mentalmente, levanté la cabeza y miré a Furlong.

—Este caso en realidad tiene que ver con el dinero. Con la oleada de desahucios que está teniendo lugar por todo el país. No estamos hablando de un simple acto de venganza. Estamos hablando del asesinato frío y premeditado de un hombre que amenazaba con revelar la corrupción existente entre los bancos y los agentes encargados de llevar a cabo sus desahucios. Todo lo que rodea este caso tiene que ver directamente con el dinero, con los que tienen el dinero y no están dispuestos a perderlo por nada del mundo... Aunque tengan que llegar al asesinato.

Callé de nuevo; descargué el peso de mi cuerpo sobre el otro pie, y mis ojos fueron de un miembro del jurado al siguiente hasta detenerse en una mujer llamada Esther Marks. Sabía que era madre soltera y que trabajaba como secretaria en el distrito comercial. Seguramente ganaba menos dinero que los varones que hacían su mismo trabajo, e intuía que se mostraría algo comprensiva con mi cliente.

—A Lisa Trammel le tendieron una trampa para que fuera acusada de un crimen que no ha cometido. Lisa fue la cabeza de turco. El chivo expiatorio. Porque había estado protestando contra las despiadadas y fraudulentas prácticas del banco en lo referente a los desahucios. Su lucha le acarreó una orden de alejamiento. Las mismas razones que la convertían en sospechosa a ojos de unos investigadores perezosos hacían de ella la perfecta cabeza de turco. Y se lo vamos a demostrar.

Todas las miradas estaban puestas en mí. Había captado toda su atención.

—Las pruebas de la fiscalía no se van a sostener —afirmé—. Vamos a rebatirlas una tras otra. Les recuerdo que van a tener que tomar su decisión atendiendo a una medida de culpabilidad más allá de toda duda razonable. Les pido que pongan mucha atención y que piensen por ustedes mismos. Si lo hacen, les prometo que al final van a tener dudas razonables para dar y regalar. Hasta el punto de que solo tendrán una única pregunta que hacerse. ¿Por qué? ¿Por qué acusaron del crimen a esta mujer? ¿Por qué la hicieron pasar por todo esto?

Hice una última pausa, asentí con la cabeza y les di las gracias por su atención. Fui hasta mi silla y me senté. Lisa se acercó y me puso la mano sobre el brazo, como dándome las gracias por haber acudido en su ayuda. Se trataba de otro de los gestos que habíamos estado coreografiando. Era puro teatro, pero aun así me gustó.

El juez anunció un descanso de un cuarto de hora antes de que los testigos pasaran a declarar. La sala empezó a vaciarse, pero me quedé sentado a la mesa de la defensa. Mi alegato inicial me había insuflado nuevas fuerzas. La fiscalía iba a llevar la voz cantante durante las siguientes jornadas, pero Freeman ya estaba avisada de que iba a por ella.

—Gracias, Mickey —dijo Lisa Trammel, mientras se levantaba para salir al vestíbulo en compañía del recién llegado Herb Dahl.

—Aún no me las dé —respondí.

Concluido el descanso, Andrea Freeman llamó a declarar a los que yo denominaba testigos «de calentamiento». Sus declaraciones solían ser espectaculares, pero no lograban establecer la culpabilidad o inocencia del acusado. Solo comparecían para ayudar al ministerio fiscal a reforzar la estructura de sus argumentaciones, a fin de preparar el escenario para las pruebas y declaraciones que vendrían después.

La primera testigo fue una recepcionista del banco llamada Riki Sanchez, la mujer que había encontrado el cadáver de la víctima en el aparcamiento del edificio. Su función consistía en ayudar al establecimiento del momento de la muerte y transmitir el horror del asesinato a los impresionables miembros del jurado.

Sanchez llegaba todos los días al trabajo en coche desde su casa en Santa Clarita Valley, de modo que por las mañanas seguía una rutina muy estricta. Según indicó, casi siempre llegaba al aparcamiento del banco a las nueve menos cuarto, lo que le daba diez minutos para aparcar el coche, dirigirse a la entrada de los empleados y estar sentada en su escritorio a las nueve menos cinco, lista para la apertura de puertas a las nueve en punto.

Sanchez añadió que el día del asesinato siguió esa misma rutina y encontró una plaza de aparcamiento libre situada a unas diez de distancia del espacio reservado a Michell Bondurant. Se bajó del coche, lo cerró y fue andando hacia el paso elevado que conectaba el aparcamiento con el edificio del banco. Entonces fue cuando descubrió el cadáver. Lo primero que vio fue el café derramado en el suelo, luego el maletín abierto a un lado y, finalmente, el cuerpo de Mitchell Bondurant, ensangrentado y tumbado de bruces sobre el hormigón.

Sanchez se arrodilló junto al cuerpo y comprobó si todavía estaba vivo; por último, cogió el móvil de su bolso y llamó a emergencias, al 911.

Es poco común que un abogado pueda sacarle partido a uno de estos testigos de calentamiento. Sus declaraciones suelen ser muy fragmentarias y raramente aportan algo en cuanto a la culpabilidad o la inocencia del acusado. Pero nunca se sabe. Cuando me llegó el turno de interrogar a la señorita Sanchez, decidí probar suerte con unas cuantas preguntas con doble intención.

—Bien, señorita Sanchez, nos ha contado su rutina precisa de todas las mañanas, pero, por lo que entiendo, esa rutina matinal se desbarata en el momento en que entra usted en el aparcamiento del banco, ¿no le parece?

—Creo que no le entiendo bien.

—Quiero decir que no tiene ninguna plaza asignada en el aparcamiento, así que allí ya no hay rutina que valga. Usted entra en el aparcamiento y tiene que ponerse a buscar una plaza libre, ¿no es así?

—Bueno, más o menos. El banco aún no está abierto, así que siempre hay muchas plazas libres. Por lo general subo al segundo piso y aparco en la misma zona en la que lo hice aquella mañana.

—Muy bien. ¿Alguna vez antes había entrado a trabajar en compañía del señor Bondurant?

—No; él solía llegar antes que yo.

—Ya. Y el día que encontró el cadáver del señor Bondurant, ¿en qué lugar del aparcamiento vio a la acusada, Lisa Trammel?

Se detuvo, como si la pregunta tuviera truco. Lo tenía.

—Yo... La verdad es que no la vi.

—Gracias, señorita Sanchez.

La siguiente en declarar fue la operadora del 911 que recibió la llamada a las ocho y cincuenta y dos de esa mañana. Se llamaba LeShonda Gaines, y su testimonio tenía la función primordial de sacar a colación la grabación de la llamada efectuada por Sanchez. La reproducción en la sala de dicha llamada constituía una maniobra tan espectacular como innecesaria, pero el juez la había autorizado a pesar de mi objeción formulada antes del juicio. Freeman entregó las transcripciones de la llamada a los miembros del jurado, al juez y a la defensa, y procedió a reproducir la grabación.

GAINES: Novecientos once. ¿Nos llama por una emergencia?

SANCHEZ: Hay un hombre en el suelo... ¡Creo que está muerto! Está cubierto de sangre y no se mueve.

GAINES: ¿Cómo se llama usted, señorita?

SANCHEZ: Riki Sanchez. Estoy en Sherman Oaks, en el aparcamiento del WestLand National. (pausa)

GAINES: ¿En Ventura Boulevard?

SANCHEZ: Sí. ¿Van a mandar a alguien?

GAINES: La policía y la ambulancia están en camino.

SANCHEZ: Me parece que está muerto. Hay mucha sangre.

GAINES: ¿Sabe de quién se trata?

SANCHEZ: Creo que es el señor Bondurant, pero no estoy segura. ¿Quiere que le dé la vuelta al cuerpo?

GAINES: No, espere a que llegue la policía. ¿Está usted en peligro, señorita Sanchez? (pausa)

SANCHEZ: Eh, creo que no. Por aquí no hay nadie más.

GAINES. Muy bien. Haga el favor de esperar a la policía y de no mantener ocupada esta línea.

No me molesté en hacer preguntas ni traté de sembrar dudas. La defensa aquí no tenía nada que ganar.

Freeman me vino con la primera de sus sorpresas después de la declaración de Gaines. Yo esperaba que a continuación compareciera el primer policía que llegó al escenario del crimen. Que Freeman le haría declarar sobre su llegada al lugar y mostrar al jurado las fotos que habían tomado. Pero lo que hizo fue llamar a Margo Schafer, la testigo presencial que situaba a Trammel en las inmediaciones del lugar de los hechos. Al momento comprendí la estrategia de la fiscal. En lugar de hacer que los miembros del jurado se fueran a almorzar con las fotografías de la escena del crimen en la mente, lo que quería era que se marcharan impresionados por la primera comparecencia significativa en el juicio. La primera declaración que relacionaba a Trammel con el asesinato.

El plan era bueno, pero Freeman no estaba al corriente de lo que yo sabía sobre su testigo. Esperaba poder interrogarla antes de la hora del almuerzo.

Schafer era una mujer pequeña, y parecía nerviosa y pálida en el momento de subir a declarar. Tuvo que bajar el soporte del micrófono para ponerlo a su altura.

Con varias preguntas directas Freeman le hizo contar a Schafer que era cajera en el banco y que había vuelto a trabajar a la entidad cuatro años atrás, después de haberse dedicado unos años a cuidar de sus hijos. Schafer no tenía ninguna ambición de ascender en el banco. Sencillamente, disfrutaba con la responsabilidad derivada de su empleo y con la interacción con los clientes.

Después de hacer unas cuantas preguntas personales más con la intención de que el jurado mirase a Schafer con simpatía, Freeman fue directamente al grano y preguntó a la testigo por la mañana del asesinato.

—Esa mañana llegaba con retraso —explicó Schafer—. Se supone que a las nueve tengo que estar en la ventanilla. Lo primero que hago es ir a la cámara acorazada, retirar los fondos asignados a mi ventanilla y firmar un recibo. Así que a menos cuarto normalmente ya estoy en el banco. Pero esa mañana había embotellamiento en Ventura Boulevard, debido a un accidente de tráfico.

—¿Recuerda con cuánto retraso llegaba exactamente, señora Schafer? —preguntó Freeman.

—Sí. Diez minutos exactos. No hacía más que mirar el reloj en el salpicadero, por este motivo recuerdo que llegaba con diez minutos exactos de retraso.

—Entendido. ¿Y al llegar al banco vio alguno inusual, algo que le resultara preocupante?

—Sí.

—¿Qué fue lo que vio?

—Vi que Lisa Trammel estaba andando por la acera, alejándose del banco.

Me levanté y protesté, con el argumento de que la testigo no tenía forma de saber de dónde estaba alejándose la persona a la que creía haber reconocido como Lisa Trammel. El juez estuvo de acuerdo y aceptó la protesta.

—¿Hacia dónde se dirigía la señorita Trammel? —preguntó Freeman.

—Hacia el este.

—¿Y dónde se encontraba en relación con el banco?

—A media manzana de distancia del banco en dirección este.

—De forma que estaba andando en sentido contrario al lugar donde se encuentra el banco, ¿es eso?

—Sí, correcto.

—¿A cuánta distancia se encontraba de ella cuando la vio?

—Yo iba en dirección oeste por Ventura por el carril izquierdo, porque tenía la intención de girar y entrar por la puerta del garaje. Así que Trammel estaba tres carriles más allá de donde me encontraba yo.

—Usted estaba con la vista puesta en el tráfico, ¿no?

—No. Cuando me fijé en ella estaba parada ante un semáforo.

—De modo que estaba en ángulo recto con usted cuando la vio, ¿correcto?

—Sí, justo al otro lado de la calle.

—¿Y cómo supo que esa mujer era la acusada, Lisa Trammel?

—Porque hay una foto suya colgada en la sala de los empleados y en el subterráneo de las cámaras acorazadas. Además, tres meses antes ya habían enseñado su foto a los empleados.

—¿Por qué se la enseñaron?

—Porque el banco había conseguido que le impusieran una orden de alejamiento prohibiéndole acercarse a menos de treinta metros del edificio. Nos enseñaron la foto y nos dijeron que diéramos parte de inmediato si la veíamos por los alrededores del banco.

—¿Puede decirle al jurado a qué hora exacta vio a Lisa Trammel andando por la acera en dirección este?

—Sí, me acuerdo de la hora exacta porque llegaba con retraso. Eran las ocho y cincuenta y cinco.

—De modo que Lisa Trammel, a las ocho cincuenta y cinco, estaba andando en dirección este, en sentido contrario a donde se encuentra el banco, ¿correcto?

—Sí, correcto.

Freeman hizo unas cuantas preguntas más, todas ellas destinadas a indicar que Lisa Trammel estaba a tan solo media manzana del banco pocos minutos después de que hubiera sido efectuada la llamada al 911 avisando del asesinato. A las once y media, finalmente, la fiscal terminó con la testigo, y el juez me preguntó si prefería almorzar pronto y proceder a mi contrainterrogatorio más tarde.

—Señoría, creo que con media hora me bastará para cerrar este asunto. Prefiero hacer las preguntas ahora. Estoy preparado.

—Muy bien, señor Haller. En tal caso, adelante.

Me levanté y fui hacia el atril situado entre la mesa del ministerio fiscal y la tribuna del jurado. Llevaba conmigo un cuaderno grande y dos tableros de

exposición, encarados el uno frente al otro de tal forma que no era posible ver lo que decían. Los dejé en el suelo, apoyados contra un lado del atril.

—Buenos días, señora Schafer.

—Buenos días.

—En su declaración ha mencionado que aquella mañana llegaba tarde por culpa de un accidente de tráfico, ¿correcto?

—Sí.

—¿Llegó a ver el lugar del accidente mientras iba en coche al banco?

—Sí. Estaba justo al oeste de Van Nuys Boulevard. Una vez rebasé el lugar del accidente, el tráfico empezó a ser fluido.

—¿A qué lado de Ventura?

—Ese era el problema. Se había producido en uno de los carriles en dirección este, pero todo el mundo reducía la velocidad para mirar lo sucedido.

Hice una anotación en el cuaderno y cambié de tercio.

—Señora Schafer, he advertido que la fiscal ha olvidado preguntarle si la señorita Trammel llevaba un martillo en la mano cuando reparó en su presencia en la acera. No vio que llevara ningún martillo, ¿verdad?

—No, no lo vi. Pero sí que llevaba una bolsa de la compra bastante grande, lo suficiente para esconder un martillo dentro.

Era la primera vez que oía hablar de una bolsa de la compra. Nadie la había mencionado en el momento de la exhibición de pruebas. Schafer, en su papel de testigo servicial, estaba introduciendo nuevos elementos. O eso creía.

—¿Una bolsa de la compra? ¿Se acuerda de si mencionó esa bolsa de la compra durante sus entrevistas con la policía o con la fiscal de este caso?

Schafer lo pensó un momento.

—No estoy segura. Puede que no.

—Entonces, por lo que recuerda, la policía ni siquiera le preguntó si la acusada llevaba algo en la mano.

—Creo que es correcto.

No sabía qué significaba aquello, ni siquiera si significaba algo. Pero opté por olvidarme de la bolsa de la compra por el momento y pasar a otra cuestión. Nunca conviene que el testigo sepa adónde quieres ir a parar.

—Y bien, señora Schafer, hace unos minutos ha dicho que se encontraba a tres carriles de la acera en la que supuestamente vio a la acusada. Pero diría que se ha equivocado al hacer el cálculo, ¿no le parece?

Este segundo cambio abrupto en la dirección del interrogatorio hizo que vacilara un momento.

—Eh... No, no lo creo.

—Bien. ¿En qué cruce se encontraba usted cuando la vio?

—En el de Cedros Avenue.

—En Ventura hay dos carriles en dirección este, ¿no es así?

—Sí.

—Y al llegar a Cedros hay otro carril para girar, ¿verdad?

—Exacto. Tres carriles en total.

—¿Y qué me dice del carril de aparcamiento?

Schaefer me miró como diciendo: «Vamos, por favor».

—Eso no es un carril.

—Bueno, es un espacio existente entre usted y la mujer que describe como Lisa Trammel, ¿no?

—Si usted lo dice. Creo que está forzando mucho las cosas.

—¿En serio? A mí me parece que solo estoy siendo preciso. ¿O no lo ve así?

—Yo creo que casi todo el mundo diría que entre ella y yo había tres carriles de tráfico.

—Bueno, y el reservado al estacionamiento, que de hecho es incluso un poco más ancho, ¿correcto?

—De acuerdo. Ya que está usted tan puntilloso, digamos que había cuatro carriles. Me he equivocado.

Era una rectificación hecha con desdén, por no decir con amargura, y estaba seguro de que el jurado se daba cuenta de quién era el puntilloso en ese aspecto.

—Por consiguiente, lo que ahora está diciéndonos es que cuando supuestamente vio a Lisa Trammel en realidad se encontraba a cuatro carriles de la acera, y no a los tres que ha declarado hace un momento, ¿correcto?

—Correcto. Ya le he dicho que me he equivocado.

Hice una anotación en el cuaderno que en realidad no significaba nada; mi intención era que los miembros del jurado pensasen que estaba llevando un recuento de algún tipo. A continuación cogí los dos tableros, los separé y escogí uno de ellos.

—Señor juez, me gustaría mostrar a la testigo una fotografía del lugar del que estamos hablando.

—¿El ministerio fiscal la ha visto?

—Señoría, la fotografía aparece en el disco compacto con la pruebas presentadas en el momento de la exhibición. Es verdad que no he proporcionado un tablero específico a la señorita Freeman, pero ella tampoco me lo ha pedido.

Freeman no puso ninguna objeción, y el juez me dijo que continuara, no sin antes remarcar que el tablero era la prueba de la defensa número 1 A. Coloqué un caballete en un lugar situado a medio camino entre la testigo y la tribuna del jurado. La fiscalía tenía previsto utilizar las pantallas en las paredes a la hora de presentar las pruebas, y yo también haría lo mismo más adelante, pero en ese caso quería hacerlo según el método tradicional. Puse el tablero sobre el caballete y volví a situarme tras el atril.

—Señora Schafer, ¿reconoce la fotografía que acabo de poner en el atril?

La imagen medía casi un metro de ancho y otro de alto, y mostraba el tramo de las dos manzanas de Ventura Boulevard que nos interesaba. Solo nos había costado el precio de la ampliación y de la fijación al tablero.

—Sí. Parece ser una vista aérea de Ventura Boulevard... Se ve el banco, y también el cruce con Cedros Avenue a una manzana de distancia más o menos.

—En efecto, es una vista aérea. ¿Sería tan amable de acercarse y marcar con el rotulador que hay en el caballete el punto en el que cree que vio a Lisa Trammel?

Schafer miró al juez como pidiéndole permiso. Perry asintió con la cabeza. Schafer fue hacia el caballete, cogió el rotulador negro que había en la parte inferior y trazó un círculo en la acera, a media manzana de distancia de la entrada del banco.

—Gracias, señora Schafer. Y ahora, ¿tendría la amabilidad de señalar para el jurado el punto donde estaba su coche cuando miró por la ventanilla y creyó ver a Lisa Trammel?

Marcó un punto en el carril que daba la impresión de estar a por lo menos tres plazas de automóvil del paso de peatones situado enfrente.

—Gracias, señora Schafer. Puede volver a sentarse en su sitio.

Schafer dejó el rotulador en el saliente del caballete y fue a ocupar su silla.

—Y bien, ¿cuántos coches diría que estaban por delante de usted, esperando a que el semáforo se pusiera en verde?

—Por lo menos dos. Es posible que tres.

—¿Y que me dice del carril para girar situado inmediatamente a su izquierda? ¿Había algún otro coche esperando para poder girar?

Schafer esperaba que le hiciera aquella pregunta y no estaba dispuesta a permitir que la confundiera.

—No. Desde donde estaba veía la acera perfectamente.

—¿Está diciéndonos que, en plena hora punta, no había un solo coche esperando en el carril de desvío para ir al trabajo?

—No había ninguno a mi lado, pero yo estaba dos o tres coches por detrás. Es posible que hubiera alguien esperando para girar, pero no al lado de mi coche.

Pedí permiso al juez para enseñar el segundo tablero, la prueba de la defensa número 1B. Perry me dio su autorización, y puse el tablero en el caballete. Se trataba de otra ampliación, pero la fotografía había sido tomada a pie de calle. La había hecho Cisco desde la ventanilla del coche mientras esperaba ante el semáforo del carril central en dirección sur de Ventura Boulevard con Cedros Avenue a las nueve menos cinco de un lunes, un mes después del asesinato.

En la esquina inferior derecha de la imagen aparecían la fecha y la hora precisas.

Desde donde me encontraba, pedí a Schafer que describiera lo que estaba viendo.

—Es una foto tomada en ese mismo lugar, a pie de calle. Ahí está Danny's Deli. A veces vamos a almorzar ahí.

—Sí. ¿Sabe usted si Danny's está abierto a la hora de desayunar?

—Sí que lo está.

—¿Alguna vez ha desayunado allí?

Freeman se levantó para protestar.

—Señoría, no veo que todo esto tenga algo que ver con la declaración de la

testigo o los elementos del juicio.

Perry me miró.

—Si su señoría me concede un momento, la relevancia pronto se hará evidente.

—Adelante, pero no pierda el tiempo.

Volví a concentrarme en Schafer.

—¿Alguna vez ha desayunado en Danny's, señora Schafer?

—No, nunca he ido a desayunar allí.

—Pero sabe que el local suele llenarse a la hora del desayuno, ¿correcto?

—Tampoco puedo saberlo.

No era la respuesta que andaba buscando, pero me resultaba conveniente. Schafer por primera vez estaba mostrándose claramente evasiva, haciendo lo posible por eludir la respuesta obvia. Los miembros del jurado más observadores empezaban a verla, no ya como una testigo imparcial, sino como una mujer que se negaba a apartarse de la línea trazada por la fiscal.

—Permita que le haga otra pregunta. ¿Qué otros establecimientos de la zona están abiertos antes de las nueve de la mañana?

—Por lo general son tiendas que abren más tarde. En la foto aparecen los rótulos.

—¿Y cómo explica el hecho de que todas y cada una de las plazas de aparcamiento junto a la acera estén ocupadas? ¿Pueden ser los clientes de Danny's Deli?

Freeman volvió a protestar, con el argumento de que la testigo no tenía manera de saber la respuesta a la pregunta. El juez le dio la razón y me instó a pasar a otra cosa.

—Volvamos al lunes por la mañana a las ocho cincuenta y cinco, el momento en que dice haber visto a la señorita Trammel a cuatro carriles de distancia. ¿Recuerda cuántos coches estaban aparcados a lo largo del bordillo frente a Danny's?

—No, no me acuerdo.

—Hace unos momentos ha declarado, y si quiere puedo hacer que se lo lean, que vio a Lisa Trammel con total claridad. ¿Está diciéndonos que no había coches aparcados en el carril de estacionamiento?

—Es posible que hubiera algunos, pero yo la vi perfectamente.

—¿Y qué me dice de los carriles de circulación? ¿También estaban despejados?

—Sí. Pude verla bien.

—Antes ha dicho que llegaba tarde porque el tráfico en dirección oeste avanzaba muy lentamente debido al accidente, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces, ¿hasta qué punto estaban congestionados los carriles situados hacia el este si los carriles situados al oeste se encontraban tan atestados de coches como para llegar al trabajo con diez minutos de retraso?

—No me acuerdo bien, la verdad.

Una respuesta perfecta. Perfecta para mí. Un testigo poco fiable siempre le viene bien la defensa.

—Señora Schafer, ¿no es verdad que tuvo que mirar a través de dos carriles con tráfico intenso —y de un carril de estacionamiento lleno de coches— para ver a la acusada en la acera?

—Lo único que sé es que la vi. Estaba allí.

—Y según nos dice, incluso vio que llevaba una gran bolsa de la compra en la mano, ¿cierto?

—Cierto.

—Una bolsa de la compra, ¿de qué tipo?

—Una bolsa con asas, de las que te dan en unos grandes almacenes.

—¿De qué color era esa bolsa?

—De color rojo.

—¿Y pudo ver si estaba llena o vacía?

—Eso no pude verlo.

—¿La acusada llevaba la bolsa a un lado o por delante del cuerpo?

—A un lado. La llevaba en una mano.

—Parece que se fijó usted mucho en esa bolsa. ¿Estaba mirando la bolsa o el rostro de la mujer que la llevaba en la mano?

—Tuve tiempo de mirar las dos cosas.

Sacudí la cabeza y miré mis anotaciones.

—Señora Schafer, ¿usted sabe cuál es la estatura de la señorita Trammel?

Me giré hacia mi cliente y, con un gesto, le indiqué que se levantara. Seguramente tendría que haber pedido permiso al juez antes, pero la cosa iba bien y no quería más distracciones. Perry no dijo nada.

—No tengo ni idea —respondió Schafer.

—¿Me creerá si le digo que solo mide un metro sesenta?

Le hice un gesto a Lisa con la cabeza y volvió a tomar asiento.

—Lo creo, sí.

—Mi cliente apenas mide uno sesenta, ¿y usted la vio a través de cuatro carriles llenos de coches?

Freeman protestó, como era de esperar. Perry le dio la razón, pero no necesitaba que Schafer respondiera para que quedara clara mi intención. Miré el reloj y vi que eran las doce menos dos minutos, así que disparé mi último torpedo.

—Señorita Schafer, ¿podría mirar la fotografía y señalar el punto exacto de la acera en el que se ve a la acusada?

Todas las miradas se dirigieron a la ampliación fotográfica. El carril de aparcamiento estaba absolutamente lleno de coches, por lo resultaba imposible identificar a los peatones que en ese momento andaban por la acera. Freeman se levantó de un salto y protestó, con el argumento de que la defensa estaba tratando de manipular a la testigo y al tribunal. Perry nos pidió que nos acercáramos al estrado. Y se mostró muy severo conmigo.

—Señor Haller, ¿la acusada aparece en esa foto, sí o no?

—No, señoría.

—En tal caso está tratando de engañar a la testigo. Y no voy a permitir que esto suceda en esta sala. Quite esa foto de ahí.

—Señoría, no estoy tratando de engañar a nadie. La testigo sencillamente podría decir que la acusada no aparece en la foto. Pero está claro que no puede ver a los peatones situados al otro lado de los coches, y lo único que quiero es dejar claro...

—Lo que usted quiera no me importa. Quite esa foto de ahí, y si vuelve a venirme con otra jugada parecida, se encontrará con un cargo de desacato al final de este juicio. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

—Señoría —dijo Freeman—. Sería conveniente explicar al jurado que la acusada no aparece en la foto.

—De acuerdo. Vamos a ello.

Fui hacia el atril y quité los tableros del caballete.

—Señoras y señores del jurado —dijo Perry—. Que quede constancia de que la acusada no aparece en la fotografía mostrada por la defensa.

No me parecía mal que el juez informase al respecto. Yo me había salido con la mía. El hecho de que fuera necesario explicarle al jurado que Lisa no estaba en la foto subrayaba lo muy difícil que tenía que haber sido ver e identificar a una persona que pasara por aquella acera.

El juez me invitó a proseguir con el contrainterrogatorio. Acerqué la cabeza al micrófono y dije:

—No tengo más preguntas que hacer.

Me senté y puse los tableros con las fotos en el suelo, bajo la mesa. Me habían sido útiles. A pesar de la bronca del juez, la cosa había merecido la pena. Siempre la merece si consigues llegar a donde querías.

Lisa Trammel estaba eufórica por el contrainterrogatorio al que acababa de someter a Margo Schafer. Incluso el propio Herb Dahl no pudo reprimirse y me felicitó mientras el juicio quedaba pospuesto hasta después del almuerzo. Les recomendé que no se dejaran llevar por el entusiasmo. Estábamos al comienzo del juicio, y los testigos como Schafer por lo general eran los más fáciles de manejar y de dejar en evidencia ante un jurado. Pero nos esperaban testigos y jornadas más difíciles de ahí en adelante. Podían darlo por seguro.

—Me da igual —dijo Lisa—. Lo ha hecho usted de maravilla, y esa zorra mentirosa se ha llevado lo que se merecía.

La invectiva rebosaba tal odio que me hizo guardar silencio un momento antes de responder.

—La fiscal sigue teniendo la posibilidad de mejorar su credibilidad o matizar sus respuestas después del almuerzo.

—Ya. Pero luego usted puede volver a destrozarla otra vez.

—Bueno... Eso de destrozar a la gente no es lo mío. Yo no suelo...

—¿Le apetece comer con nosotros, Mickey?

Lisa enfatizó la pregunta rodeando a Dahl con el brazo, evidenciando de una vez lo que yo llevaba tiempo imaginando: que les unía algo más que los negocios.

—Por aquí no hay ningún lugar que merezca la pena —agregó—. Estamos pensando en bajar a Ventura Boulevard y buscar otro sitio. Quizá podríamos probar en Danny's Deli.

—Gracias, pero no. Tengo que volver a la oficina y reunirme con mis colaboradores. No han venido porque no han podido. Están trabajando, y necesito saber qué es lo que han encontrado.

Lisa me miró de tal forma que supe que no me creía. Aunque tampoco me importaba demasiado. Yo era su representante legal en el juicio, pero eso no suponía que tuviera que comer con ella y con el hombre que —estaba seguro— tenía planeado desplumarla por completo, a pesar de su idilio amoroso, por llamarlo de algún modo. Salí del juzgado por mi cuenta y fui andando a mi despacho en el Victory Building.

Lorna se había acercado hasta la competencia del Danny's, la Jerry's Famous Deli de Studio City, mucho mejor, y había vuelto con unos emparedados de pechuga de pavo con ensalada de col. Di cuenta del mío sentado a la mesa, mientras les contaba a Cisco y a Bullocks lo que había sucedido aquella mañana en el juzgado. A pesar de las reservas que me suscitaba mi cliente, estaba bastante satisfecho del contrainterrogatorio con Schafer. Le di las gracias a Bullocks por haberse ocupado de los tableros de exposición, que a mi entender habían impresionado al jurado. No hay nada mejor que un elemento visual para sembrar dudas sobre un supuesto testigo presencial.

Terminé de contarles lo sucedido en el juicio y les pregunté qué habían hecho ellos. Cisco respondió que todavía estaba examinando con lupa la investigación de la policía, buscando errores de procedimiento por parte de los detectives que pudieran ser utilizados contra Kurlen durante el contrainterrogatorio.

—Bien, porque voy a necesitar toda la munición disponible —dije—. Bullocks, ¿algo nuevo por tu parte?

—Me he pasado casi toda la mañana revisando los documentos de la ejecución hipotecaria. Quiero tenerlo todo perfectamente atado cuando me llegue el turno.

—De acuerdo, pero creo que te queda tiempo por delante. Sospecho que la defensa no va a empezar hasta la semana que viene. Parece que Freeman está tratando de llevar el caso con cierto ritmo y empuje, pero su lista de testigos es larga, y no creo que estén ahí solo para hacer bonito.

Los fiscales y los abogados defensores suelen rellenar sus listas de testigos a fin de pillar por sorpresa al contrario en cuanto al orden de las comparencias y la verdadera importancia de cada uno de los llamados a declarar. No me parecía que Freeman estuviera aplicando un subterfugio de esos. Cada uno de los nombres que aparecían en su lista tenía algo importante que aportar durante el juicio.

Empapé mi sándwich en un manchurrón de salsa mil islas pegado al papel del envoltorio. Aronson señaló uno de los tableros de exposición que había traído de vuelta del juzgado. Era el de la foto a pie de calle con la que había tratado de desconcertar a Margo Schafer.

—Una jugada un poco arriesgada, ¿no? ¿Y si Freeman no hubiera protestado?

—Sabía que iba a protestar. Y si no lo hubiera hecho, el juez lo habría hecho por ella. No les gusta que intentes jugar con un testigo de esa forma.

—Ya. Pero entonces el jurado se da cuenta de que estás mintiendo.

—No estaba mintiendo. Le hice una pregunta muy simple a la testigo: si podía ver a Lisa en la foto. En ningún momento dije que Lisa saliera en la foto. Si le hubieran dado la oportunidad de responder, su respuesta habría sido que no. Y punto.

Aronson frunció el ceño.

—Acuérdate de lo que te dije, Bullocks. Olvídate para siempre de la mala conciencia. En este caso tenemos que ir a por todas. Yo se la he jugado a Freeman, y ella está tratando de jugármela a mí. Quizá me la haya jugado ya, sin que yo me haya enterado de nada. Me he arriesgado, y el juez me ha pegado un pequeño rapapolvo. Pero mientras me acercaba al estrado, me he dado cuenta de que todos los miembros del jurado estaban mirando esa foto, diciéndose que era muy difícil que Margo Schafer pudiera haber visto lo que dice que vio. Así es como funcionan las cosas. Hay que ser frío y calculador. A veces te apuntas un tanto, pero en la mayoría de las ocasiones no lo consigues.

—Lo sé —dijo con desdén—. Pero no por ello tiene que gustarme.

—No, no tiene por qué.

Después del almuerzo, Freeman me sorprendió al no hacer comparecer de nuevo a Margo Schafer para enmendar los daños del conainterrogatorio. Me dije que seguramente tenía algo planeado para más adelante, algo que haría más creíble el testimonio de Schafer. Lo que hizo fue llamar a declarar al sargento del Departamento de Policía de Los Ángeles David Covington, el primer policía en llegar a la sede del WestLand National después de que Riki Sanchez llamara al 911.

Covington era un veterano experimentado y un sólido testigo de la fiscalía. En el tono preciso —y no muy alegre— de quien ha visto más cadáveres y ha hecho más declaraciones al respecto de las que puede recordar, explicó su llegada al lugar de los hechos, donde estableció que la víctima había sido asesinada. Según añadió, a continuación cerró el acceso a todo el aparcamiento, agrupó a Riki Sanchez y a los demás posibles testigos y acordonó con precinto policial el lugar donde se encontraba el cadáver.

El testimonio de Covington condujo a la presentación de las fotografías de la escena del crimen, proyectadas con toda su sangrienta gloria en dos pantallas planas del juzgado. Eran estas imágenes, más que la declaración misma del policía, las que corroboraban la existencia de un asesinato, requisito necesario para condenar a la acusada.

Durante una escaramuza previa al juicio había tenido cierto éxito con aquellas fotos de la escena del crimen. Me mostré en desacuerdo con su exhibición en el proceso y, en especial, con la forma en que la fiscalía tenía previsto mostrarlas: con grandes ampliaciones dispuestas sobre caballetes situados ante la tribuna del jurado. Alegué que una cosa así perjudicaría a mi cliente. Las fotos de víctimas de asesinatos siempre resultan impactantes y provocan fuertes reacciones emocionales. El deseo de castigar duramente a los responsables forma parte intrínseca de la naturaleza humana. Es frecuente que la visión de unas fotografías predisponga a un jurado contra el acusado, con independencia de las pruebas reales que puedan vincularlo con el crimen. Perry optó por una solución salomónica. Limitó a cuatro el número de fotos que la fiscalía podría exhibir y ordenó a Freeman que las mostrara en las dos pantallas planas que había en las paredes de la sala, lo que reducía considerablemente el tamaño de las imágenes. Algo había ganado al objetar, pero a la vez tenía claro que las imposiciones del juez no atenuarían la respuesta visceral de los miembros del jurado. La fiscalía seguía ganando.

Freeman escogió las cuatro fotos que mostraban mayor cantidad de sangre y el lastimoso ángulo en que el rostro de Bondurant se había estrellado contra el suelo de hormigón del aparcamiento.

Durante el conainterrogatorio me concentré en una foto en particular e hice lo posible para que el jurado pensara en otra cosa que no fuera la necesidad de vengar al muerto. La mejor forma de hacerlo consiste en formular preguntas. Si las preguntas

quedan sin responder, entonces he hecho bien mi trabajo.

Con el permiso del juez, utilicé el mando a distancia de la proyección para eliminar tres de las fotografías de las pantallas, dejando solo una.

—Sargento Covington, quisiera llamar su atención sobre la foto que estamos viendo. Creo que está etiquetada como prueba de la fiscalía número tres. ¿Puede decirme qué es lo que vemos en primer término en la imagen?

—Sí. Un maletín abierto.

—Muy bien. ¿Así fue como lo encontró cuando llegó al lugar de los hechos?

—Sí.

—¿Estaba abierto, tal y como aparece en la foto?

—Sí.

—Entendido. ¿Trató usted de averiguar o preguntó a alguno de los testigos si alguien lo había abierto después de que encontraran el cadáver?

—Pregunté a la mujer que llamó al 911 si lo había abierto, y me dijo que no. Fue todo lo que hice. Preferí dejar el asunto en manos de los inspectores.

—Muy bien. Según ha declarado, lleva usted veintidós años trabajando como patrullero, ¿no es así?

—Sí, correcto.

—Habrás respondido a muchas llamadas del 911.

—Sí.

—¿Qué pensó al ver ese maletín abierto?

—Nada en especial. Solo que estaba en la escena del crimen.

—¿Su experiencia le llevó a pensar que además de un asesinato pudo haberse producido un robo?

—La verdad es que no. No soy inspector.

—Si el robo no fue uno de los motivos de este crimen, ¿cómo se explica que el asesino se tomara su tiempo para abrir el maletín de la víctima?

Freeman protestó antes de que Covington pudiera responder, con el argumento de que la pregunta iba más allá de la experiencia personal del testigo.

—El sargento Covington ha sido patrullero durante toda su carrera en la policía. No es inspector. Nunca ha investigado un robo.

El juez asintió con la cabeza.

—Tengo que darle la razón a la señorita Freeman, señor Haller.

—Señoría, es posible que el sargento Covington nunca haya trabajado como inspector, pero me parece claro que sí ha respondido a llamadas relacionadas con robos y ha puesto en práctica investigaciones preliminares. Creo que está perfectamente capacitado para responder a una pregunta sobre sus primeras impresiones al llegar a la escena del crimen.

—Sigo considerando oportuna la protesta. Pase a su siguiente pregunta.

Derrotado en esta cuestión, miré las anotaciones que acababa de tomar sobre Covington. Estaba bastante seguro de haber sugerido al jurado de forma convincente

la posibilidad del robo como motivo del asesinato, pero no quería dejar la cosa ahí. Decidí probar suerte con un farol.

—Sargento, después de haber acudido a la llamada del 911 e inspeccionado el lugar de los hechos, ¿pidió que acudieran investigadores, forenses y especialistas científicos?

—Sí, llamé a la central, confirmé que se trataba de un asesinato y pedí que la comisaría de Van Nuys me prestara el apoyo habitual en estos casos.

—¿Y la escena del crimen estuvo bajo su responsabilidad hasta que llegaron?

—Sí, es lo normal en estos casos. Después traspasé la custodia de la escena del crimen a los investigadores. Al inspector Kurlen, para ser exactos.

—Muy bien, y en ese momento, ¿habló con Kurlen u otros policías sobre la posibilidad de que el asesinato se debiera a un intento de robo?

—No, en absoluto.

—¿Está seguro, sargento?

—Completamente.

Hice una anotación en mi cuaderno. Un garabato sin sentido, con el que solo pretendía llamar la atención del jurado.

—No tengo más preguntas.

Una vez que Covington se hubo marchado, prestó declaración uno de los camilleros alertados por el 911 y confirmó que la víctima estaba muerta cuando llegaron al lugar de los hechos. El hombre no estuvo hablando ni cinco minutos; Freeman solo estaba interesada en confirmar la muerte, y por mi parte nada tenía que ganar con un contrainterrogatorio.

El siguiente en hablar fue el hermano de la víctima, Nathan Bondurant. Su declaración sirvió para confirmar la identidad del muerto, otro requisito necesario para una eventual condena. A la vez, Freeman se valió de él para despertar la emoción del jurado, igual que lo habían hecho las fotografías de la escena del crimen. Entre lágrimas, el hombre explicó que los inspectores le habían llevado a las dependencias del médico forense, donde identificó el cuerpo de su hermano menor. Freeman le preguntó por la última vez que le había visto con vida, y él respondió, de nuevo empañado en lágrimas, que habían ido juntos a ver un partido de los Lakers una semana antes del asesinato.

Por norma general, cuando alguien está llorando, es mejor dejarlo en paz. No suele ser útil interrogar a un familiar de la víctima, pero Freeman había entreabierto una puerta, y decidí cruzarla. El riesgo que corría era que los miembros del jurado me considerasen cruel si me extralimitaba en mis preguntas al afligido hermano del muerto.

—Señor Bondurant, siento mucho lo que le ha sucedido a su familia. Solo voy a hacerle unas preguntas rápidas. Ha mencionado que usted y su hermano fueron al partido de los Lakers una semana antes de que tuviera lugar este horrendo crimen. ¿De qué estuvieron hablando ese día?

—Eh, de muchas cosas. La verdad es que ahora mismo no me acuerdo muy bien.

—¿Solo estuvieron hablando de baloncesto y de los Lakers?

—No, claro que no. Éramos hermanos. Estuvimos hablando de muchas cosas. Él me preguntó por mis hijos, yo le pregunté si estaba saliendo con alguien. Cosas así.

—¿Y estaba saliendo con alguien?

—No, en ese momento no. Según me dijo, estaba muy ocupado con el trabajo.

—¿Qué más le contó sobre el trabajo?

—Solo me dijo que estaba muy ocupado. Que estaba al cargo del departamento de hipotecas y que la situación económica era mala. Que había muchos desahucios y demás. Tampoco me explicó demasiado.

—¿Le habló de sus propias inversiones inmobiliarias y de lo que estaba pasando con ellas?

Freeman protestó, alegando que la pregunta no era pertinente. Pedí hablarlo en un aparte, y el juez accedió. Fui al estrado y argumenté que ya había advertido al jurado de que no solo iba a desmontar la tesis de la fiscalía, sino que también iba a aportar datos que ofrecieran una teoría alternativa del asesinato.

—Esta es mi teoría alternativa, señoría. Bondurant tenía problemas financieros, y fueron sus esfuerzos por salir del agujero los que lo llevaron a la muerte. Por eso necesito que me autorice a contrastar mi teoría con cualquier testigo que llame a declarar el ministerio fiscal.

—Señor juez —intervino Freeman—, solo porque la defensa diga que algo es pertinente no significa que lo sea en realidad. El hermano de la víctima no tiene conocimiento directo de la situación económica o las inversiones hechas por Mitchell Bondurant.

—Señoría, si este es el caso, Nathan Bondurant puede decirlo con claridad, y entonces pasaré a otra cuestión.

—Entendido. Se deniega la protesta. Formule la pregunta, señor Haller.

Volví a mi lugar y pregunté otra vez al testigo.

—Habló muy poco del tema, sin entrar en detalles —respondió el testigo.

—¿Qué fue lo que le dijo exactamente?

—Solo que había invertido en unas propiedades que ahora tenían menos valor. No me dijo ni cuántas eran ni cuánto dinero había invertido. Fue todo lo que me contó.

—¿A qué se refería exactamente con eso de que las propiedades ahora tenían menos valor?

—Que debía más dinero de lo valían ahora las propiedades.

—¿Le contó si estaba tratando de venderlas?

—Me dijo que no podía venderlas de ningún modo sin hacer un negocio ruinoso.

—Gracias, señor Bondurant. No tengo más preguntas.

Freeman terminó con la ronda de testigos menores llamando a declarar a una mujer llamada Gladys Pickett, que se identificó como la cajera jefe de la sucursal del WestLand National de Sherman Oaks. Tras interesarse por sus funciones concretas en

el banco, Freeman pasó a formular las preguntas que le interesaban.

—Usted está al cargo de los cajeros del banco. ¿Cuántas personas responden ante usted, señora Pickett?

—Unas cuarenta en total.

—¿La señorita Margo Schafer es una de ellas?

—Sí, Margo es una de las cajeras a mi cargo.

—Me gustaría preguntarle por la mañana de la muerte de Mitchell Bondurant. ¿Margo Schafer fue a hablar con usted preocupada por alguna razón en particular?

—Sí lo hizo.

—Si es tan amable, ¿puede explicar al jurado cuál era esa razón?

—Margo vino y me dijo que había visto a Lisa Trammel a media manzana de distancia del banco, andando por la acera y alejándose de nuestro edificio.

—¿Por qué preocupaba aquello a Margo Schafer?

—Bueno, porque la foto de Lisa Trammel está colgada en la sala de los empleados, y nos habían dicho que informásemos a nuestros superiores si alguna vez veíamos a Lisa Trammel en las intermediaciones.

—¿Sabe cuál era la razón de aquellas instrucciones?

—Sí. El banco había conseguido una orden de alejamiento para que no pudiera acercarse a nuestra sede.

—¿Puede explicar al jurado a qué hora le dijo Margo Schafer que había visto a la señorita Trammel cerca del banco?

—Sí. Me lo dijo nada más llegar al trabajo. Fue lo primero que hizo.

—¿Lleva usted un registro de la hora a la que los cajeros llegan al trabajo?

—Sí. En el subterráneo de las cámaras acorazadas hay un papel en el que anotan la hora de llegada.

—La hora a la que bajan a recoger los fondos para sus cajas respectivas, ¿no es así?

—Sí, eso es.

—¿A qué hora anotó su llegada Margo Schafer el día en cuestión?

—A las nueve y nueve. Esa mañana llegó tarde.

—¿Y fue entonces cuando Margo Schafer le dijo que había visto a Lisa Trammel?

—Exactamente.

—¿Y en aquel momento, sabía usted que habían asesinado a Mitchell Bondurant en el aparcamiento?

—No, aún no lo sabía nadie, porque Riki Sanchez se quedó en el aparcamiento hasta que llegó la policía y la interrogó. No teníamos idea de lo ocurrido.

—De forma que no es posible que Margo Schafer se inventara la historia de que había visto a Lisa Trammel tras enterarse del asesinato del señor Bondurant, ¿correcto?

—Correcto. Margo me lo contó antes de que ella, yo o cualquier otro empleado del banco supiéramos lo que le había sucedido al señor Bondurant.

—Entonces, ¿en qué momento se enteró de que habían asesinado al señor Bondurant en el aparcamiento y lo relacionó con la información que le había facilitado Margo Schafer?

—Cerca de media hora después. Cuando me enteré de lo sucedido, lo primero que pensé fue que había que decirle a la policía que habíamos visto a esa mujer por las intermediaciones.

—Gracias, señora Pickett. No tengo más preguntas.

Freeman me había ganado de calle. Pickett había tirado por los suelos la mayor parte de lo que había logrado en mi interrogatorio a Schafer. Era el momento de decidir si tiraba la toalla o me arriesgaba a empeorar las cosas.

Decidí dejarlo ahí y seguir adelante. Dicen que nunca se debe formular una pregunta sin saber qué te van a responder. Aquel era el ejemplo perfecto. Pickett se había negado a hablar con mi investigador. Puede que Freeman me estuviera tendiendo una trampa al dejarla ahí arriba con alguna información que podía darme en las narices ante cualquier pregunta inoportuna.

—No tengo más preguntas para el testigo —dije desde la mesa de la defensa.

El juez Perry dio su permiso para que Pickett se marchara y anunció el descanso de quince minutos de la tarde. Mientras la gente se levantaba para abandonar la sala, mi cliente se inclinó hacia mí.

—¿Por qué no ha ido a por ella? —murmuró.

—¿A por quién? ¿A por Pickett? Porque no quería empeorar las cosas haciéndole las preguntas inadecuadas.

—¿Está de broma? Tendría que haber acabado con ella, como hizo con Schafer.

—Hay una diferencia. A Schafer podía sacarle algo. A Pickett no iba a sacarle nada de interés, y preguntarle a alguien a quien no vas a sacarle nada muchas veces resulta desastroso. Por eso la he dejado en paz.

Pude ver cómo la rabia empañaba su mirada.

—Ya, pero tendría que haberla pillado en falso de algún modo.

Sus palabras sonaron como un resoplido, e incluso me pareció que apretujaba los dientes.

—Mire, Lisa. El abogado aquí soy yo, y quien decide...

—Olvídelo. Tengo que irme.

Se levantó y se marchó a toda prisa hacia la puerta de salida. Miré a Freeman de reojo, para ver si se había percatado de la pequeña discusión entre la acusada y su abogado. Me miró con sorna, dejando claro que sí se había dado cuenta.

Decidí salir al vestíbulo para ver por qué mi cliente se había ido con tantas prisas. Salí, y al momento vi que todas las cámaras estaban enfocando uno de los bancos pegados a la pared entre las puertas de las distintas salas. Estaban grabando a Lisa, quien, sentada en el banco, se abrazaba a su hijo, Tyler. El niño parecía muy incómodo por la presencia de las cámaras.

—Por Dios... —suspiré.

Vi a la hermana de Lisa de pie en la periferia del grupo y fui hacia ella.

—¿Qué es todo esto, Jodie? Su hermana ya sabe que el juez ha prohibido que el niño entre en la sala.

—Lo sé. Tyler no va a entrar en la sala. El niño no tiene clase esta tarde, y Lisa me ha pedido que lo trajera. Creo que piensa que le vendrá bien que los periodistas la saquen en compañía de Ty.

—Ya, pero los periodistas no pintan nada aquí. No vuelva a traerlo. No me importa lo que diga su hermana; no vuelva a traerlo.

Miré a mi alrededor en busca de Herb Dahl. Sin duda aquello había sido idea suya, y quería decirle lo mismo que a Jodie. Pero no había ni rastro de don pez gordo de Hollywood. Seguramente había sido lo bastante listo para no tener que vérselas conmigo.

Entré en la sala otra vez. Aún me quedaban diez minutos de descanso y pensaba emplearlos en meditar sobre el hecho de estar trabajando para una cliente que no me gustaba y a la que estaba empezando a detestar.

Después del descanso, Freeman pasó a lo que yo llamo la fase cazadora-recolectora en la estrategia de la fiscalía: los técnicos que estuvieron en la escena del crimen. Su testimonio iba a ser la base en la que sustentar la aparición del inspector Howard Kurlen, el principal investigador.

El primer cazador-recolector fue un investigador forense llamado William Abbott, que había acudido al lugar de los hechos para encargarse de la documentación y el transporte del cadáver a las dependencias del médico forense, donde se iba a realizar la autopsia.

Abbott describió la escena del crimen, las lesiones existentes en el cráneo de la víctima y las pertenencias personales que llevaba encima. Entre ellas se contaban la billetera de Bondurant, su reloj, algunas monedas y un sujetabilletes con 183 dólares. Y un recibo de la cadena Joe's Joe que ayudó a los investigadores a determinar el momento de la muerte.

Al igual que había ocurrido antes con Covington, Abbott efectuó su declaración en un tono muy neutro y profesional. Su presencia en la escena de un crimen violento era una cuestión de rutina para él. Cuando llegó el turno de preguntas, me centré en este último aspecto.

—Señor Abbott, ¿cuánto tiempo hace que es investigador forense?

—Casi veintinueve años ya.

—¿Siempre ha estado trabajando en el condado de Los Ángeles?

—Sí.

—¿En cuántas escenas de un crimen habrá estado a lo largo de su carrera profesional?

—Bueno, no sé, en unas dos mil o así. Muchísimas.

—Me lo imagino. Y supongo que habrá estado en escenas de crímenes muy violentos.

—Son gajes del oficio.

—¿Y qué me dice de esta escena en particular? Usted examinó y fotografió las heridas de la víctima, ¿no es así?

—Sí, claro. Es el protocolo que seguimos antes de levantar un cadáver.

—Tiene usted delante el informe aceptado como prueba antes de la celebración del juicio. ¿Sería tan amable de leer el segundo párrafo del sumario para el jurado?

Abbott abrió el informe y encontró el párrafo mencionado.

—«Hay tres claras lesiones en lo alto de la bóveda craneal, caracterizadas por su violencia y gravedad. La posición del cadáver indica que la víctima perdió la conciencia de forma inmediata, antes de caer al suelo». A continuación, entre paréntesis, añadí «ensañamiento».

—Sí, y tengo curiosidad. ¿Por qué añadió ese «ensañamiento» en el sumario?

—Sencillamente, porque me parecía que cualquiera de los tres impactos habría

resultado suficiente. La víctima estaba inconsciente y puede que hasta muerta antes de estrellarse contra el suelo. A consecuencia del primer golpe. Eso indicaría que los dos siguientes se los dieron cuando ya estaba tumbado de bruces en el suelo. Ensañamiento. Lo que me lleva a sospechar que el agresor sentía mucho odio hacia esa persona.

Abbott seguramente se creía muy listo y pensaba que estaba dándome la respuesta que menos me interesaba oír. Lo mismo que Freeman. Pero se equivocaban.

—Entonces, en el sumario viene a sugerir que en este asesinato se daba un fuerte componente emocional, ¿es eso?

—Sí, es lo que estaba pensando.

—¿Qué tipo de formación tiene usted en lo referente a la investigación de homicidios?

—Bueno, hice un curso de seis meses antes de acceder al puesto, hace ya treinta años. Y dos veces al año nos someten a unos cursillos de formación. Nos enseñan las últimas técnicas de investigación y cosas por el estilo.

—¿Es formación específica sobre investigación de homicidios?

—No del todo, pero sí en gran parte.

—¿No es cierto que uno de los principios fundamentales del homicidio es que, por regla general, el ensañamiento indica que la víctima conocía a su asesino? ¿Que se daba una relación de tipo personal?

—Eh...

Freeman finalmente lo entendió. Al momento se levantó y protestó, con el argumento de que Abbott no era un investigador de homicidios y de que la pregunta había que hacérsela a un verdadero especialista en la materia. No tuve que responder. El juez levantó la mano para que guardara silencio y le dijo a Freeman que Abbott acababa de subir al estrado sin que la fiscalía hubiera puesto ninguna objeción. El investigador había descrito su experiencia y formación en lo referido a los homicidios sin que Freeman dijera ni pío.

—Usted ha hecho una apuesta, señorita Freeman. Pensaba que las cosas iban a decantarse en su favor. Ahora no puede echarse atrás. Y el testigo va a responder a la pregunta.

—Contésteme, señor Abbott —dije.

Abbott trató de ganar tiempo e hizo que la taquígrafa le repitiera la pregunta. El juez tuvo que instarle a responder de una vez.

—Es una posibilidad —dijo finalmente.

—¿Una posibilidad? —repetí—. ¿Qué quiere decir con eso?

—Que cuando se produce un asesinato con mucha violencia, hay que tener en cuenta la hipótesis de que la víctima conociera personalmente a su agresor. Al asesino.

—Cuando habla de un asesinato con mucha violencia, ¿se está refiriendo a la existencia de ensañamiento?

—El ensañamiento podría formar parte del asunto, sí.

—Gracias, señor Abbott. Y bien, ¿qué me dice sobre las demás observaciones que hizo en la escena del crimen? ¿Se formó una opinión de algún tipo sobre la fuerza física necesaria para asestar esos tres golpes brutales en la parte superior del cráneo del señor Bondurant?

Freeman volvió a protestar ante la pregunta, con el argumento de que Abbott no era médico forense, por lo que no estaba en condiciones de responder. Perry esta vez le dio la razón, otorgando una mínima victoria a la fiscalía.

Decidí conformarme con los resultados obtenidos hasta el momento.

—No tengo más preguntas —indiqué.

El siguiente en hablar fue Paul Roberts, el especialista de mayor rango en la unidad del Departamento de Policía de Los Ángeles encargada de las escenas de un crimen. Su declaración fue menos interesante que la de Abbott, porque Freeman procuró atarlo en corto. Roberts solo describió los procedimientos que habían llevado a cabo, lo que recogió en la escena del crimen y más tarde analizó en el laboratorio de la policía. Durante el contrainterrogatorio tuve ocasión de utilizar la escasez de pruebas materiales a favor de mi cliente.

—¿Puede explicar al jurado dónde estaban localizadas las huellas dactilares recogidas en el lugar de los hechos, que más tarde resultaron corresponderse con las de la acusada?

—No encontramos ninguna huella.

—¿Puede explicar al jurado qué muestras de sangre recogidas en el lugar de los hechos resultaron corresponder a la acusada?

—No recogimos ninguna muestra.

—Y bien, ¿qué muestras de cabellos o fibras encontraron? Supongo que situaron a la acusada en el lugar de los hechos a partir de alguna muestra de ese tipo, ¿no?

—No.

Esperé un par de segundos en silencio, como si me sintiera frustrado por sus respuestas.

—Señor Haller —dijo el juez—. No está usted en el escenario de un teatro.

—Gracias, señoría —dijo Freeman.

—No me he dirigido a usted, señorita Freeman.

Miré intensamente al jurado antes de hacer mi última y definitiva pregunta.

—En resumen, señor, ¿usted y sus compañeros encontraron en el garaje alguna prueba material que situara a Lisa Trammel en el lugar de los hechos?

—¿En el garaje? No, no encontramos nada.

—Gracias. No tengo nada más que añadir.

Sabía que Freeman siempre podía enmendar lo sucedido preguntándole a Roberts por el martillo con la sangre de Bondurant y el zapato con manchas de la misma sangre hallado en el garaje de mi cliente, puesto que el grupo de Roberts había investigado ambos lugares. Pero supuse que no lo haría. Freeman había coreografiado

la presentación de sus alegatos hasta el último detalle, y la modificación de dicha coreografía en este momento bien podría desequilibrar el ritmo de su estrategia, frenar el crescendo de sus argumentos y poner en peligro el impacto final de sus aseveraciones. Era una fiscal demasiado buena para correr tal riesgo. Preferiría encajar esos pequeños golpes sin inmutarse y esperar a soltar el puñetazo demoledor y definitivo en la fase final del juicio.

—Señorita Freeman, ¿quiere hacer más preguntas al testigo? —preguntó el juez, mientras yo tomaba asiento.

—No, señoría.

—El testigo puede retirarse.

Tenía la lista de testigos de la fiscalía grapada en la solapa interior de una carpeta encima de la mesa. Taché los nombres de Abbott y Roberts y miré los que quedaban. El primer día del juicio ni siquiera había terminado y Freeman ya había progresado de forma notable. Me dije que el siguiente testigo probablemente sería el inspector Kurlen. Pero aquello supondría un pequeño problema para el ministerio fiscal. Consulté la reloj. Eran las cuatro y veinticinco, y estaba previsto que la sesión terminara a las cinco. Si Freeman llamaba a Kurlen a declarar, apenas estaría entrando en calor cuando el juez levantara la sesión. Quizá podría hacer que el policía efectuara una revelación lo bastante impactante como para dejar impresionado al jurado hasta la mañana siguiente, pero solo lo conseguiría apresurando la declaración del inspector, y algo me decía que Freeman no estaba por la labor.

Volví a mirar el listado, con la idea de encontrar un comodín, un testigo al que la fiscal pudiera recurrir en cualquier momento. No vi ninguno. Sin saber muy bien qué se disponía a hacer, miré a Freeman, al otro lado del pasillo.

—Señorita Freeman —dijo el juez—. Haga salir a su próximo testigo, por favor.

La fiscal se levantó y dijo:

—Señoría, considero que el próximo testigo va a efectuar una declaración muy extensa tanto para mí como para la defensa. Quisiera pedirle comprensión en este sentido e interrogar al testigo mañana a primera hora, para que el jurado no se vea obligado a escuchar una declaración truncada.

El juez miró por encima de la cabeza de Freeman hacia el reloj situado en la pared posterior de la sala. Meneó la cabeza con lentitud y respondió:

—No, no vamos a hacerlo. Tenemos más de media hora disponible, y vamos a utilizarla. Haga salir a su próximo testigo, señorita Freeman.

—Sí, señoría —respondió ella—. Señor Gilbert Modesto, por favor.

Me había equivocado en lo del comodín. Modesto era jefe de seguridad en el WestLand National, y Freeman seguramente pensaba que su declaración podía tener lugar en cualquier momento sin afectar el ritmo y la estrategia del ministerio fiscal.

Modesto prestó juramento y, desde el estrado, procedió a describir su experiencia como antiguo policía y sus actuales funciones en el WestLand National. A continuación, Freeman le preguntó qué estaba haciendo en el momento del asesinato

de Mitchell Bondurant.

—Cuando me enteré de lo que le había pasado a Mitch, lo primero que hice fue echar mano a la carpeta de las amenazas, con la idea de entregársela a la policía — indicó.

—¿Qué es la carpeta de las amenazas? —preguntó Freeman.

—Es una carpeta en la que guardamos todas las amenazas enviadas por correo ordinario o electrónico y dirigidas al banco o a sus empleados. También incluimos notas sobre todas las demás amenazas que puedan habernos llegado por teléfono, a través de una tercera persona o de la policía. Contamos con un protocolo para evaluar la seriedad de las amenazas, un listado de nombres y demás.

—¿Hasta qué punto está familiarizado con la carpeta de las amenazas?

—Mucho. Yo me encargo de revisarla. Es mi trabajo.

—¿Cuántos nombres constaban en la carpeta la mañana del asesinato de Mitchell Bondurant?

—No los conté, pero diría que unos veinticinco o así.

—¿Consideraban que todas esas personas constituían una verdadera amenaza para el banco y sus empleados?

—No. Tenemos por norma guardar en la carpeta todas las amenazas que nos llegan. Da igual que sean reales o no. Todas se guardan en la carpeta, aunque en su mayoría no resultan ser muy serias. Muchas veces se trata de gente que simplemente quiere desahogarse o descargar sus pequeñas frustraciones.

—Esa mañana, ¿cuál era el nombre que encabezaba el listado atendiendo a la seriedad de su amenaza?

—El de la acusada, Lisa Trammel.

Freeman hizo una pausa efectista. Miré al jurado. Casi todos tenían la vista puesta en mi cliente.

—¿Por qué razón, señor Modesto? ¿Acaso la acusada hizo algo que constituyera una amenaza específica contra el banco o alguno de sus empleados?

—No, no lo hizo. Pero estaba metida en una disputa con el banco debido a un desahucio, y durante un tiempo estuvo protestando frente a la fachada de nuestra sede, hasta que nuestros abogados consiguieron que un juez emitiera una orden de alejamiento. Sus comportamientos fueron lo que nos llevaron a considerarla una amenaza, y parece que estábamos en lo cierto.

Me levanté y protesté. Le dije al juez que la última frase pronunciada por Modesto era claramente improcedente y demostraba un prejuicio personal por su parte. Perry me dio la razón y amonestó a Modesto, a quien instó a guardar para sí sus opiniones personales.

—Señor Modesto —dijo Freeman—, ¿sabe usted si Lisa Trammel en algún momento amenazó de forma directa a algún empleado del banco, como el señor Bondurant?

El truco fundamental consiste en transformar las debilidades en ventajas. Freeman

estaba formulando ahora mis preguntas, robándome la posibilidad de formularlas con indignación.

—No, no de forma concreta. Pero a la hora de evaluar las amenazas recibidas, nos decíamos que era alguien a quien nos convenía no perder de vista.

—Gracias, señor Modesto. ¿A qué oficial del Departamento de Policía del Los Ángeles le entregó esa carpeta?

—Al inspector Kurlen, que era quien estaba llevando la investigación. Fui a hablar con él con la carpeta en la mano.

—¿Volvió a hablar con el inspector Kurlen en algún otro momento del día?

—Bueno, sí, hablamos unas cuantas veces mientras investigaba lo sucedido. Me preguntó si en el aparcamiento había cámaras de seguridad y otras cosas parecidas.

—¿Más tarde volvió a contactar con él?

—Sí, cuando me enteré de que una de las empleadas, una cajera, había le dicho a su encargada que creía haber visto a Lisa Trammel en los alrededores o en el mismo banco la mañana de los hechos. Me dije que la policía tenía que saberlo, así que llamé al inspector Kurlen e hice lo posible para que interrogara a esa cajera.

—¿Esa cajera es Margo Schafer?

—Efectivamente.

Freeman terminó su turno de preguntas, y llegó mi turno. Opté por ser breve y sembrar algunas dudas que más tarde pudieran dar fruto.

—Señor Modesto, en su calidad de jefe de seguridad del WestLand, ¿estaba usted familiarizado con la ejecución hipotecaria que el banco había emprendido en contra de los intereses de Lisa Trammel?

Modesto negó de forma tajante con la cabeza.

—No. Esa era una cuestión que llevaba el departamento legal y a la que yo no tenía acceso.

—Entonces, cuando le entregó al inspector Kurlen aquella carpeta con el listado encabezado por Lisa Trammel, usted no podía saber si aquella mujer estaba a punto de quedarse sin casa o no, ¿correcto?

—Correcto, sí.

—Usted no podía saber si estaban a punto de desahuciarla, porque el banco había recurrido a una empresa que llevaba a cabo prácticas fraudulentas, y por eso...

—¡Protesto! —gritó Freeman—. La defensa está dando por sentadas unas circunstancias que no constan en el sumario.

—Se acepta la protesta —dijo Perry—. Señor Haller, ándese con cuidado.

—Sí, señoría. Señor Modesto, cuando entregó la carpeta de las amenazas al inspector Kurlen, ¿le habló de Lisa Trammel en concreto o dejó que él mismo revisara el listado por su cuenta?

—Le dije que esa mujer era la primera en nuestra lista.

—¿El inspector le preguntó por qué?

—La verdad es que no lo recuerdo bien. Me acuerdo de que le hablé de ella, pero

ahora no estoy seguro de si lo hice por propia iniciativa o si el inspector me preguntó al respecto.

—En el momento de hablar con el inspector Kurlen sobre la posibilidad de que Lisa Trammel constituyera una amenaza, usted no tenía idea de lo avanzada que estaba la ejecución hipotecaria de su casa, ¿verdad?

—Correcto.

—De modo que el inspector Kurlen tampoco tenía esa información, ¿verdad?

—No puedo hablar por el inspector Kurlen. Eso tendrá que preguntárselo a él.

—No se preocupe, lo haré. Y bien, por el momento no tengo más preguntas.

Miré el reloj de pared mientras iba a sentarme otra vez. Eran las cinco menos cinco, y tenía claro que la jornada estaba a punto de terminar. La preparación de un juicio siempre lleva acarreado mucho esfuerzo. El final de la primera sesión suele ir acompañado de una gran sensación de fatiga. Estaba empezando a notarla.

El magistrado recomendó a los miembros del jurado que tuvieran la mente abierta a todo cuanto habían escuchado y visto ese día. Les dijo que no siguieran la información sobre el juicio difundida por los medios de comunicación y que no hablaran del caso ni entre ellos ni con nadie más. Y después anunció que podían irse.

Mi cliente se marchó con Herb Dahl, que había vuelto al juzgado. Seguí a Freeman hacia a la puerta.

—Buen comienzo —elogié.

—Usted tampoco lo ha hecho mal.

—Bueno, los dos sabemos que el comienzo de un juicio suele ser pan comido. Las cosas siempre se complican después.

—Sí, y van a complicarse mucho para usted. Buena suerte, Haller.

Nos separamos en el vestíbulo. Freeman se marchó escaleras abajo, en dirección a la oficina del fiscal del distrito, y yo bajé en el ascensor y me fui a la oficina. Daba igual lo fatigado que estuviera. Aún tenía trabajo que hacer. Seguramente Kurlen declararía al día siguiente. Y yo iba a estar preparado.

—La fiscalía llama a declarar al inspector Howard Kurlen.

De pie ante la mesa del ministerio fiscal, Andrea Freeman se giró y sonrió al inspector mientras este se acercaba andando por el pasillo con dos carpetas azules increíblemente gruesas bajo el brazo; eran los llamados informes de asesinato. Kurlen daba la impresión de sentirse a sus anchas. Para él, la comparecencia en un juicio era una cuestión de rutina. Dejó los dos informes de asesinato en el estante situado ante la silla de los testigos y levantó la mano para prestar juramento. Y en ese momento me miró de reojo. Kurlen se mostraba aparentemente tranquilo, calmado y sosegado, pero nos habíamos cruzado en otros bailes, y debía estar preguntándose con qué sorpresas iba a venirle esta vez.

Kurlen llevaba un traje azul marino muy bien cortado y una llamativa corbata color naranja. Los inspectores siempre lucían sus mejores galas a la hora de testificar. Entonces me di cuenta de un detalle. En la cabeza de Kurlen no había ni un pelo gris, y eso que rozaba los sesenta. Se había teñido el cabello para las cámaras de televisión.

Pura vanidad. Me pregunté si podría utilizarla a mi favor cuando llegara mi turno de preguntas.

Kurlen terminó de prestar juramento, tomó asiento en la silla y se puso cómodo. Lo más probable era que se pasara ahí sentado el día entero, quizá más. Se sirvió un vaso de agua de la jarra que le trajo el alguacil. Estaba preparado.

—Buenos días, inspector Kurlen. Para empezar, me gustaría que explicara al jurado algo de su experiencia e historial profesional.

—Ningún problema —dijo Kurlen con una cálida sonrisa—. Tengo cincuenta y seis años e ingresé en el Departamento de Policía de Los Ángeles hace veinticuatro, después de haber estado en la infantería de marina durante diez. Hace nueve que trabajo como inspector especializado en homicidios en la comisaría de Van Nuys. Antes estuve trabajando tres años como investigador de homicidios en la comisaría de Foothill.

—¿En cuántas investigaciones de homicidio ha trabajado?

—Este caso es el número sesenta y uno. Durante los seis años previos a mi especialización en homicidios, trabajé como inspector asignado a la investigación de otros delitos, como atracos, allanamientos y robos de vehículos.

Freeman estaba de pie. Abrió una página de su cuaderno de notas, con intención de pasar a lo que interesaba de verdad.

—Inspector, empecemos por la mañana del asesinato de Mitchell Bondurant. ¿Puede describirnos los primeros pasos de su investigación?

Lo de «describirnos» había estado muy bien, ya que venía a sugerir que la fiscal y el jurado formaban parte del mismo equipo. No dudaba de la capacidad de Freeman, y estaba claro que iba a lucirse al interrogar a su principal investigador. Sabía que si

yo me las arreglaba para sembrar dudas sobre Kurlen, su alegato entero podía venirse abajo.

—Estaba sentado ante mi escritorio cuando, hacia las nueve y cuarto, el teniente vino a hablar conmigo y con mi colega, la inspectora Cynthia Longstreth. Nos dijo que había tenido lugar un asesinato en el aparcamiento de la sede del WestLand National en Ventura Boulevard. La inspectora Longstreth y yo salimos para allí de inmediato.

—¿Fueron al lugar de los hechos?

—Sí, de inmediato. Llegamos a las nueve y media y asumimos el control de la escena del crimen.

—¿En qué consiste ese control?

—Bueno, lo primero que hay que hacer es recoger y poner a buen recaudo las pruebas materiales que se encuentran en la escena del crimen. Los agentes de patrulla ya habían precintado la zona para que la gente no se acercara. Una vez que nos dimos por satisfechos en ese sentido, dividimos el trabajo. Dejé que mi colega se encargara de dirigir la investigación en el lugar de los hechos y me dispuse a llevar a cabo los interrogatorios preliminares a los testigos que los agentes de patrulla habían retenido en el lugar.

—La inspectora Longstreth tiene menos experiencia profesional que usted, ¿no es cierto?

—Así es. Lleva tres años trabajando conmigo en la investigación de homicidios.

—¿Por qué dejó usted a esa persona menos experimentada al cargo de algo tan importante como la dirección de la investigación en la escena del crimen?

—Lo hice porque tenía claro que los especialistas en escenas del crimen y el investigador forense asignados al caso eran todos veteranos con muchos años de experiencia, por lo que Cynthia estaría muy bien asesorada.

A continuación Freeman hizo que Kurlen respondiera a una serie de preguntas sobre el interrogatorio al que había sometido a los testigos allí reunidos, empezando por Riki Sanchez, la mujer que había descubierto el cadáver y llamado al 911. Kurlen se sentía a sus anchas en el estrado y hablaba casi de un modo coloquial. Resultaba encantador.

Su *encanto* no me gustaba nada, pero debía esperar mi turno. Sabía que no tendría oportunidad de ir a por Kurlen hasta el final del día. Mientras tanto, tenía que tener fe en que por entonces el jurado no hubiera caído completamente rendido a sus pies.

Freeman era lo bastante lista para saber que con la simpatía personal no basta para mantener la atención de un jurado. Al rato dejó los preliminares vinculados a la escena del crimen y empezó a sustentar su alegato contra Lisa Trammel.

—Inspector, ¿hubo algún momento durante la investigación en el que se le mencionara el nombre de la acusada?

—Sí. El jefe de seguridad del banco vino al aparcamiento y pidió ver a mi compañera. Hablé con él un momento y le acompañé a su despacho, donde revisamos

las grabaciones hechas por las cámaras situadas en la entrada de vehículos, las salidas del aparcamiento y los ascensores.

—¿Y el visionado de esas grabaciones le dio alguna pista en su investigación?

—Al principio no. No vi a nadie que llevara un arma o se comportara de forma sospechosa antes o después del momento aproximado de la muerte. Nadie había salido corriendo del garaje. Los vehículos que habían entrado o salido no tenían nada de sospechosos. Por supuesto, más adelante íbamos a comprobar todas las matrículas. Pero al principio no encontramos nada en las grabaciones que nos fuera de ayuda y, por supuesto, el asesinato en sí no fue recogido por las cámaras. El autor del crimen también parecía haber reparado en ese otro detalle.

Me levanté y protesté ante la última frase pronunciada por Kurlen. El juez ordenó que fuera eliminada de la transcripción y le dijo al jurado que la ignorara.

—Inspector —continuó Freeman—. Creo que iba a decirnos en qué momento se mencionó el nombre de Lisa Trammel por primera vez.

—Sí, eso mismo. Bien, el señor Modesto, el jefe de seguridad del banco, también me entregó una carpeta. Una carpeta destinada a evaluar las posibles amenazas, según explicó. Me la entregó, y en ella había muchos nombres, el de la acusada entre ellos. Y luego, poco rato después, el señor Modesto me llamó y me informó de que alguien había visto a Lisa Trammel, una de las personas incluidas en el listado, andando cerca del banco esa misma mañana.

—La acusada. Y así fue como su nombre apareció en la investigación, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Qué hizo con esa información, inspector?

—Lo primero que hice fue volver a la escena del crimen. Le indiqué a mi colega que interrogara a la testigo que decía haber visto a Lisa Trammel cerca del banco. Era importante que confirmásemos que la había visto y nos enterásemos de los detalles. A continuación me puse a leer la documentación que había en la carpeta, con la idea de estudiar todos los nombres y detalles relacionados con aquellas supuestas amenazas.

—¿Y llegó a algunas conclusiones inmediatas?

—No me parecía que ninguno de los individuos recogidos en el listado pudiera llevar sus amenazas a la práctica atendiendo a lo que se decía de ellos y sus problemas con el banco. Sin embargo, el caso de Lisa Trammel era distinto, porque el señor Modesto acababa de decirme que alguien creía haberla visto en las inmediaciones del banco a la hora del asesinato.

—Entonces, ¿lo que llamó su atención en aquel momento fue la proximidad temporal y geográfica de Lisa Trammel al banco?

—Sí, porque proximidad podía significar acceso. Por lo que vimos en la escena del crimen, supusimos que alguien había estado esperando a la víctima. Esta tenía reservada una plaza de aparcamiento con su nombre en la pared. Junto a esta plaza había una gran columna de hormigón. Nuestra teoría inicial fue que el asesino se escondió tras la columna y esperó a que el señor Bondurant llegara y aparcara. Al

parecer, el primer golpe lo recibió por detrás, en el momento preciso en que estaba saliendo del coche.

—Gracias, inspector.

Freeman hizo otras preguntas sobre varias de las medidas adicionales tomadas en el lugar de los hechos antes de volver a concentrarse en Lisa Trammel.

—¿Volvió su compañera en algún momento a la escena del crimen para informarle del interrogatorio que había llevado a cabo a la empleada que aseguraba haber visto a Lisa Trammel cerca del banco?

—Sí lo hizo. Tanto la inspectora como yo pensamos que la identificación que había hecho la testigo era muy interesante. Estuvimos hablando de Lisa Trammel y de la necesidad de hablar con ella cuanto antes.

—Sin embargo, inspector, ustedes tenían entre manos la investigación de la escena del crimen y la lista con los nombres de las personas que habían amenazado al banco o a sus empleados. ¿Cómo se explica tanta urgencia en lo referente a Lisa Trammel?

Kurlen se arrellanó en el asiento y adoptó una expresión de sabio y artero veterano.

—Bueno, había un par de cosas que nos empujaban a hablar con la señorita Trammel cuanto antes. En primer lugar la disputa que tenía con el banco se debía a la ejecución hipotecaria de su casa. Así, esa disputa tenía relación específica con el departamento hipotecario, cuyo vicepresidente no era otro que la víctima, el señor Bondurant. No podíamos perder de vista esa conexión. Y además, y de forma más importante...

—Permítame que le interrumpa, inspector. Ha mencionado una conexión. ¿Sabían si la víctima y Lisa Trammel se conocían personalmente?

—No, en ese momento no lo sabíamos. Lo que sí teníamos claro era que la señorita Trammel había estado protestando por el desahucio de su casa y que el señor Bondurant, la víctima, era quien había emprendido el proceso de ejecución hipotecaria. Pero en ese momento no sabíamos si ambos se conocían personalmente, aunque fuera de vista.

Era muy inteligente al sacar a relucir ante el jurado las deficiencias en su proceder antes de que yo mismo lo hiciera. Su maniobra ponía las cosas más difíciles a la defensa.

—Muy bien, inspector —dijo Freeman—. Cuando le he interrumpido, iba usted a mencionar una segunda razón para actuar con celeridad en lo referente a la señorita Trammel.

—Lo que quería explicar es que la investigación de un asesinato es algo fluido. Hay que moverse con cautela, pero a la vez hay que llegar hasta donde el caso te lleve. De lo contrario, se ponen en peligro las pruebas materiales. Y posiblemente, también a otras víctimas potenciales. En aquel momento de la investigación nos dijimos que teníamos que hablar con Lisa Trammel lo antes posible. No podíamos

esperar. No podíamos darle tiempo a destruir las pruebas o a agredir a otras personas. Había que actuar.

Miré al jurado. Kurlen estaba en mejor forma que nunca. Todas las miradas estaban puestas en él. Si Clegg McReynolds finalmente llegaba a producir una película, quizá lo mejor sería que Kurlen se interpretara a sí mismo.

—Y bien, ¿qué hicieron entonces, inspector?

—Comprobamos el carnet de conducir de Lisa Trammel, anotamos su dirección en Woodland Hills y fuimos a su casa.

—¿Quién se quedó en el lugar de los hechos?

—Unas cuantas personas. Nuestro coordinador, y también todos los especialistas técnicos y la gente del forense. Les quedaba mucho por hacer todavía, y para entonces nosotros solo estábamos esperando a que terminaran con su cometido. Que nos desplazáramos a casa de Lisa Trammel no comprometía en absoluto la escena del crimen o la investigación.

—¿Su coordinador? ¿Quién es?

—El tercer inspector en el grupo de homicidios. Jack Newsome. Jack estaba a cargo de la escena del crimen.

—Entiendo. ¿Qué pasó cuando llegaron a casa de la señorita Trammel? ¿Estaba ella allí?

—Sí, estaba en casa. Llamamos a la puerta y nos respondió.

—¿Qué sucedió a continuación?

—Nos identificamos y explicamos que estábamos investigando un crimen. No especificamos cuál; solo dijimos que era algo serio. Pedimos permiso para entrar y hacerle unas cuantas preguntas. Nos dijo que sí, y entramos.

Noté una vibración en el bolsillo y comprendí que acababa de recibir un mensaje de texto en el móvil. Lo saqué con disimulo y lo miré por debajo de la mesa, para que el juez no se diera cuenta. El mensaje era de Cisco: «Tengo que hablar contigo. He de enseñarte algo».

Le respondí con otro mensaje, y mantuvimos una rápida conversación digital: «¿Has verificado la carta?». «No, es otra cosa. Sigo trabajando en lo de la carta». «Hablamos después de la sesión. Averigua lo de la carta».

Volví a llevarme el móvil al bolsillo y a concentrarme en las preguntas de Freeman. La carta en cuestión había llegado la tarde anterior a mi apartado de correos. Era una carta anónima, pero si Cisco lograba confirmar lo que decía, entonces contaría con una nueva arma. Un arma muy poderosa.

—¿Cuál era el estado de ánimo de la señorita Trammel? —preguntó la fiscal.

—La encontré muy tranquila —respondió Kurlen—. No parecía sentir particular curiosidad por las razones que nos empujaban a hablar con ella ni por la naturaleza exacta del crimen. Todo aquello le resultaba indiferente.

—¿Dónde estuvieron hablando con ella?

—Nos llevó a la cocina y nos invitó a sentarnos a la mesa. Nos preguntó si

queríamos agua o café; los dos respondimos que no.

—Y empezaron a hacerle preguntas.

—Sí. Lo primero que preguntamos fue si había estado en casa toda la mañana. Nos dijo que sí, con la salvedad de que a las ocho había llevado a su hijo a la escuela en Sherman Heights. Le preguntamos si se había detenido en algún lugar durante el camino de regreso, y respondió que no.

—¿Y eso qué les llevó a pensar?

—Bueno, pues que alguien nos estaba mintiendo. Teníamos una testigo que aseguraba haberla visto cerca del banco hacia las nueve, de modo que algo no encajaba o alguien estaba mintiendo.

—¿Qué hicieron a continuación?

—Le pregunté si estaba dispuesta a acompañarnos a comisaría, donde le haríamos unas cuantas preguntas más y le pediríamos que mirase algunas fotografías. Dijo que sí, y la llevamos a Van Nuys.

—¿Antes de eso la informaron debidamente de su derecho constitucional a no hacer ningún tipo de declaraciones sin la presencia de un abogado?

—No, en ese momento no. Porque por aquel entonces aún no la considerábamos sospechosa. Solo era alguien cuyo testimonio nos interesaba, pues su nombre había salido a relucir. No me parecía que en ese momento fuera necesario informarla de sus derechos. Aún quedaban muchas cosas por averiguar. Existía una discrepancia entre lo que ella decía y lo que la testigo nos había dicho. Y teníamos que resolver esa contradicción antes de determinar quién era sospechoso.

Freeman estaba recurriendo otra vez a la misma maniobra. Lo que sin ninguna duda se proponía era remendar unos cuantos descosidos antes de que yo tuviera oportunidad de desgarrarlos por completo. Aquello resultaba bastante frustrante, pero no podía hacer nada al respecto. Anoté varias de las preguntas que más tarde le iba a plantear a Kurlen, unas preguntas que iban a pillar totalmente desprevenida a Freeman.

De forma habilidosa, la fiscal trasladó a Kurlen a la comisaría de Van Nuys y a la sala de entrevistas en la que estuvo sentado con mi cliente, lo cual le sirvió como introducción al vídeo de la jornada, que pasó a reproducir en las dos pantallas de la pared. En su momento, Aronson había argumentado de forma razonada en contra de la proyección del vídeo, aunque sin éxito. El juez Perry había dado su autorización. Siempre podríamos apelar en caso de que se produjera una condena, pero las probabilidades a nuestro favor serían muy escasas. Tenía que ponerle remedio al asunto de inmediato. Tenía que encontrar la forma de convencer al jurado de que la investigación estaba amañada desde el principio, de que la policía había tendido una trampa a mi inocente cliente.

El vídeo estaba grabado desde un ángulo cenital, circunstancia que de hecho era favorable para la defensa, pues Howard Kurlen era un hombre corpulento y Lisa Trammel era pequeña. Sentado frente a Trammel al otro lado de la mesa, Kurlen

parecía estar arrinconándola y hasta intimidándola, lo que resultaba positivo para mí, pues encajaba con cuanto pensaba sacar a la palestra durante el contrainterrogatorio.

El sonido era claro, perfectamente audible. A pesar de mis objeciones, habían entregado copias de la transcripción a los miembros del jurado y demás participantes en el juicio. Había presentado mi protesta porque no quería que los miembros del jurado estuvieran leyendo. Lo que quería era que vieran cómo aquel grandullón intimidaba a aquella pequeña mujer. Las posibles simpatías que Lisa pudiera despertar en ellos no estaban impresas en un papel.

Kurlen empezó hablando de manera informal. Dio los nombres de todos los presentes en la sala y le preguntó a Trammel si se encontraba allí de forma voluntaria. Mi cliente dijo que sí, pero la crudeza de las imágenes y el ángulo de grabación no encajaban con su respuesta. Lo que parecía era que a Lisa la habían metido en la cárcel.

—¿Por qué no nos cuenta qué es lo que ha estado haciendo hoy? —preguntó Kurlen a continuación.

—¿A partir de qué momento? —apuntó Trammel.

—¿Qué le parece desde el momento en que se ha despertado?

Trammel pasó a describir lo que había hecho a primera hora de la mañana. Tras levantarse, desayunó con su hijo, le vistió y le llevó en coche a la escuela. El chico iba a una escuela privada, y el trayecto duraba entre veinte y cuarenta minutos, en función del tráfico. Lisa explicó que tras dejarle en el colegio se detuvo a comprar un café para llevar y luego volvió a su casa.

—Antes nos ha dicho que no hizo ninguna parada. ¿Y ahora nos viene con que paró a comprar un café?

—Supongo que se me olvidó.

—¿Dónde compró ese café?

—En una cafetería llamada Joe's Joe que hay en Ventura.

Como interrogador veterano, Kurlen cambió de tercio abruptamente, para pillar a su presa desprevenida.

—¿Ha ido usted esta mañana a la sede del WestLand National?

—No. ¿Así que se trata de eso?

—Entonces, si alguien dijera haberla visto por allí, ese alguien estaría mintiendo, ¿correcto?

—Sí. ¿Quién ha dicho eso? Yo no he quebrantado la orden de alejamiento. Ustedes...

—¿Conoce a Mitchell Bondurant?

—¿Que si le conozco? No. He oído hablar de él. Sé quién es. Pero no le conozco.

—¿Le ha visto hoy?

Trammel guardó silencio un momento, lo que no era bueno para sus intereses. El vídeo dejaba claro que estaba meditando bien su respuesta. Que estaba considerando si decir la verdad o no. Miré al jurado. Todos los rostros sin excepción estaban

vuelos hacia las pantallas.

—Sí, le he visto.

—Pero acaba de decirnos que no ha estado en la sede del WestLand.

—Porque no he estado. Mire, no sé quién les ha dicho eso de que he estado en el banco. Si ha sido él mismo, sepan que les ha mentado. En ningún momento he estado en el banco. He visto a ese hombre, pero en la cafetería, no en el ban...

—¿Por qué no nos lo ha dicho esta mañana en su casa?

—¿Qué? Pues porque no me lo han preguntado.

—¿Se ha cambiado de ropa desde esta mañana?

—¿Cómo?

—¿Se ha cambiado de ropa después de volver a casa?

—Oiga, pero ¿esto qué es? Me han pedido que viniera a hablar con ustedes, pero esto es una especie de encerrona. No he quebrantado la orden de alejamiento. Yo no...

—¿Ha agredido usted a Mitchell Bondurant?

—¿Cómo?

Kurlen no dijo nada. Se limitó a mirar fijamente a Trammel mientras la boca de esta trazaba un círculo perfecto. Miré al jurado otra vez. Todas las miradas seguían estando puestas en las pantallas. Esperaba que vieses lo que yo estaba viendo. El asombro sincero en la expresión de mi cliente.

—¿Es que...? ¿Alguien ha agredido a Mitchell Bondurant? ¿Se encuentra bien?

—No. De hecho está muerto. Y una vez llegados a este punto, tengo el deber de informarla sobre los derechos que le brinda nuestra Constitución.

Kurlen le leyó sus derechos, y a continuación Trammel pronunció las palabras mágicas, las tres palabras más sensatas que había dicho en la vida.

—Quiero un abogado.

Aquello puso fin a la entrevista. El vídeo terminaba cuando Kurlen le anunciaba a Trammel que estaba detenida por asesinato. Y entonces Freeman se levantó y dijo que no tenía más preguntas para el inspector. Me sorprendió su anuncio repentino. La fiscal se sentó otra vez. Todavía tenía que exponer al jurado la cuestión del registro de la casa de mi cliente. Y la del martillo. Pero daba la impresión de que no iba a valerse de Kurlen para ninguna de las dos cosas.

Eran las doce menos cuarto. El juez suspendió la sesión con quince minutos de adelanto, para que fuésemos a almorzar, lo que me daba una hora y cuarto para ultimar los preparativos del contrainterrogatorio de Kurlen. Una vez más íbamos a bailar el baile del jurado.

Me dirigí hacia el atril cargado con dos gruesas carpetas y mi inseparable cuaderno de notas. No iba a necesitar las carpetas durante el contrainterrogatorio, pero mi intención era impresionar un poco al jurado con aquella montaña de papeles. Me tomé mi tiempo para disponerlo todo en el atril. Quería darle a Kurlen en las narices, tratarle del mismo modo en que él había tratado a mi cliente. Quería confundirle y sorprenderle, soltarle un gancho de izquierda cuando estuviera esperando un derecho, sin darle tiempo a recuperarse.

Freeman había sido lista al dejar para más adelante el testimonio de la inspectora Longstreth. Ahora solo iba a vérmelas con Kurlen, de forma que no tendría opción a cuestionar las alegaciones completas de la acusación. Tendría que resignarme a hablar con Longstreth mucho más tarde. La disposición coreográfica de los testigos era uno de los puntos fuertes de Freeman, y lo estaba dejando muy claro.

—Cuando quiera, señor Haller —instó el juez.

—Sí, señoría. Solo estoy terminando de poner mis notas en orden. Buenas tardes, inspector Kurlen. Me gustaría volver a la escena del crimen para empezar. ¿Le...?

—Como prefiera.

—Sí, gracias. ¿Durante cuánto tiempo permanecieron usted y su compañera en la escena del crimen antes de ir a por Lisa Trammel?

—Bueno, yo no diría que fuésemos a por ella. Nosotros...

—¿Lo dice porque en aquel momento no era sospechosa?

—Es una de las razones.

—Solo era alguien que les interesaba, ¿no es lo que ha dicho?

—Eso mismo.

—Entonces, ¿cuánto tiempo se quedaron en el lugar de los hechos antes de ir a hablar con esa mujer que no era sospechosa sino solo alguien que les interesaba?

Kurlen consultó sus notas.

—Mi compañera y yo llegamos a la escena del crimen a las nueve y veintisiete, y uno o ambos estuvimos allí hasta que nos fuimos juntos a las diez y treinta y nueve.

—O sea... una hora y doce minutos. Así que solo estuvieron setenta y dos minutos en el lugar de los hechos antes de decirse que tenían que ir a buscar a una mujer que ni siquiera resultaba sospechosa. ¿He entendido bien?

—Es una forma de verlo.

—¿Y ustedes cómo lo vieron, inspector?

—En primer lugar, que dejáramos la escena del crimen no suponía ningún problema, porque el lugar estaba bajo el control y la dirección del coordinador del grupo de homicidios. Con el que se encontraban también varios técnicos del departamento científico de la policía. Nuestro trabajo no era la escena del crimen. Nuestro trabajo era seguir las pistas allí donde nos llevaran, y en aquel momento nos llevaban hacia Lisa Trammel. No lo era cuando fuimos a verla, pero se convirtió en

sospechosa cuando empezó a caer en contradicciones e inconsistencias durante nuestra entrevista con ella.

—Se refiere a la entrevista que tuvo lugar en Van Nuys, ¿correcto?

—Correcto, sí.

—Entendido. ¿Y cuáles fueron esas contradicciones e inconsistencias que acaba de mencionar?

—En su casa nos dijo que en ningún momento se detuvo durante el trayecto de regreso desde la escuela de su hijo. En la comisaría de pronto recordó que se había parado a comprar un café y que vio a la víctima en la cafetería. También nos dijo que no había estado en las inmediaciones del banco, pero una testigo decía haberla visto a media manzana. Ahí estaba el premio gordo.

Sonreí y sacudí la cabeza como si estuviera tratando con un individuo corto de luces.

—Inspector, está usted bromeando, ¿no?

Kurlen me miró con irritación por primera vez. Justo lo que yo quería. Si el jurado percibía que estaba mostrándose arrogante, todo iría mucho mejor cuando finalmente humillara al policía.

—No, no estoy bromeando —respondió Kurlen—. Yo me tomo mi trabajo muy en serio.

Pedí permiso al juez para volver a proyectar parte de la entrevista de Trammel. Me dio su autorización, y pulsé la tecla de avance rápido, fijándome en el código de tiempo situado en la parte inferior de la imagen. La puse a velocidad normal al llegar al momento que quería que el jurado volviera a ver: el *no* de Trammel a la pregunta de si había estado cerca del WestLand:

—¿Ha ido usted esta mañana a la sede del WestLand National?

—No. ¿Así que se trata de eso?

—Entonces, si alguien dijera haberla visto por allí, ese alguien estaría mintiendo, ¿correcto?

—Sí. ¿Quién ha dicho eso? Yo no he quebrantado la orden de alejamiento. Ustedes...

—¿Conoce a Mitchell Bondurant?

—¿Que si le conozco? No. He oído hablar de él. Sé quién es. Pero no le conozco.

—¿Le ha visto hoy?

—Sí, le he visto.

—Pero acaba de decirnos que no ha estado en la sede del WestLand.

—Porque no he estado. Mire, no sé quién les ha dicho eso de que he estado en el banco. Si ha sido él mismo, sepan que les ha mentado. En ningún momento he estado en el banco. He visto a ese hombre, pero en la cafetería, no en el ban...

—¿Por qué no nos lo ha dicho esta mañana en su casa?

—¿Qué? Pues porque no me lo han preguntado.

Paré el vídeo y miré a Kurlen.

—Inspector, ¿en qué momento se contradice Lisa Trammel?

—Acaba de decir que no estaba cerca del banco, pero hay un testigo que dice que sí que lo estaba.

—Entonces, la contradicción se da entre las declaraciones de la una y la otra. Pero Lisa Trammel en ningún momento se contradice a sí misma, ¿correcto?

—No me venga con semánticas.

—¿Puede responder a la pregunta, inspector?

—Sí, vale, hay una contradicción entre las dos declaraciones.

Kurlen no consideraba relevante aquella distinción, pero yo esperaba que el jurado sí lo hiciera.

—Inspector, ¿no es verdad que Lisa Trammel en ningún momento ha dicho que estuviera delante del banco el día del asesinato?

—Ni idea, oiga. No estoy al corriente de todo lo que ha dicho esa mujer desde entonces.

Kurlen empezaba a mostrarse grosero, y aquello me venía bien.

—De acuerdo, inspector. Por lo que usted sabe, ¿en algún momento Lisa Trammel se ha contradicho en lo que le contó en su momento, que no estaba en las inmediaciones del banco?

—No.

—Gracias, inspector.

Pedí permiso al juez para volver a proyectar otro fragmento de la grabación y me lo concedió. Fui hacia un momento inicial de la entrevista y detuve el vídeo. Entonces solicité al juez Perry que me dejara proyectar en una de las pantallas una de las fotos tomadas en la escena del crimen, dejando el vídeo en la otra pantalla. El juez me dio su autorización.

Proyecté la fotografía que me interesaba: una imagen en gran angular que mostraba el lugar de los hechos casi en su totalidad. En ella aparecían el cuerpo de Bondurant, así como su coche, el maletín abierto y el vaso con el café derramado en el suelo.

—Inspector, le pediría que fijara su atención en la fotografía de la escena del crimen etiquetada como «prueba material de la defensa número tres». ¿Puede describirme qué ve en primer término?

—¿Se refiere al maletín o al cadáver?

—¿Qué otras cosas puede ver, inspector?

—El café derramado, y el pequeño marcador situado a la izquierda, allí donde encontraron un fragmento de tejido que más tarde se determinó que procedía del cuero cabelludo de la víctima. En la foto no termina de apreciarse bien.

Le pedí al juez que no se tuviera en cuenta la parte de la respuesta referente al fragmento de tejido, ya que no era pertinente. Le había pedido a Kurlen que describiera lo que podía ver en la foto, no lo que no podía ver. El juez desestimó mi objeción y permitió que la respuesta completa constara en acta. Sacudí la cabeza y

pasé a otra cosa.

—Inspector, ¿puede leer lo que pone en el vaso de café?

—Sí, pone Joe's Joe. El vaso es de una cafetería gourmet que está a unas cuatro manzanas del banco.

—Muy bien, detective. Tiene usted la vista mejor que yo.

—Será porque busco siempre la verdad.

Miré fijamente al juez y abrí las manos como un entrenador de béisbol que se muestra escandalizado por una infracción del equipo rival. Antes de que pudiera decir una palabra, el juez se lanzó a por Kurlen.

—¡Inspector! —tronó Perry—. Sabe usted muy bien que esto es inadmisibile.

—Disculpe, señoría —dijo Kurlen en tono contrito, sin apartar la vista de mí—. El señor Haller siempre parece sacar lo peor de mí mismo.

—Eso no es excusa. Otra como esta y usted y yo vamos a tener un problema muy serio.

—No volverá a suceder, señoría. Se lo prometo.

—Pido al jurado que no tome en consideración el comentario del testigo. Señor Haller, prosiga y sáquenlos de aquí.

—Gracias, señoría. Haré lo que pueda. Inspector, estuvo usted setenta y dos minutos en el lugar de los hechos antes de ir a interrogar a la señorita Trammel a su casa de Woodland Hills. ¿Llegó a fijarse en la procedencia del vaso de café?

—Bueno, eso lo vimos más tarde y...

—No, no, no. No le he preguntado qué fue lo que vieron *más tarde*, inspector. Le he preguntado por esos setenta y dos minutos en los que estuvieron en la escena del crimen. En ese momento, antes de ir a casa de Lisa Trammel en Woodland Hills, ¿se fijaron en la procedencia del café?

—No, eso aún no lo habíamos determinado.

—Muy bien. En tal caso no sabían quién dejó caer el café en el lugar de los hechos, ¿verdad?

—Protesto. La defensa está respondiendo a su propia pregunta —intervino Freeman.

La protesta era absurda y solo pretendía interrumpir el ritmo de mi discurso.

—Protesta denegada —dijo el juez antes de que yo dijera nada—. Puede responder a la pregunta, inspector. ¿Ustedes sabían quién había dejado caer ese vaso de café en la escena del crimen?

—No, en ese momento no.

Volví al vídeo y reproduje el fragmento que acababa de seleccionar. Era del principio de la entrevista, cuando Trammel contaba lo que había estado haciendo la mañana del asesinato.

—¿Y ahora nos viene con que paró a comprar un café?

—Supongo que se me olvidó.

—¿Dónde compró ese café?

—En una cafetería que se llama Joe's Joe. Está en Van Nuys Boulevard, junto al cruce con Ventura.

—¿El vaso de café era grande o pequeño? ¿Se acuerda?

—Grande. Yo bebo mucho café.

Detuve el vídeo.

—Dígame una cosa, inspector. ¿Por qué le preguntó por el tamaño del café que compró en la cafetería?

—Porque siempre hay que hacer cuantas más preguntas mejor. Y averiguar todos los detalles posibles.

—¿No sería porque pensaba usted que el vaso de papel hallado en la escena del crimen podía haber sido de Lisa Trammel?

—En aquel momento era una posibilidad.

—¿Consideró que se trataba de una confesión por parte de Lisa Trammel?

—Pensé que en aquel momento de la conversación era algo relevante. No pero no lo llamaría una confesión.

—Y sin embargo, tras varias preguntas más, ella le dijo que había visto a la víctima en la cafetería, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Y aquello no le hizo cambiar de opinión en cuanto al vaso de café que se encontraba en la escena del crimen?

—No era más que otro dato a tener en cuenta. Estábamos en una fase muy temprana de la investigación. No teníamos ningún otro testimonio que confirmara que la víctima estuvo en la cafetería. Contábamos con la declaración de esa persona, pero no coincidía con la de un testigo con la que habíamos hablado. Es verdad que en ese momento Lisa Trammel nos dijo que había visto a Mitchell Bondurant en la cafetería, pero eso no significaba que fuese verdad. Todavía teníamos que confirmarlo. Y más tarde lo hicimos.

—¿Pero se da cuenta de que lo que en esa fase temprana del interrogatorio consideraron como una inconsistencia por parte de mi cliente más adelante resultó ajustarse perfectamente a la verdad?

—Por una vez.

Kurlen no quería dar su brazo a torcer. Tenía claro que estaba tratando de empujarle al borde de un precipicio. Y estaba decidido a defenderse con uñas y dientes.

—De hecho, inspector, ¿no le parece que más tarde quedó claro que la única inconsistencia que se dio durante el interrogatorio a Lisa Trammel fue que ella dijera no haber estado cerca del banco y que ustedes contaran con un testigo que decía lo contrario?

—Es muy fácil verlo todo con claridad a toro pasado. Pero esa inconsistencia era y sigue siendo muy importante. Un testigo fiable la situó cerca del lugar de los hechos en el momento del crimen. Eso no ha cambiado desde el primer día.

—Una testigo fiable. Habló solo unos minutos con Margo Schafer, ¿y ya dice que es una testigo fiable?

Le di a la pregunta el tono adecuado, entre sorprendido y escandalizado. Freeman protestó, alegando que solo estaba mareando al testigo porque no me daba las respuestas que yo quería. El juez denegó la protesta, pero la fiscal había logrado transmitir al jurado el mensaje que quería: que yo no estaba consiguiendo lo que me proponía. Cuando de hecho, era al revés.

—Es verdad que nuestra primera entrevista con Margo Schafer fue corta —dijo Kurlen—. Pero más tarde otros investigadores volvieron a interrogarla de forma repetida. La señora Schafer no ha cambiado ni una coma de lo que declaró ese primer día, así que creo que vio lo que dice que vio.

—No lo dudo, inspector —dije—. Volvamos al vaso de café. ¿Finalmente llegaron a alguna conclusión en lo referente al establecimiento del que procedía el café derramado en la escena del crimen?

—Sí. Encontramos un pequeño recibo del Joe's Joe en el bolsillo de la víctima, un recibo de compra de un vaso grande de café a las ocho y veintiuno de esa mañana. Y entonces nos dijimos que el vaso de papel hallado en el lugar de los hechos seguramente era suyo. Más tarde, el análisis de las huellas dactilares lo confirmó. La víctima salió del coche con el café en la mano, y el agresor la atacó por la espalda.

Asentí con la cabeza, para que el jurado pudiera ver que en realidad sí estaba consiguiendo lo que me proponía.

—¿En qué momento encontraron ese pequeño recibo en el bolsillo de la víctima?

Kurlen revisó sus notas, pero sin dar con la respuesta.

—No estoy seguro, pues quien lo encontró fue el investigador forense encargado de registrar los bolsillos de la víctima y conservar todo cuanto apareciese en ellos. Debí encontrarlo antes de que levantaran el cadáver y lo llevaran al instituto forense.

—Eso sucedió bastante después de que usted y su colega se marcharan de allí y fueran a por Lisa Trammel, ¿correcto?

—No fuimos a por Lisa Trammel; y sí, debieron de encontrar el recibo después de que nos marchásemos para hablar con ella.

—¿El investigador forense les llamó para anunciarles el descubrimiento de ese recibo?

—No.

—¿Se enteraron ustedes de su descubrimiento antes o después de detener a Lisa Trammel como sospechosa de asesinato?

—Después. Pero había otros indicios que apuntaban a que...

—Gracias, inspector. Si no le importa, límitese a responder a las preguntas que le hago.

—No tengo ningún problema en decir la verdad.

—Bien. A eso hemos venido. Entonces, ¿está de acuerdo en afirmar que detuvieron a Lisa Trammel basándose en supuestas inconsistencias y contradicciones

en su declaración que más tarde, de hecho, resultaron ajustarse a los hechos conocidos en este caso?

Kurlen respondió casi de corrido.

—Teníamos a una testigo que situaba a Trammel cerca de la escena del crimen en el momento del asesinato.

—Y eso era todo lo que tenían, ¿correcto?

—Había otras pruebas que la relacionaban con el asesinato. Teníamos el martillo y...

—¡Estoy hablando del momento de la detención! —grité—. ¡Haga el favor de limitarse a responder a lo que le pregunto, inspector!

—¡Un momento! —exclamó el juez—. En esta sala solo hay una persona que autorizada a levantar la voz, y esa persona no es usted, señor Haller.

—Lo siento, señoría. ¿Podría indicar al testigo que se limite a responder a lo que se le pregunta, y no a lo que no se le pregunta?

—Considérelo indicado. Prosiga, señor Haller.

Paré un momento para recobrar el aliento, y miré a los miembros del jurado. Buscaba alguna reacción de simpatía, pero no vi ni una sola. Ni siquiera por parte de Furlong, que eludió mis ojos. Volví a mirar a Kurlen.

—Acaba de mencionar el martillo. El martillo propiedad de la acusada. Una prueba material que no tenían en el momento de la detención, ¿correcto?

—Correcto.

—¿No es verdad que, una vez realizada la detención, al ver que las supuestas inconsistencias en realidad no lo eran, se pusieron a buscar pruebas que se ajustaran a la teoría que habían elaborado sobre el caso?

—En absoluto. Teníamos a la testigo, pero seguíamos estando abiertos a todas las posibilidades. No estábamos, ni mucho menos, obcecados. Personalmente no hubiera tenido problema en retirar la acusación contra Lisa Trammel. Pero la investigación seguía en marcha, y las pruebas que nos iban llegando no hablaban en su favor.

—No solo eso, sino que también tenían un motivo, ¿cierto?

—La víctima iba a desahuciar a la acusada. El motivo me parecía lo bastante sólido.

—Sin embargo, usted no estaba al corriente de los detalles de la ejecución hipotecaria. Solo sabía que la ejecución estaba en marcha, ¿correcto?

—Sí, y que a la acusada le habían impuesto una orden de alejamiento temporal.

—¿Está diciéndome que esa orden de alejamiento fue motivo suficiente para matar a Mitchell Bondurant?

—No, no estoy diciendo eso. Lo que estoy diciendo es que era algo a tener en cuenta en líneas generales.

—Unas líneas generales que en ese momento le llevaron a precipitarse en sus actuaciones, ¿no le parece, inspector?

Freeman se levantó de un salto y protestó. El juez le dio la razón. Me parecía

bien. No estaba interesado en la respuesta de Kurlen a mi pregunta. Lo único que me interesaba era hacer que los miembros del jurado pensaran en ella.

Miré el reloj de pared situado en la parte posterior de la sala y vi que eran las tres y media. Hice saber al juez que iba a pasar a otras cuestiones en el contrainterrogatorio e indiqué que quizá sería buena idea proceder al descanso de la tarde. El magistrado se mostró conforme y anunció un receso de quince minutos.

Me senté a la mesa de la defensa. Mi cliente se inclinó y me apretó el antebrazo con fuerza.

—¡Está haciéndolo muy bien! —murmuró.

—Ya veremos. Aún queda mucho por delante.

Eché la silla hacia atrás con intención de levantarse.

—¿No sale a tomar un café? —preguntó.

—No, tengo que hacer una llamada. Salga usted. Pero recuerde, nada de hablar con periodistas. Mejor dicho, con nadie.

—Lo sé, Mickey. Las indiscreciones cuestan caras.

—Usted lo ha dicho.

Mientras se marchaba, miré cómo salía de la sala. No vi a Herb Dahl, su compañero inseparable, por ninguna parte.

Cogí el móvil y llamé a Cisco, que respondió al momento.

—Solo tengo un minuto, Cisco. Necesito noticias de la carta.

—Eso está hecho.

—¿Cómo, has podido contrastarla?

—Es totalmente legítima.

—Suerte que estamos hablando por teléfono.

—¿Por qué lo dices, jefe?

—Porque si no, tendría que darte un beso de agradecimiento.

—Eh... Tampoco hace falta.

Dediqué los últimos minutos del descanso a preparar la segunda parte del contrainterrogatorio a Kurlen. La noticia que Cisco acababa de darme iba a influir en el curso de todo el proceso. La forma en que manejase esa información mientras preguntaba a Kurlen determinaría el resto del juicio. Al cabo de unos minutos, todos volvieron a ocupar sus puestos. Sentado ante el atril, yo estaba listo para continuar. Solo me quedaba abordar una cuestión antes de pasar a la carga.

—Inspector Kurlen, volvamos a la escena del crimen que puede ver en la pantalla. ¿Identificaron ustedes al propietario del maletín que estaba abierto junto al cadáver de la víctima?

—Sí. En su interior encontramos las pertenencias de la víctima, cuyas iniciales estaban grabadas en la placa de latón del cierre. El maletín era suyo.

—Cuando llegó al lugar de los hechos y vio el maletín abierto junto al cadáver, ¿qué fue lo primero que pensó?

—Nada en particular. Siempre trato de tener la mente abierta a todas las posibilidades, sobre todo al principio de un caso.

—¿Pensó que el maletín abierto podía indicar que el motivo del crimen había sido el robo?

—Sí, era uno de los motivos posibles.

—¿Pensó que habían matado a un banquero y que el maletín abierto podía ser indicio de que el asesino andaba buscando algo en particular?

—Tuve que considerar la posibilidad. Pero, como he dicho antes...

—Gracias, inspector.

Freeman protestó, argumentando que no había dado tiempo al testigo para responder de forma completa. El juez le dio la razón y permitió que Kurlen terminara.

—Estaba diciendo que la posibilidad del robo no era más que una hipótesis. También era perfectamente posible que hubieran dejado el maletín abierto para que pareciese un robo, aunque en realidad no lo fuese.

Proseguí sin perder el ritmo:

—¿Llegaron a determinar qué se habían llevado del maletín?

—Por lo que sabíamos entonces y sabemos hoy, no se llevaron nada. Aunque no contamos con ningún inventario de lo que solía haber en el maletín. Hicimos que la secretaria del señor Bondurant mirase en sus archivos y material de trabajo por si podía determinar si faltaba algo. No echó nada en falta.

—Entonces, ¿cómo explica usted que el maletín estuviera abierto?

—Como he dicho antes, quizá lo abrieron para dejar una pista falsa. Aunque también es muy posible que se abriera por sí solo al caer contra el suelo de hormigón en el momento del ataque.

Adopté una expresión de incredulidad.

—¿Y cómo es que se le ha ocurrido esa posibilidad, inspector?

—El mecanismo de cierre del maletín no funcionaba bien. Cualquier golpe podía hacer que se abriera. Hicimos varias pruebas con él y descubrimos que al dejarlo caer sobre una superficie dura desde una altura de un metro o más, el cierre se abría por sí solo una de cada tres veces, más o menos.

Asentí con la cabeza, fingiendo que estaba asimilando esa información por primera vez, aunque de hecho ya la conocía, pues la había leído en uno de los atestados presentados durante la exhibición de pruebas.

—Entonces, está diciéndome que había una probabilidad entre tres de que el maletín se abriera por sí solo cuando el señor Bondurant lo dejó caer al suelo.

—Correcto, sí.

—Y dice que es muy posible que fuera eso lo que sucedió, ¿correcto?

—Bastante posible.

—Aunque, por supuesto, había más probabilidades de que el maletín no se hubiera abierto de aquel modo, ¿no?

—Puede verlo así.

—Era más probable que alguien hubiese abierto el maletín, ¿correcto?

—Como digo, puede verlo de esa forma. Pero en su momento determinamos que no faltaba nada, por lo que no había razón para abrirlo, como no fuera dejar una pista falsa. Nuestra hipótesis es que se abrió por sí solo al caer al suelo.

—Inspector, si se fija en la fotografía tomada en la escena del crimen, verá que nada de lo que había dentro del maletín salió despedido de su interior, ¿no es cierto?

—Sí, es cierto.

—¿Tiene a mano un inventario del contenido del maletín que pueda leer para el jurado?

Kurlen se tomó su tiempo para encontrarlo y leyó el inventario. Dentro del maletín había seis carpetas, cinco bolígrafos, un *iPad*, una calculadora, una agenda de direcciones y dos cuadernos de notas en blanco.

—Cuando probaron de dejar caer el maletín al suelo para ver si se abría por sí solo, ¿había lo mismo dentro?

—Más o menos lo mismo, sí.

—Y las veces que se abrió por sí solo, ¿los contenidos siempre permanecieron en el interior?

—No siempre, pero sí la mayoría de las veces. Quedó claro que era perfectamente posible.

—¿A qué conclusiones científicas llegó tras realizar su experimento científico, inspector?

—En realidad, el experimento lo hicieron los del laboratorio. No fue cosa mía.

Con un bolígrafo, y exagerando mucho el gesto, tracé varias cruces en mi cuaderno de notas. A continuación pasé al aspecto más importante del contrainterrogatorio.

—Inspector —dije—, antes nos ha dicho que un empleado del WestLand National

les entregó una carpeta con un listado de amenazas, en el que constaba información sobre mi representada. ¿En algún momento investigaron los demás nombres escritos en el listado?

—Estudiamos esa carpeta bastantes veces e hicimos alguna que otra pesquisa. Pero a medida que se iban acumulando pruebas contra la acusada, cada vez nos parecía menos necesario hacerlo.

—No querían perder el tiempo en tonterías cuando ya tenían una sospechosa a mano, ¿es eso?

—Yo no lo expresaría así. Nuestra investigación fue meticulosa y exhaustiva.

—¿Esa investigación tan meticulosa y exhaustiva comprendía el seguimiento de otros indicios que pudieran aparecer y no tuvieran nada que ver con la sospechosa, Lisa Trammel?

—Por supuesto. Forma parte de nuestro trabajo.

—¿Examinaron los papeles y archivos de trabajo del señor Bondurant y buscaron pistas que nada tuvieran que ver con Lisa Trammel?

—Sí, lo hicimos.

—Ha declarado que en este caso investigaron las amenazas hechas a la víctima. ¿También investigaron las amenazas que la víctima hubiera podido hacer a otros?

—¿Me está hablando de amenazas proferidas por la víctima? No, no que yo recuerde.

Pedí permiso al juez para mostrar al testigo la prueba material de la defensa número dos. Entregué copias a todos. Freeman protestó, pero por pura inercia. La cuestión de la carta de queja que Bondurant mandó a Louis Opparizio había quedado resuelta durante las negociaciones preliminares al juicio, y Perry había autorizado la presentación de la misiva durante el juicio, aunque solo fuera para compensar el permiso otorgado a la fiscalía para que presentara el martillo y el análisis de ADN. El juez denegó la protesta de Freeman y me instó a continuar.

—Inspector Kurlen, lo que tiene en la mano es una carta enviada mediante correo certificado por Mitchell Bondurant, la víctima, a Louis Opparizio, presidente de ALOFT, una empresa subcontratada por el WestLand National. ¿Sería tan amable de leer la carta al jurado?

Kurlen miró el papel un buen rato antes de ponerse a leer.

—«Apreciado Louis, Le adjunto correspondencia enviada por un abogado llamado Michael Haller, quien representa a la propietaria en uno de los casos de desahucio que están llevando en ALOFT para el WestLand. La propietaria se llama Lisa Trammel y el número de la hipoteca es el cero-cuatro-cero-nueve-sieteuno-nueve. La hipoteca está a nombre del matrimonio formado por Jeffrey y Lisa Trammel. En su carta, el señor Haller alega que en este caso se han perpetrado numerosas irregularidades fraudulentas. Como verá, Haller menciona ejemplos concretos, todos ellos llevados a cabo por ALOFT. Como sabe y hemos hablado antes, se han dado otras quejas parecidas. Estas nuevas alegaciones contra su

empresa, en caso de ser ciertas, han puesto al WestLand en una situación vulnerable, y más si consideramos el reciente interés del gobierno en este aspecto del negocio hipotecario. A no ser que lleguemos a algún acuerdo en firme al respecto, voy a recomendar al consejo que el WestLand rescinda el contrato con su empresa y deje de operar con ella de inmediato, lo que automáticamente obligaría a que el banco presentase un IAS a las autoridades competentes. Por favor, contacte conmigo lo antes posible para hablar más en detalle sobre estas cuestiones a fin de que lleguemos a un acuerdo».

Kurlen me tendió la carta como si hubiera terminado con ella. Hice caso omiso.

—Gracias, inspector. Y bien, en la carta se menciona un IAS. ¿Sabe lo que es?

—Un informe de actividades sospechosas. Todos los bancos están obligados a enviarlos a la Comisión Federal de Comercio si detectan actividades similares.

—¿Había visto antes esta carta que tiene en las manos, inspector?

—Sí, la he visto.

—¿Cuándo?

—Al mirar en los papeles de trabajo de la víctima. La vi entonces.

—¿Puede darme una fecha concreta?

—Una fecha concreta, no. Pero diría que vi la carta cuando la investigación llevaba unas dos semanas en curso.

—O sea, dos semanas después de que detuvieran a Lisa Trammel por asesinato. Después de ver esta carta, ¿hizo algunas averiguaciones al respecto? ¿Habló con Louis Opparizio, por ejemplo?

—Hice algunas averiguaciones y me enteré de que el señor Opparizio tenía una coartada muy sólida en lo referente al momento del asesinato. Así que lo dejamos ahí.

—¿Y qué me dice de la gente que trabaja para Opparizio? ¿Todos tenían también una coartada?

—No lo sé.

—¿No lo sabe?

—Acabo de decírselo. No hice más averiguaciones porque aquello parecía ser una disputa de negocios, y no un motivo real de asesinato. No me parece que esta carta constituya ninguna amenaza.

—¿No le pareció raro que, en esta época de comunicaciones instantáneas, la víctima decidiese enviar una carta certificada en lugar de un correo electrónico, un mensaje de texto o un fax?

—No especialmente. Entre sus papeles había copias de muchas otras cartas enviadas por correo certificado. Parece que esa era su forma de trabajar, para que quedara constancia de todo cuanto enviaba.

Asentí con un gesto. Eso quedaba claro.

—¿Sabe si el señor Bondurant en algún momento envió un informe de actividades sospechosas referente a Louis Opparizio o su compañía?

—Hice la consulta a la Comisión Federal de Comercio. No lo hizo.

—¿Consultó a otros organismos gubernamentales para saber si Louis Opparizio o su empresa estaban siendo investigados?

—En la medida de lo posible. No encontré nada.

—En la medida de lo posible... Así que para usted todo esto era un callejón sin salida, ¿correcto?

—Correcto.

—Habló con los de la Comisión Federal de Comercio y comprobó la coartada de un individuo, pero luego lo dejó ahí. Ya tenía a una sospechosa, a la que iba a ser fácil enviar a la cárcel, y eso a usted ya le iba bien, ¿correcto?

—La investigación de un asesinato nunca es fácil. Uno tiene que ser meticuloso. Y no dejar piedra sin remover.

—¿Qué me dice del Servicio Secreto de nuestro país? ¿Dejó esa piedra sin remover?

—¿El Servicio Secreto? No sé si entiendo a qué se refiere.

—En el curso de esta investigación, ¿en algún momento consultó a miembros del Servicio Secreto?

—No, no lo hice.

—¿O a la oficina del fiscal federal de Los Ángeles?

—No hablé con nadie. Aunque no puedo decir que mi compañera o los demás colegas asignados a este caso no lo hicieran.

Era una buena respuesta, pero no lo bastante buena. Vi por el rabillo del ojo que Freeman estaba sentada en el borde de la silla, lista para protestar en cualquier momento de mi interrogatorio.

—Inspector Kurlen, ¿sabe usted lo que es una notificación de investigación federal?

Freeman se levantó antes de que Kurlen pudiese responder. Protestó y pidió hablar con el juez en privado.

—Creo que lo mejor será que vayamos los tres a mi despacho —convino el magistrado—. Ordeno que el jurado y los empleados del juzgado permanezcan en la sala durante la deliberación. Señor Haller, señorita Freeman, acompañenme.

Saqué de la carpeta un documento grapado en un sobre y seguí a Freeman por la puerta que conducía al despacho del juez. Tenía algo muy claro: o estaba a punto de decantar el juicio en favor de la defensa, o el juez iba a enviarme a la cárcel por desacato.

El juez Perry no era un magistrado complaciente. Ni siquiera se molestó en tomar asiento tras el escritorio. Nada más entrar en el despacho, se giró hacia mí y cruzó los brazos sobre el pecho. Me miró con dureza y esperó a que la taquígrafa se sentara y pusiera a punto su aparato antes de hablar.

—Muy bien, señor Haller. Sospecho que la protesta de la señorita Freeman se debe a que es la primera vez que oye hablar del Servicio Secreto, de la fiscalía federal y de una notificación de investigación federal, y de lo que puedan tener o no que ver con este caso. Yo mismo debo presentar también una objeción, pues es la primera vez que oigo mencionar al gobierno federal y no voy a permitir que nos venga con vaguedades para impresionar al jurado. Si tiene algo concreto, quiero que me lo enseñe ahora mismo; y luego quiero que me explique por qué la señorita Freeman no tiene la menor idea de todo esto.

—Gracias, señoría —dijo la fiscal en tono indignado, con los brazos en jarras.

Traté de rebajar la tensión del momento dando un par de pasos hacia atrás para separarme distendidamente de los dos y acercarme a la ventana con vistas a las montañas de Santa Mónica. Desde allí se divisaban perfectamente las casas con voladizos sobre la ladera. Parecían cajas de cerillas que fueran a venirse abajo con el próximo terremoto. Conocía esa sensación, la de estar al borde del abismo.

—Señoría, ha llegado a mi despacho un sobre enviado por correo de forma anónima y en cuyo interior está la copia de una notificación de investigación federal cursada contra Louis Opparizio y ALOFT. La notificación informa de que él y su compañía estaban siendo investigados por prácticas fraudulentas en los procesos de desahucio tramitados por encargo de sus clientes, los bancos.

Levanté el documento y el sobre.

—Aquí tienen la carta. Está fechada dos semanas antes del asesinato, y solo ocho días después de la carta de queja que Bondurant le mandó a Opparizio.

—¿Cuándo recibió esta carta supuestamente anónima? —preguntó Freeman, con la voz rebotante de escepticismo.

—Llegó ayer a mi apartado de correos, pero no la abrí hasta anoche. Si la fiscal no me cree, puedo hacer que mi secretaria venga y responda a todas las preguntas que sean necesarias. Fue ella quien recogió la carta en mi apartado de correos.

—Tendría que haberla mencionado esta mañana —reprochó el juez—. Como mínimo, tendría que haber entregado una copia a la fiscal y haberla avisado de que pensaba referirse a ella.

—Señoría, esa era mi intención, pero está claro que se trata solo de una fotocopia enviada por correo. No sería la primera vez que intentan engañarme. Supongo que a todos nos ha pasado en algún momento. Necesitaba verificar este documento y cerciorarme de su autenticidad antes de hablarlo con alguien. Y la confirmación me ha llegado hace menos de una hora, durante el último descanso.

—¿Qué fuente le ha dado esa confirmación? —preguntó Freeman antes de que lo hiciera el juez.

—No sé los detalles precisos. El investigador que trabaja para mí simplemente me ha dicho que la autoridades federales le han confirmado que la notificación es auténtica. Si quiere saber más detalles, también puedo hacer que venga el investigador.

—Eso no va a ser necesario, pues estoy seguro de que la señorita Freeman querrá hacer sus propias preguntas cuando lo considere oportuno. En todo caso, sacar esta carta a relucir en pleno contrainterrogatorio es muy reprehensible, señor Haller. Esta mañana tendría que haber informado al tribunal de que le había llegado algo por correo, que estaba tratando de autentificarlo y que tenía previsto mostrarlo en la sala. Ha atacado por la espalda al ministerio fiscal. Y lo que es peor, al tribunal.

—Le pido disculpas, señoría. Mi intención era no dar ningún paso en falso. Y considero que no he hecho más que seguir el ejemplo de la fiscalía, que me ha atacado por la espalda un par de veces por lo menos, con pruebas sorpresa y otras cuestiones relacionadas con el calendario y la cadena de custodia.

Perry me miró mal, pero estaba convencido de que había captado el mensaje. Al fin y al cabo, creía que era un juez imparcial y que se comportaría como tal. Se daba cuenta de que la carta era auténtica y resultaba vital para los intereses de la defensa. Por puro sentido de la ecuanimidad, tenía que darme permiso para utilizarla. Freeman leyó lo mismo que yo y trató de ganar tiempo.

—Señoría, son las cuatro y cuarto. Solicito que la sesión sea suspendida, para que el ministerio público pueda estudiar este nuevo material y prepararse debidamente para responder mañana.

Perry denegó con la cabeza.

—No me gusta perder el tiempo —dijo.

—Ni a mí, señoría —respondió Freeman—. Pero, como usted mismo ha dicho, me han atacado por la espalda. La defensa tendría que habernos comunicado esta información por la mañana. No puede usted permitir que ahora la utilice sin que la fiscalía haya podido prepararse y efectuar sus propias averiguaciones en lo referente a esta carta. Solo le pido cuarenta y cinco minutos, señoría. Seguro que la fiscalía tiene derecho a pedirlos.

El juez me miró, por si me oponía. Levanté las manos en el aire con gesto resignado.

—Por mí no hay problema, señoría. La fiscalía puede tomarse todo el tiempo del mundo, pero eso no cambia el hecho de que Opparizio estaba y sigue estando sometido a una investigación federal por sus componendas con el WestLand y otros bancos. Y Mitchell Bondurant bien podría haberse convertido en un testigo inculpatario, como queda claro en la carta que hemos mostrado antes al tribunal. La policía y el ministerio fiscal han ignorado por completo este aspecto del caso, y la señora Freeman ahora quiere matar al mensajero para encubrir su poca...

—Ya basta, señor Haller. Aquí no estamos delante del jurado —cortó Perry—. Ya veo por dónde va. Voy a suspender la sesión de forma anticipada, pero mañana a las nueve en punto vamos a seguir con el juicio, y espero que los dos estén debidamente preparados y no se produzcan más retrasos.

—Gracias, señoría —dijo Freeman.

—Volvamos a la sala —dijo Perry.

Y así lo hicimos.

Lisa Trammel me cogió por el brazo mientras salíamos del juzgado. Quería saber qué más detalles conocía sobre aquella investigación federal. Herb Dahl nos estaba siguiendo como si fuera la estela de un barco. Me incomodaba estar hablándoles a los dos a la vez.

—Mire, Lisa, no sé lo que implica esa notificación. Es una de las razones por las que el juez ha suspendido la sesión, para que tanto la defensa como la fiscalía puedan averiguar algo al respecto. Relájese un poco y deje que yo y mis colaboradores nos ocupemos del asunto.

—Pero puede ser eso, ¿verdad, Mickey?

—¿Cómo que «eso»?

—La prueba definitiva de que yo no lo hice. ¡La carta lo deja claro!

Me detuve y me giré hacia ella. Sus ojos escudriñaron mi rostro en busca de un indicio de confirmación. Algo en su desespero me llevó a pensar por primera vez que quizá, efectivamente, hubieran tratado de convertirla en el chivo expiatorio del asesinato de Bondurant.

Pero lo de creer en la inocencia de las personas no era mi fuerte.

—Mire, Lisa, con un poco de suerte, la carta demostrará al jurado que hay otra posibilidad alternativa a tener muy en cuenta, una posibilidad que incluye un motivo y una oportunidad. Pero necesito que se tranquilice un poco y reconozca que puede que la carta tampoco demuestre nada. Lo más probable es que mañana la fiscal presente alguna alegación para que el jurado no llegue a verla. Tenemos que estar preparados para hacer frente a esa alegación y para seguir adelante sin poder enseñar la notificación. Así que tengo mucho...

—¡Pero no pueden hacer eso! ¡Estamos hablando de una prueba!

—Lisa, la fiscal puede alegar lo que crea más conveniente. Y el juez será quien decida. Por suerte, Perry nos debe una. Mejor dicho, nos debe dos; por lo del martillo y la prueba de ADN caídos del cielo. Así que espero que se porte y nos dé permiso para utilizar la carta. Por eso ahora tiene que dejarme. Necesito volver al despacho y ponerme a trabajar en todo esto.

Se acercó, acarició mi corbata y me ajustó bien las solapas de la americana.

—Muy bien, entendido. Haga lo que tenga que hacer, pero llámeme por la noche, ¿de acuerdo? Quiero saber cómo está la situación al final del día.

—Si tengo tiempo, Lisa. Si no estoy demasiado cansado, la llamaré.

Miré por encima de su hombro y posé la vista en Dahl, que andaba un par de pasos por detrás. El hecho era que necesitaba la ayuda de aquel tipo en ese momento.

—Herb, ocúpese de Lisa. Acompáñela a casa para que yo pueda volver al trabajo.

—Voy con ella —respondió—. No se preocupe.

Eso, «no se preocupe». Tenía el caso entero para preocuparme y no podía evitar preocuparme de que mi cliente se fuera con el hombre a quien justo acababa de pedírselo. ¿Dahl era trigo limpio o simplemente estaba empeñado en proteger su inversión? Les miré mientras se alejaban por la plaza en dirección al aparcamiento. Me puse en camino otra vez, pasé junto a la biblioteca y fui en dirección norte, hacia mi despacho. El hecho era que seguramente me sentía más entusiasmado que la propia Lisa ante las posibilidades que ofrecía aquella carta llegada por sorpresa, solo que no lo dejaba entrever. Uno nunca debe mostrar su baza antes de que el oponente haya hecho la apuesta definitiva.

Cuando llegué al despacho seguía flotando en un mar de adrenalina, esa adrenalina pura y de alto octanaje que te empuja cuando se produce un giro inesperado a tu favor. Cisco y Bullocks me estaban esperando. Se pusieron a hablar los dos a la vez, y tuve que levantar los brazos para que se calmaran un poco.

—Un momento, un momento —dije—. De uno en uno, y el primero soy yo. Perry ha suspendido la sesión para que la fiscal pueda estudiar la notificación de investigación federal. Tenemos que estar preparados, porque mañana a primera hora nos van a venir con la artillería pesada y quiero que el jurado vea esa carta. Cisco, ahora tú, ¿qué tienes? Háblame de la carta.

Con el empuje que me daba lo sucedido en el juzgado, me los llevé a mi despacho y me senté tras el escritorio. La silla aún estaba caliente; era evidente que alguien había estado trabajando allí toda la tarde.

—Muy bien —dijo Cisco—. Hemos confirmado que la notificación es auténtica. En la fiscalía federal no quisieron hablar con nosotros, pero averigüé que el agente del Servicio Secreto cuyo nombre aparece en la carta, Charles Vasquez, está asignado a una unidad de enlace con el FBI que investiga todo cuanto tenga que ver con los desahucios fraudulentos que se están produciendo en el sur de California. ¿Te acuerdas de que los grandes bancos pararon los desahucios el año pasado? ¿Y que todos los miembros del Congreso se comprometieron a investigar la situación?

—Sí, claro, pensé que de pronto me iba a quedar sin trabajo. Hasta que los bancos volvieron a poner en marcha los desahucios.

—Eso mismo. Pero resulta que el Congreso también puso en marcha algunas investigaciones. Una de ellas aquí mismo. Fue Lattimore quien creó esa unidad de enlace.

Reggie Lattimore era el representante de la fiscalía federal asignado al distrito. Le conocía de años atrás, de cuando era abogado de oficio. Más tarde cambió de bando, se convirtió en fiscal federal y pasamos a movernos en órbitas distintas. No me

gustaba estar cerca de los juzgados federales. De vez en cuando me tropezaba con él en alguno de los restaurantes de comida rápida del centro.

—Ya. Está claro que Lattimore no va a decirnos nada. Pero ¿qué pasa con Vasquez?

—También he probado con él. Conseguí que se pusiera al teléfono, pero cuando se enteró de qué iba a la cosa me dijo que no tenía nada que decirme. Volví a llamarle más tarde, pero me colgó, directamente. Creo que si queremos hablar con él vamos a tener que conseguir una citación.

La experiencia me decía que conseguir que un juez enviara una citación a un agente federal podía ser tan difícil como pescar un pez sin anzuelo en el sedal. Si no quieren declarar, los agentes federales siempre se las arreglan para salirse con la suya.

—Es posible que no tengamos que hacerlo —observé—. El juez ha suspendido la sesión con antelación, para que la fiscal pueda estudiar bien la carta. Algo me dice que hará que Lattimore o Vasquez comparezcan antes de que nosotros lo consigamos. Y tratará de llevarlos a su terreno.

—Freeman intentará evitar que la cosa le estalle en la cara durante la alegación de la defensa —agregó Aronson, como la experimentada veterana que no era—. Y la mejor forma de evitarlo es hacer que Vasquez comparezca a petición del ministerio fiscal.

—¿Qué sabemos sobre esa unidad de enlace? —pregunté.

—No conozco a nadie dentro —dijo Cisco—. Pero sí a alguien lo bastante metido en el ajo para saber qué está pasando. Es evidente que esa unidad de enlace está muy politizada. Los del Congreso se dijeron que hay tanto fraude en el tema de los desahucios que dar con unos cuantos culpables sería pan comido y les permitiría acaparar titulares y fingir que estaban haciendo algo para arreglar este desastre. Opparizio es el objetivo perfecto: rico, arrogante y republicano. Sea lo que sea lo que le tienen preparado, la cosa acaba de empezar y no ha llegado muy lejos.

—No importa —dije—. Con la citación de investigación federal nos basta y nos sobra. Porque nos servirá para mostrar que la carta enviada por Bondurant constituía una auténtica amenaza.

—¿Piensas que fue eso lo que pasó en realidad? —preguntó Aronson—. ¿O solo estamos usando esta coincidencia para desviar la atención del jurado?

Seguía de pie frente al escritorio, por mucho que Cisco y yo nos hubiéramos sentado. El gesto tenía algo de simbólico. Como si al no estar sentada mientras urdíamos aquella maniobra no estuviera participando del asunto ni vendiendo su alma al demonio.

—Eso no importa, Bullocks —respondí—. Está claro que nuestro trabajo es conseguir un veredicto de inocencia. Y si para conseguirlo tenemos que...

No necesité terminar la frase. Su rostro denotaba que seguía teniendo problemas a la hora de asimilar las lecciones que no había aprendido en clase. Me giré hacia Cisco.

—Y bien, ¿quién nos ha filtrado la carta?

—Eso no lo sé —respondió—. Dudo que fuera Vasquez. Cuando hablé con él por teléfono se mostró bastante sorprendido y mosqueado. Sospecho que ha sido alguien que trabaja en la oficina del fiscal federal.

Estaba de acuerdo.

—Es posible que haya sido el propio Lattimore —dije—. Si tenemos la suerte de conseguir que Opparizio comparezca, quizá eso ayude a que los federales puedan contar con su testimonio bajo juramento.

Cisco asintió con la cabeza. Era una posibilidad tan válida como cualquier otra. Pasé a otra cuestión.

—Cisco, en el mensaje de texto que me enviaste al juzgado decías que había algo aparte del caso que querías contarme.

—Contarte no, enseñarte. Tendremos que dar una vuelta en coche cuando acabemos aquí.

—¿Adónde?

—Prefiero que tú mismo lo veas.

Su expresión me dijo que no quería hablar del asunto delante de Bullocks, por mucha que esta formara parte de nuestro equipo y gozara de nuestra confianza. Capté el mensaje y me volví hacia Bullocks.

—Bullocks, ¿querías decirme algo más?

—Eh, no. Solo quería hablar un poco sobre mi comparecencia. Pero aún faltan unos días. Si te parece, lo dejamos para otro rato.

—¿Estás segura? Tengo tiempo.

—No, vete con Cisco. Quizá mañana encontremos un momento.

Me daba cuenta de que algo de cuanto habíamos dicho la inquietaba. Lo dejé correr y me levanté de la silla. La entendía, pero hasta cierto punto. El idealismo siempre termina por esfumarse.

Fuimos en el Lincoln, porque Cisco había venido al trabajo en moto. Me indicó que fuera en dirección norte por Van Nuys Boulevard.

—¿Esto tiene que ver con el marido de Lisa? —pregunté—. ¿Le has encontrado?

—Eh... No, no es eso. La cosa tiene que ver con los aquellos dos tipos del aparcamiento.

—¿Los que me pegaron la paliza? ¿Los has relacionado con Opparizio?

—Sí y no. Tiene que ver con ellos, pero no con Opparizio.

—Entonces, ¿quién demonios les soltó la pasta para que fueran a por mí?

—Herb Dahl.

—¿Qué? Te estás cachondeando de mí.

—Ojalá.

Miré a mi investigador. Confiaba en él por completo, pero no le encontraba sentido a la posibilidad de que Dahl hubiera contratado a dos matones para darme una lección. Habíamos discutido sobre el control de los derechos cinematográficos y el dinero, cierto, pero ¿de qué le servía hacer que me rompieran las costillas y me retorcieran los cojones? Cuando me agredieron, acababa de enterarme de su trato con McReynolds. Me pegaron la paliza antes de que tuviera tiempo material para protestar.

—Será mejor que me lo cuentes todo desde el principio, Cisco.

—En realidad, todavía no puedo. Por eso estamos en el coche.

—Entonces dime, ¿qué está pasando? Te recuerdo que estoy en mitad de un juicio.

—Muy bien. Me dijiste que no te fiabas de Dahl y que averiguara algo sobre él. Lo hice. Y pedí a un par de mis muchachos que le siguieran con discreción.

—Cuando dices «tus muchachos», ¿te refieres a los Saints?

—Eso mismo.

Érase una vez... Mucho antes de casarse con Lorna, Cisco había formado parte de los Road Saints, un grupo de motoristas a medio camino entre los Ángeles del Infierno y los payasos del circo. Se las arregló para dejarlo sin llegar a estar fichado por la policía, pero seguía manteniendo cierta vinculación con los moteros. Yo había hecho lo mismo durante mucho tiempo, cuando fui su abogado y llevé varios casos de lesiones y tenencia o tráfico de drogas que dejaban en mal lugar a los integrantes de los Saints. Así fue como conocí a Cisco, que por entonces se encargaba de llevar a cabo investigaciones de seguridad para el grupo. Empecé a utilizar sus servicios en algunos casos penales que me iban cayendo, y el resto es historia.

A lo largo de los años, Cisco había recurrido más de una vez a los Saints para que me echaran un cable, y yo incluso estaba en deuda con ellos por haber salvado a mi familia del peligro cuando estuve ocupado con el caso Louis Roulet. Así que no me sorprendía que Cisco hubiera recurrido a ellos de nuevo, solo que no se había

molestado en decirme ni una palabra al respecto.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque no quería complicarte aún más la vida. Bastante tenías con llevar el caso. Así que me encargué de esos dos mierdas que te dejaron hecho polvo.

Lo de «hecho polvo» no solo se refería a las lesiones físicas. Cisco había optado por mantenerme en la ignorancia porque tenía claro que los daños psicológicos a veces resultan peores que los físicos. Y no quería que me distrajera del caso ni sintiera la necesidad de andar siempre mirando a mis espaldas.

—Muy bien. Lo entiendo —dije.

Cisco metió la mano en el interior de su chaleco de cuero y sacó una fotografía doblada. Me la entregó. Esperé a detenerme frente al semáforo en rojo en el cruce con Roscoe para echarle un vistazo. La desdoblé y vi la imagen de Herb Dahl entrando en un coche con los dos matones de los mitones negros que me habían pegado una paliza de las buenas en el aparcamiento del Victory Building.

—¿Les reconoces? —preguntó Cisco.

—Sí, claro. Son ellos —respondí, con una rabia creciente que me salía de la garganta—. El hijo de perra de Dahl. Voy a arrancarle la puta cabeza del cuerpo.

—No te digo que no. Ahora gira a la izquierda. Vamos al cuartel general.

Miré por encima del hombro y me incorporé al carril de desvío tan pronto como cambió la luz del semáforo. Nos dirigimos al oeste, así que tuve que bajar la visera para protegerme del sol del atardecer. Sabía que con lo de «cuartel general» se refería a la sede social de los Saints, próxima a la fábrica de cervezas situada al otro lado de la autovía 405. Hacía algún tiempo que no visitaba el lugar.

—¿De cuándo es esta foto? —pregunté.

—Mi gente la hizo cuando estabas en el hospital. Ellos no...

—¡¿Y no me has dicho nada hasta ahora?!

—Relájate. Tampoco estoy en contacto con mi gente todos los días, ¿entiendes? Y ellos no sabían que te habían pegado una paliza de campeonato. Simplemente vieron a Dahl con esos tipejos y tomaron un par de fotos, pero no me las enseñaron porque no se les ocurrió imprimirlas hasta un mes más tarde. La cagaron, vale, pero hay que tener en cuenta que los chicos no son unos profesionales. Unos vagos de cuidado, eso es lo que son. Pero asumo la responsabilidad. De forma que si quieres echarle las culpas a alguien, échamelas a mí. Anoche vi la foto por primera vez. Otra cosa que los chicos me dijeron fue que vieron cómo Dahl entregaba a los dos mamones un buen fajo de billetes, aunque de eso no hay fotos. Creo que la cosa está más que clara. Dahl les contrató para que te dieran una buena tunda, Mick.

—El muy hijo de perra.

Me embargó el mismo desamparo que había sentido cuando uno de los agresores me inmovilizó los brazos y el otro se puso a golpearme con las manos enguantadas. Noté que el sudor brotaba de mi cuero cabelludo, y sentí un dolor inesperado en las costillas y los testículos.

—Si un día tengo la oportunidad de...

Me detuve y miré a Cisco, sentado en el asiento vecino. En su rostro había aparecido una pequeña sonrisa.

—¿Es lo que estoy pensando? ¿Tienes a esos dos tipos en el cuartel general?

No respondió, pero la pequeña sonrisa seguía ahí.

—Cisco, estoy en mitad de un juicio, ¿y ahora me dices que el tipo que se ha camelado a mi cliente es el que hizo que... que me dieran una paliza? Esto es demasiado, amigo. Yo no...

—Quieren hablar.

Dejé de protestar en el acto.

—¿Has hablado con ellos?

—No. Te están esperando. Pensé que lo mejor sería que fueras el primero en hablar con ellos.

Conduje en silencio durante el resto del trayecto, preguntándome qué panorama iba a encontrarme. No tardamos en detenernos frente a la verja situada al este de la fábrica de cervezas. Cisco salió para abrir el portón, y al momento el coche se vio invadido por el agrio olor de la cerveza.

El cuartel general estaba circundado por una valla metálica con alambre de espino en lo alto. La sede social, construida con bloques de hormigón y situada en el centro de una parcela baldía, lucía menos que las resplandecientes motos aparcadas en hilera frente a su fachada. Solo se veían Harleys y Triumphs. A los muchachos no les gustaban las máquinas japonesas.

Entramos en el edificio y necesitamos un momento para que nuestros ojos se acostumbraran a la penumbra, y vi que Cisco se dirigía hacia una barra de autoservicio, ante la que otros dos motoristas vestidos con chalecos de cuero estaban sentados en sus taburetes.

—¿Preparados? —preguntó.

Los dos motoristas hicieron girar los taburetes y se levantaron al unísono. Ambos medían más de un metro noventa y debían pesar ciento treinta o ciento cuarenta kilos. Dos soldados del grupo. Cisco me los presentó: Tommy Guns y Bam Bam.

—Están ahí dentro —dijo Tommy Guns.

Nos llevaron por un pasillo situado tras la barra. Eran tan corpulentos que se veían obligados a andar en fila india. Había puertas a uno y otro lado del corredor. Bam Bam abrió una situada a la derecha, a mitad del pasillo. Entramos en una habitación sin ventanas, con las paredes y el techo pintados de negro, y una bombilla solitaria por toda iluminación. El cuarto estaba en penumbra, pero entreví los dibujos pintados en las paredes. Hombres barbudos y con el pelo largo. Comprendí que el lugar venía a ser una especie de santuario erigido en honor a los miembros de los Saints muertos. Lo primero en lo que pensé fue en *Pulp Fiction*. Lo segundo fue que no me gustaba estar allí. Había dos hombres tumbados de bruces en el suelo, con los brazos y las piernas atados a la espalda y los rostros cubiertos con bolsas negras.

Bam Bam fue hacia ellos y empezó a quitarles las bolsas. Al momento los dos hombres empezaron a gemir asustados.

—Un minuto —dije—. Cisco, yo no puedo estar aquí. Estás buscándome un proble...

—¿Son ellos? —zanjó Cisco sin dejarme terminar—. Míralos bien. No te conviene equivocarte.

—¿A mí? ¡No soy yo el que se equivoca! ¡Yo no te he pedido que hicieras esto!

—Cálmate. Ya estás aquí, así que míralos bien. ¿Son ellos?

—¡Por Dios!

Los dos estaban amordazados con cinta americana, y a conciencia: la cinta rodeaba sus cabezas por entero. Sus caras estaban aún más distorsionadas por la hinchazón y tumefacción que se veía en torno a sus ojos. Les habían pegado una paliza. Sus rasgos no se ajustaban ni a mi recuerdo de lo sucedido en el aparcamiento del Victory Building ni a la fotografía que Cisco me había enseñado antes. Me agaché para verlos de cerca. Ambos me miraron con un miedo atroz dibujado en los ojos.

—No sabría decirlo —indiqué.

—¿Sí o no, Mick?

—No es tan fácil. Cuando me sacaron la mierda de las orejas a golpes, no estaban ni amordazados ni muertos de miedo.

—Quitadles la cinta —ordenó Cisco.

Bam Bam dio un paso al frente, abrió una navaja automática y cortó a lo bruto la cinta que amordazaba al que estaba más cerca de los dos. A continuación la arrancó, y se llevó con ella una buena porción de pelo de la nuca. El hombre gritó de dolor.

—¡Cierra la puta boca! —le chilló Tommy Guns.

El segundo aprendió bien la lección y no dijo ni pío cuando a continuación le quitaron la cinta sin contemplaciones. Bam Bam tiró la mordaza a un lado y fue a situarse tras los dos hombres. Agarró el nexo del cable que les amarraba los brazos a las piernas y los volteó uno a uno hacia un costado, para que pudiera verles mejor las caras.

—Por favor, no nos matéis —suplicó uno de ellos, con la voz trémula de desesperación—. No fue nada personal. Nos pagaron para hacerlo. Podríamos haberle matado, pero no lo hicimos.

De pronto le reconocí. Era el que había estado hablándome en el garaje.

—Son ellos, sí —dije, señalándolos con el dedo—. Este fue el que habló conmigo, y el otro el que me molió a palos. ¿Cómo se llaman?

Cisco asintió con la cabeza, como si su identificación fuera una pura formalidad.

—Son dos hermanitos. El bocazas se llama Joey Mack. Y el matón se llama Angel Mack. ¡Angel! Tiene gracia la cosa.

—¡A ver un momento! Ni siquiera sabíamos de qué iba el asunto —exclamó el bocazas—. ¡Por favor! ¡Cometimos un error! Nosotros...

—¡Ya lo creo que fue un error, mamones! —gritó Cisco, cuya voz retumbó desde

lo alto como la expresión de la cólera divina—. Y ahora vais a pagarlo. ¿Quién quiere ser el primero?

El matón se puso a lloriquear. Cisco fue hacia una mesa de juego en la que había esparcidas varias armas y herramientas, así como el rollo de cinta americana. Escogió una llave Stillson y unos alicates y fue hacia ellos. Anhelé fervientemente que todo fuera pura comedia. Pero si era así, Cisco estaba haciendo un papel digno de un Óscar. Le puse la mano en el hombro y le detuve. No tuve que decirle nada; el mensaje estaba más que claro. Deja que yo me ocupe de ellos.

Le quité la llave Stillson de las manos y me acuclillé como un receptor de béisbol junto a los dos cautivos. Sopesé la contundencia de la herramienta un momento y pregunté:

—¿Quién os contrató para que me dierais una paliza?

El bocazas respondió al instante. No tenía interés en proteger a nadie más que no fueran él mismo y su hermano.

—Un tipo llamado Dahl. Nos dijo que te diéramos bien fuerte pero que no te matáramos. ¡No puedes hacernos esto, tío!

—Creo que podemos hacer lo que nos dé la gana. ¿De qué conocíais a Dahl?

—No le conocíamos. Pero teníamos un amigo en común.

—¿Quién es ese amigo?

No respondió. Bam Bam no tardó en hacer honor a su apodo. Se agachó y, con unos puños que parecían pistones, les soltó a ambos un mamporro en las mandíbulas. El bocazas escupió sangre al contestarme:

—Jerry Castille.

—¿Y quién es Jerry Castille?

—A ver, un momento. Esto no puedes contárselo a nadie.

—No estáis en situación de decirme lo que puedo o no puedo hacer. ¿Quién es Jerry Castille?

—El representante en la Costa Oeste.

Esperé a oír más, pero el otro se calló.

—No tengo toda la noche, compañero. ¿A quién representa en la Costa Oeste?

—A cierta organización que hay en la Costa Este. ¿Lo pillas?

Miré a Cisco. ¿Herb Dahl estaba vinculado con el crimen organizado de la Costa Este? Me parecía poco probable.

—A ver, el que no lo pilla eres tú —dije—. Yo soy abogado. Y quiero una respuesta directa. ¿De qué organización estamos hablando? Tienes cinco segundos para...

—Castille trabaja para Joey Giordano, el tío que controla las cosas en Brooklyn, ¿entendido? Y acabo de firmar nuestra sentencia de muerte al decírtelo. Así que vete a tomar por el culo.

Eché la cabeza atrás y me soltó un escupitajo de sangre. Yo había dejado la americana y la corbata en el despacho. Miré mi camisa blanca y vi una mancha de

sangre junto al espacio que la corbata acostumbraba a cubrir.

—Esta camisa me la hicieron a medida, mamonazo.

Tommy Guns se situó en seguida entre los dos, y oí el impacto brutal de su puño en la cara del tipo, aunque no llegué a verlo dado el corpachón descomunal de Tommy. Dio un paso atrás, y vi que el bocazas ahora estaba escupiendo dientes.

—Una camisa a medida, tío —dijo Tommy Guns, como si quisiera explicar lo despiadado de su intervención.

Me levanté.

—Muy bien. Soltadlos —dije.

Cisco y los dos miembros de los Saints se giraron hacia mí.

—Que los soltéis —repetí.

—¿Estás seguro? —dijo Cisco—. Lo más probable es que vayan corriendo a contárselo todo a ese mierda de Castille, a decirle que lo sabemos todo.

Miré a los dos hombres atados en el suelo y negué con la cabeza.

—No, no van a hacerlo. Si cuentan que han hablado, lo más seguro es que les maten. Así que soltadlos, y olvidémonos todos del asunto. Estos dos pájaros van a estar escondidos hasta que se les vayan los moretones. Y la cosa acabará ahí.

Me agaché y me incliné hacia uno de ellos.

—Tengo razón, ¿verdad? —dije.

—Sí —respondió el bocazas, en cuyo labio superior se estaba formando un bulto del tamaño de una canica.

Miré a su hermano.

—¿Tengo razón? Quiero que me lo digáis los dos.

—Sí, sí, claro que sí —respondió el matón.

Miré a Cisco. Asunto concluido. Dio la orden.

—Vamos a ver, Guns. Escúchame bien. Vais a esperar hasta que se haga de noche. Que se queden donde están, y esperáis hasta la noche. Luego os los lleváis y los dejáis donde os digan. Los dejáis, pero sin ponerles la mano encima. ¿Entendido?

—Entendido.

El pobre Tommy Guns parecía realmente decepcionado.

Miré por última vez a los dos hombres ensangrentados en el suelo. Y ellos me miraron a mí a los ojos. La sensación de que su vida estaba en mis manos hizo que me estremeciera como por efecto de una descarga eléctrica. Cisco me dio un toquecito en el hombro, y salí con él de la habitación. Una vez en el pasillo, le puse la mano en el brazo y dije:

—No tendrías que haberlo hecho. No tendrías que haberme traído a este lugar.

—¿Bromeas? Sí tenía que traerte.

—¿De qué hablas? ¿Por qué?

—Porque esos dos te hicieron daño. Por dentro. Perdiste algo, Mick, y tienes que recuperarlo o no vas a poder ayudarte ni a ti mismo ni a nadie más.

Miré a Cisco un buen rato y luego asentí con la cabeza.

—Lo he recuperado.

—Bien. Ya no tenemos que volver a hablar más del asunto. ¿Puedes llevarme al despacho para que recoja la moto?

—Sí. Claro que sí.

Mientras conducía a solas, tras haber dejado a Cisco en el aparcamiento, me puse a pensar en las leyes del país y las leyes de la calle, y en las diferencias entre unas y otras. Cuando estaba en un juicio siempre insistía en que la aplicación de las leyes del país fuera justa y apropiada. Pero la escena en la que acababa de tomar parte en la habitación pintada de negro nada tenía de justa o de apropiada.

Aun así, no me preocupaba. Cisco tenía razón. Era necesario que recobrase aquello que había perdido en mi interior a fin de volver a salir como ganador de una sala de justicia o de cualquier otro lugar. Me sentía renovado por dentro mientras conducía. Abrí todas las ventanillas del Lincoln y dejé que el aire de la noche corriera por el interior del coche mientras bajaba por Laurel Canyon hacia mi casa.

Esta vez Maggie había usado su propia llave. Estaba dentro cuando llegué, y su visita resultaba tan inesperada como bienvenida. La encontré escudriñando el interior de la nevera.

—En realidad he venido porque antes siempre llenabas la nevera a conciencia antes de que empezara un juicio. Tu frigorífico parecía un supermercado de congelados. Pero ¿qué ha pasado? Ahí dentro no tienes nada.

Dejé las llaves en la mesa. Maggie había pasado por su casa después del trabajo y se había cambiado. Llevaba unos pantalones vaqueros, una blusa campesina y unas sandalias con gruesos tacones de corcho. Sabía que el conjunto me gustaba.

—Supongo que esta vez no he tenido tiempo.

—Bueno, pues ojalá lo hubiera sabido. Habría pensado en ir a cenar a otro sitio la única noche de esta semana que tengo canguro.

Me sonrió con picardía. Me resultaba difícil entender por qué no seguíamos viviendo juntos.

—¿Y si vamos al Dan's?

—¿Al Dan Tana's? Creía que solo ibas a ese lugar cuando habías ganado un caso. ¿Es que tienes el caso en el bote, Haller?

—No, nada de eso. Pero si tuviera que esperar a ganar un caso para ir al Dan's, no lograría comer allí muy a menudo.

Me señaló con el dedo y sonrió. Era un ritual que ambos conocíamos muy bien. Cerró la puerta del frigorífico, salió por la puerta de la cocina y pasó por mi lado sin molestarse en besarme.

—El Dan Tana's cierra bastante tarde —dijo.

La miré mientras recorría el pasillo hacia el dormitorio principal. Se quitó la blusa campesina por la cabeza en el mismo momento en que desaparecía dentro la habitación.

En realidad, no hicimos el amor. Algo de cuanto había visto y sentido en aquella negra habitación de la sede de los Saints seguía estando conmigo. Llamémoslo una agresividad residual o la liberación de la rabia y la impotencia que había

experimentado. Fuera lo que fuera, dictó mi forma de manejarme con Maggie. Empujé y pugué con fuerza excesiva. Le mordí el labio y le sujeté las manos por encima de la cabeza. Estaba sometiéndola, y mientras lo hacía me di cuenta del porqué de todo aquello. Maggie al principio se dejó llevar. La novedad probablemente le resultaba interesante. Pero al poco tiempo la curiosidad dejó paso a la inquietud, y terminó por girar el rostro y debatirse para soltarse de mis manos. Apreté sus muñecas con más fuerza todavía. Finalmente, vi que las lágrimas empezaban a anegar sus ojos.

—¿Qué? —le musité en el oído, hundiendo la nariz en sus cabellos con fuerza.

—Termina de una vez —dijo.

Al momento, toda mi agresividad, fogosidad y deseo se fueron por el sumidero de mi psique. Al verla llorar y decirme que terminara de una vez me sentí incapaz de hacerlo. Me separé de ella y me tumbé boca arriba en la cama. Me cubrí los ojos con el antebrazo, pero sabía que Maggie continuaba mirándome.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa esta noche? ¿Todo esto tiene algo que ver con Andrea? ¿Es una forma de vengarte por lo que está pasando en el juicio o algo parecido?

Noté que se levantaba de la cama.

—¡Maggie! ¡Por supuesto que no! El juicio no tiene absolutamente nada que ver.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Pero la puerta del baño se cerró sin darme tiempo a responder. Y al momento oí el chorro de la ducha.

—Te lo cuento durante la cena —dije, aunque sabía que no podía oírme.

El Dan Tana's estaba abarrotado, pero Christian salió a recibirnos y no tardó en conseguirnos un reservado en el rincón de la izquierda. Maggie y yo no habíamos cruzado palabra durante el trayecto de quince minutos hasta West Hollywood. En un momento dado saqué el tema de nuestra hija por hablar de algo, pero Maggie no me respondió, así que desistí. Me dije que volvería a intentarlo en el restaurante.

Los dos pedimos el filete al estilo de la casa acompañado de pasta. Con salsa alfredo para Helen y boloñesa para mí. Maggie pidió una copa de tinto italiano, y yo una botella de agua mineral con gas. Una vez se hubo marchado el camarero, llevé la mano hasta el otro lado de la mesa y la puse en su muñeca, con delicadeza esta vez.

—Lo siento, Maggie. Olvidemos lo sucedido.

Apartó el brazo y dijo:

—Aún tienes que darme una explicación, Haller. Eso no ha sido hacer el amor. No sé qué es lo que pasa. No me parece bien que trates así a una persona, y menos todavía a mí.

—Maggie, creo que estás exagerando un poco. Durante un rato estuviste disfrutando del asunto, y lo sabes.

—Hasta que empezaste a hacerme daño.

—Lo siento. Nunca se me ocurriría hacerte daño.

—Y no trates de hacerme creer que ha sido una cosa pasajera. Si quieres que nos volvamos a ver otra vez, más te vale contarme qué es lo que te pasa.

Sacudí la cabeza y miré el comedor lleno de gente. En la pantalla de televisión situada sobre la barra de bar que dividía el local en dos estaban retransmitiendo un partido de los Lakers. El gentío estaba apiñado en triple hilera tras los afortunados clientes que disfrutaban de un taburete. El camarero nos trajo las bebidas, lo que me dio un pequeño respiro. Pero Maggie volvió a insistir tan pronto como se hubo marchado.

—Cuéntamelo, Michael, o digo que me preparen la comida para llevar. Y me voy en taxi.

Bebí un largo sorbo de agua y la miré.

—Lo que ha pasado no tiene nada que ver con el juicio, con Andrea Freeman o con cualquier otra cosa o persona que tenga que ver contigo, ¿entendido?

—No, no lo he entendido. Cuéntamelo.

Dejé el vaso a un lado y crucé los brazos sobre la mesa.

—Cisco encontró a los dos tipos que me dieron la paliza.

—¿Dónde? ¿Quiénes son?

—Eso no importa. Cisco ni llamó a la policía ni los llevó a comisaría.

—¿Quieres decir que dejó que se fueran?

Solté una risa y negué con la cabeza.

—No, los pilló. Él y dos de sus amigos de los Saints. Para mí. En ese lugar que tienen. Para que hiciera lo que quisiera con ellos. Lo que quisiera. Me dijo que yo lo necesitaba.

Acercó la mano por el mantel a cuadros y la puso sobre la mía.

—Haller, ¿qué hiciste?

Le sostuve la mirada un momento.

—Nada. Les hice algunas preguntas y luego le dije a Cisco que les dejara marcharse. Ahora sé quién les contrató.

—¿Quién?

—Prefiero no hablar del tema. No es importante. Pero ¿sabes algo, Maggie? Cuando estaba en el hospital esperando a que me dijeran si iban a poder salvarme el testículo que me habían retorcido, no hacía más que pensar en escenas violentas, escenas en las que me vengaba de esos dos individuos. Estoy hablando de torturas como las que ves en los cuadros de Hyeronimus Bosch. De cosas muy chungas, al estilo medieval. Quería hacerles sufrir al máximo. Entonces tuve la oportunidad de hacerlo, y créeme que luego habrían hecho desaparecer a esos dos. Pero lo dejé correr... Y luego estuve contigo y...

Se echó hacia atrás en la banqueta. Mirando al vacío, con una mezcla de tristeza y resignación en el rostro.

—Muy retorcido, ¿verdad?

—Preferiría que no me lo hubieras dicho.

—¿Porque eres fiscal?

—Eso también.

—Ya, pero has insistido en preguntármelo. Supongo que habría hecho mejor en inventarme un cuento chino y decirte que estaba cabreado con Andrea Freeman. Entonces no habrías tenido ningún problema, ¿verdad? Cosas entre hombres y mujeres, lo habrías entendido.

Me devolvió la mirada.

—No me tomes por tonta.

—Lo siento.

Cenamos en silencio, mirando hacia la barra de vez en cuando. La gente bebía y estaba pasándolo bien. Al menos eso parecía. Los camareros vestidos de esmoquin iban a toda prisa de un lado a otro, pasando como buenamente podían entre las mesas llenas de comensales.

Cuando nos trajeron la cena, yo ya no tenía mucha hambre, por mucho que en mi plato descansara el mejor filete que servían en toda la ciudad.

—¿Puedo hacerte una última pregunta? —dijo Maggie.

Me encogí de hombros. No le veía mucho sentido a seguir hablando del asunto, pero accedí.

—Adelante.

—¿Cómo puedes estar seguro de que Cisco y esos dos amigos suyos realmente han dejado marchar a los dos tipos?

Corté el filete, y la sangre empezó a rezumar en el plato. Estaba muy poco hecho. Miré a Maggie.

—Supongo que no tengo forma de saberlo.

Volví a concentrarme en el filete, pero vi por el rabillo del ojo que Maggie llamaba la atención del ayudante de camarero.

—Quisiera que me empaquetaran esto para llevar; voy coger un taxi en la puerta. ¿Serían tan amables?

—Naturalmente. Ahora mismo.

El ayudante de camarero se llevó el plato.

—Maggie —dije.

—Necesito un poco de tiempo para pensar en todo esto.

Salió del reservado.

—Puedo llevarte en coche.

—No. No hace falta.

Estaba de pie junto a la mesa. Abrió el bolso.

—Olvídalo. Yo me ocupo.

—¿Seguro?

—Si el taxi tarda en llegar, mira hacia el Palm, que está calle abajo. Es posible

que allí haya uno esperando.

—Muy bien, gracias.

Se fue a esperar a que le llevaran la comida a la puerta. Empujé mi plato unos centímetros hacia el centro de la mesa. Contemplé la copa medio llena de vino que Maggie había dejado a sus espaldas. Seguía mirándola cinco minutos después cuando Maggie de pronto reapareció, con la comida para llevar en la mano.

—Han tenido que llamar a un taxi —dijo—. Supongo que está al caer.

Cogió la copa y bebió un sorbito.

—Hablemos después del juicio —repuso.

—Muy bien.

Dejó la copa en la mesa, agachó la cabeza y me besó en la mejilla. Y se marchó. Me quedé allí sentado un rato, pensando en mis cosas. Me dije que aquel beso quizá me había salvado la vida.

Esta vez el juez Perry se sentó tras el escritorio en su despacho. Eran las nueve y cinco del miércoles por la mañana, y me encontraba allí junto con Andrea Freeman y la taquígrafa judicial. Antes de reemprender el juicio, el magistrado había aceptado la solicitud de la fiscal de celebrar una nueva reunión a puerta cerrada. Perry esperó a que terminásemos de sentarnos y se aseguró de que la taquígrafa tenía su máquina a punto.

—Muy bien. Que conste en acta que seguimos con el caso California contra Trammel —indicó—. Señorita Freeman, me ha pedido usted una reunión a puerta cerrada. Espero que no sea para decirme que necesita más tiempo para estudiar la notificación de investigación federal.

Freeman se sentó en el borde de la silla.

—En absoluto, señor juez. Ya no hay nada que estudiar. Hemos investigado la cuestión a fondo, aunque lo que están haciendo los organismos federales competentes no me convence en absoluto. Por lo que hemos averiguado, me parece evidente que el señor Haller está tratando de descarrilar este juicio sacando a relucir unas cuestiones que nada tienen que ver con lo que debe evaluar el jurado.

Me aclaré la garganta, pero el juez se me adelantó.

—Señorita Freeman, antes de que empezara el juicio estuvimos hablando de la posibilidad de que el culpable fuera una tercera persona. Y convine en permitir que la defensa pudiera argumentar dicha hipótesis hasta cierto punto. Tiene que darme algún motivo de peso; el simple hecho de que usted no quiera que el señor Haller muestre esta notificación de investigación no la convierte en irrelevante.

—Entiendo, señoría. Pero ¿y si...?

—Perdón —dije—. ¿Yo también puedo hablar? Me gustaría responder a las insinuaciones de la señorita Freeman en cuanto a que estoy tratando de...

—Deje que la señorita Freeman termine y luego podrá explayarse, señor Haller. Tiene mi palabra. ¿Señorita Freeman?

—Gracias, señoría. Lo que estaba tratando de explicar es que una notificación de investigación federal en principio no significa casi nada. Anuncia que hay una investigación *pendiente*. No es una acusación. Ni siquiera una imputación. No significa que hayan encontrado algo o que vayan a encontrarlo. Se trata solo de un mecanismo de los federales para decir que han oído algo y que van a investigarlo. Pero en manos del señor Haller y delante del jurado, esa citación va a convertirse poco menos que en el anuncio del Apocalipsis, por mucho que nada tenga que ver con lo que se está juzgando. Aquí estamos juzgando a Lisa Trammel, y todo este asunto de la citación no guarda ni la más remota relación con este caso. Me gustaría pedirle que no autorice al señor Haller a hacer nuevas preguntas al inspector Kurlen sobre esta cuestión.

El juez estaba arrellanado en el asiento, con las manos cruzadas plácidamente

sobre el pecho. Giró el rostro hacia mí. Me había llegado el turno.

—Señoría, si me encontrara en su situación creo que le preguntaría a la fiscal, ya que dice haber investigado a fondo esa carta y su procedencia, si no está previsto que un gran jurado federal investigue los casos de desahucio fraudulento en el sur de California. Y luego le preguntaría cómo ha llegado a la conclusión de que una citación de investigación federal «no significa casi nada». Porque no me parece que el tribunal esté recibiendo una información ponderada de lo que esa carta implica o del papel que puede desempeñar en el caso.

El juez volvió a girarse hacia Freeman. Separó uno de los dedos que tenía entrelazados y señaló en su dirección.

—¿Qué tiene que decirme, señorita Freeman? ¿Lo del gran jurado es verdad?

—Señoría, está poniéndome en una situación incómoda. Como es sabido, los grandes jurados trabajan en secreto y...

—Aquí todos somos amigos, señorita Freeman —zanjó Perry en tono severo—. ¿Ese gran jurado existe?

Freeman titubeó un momento y asintió con la cabeza.

—El gran jurado existe, señoría, pero ninguno de los testigos se ha referido a Louis Opparizio. Como he dicho, la citación de investigación solo advierte de que va tener lugar una investigación. Estamos hablando únicamente de declaraciones referenciales, que en absoluto resultan admisibles en este juicio. Es verdad que la carta lleva la firma del fiscal federal asignado a nuestro distrito, pero quien en realidad la redactó fue un agente del Servicio Secreto involucrado en la investigación. Este agente está esperando sentado en mi despacho. Si el tribunal lo considera oportuno, puedo hacer que esté aquí en diez minutos para que confirme punto por punto lo que acabo de decirle. Todo esto no es más que un castillo de fuegos artificiales por parte del señor Haller. En el momento de la muerte del señor Bondurant, la investigación aún no estaba en curso, por lo que no hubo relación entre ambos sucesos. Lo único que había era esa carta.

Era un error por su parte. Al revelar que Vasquez, el agente del Servicio Secreto que había escrito la notificación de investigación, se encontraba en el edificio, Freeman acababa de poner al juez en una situación difícil. El hecho de que el agente estuviera cerca y fuera fácilmente accesible complicaba la posibilidad de que Perry desestimara la cuestión. Intervine antes de que el juez pudiera responder.

—¿Juez Perry? Sugiero que, ya que el ministerio fiscal dice que el agente federal que escribió la carta se encuentra en el edificio de los juzgados, la señorita Freeman sencillamente haga que salga a declarar como testigo a fin de contrastar lo que el inspector Kurlen pueda decir durante mi contrainterrogatorio. Si la fiscal está tan segura de que el agente dirá que la carta en cuestión carece de importancia, que sea el propio agente el que lo ratifique ante el jurado. Que desmonte mis argumentos definitivamente. Ayer pregunté a Kurlen por la notificación. Si ahora volvemos a la sala y nos abstenemos de hablar de ella otra vez o se indica al jurado que haga lo

posible por borrarla de su memoria, creo que eso sería más perjudicial para nuestra causa colectiva que la completa aclaración de este episodio.

Perry respondió sin vacilar.

—Me parece que tiene usted razón en este punto, señor Haller. No me gusta la idea de dejar al jurado pensando en esa misteriosa notificación durante toda la noche para después quitarles el caramelo de la boca a primera hora de la mañana.

—Señoría —intervino Freeman al momento—. ¿Puedo volver a hablar?

—No, creo que no es necesario. Es hora de dejar de perder el tiempo en mi despacho y reanudar el juicio de una vez.

—Pero, señor juez, hay otra cuestión importante que el tribunal ni siquiera ha tomado en consideración.

El juez la miró con expresión de fastidio.

—¿Y de qué se trata, señorita Freeman? Estoy empezando a perder la paciencia.

—Si autoriza usted que el principal testigo de la defensa tenga que declarar en relación a dicha notificación de investigación, seguramente eso repercutirá en su decisión previa de no acogerse a la quinta enmienda durante su comparecencia en este caso. Es muy posible que Louis Opparizio y sus abogados reconsideren esa decisión una vez que el jurado conozca esta notificación. Por consiguiente, es muy posible que la estrategia del señor Haller acabe derivando en la negativa por parte de su testigo principal —y cabeza de turco, si puedo añadirlo— a prestar testimonio. Que conste en acta que si el señor Haller quiere jugar a este juego, tendrá que atenerse a las consecuencias. La próxima semana, cuando Opparizio decida que no le interesa declarar en el juicio y solicite una revisión de la citación judicial, no quiero que la defensa nos venga con lloriqueos ni apelaciones. Una apelación estaría fuera de lugar, señoría.

Perry asintió con la cabeza, dándole la razón.

—Eso vendría a ser como el caso del hombre que mató a sus padres y luego pidió clemencia al tribunal alegando que era un pobre huerfanito. Estoy de acuerdo, señor Haller. Queda avisado de que si se decanta por esta opción, luego tendrá que atenerse a las consecuencias.

—Entendido, señoría —convine—. Y voy a asegurarme de que mi cliente también lo entienda así. Solo quiero matizar algo. La fiscal acaba de señalar a Louis Opparizio como cabeza de turco. Opparizio no es un cabeza de turco, y vamos a demostrarlo.

—Bien —dijo el juez—. Al menos va a tener la oportunidad de hacerlo. Pero dejemos de perder el tiempo de una vez. Volvamos a la sala.

Seguí a Freeman al exterior, mientras el magistrado se ponía la toga en el despacho. Pensaba que la fiscal aprovecharía para machacarme, pero hizo lo contrario.

—Buen trabajo, señor letrado —elogió.

—Pues... gracias.

—¿Quién cree que le envió la carta?

—Ojalá lo supiera.

—¿Los federales se han puesto en contacto con usted? Porque supongo que querrán saber quién ha estado filtrando documentos confidenciales.

—A mí nadie me ha dicho nada. Puede que los mismos federales filtraran la notificación. Si consigo que salga al estrado a declarar, Opparizio va a verse comprometido por sus propias palabras. Es posible que el gobierno federal esté utilizándome como instrumento. ¿Ha pensado en esa posibilidad?

La sugerencia hizo que ralentizara la marcha. Pasé por su lado, con una sonrisa en el rostro.

Al entrar en la sala vi que Herb Dahl estaba sentado en la primera fila, justo detrás de la mesa de la defensa. Reprimí el impulso de agarrarle por el cuello, arrastrarle y machacarle la cara contra el suelo de piedra. Freeman y yo nos sentamos a nuestras mesas respectivas. Sin levantar la voz, le conté a mi cliente lo que había pasado en el despacho del juez. Perry entró y ordenó que llamaran a los miembros del jurado.

Todo quedó listo cuando el inspector Kurlen volvió a subir finalmente al estrado. Cogí mis carpetas y mi cuaderno y me situé ante el atril. Se diría que había pasado una semana desde que mi contrainterrogatorio se viese interrumpido, pero no había transcurrido ni un día. Me puse a hablar como si no hiciera ni un minuto.

—Y bien, inspector Kurlen, cuando ayer lo dejamos acababa de preguntarle si sabe usted lo que es una notificación de investigación federal. ¿Puede responder a mi pregunta?

—Por lo que entiendo, cuando los organismos federales están interesados en reunir información sobre un individuo o compañía, mandan a veces una carta de ese tipo para advertirles de que quieren hablar con ellos. El mensaje viene a ser: «Le sugerimos que hable con nosotros para aclarar bien las cosas».

—¿Eso es todo?

—Bueno, yo no soy agente federal.

—Bien, ¿diría usted que recibir una notificación del gobierno federal donde se le informa a uno de que va a ser investigado tiene su importancia?

—Es posible, supongo. Imagino que depende del delito que estén tratando de investigar.

Pedí permiso al juez para mostrar un documento al testigo. Freeman protestó por inercia, alegando que mi iniciativa no era pertinente. El juez denegó la protesta sin comentarios y me indicó que podía entregar el documento al testigo.

Le di el papel a Kurlen, volví a situarme ante el atril y le pedí a Perry que declarase el documento como prueba material de la defensa número tres. A continuación le pedí a Kurlen que leyera la carta.

—«Apreciado señor Opparizio. Por la presente le comunico...».

—Un momento —interrumpí—. ¿Puede leer primero lo que hay en la parte

superior de la carta? ¿El encabezamiento?

—Dice «Oficina del Fiscal Federal de Los Ángeles». A un lado está la imagen de un águila y, al otro, la bandera de Estados Unidos. ¿Puedo pasar a leer la carta?

—Sí, por favor.

—«Apreciado señor Opparizio. Por la presente le comunico que una comisión de enlace establecida por varios organismos federales para la investigación de todos los casos de desahucios fraudulentos en el sur de California tiene previsto someter a investigación a, entre otros, A. Louis Opparizio Financial Technologies —compañía conocida como ALOFT— y a usted mismo como persona física. A la recepción de esta carta queda usted avisado de la prohibición de destruir o esconder cualquier tipo de documentos o materiales de trabajo vinculados a las operaciones de su empresa. Si está dispuesto a debatir esta investigación y cooperar con los miembros del mencionado grupo de enlace, no dude en llamar o hacer que su abogado se ponga en contacto conmigo o con el señor Charles Vasquez, el agente del Servicio Secreto de los Estados Unidos asignado a la investigación pormenorizada de las actividades de ALOFT. Queda advertido de que vamos a hacer todo lo posible para reunirnos con usted a fin de tratar las cuestiones mencionadas. Si no tiene intención de cooperar, puede estar seguro de que los agentes del grupo de enlace no tardarán en ponerse en contacto con usted. Una vez más, le recuerdo que tiene prohibido eliminar u ocultar los documentos y materiales de trabajo existentes en su oficina y lugares parecidos. Una vez recibida esta notificación, la eliminación u ocultación de tales documentos y materiales constituye un delito de gravedad penado por las leyes del país. Le saluda atentamente, Reginald Lattimore, Oficina del Fiscal Federal de Los Ángeles». Eso es todo, con la salvedad de que abajo aparecen los números de teléfono de estas personas.

Un murmullo sordo recorrió la sala. Tenía claro que la opinión pública no solía estar al corriente de cosas como las notificaciones de investigación federal. Eran los cuerpos de seguridad de los nuevos tiempos. Estaba seguro de que la llamada comisión de enlace no pasaba de ser un grupito de agentes procedentes de distintos organismos, sin dedicación exclusiva y carentes de un verdadero presupuesto. En lugar de establecer una costosa investigación, lo que harían sería probar suerte metiendo el miedo en el cuerpo a unos cuantos individuos, para ver si estos corrían a pedirles clemencia. Su idea era detener a un puñado de sospechosos evidentes, acaparar titulares en los periódicos y olvidarse del asunto después. Un tipo como Opparizio seguramente había utilizado la carta certificada como papel higiénico. Pero eso a mí me daba igual. Mi propósito era que aquella carta sirviera para que mi cliente siguiera en libertad.

—Gracias, inspector Kurlen. Ahora, ¿puede decirnos qué fecha tiene esta notificación?

Kurlen miró la fotocopia y respondió:

—Dieciocho de enero de este año.

—Y bien, inspector, ¿usted había visto esta carta antes?

—No. ¿Por qué tendría que haberla visto? No tiene nada que ver con...

—Me temo que el testigo se niega a responder debidamente —dije con rapidez—. Señoría, la pregunta que acabo de hacerle es muy simple: si había visto esta carta con anterioridad.

El magistrado ordenó a Kurlen que se limitara a responder a la pregunta formulada.

—No había visto esta carta hasta ayer.

—Gracias, inspector. Y ahora pasemos a la otra misiva, la que ayer le pedí que leyera, la que la víctima, Mitchell Bondurant, dirigió al mismo destinatario de la notificación de investigación federal, o sea, a Louis Opparizio. ¿Tiene la copia a mano?

—Un momento.

—Por favor.

Kurlen encontró la carta en el interior de su carpeta, la sacó y la mostró.

—Bien. ¿Puede darnos la fecha de esta otra carta, por favor?

—Diez de enero de este año.

—Esta carta llegó a manos del señor Opparizio por correo certificado, ¿no es así?

—La enviaron por correo certificado —matizó—. No puedo decirle si el señor Opparizio la recibió o incluso si llegó a leerla. La firma del recibí corresponde a otra persona.

—No importa quien firmó. El hecho es que la carta fue enviada el diez de enero, ¿correcto?

—Eso parece.

—Y la segunda carta de la que hemos estado hablando, la notificación hecha por el agente del Servicio Secreto, también fue enviada por correo certificado, ¿correcto?

—Eso mismo.

—A ver si lo entiendo bien. El señor Bondurant envía a Louis Opparizio una carta certificada en la que amenaza con exponer las prácticas fraudulentas de su empresa. Y ocho días después, una comisión federal de enlace envía al señor Opparizio una nueva carta certificada notificándole que va a ser investigado por prácticas fraudulentas en los procesos de desahucio. ¿Hasta aquí voy bien, inspector Kurlen?

—Por lo que tengo entendido, sí.

—Y luego, menos de dos semanas después, el señor Bondurant es brutalmente asesinado en el aparcamiento del WestLand, ¿correcto?

—Correcto.

Me quedé en silencio durante unos segundos, al tiempo que me frotaba el mentón como si estuviera dándole vueltas al asunto. En realidad, mi única intención era que el jurado se fijara en el gesto. Quería verles las caras, pero si miraba hacia ellos dejaría claras mis intenciones. Así pues, seguí con mi pose pensativa antes de continuar.

—Inspector, nos ha dicho usted que tiene una larga experiencia en el departamento de homicidios, ¿correcto?

—Tengo mucha experiencia, sí.

—Hablando hipotéticamente, ¿le gustaría haber sabido en su momento lo que ahora sabe?

Kurlen entrecerró los ojos como si se sintiera confuso, aunque sabía perfectamente lo que estaba diciéndole y adónde quería ir a parar.

—Creo que no termino de entenderle —dijo.

—Se lo diré de otra forma. ¿Le hubiera venido bien tener estas dos cartas a mano el día en que emprendió la investigación del homicidio?

—Sí, claro. ¿Por qué no? Siempre es deseable tener todas las pruebas y toda la información desde el primer día. Pero eso es algo que nunca sucede.

—Hablando hipotéticamente, de haber sabido que la víctima, Mitchell Bondurant, había enviado una carta amenazando con exponer las actividades delictivas de otro individuo tan solo ocho días antes de que ese individuo se enterase de que iba a ser sometido a una investigación federal, ¿hubiera considerado que se encontraba ante nuevos datos interesantes, susceptibles de ser investigados?

—No es fácil saberlo.

Ahora sí que miré al jurado. Kurlen se estaba yendo por las ramas, negándose a reconocer lo que el sentido común le obligaba a entender. No hacía falta ser inspector de policía para darse cuenta.

—¿Que no es fácil saberlo? ¿Está diciéndonos que, de haber contado con esta información y estas cartas el día del asesinato, no sabe si las hubiera considerado como unas pistas significativas que merecían ser investigadas?

—Lo que estoy diciendo es que no tenemos todos los detalles, por lo que no es fácil saber hasta qué punto son significativas, si es que llegan a serlo. Pero, para responderle en términos generales, nosotros investigamos todas las pistas. Así de sencillo.

—Así de sencillo. Ya, pero ustedes nunca investigaron esas pistas concretas, ¿verdad?

—Yo no contaba con esta notificación. ¿Cómo iba a investigarla?

—Pero sí que contaba con la primera carta enviada por la víctima y no hizo nada al respecto, ¿verdad?

—Eso no es verdad en absoluto. Verifiqué esa carta y determiné que no tenía nada que ver con el asesinato.

—¿Y tampoco es verdad que a esas alturas ya tenía a una supuesta culpable del asesinato, por lo que no iba a permitir que otros indicios le hicieran cambiar de idea o actuar de otra forma?

—No, no es verdad. Para nada.

Contemplé a Kurlen largo rato, con la esperanza de que mi expresión fuera de completo disgusto.

—No tengo más preguntas que hacer por el momento —dije finalmente.

Freeman hizo que Kurlen siguiera otros quince minutos en el estrado y, por medio de sus preguntas, trató de redibujar su versión de la investigación como un modélico ejemplo de trabajo policial. Cuando terminó, no me molesté en volver a las andadas con el policía, pues estaba seguro de que Kurlen ya no iba a serme de utilidad. Mi intención era sugerir que la investigación había sido un ejercicio de obcecación y me parecía claro que lo había conseguido.

Al parecer, Freeman pensaba que era necesario abordar cuanto antes la cuestión de la notificación de investigación federal. Su siguiente testigo fue el agente del servicio secreto, Charles Vasquez. Aunque veinticuatro horas antes ni siquiera conocía su nombre, Freeman ahora estaba insertándolo de forma apresurada en su cuidadosamente orquestada sucesión de testigos y pruebas materiales. Podría haber protestado ante la comparecencia del agente federal argumentando que no había tenido tiempo para preparar mis propias preguntas, pero me dije que no me convenía poner a prueba al juez Perry. Decidí que lo mejor sería ver qué tenía que decir el agente antes de reconsiderar la posibilidad de efectuar una protesta tan impertinente.

Vasquez tendría unos cuarenta años de edad y era de tez y cabellos oscuros. Empezó por explicar que anteriormente había sido agente de la DEA, el organismo federal antidroga, desde donde después pasó al Servicio Secreto. De perseguir a los traficantes pasó a perseguir a los falsificadores, hasta que le llegó la oportunidad de integrarse en el grupo de enlace para la investigación de los desahucios. Según agregó, el grupo de enlace contaba con un mando superior y diez agentes procedentes del Servicio Secreto, el FBI, el servicio de correos y la Hacienda estadounidenses. Un fiscal federal auxiliar se encargaba de supervisar su labor, pero los agentes —que operaban en pareja— por lo general tenían una gran autonomía en su trabajo y eran libres de investigar a los individuos que considerasen oportunos.

—Agente Vasquez, el dieciocho de enero de este año escribió usted una citación de investigación federal a un hombre llamado Louis Opparizio, una citación que luego firmó el fiscal federal Reginald Lattimore. ¿Se acuerda?

—Sí, lo recuerdo.

—Antes de pasar a hablar de la carta en cuestión, ¿puede explicar al jurado qué es exactamente una notificación de investigación judicial?

—Es un recurso que empleamos para dar con sospechosos y culpables de haber cometido delitos.

—¿Y en qué consiste?

—Básicamente les informamos de que vamos a investigar sus actividades, sus prácticas profesionales y todo cuanto han estado haciendo. Una notificación de investigación siempre invita al destinatario a dar la cara y hablar con los agentes. En un gran número de ocasiones, los destinatarios hacen exactamente lo que les hemos pedido. Unas veces eso nos lleva a emprender acciones judiciales, y otras, origina

nuevas investigaciones. Es un recurso que resulta efectivo, porque las investigaciones son muy costosas, y no tenemos el presupuesto necesario. Si con una de estas cartas conseguimos que se abra un juicio, que un testigo coopere o que se obtenga una pista interesante que investigar, entonces nos damos por satisfechos.

—Y bien, en lo que concierne a Louis Opparizio, ¿qué fue lo que les llevó a enviarle una carta de ese tipo?

—Verá, mi colega y yo estábamos muy familiarizados con su nombre porque había aparecido de forma repetida en otros casos que estábamos investigando. No necesariamente de forma negativa; lo que ocurría era que la compañía de Opparizio era lo que llamamos una trituradora de desahucios. ALOFT lleva todo el papeleo de los desahucios para muchos de los bancos que operan en el sur de California. Estamos hablando de miles de casos. Como digo, el nombre de ALOFT aparecía una y otra vez, y a veces se producían quejas por sus métodos y forma de proceder. Mi colega y yo decidimos examinarlo todo más a fondo. Y enviamos la carta para ver qué tipo de respuesta recibíamos.

—Un poco como el pescador que lanza el anzuelo para ver qué pesca, ¿es eso?

—Era más que eso. Como decía, esta compañía estaba echando mucho humo. Lo que nos interesaba era ver si había un fuego, y hay veces en que la reacción que provoca la notificación de investigación dicta lo que vamos a hacer a continuación.

—En el momento de escribir y enviar la notificación, ¿tenían ustedes indicios o pruebas de que Opparizio o su empresa hubieran cometido actos delictivos?

—No. En ese momento no.

—¿Qué pasó después de que enviaran la carta?

—Hasta la fecha, nada.

—¿Louis Opparizio llegó a responder a la carta?

—Nos respondió un abogado, diciendo que el señor Opparizio no tenía problema en someterse a la investigación, pues así tendría la oportunidad de dejar claro que su negocio estaba limpio de polvo y paja.

—¿Han hecho ustedes lo que sugería esa respuesta e investigado al señor Opparizio o su compañía?

—No, porque no hemos tenido tiempo. Hay otras investigaciones en curso que parecen ser más prometedoras.

Freeman consultó sus notas antes de terminar.

—Por último, agente Vasquez, ¿la comisión de enlace está actualmente investigando a Louis Opparizio o a ALOFT?

—Técnicamente no. Pero tenemos previsto llevar a la práctica lo que anunciamos en la carta.

—Entonces, ¿la respuesta es no?

—Correcto.

—Gracias, agente Vasquez.

Freeman tomó asiento. Tenía el rostro iluminado, y era evidente que estaba

contenta con la declaración que le había arrancado al agente. Me levanté y dejé el cuaderno en el atril. Había anotado unas cuantas preguntas momentos antes.

—Agente Vasquez, ¿está usted diciendo al jurado que un individuo que no responde a una de sus notificaciones presentándose ante ustedes de inmediato y confesando su culpabilidad tiene que ser considerado inocente de todo delito?

—No, no es lo que estoy diciendo.

—Y como Louis Opparizio no lo hizo, ¿pasó usted a considerarlo inocente?

—No, en absoluto.

—¿Es habitual que mande notificaciones de investigación federal a individuos que cree que son inocentes de cualquier actividad delictiva?

—No, por supuesto.

—Y bien, agente Vasquez, ¿dónde diría que está la línea roja? ¿Qué hay que hacer para recibir una notificación de investigación federal?

—Básicamente, si detecto a alguien sospechoso de cualquier actividad ilegal llevo a cabo algunas averiguaciones preliminares, que más tarde pueden llevarme a escribir una carta de ese tipo. No las mandamos al azar. Sabemos lo que hacemos.

—¿Usted, su colega o cualquier otro agente del grupo de enlace hablaron con Mitchell Bondurant sobre las prácticas de ALOFT?

—No, no lo hicimos. Nadie llegó a hablar con él.

—¿Diría que les hubiera gustado hablar con él?

Freeman protestó, alegando que la pregunta era vaga. El juez le dio la razón. Decidí que lo mejor era dejar que la pregunta sin respuesta siguiera en el aire para el jurado.

—Gracias, agente Vasquez.

Concluido el testimonio de Vasquez, Freeman volvió a atenerse al orden que se había trazado y llamó al jardinero que había descubierto el martillo entre los arbustos del jardín de la casa, situada a una manzana y media de la escena del asesinato. Su declaración fue breve y no demasiado impactante, de poca importancia en principio, a no ser que más tarde pudiera ser relacionada con los testigos del instituto forense que la fiscalía sacara al estrado. Me apunté un pequeño tanto al conseguir que el jardinero reconociese que había estado trabajando entre aquellos arbustos concretos y en sus alrededores en al menos doce ocasiones antes de descubrir el martillo. Era una pequeña semilla que sembraba para el jurado: era posible que alguien hubiera dejado el martillo en ese lugar bastante después del asesinato.

Tras la comparecencia del jardinero, el ministerio público interrogó brevemente al propietario de la casa y a los agentes de policía responsables de la cadena de custodia del martillo hasta que fue entregado al laboratorio policial. No me molesté en contrainterrogarles. No tenía intención de poner en duda ni la cadena de custodia ni el hecho de que el martillo fuera el arma homicida. No solo pensaba reconocer que era el arma con la que habían matado a Mitchell Bondurant, sino también que pertenecía a Lisa Trammel.

Iba a ser no solo una jugada inesperada, sino también la única que se ajustara a la hipótesis de la defensa de que todo había sido un montaje en contra de mi cliente. La sugerencia de Jeff Trammel asegurando que el martillo bien podría haber estado en el maletero del BMW que había dejado atrás antes de largarse a México no había resultado fructífera. Cisco se las había arreglado para encontrar el coche, que seguía estando en uso en el concesionario donde Jeff Trammel había trabajado, pero en el maletero no había martillo alguno, y el encargado del concesionario le dijo que nunca lo había habido. Me dije que lo que me había contado Jeff Trammel probablemente no tenía más objetivo que el de ganar algo de dinero a cambio de una historia que quizá podría ayudar a defender a la mujer a quien había abandonado.

Era casi la hora del almuerzo cuando terminaron las declaraciones sobre el arma homicida, y el juez —como empezaba a ser su costumbre— ordenó el final de la sesión de la mañana con quince minutos de adelanto. Me giré hacia mi cliente y la invité a almorzar conmigo.

—¿Y qué pasa con Herb? —apuntó—. Le prometí que iría a comer con él.

—Herb puede venir también.

—¿En serio?

—Claro, ¿por qué no?

—Porque pensaba que usted no... Da igual, ahora se lo digo.

—Muy bien. Vamos en mi coche.

Hice que Rojas nos recogiera a los tres, y fuimos por Van Nuys hasta el Hamlet, cerca de Ventura. El establecimiento contaba con décadas de antigüedad, y si bien tenía ciertas pretensiones desde que perdió su antiguo nombre de Hamburger Hamlet, la comida seguía siendo exactamente la misma. Como el juez nos había hecho salir antes de tiempo, nos ahorramos las colas del mediodía, y el camarero nos llevó al momento a uno de los reservados.

—¡Me encanta este lugar! —dijo Dahl—. Aunque hace siglos que no vengo por aquí.

Me senté frente a Dahl y mi cliente. No respondí a su entusiástico comentario. Estaba demasiado ocupado pensando en lo que iba a hacer durante el almuerzo.

Nos dimos prisa en pedir, porque tampoco teníamos mucho tiempo. La conversación se centró en el caso y en cómo creía Lisa que avanzaba hasta entonces. Por el momento estaba bastante contenta.

—Reconozco que siempre le saca algo a cada testigo, lo cual me resulta favorable —dijo—. No es nada fácil.

—Ya, pero la cuestión es si les saco lo suficiente —respondí—. Y lo que ha de tener claro es que la cosa va poniéndose cada vez más cuesta arriba. ¿Conoce aquella pieza clásica, el *Bolero*? De Ravel, si no me equivoco.

Lisa me miró desconcertada.

—Es la que suena en *10, la mujer perfecta*, la película con Bo Derek —intervino Dahl—. ¡Me encanta!

—Ya. Y bien, la pieza es larga, de unos quince minutos o así, y empieza de forma lenta, con unos pocos instrumentos apagados, pero al poco rato va cobrando empuje, cada vez mayor, hasta llegar al crescendo, al gran final ejecutado al unísono por todos los instrumentos de la orquesta. En paralelo, las emociones del oyente también van subiendo de tono hasta llegar a un mismo final apoteósico. Y eso es lo que la fiscal está haciendo en este caso. Amplificar el volumen y subir el tono poco a poco. Freeman aún tiene que sacar lo mejor que tiene en reserva, y va a hacerlo de forma conjunta, con tambores, cuerdas y vientos al final. ¿Entiende lo que quiero decir, Lisa?

Asintió con la cabeza. Su expresión ahora era sombría.

—No es que quiera desanimarla. Está contenta y esperanzada, convencida de que la razón está de su parte, y quiero que siga sintiéndose así. Porque el jurado se fija en ello, y es tan útil como todo cuanto yo pueda hacer. Pero ha de tener presente que la cosa va poniéndose cada vez más cuesta arriba. Freeman todavía no ha hecho comparecer a los científicos, y al jurado le encantan los científicos, porque le ofrecen una salida, una forma de delegar la responsabilidad. La gente cree que eso de formar parte de un jurado es estupendo. Uno no tiene que ir al trabajo, se sienta en primera fila y observa un caso interesante, un drama real mucho más interesante que el que podría ver por la tele en su casa. Pero al final, los miembros de un jurado tienen que mirarse a las caras y tomar una decisión. Una decisión que afecta a la vida de alguien. Y, créame, no hay tanta gente dispuesta a hacer algo así. Los científicos les facilitan las cosas. «Ah, bueno, si el análisis de ADN dice que sí, entonces no puede ser que no. El veredicto tiene que ser *culpable*». ¿Lo entiende? Esto es lo que vamos a tener que afrontar, Lisa, y no quiero que se haga falsas ilusiones al respecto.

En un gesto caballeroso, Herb Dahl le puso la mano en el brazo que Lisa tenía sobre la mesa. Y lo apretó como para brindarle su apoyo.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer con ese análisis de ADN que tienen? —preguntó Lisa.

—Nada —dije—. Ahí no puedo hacer nada. Antes del juicio le dije que habíamos encargado otro análisis por nuestra cuenta y que el resultado era el mismo. El análisis es concluyente.

Entrecerró los ojos en señal de derrota, y vi que le asomaban las lágrimas, justo lo que yo quería. La camarera se presentó en ese momento con nuestros platos. Esperé a que se marchara y seguí.

—No se lo tome así, Lisa. Lo del ADN es pura fachada.

Me miró confusa.

—Pero si acaba de decirme que es concluyente.

—Y lo es. Pero eso no significa que no pueda haber una explicación de otro tipo. Yo me ocupo del ADN. Como ha venido a decir antes, mi trabajo consiste en sembrar una pequeña duda cada vez que sacan a declarar a un nuevo testigo, con la esperanza de que, después, cuando la fiscalía le enseñe al jurado su obra final, todas esas

pequeñas dudas sembradas anteriormente hayan germinado en algo que cambie la percepción de ese cuadro. Si lo conseguimos, a broncearnos a gusto.

—¿Cómo?

—Que nos vamos a casa. Nos vamos a la playa, a tomar el sol y a broncearnos a gusto.

Le sonreí; me devolvió la sonrisa. Las lágrimas habían arruinado totalmente el elaborado maquillaje que se había aplicado por la mañana.

El resto de la comida discurrió entre charlas insustanciales y observaciones poco exactas o absurdas sobre el sistema judicial por parte de mi cliente y su compañero de fatigas. Lo había visto antes en otros de mis clientes. No conocían las leyes, pero se apresuraban a decirte qué es lo que no funciona en ellas. Esperé a que Trammel se llevara a la boca la última porción de ensalada.

—Lisa, se le ha corrido un poco el rímel mientras hablábamos. Es muy importante que se mantenga entera y que lo parezca. Quiero que vaya al cuarto de baño y se arregle hasta que vuelva a parecerlo, ¿entendido?

—¿No puedo hacerlo en el juzgado?

—No. Puede que al llegar coincidamos con periodistas o miembros del jurado. Uno nunca sabe con quién va a encontrarse, y no quiero que alguien pueda pensar que se ha pasado la hora del almuerzo llorando, ¿comprende? Por eso prefiero que lo haga ahora mismo. Yo me encargo de llamar a Rojas para que venga a recogerlos.

—Es posible que necesite unos minutos.

Miré mi reloj.

—Tómese su tiempo. Espero un poco antes de llamar a Rojas.

Herb Dahl se levantó para que Lisa pudiera salir del reservado. Y nos quedamos los dos a solas. Había puesto mi plato a un lado y tenía los codos hincados en la mesa y las manos entrelazadas delante de mi boca, como un jugador de póker que levanta los naipes para esconder su expresión. Un buen abogado, al fin y al cabo, es un negociador. Y había llegado la hora de negociar la salida de Herb Dahl.

—Y bien, Herb... Ha llegado el momento de que desaparezca.

Sonrió ligeramente, sin entender.

—¿Cómo dice? Hemos venido los tres juntos.

—No; de que desaparezca del caso, quiero decir. De la vida de Lisa. Ha llegado el momento de que desaparezca.

Seguía mirándome con la misma cara de no entender nada en absoluto.

—No pienso irme de ningún lado. Lisa y yo... estamos muy unidos. Y he invertido mucho dinero en este asunto.

—Bueno, pues ese dinero lo ha perdido. Y en cuanto a Lisa, también se ha acabado la comedia. Desde ya.

Me puse la mano en el bolsillo interior de la americana y saqué la foto de Herb con los hermanos Mack que Cisco me había entregado la noche anterior. Se la pasé por encima del mantel. La miró un instante y soltó una risa nerviosa.

—No entiendo de qué va esta broma. ¿Y estos dos quiénes son?

—Los hermanos Mack. Los dos sujetos a los que contrató para que me pusieran a caldo.

Lo negó con la cabeza y miró por encima del hombro hacia el pasillo que llevaba a los servicios. Se giró hacia mí de nuevo.

—Lo siento, Mickey, pero no sé de qué me está hablando. Y creo que tengo que recordarle que usted y yo hemos cerrado un acuerdo en lo referente a la película. Un acuerdo cuyos detalles precisos seguramente serían de interés para el colegio de abogados de California, pero aparte de eso...

—¿Está amenazándome, Dahl? Porque si es el caso, está cometiendo un error.

—No, no le estoy amenazando. Solo estoy tratando de entender de dónde viene su...

—Voy a decirle de dónde vengo yo. De una oscura habitación en la que he mantenido una interesante charla con los hermanos Mack.

Dahl volvió a doblar la fotografía y me la entregó.

—¿Estos dos? Solo pedían por una dirección, eso es todo.

—Una dirección, ¿eh? ¿Está seguro de que en realidad no pedían su dinero? Porque también tenemos fotos de ese momento.

—Quizá les di algo. Me pidieron ayuda, y no parecían ser malos chicos.

No lo pude evitar; sonreí.

—Voy a decirle una cosa, Herb, es usted muy bueno, pero resulta que esos dos me lo han contado todo con detalle. Así que dejémonos de gilipolleces y vayamos al lío.

Se encogió de hombros.

—Muy bien, usted manda. ¿Cuál es el lío?

—El lío es que el que acabo de decirle. Usted desaparece, Herb. Ya puede despedirse de Lisa. Ya puede despedirse del acuerdo para la película. Ya puede despedirse de su dinero.

—Son muchas despedidas. ¿Y qué saco yo a cambio?

—No ir a la cárcel, eso es lo que se saca.

Negó con la cabeza y volvió a mirar por encima del hombro.

—Las cosas no funcionan así, Mick. Verá, ese dinero no era mío. El que apoquinó no fui yo.

—¿Quién fue entonces? ¿Jerry Castille?

Miró deprisa de un lado para otro y fijó la mirada otra vez. El nombre de Castille le había golpeado como un puñetazo invisible. Ahora sabía que los hermanos Mack, efectivamente, se habían ido de la lengua, y mucho.

—Sí, sé lo de Jerry. Y también lo de Joey, en Nueva York. Entre matones no hay honor. Los hermanos Mack están dispuestos a cantar la traviata, si hace falta. Le tengo cogido por las pelotas, Herb. O desaparece hoy mismo de mi vida y de la de Lisa o voy con el cuento a la oficina del fiscal del distrito, donde resulta que trabaja mi exesposa. Ella misma es fiscal y se lo pasó muy mal cuando me pegaron esa

paliza.

»Estoy seguro de que mi ex convencería a un gran jurado en menos de una mañana. Para ella sería coser y contar. Le condenarían por un delito de lesiones con ensañamiento. Lo del ensañamiento es la clave: tres años más de condena para usted. Y puede tener claro que, como víctima, exigiré que le apliquen la pena máxima. Aunque solo sea por el huevo que me retorcieron. Aun con buen comportamiento, no saldría de la trena en menos de cuatro años, Herb. Y voy a decirle algo. A los presos de la cárcel de Soledad les hará mucha gracia ese medallón con el puto símbolo de la paz que lleva colgando.

Dahl hincó los codos en la mesa y echó la cabeza hacia delante. Por primera vez vi la desesperación en sus ojos.

—No sabe dónde coño se está metiendo. No tiene idea de con quién se la está jugando.

—Escúcheme, capullo. Puedo llamarle capullo, ¿no? Me importa una leche con quién me la esté jugando. Se lo estoy diciendo clarito: lo que quiero es que desaparezca de mi vida, de este caso y...

—No, no, no. No lo pillas. Pero puedo ayudarle. Usted cree saber de qué va este caso. Pero no tiene ni puta idea. Eso sí, puedo ponerle en antecedentes, Haller. Así todos saldremos de esta y podremos ponernos morenos.

Eché la cabeza hacia atrás y dejé descansar la mano en el brazo acolchado de la banqueta. El sorprendido ahora era yo. Hice un gesto desdeñoso con la mano, como si todo aquello fuera una completa pérdida de tiempo.

—Bueno, pues póngame en antecedentes.

—¿Usted cree que un buen día me presenté en una de esas protestas ante el banco y le dije a Lisa que hiciéramos una película? ¿Cómo puede ser tan gilipollas? A mí me enviaron. Ya estaba trabajándome a Lisa antes incluso de que se cargaran a Bondurant. ¿De verdad pensaba que todo pasó como por casualidad?

—¿Y quién le mandó?

—¿Usted qué cree?

Me lo quedé mirando fijamente y sentí que todo cobraba su forma definitiva, como cuando los torrentes de una montaña terminan por formar un río. La hipótesis de la inocencia no era una hipótesis. El montaje era real.

—Opparizio.

Dahl asintió ligeramente con la cabeza. En ese momento vi que Lisa volvía por el pasillo del fondo, con la mirada otra vez brillante y decidida, lista para regresar a la sala. Miré a Dahl otra vez. Quería hacerle muchas preguntas, pero no teníamos tiempo.

—A las siete en mi despacho. Venga solo. Y me cuenta lo de Opparizio. Me lo cuenta todo... o voy directo a la oficina del fiscal del distrito.

—Con una condición. Nunca voy a declarar. Nunca en la vida.

—A las siete.

—Se supone que esta noche voy a cenar con Lisa.

—Bueno, pues hay cambio de planes. Invéntese lo que sea. Usted se viene a mi despacho. Y ahora nos vamos.

Me levanté para salir del reservado mientras Lisa llegaba a nuestro lado. Saqué el móvil y llamé a Rojas.

—Ya estamos —dije—. Recógenos en la puerta.

Tras la reanudación, la fiscalía llamó a la inspectora Cynthia Longstreth al estrado. Citando a la compañera de Kurlen como siguiente testigo, Freeman confirmaba mis sospechas: en el clímax de su particular *Bolero* aparecería «la ciencia». Era lo más inteligente. Empezar con lo que no puede ser cuestionado ni desmentido. Exponer la investigación mediante Kurlen y Longstreth y atar todos los cabos valiéndose de los especialistas de la científica. Y entonces remataría el caso con el testimonio del forense y los resultados del análisis de ADN. El paquetito estaría completo, perfectamente envuelto, con su lacito y todo.

La inspectora Longstreth no era ya la mujer dura y severa que me encontré en la comisaría de Van Nuys el día en que me hice cargo del caso. Para empezar, con ese vestido parecía más una maestra de escuela que una inspectora de policía. Había visto transformaciones de este tipo en el pasado, y siempre me resultaban preocupantes. En más de un juicio había tenido que vérmelas con mujeres policía que para testificar suavizaban su imagen, haciéndola mucho más amable para el jurado. En ocasiones respondía a la estrategia del fiscal, otras veces era una artimaña de la propia testigo. Pero si me atrevía a hacérselo notar al juez —o a quien fuera, de hecho—, corría el riesgo de recibir un rapapolvo y de ser tachado de machista.

Así que, en general, tocaba quedarse calladito y tragárselo.

Freeman estaba valiéndose de Longstreth para rematar la segunda mitad de la investigación. Su declaración iba a centrarse sobre todo en el registro de la casa de Trammel y lo que en ella encontraron. No esperaba grandes sorpresas en este punto. Tras establecer las credenciales de la testigo, Freeman fue al grano.

—¿El juez les concedió una orden de registro garantizándoles el acceso a la vivienda de Lisa Trammel? —preguntó.

—Sí.

—¿En qué consiste dicho proceso? ¿Qué hay que hacer para que un juez les conceda una orden de ese tipo?

—Hay que presentar una solicitud que contenga una declaración de causa razonable, en la que se estipulen los hechos, indicios y pruebas de que dispongamos y que nos lleven a creer necesario el registro del inmueble. Fue lo que hice, aportando la declaración de la testigo que vio a la sospechosa en las inmediaciones del banco, así como las inconsistencias en las que incurrió la propia sospechosa en la declaración que le tomamos durante la entrevista inicial. El juez Companioni dio su conformidad y firmó la orden de registro. Con la orden en la mano, nos dirigimos todos a la casa en Woodland Hills.

—Aclare eso de «todos», por favor, inspectora.

—Mi colega el inspector Kurlen y yo, acompañados por un cámara de vídeo y un equipo de auxiliares técnicos, que nos permitirían inventariar inmediatamente cualquier posible prueba que apareciese durante el registro.

—¿De forma que grabaron todo el registro?

—Bueno, entero no. Mi compañero y yo nos separamos para trabajar con más rapidez. Pero solo había un cámara, y no podía seguirnos a los dos a la vez. Acordamos llamar al cámara cada vez que encontrásemos algo que pudiera constituir una prueba material o que decidiéramos conservar para su examen.

—Entiendo. ¿Y ha traído ese vídeo consigo?

—Sí. Está en el reproductor y a punto.

—Perfecto.

El jurado fue obsequiado entonces con una grabación de noventa minutos y comentarios a cargo de la propia Longstreth. La cámara seguía al grupo de policías en su llegada a la casa, y a continuación la rodeaba en su totalidad, para mostrarla bien. Mientras en las pantallas aparecía el jardín trasero, Longstreth indicó al jurado que se fijara en un pequeño huerto de plantas aromáticas demarcado por viejas traviesas del ferrocarril, cuya tierra había sido removida recientemente y estaba todavía húmeda. Era lo que los grandes cineastas suelen denominar una prefiguración, una indicación de lo que está por llegar. Su significado resultaría patente después, una vez que la cámara entrase en el garaje.

Me estaba costando concentrarme en el testimonio. Dahl había soltado un bombazo al revelarme su vinculación con Opparizio. Y yo seguía pensando en el nuevo escenario y en el efecto que este podría ejercer en el caso. Lo que quería era que la sesión terminara ya, que fueran las siete de la tarde de una vez.

En el vídeo, los policías usaron una de las llaves confiscadas a Lisa Trammel junto con sus demás pertenencias para acceder al interior de la casa sin causar daños. Una vez dentro comenzaron un registro sistemático de las diferentes estancias, siguiendo lo que parecía un protocolo nacido de la experiencia. Examinaron los desagües de la ducha y la bañera en busca de rastros de sangre. La lavadora y la secadora también. Registraron de forma particularmente meticulosa los armarios y el vestidor, examinando cada prenda y cada zapato, sometiénolos a tratamientos químicos y lumínicos diseñados para detectar manchas de sangre.

La cámara siguió después a Longstreth mientras salía de la casa por una puerta lateral y cruzaba un pequeño porche hacia una segunda puerta. Esta, sin embargo, no estaba cerrada con llave. La cámara la acompañó entonces al interior del garaje. Freeman paró el vídeo en este instante. Como si fuera una experta directora de Hollywood, había logrado dirigir la atención de todos los espectadores a una resolución anticipada: ahora esperaban la traca final.

—Lo que encontraron dentro del garaje ha resultado ser muy importante en la investigación, ¿no es así, inspectora?

—Sí, así es.

—¿Qué fue lo que encontraron?

—Quizá sería más apropiado preguntar qué fue lo que no encontramos.

—¿Puede explicarse, por favor?

—Sí. Vimos un banco de trabajo al fondo del garaje, pegado al muro. Parecía muy bien surtido de herramientas. La mayoría colgaba de ganchos en un panel sujeto a la pared. Bajo cada uno de los ganchos había una etiqueta con el nombre de la herramienta concreta. Todo estaba perfectamente ordenado.

—Muy bien, ¿puede enseñármelo?

Puso el vídeo en marcha de nuevo, y la cámara mostró un picado del banco del trabajo. Freeman congeló la imagen en las pantallas.

—Este es el banco en cuestión, ¿correcto?

—Correcto.

—Podemos ver todas las herramientas colgadas del panel. ¿Falta algo?

—Sí. El martillo.

Freeman pidió permiso para que Longstreth bajara del estrado y, con la ayuda de un puntero láser, señalara en las pantallas el espacio del tablero reservado al martillo. El juez Perry se lo concedió. Longstreth lo señaló en una y otra pantalla, y volvió a subir al estrado.

—Y bien, inspectora, ¿ese espacio estaba específicamente reservado para el martillo?

—Sí.

—De forma que el martillo no estaba.

—No lo encontramos ni en el garaje ni en la casa.

—Más tarde identificaron la marca y el modelo concretos de las herramientas colgadas del tablero, ¿no es así?

—Sí. El examen de las herramientas nos permitió determinar que provenían todas de un mismo juego. Uno de doscientas treinta y nueve piezas fabricado por Craftsman y comercializado por los almacenes Sears, llamado «*pack* de herramientas de carpintería».

—¿Es posible comprar aparte el martillo de este juego?

—No. El martillo que faltaba formaba parte del juego.

—¿Y ese martillo no estaba en el garaje de Lisa Trammel?

—No, no estaba allí.

—Veamos. Más tarde, en el curso de la investigación, una persona entregó a la policía un martillo encontrado cerca del lugar donde fue asesinado Mitchell Bondurant, ¿cierto?

—Cierto. Un jardinero encontró el martillo entre unos arbustos, a una manzana y media de distancia del aparcamiento donde tuvo lugar el asesinato.

—¿Usted vio ese martillo?

—Lo examiné brevemente, antes de entregarlo al departamento científico para su análisis.

—El martillo, ¿de qué tipo era?

—Un martillo de orejas.

—¿De qué marca? ¿Lo sabe?

—De la marca Craftsman, en venta en los almacenes Sears.

Freeman se detuvo como si esperase encontrar al jurado completo con la boca abierta, aunque cualquiera en la sala supiera desde hacía ya un buen rato adónde quería ir a parar la fiscal. A continuación se acercó a la mesa del ministerio fiscal y abrió una bolsa de papel marrón de las que se usan para conservar las pruebas materiales. Y sacó un martillo envuelto en otra bolsa, de plástico transparente esta vez. Con el martillo en la mano, volvió a situarse ante el atril.

—Señoría, pido permiso para mostrar una prueba material a la testigo.

—Concedido.

Freeman fue hacia Longstreth y le entregó el martillo.

—Inspectora, me gustaría que identificara el martillo que tiene en la mano.

—Es el martillo que se encontró entre los arbustos, el que luego nos fue entregado. En la bolsa de papel constan mis iniciales y mi número de placa.

Freeman se hizo con el martillo otra vez y pidió que fuera admitido como prueba material de la fiscalía. El juez así lo autorizó. La fiscal retornó el martillo a la mesa, volvió a situarse frente al estrado y continuó con las preguntas.

—Usted ha declarado que entregaron el martillo a la unidad de investigación científica para que lo analizaran, ¿correcto?

—Correcto.

—Dicha unidad más tarde les facilitó un informe forense.

—Sí. Lo tengo conmigo.

—¿Qué fue lo que encontraron?

—Dos cosas en particular. La primera: que este modelo de martillo se produce exclusivamente para el *pack* de herramientas de carpintería Craftsman.

—Del que proceden todas las demás herramientas encontradas en el garaje de la acusada, ¿no es así?

—Efectivamente.

—Con la salvedad del martillo, que no estaba en el garaje.

—Correcto.

—¿Y la segunda?

—Encontraron rastros de sangre en el mango del martillo.

—¿Incluso tras varias semanas metido entre unos arbustos?

Me levanté y protesté, alegando que no había testimonio o prueba alguna que indicase el tiempo que el martillo había pasado entre los arbustos.

—Señoría —dijo Freeman después—. El hallazgo del martillo se produjo varias semanas después del asesinato. Lo lógico es suponer que estuvo entre los arbustos durante todo ese tiempo.

Respondí al momento, antes de que el juez pudiera pronunciarse.

—Señoría, una vez más, el ministerio fiscal no está aportando pruebas o testimonios que demuestren que el martillo estuvo metido entre los arbustos durante todo ese período. De hecho, el hombre que lo encontró ha declarado que después del

asesinato estuvo trabajando en ese lugar por lo menos doce días y que durante ese tiempo no vio el martillo en absoluto. Es perfectamente posible que alguien lo metiera entre los arbustos la noche anterior a su descubrimiento y que...

—¡Protesto, señorita! —gritó Freeman—. La defensa ha protestado a fin de sembrar unas dudas que solo le benefician y...

—¡Basta ya! —tronó el magistrado—. Y se lo estoy diciendo a los dos. Se acepta la protesta. Señorita Freeman, tiene que reformular su pregunta de tal forma que no incluya unas circunstancias que están por demostrar.

Freeman miró sus notas, tratando de calmarse.

—Inspectora, cuando le entregaron el martillo, ¿vio rastros de sangre en él?

—No, no los vi.

—En tal caso, ¿cuánta sangre había en el martillo?

—En el informe se habla de «sangre residual». Un rastro diminuto en la parte superior, oculto tras la empuñadura de caucho que protege el mango de madera.

—Y bien, ¿qué hizo después de recibir el informe?

—Hice que un laboratorio externo, situado en Santa Mónica, analizara la sangre procedente del martillo.

—¿Cómo es que no recurrió al laboratorio regional de criminalística perteneciente a la Universidad Estatal de California? Ese es el procedimiento habitual, ¿no?

—Sí que lo es, pero nos interesaba actuar con rapidez. Se nos habían asignado fondos suficientes, por lo que pudimos acelerar la cosa. Luego solicité que nuestro laboratorio estudiara el informe externo.

Freeman hizo una pausa y pidió al juez que incluyera el informe del laboratorio entre las pruebas materiales aportadas por el ministerio público. No protesté, y el juez accedió a la solicitud. Freeman acto seguido cambió de tema, dejando la cuestión del ADN para el especialista que sin duda coronaría con su declaración la actuación de la fiscalía.

—Inspectora, volvamos al garaje. ¿Realizaron algún otro hallazgo significativo?

Volví a protestar, la formulación de la pregunta de Freeman daba por sentado que la policía había hecho algún otro descubrimiento relevante, cuando de hecho nada lo indicaba. Era una tontería, un pequeño golpe bajo, pero lo apesté porque nuestra reciente escaramuza a cuenta de las protestas había conseguido romper su hilo expositivo. Y me interesaba que siguiera poniéndose nerviosa. El juez la instó a reformular la cuestión, y así lo hizo.

—Inspectora, acaba de hablarnos sobre lo que no encontraron en el garaje. El martillo. ¿Qué hay de lo que sí encontraron?

Freeman se giró hacia mí como pidiéndome permiso. Asentí con la cabeza y sonreí. El simple hecho de que reconociera mi presencia en la sala era señal de que mis dos últimas protestas efectivamente habían hecho mella en la fiscal.

—Encontramos rastros de sangre en un par de zapatos de jardinería. Los

detectamos al hacer la prueba del Luminol.

—El Luminol es un agente que reacciona a la presencia de sangre bajo la luz ultravioleta, ¿correcto?

—Correcto. Se utiliza para detectar aquellas superficies de las que se han limpiado o lavado manchas de sangre.

—¿En qué lugar concreto encontraron la sangre?

—En el cordón del zapato izquierdo.

—¿Cómo es que hicieron la prueba del Luminol a este par de zapatos en particular?

—En primer lugar, cuando buscamos rastros de sangre el protocolo ordena aplicar Luminol a cualquier prenda de vestir o calzado. En la escena del crimen había sangre, por lo que era totalmente lógico sospechar que el agresor pudiera haberse manchado. En segundo lugar, nos dimos cuenta de que alguien había estado trabajando recientemente en el jardín trasero. La tierra había sido removida, y sin embargo estos zapatos de jardinero estaban rematadamente limpios.

—Bueno, es posible que ese alguien limpiara bien los zapatos antes de entrar en la casa, ¿no?

—Es posible, pero no estábamos en la casa. Estábamos en el garaje, y los zapatos se encontraban dentro de una caja de cartón muy manchada de barro seco, del jardín seguramente. Y sin embargo los zapatos estaban bastante limpios. Nos llamó mucho la atención.

Freeman hizo avanzar el vídeo hasta llegar a un plano de los zapatos. El par estaba dentro de una caja con la leyenda COCACOLA, en un estante situado bajo el banco de trabajo. En ningún caso parecían escondidos, muy probablemente era allí donde se acostumbraban a guardar.

—¿Estos son los zapatos?

—Sí. Aquí se ve cómo uno de los especialistas los recoge.

—Entonces, está diciéndonos que los zapatos resultaban sospechosos porque estaban demasiado limpios para encontrarse dentro de una caja tan sucia, ¿es eso?

Protesté, con el argumento de que Freeman estaba haciendo de apuntadora de la testigo. Aunque el juez me dio la razón, el jurado ya se había quedado con la copla. Freeman pasó a otra cuestión.

—¿Qué les llevó a pensar que los zapatos pertenecían a Lisa Trammel?

—El hecho de que eran pequeños, claramente de mujer. Y más tarde en la casa encontramos una fotografía enmarcada en la que Lisa Trammel aparecía trabajando en el jardín. Y con esos zapatos puestos.

—Gracias, inspectora. ¿Qué hicieron con los zapatos y con el cordón manchado de lo que inicialmente se reconoció como sangre?

—El cordón lo entregamos al laboratorio regional de criminalística dependiente de la Universidad Estatal para que se realizase una prueba de ADN.

—¿Cómo es que en este caso no recurrieron a un laboratorio privado?

—Porque la muestra de sangre era muy pequeña. Preferimos no correr el riesgo de que en un laboratorio externo pudieran perderla. Mi colega y yo de hecho la entregamos en persona al laboratorio regional. También enviamos otras muestras, para que las compararan.

—Otras muestras, para que las compararan. ¿Qué quiere decir?

—Enviamos muestras de sangre de la víctima por otro conducto, para que el laboratorio pudiera compararlas con la encontrada en el zapato.

—¿Por qué las enviaron por separado?

—Para evitar que se pudiera producir una contaminación accidental entre una muestra y otra.

—Gracias, inspectora Longstreth. No tengo más preguntas por el momento.

El juez anunció el descanso de la tarde antes de pasar al contrainterrogatorio. Mi cliente, totalmente ajena al verdadero propósito de mi anterior invitación a almorzar juntos, me propuso ir a tomar un café con ella y con Dahl. Le dije que no podía acompañarles, que debía redactar aún las preguntas para el contrainterrogatorio. En realidad ya las tenía escritas. Aunque antes del juicio estaba convencido de que Freeman se valdría de Kurlen y no de Longstreth para hablar del martillo, el zapato y el registro de la casa de Lisa Trammel, lo cierto era que yo estaba más que preparado, porque el interrogatorio había ido exactamente según lo previsto.

Durante el receso estuve hablando por teléfono con Cisco, preparándole para el encuentro con Dahl a las siete. Le pedí que avisara a Bullocks y que se ocupara de que Tommy Guns y Bam Bam montasen guardia en el exterior del Victory Building. No estaba seguro de si Dahl iba a jugar limpio o no, pero toda precaución era poca.

Tras el descanso, la inspectora Longstreth volvió a subir al estrado, y el juez me dio la palabra. Sin rodeos de ninguna clase, fui directo a lo que me interesaba que el jurado tuviera en consideración. Fundamentalmente que el día del asesinato la policía registró rigurosamente las inmediaciones de la sede del WestLand. Incluyendo la casa y con toda probabilidad el jardín donde más tarde fue hallado el martillo.

—Inspectora —dije—, ¿no le pareció raro que el martillo apareciese tanto tiempo después del crimen, y más aún en un lugar tan cercano a la escena del crimen, situado dentro del perímetro que se sometió al registro más exhaustivo?

—No, no tanto. Después de que nos entregaran el martillo, me fui a ver los arbustos frente a la casa. Resultaron ser muy grandes y tupidos. No me sorprendió ni me preocupó que el martillo hubiera podido estar allí dentro todo ese tiempo. De hecho, me dije que habíamos tenido bastante suerte de que alguien lo encontrase.

Buena respuesta. Empezaba a darme cuenta de por qué Freeman había decidido repartir los papeles entre Kurlen y Longstreth. La inspectora estaba resultando ser una testigo muy competente, acaso mejor todavía que su veterano compañero. Pasé a otra cosa. Una de las reglas del juego consiste en distanciarse de los propios errores. De nada sirve insistir en una cuestión que no va a ninguna parte.

—Muy bien, pasemos a hablar de la casa en Woodland Hills. Inspectora, ¿no le parece que el registro de esa vivienda fue un verdadero fiasco?

—¿Un fiasco? No me parece que fuera un fiasco. Yo...

—¿Encontraron ropas ensangrentadas en la casa de mi cliente?

—No, no las encontramos.

—¿Encontraron sangre de la víctima en los desagües del baño o la ducha?

—No.

—¿Y en la lavadora?

—No.

—Durante este juicio, ¿qué pruebas materiales ha presentado la fiscalía que fueran obtenidas en el interior de la casa de mi cliente? No estoy hablando del garaje, sino de la casa.

Longstreth lo pensó durante varios segundos, mientras efectuaba un inventario mental. Finalmente negó con la cabeza.

—En este momento no me acuerdo de ninguna. Pero eso no quiere decir que el registro fuera un fracaso. No encontrar pruebas a veces es tan útil como encontrarlas.

Callé. Estaba echándome un anzuelo. Quería que le pidiera que se explicase. Pero si lo hacía, a saber por dónde iba a venirme. Decidí echar el freno, no morder el anzuelo y pasar a otra cosa.

—Muy bien, pero el hecho es que el verdadero tesoro —las pruebas que sí encontraron— estaban todas en el garaje, ¿verdad? Las pruebas que han sido presentadas en este juicio o van a serlo más tarde.

—Sí, creo que sí.

—Estamos hablando del zapato con la muestra de sangre y del juego de herramientas sin el martillo, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Me olvido de algo?

—No, creo que no.

—Muy bien, entonces permítame mostrarle algo en las pantallas.

Cogí el mando a distancia, que Freeman había dejado en el atril. Rebobiné la grabación, con la vista fija en una de las pantallas. Llegué a las imágenes que me interesaban y detuve el vídeo. Avancé un poco, hasta llegar al punto preciso, y pulsé la tecla de pausa.

—A ver, ¿puede explicarle al jurado qué es lo que aparece en este momento de la grabación?

Pulsé la tecla de reproducción, y la imagen empezó a moverse en la pantalla. Longstreth y uno de los especialistas estaban saliendo de la casa y a continuación cruzaban el porche que conducía al garaje.

—Eh, bueno, es el momento en que fuimos al garaje —confirmó la inspectora.

Su voz se oyó en el vídeo en ese momento.

—Es posible que tengamos que pedirle la llave a Kurlen —indicó.

Pero en la imagen, su mano enguantada se dirigía hacia el pomo de la puerta, que giró sin dificultad.

—No hace falta, está abierta.

Dejé que Longstreth y el especialista terminaran de entrar en el garaje y encendieran las luces. Y pulsé la tecla de pausa.

—¿Esa fue la primera vez que entró en el garaje, inspectora?

—Sí.

—Veo que encendieron las luces. ¿Alguien del equipo asignado al registro entró en el garaje antes que usted?

—No.

Volví atrás con lentitud, hasta el momento en que abría la puerta para entrar. Volví a pulsar la tecla de reproducción y dije:

—Veo que no usaron una llave para entrar en el garaje, inspectora. ¿Cómo es eso?

—Como se aprecia, probé a abrir, y resultó que la llave no estaba echada.

—¿Sabe usted por qué?

—No. Lo único que sé es que no estaba echada.

—¿Había alguien en la casa cuando llegaron ustedes?

—No, estaba vacía.

—Y la puerta de la casa sí que estaba bien cerrada con llave, ¿no es así?

—Sí. La señora Trammel la cerró con llave cuando convino en acompañarnos a Van Nuys.

—¿La cerró por iniciativa propia o porque ustedes se lo dijeron?

—No, por propia iniciativa.

—Por consiguiente, la acusada cerró con llave la puerta principal de la casa, pero dejó sin cerrar la puerta del garaje, ¿correcto?

—Es lo que parece.

—Lo que está claro es que aquella puerta no estaba cerrada con llave cuando usted y sus compañeros se presentaron con la orden de registro, ¿correcto?

—Correcto.

—Lo que implica que cualquiera pudo entrar en el garaje mientras su propietaria, Lisa Trammel, estaba bajo custodia policial, ¿correcto?

—Supongo que es posible, sí.

—Por cierto, esa mañana, cuando usted y el inspector Kurlen abandonaron la casa junto con la señorita Trammel, ¿quedó algún agente al cargo de la vivienda, vigilándola para asegurarse de que nadie tocaba nada en el interior?

—No.

—¿No lo consideraron prudente, teniendo en cuenta que era posible que en la casa hubiera pruebas materiales vinculadas a un caso de asesinato?

—La señorita Trammel en ese momento no era sospechosa. Solo queríamos hacerle unas preguntas.

Casi se me escapó una sonrisa, y otro tanto le pasó a Longstreth. Había eludido la trampa que acababa de tenderle. Era realmente muy lista.

—Ah —dije—. No era sospechosa, claro. Y bien, ¿durante cuánto tiempo diría que esa puerta estuvo sin el cierre echado, y el garaje a disposición de cualquiera que quisiera entrar?

—No tengo forma de saberlo. Porque no sé cuándo fue la última vez que la cerraron con llave. Es posible que la acusada no tuviera costumbre de cerrarla.

Asentí, subrayando su respuesta con una pausa.

—¿Ordenaron a los técnicos, usted o el inspector Kurlen, identificar posibles huellas dactilares en la puerta del garaje?

—No, no lo hicimos.

—¿Por qué no, inspectora?

—No nos pareció necesario. Estábamos registrando la casa, no asegurando el perímetro de la escena de un crimen.

—Voy a hacerle una pregunta hipotética, inspectora. ¿Cree usted que alguien capaz de planear de forma tan minuciosa un asesinato y llevarlo a cabo, va a dejarse un par de zapatos ensangrentados en el garaje? Es más, ¿sin molestarse en cerrarlo con llave y después tomarse la molestia de hacer desaparecer el arma homicida?

Freeman protestó, argumentando que la pregunta era del tipo compuesto y que daba por sentadas unas circunstancias hasta ahora no demostradas. Me dio lo mismo. La pregunta no estaba dirigida a Longstreth, sino al jurado.

—Señoría, retiro la pregunta —convine—. Y no tengo nada más para esta testigo.

Volví a la mesa y me senté. Miré a los miembros del jurado abiertamente,

pasando de un rostro al otro. Por último fijé la vista en Furlong, el tercero por la izquierda. Me sostuvo la mirada, sin desviar los ojos. Me pareció muy buena señal.

Herb Dahl vino solo. Cisco le recibió en la puerta de la oficina y le acompañó hasta mi despacho, donde yo estaba esperándole. Bullocks estaba sentada a mi izquierda y habíamos dejado una silla vacía para Dahl frente a mi escritorio. Cisco iba a quedarse de pie, como habíamos planeado. Le quería paseándose por el despacho sin decir nada. A Dahl queríamos mantenerle en tensión, que creyera que el tipo enorme a su espalda iba a saltarle encima a la primera palabra mal dicha.

No le ofrecí a Dahl ni café, ni agua ni refrescos. No iba a perder el tiempo con tonterías, no valía la pena molestarse en enderezar nuestra relación. Sencillamente, fui directo al grano.

—Herb, estamos aquí para saber qué es lo que ha hecho exactamente, qué relación mantiene con Louis Opparizio y qué es lo que vamos a hacer al respecto. Por lo que sé, nadie va a necesitar me hasta las nueve de la mañana, así que tenemos toda la noche, si hace falta.

—Antes de empezar quiero saber qué saco yo cooperando con usted —dijo Dahl.

—Ya le dije durante el almuerzo que el trato es que no va a la cárcel. A cambio, usted me cuenta todo lo que sabe. Y no le hago más promesas.

—No pienso declarar en un juicio. Esta información es solo para usted. Además tengo algo más valioso para usted que mi testimonio en un juicio.

—Eso ya lo veremos. Pero, de momento, vayamos por partes. Me ha dicho usted hace un rato que le ordenaron ir a las protestas que estaba organizando Lisa Trammel. Empecemos por ahí.

Dahl asintió con la cabeza, pero al momento recapacitó.

—Creo que debería empezar antes de eso. Este asunto se remonta a comienzos del año pasado.

Levanté las palmas de las manos.

—Pues empiece. Tenemos toda la noche.

Dahl procedió a contarme una larga historia sobre una película que había producido hacía un año, se llamaba *Purasangre*. Era una película sentimental para todos los públicos, protagonizada por una chica a la que le regalaban un caballo llamado Chester. La chica encontraba un número tatuado en el interior del labio inferior del equino que demostraba que era un purasangre al que habían dado por muerto años atrás en el incendio de un granero.

—Y la chica y su padre entonces se ponen a investigar y...

—A ver un momento —interrumpí—. La película parece muy interesante, pero ¿y si me habla de Louis Opparizio? Es verdad que tenemos la noche entera, pero será mejor que nos ciñamos a lo nuestro.

—Pero se trata de eso. De la película. Al principio iba a ser de muy bajo presupuesto, pero a mí me chiflan los caballos, desde que era un niño. Y me dije que con esa película seguramente podría salir de los supermercados.

—¿De los supermercados?

—Ya sabe, toda esa bazofia que sale directamente en DVD y se vende en el súper. Me dije que esa película era un diamante en bruto y que si hacíamos las cosas bien podríamos conseguir que se estrenara en los cines de todo el país. Pero para eso hace falta un buen nivel de producción. Y dinero.

Al final todo es cuestión de dinero.

—¿Pidió el dinero prestado?

—Pedí el dinero prestado y lo invertí en la peli. Una estupidez, ya lo sé. Esa nueva deuda se sumaba a la que ya había contraído con los inversores iniciales. Además, el director era un español tocapelotas. El tipo casi no hablaba inglés, pero le contratamos. Y rodaba una toma tras otra de cada maldita secuencia. ¡Treinta tomas para rodar una tontería de escena en una hamburguesería! Hablando claro, nos quedamos sin dinero, y me hacía falta un cuarto de millón para terminar la película. Como mínimo. Ya le había mendigado a todo el mundo, pero me encantaba esa peli. Pensaba que con esa peliculilla me iba a hacer de oro, ¿entiende?

—¿Y pidió dinero a un prestamista? —preguntó Cisco a espaldas de Dahl.

Dahl se giró hacia él, levantó la vista y asintió.

—Sí, a un tipo que conozco. Uno que come espaguetis.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—No hace falta que diga su nombre —protestó Dahl.

—Sí que hace falta. ¿Cómo se llama?

—Danny Greene.

—Pensaba que había dicho que...

—Sí, claro. Ese tipo trabaja para ellos, pero se llama Greene. ¿Qué quiere que le diga? G-R-E-E-N-E, deletreó.

Miré a Cisco. Tendría que averiguar cosas sobre el tal Greene.

—Muy bien. Danny Greene le prestó un cuarto de millón. ¿Qué pasó entonces?

Dahl levantó las palmas de las manos en gesto de frustración.

—Que no pasó nada, eso fue lo que pasó. Terminé la peli, pero no pude venderla. La llevé a todos los putos festivales en Norteamérica, pero nadie la quiso. Fui al American Film Market, alquilé una puta *suite* en el Loews de Santa Mónica, pero solo conseguí vendérsela a unos españoles. Por supuesto, el único país interesado tenía que ser el del capullo de mi director.

—Y Danny Greene no estaba muy contento, supongo.

—No, claro. Yo estaba al día con los plazos, pero el préstamo era a seis meses, y cuando venció me reclamó todo el montante. Y yo no podía pagárselo de golpe. Le prometí todo el dinero que nos enviasen de España, pero casi toda esa pasta está por llegar. Tienen que doblar la peli y toda es mierda, y no voy a ver un dólar hasta finales de *este* año, cuando la estrenen por allí. Así que estaba bien jodido.

—¿Qué pasó entonces?

—Bueno, que un día Danny vino a verme. Se presentó sin avisar, y pensé que

venía a romperme las piernas. Pero no; me dijo que necesitaban que hiciera algo por ellos. Una especie de trabajo a largo plazo. Si lo hacía, me revisarían el préstamo y hasta me harían una buena rebaja en lo que quedaba por apoquinar. Amigo, no me dejó otra opción. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que no a Danny Greene? Ni hablar. Las cosas no funcionan así.

—Dijo que sí.

—Eso mismo. Dije que sí.

—¿Y qué trabajo era ese?

—Acercarme a esa gente que estaba protestando y manifestándose contra los desahucios. Los de ese grupo llamado FLAG. Lo que Greene quería era que me infiltrase. Fue lo que hice, y allí conocí a Lisa. Ella era la agitadora número uno.

La historia me parecía totalmente demencial, pero hice como que me la creía.

—¿Le explicaron el porqué del asunto?

—No demasiado. Solo me contaron que había cierto individuo que era un poco paranoico y quería saber en qué estaba metida Lisa en cada momento. El tipo tenía un negocio a tiro y no quería que esa gente se lo reventara. Cuando Lisa planease una protesta, yo debía poner a Danny al corriente de dónde iba a tener lugar, quién era el objetivo, etcétera.

La historia de repente empezó a sonar plausible. Me acordé del proyectado acuerdo con LeMure. Opparizio estaba metido en una negociación para culminar la venta de ALOFT a esta gran compañía de capital abierto. Resultaría una práctica empresarial prudente vigilar de cerca toda potencial amenaza sobre el acuerdo antes de cerrarlo en febrero. Y posiblemente se decía que Lisa Trammel constituía una amenaza. La publicidad negativa podía poner en peligro la venta. Los accionistas siempre quieren que las adquisiciones estén libres de polvo y paja.

—Muy bien, ¿qué más?

—No mucho más. Recoger información y basta. Me hice amigo de Lisa, pero entonces, cosa de un mes después, la detuvieron por asesinato. Danny volvió. Pensé que iba a decirme se acabó lo que se daba, porque ahora Lisa estaba en la cárcel. Pero no, lo que quería era que me fuese con la fianza a sacarla de la trena. Me dio una bolsa con la pasta: doscientos mil del ala. Después, con Lisa ya en la calle, tendría que hacer lo mismo, pero con ustedes. Tendría que confraternizar con la defensa, ya me entiende, enterarme de cuanto más mejor y contárselo todo a Danny.

Miré a Cisco. Seguía paseándose con el semblante pensativo, pero ya no era un papel. Ambos teníamos claro que Dahl podía ser la punta de un iceberg capaz de perforar la base de la acusación y hundirla sin remedio. También nos dábamos cuenta de que nuestra cliente, Lisa Trammel, podía resultar muy desagradable pero quizá era inocente.

Y si Lisa era inocente...

—¿Y Opparizio qué tiene que ver con todo esto? —pregunté.

—Bueno, Opparizio no participa de forma directa en el juego. Pero cada vez que

le llamo, Danny insiste en preguntarme qué saben ustedes sobre Opparizio. Me lo pregunta con estas palabras: «¿Qué saben de Opparizio?». No para de preguntármelo. Así que a veces me digo que quizá en realidad estoy trabajando para Opparizio, ¿entiende lo que quiero decir?

No respondí. Me giré en la silla, pensando en todo cuanto acababa de escuchar.

—¿Sabe qué es lo que no entiendo y que no aparece en su historia, Dahl? —preguntó Cisco.

—¿Qué?

—Lo de los dos tipos a los que contrató para que le dieran una paliza a Mick. Ha olvidado mencionarlo, capullo.

—¿Qué me dice de eso? —apunté.

Dahl levantó las manos en un gesto de inocencia.

—Oiga, fue lo que me ordenaron que hiciera. Ellos fueron lo que me enviaron a los dos matones.

—¿Por qué querían darme una paliza? ¿De qué iba a servirles?

—Bueno, la paliza le dejó para el arrastre un tiempo, ¿no? Esa gente quiere que condenen a Lisa, y estaban empezando a pensar que era usted demasiado bueno. Quisieron echarle el freno.

Dahl eludió el contacto visual conmigo limpiando con la mano una imaginaria mota de polvo en el pantalón mientras hablaba, lo que me llevó a pensar que seguramente estaba mintiendo sobre el motivo de la agresión. Era la primera vez que le pillaba en falso durante toda la confesión. Intuía que la paliza había sido iniciativa del propio Dahl, que quizá era él quien quería que me hicieran daño.

Miré a Bullocks, y después a Cisco. A pesar de mis dudas sobre la última respuesta de Dahl, nos encontrábamos ante una oportunidad. Sabía lo que Dahl iba a ofrecerme a continuación. Trabajar como agente doble. Nos pondríamos las botas a base de suministrar informaciones falsas a Opparizio.

Iba a tener que pensármelo. Sería muy fácil dar información inexacta a Dahl para que la transmitiera a Danny Greene. Pero esa sería una maniobra arriesgada, por no meternos en consideraciones éticas.

Me levanté y señalé la puerta a Cisco.

—Quédense ahí sentados un minuto. Quiero hablar con mi investigador en privado.

Salimos a la recepción y cerré la puerta a mis espaldas. Me dirigí al escritorio de Lorna.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—Significa que vamos a ganar el puto caso.

Abrí el cajón intermedio del escritorio y saqué un taco de menús a domicilio de restaurantes de la zona y cadenas de comida rápida.

—No, me estoy refiriendo a esos dos sujetos del cuartel general de los Saints. Es más que posible que fueran los verdaderos asesinos de Bondurant. Y en tal caso la

hemos jodido bien jodida con esos juegucitos en el cuarto de atrás.

—No sé qué decir, jefe.

—Ya. ¿Qué hicieron con ellos tus dos amigos?

—Exactamente lo que yo les dije. Sacarlos de allí. Me contaron más tarde que los tipos pidieron que les dejaran delante de un garito del centro. Y ya está. Estoy diciéndote la verdad, Mick.

—Pero la hemos jodido igualmente.

Con el taco de menús en la mano alcancé la puerta del despacho. A mis espaldas, Cisco preguntó.

—¿Te parece que Dahl está diciendo la verdad?

Le miré antes de abrir la puerta.

—Hasta cierto punto.

Entré en el despacho y dejé los menús en el escritorio. Volví a sentarme y miré a Dahl. Era una comadreja, siempre intrigando. Y yo estaba a punto de embarcarme con semejante tipejo.

—Mejor no hacerlo —dijo Bullocks.

La miré.

—¿El qué?

—Utilizarle para dar información falsa a Opparizio. Lo que tenemos que hacer es llamarle a declarar y obligarle a contar toda esta historia al jurado.

A Dahl le faltó tiempo para protestar.

—¡De declarar, nada! ¿Quién coño es esta tía para decirme...?

Levanté las manos, instando a la calma.

—Usted no va a declarar —dije—. Incluso si yo quisiera, se negarían a aceptarle como testigo. Porque no nos ha dicho nada que relacione a Opparizio de forma directa con todo esto. Vamos a ver. ¿Usted conoce a ese hombre personalmente?

—No.

—¿Le ha visto alguna vez en la vida?

—Sí, en el juzgado.

—Antes de eso.

—No, y nunca había oído su nombre hasta que Danny me preguntó por él.

Miré a Bullocks y denegué con la cabeza.

—Son demasiado listos para establecer una conexión directa en este sentido. El juez no le dejaría ni acercarse al estrado.

—Bueno, ¿y qué me dices de Danny Greene? Que sea él quien comparezca.

—¿Y cómo podemos obligarle a declarar? Al hombre le faltará tiempo para acogerse a la quinta enmienda. Solo podemos hacer una cosa.

Esperaba que volviese a protestar, pero Bullocks de pronto se había sumido en un silencio hosco. Volví a mirar a Dahl. El hombre me repelía y me resultaba tan falso como aquella pelambreira que llevaba en la cabeza. Pero no por ello dejé de dar el siguiente paso.

—Dahl, ¿cómo hace para contactar con Danny Greene?

—Acostumbro a llamarle a las diez.

—¿Cada noche?

—Sí, desde que empezó el juicio. Quiere que le mantenga informado en todo momento. La mayoría de las noches responde al momento, y si no, al rato me llama.

—Muy bien. Antes que nada, vamos a pedir algo para cenar. Y la llamada de esta noche va a hacerla desde aquí.

—¿Y qué voy a decirle?

—La llamada tiene que hacerla a las diez, tenemos tiempo para prepararlo bien. Pero, a grandes rasgos, lo que va a decirle a Danny Greene es que Louis Opparizio no tiene que preocuparse por nada en absoluto a la hora de comparecer en el juicio. Va a decirle que no sabemos nada, que hemos ido de farol y que no hay moros en la costa.

Estaba previsto que el jueves fuera el día en que la fiscalía uniera todos los elementos orquestales en un crescendo final. Desde el lunes por la mañana, Andrea Freeman había estado exponiendo cuidadosamente sus argumentos, gestionando bien los imprevistos y manejándose sin dificultad con mis andanadas ocasionales y con la aparición inesperada de la imputación federal, en una estrategia ascendente y progresiva destinada ineluctablemente a culminar el jueves. Sería el día de «la ciencia», la jornada en que pruebas materiales y testimonios se abrazarían, unidos por las inquebrantables ataduras del hecho científico.

Era una buena estrategia, sí, pero yo la iba usar para arruinarle los planes. En un juzgado hay tres cosas que un abogado debe tener en cuenta siempre: lo que se sabe, lo que se sabe que no se sabe y lo que no se sabe que no se sabe. Se siente en la mesa de la fiscalía o en la de la defensa, la obligación del abogado es tener muy claras las dos primeras y estar en todo momento preparado para la tercera. Ese jueves, yo tenía la intención de ser parte de lo que la fiscal ignoraba que ignoraba. Había visto venir la estrategia de Andrea Freeman a un kilómetro de distancia. Ella no iba a ver la mía hasta que se hundiera de pronto en ella como en unas arenas movedizas que se tragarían su crescendo.

Su primer testigo fue el doctor Joachim Gutierrez, el forense adjunto que realizó la autopsia del cadáver de Mitchell Bondurant. Valiéndose de una morbosa selección de diapositivas ante la que yo había protestado sin mucha esperanza y con ningún éxito, el forense hizo emprender al jurado un recorrido mágico y misterioso por el cadáver de la víctima, catalogando cada contusión, cada abrasión y cada diente roto. Como era de esperar, Gutierrez dedicó la mayor parte de su tiempo a mostrar en las pantallas el daño causado por los tres impactos del arma homicida. Señaló cuál había sido el primero de los tres golpes y por qué había sido fatal. Habló de ensañamiento en referencia a los otros dos golpes, propinados cuando la víctima estaba ya caída de bruces y subrayó que la experiencia le decía que el ensañamiento tenía su origen en factores emocionales. Los tres brutales golpes dejaban claro que el asesino sentía una especial inquina por la víctima. Hubiera podido protestar, pero sus palabras más adelante me darían pie a introducir una pregunta que ya tenía previsto formular.

—Doctor —dijo Freeman en un momento dado—. Estamos hablando de tres golpes brutales asestados en la bóveda craneal, en una circunferencia de unos diez centímetros. ¿Cómo puede estar tan seguro de cuál de los golpes fue el primero y si fue mortal de necesidad?

—El proceso resulta laborioso, pero a la vez es muy sencillo. Los golpes en el cráneo crean dos patrones de fractura. El impacto más inmediato y perjudicial se produce en el área de contacto, donde los golpes del arma provocan lo que técnicamente se denomina una fractura craneal deprimida, es decir crean una depresión en el cráneo, una abolladura, por así decirlo.

—¿Una abolladura?

—Verá. Todo hueso tiene un grado de elasticidad determinado. En lesiones de este tipo, fruto de un impacto traumático, el hueso del cráneo se hunde adoptando la forma del objeto con el que se golpea. Y pasan dos cosas. En la superficie aparecen unas líneas paralelas de fractura, denominadas fracturas en escalón, y en el interior aparece una profunda fractura en depresión, la abolladura. En la superficie interna del cráneo, esta depresión origina una fractura que denominamos conminuta o fractura de astilla piramidal. Esta astilla se proyecta a través de la duramadre, que es el tejido que recubre el interior del cráneo, apuntando directamente al cerebro. Muchas veces, como en este caso, la astilla se rompe y penetra en el tejido cerebral como si fuera una bala, provocando instantáneamente el cese de la actividad cerebral y, por tanto, la muerte.

—Como una bala, ha dicho. Ya que estos tres impactos en la cabeza de la víctima fueron tan violentos, ¿podríamos decir que serían el equivalente a recibir tres disparos en la cabeza?

—Sí, es correcto. Pero bastó una de esas astillas para matar a la víctima. La primera.

—Lo que me devuelve a mi pregunta inicial. ¿Cómo puede usted saber cuál de los tres impactos fue el primero?

—Con su permiso, se lo voy a demostrar.

El juez autorizó a Gutierrez a mostrar un diagrama del cráneo humano en las pantallas. Era una vista cenital y mostraba los tres puntos donde el martillo había impactado. Estos puntos estaban señalados en azul. Las restantes fracturas lo estaban en rojo.

—A fin de establecer la secuencia de golpes en un cuadro de politraumatismo, lo que hacemos es examinar las fracturas secundarias. Las que aquí aparecen marcadas en color rojo. Antes me he referido a estas roturas de tipo paralelo como fracturas en escalón porque, como ya he descrito, parecen unos escalones que se fueran alejando del punto de impacto. Una fractura o fisura de esta clase puede extenderse por todo el hueso, y en el caso de la víctima podemos apreciar cómo esas líneas recorren la región parietotemporal. Pero las fracturas de este tipo siempre frenan al encontrarse con una fractura preexistente. Digamos que la fractura previa sencillamente absorbe toda la energía. En consecuencia, el estudio del cráneo de la víctima y la observación de las fracturas escalonadas hace que sea posible determinar cuál de estas fracturas fue la primera. Por supuesto, luego no hay más que buscar el punto de origen de dicha fractura para establecer con facilidad el orden en que fueron asestados los golpes.

En el cráneo que se mostraba en la pantalla, los números 1, 2 y 3 estaban situados siguiendo el orden de los golpes recibidos por Mitchell Bondurant. El primero —el impacto mortal— le había alcanzado en el punto más alto de la bóveda craneal.

A partir de ese momento, Freeman se dedicó a exprimir al testigo a fondo durante

lo que quedaba de mañana, llegando al punto de divagar sobre obviedades, reformulando preguntas ya oídas y, en todo caso, no demasiado pertinentes. Por dos veces el juez le pidió que avanzase hasta otros aspectos del testimonio. Empecé a pensar que la fiscal estaba tratando de ganar tiempo como fuera. Tenía que mantener al forense en el estrado durante toda la mañana porque su siguiente testigo no estaba a mano... Y hasta era posible que se hubiera echado atrás.

Pero si estaba nerviosa, la verdad es que no se le notaba nada. Se concentró en Gutierrez y lo condujo con habilidad durante todo su testimonio, dejando lo más importante para el final: vincular el martillo encontrado entre los arbustos con las heridas en la cabeza de la víctima.

Para conseguirlo Freeman tiró de atrezo. Después de la autopsia, Gutierrez había vaciado un molde del cráneo de Bondurant. Tomó, también, fotos del pericráneo, y disponía de copias que mostraban las heridas a escala real.

Gutierrez sacó el martillo de la bolsa de plástico y mostró cómo la cara plana y circular correspondía a las lesiones y encajaba perfectamente en las abolladuras del cráneo. El martillo asimismo tenía una muesca en forma de V en la parte superior de la superficie que podía ser empleada para sujetar un clavo. Esta hendidura era claramente visible en la depresión provocada en el cráneo. Todo encajaba en el rompecabezas de Freeman. Y a ella se le iluminaba el rostro viendo cómo una prueba clave adquiriría solidez justo frente al jurado.

—Doctor, ¿alberga usted alguna duda al declarar frente al jurado que esta herramienta pudo haber causado la herida mortal a la víctima?

—Ninguna.

—Entiende que esta herramienta no es única, ¿verdad?

—Por supuesto. No estoy diciendo que este martillo en concreto causara las heridas. Lo que estoy diciendo es que pudo ser este martillo u otro idéntico fabricado con el mismo molde. No puedo ser más específico.

—Gracias, doctor. Hablemos de la muesca en la superficie de impacto del martillo. ¿Qué puede decirnos sobre la posición de esa hendidura en el patrón de la herida?

Gutierrez levantó el martillo y señaló la muesca.

—La muesca se encuentra en la parte superior. Y está imantada, de tal forma que basta con colocar la cabeza del clavo en ella para que el martillo lo sujete a fin de clavarlo en el punto exacto de la superficie en la que uno esté trabajando. Como sabemos que la muesca está en la parte superior, observando las heridas podemos determinar desde dónde se asestaron los golpes.

—¿Y desde dónde lo hicieron?

—Desde atrás. A la víctima la golpearon por detrás.

—De forma que es posible que no llegara a ver a su agresor.

—Efectivamente.

—Gracias, doctor Gutierrez. No tengo más preguntas por el momento.

El juez me cedió al testigo, y acercándome al estrado me crucé con Freeman, que me dedicó una mirada casi imperceptible que venía a decir: «Y ahora haz lo que puedas, capullo».

Era mi intención. Dejé mi cuaderno en el atril, me ajusté bien la corbata y solté los gemelos de la camisa. Miré al testigo. Me proponía darle un pequeño susto antes de sentarme.

—En el instituto forense le conocen por el apodo de «doctor Tripas», ¿no es así?

Era una buena pregunta a bote pronto. Pues el testigo ahora se estaría preguntando de qué otras informaciones internas podía yo disponer y cómo iba a usarlas.

—Eh, a veces, sí. De modo informal, claro.

—¿Cómo es eso, doctor?

Freeman protestó, alegando que la cuestión no era pertinente. El juez la escuchó y apuntó:

—Señor Haller, ¿quiere usted explicarme qué tiene esto que ver con la razón por la que estamos en la sala?

—Señoría, creo que si da por buena mi pregunta, el doctor Gutierrez nos revelará que es especialista en ciertas patologías que nada tienen que ver con la forma de las herramientas o las lesiones craneales.

Perry lo meditó un segundo y asintió con la cabeza.

—Que el testigo responda.

Me giré hacia Gutierrez otra vez.

—Doctor, puede contestar a mi pregunta. ¿Cómo es que le llaman «doctor Tripas»?

—Porque, como ha dicho, estoy especializado en las enfermedades del conducto gastrointestinal: las tripas. Y también por mi apellido, sobre todo cuando es pronunciado de forma incorrecta^[5].

—Gracias, doctor. Y bien, ¿puede decirnos cuántas veces se ha encontrado con un caso en el que haya tenido que efectuar la correspondencia entre un martillo y unas heridas en el cráneo de la víctima?

—Esta es la primera vez.

Asentí con la cabeza a fin de subrayar la respuesta.

—En tal caso, es usted más bien un novato en lo que se refiere a la muerte por martillo.

—Cierto, pero hice un reconocimiento tan pormenorizado como prudente. No me he equivocado en mis conclusiones.

El hombre sufría de un evidente complejo de superioridad. «Soy un médico, no me equivoco».

—¿Siendo testigo, ha declarado erróneamente alguna vez en un juicio?

—Todo el mundo comete errores. Estoy seguro de que yo también los he cometido.

—¿Como en el caso Stoneridge, por ejemplo?

Freeman protestó de inmediato, como yo ya sabía que iba a hacer. Pidió hablar en privado, y el juez indicó que nos acercáramos. Yo tenía claro que no iba a dejarme seguir con el tema, pero había conseguido lo que buscaba: mencionarlo ante el jurado. Con lo poco que habían escuchado, ya sabían que Gutierrez en el pasado había declarado alguna vez de forma errónea. Era todo cuanto necesitaba.

—Señoría, los dos tenemos claro adónde quiere ir a parar la defensa. Y la pregunta no solo no es pertinente en este juicio, sino que el caso Stoneridge sigue bajo investigación, sin que se haya llegado a una conclusión oficial. Y...

—Retiro la pregunta.

Los ojos de Freeman me miraban con un fulgor hostil.

—No se preocupe, que tengo otra pregunta que hacer.

—Sí, claro, mientras el jurado oiga la pregunta de marras, la respuesta da lo mismo. Señoría, quiero que tome buena nota, pues lo que la defensa está haciendo no resulta procedente.

—Tomo buen nota. Vuelvan a su sitio. Y, señor Haller, ándese con cuidado.

—Gracias, señoría.

El juez instó a los miembros del jurado a hacer caso omiso de mi pregunta y les recordó que no era procedente que en el momento de deliberar tuvieran en consideración todo aquello que no guardara relación alguna con las pruebas materiales o las declaraciones presentadas durante el juicio. A continuación me dio permiso para seguir, y rápidamente fui en otra dirección.

—Doctor, pasemos a hablar de la herida mortal de forma un poco más detallada. Dice usted que estamos ante una fractura por depresión, ¿correcto?

—Lo que en realidad he dicho es que se trata de una fractura craneal deprimida.

Siempre me gustaba mucho que un testigo del ministerio fiscal me corrigiese.

—Y bien, ¿llegó usted a medir la depresión o abolladura dejada por el impacto traumático?

—¿A medirla? ¿De qué forma?

—En su profundidad, por ejemplo. ¿Midió la profundidad?

—Sí que lo hice. ¿Le importa si consulto mis anotaciones?

—Adelante, doctor.

Gutierrez miró su copia del informe de la autopsia.

—Sí, al impacto mortal le dimos el nombre de herida 1 A. Y efectivamente, medí las diferentes dimensiones de la lesión. ¿Quiere que se las dé?

—Enseguida. Por favor, doctor, antes cuéntenos: ¿cómo hizo esas mediciones?

Gutierrez respondió mirando el informe.

—Hicimos las mediciones en cuatro puntos del impacto circular. En el sentido de las agujas del reloj, a las tres, seis, nueve y doce. Las doce señalan el emplazamiento preciso de la muesca en la superficie.

—¿Y qué le dijeron tales mediciones?

—Las diferencias eran mínimas. Entre cada uno de los cuatro puntos de referencia había menos de un cuarto de centímetro de distancia. La profundidad tenía un promedio de siete milímetros.

Levantó la mirada. Anoté los números que acababa de darme, aunque ya los tenía en el informe de la autopsia. Miré la tribuna del jurado con el rabillo del ojo y vi que algunos de sus miembros estaban tomando nota en sus propios cuadernos. Buena señal.

—Y bien, doctor, he visto que la señorita Freeman no le ha hecho ninguna pregunta acerca de este aspecto de su labor. ¿Qué suponen estas mediciones en lo tocante al ángulo de impacto del arma homicida?

Gutierrez se encogió de hombros. Miró un instante a Freeman y captó el mensaje de la fiscal. Ándese con ojo.

—Estos números en realidad no dicen mucho al respecto.

—¿En serio? ¿No le parece que el hecho de que la huella en el hueso dejada por el martillo —la abolladura, como ha dicho— fuera casi plana en todos los puntos indica que el martillo golpeó de lleno la bóveda craneal, de forma prácticamente uniforme?

Gutierrez miró sus notas. Era un hombre de ciencia. Acababa de hacerle una pregunta de tipo científico, y sabía cómo responderla. Pero también se daba cuenta de que, de una forma u otra, acababa de internarse en un campo minado. No sabía cómo ni por qué, pero advertía que la fiscal, sentada a cuatro metros de distancia, de pronto estaba nerviosa.

—¿Doctor? ¿Quiere que le repita la pregunta?

—No, no es necesario. Pero tiene que recordar que, en la ciencia, un milímetro de más o de menos puede suponer una gran diferencia.

—Señor, ¿está diciéndome que el martillo no golpeó al señor Bondurant de manera uniforme?

—¡No! —contestó con voz irritada—. Solo estoy diciendo que las cosas a veces no son tan evidentes como supone la gente. Y sí, parece que el martillo impactó plano contra la víctima.

—Gracias, doctor. Y al comprobar las mediciones del segundo y tercer golpe, estas no resultan tan uniformes, ¿verdad?

—Correcto. En ambos impactos hay una desviación de tres milímetros.

Le había pillado. Todo iba sobre ruedas. Di un paso hacia atrás y me trasladé hacia la izquierda, al espacio existente entre el atril y la tribuna del jurado. Metí las manos en los bolsillos y adopté la postura del hombre totalmente seguro de sí mismo.

—Y bien, doctor, dice usted que el primer golpe, mortal de necesidad, impactó de lleno en la bóveda craneal, de manera uniforme. Y que no sucedió lo mismo con los dos golpes posteriores. ¿Cómo explica esta diferencia?

—Por la orientación del cráneo. El primer golpe terminó con la función cerebral, en menos de un segundo. Las abrasiones y otras lesiones en el cuerpo —los dientes

rotos, por ejemplo— indican que la víctima estaba de pie y súbitamente se desplomó muerta contra el suelo. Es probable que el segundo y el tercer golpe le fueran asestados cuando ya estaba en el suelo.

—Acaba de decir que las otras dos heridas señalan que la víctima estaba de pie y se desplomó muerta contra el suelo. ¿Cómo puede estar seguro de que la víctima se encontraba de pie en el momento en que le atacaron por la espalda?

—Así lo indican las abrasiones existentes en ambas rodillas.

—¿No es posible que estuviera de rodillas en el momento de recibir el golpe mortal?

—Es poco probable. Las abrasiones en las rodillas indican con claridad otra cosa.

—¿Es posible que estuviera acucillado, como un jugador de béisbol?

—Tampoco resulta probable, si uno se fija en las lesiones de las rodillas. Estamos hablando de laceraciones profundas y de fractura de la rótula izquierda.

—Entonces, para usted está claro que Bondurant se encontraba de pie en el momento de recibir el golpe mortal.

—Para mí está clarísimo.

Posiblemente fuera la respuesta más importante facilitada a lo largo de todo el juicio, pero pasé a otra cosa como si no tuviera especial relevancia.

—Gracias, doctor. Volvamos a hablar del cráneo un momento. ¿Hasta qué punto diría que el cráneo era resistente en el punto donde encajó el golpe mortal?

—Todo depende de la edad del individuo. Los cráneos se vuelven más gruesos con los años.

—El individuo es Mitchell Bondurant, doctor. ¿Qué grosor tenía su cráneo? ¿Lo midió?

—Lo medí. En la región del impacto, su grosor era de poco menos de un centímetro. Alrededor de un tercio de pulgada.

—¿Ha llevado usted a cabo algún tipo de prueba o cálculo para determinar la fuerza que se hubiera necesitado imprimir a un martillo para provocar la lesión mortal de la que estamos hablando?

—No, la verdad.

—¿Sabe que existen estudios sobre esta cuestión en general?

—Sé que los hay. Las conclusiones son muy imprecisas. Y yo soy de la opinión de que cada caso resulta único. No es posible basarse en estudios de tipo general.

—Suele admitirse que el umbral mínimo de fuerza para el establecimiento de una fractura con depresión está situado en unos cuatrocientos cincuenta kilos de presión por pulgada al cuadrado, ¿no es así?

Freeman se levantó y protestó, argumentando que mi pregunta escapaba a la experiencia y los conocimientos del doctor Gutierrez.

—El propio señor Haller ha indicado en su contrainterrogatorio que el testigo es especialista en enfermedades del conducto gastrointestinal, no en la resistencia y elasticidad de los huesos.

La situación era mala para el ministerio fiscal, y Freeman había escogido el menor de los dos males: se trataba de quemar a su testigo o permitirme seguir haciendo preguntas cuyas respuestas Gutierrez desconocía.

—Se acepta la protesta —indicó el juez—. Pasemos a otra cosa, señor Haller. Formule su siguiente pregunta.

—Sí, señoría.

Hojee mi cuaderno, fingiendo leer a fin de ganar tiempo para mi próxima maniobra. Me giré y miré el reloj situado al fondo de la sala. Faltaban quince minutos para la hora del almuerzo. Si quería darle al jurado algo en que pensar durante la comida, tenía que actuar, pero ya.

—Doctor —dije—. ¿Tomó usted nota de la estatura de la víctima?

Gutierrez consultó su informe.

—El señor Bondurant medía un metro con ochenta y cinco en el momento de su muerte.

—Por lo que el punto situado en lo alto de la bóveda craneal estaría situado a un metro con ochenta y cinco de altura. ¿Es así, doctor?

—Es así.

—De hecho, teniendo en cuenta que el señor Bondurant no iba descalzo, la altura seguramente era incluso un poco superior, ¿correcto?

—Sí, habría que añadir quizá unos tres centímetros más, por los zapatos.

—Y bien, ahora que hemos establecido la estatura de la víctima y que el golpe mortal impactó de lleno y de modo uniforme en lo alto de la bóveda craneal, ¿podemos inferir el ángulo de ataque?

—No entiendo demasiado bien a qué se refiere con eso del ángulo de ataque.

—¿Está usted seguro, doctor? Me refiero al ángulo que forman el martillo y la zona de impacto.

—Eso es imposible de saber, pues no conocemos la postura exacta de la víctima cuando recibió el golpe, o si trató de eludirlo o en qué situación exacta se encontraba en el momento de ser golpeada.

Gutierrez asintió con la cabeza, como si se sintiera orgulloso de su respuesta a mi desafío.

—Pero, doctor, ¿no ha explicado usted a la señorita Freeman que, en su opinión, al señor Bondurant lo golpearon por la espalda y por sorpresa?

—Sí.

—¿Y eso no se contradice con lo que ahora ha respondido, que la víctima quizá trató de eludir el golpe? O es lo uno o es lo otro, ¿no le parece, doctor?

Sintiéndose acorralado, Gutierrez respondió como suelen responder los hombres acorralados. Con arrogancia.

—Mi opinión es que no sabemos exactamente qué sucedió en el aparcamiento, ni tampoco en qué postura estaba la víctima, ni hacia dónde estaba orientado su cráneo en el instante del golpe mortal. Jugar a las adivinanzas con estas cuestiones resulta un

jueguito realmente absurdo.

—¿Está diciéndonos que resulta absurdo tratar de comprender qué fue lo que sucedió en el aparcamiento?

—¡No! No estoy diciendo eso en absoluto. Está usted manipulando mis palabras.

Freeman tenía que hacer algo. Se levantó rápidamente y protestó, con el argumento de que estaba confundiendo al testigo de forma deliberada. No era el caso, y el juez así lo entendió, pero esa pequeña interrupción le bastó a Gutierrez para tranquilizarse un poco y volver a darse aires de imperturbable superioridad. Decidió enfilar la recta final. En el fondo, había estado usando al doctor Tripas como telonero para mi propio perito, a quien más tarde llamaría a declarar. Tenía la sensación de que el asunto ya casi estaba liquidado.

—Doctor, ¿estaría dispuesto a reconocer que si pudiéramos determinar la postura de la víctima y la orientación de su cráneo en el momento del primer golpe, el que resultó mortal de necesidad, conseguiríamos determinar con un cierto grado de fiabilidad el ángulo en el que el asesino sujetaba el arma en el momento de asestar el golpe?

Gutierrez consideró la pregunta durante más tiempo del que había necesitado para hacerla. De mala gana, terminó por asentir con la cabeza.

—Sí que conseguiríamos visualizarlo un poco mejor. Pero es imposi...

—Gracias, doctor. Mi siguiente pregunta. Si lográramos saber todas estas cosas —la postura, la orientación, el ángulo del arma—, ¿no estaríamos en disposición de calcular la estatura aproximada del agresor?

—No tiene sentido. Porque no tenemos forma de saber todas estas cosas.

Levantó ambas manos en un gesto de frustración y se giró hacia el juez esperando ayuda. Sin éxito.

—Doctor, no está respondiendo a mi pregunta. Voy a hacérsela otra vez. Si de algún modo lográramos conocer todos estos factores, ¿le parece que podríamos hacernos una idea acerca de la estatura del agresor?

Bajó las manos en señal de rendición.

—Sí, claro, por supuesto. Pero no sabemos esos factores.

—¿Que no los sabemos? Querrá decir que usted no los conoce, porque no trató de averiguarlos, ¿verdad?

—No, yo...

—¿Diría que no quería disponer de estos datos porque dejarían claro que es físicamente imposible que la acusada, quien apenas mide un metro sesenta, pudiera haber cometido...?

—¡Protesto!

—¿... el asesinato de un hombre veinticinco centímetros más alto que ella?

Era una suerte que en California los jueces ya no usaran el martillo, pues Perry hubiera hecho trizas el suyo.

—¡Se acepta la protesta! ¡Se acepta la protesta!

Agarré mi cuaderno y lo cerré en un gesto de resignada pero extrema frustración.

—No tengo más preguntas por el momen...

—¡Señor Haller! —ladró el magistrado—. Ya le he advertido demasiadas veces que no me gustan estos numeritos para disfrute del jurado. Considérese avisado por última vez. La próxima ocasión tendrá consecuencias.

—Entendido, señoría. Gracias.

—El jurado hará caso omiso de las últimas frases intercambiadas entre la defensa y el testigo, que serán eliminadas de la transcripción.

Me senté, sin atreverme a mirar hacia la tribuna del jurado. Pero la cosa había salido bien, o eso me decía el instinto. Estaban mirándome. Me los había metido en el bolsillo.

No a todos, pero sí a los suficientes.

Dediqué la hora del almuerzo a explicarle a Lisa Trammel lo que cabía esperar de la sesión de la tarde. Herb Dahl no estaba presente, habíamos hecho que alegara cierto recado urgente para que yo pudiera estar a solas con mi cliente. Traté de explicarle lo mejor que pude cuáles eran los riesgos que asumiríamos cuando la fiscalía terminara de exponer su caso y llegara el turno de la defensa. Trammel estaba asustada, pero confiaba en mí, y eso es casi todo lo que uno puede pedirle a un cliente. ¿La verdad? No. ¿Confianza? Sí.

Una vez reiniciado el juicio, Freeman hizo salir al estrado a la doctora Henrietta Stanley. Esta se identificó como jefa de biología en el laboratorio de criminalística de la región de Los Ángeles, asociado a la Universidad Estatal de California. Adivinaba que iba a ser el último testigo del ministerio fiscal y que su declaración incluiría dos elementos de importancia cardinal. Confirmaría que el análisis del ADN de la sangre encontrada en el martillo establecía una perfecta correspondencia con la de Mitchell Bondurant. Y que la sangre hallada en el zapato de Lisa Trammel también se correspondía con la de la víctima.

El testimonio experto cerraría el círculo planteado por la fiscalía, con la sangre como nexo común. Mi único propósito era el de aguarle la fiesta al ministerio público.

—Doctora Stanley —empezó Freeman—. Usted realizó o supervisó todos los análisis de ADN solicitados por los investigadores del caso Bondurant, ¿no es así?

—Supervisé y confirmé un análisis efectuado por un laboratorio externo. El otro análisis lo llevé a cabo yo misma. Aunque debo aclarar que dispongo de dos asistentes ayudándome en el laboratorio y ellos suelen hacer buena parte del trabajo. Bajo mi supervisión, por supuesto.

—En un punto de la investigación se le pidió analizar el ADN de una minúscula muestra de sangre encontrada en un martillo, para cotejarlo con el de la víctima, ¿no es así?

—Ese análisis lo efectuamos a través de un laboratorio externo, porque la urgencia era máxima. Yo misma me encargué de supervisar el proceso y más tarde confirmé los resultados.

—¿Señoría?

Estaba de pie ante la mesa de la defensa. El juez me miró irritado, pues estaba interrumpiendo el interrogatorio de la fiscal.

—¿Y ahora qué quiere, señor Haller?

—A fin de ahorrarle tiempo al tribunal y al jurado, para no tener que someterles a una interminable explicación del método de análisis y cotejo del ADN, la defensa quiere mostrar su acuerdo.

—¿Su acuerdo en qué, señor Haller?

—En que la sangre encontrada en el martillo era la de Mitchell Bondurant.

El juez no se lo pensó dos veces. La oportunidad de ahorrarse una hora de juicio, incluso más, era muy bien recibida. Aunque se mostró cauto.

—Muy bien, señor Haller, pero que quede claro que no va a poder tratar de rebatir este hecho durante el alegato de la defensa. ¿Lo entiende, verdad?

—Lo entiendo, señoría. No voy a tratar de ponerlo en duda.

—¿Y su cliente no tiene objeción que hacer a esta iniciativa?

Me volví ligeramente hacia Lisa Trammel y la señalé.

—Mi representada ha sido previamente informada de la iniciativa y está de acuerdo. No solo eso, sino que está dispuesta a declararlo así, para que conste en acta.

—Me parece que no va a ser necesario. ¿Y el ministerio fiscal qué tiene que decir?

Freeman me miró suspicaz, se oía una trampa.

—Señoría —dijo—. Quiero que quede perfectamente claro que la acusada reconoce que la sangre encontrada en el martillo efectivamente era la de Mitchell Bondurant. Y quiero una renuncia expresa a toda posibilidad de apelación argumentada en una asistencia letrada ineficiente.

—No me parece que sea necesaria una renuncia por escrito —dijo Perry—. Pero lo mejor es que sea la propia acusada la que nos dé su conformidad.

El juez a continuación le hizo varias preguntas a Trammel para que constase en acta que estaba de acuerdo con mi iniciativa.

Cuando Freeman se dio finalmente por satisfecha, Perry se dirigió al jurado.

—Señoras y señores, la testigo iba a ofrecer una descripción en detalle de los procesos de identificación y cotejo del ADN, a fin de entender mejor su testimonio relativo a los análisis realizados en su laboratorio para comparar la sangre encontrada en el martillo con la de la víctima, Mitchell Bondurant. Pero la defensa acepta los resultados y se ha comprometido a no ponerlos en duda. Así que queda claro que la sangre encontrada en el martillo aportado como prueba por la fiscalía efectivamente es la de la víctima, Mitchell Bondurant. Se considera que esto es un hecho probado, y me encargaré de que conste por escrito cuando se retiren ustedes a deliberar.

Asintió con la cabeza e indicó a Freeman que continuara. Mi inesperada maniobra había hecho que la fiscal perdiera el ritmo. Solicitó al juez que le concediera unos minutos para rehacer su discurso y reemprender el interrogatorio. Finalmente miró a la testigo y dijo:

—Muy bien, doctora Stanley, el hecho es que no solo le pidieron que analizara la muestra de sangre encontrada en el martillo, ¿verdad?

—Verdad. También nos entregaron otra muestra, procedente de un zapato encontrado en la propiedad de la acusada. En el garaje, si no recuerdo mal. Hicimos...

—Señoría —dije, levantándome otra vez—. La defensa de nuevo quiere mostrar su acuerdo.

Mi intervención hizo que la sala se sumiera en un silencio absoluto. No se oía ni

un susurro en la galería, el alguacil ya no amortiguaba con la mano su conversación telefónica, los dedos de la taquígrafa se congelaron sobre las teclas. Silencio absoluto.

El juez estaba sentado con los dedos de las manos entrelazados bajo la barbilla. Mantuvo la pose un instante y finalmente hizo un gesto con las dos manos indicándonos a Freeman y a mí que nos acercáramos.

—Abogados, vengan un momento, por favor.

Freeman y yo fuimos a su lado. El juez musitó:

—Señor Haller, su reputación le precede en esta sala. Más de una persona me ha dicho que era usted un abogado defensor pero que muy bueno, lo que se dice infatigable. Sin embargo, me veo obligado a preguntarle si es consciente de lo que está haciendo en este momento. ¿Se muestra conforme con la afirmación de la fiscalía de que había trazas de sangre de la víctima en un zapato propiedad de su cliente? ¿Está completamente seguro, señor Haller?

Asentí con la cabeza, como viniéndole a decir que hacía bien en cuestionar mi estrategia de defensa.

—Señoría, nosotros mismos efectuamos un análisis, y el resultado fue positivo. La ciencia no miente, y la defensa no está tratando de confundir al tribunal o al jurado. Si un juicio consiste en la búsqueda de la verdad, que la verdad salga a relucir. La defensa se muestra conforme con el resultado del análisis. Más tarde vamos a demostrar que alguien dejó deliberadamente esa muestra de sangre en el zapato. Porque esa es la verdad que nos interesa, y no si la sangre era la de Bondurant. Reconocemos que sí lo era, y queremos pasar página.

—¿Puedo hablar, señor juez? —dijo Freeman.

—Adelante, señorita Freeman.

—El ministerio fiscal protesta la conformidad de la defensa.

Finalmente lo había pillado. El juez se quedó atónito.

—No lo entiendo, señorita Freeman. Acaba de conseguir lo que quería. La sangre de la víctima en el zapato de la acusada.

—Señoría, la doctora Stanley es la última de mis testigos. La defensa está tratando de socavar las alegaciones del ministerio público negándome la posibilidad de presentar las pruebas materiales en el orden que me parece más conveniente. El testimonio de la declarante resulta devastador para la defensa, y por eso se muestra conforme, para evitar el efecto que dicho testimonio tendría sobre el jurado. Pero las dos partes tienen que estar de acuerdo para que la conformidad de la defensa sea aceptada. He cometido un error al aceptar su conformidad sobre el martillo, pero esta vez no voy a cometerlo. No sobre los zapatos. El ministerio fiscal protesta la iniciativa de la defensa.

El juez estaba impertérrito. Estaba viendo que podía reducir la duración del juicio en media jornada por lo menos, y no estaba dispuesto a desaprovechar la oportunidad.

—Señorita Freeman, tiene que entender que el tribunal puede desestimar su protesta atendiendo a la deseable celeridad del juicio. No me gustaría tener que dar

ese paso.

Estaba diciéndole a la fiscal que no le contradijera en este punto. Que aceptara la conformidad de la defensa.

—Lo siento, señor juez, pero la fiscalía mantiene la protesta.

—Protesta desestimada. Pueden volver a sentarse.

Así es la vida. Como en el caso del martillo, el juez informó al jurado sobre la conformidad de la defensa y prometió facilitar un documento en el que constaran las pruebas materiales y declaraciones aceptadas por ambas partes antes de que empezasen las deliberaciones. Me las había arreglado para que el crescendo final de la argumentación del ministerio fiscal sonara con sordina. En lugar de llegar al momento álgido entre tambores, cuerdas, vientos y pruebas materiales que proclamaban ¡TRAMMEL ES CULPABLE! ¡TRAMMEL ES CULPABLE!, la fiscalía había acabado con un gimoteo. Freeman estaba que echaba humo. Porque sabía lo importante que era finiquitar la progresión en el momento adecuado. Uno no escucha el *Bolero* durante diez minutos y apaga la radio cuando le quedan dos para terminar.

No solo le dolía que se truncase su estrategia, sino que, en la práctica, yo había conseguido que su testigo final y más importante se convirtiera en el primer testigo de la defensa. Al mostrar mi conformidad, había dado a entender que el análisis del ADN, de hecho, era la base sobre la que iba a sustentar mi alegato defensivo. Y no había nada que Freeman pudiera hacer. Ella había expuesto todo su caso, no se reservaba nada. Tras retirar a Stanley del estrado, Freeman se sentó a la mesa del ministerio fiscal a revisar sus notas. Seguramente se estaría preguntando si le convenía sacar a declarar otra vez a Kurlen o a Longstreth para acabar con un oficial de policía haciendo recuento de las pruebas materiales. Pero la improvisación conlleva riesgos. Freeman había ensayado con los dos policías sus declaraciones anteriores, pero ahora...

—¿Señorita Freeman? —dijo el juez finalmente—. ¿Quiere llamar a declarar a algún otro testigo?

Freeman miró al jurado. Necesitaba creer que iba a conseguir el veredicto de culpabilidad. ¿Y qué si las pruebas no habían sido presentadas según el plan que ella había coreografiado tan cuidadosamente? Las pruebas seguían estando ahí, reflejadas en las actas. La sangre de la víctima en el martillo y en el zapato de la acusada. Era más que suficiente. Tenía el veredicto de culpabilidad en el bolsillo.

Se levantó con lentitud, sin apartar la mirada del jurado. Entonces se giró y se dirigió al juez.

—Señoría, el ministerio fiscal ha expuesto su versión de los hechos.

El momento era solemne, y la sala volvió a sumirse en la quietud y el silencio durante un largo minuto.

—Muy bien —convino el juez finalmente—. Creo que ninguno de nosotros se imaginaba que llegaríamos a este punto tan pronto. Señor Haller, ¿está preparado para presentar las alegaciones de la defensa?

Me levanté.

—Señoría, la defensa está preparada.

El magistrado asintió con la cabeza. Aún parecía un tanto asombrado por la decisión de la defensa de aceptar y reconocer como prueba material la presencia de sangre de la víctima en uno de los zapatos de la acusada.

—En tal caso, nos tomaremos el descanso de la tarde con un poco de antelación. Y cuando volvamos, la defensa procederá a exponer sus alegatos.

Cuarta parte

El quinto testigo

Si la táctica de la defensa durante la última fase de la exposición de la fiscalía había resultado sorprendente, el primer paso de la táctica adoptada a la hora de efectuar sus propias alegaciones llevó a que varios de los presentes pusieran en duda la competencia profesional del abogado de la acusada. Una vez que todo el mundo se hubo sentado después del descanso de la tarde, volví a descolocarles por completo.

—La defensa llama a declarar a la acusada, Lisa Trammel.

El juez pidió silencio mientras mi cliente se levantaba y se dirigía al estrado. El hecho de que yo hubiera pedido su comparecencia como testigo era inaudito y provocó toda suerte de murmullos en la sala. Por norma general, los abogados hacen lo posible para que sus clientes no salgan a declarar como testigos. Porque se trata de una maniobra muy arriesgada. Nunca puedes estar seguro de lo que tu cliente va a decir, porque nunca puedes acabar de creerte todo lo que te ha dicho. Y el hecho de que a tu cliente le pillen en falso una sola vez y bajo juramento, en el estrado y delante de las doce personas que van a establecer su culpabilidad o inocencia, resulta desastroso.

Pero esta vez me encontraba ante un caso distinto. Lisa Trammel en ningún momento había flaqueado a la hora de proclamar su inocencia. En ningún momento se había sentido abrumada por las pruebas en su contra. En ningún momento se había mostrado ni remotamente interesada en llegar a un acuerdo de algún tipo con la fiscal. Atendiendo a estos antecedentes, así como a los últimos acontecimientos relativos a la conexión Dahl-Opparizio, hoy tenía una opinión de Trammel distinta de la que tenía al comienzo del juicio. Lisa había insistido en tener la oportunidad de decirle al jurado que era inocente, y la noche anterior me dije que era conveniente que gozase de dicha oportunidad, y cuanto antes mejor. Así que iba a ser la primera en declarar.

La acusada prestó juramento con una ligera sonrisa pintada en el rostro. Una sonrisa que no parecía ser muy indicada en vista de las circunstancias. Tomó asiento, su nombre constó en el acta, y al momento empecé con mis preguntas.

—Lisa, he visto que sonreía al prestar juramento. ¿Cómo se explica que estuviera sonriendo?

—Bueno, porque me siento un poco nerviosa, claro. Y aliviada también.

—¿Aliviada?

—Aliviada, sí. Porque al fin tengo ocasión de decir la mía. De decir la verdad.

La cosa empezaba bien. Pasé a formular las preguntas de rigor en estas ocasiones: quién era, cómo se ganaba la vida, estado civil... Así como la delicada cuestión de si era propietaria o no de la casa en que vivía.

—¿Usted conocía a Mitchell Bondurant, la víctima de este terrible crimen?

—No personalmente. Pero sabía quién era.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, que durante el último año o así, cuando empecé a tener problemas con

la hipoteca, llegué a verle en alguna ocasión. Fui al banco un par de veces para exponerle mi punto de vista. Ninguna de las dos veces me permitieron hablar con él, pero allí estaba, al fondo, en su oficina. La pared de su despacho era de cristal, parecía una broma. Como si te dijeran que podías verle pero no hablar con él.

Miré al jurado. No vi ninguna reacción positiva en sus rostros, pero me pareció que la respuesta y la imagen descrita por mi cliente eran perfectas. El banquero que se refugia tras un muro de cristal, mientras los oprimidos y desamparados son mantenidos a distancia.

—¿Vio a Bondurant en algún otro lugar?

—Sí, la mañana del asesinato. En la cafetería donde voy normalmente. Estaba haciendo cola, lo mismo que yo, solo había un par de personas entre nosotros. De ahí mi confusión cuando hablé con los inspectores. Me estaban preguntando por el señor Bondurant, y yo le había visto esa mañana. Yo no sabía que estaba muerto. No me di cuenta de que estaban investigándome por un asesinato del que yo no sabía ni siquiera que se hubiese cometido.

Todo bien hasta aquí. Estaba comportándose según lo que habíamos hablado y ensayado. Por ejemplo, en todo momento estaba refiriéndose a la víctima con absoluto respeto, incluso con compasión.

—¿Habló con el señor Bondurant esa mañana?

—No. Tuve miedo de que pensara que estaba siguiéndole o algo parecido y me pusiera una denuncia. Y, además, usted me había instado a evitar todo encuentro o confrontación con la gente del banco. Así que pagué mi café y me marché enseguida.

—Lisa, ¿mató usted a Mitchell Bondurant?

—¡No! ¡Claro que no!

—¿Le sorprendió por detrás con un martillo y le golpeó tan fuerte en la cabeza que Bondurant murió antes incluso de estrellarse contra el suelo?

—¡No! ¡Nada de eso!

—¿Le golpeó dos veces más mientras estaba en el suelo?

—¡No!

Me detuve y fingí estudiar mis notas. Quería oír el eco de sus negativas en la sala y en la mente de cada uno de los miembros del jurado.

—Lisa, usted se ha hecho bastante famosa con su lucha por evitar el desahucio, ¿verdad?

—No era mi intención. Lo único que quería era que mi hijo y yo pudiéramos conservar la casa. Hice lo que pensaba que tenía que hacer. Pero conseguí llamar la atención.

—Al banco no le convenía tanta atención ¿verdad?

Freeman protestó, argumentando que estaba haciendo una pregunta que Trammel no estaba en condiciones de responder. El juez le dio la razón y me instó a formular otra pregunta.

—Con el tiempo, el banco trató de poner fin a sus manifestaciones y demás

acciones de protesta, ¿no es así?

—Sí. Me llevaron a juicio y consiguieron una orden de alejamiento. Ya no iba a poder seguir protestando delante del banco. Por eso empecé a manifestarme delante de los juzgados.

—¿Hubo personas que se unieron a sus protestas?

—Sí, colgué una página web en internet y se me unieron centenares de personas. La mayoría eran personas como yo, gente a la que estaban quitándole la casa.

—Como líder de ese grupo consiguió usted bastante notoriedad, ¿no es así?

—Eso creo. Pero nunca tuve la intención de hacerme famosa. Quería llamar la atención sobre lo que estaban haciendo, los fraudes que cometían al quitarle las casas y los pisos a la gente.

—¿Cuántas veces cree que apareció en los periódicos o en televisión?

—No las conté, pero unas cuantas veces. Me sacaron en canales nacionales, como la CNN y la Fox.

—Y bien, Lisa, hablando de ir a las nacionales, ¿la mañana del asesinato pasó usted por delante de la sede del WestLand National en Sherman Oaks?

—No, en absoluto.

—¿No era usted la persona a la que vieron andando por la acera a solo media manzana de distancia?

—Para nada.

—Entonces, ¿la mujer que ha declarado haberla visto en la acera ha estado mintiendo bajo juramento?

—No quiero acusar a nadie de mentir, pero yo no estaba allí. Es posible que esa mujer sencillamente se confundiera.

—Gracias, Lisa.

Consulté mis anotaciones y cambié de dirección. Parecía que mi intención fuera la de desconcertar a mi cliente y pillarla con la guardia baja cambiándole de tema y de preguntas, pero lo que en realidad estaba haciendo era mantener desprevenido al jurado. No quería que me leyeran el pensamiento ni se ocuparan de mi estrategia. Quería contar con su atención absoluta, darles la historia a bocaditos y en el orden que a mí me interesara.

—¿Es cierto que por lo general cierra con llave la puerta del garaje de su casa?

—Sí, siempre.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, es que el garaje es independiente, no está pegado a la casa. Hay que salir de la casa para ir al garaje. Por eso siempre cierro bien la puerta. Dentro casi todo son trastos, pero tenemos algunas cosillas de valor. Mi marido siempre trataba las herramientas como si fueran objetos preciosos, y también tengo la bombona de helio para hinchar globos en las fiestas, y no quiero que los chavales del barrio se metan en el garaje. Y, además, una vez leí un artículo sobre una mujer que tenía un garaje como el mío y nunca lo cerraba con llave. Un día fue al garaje y se encontró

con un tipo que había entrado y estaba robando cosas. Y la violó. Así que siempre cierro con llave.

—¿Tiene idea de por qué la llave no estaba echada el día del asesinato, cuando la policía registró su vivienda?

—No. Yo siempre cierro con llave.

—Antes de este juicio, ¿cuándo vio por última vez el martillo colgando en su lugar sobre el banco de trabajo?

—No recuerdo haberme fijado nunca en él. Mi marido era el que se ocupaba de todo cuanto tuviera que ver con las herramientas. Yo nunca he sido muy buena con las herramientas.

—¿Y qué nos dice de sus herramientas de jardinería?

—Bueno, con esas me manejo mejor. El jardín lo cuido yo y esas son mis herramientas, pensaba que se refería a las otras.

—¿Tiene idea de cómo un micropunto de la sangre del señor Bondurant fue a parar a uno de sus zapatos de jardinería?

Lisa miró al vacío con expresión angustiada. La barbilla le tembló ligeramente al responder.

—No lo sé. No tengo explicación. Hacía mucho que no me había puesto esos zapatos... Y yo no maté al señor Bondurant.

Dijo esto último casi como una súplica, en tono desgarrado y sincero. Callé para saborear sus palabras, con la esperanza de que el jurado tomara buena nota de ellas.

Seguí haciéndole preguntas durante una media hora, insistiendo en más o menos las mismas cuestiones y negativas. Hice que diera más detalles sobre su encuentro con Bondurant en la cafetería, sobre el proceso de desahucio y sobre las esperanzas que tenía de ganar el caso.

Su comparecencia como testigo tenía tres propósitos. Yo necesitaba que sus negativas y explicaciones constaran en las actas. Por otra parte, necesitaba que su personalidad despertara las simpatías del jurado y aportara un rostro humano a un caso de asesinato. Y, por último, necesitaba también que los miembros del jurado empezaran a preguntarse si esta mujer diminuta y de apariencia frágil realmente había sido capaz de esconderse alevosamente y descargar un martillazo a sangre fría contra la cabeza de un hombre. Tres veces.

Hacia el final de mi interrogatorio, sentí que había conseguido acercarme mucho a mis tres objetivos. E hice lo posible por terminar con un pequeño crescendo de mi cosecha.

—¿Usted odiaba a Mitchell Bondurant? —pregunté.

—Yo odiaba lo que él y su banco estaban haciéndonos a mí y a otros como yo. Pero no le odiaba a él. Ni siquiera le conocía.

—Pero su matrimonio se había ido a pique, había perdido su empleo y ahora corría el riesgo de perder su hogar. ¿No tenía ganas de vengarse de aquellos que a su juicio estaban perjudicándola?

—Ya estaba vengándome a mi manera. Protestando contra lo que me estaban haciendo. Había contratado a un abogado y estaba resistiéndome al proceso de desahucio. Estaba indignada, sí. Pero no de forma violenta. No soy una persona violenta. Yo soy profesora de instituto. Me vengaba, si quiere usar esa palabra, de la única forma que sé. De forma pacífica, protestando contra algo que estaba mal. Porque estaba muy pero que muy mal.

Miré al jurado y creo que pillé a una mujer en la bancada trasera enjugándose las lágrimas. Pedí a Dios que fuera cierto. Me giré hacia mi cliente y me dispuse a dar el golpe de efecto final.

—Se lo pregunto otra vez, Lisa. ¿Mató usted a Mitchell Bondurant?

—No.

—¿Se armó con un martillo y le golpeó la cabeza en el aparcamiento del banco?

—No, ni estaba ahí ni lo hice yo.

—En tal caso, ¿cómo se explica que le mataran valiéndose de un martillo procedente del garaje de su casa?

—No lo sé.

—¿Cómo es que encontraron sangre de la víctima en uno de sus zapatos?

—¡No lo sé! Yo no lo hice. ¡Todo fue un montaje!

—Una última pregunta, Lisa. ¿Cuál es su estatura?

Me miró confusa, como una muñeca de trapo zarandeada.

—¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, díganos cuánto mide.

—Un metro sesenta.

—Gracias, Lisa. No tengo más preguntas por el momento.

Freeman después lo tuvo difícil. Lisa Trammel había mostrado ser una testigo convincente, y la fiscal no conseguía pillarla en falta. Trató de sacarle respuestas contradictorias una y otra vez, pero Lisa se mantuvo muy firme. Cuando la fiscal llevaba ya media hora tratando de forzar la puerta con un mondadientes, empecé a pensar que mi cliente iba a escapar del interrogatorio sin un rasguño. Pero nunca hay que confiarse, no hasta que tu cliente haya dejado el estrado y lo tengas sentadito a tu lado. Freeman tenía un as en la manga y al final lo jugó.

—Cuando el señor Haller le preguntó hace un momento si había cometido este crimen, usted respondió que no era una persona violenta. Dijo que era profesora de instituto y que no era violenta, ¿se acuerda?

—Sí. Es la verdad.

—Pero ¿no es cierto que hace cuatro años la obligaron a cambiar de escuela y someterse a una terapia de control emocional, después de haber golpeado a un alumno con un cartabón?

Me levanté de inmediato, protesté y solicité un aparte con el juez. Perry permitió que nos acercásemos.

—Señoría —musité, adelantándome al propio juez—, en la presentación de

pruebas en ningún momento se hizo mención a un cartabón. ¿De dónde sale todo esto?

—Señoría —musitó Freeman, adelantándose al propio juez—, se trata de una nueva información que nos llegó la semana pasada. Y que tuvimos que verificar.

—Oh, por favor —dije—. ¿Está diciéndonos que no han tenido acceso a su expediente laboral desde el primer minuto? ¿Y espera que nos lo creamos?

—Puede usted creer lo que prefiera —contestó Freeman—. No mencionamos el asunto durante la exhibición de pruebas porque no tenía ninguna intención de sacarlo a relucir, hasta que su cliente ha salido con su historial de no violencia. Está mintiendo y he podido demostrarlo; he jugado limpio.

Me giré hacia Perry otra vez.

—Señoría, se trata de una excusa irrelevante. La fiscal no se ha ajustado al protocolo de exhibición de pruebas. La pregunta tiene que ser desestimada, y hay que prohibir que el ministerio fiscal siga formulando preguntas en el mismo sentido.

—Señoría, esto es...

—La defensa tiene razón, señorita Freeman. Podrá hacer mención a este episodio en caso de impugnación, siempre y cuando haga declarar a los testigos oportunos, pero ahora mismo queda desestimado. Tendría que habernos hablado del asunto durante la exhibición de pruebas.

Volvimos a ocupar nuestros respectivos asientos. Ahora tendría que poner a Cisco a investigar el incidente, pues estaba claro que Freeman más adelante volvería a mencionarlo. Y eso me irritaba, porque el primer encargo que le hice a Cisco cuando aceptamos el caso fue un informe completo de la cliente. Y, por algún motivo, Cisco no había llegado al episodio del cartabón.

El juez instó al jurado a hacer caso omiso de la pregunta de la fiscal y ordenó a Freeman seguir otra línea de interrogatorio. Pero me daba cuenta de que para el jurado acababa de sonar una señal de alarma. Era posible borrar la cuestión de las actas, pero no de la mente de los miembros del jurado.

Freeman prosiguió con su contrainterrogatorio, tendiendo pequeñas celadas a Trammel aquí y allí, aunque sin hacer mella en su declaración previa. No había forma de socavar el testimonio de mi cliente, cuando aseguraba no haberse acercado al WestLand National la mañana del crimen. Cartabones aparte, se trataba de un comienzo la mar de bueno, porque le transmitíamos al jurado el mensaje de que la nuestra sería una defensa activa. No íbamos a rendirnos sin combatir.

La fiscal aguantó hasta las cinco en punto, reservándose una oportunidad de golpear a Trammel por la mañana, con algún descubrimiento de última hora. El juez indicó el fin de la sesión y todo el mundo se fue a casa. Todos menos yo. Tenía que volver al despacho. Quedaban cosas por hacer.

Antes de abandonar la sala, me agaché, me incliné hacia mi cliente y musité con enfado:

—Gracias por haberme contado lo del cartabón. ¿Algo más que no deba saber?

—Nada; eso fue una tontería.

—¿El qué fue una tontería? ¿Pegarle a un chaval con un cartabón? ¿O no contármelo?

—Eso pasó hace cuatro años, y el chaval se lo tenía merecido. Es todo cuanto pienso decir al respecto.

—No va a ser usted quien lo decida. Freeman puede volver a sacar el tema a colación en caso de impugnación, así que más vale que empiece a pensar qué es lo que va a decir.

En su rostro apareció una expresión de inquietud.

—¿Y cómo es que puede hacerlo? El juez dijo al jurado que se olvidara del asunto.

—Freeman tiene prohibido volver a mencionarlo durante el contrainterrogatorio, pero seguramente se las arreglará para hacerlo más tarde. Las cosas cambian en caso de impugnación. Así que mejor será que me cuente todo este episodio y cualquier otra cosa que yo deba saber y que usted haya olvidado contarme.

Miró por encima de mi hombro, y comprendí que estaba buscando a Herb Dahl. No tenía ni idea de lo que Dahl me había dicho ni de su nuevo trabajo como agente doble.

—Dahl no está en la sala —le dije—. Hable conmigo, Lisa. ¿Qué más me ha ocultado?

Cuando llegué a la oficina, me encontré a Cisco, con las manos en los bolsillos, charlando con Lorna en la recepción.

—¿Qué ocurre? —quise saber—. Pensaba que ibas a recoger a Shami al aeropuerto.

—Mandé a Bullocks —respondió Cisco—. La ha recogido y ya están de camino.

—Bullocks tendría que estar aquí, preparando su comparecencia, pues lo más seguro es que tenga que declarar mañana. El investigador eres tú, tú deberías haber ido al aeropuerto. No creo que puedan cargar con el maniquí las dos solas.

—Tranquilo, jefe, que lo están haciendo muy bien. Las dos se apañan perfectamente. Bullocks acababa de llamar desde la autopista. Así que tú tranquilo, y deja que nosotros nos encarguemos de todo.

Le miré con irritación. Me daba igual que fuera quince centímetros más alto y pesara treinta y cinco kilos de puro músculo más que yo. Estaba lo que se dice harto. Tenía que ocuparme de todo yo solo, y estaba hasta las narices.

—Con que tú tranquilo, ¿eh? Quieres que me quede tranquilito, ¿eh? Vete a la mierda, Cisco. Justo acabamos de empezar nuestra defensa, y el problema es que no tenemos una defensa. Lo único que tengo es mucho palique y un maniquí. El problema es que, como no saques las manos de los bolsillos y te pongas a currar de una puta vez, se me va a quedar más cara de tonto que al puto maniquí de los cojones.

Así que no me vengas con eso de tú tranquilo, ¿entendido? Soy yo el que pone la jeta ante el jurado todos los putos días.

Lorna enseguida estalló en carcajadas. Cisco no tardó mucho.

—¿Os parece divertido? —espeté indignado—. Pues no tiene ni puta gracia. ¿Cómo coño podéis encontrarlo divertido?

Cisco levantó las manos pidiendo un poco de calma, pero no podía contenerse.

—Lo siento, jefe, pero es que cuando te pones hecho una furia... Y eso del maniquí ha sido estupendo.

Solo de pensarlo Lorna volvió a estallar, se partía. Me dije que la despediría después del juicio. De hecho iba a despedirlos a los dos. A ver la gracia que les hacía.

—Vamos a ver —dijo Cisco, que al parecer empezaba a darse cuenta de que no encontraba divertida la situación—. Ve a tu despacho, quítate la corbata y siéntate un momentito. Voy a por mis cosas, y te enseño lo que tengo en marcha. He estado hablando con los de Sacramento todo el día, y la cosa lleva su tiempo, pero estoy cerca del final.

—¿Con los de Sacramento? ¿Con los del laboratorio estatal de criminalística?

—No, he estado pidiendo datos sobre compañías. A los burócratas del gobierno estatal, Mickey. Por eso la cosa lleva su tiempo. Pero no tienes que preocuparte. Tú haz tu trabajo, que yo haré el mío.

—Me resulta difícil hacer mi trabajo mientras sigo esperando a que termines de hacer el tuyo.

Fui hacia mi despacho. Dirigí una mirada furibunda a Lorna cuando pasé por su lado. Solo sirvió para que volviera a troncharse.

Ni me habían invitado ni me esperaban. Pero llevaba una semana sin ver a mi hija —tuve que cancelar la noche de tortitas el miércoles por el juicio— y como mi último encuentro con Maggie no había ido demasiado bien, me sentía obligado a pasar un rato por su casa en Sherman Oaks. Maggie me abrió la puerta con el ceño fruncido; seguramente me había visto a través de la mirilla.

—Mala noche para una visita sorpresa, Haller —dijo.

—Bueno, solo quería ver a Hayley un momento.

—Lo de la mala noche iba por ella.

Dio un paso atrás, invitándome a entrar.

—¿En serio? —apunté—. ¿Qué problema hay?

—Tiene un montón de deberes que hacer y no quiere saber nada de nadie. De mí tampoco.

Miré hacia la sala de estar, pero no vi a mi hija.

—Está en su cuarto, con la puerta cerrada. Buena suerte. Aprovecho para recoger la cocina.

Me dejó a solas, y miré hacia a lo alto de las escaleras. El cuarto de Hayley estaba en el piso de arriba, y la subida de pronto me resultaba angustiada. Mi hija era adolescente y propensa a los repentinos cambios de humor propios de esa edad. Nunca sabías cómo iba a recibirte.

Finalmente me aventuré a subir. Llamé a la puerta con los nudillos delicadamente.

—¿¡Y ahora qué pasa!?! —fue su saludo.

—Soy tu padre. ¿Puedo entrar?

—¡Papá, tengo un mogollón de deberes que hacer!

—Entonces, ¿no puedo entrar?

—Como quieras.

Abrí la puerta y entré. Hayley estaba sentada en la cama, cubierta por el edredón, rodeada de carpetas y libros, con el portátil delante.

—Y no me beses. Acabo de ponerme la pomada contra el acné.

Fui a su lado y agaché la cabeza. Me las compuse para besarla en la frente antes de que levantara el brazo para apartarme.

—¿Te queda mucho con los deberes?

—Ya te lo he dicho. Tengo mogollón.

El libro de matemáticas estaba abierto boca abajo para marcar la página. Lo cogí, para ver por qué lección estaba.

—¡No me pierdas la página!

En su voz resonaban todo el pánico y la angustia del mundo.

—No te preocupes. Llevo cuarenta años manejando libros.

Por lo que vi, la lección era sobre ecuaciones con muchas X y muchas Y. Estaban enseñándole unas matemáticas sobre las que yo no tenía ni idea. Y que por desgracia

no iban a servirle para nada.

—Hay, con esto no puedo ayudarte. Ni aunque quisiera hacerlo.

—Ya. Mamá tampoco tiene ni idea. Estoy sola en el mundo.

—Como todos, ¿no?

Me di cuenta de que en todo el tiempo que llevaba allí dentro no me había mirado a la cara ni una sola vez. Era deprimente.

—Bueno, solo quería decir hola. Ya me voy.

—*Ciao*. Te quiero.

Ningún contacto visual.

—Buenas noches.

Cerré la puerta al salir y bajé a la cocina. La otra mujercita que parecía ser capaz de controlar mi humor a su capricho estaba sentada en un taburete ante la mesa alta de la cocina. Delante tenía un vaso de vino blanco y una carpeta abierta.

Por lo menos, Maggie sí que me miró. No sonrió, pero estableció contacto visual, y en esa casa lo tomé como una victoria. Sus ojos volvieron a la carpeta.

—¿En qué estás trabajando?

—Solo repasando. Mañana tengo que asistir a la vista preliminar de un caso de extorsión, y no había vuelto a mirar estos papeles desde que me los dieron.

Los latazos habituales en el sistema judicial. No me ofreció una copa de vino, porque sabía que ya no bebía. Me apoyé la en la encimera y dije:

—Estoy pensando en presentarme a fiscal del distrito.

Levantó la cabeza y me miró con sorpresa.

—¿Cómo?

—Nada, solo estoy tratando de que alguien de esta casa me haga un poco de caso.

—Lo siento, pero esta noche estoy muy ocupada. Tengo que trabajar.

—Bueno, pues ya me voy. Supongo que tu amiga Andy estará haciendo lo mismo que tú.

—Eso creo. Habíamos quedado para tomar una copa después del trabajo, pero me ha llamado para cancelarlo. ¿Qué le has hecho, Haller?

—Bueno, pues bajarle un poco los humos al final de su alegato. Y luego se moría de ganas de joderme vivo. Supongo que ahora mismo estará planeando su venganza.

—Lo más probable.

Volvió a concentrarse en la carpeta. No lo decía, pero estaba claro que quería que me fuese de una vez. Primero mi hija, y ahora mi ex, a la que aún amaba, me despedían en silencio. Pero no quería que las cosas quedaran así.

—Y bien, ¿qué pasa con nosotros? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Tú y yo. La cosa no acabó muy bien la otra noche en el Dan Tana's.

Cerró la carpeta, la dejó a un lado y me miró con atención. Ya era hora.

—Algunas noches van así. Y eso no cambia nada.

Me separé de la encimera y fui hacia la mesa alta. Apoyé los codos en ella.

—Si eso no cambia nada, ¿qué pasa con nosotros? ¿Qué vamos a hacer?

Se encogió de hombros.

—Quiero volver a intentarlo. Yo sigo queriéndote, Mags. Lo sabes.

—También sé que en su momento no funcionó. Los dos somos de esas personas que se traen el trabajo a casa. Y eso no era bueno.

—Estoy empezando a creer que mi cliente es inocente y que le tendieron una trampa, y aun así es posible que no consiga librarla de la cárcel. ¿Te llevarías eso a casa?

—Si tanto te preocupan estas cosas, quizá harías bien en presentarte a fiscal del distrito. Ya sabes que la plaza está vacante.

—Igual lo hago.

—«Haller, el candidato del pueblo».

—Eso mismo.

Todavía me quedé un rato por la cocina, pero aquella noche no tenía nada que hacer con Maggie. Ella tenía la capacidad de mostrarse gélida contigo y dejártelo pero que muy claro.

Le dije que me iba, que le diera las buenas noches a Hayley. No impidió que me marchara. Pero, a mi espalda, Maggie dijo algo que me alegró.

—Dale un poco de tiempo al asunto, Michael.

Me giré desde el umbral.

—¿Qué quieres decir?

—Que nos des un poco de tiempo... A Hayley y a mí.

Asentí con la cabeza y dije que naturalmente.

Conduciendo de vuelta a casa, dejé que los logros de la jornada me levantaran el ánimo. Empecé a ocuparme ya del próximo testigo que iba a llamar al estrado, después de Lisa. Lo que nos quedaba por delante seguía siendo una tarea formidable, pero de nada servía pensarlo con demasiada antelación. Hay que ir paso a paso.

Subí por Beverly Glen y tomé Mulholland en dirección este, hacia Laurel Canyon. A norte y sur se vislumbraban destellos de la ciudad. Los Ángeles se extendía como un océano reluciente. Seguía con la música apagada y las ventanillas bajadas, dejando que el aire frío y la soledad me calaran los huesos.

El viernes por la mañana, cuando Andrea Freeman continuó su contrainterrogatorio a Lisa Trammel, perdí en apenas veinte minutos todo cuanto había ganado la víspera. Que el fiscal te la juegue en mitad de un juicio nunca resulta agradable, pero en muchos sentidos se acepta como parte del juego. Son cosas que pasan, cosas que no sabes que no sabes. Pero que quien te la juegue sea tu propio cliente es lo peor que te puede pasar. La persona que defiendes nunca debe ser un desconocido desconocido. Estas cosas nunca tendrían que suceder.

Trammel estaba en el estrado, y Freeman fue hacia el atril cargando con un grueso documento crujiente de tan nuevo y con un *postit* rosa metido entre las páginas. Pensé que se trataba de un puro elemento de atrezo, que la fiscal llevaba consigo con la intención de ponerme nervioso, así que no le presté mucha atención. Freeman empezó por formular las que yo llamo preguntas trampa. Para que en las actas consten unas respuestas de la testigo que luego van a revelarse falsas. Me daba cuenta de que Freeman estaba tendiéndonos una trampa, pero no sabía dónde iba a colocarla.

—Y bien, ayer declaró usted que no conocía a Mitchell Bondurant, ¿correcto?

—Sí, correcto.

—¿Nunca le conoció personalmente?

—Nunca.

—¿Nunca habló con él?

—Nunca.

—Pero sí que trató de verle y hablar con él, ¿verdad?

—Sí, fui dos veces al banco, con la idea de reunirme con él y hablar de mi casa, pero se negó a verme.

—¿Recuerda cuándo fue eso exactamente?

—El año pasado. Pero no me acuerdo de las fechas concretas.

En ese momento Freeman dio la impresión de cambiar de tema, pero yo sabía que todo formaba parte de un plan cuidadosamente ideado.

Formuló una serie de preguntas en apariencia inocuas, sobre el grupo FLAG y su propósito. Todo esto ya había salido a relucir durante mi interrogatorio del día anterior, por lo que seguía sin entender su propósito. Me fijé en el documento con la nota adhesiva de color rosa y empecé a temer que quizá no fuera un elemento de atrezo. Maggie anoche me había dicho que Freeman estaba haciendo horas. Y ahora entendía por qué. Estaba claro que había encontrado algo. Me incliné hacia delante, en dirección a la testigo, como si estar más cerca de la fuente me ayudara a verlas venir antes.

—Y usted tiene una página web dedicada a las actividades de FLAG, ¿no es así?

—Sí —respondió Trammel—. California Foreclosure Fighters punto com.

—También está en Facebook, ¿verdad?

—Sí.

La trampa estaba ahí, podía notarlo en el modo apocado y cauto en que mi cliente dijo esa única palabra. Ahora me enteraba yo de que Lisa estaba en Facebook.

—En atención a los miembros del jurado que acaso no sepan de qué se trata, ¿qué es Facebook exactamente, señorita Trammel?

Me arrellané en el asiento y, con disimulo, eché mano al teléfono móvil. Envié un mensaje de texto a Bullocks, diciéndole que dejara lo que estaba haciendo y mirase a ver qué encontraba en el Facebook de Lisa. «Mira qué hay allí», le escribí.

—Bueno, es una red social de internet, y yo la uso para mantenerme en contacto con la gente involucrada en FLAG. Suelo postear la actualidad de la asociación. Les comunico dónde vamos a encontrarnos o manifestarnos, cosas así. También acostumbro a colgar comentarios. La gente puede suscribirse a la página y así reciben una notificación en el móvil o en el ordenador cada vez que posteo algo. Nos ha sido muy útil para organizarnos.

—Es posible colgar una notificación desde el teléfono móvil, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Y este espacio digital en el que cada cual cuelga sus notificaciones y comentarios se llama su «muro», ¿verdad?

—Sí.

—Usted ha estado utilizando su muro en Facebook para algo más que colgar información sobre manifestaciones, ¿verdad?

—A veces.

—También ha estado colgando actualizaciones regulares sobre el proceso de desahucio, ¿verdad?

—Sí, quería llevar una especie de diario del desahucio.

—¿También se ha valido de Facebook para avisar a la prensa de sus actividades?

—Sí, también.

—Y bien, si quiere recibir estas informaciones, uno tiene que registrarse como amigo de usted, ¿correcto?

—Sí, así es como funciona. Los que quieren ser mis amigos me hacen una petición de amistad, yo los acepto, y entonces tienen acceso a mi muro.

—¿Cuántos amigos tiene en Facebook?

No sabía cuál era su propósito, pero tenía claro que no era bueno para nosotros. Me levanté y protesté, con el argumento de que la fiscal parecía estar haciendo preguntas a tontas y a locas, sin la menor pertinencia. Freeman prometió que muy pronto iba a quedar claro que sí resultaban pertinentes, y Perry le autorizó a continuar.

—Puede responder a la pregunta —indicó a Trammel.

—Eh, pues... Bueno, la última vez que miré tenía algo más de mil amigos.

—¿Cuándo se unió usted a Facebook?

—El año pasado. Creo que en julio o agosto, cuando registré FLAG como asociación y empecé con la página web. Fue todo por la misma época.

—Y bien, para que quede muy claro, cualquier persona conectada a internet puede acceder a la página web, ¿correcto?

—Correcto.

—Sin embargo, su página de Facebook es un poco más privada y personal. Quien quiera acceder, primero tiene que hacerse amigo suyo, ¿verdad?

—Sí, aunque lo normal es que acepte como amigo a todo el que me lo pida. No conozco a todas esas personas porque son demasiadas. Sencillamente doy por sentado que están al corriente de nuestro trabajo y que la cosa les interesa. Nunca digo que no a alguien que quiere ser amigo mío. Y por eso tengo más de mil amigos en menos de un año.

—Entendido. Usted ha posteado en su muro de forma regular desde que abrió su perfil, ¿no es así?

—De forma bastante regular, sí.

—De hecho, incluso ha publicado algún *post* sobre este juicio, ¿verdad?

—Sí, mis opiniones al respecto.

Noté que mi temperatura corporal aumentaba. Sentía como si mi traje fuera de plástico y estuviera atrapando todo mi calor corporal. Ansiaba aflojarme la corbata, pero sabía que el gesto resultaría desastroso si alguno de los miembros del jurado se daba cuenta.

—Y bien, ¿es posible que una persona vaya a su página y cuelgue un comentario bajo su nombre?

—No, eso solo puedo hacerlo yo. La gente puede responder y escribir sus propios comentarios, pero no bajo mi nombre.

—¿Cuántas entradas diría que ha colgado desde el verano pasado?

—No tengo ni idea. Muchas.

Freeman levantó el grueso documento con el *post* rosa colgando.

—¿Le parece posible haber posteado más de mil doscientas veces en su muro?

—No lo sé.

—Bueno, pues aquí tengo impresas todas y cada una de esas entradas tuyas. Señoría, pido permiso para mostrárselas a la acusada.

Pedí hacer un aparte antes de que el juez pudiera responder. Perry nos indicó que fuésemos hacia él. Freeman llevaba consigo el voluminoso documento.

—Señor juez, ¿qué está pasando aquí? —dije—. Tengo que hacer la misma objeción que ayer: el ministerio fiscal está negándose otra vez de forma deliberada a efectuar la debida exhibición de pruebas. Antes no ha mencionado todo esto en absoluto, pero ahora quiere enseñarnos mil doscientos comentarios colgados en Facebook. ¡Por favor! Señoría, convendrá en que a esto no hay derecho.

—No hablamos de esto porque no nos enteramos de la existencia de esta cuenta de Facebook hasta ayer mismo.

—Señoría, si va a creerse eso, que sepa que me gustaría venderle una mansión que tengo en Malibú.

—Señoría, ayer nos llegó a mi equipo y a mí una copia impresa de todas las publicaciones efectuadas por la acusada en su página de Facebook. Y me aconsejaron leer una serie de entradas hechas en septiembre pasado que son relevantes para este caso y el testimonio de la propia acusada. Si me permite continuar, pronto voy a dejarlo muy claro, incluso a ojos de la defensa.

—«¡Ayer nos llegó!» —repetí—. ¿Y eso qué quiere decir? Señoría, hay que ser amigo de mi cliente para ver su muro en Facebook. Si el ministerio fiscal ha echado mano a un subterfu...

—De subterfugio, nada. Me entregó la copia un periodista que es amigo de la acusada en Facebook —cortó Freeman—. Pero lo que importa no es la procedencia del documento. *Res ipsa loquitur*: el documento habla por sí solo, señoría, y estoy segura de que la acusada puede confirmar ante el jurado que efectivamente escribió esos comentarios. La defensa solo está tratando de evitar que el jurado vea lo que es una clara muestra de que su cliente ha estado...

—Señor juez, no tengo la menor idea de a qué se está refiriendo. Justo acabo de enterarme de la existencia de esa página de Facebook. La defensa considera que...

—Muy bien, señorita Freeman —interrumpió Perry—. Entregue el documento a la acusada, pero proceda con rapidez.

—Gracias, señoría.

Tomé asiento otra vez. Y noté que el teléfono móvil vibraba en mi bolsillo. Lo saqué con disimulo y leí el mensaje de texto bajo la mesa. Era de Bullocks y solo decía que había accedido al muro de Lisa y estaba trabajando en lo que le había pedido. Tecleé una rápida respuesta, instándole a mirar las entradas de septiembre. Y me metí el móvil en el bolsillo.

Freeman le entregó la copia impresa a Trammel e hizo que esta confirmara que efectivamente reproducía los comentarios colgados en su página de Facebook.

—Gracias, señorita Trammel. ¿Puede ir a la página señalada con la nota adhesiva?

De mala gana, Lisa hizo lo que se le pedía.

—Como ve, he subrayado con rotulador tres de sus comentarios efectuados el siete de septiembre. ¿Puede leerle el primero de ellos al jurado, incluyendo la hora precisa en que lo escribió?

—Eh... «Una y cuarenta y seis. Voy al WestLand a ver a Bondurant. Esta vez no voy a conformarme con que me digan que no».

—Ha dicho Bondurant, pero, sin embargo, en el comentario el apellido aparece escrito de forma errónea, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cómo aparece escrito en el comentario?

—B-A-N-D-A-R-R-A-N-T.

—Bandarrant. Me he fijado en que el apellido aparece escrito de esta forma en todos los comentarios donde se habla de él. ¿De forma intencionada o por error?

—Aquel hombre iba a dejarme sin casa.

—¿Puede hacer el favor de responder a lo que se le pregunta?

—De forma intencionada, sí. Le llamaba Bandarrant porque no era una buena persona, era un bandarra, un sirvengüenza.

Sentí que el sudor empapaba mis cabellos. El lado oculto de Lisa estaba a punto de salir a la luz.

—¿Sería tan amable de leer el siguiente comentario subrayado? Mencionando la hora precisa.

—«Dos y dieciocho. Otra vez me han impedido verle. Qué injusticia».

—Y ahora, por favor, lea el siguiente, con la hora precisa.

—«Dos y veintiuno. He visto cuál es su plaza de aparcamiento. Voy a esperarle en el garaje».

El silencio que se hizo en la sala fue más fuerte que un estruendo.

—Señorita Trammel, ¿usted estuvo esperando a Mitchell Bondurant en el aparcamiento del WestLand el siete de septiembre del año pasado?

—Sí, pero no mucho rato. Me di cuenta de que era una tontería y de que él no iba a salir hasta el final de la jornada. Así que me marché.

—¿Volvió al aparcamiento y estuvo esperándole la mañana del asesinato?

—¡No, nada de eso! No estuve allí.

—Usted le vio en la cafetería, tuvo un acceso de rabia y se dijo que sabía adónde se dirigía, ¿verdad? Fue al garaje, esperó a que llegara y...

—¡Protesto! —aullé.

—... y le mató a golpes con el martillo, ¿verdad?

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Trammel—. Yo no lo hice.

Rompió a llorar, entre sonoros gemidos propios de un animal acorralado.

—¡Protesto, señoría! ¡La fiscal está...!

Perry pareció despertar de sus meditaciones, fijó la mirada en Trammel y dijo:

—¡Se acepta la protesta!

Freeman guardó silencio. La sala entera estaba en silencio; solo se oían los sollozos de mi cliente. El alguacil se acercó con una caja de pañuelos de papel, y Lisa poco a poco fue dejando de llorar.

—Gracias, señoría —dijo Freeman finalmente—. No tengo más preguntas que hacer.

Solicité el adelanto del descanso matinal para que mi cliente se recuperase y yo tuviera tiempo de pensar bien lo que íbamos a hacer a continuación. El juez accedió, seguramente porque le daba lástima.

Las lágrimas de Lisa no empañaban el hecho de que Freeman había tendido su trampa de forma magistral. Pero no todo estaba perdido. Lo mejor de usar una defensa trampa es que casi cada prueba o testimonio incriminatorio —incluso el

proporcionado por tu propio cliente— puede convertirse en parte de la trampa.

Después de que hicieran salir al jurado, fui a consolar a mi cliente. Saqué dos pañuelos de la caja de cartón y se los pasé. Tapé el micrófono con la mano, para no retransmitir nuestra conversación a la sala entera. E hice lo posible por controlar mi tono de voz.

—Lisa, ¿por qué demonios me entero de lo de Facebook ahora? ¿Tiene idea de lo que esto puede suponer?

—¡Pensaba que ya lo sabía! Me hice amiga de Jennifer en Facebook.

—¿De Aronson?

—¡Sí!

Nada mejor que enterarse de que tu ayudante y tu cliente saben más que tú.

—Pero ¿qué me dice de esos comentarios de septiembre? ¿Se da cuenta del daño que nos hacen?

—¡Lo siento! Lo había olvidado por completo. Hace tanto que los escribí...

Vi venir una nueva catarata de lágrimas. Traté de evitarlo.

—Bueno, pues hemos tenido suerte. Es posible que al final salgamos ganando con este asunto.

Dejó de enjugarse las lágrimas con el pañuelo y me miró.

—¿En serio?

—Es posible. Pero tengo que salir y llamar a Bullocks.

—¿Quién es Bullocks?

—Perdón, es el apodo que damos a Jennifer. Usted quédese ahí sentada y trate de calmarse.

—¿Van a hacerme más preguntas?

—Sí. Y se las voy a hacer yo.

—Me gustaría arreglarme un poco, ¿puedo?

—Sí, buena idea. Pero no tarde demasiado.

Salí a la antesala y llamé a Bullocks al despacho.

—¿Te has fijado en las entradas del siete de septiembre? —pregunté a modo de saludo.

—Acabo de verlas ahora mismo. Si Freeman...

—Freeman ya las ha visto.

—¡Mierda!

—Ya, mejor que no las hubiera visto, pero igual podemos arreglarlo. Lisa me ha dicho que sois amigas en Facebook. ¿Es verdad?

—Sí. Lo siento. Sabía que tenía un perfil. No se me ocurrió mirar sus entradas anteriores.

—Luego hablaremos. Pero ahora necesito que me digas si puedes acceder a su listado de amigos.

—Lo tengo aquí delante.

—Muy bien, pues imprime todos los nombres, dale el listado a Lorna, y que Rojas la traiga aquí con el listado en la mano. Ahora mismo. Y luego quiero que Cisco y tú empecéis a comprobar esos nombres uno por uno, averiguad quién es quién.

—Hay más de mil. ¿Quieres que los localicemos a todos?

—Si hace falta, sí. Lo que estoy buscando es una conexión con Opparizio.

—¿Opparizio? ¿Por qué...?

—Porque Trammel representaba una amenaza para él, del mismo modo que lo era para el banco. Trammel denunciaba que se cometían fraudes en los procesos de desahucio. Justo a lo que se dedicaba la compañía de Opparizio. Sabemos por Herb Dahl que Opparizio ya la tenía en el punto de mira. Parece lógico que alguien de su empresa se dedicara a revisar las entradas de Lisa en Facebook. Ella acaba de declarar que aceptaba como amigos a todos los que se lo pedían. Igual tenemos suerte y encontramos un nombre conocido.

Se hizo un silencio. Y Bullocks expresó justo lo que yo estaba pensando.

—Si seguían su cuenta de Facebook, estarían al corriente de lo que Lisa pensaba hacer.

—Y también pudieron enterarse de que una vez estuvo esperando a Bondurant en el aparcamiento.

—Esto les habría venido que ni pintado para escenificar el asesinato.

—Bullocks, me fastidia tener que decirlo, pero estás empezando a pensar como una abogada defensora.

—Bueno, pues ya mismo nos ponemos.

Noté la urgencia en su voz.

—De acuerdo, pero primero imprime el listado y házmelo llegar. Empiezo con las preguntas dentro de unos quince minutos. Dile a Lorna que me lo traiga aquí mismo. Y si tú y Cisco encontráis algo, enviadme un mensaje de texto al momento.

—Hecho.

Cuando volví a la sala, Freeman aún rebosaba de orgullo por su triunfo matinal. Se acercó y apoyó la cadera en la mesa de la defensa.

—Haller, dígame que no es verdad eso de que no sabía nada de la página de Facebook.

—Lo siento, pero no puedo decirle nada.

Entornó los ojos.

—Vaya, vaya. Me parece que hay alguien que necesita una nueva clienta, una que no le esconda cosas... Y puede que hasta un nuevo investigador que las encuentre.

Hice caso omiso de la pulla, con la esperanza de que dejara de pavonearse y se largara de una vez. Me puse a hojear uno de mis cuadernos, fingiendo que andaba en busca de algo concreto.

—Cuando anoche me llegó ese *dossier* y leí las entradas, me dije que aquello era como maná caído del cielo.

—Seguro que estuvo muy contenta consigo misma. Me preguntó que periodisticucho de mierda fue quien se lo dio.

—Le gustaría saberlo, ¿a que sí?

—Voy a saberlo. Ese tipejo será el que publique la próxima exclusiva filtrada por la fiscalía. Por mi parte no voy a darle ni un «sin comentarios».

Freeman soltó una risita. Mi amenaza le daba lo mismo. Había conseguido refregarle los *posts* al jurado por las narices, y todo lo demás no le importaba en lo más mínimo. Finalmente la miré directamente y dije:

—No termina de pillarlo, ¿verdad?

—¿El qué? ¿Qué el jurado ahora sabe que su cliente estuvo antes en la escena del crimen, y que eso demuestra que sabía cómo encontrar a la víctima? Me temo que lo pillo de sobras.

Aparté la vista y sacudí la cabeza.

—Ya veremos. Y discúlpeme.

Me levanté y fui hacia el estrado. Lisa Trammel justo acababa de volver del cuarto de baño, donde había estado retocándose el maquillaje. Se puso a hablar, y al momento cubrí el micrófono con la mano otra vez.

—¿Qué hace hablando con esa zorra? ¡Qué persona más asquerosa! —dijo.

El arrebato me pilló desprevenido, volví a mirar a Freeman, que ahora estaba sentada a la mesa de la fiscalía.

—Ni es una zorra ni es asquerosa, ¿entendido? Simplemente está...

—Sí que lo es. Lo que pasa es que usted no se da cuenta.

Me incliné y susurré:

—¿Y usted sí? Mire, Lisa, no me saque a relucir ese carácter bipolar. Aún tiene que declarar durante casi media hora. Hágalo sin informar al jurado de sus problemas personales, ¿entendido?

—No sé a qué se está refiriendo, pero no me gusta nada.

—Bueno, pues lo siento. Estoy tratando de defenderla, y no me viene bien no enterarme de la existencia de su perfil de Facebook hasta que la fiscal le pregunta al respecto.

—Lo siento. Ya se lo he dicho. Y su ayudante sí que lo sabía.

—Ya, sí. Pero yo no.

—En fin. Antes me ha dicho que cree que podemos darle la vuelta al asunto. ¿Y cómo?

—Muy fácil. Si alguien ha intentado prepararle una encerrona, en el perfil de Facebook habrá encontrado el material ideal.

¡Maná del cielo! Levantó la vista, y en su rostro se pintó una expresión de puro alivio al comprender la táctica a la que pensaba recurrir. La ira que ensombrecía su expresión un instante atrás había desaparecido por completo. El juez entró en la sala en ese preciso momento, presto a reanudar la sesión. Hice un gesto a mi cliente con la cabeza y fui a sentarme a la mesa de la defensa mientras Perry hacía llamar al jurado.

Una vez que todo el mundo estuvo sentado en su lugar, el juez me preguntó si quería hacer nuevas preguntas a la acusada. Me levanté de un salto, como si llevara años esperando la oportunidad. Pagué un precio al hacerlo. Un estremecimiento de dolor recorrió mi torso como una descarga eléctrica. Las costillas se habían soldado, pero cualquier movimiento brusco hacía que me dolieran mogollón.

Mientras me dirigía al atril, la puerta lateral de la sala se abrió y apareció Lorna. No podía llegar en mejor momento. Cubierta con un casco de motorista y carpeta en mano, vino andando a paso rápido por el pasillo.

—Señoría, ¿puedo hablar un momento con mi colaboradora?

—Pero rápido, por favor.

Fui a encontrarme con Lorna, que me entregó la carpeta.

—Aquí tienes el listado de todos sus amigos en Facebook, pero no parece que Dennis o Jennifer hayan encontrado alguna relación con quien tú ya sabes.

Resultaba raro eso de oír a Cisco y a Bullocks mencionados por sus verdaderos nombres. Me fijé en el casco que llevaba y murmuré:

—¿Has venido en la moto de Cisco?

—Necesitabas esto ya, y la moto la podía aparcar aquí al lado.

—¿Dónde está Rojas?

—No lo sé. No ha respondido cuando le he llamado al móvil.

—Pues qué bien. Escúchame. Quiero que dejes la moto de Cisco en la acera y vuelvas al despacho andando. No tengo ganas de que te la pegues con ese cacharro del demonio.

—Ya no soy tu mujer. Ahora soy la mujer de Cisco.

En ese preciso instante, miré por encima de su hombro y vi que Maggie McPherson estaba sentada entre el público. Me pregunté si estaba allí para apoyarme a mí o para apoyar a Freeman.

—Mira —dije—. Eso ahora mismo da igual y...

—¿Señor Haller? —dijo el juez a mis espaldas—. Estamos esperando.

—Sí, señorita —dije, alzando la voz pero sin girarme. En un susurro, repetí a Lorna—: Vuelve andando.

Fui al atril y abrí la carpeta. En el interior solo había información en bruto: más de mil nombres listados en dos columnas por página. Pero miré los papeles como si fueran el Santo Grial.

—Muy bien, Lisa, hablemos de su página de Facebook. Antes ha declarado que tiene más de mil amigos. ¿Los conoce a todos?

—No, nada de eso. Lo que pasa es que mucha gente me conoce a través de FLAG. Cuando alguien me pide amistad, asumo que está de mi lado y le digo que sí sin más.

—En tal caso, las entradas en su muro resultan accesibles para muchas personas que son amigas tuyas en Facebook pero a las que no conoce de nada en la vida real. ¿Correcto?

—Sí, es correcto.

Noté la vibración del móvil en mi bolsillo.

—Entonces, si alguno de esos desconocidos hubiera estado interesado en seguir sus movimientos, pasados o presentes, no tenía más que ir a su perfil de Facebook y consultar las entradas en su muro, ¿correcto?

—Correcto, sí.

—Supongamos, por ejemplo, que alguien accede a su muro, lo va mirando todo hacia atrás y descubre que en septiembre del año pasado estuvo usted en el aparcamiento del WestLand, esperando a Mitchell Bondurant. Eso sería posible, ¿no?

—Sí que lo sería.

Me saqué el teléfono del bolsillo y, valiéndome del atril para ocultarlo, lo dejé sobre la superficie de trabajo. Mientras con una mano hojeaba el listado de amistades, usé la otra para abrir el mensaje que acababa de recibir. Era de Bullocks: «Página 3, columna derecha, el quinto nombre desde abajo: Don Driscoll. En ALOFT estuvo trabajando un informático llamado Donald Driscoll. Seguimos buscando».

Bingo. Ahora tenía algo de verdad.

—Señorita, quisiera mostrar este documento a la testigo. Es un listado de los amigos que Lisa Trammel tiene en Facebook.

Temerosa de ver empañada su victoria anterior, Freeman protestó, pero el juez desestimó la petición, con el argumento de que era la propia fiscal la que había abierto esa puerta. Entregué el listado a mi cliente y volví al atril.

—Si es tan amable, ¿puede ir a la tercera página del documento y leer el quinto nombre que aparece desde abajo en la columna de la derecha?

Freeman protestó de nuevo, alegando que nadie había verificado dicho listado. El juez le sugirió un segundo contrainterrogatorio si de veras pensaba que yo estaba presentando una prueba falsa. Insté a Lisa a leer el nombre señalado.

—Don Driscoll. Y bien, ¿el nombre le suena?

—Pues no mucho, la verdad.

—Pero es uno de sus amigos en Facebook.

—Sí, pero, como ya he dicho, no conozco personalmente a todos los que me solicitan amistad. Son demasiados.

—Bien, ¿recuerda si Don Driscoll contactó con usted directamente o si se identificó como trabajador de una empresa llamada ALOFT?

Freeman protestó y pidió un aparte. El juez nos hizo acercarnos.

—Señoría, ¿qué es todo esto? La defensa sencillamente está mencionando unos nombres que nada tienen que ver con lo que nos ocupa. Quiero pruebas de que no está limitándose a sacar nombres del listado al azar.

Perry asintió con expresión pensativa.

—Estoy de acuerdo, señor Haller.

Mi teléfono móvil seguía en el atril. Si Bullocks me había dado más datos, en ese momento no me servían de nada.

—Juez, si quiere, podemos ir a su despacho y llamar a mi investigador. Pero voy a pedir al tribunal un poco de manga ancha en este punto. El ministerio público ha sacado a relucir lo de Facebook esta misma mañana, y estoy haciendo todo lo que puedo para responder. Podemos posponer la cuestión hasta que tengamos pruebas materiales más sólidas, pero la defensa tiene pensado llamar a declarar al señor Donald Driscoll, de forma que la fiscalía podrá preguntarle directamente si hemos estado describiéndole de forma errónea.

—¿Van a llamarle a declarar?

—No creo tener otra alternativa después de que el ministerio fiscal haya decidido investigar las antiguas entradas hechas en Facebook por mi cliente.

—Muy bien, pues esperaremos a que el señor Driscoll preste testimonio. No me haga una jugarreta, señor Haller. No quiero que más tarde me diga que ha cambiado de parecer a este respecto. Me llevaré un disgusto si lo hace.

—Sí, señoría.

Volvimos a nuestros lugares respectivos, y volví a preguntar a Lisa:

—¿Don Driscoll le dijo que trabajaba para ALOFT cuando contactó con usted, en Facebook o en otro lugar?

—No, no me lo dijo.

—¿Sabe qué es ALOFT?

—Sí, es el nombre del subcontratista que los bancos como el WestLand emplean para llevar todo el papeleo de los desahucios.

—¿Esta compañía estaba involucrada en la ejecución hipotecaria de su hogar?

—Sí, por completo.

—ALOFT es un acrónimo, ¿no? ¿Sabe qué significa?

—A. Louis Opparizio Financial Technologies. Es el nombre oficial de la empresa.

—Y bien, ¿qué pensaría usted si esta persona, Donald Driscoll, uno de sus amigos

en Facebook, efectivamente fuera un empleado de ALOFT?

—Pensaría que alguien de ALOFT ha estado espiando mis entradas.

—De modo que esa persona, Donald Driscoll, en todo momento sabría dónde ha estado usted y dónde iba a estar a continuación, ¿correcto?

—Sí, correcto.

—Gracias, Lisa. No tengo más preguntas.

No pude evitarlo, y miré a Freeman de reojo mientras volvía hacia mi asiento. Ya no estaba tan radiante. Tenía la mirada fija al frente. Traté de encontrar a Maggie entre el público, pero ya se había marchado.

La protagonista de la tarde fue Shamiram Arslanian, mi especialista forense neoyorquina. Ya había recurrido a ella con gran éxito en otros juicios, y esperaba lo mismo esta vez. Arslanian estaba titulada por Harvard, el MIT y el John Jay, era investigadora en este último colegio de justicia criminal y proyectaba una imagen ganadora y telegénica. Y además tenía una integridad que permeaba todas y cada una de sus palabras e impresionaba a los jurados. Shami era el sueño de todo abogado defensor. Era cierto que trabajaba por dinero, pero solo lo hacía si creía en la veracidad de los datos científicos y en lo que iba a declarar en el estrado. Y en este caso en particular me ofrecía una ventaja adicional. Medía exactamente lo mismo que mi cliente.

Shamiram Arslanian aprovechó la hora del almuerzo para situar un maniquí delante de la tribuna del jurado. Se trataba de una figura masculina de un metro ochenta y cinco de estatura, la misma altura que Mitchell Bondurant calzado. El maniquí estaba vestido con un traje parecido al que Bondurant llevaba puesto el día de su muerte y calzaba unos zapatos del mismo modelo exacto. También disponía de articulaciones en brazos y piernas que permitían remedar toda la gama de movimientos naturales de un cuerpo humano.

Tras la reanudación del juicio, cuando mi testigo subió al estrado, me tomé mi tiempo para establecer bien sus credenciales. Quería que los miembros del jurado entendiesen lo que esta mujer representaba y que se acostumbraran a su modo informal y agradable de responder a las preguntas. También quería que comprendiesen que su capacidad y sus conocimientos estaban por encima de los de los especialistas forenses llamados a declarar por el ministerio fiscal. Muy por encima.

Una vez claros estos puntos, pasé a centrarme en el maniquí.

—Y bien, doctora Arslanian, le he pedido que estudiara diversos aspectos concernientes al asesinato de Mitchell Bondurant, ¿no es así?

—Exactamente.

—Y que se fijara de modo particular en los aspectos físicos del crimen, ¿no es verdad?

—Sí. Ante todo me ha pedido que averigüe si su cliente pudo haber cometido el crimen en la forma que la policía asegura que lo hizo.

—¿Y usted ha concluido que sí que pudo haberlo hecho?

—Bueno, sí y no. He establecido que sí que pudo haberlo hecho, pero no de la manera indicada por los inspectores.

—¿Puede aclararnos esta conclusión?

—Voy a tratar de hacerlo poniéndome físicamente en el lugar de su cliente.

—¿Usted cuánto mide, doctora Arslanian?

—Un metro sesenta con los calcetines puestos. La misma estatura exacta que Lisa

Trammel, o eso me han dicho.

—Le he enviado un martillo que es el duplicado exacto del recuperado por la policía y establecido como arma del crimen, ¿no es así?

—Sí. Y lo he traído conmigo.

Cogió el martillo del estante situado en el frontal del estrado y lo levantó.

—También le envié unas fotos de los zapatos incautados en el garaje de la acusada, que no estaba cerrado con llave, en los que más tarde se encontró sangre de la víctima.

—Sí que me las mandó, y conseguí comprar un par de zapatos idénticos en internet. Son los que llevo en este momento.

Levantó la pierna, a fin de mostrar bien el zapato impermeable. En la sala se oyeron algunas risas contenidas. Pedí permiso al juez para que mi testigo efectuara la demostración de cuanto había averiguado. Perry me lo concedió sin que la fiscalía protestara.

Arslanian abandonó el estrado y procedió a efectuar la demostración.

—La pregunta que me he estado haciendo es cómo pudo una mujer con la estatura de la acusada, uno sesenta, lo mismo que yo, descargar el golpe mortal en la bóveda craneal de un hombre que medía cerca de uno ochenta y ocho con los zapatos puestos. Es verdad que el martillo mide unos veinte centímetros de largo, lo que hubiera resultado de ayuda, pero no parecía ser suficiente. Fue lo que quise determinar.

—Doctora, si me permite interrumpirla, ¿puede hablarnos de este maniquí y de su papel en esta comparecencia?

—Claro que sí. Les presento a Manny, al que siempre recorro cuando tengo que declarar en un juicio o efectuar una prueba en mi laboratorio en el John Jay. Manny tiene las articulaciones de un ser humano, puedo desmontarlo si me hace falta y, lo mejor de todo, nunca me contesta de mala manera ni me dice que los vaqueros me engordan.

De nuevo se oyeron unas cuantas risas contenidas.

—Gracias, doctora —dije con rapidez, antes de que el juez la instara a guardar las formas—. Si es tan amable, pase a efectuar la demostración.

—Claro. Y bien, lo que hice fue utilizar el informe, las fotos y los dibujos de la autopsia para localizar en el maniquí el punto exacto en el que fue asestado el golpe mortal. La muesca o hendidura en la parte superior nos indica que al señor Bondurant lo golpearon por detrás. La profundidad de la fractura depresiva en el cráneo también nos indica que el golpe dio de lleno en lo alto de la cabeza, de manera uniforme. De modo que el martillo tuvo que contactar con un ángulo de impacto así...

Se subió a una corta escalera de mano por detrás de Manny y se las arregló para situar la superficie de impacto del martillo contra la parte superior del cráneo, y luego lo fijó con dos gruesas gomas elásticas que rodeaban la barbilla del maniquí carente de rostro. Se bajó de la escalera y señaló el martillo y el mango, que estaban en

ángulo recto, en paralelo al suelo.

—Como pueden ver, no funciona. Con estos zapatos puestos mido uno sesenta y dos, exactamente lo mismo que la acusada, y el mango está demasiado alto.

Trató de alcanzar el mango del martillo. No había forma de que lo pudiera agarrar debidamente.

—Esto nos indica que la acusada no pudo asestar el golpe mortal si la víctima se encontraba en esta postura: de pie y erguida, con la cabeza en alto. Y bien, ¿qué posturas podrían ajustarse a lo que sabemos? Lo que sabemos es que el golpe fue asestado por detrás, de manera que si la víctima estaba agachada hacia delante — porque se le cayeron las llaves o por lo que fuera—, está claro que la cosa tampoco funciona, pues me resulta imposible alcanzar el martillo por encima de la espalda de Manny.

Mientras lo decía, manipuló el maniquí, haciendo que se doblara hacia delante por la cintura, y trató de agarrar el mango del martillo por detrás.

—No, no funciona. Y bien, me he pasado dos días tratando de dar con otras formas de asestar el golpe mortal, entre una clase y otra, y, la verdad, solo sería posible si la víctima estuviera de rodillas o acuclillada por alguna razón, o si resultara que estaba mirando al techo.

Manipuló el maniquí otra vez, hasta enderezarlo. A continuación echó la cabeza hacia atrás, de tal modo que el mango del martillo quedó paralelo al cuerpo. Arslanian lo agarró sin dificultad, pero el maniquí estaba mirando prácticamente en vertical.

—Pero bueno, según la autopsia, el cadáver presentaba abrasiones importantes en las rodillas e incluso una fractura de rótula. El informe describe estas heridas como lesiones traumáticas producidas cuando el señor Bondurant cayó al suelo tras encajar el golpe. Primero cayó de rodillas y luego se desplomó de bruces. «La caída de la muerte», como solemos decir. Y bien, en vista de esas lesiones en las rodillas, hay que descartar por completo que estuviera de rodillas o acuclillado. Lo que solamente nos deja una posibilidad.

Señaló la cabeza del maniquí, que seguía mirando al techo en un gesto forzado. Escudriñé los rostros del jurado. Todos observaban cautivados, como un grupo de párvulos.

—Muy bien, doctora, en caso de situar la cabeza en su ángulo normal, o incluso un poquito elevado, ¿es posible determinar la estatura aproximada del verdadero autor del crimen?

Freeman se levantó de un salto y protestó, con voz de completa desesperación.

—¡Señoría, esto no tiene nada que ver con la ciencia! Esto es una farsa pseudocientífica, ¡y la defensa ahora está pidiendo a la testigo que le dé la estatura de una persona desconocida! Es imposible establecer con certeza en qué postura se encontraba la víctima de este horrible...

—Señoría, los alegatos finales tendrán lugar la semana que viene —interrumpí—.

Si la fiscal tiene una objeción, lo más conveniente es que la formule en su debido momento, en lugar de dirigirse al jurado con...

—Muy bien —dijo Perry—. Un poco de calma, y esto va por los dos. Señor Haller, el tribunal le ha estado concediendo manga ancha con esta testigo. Pero yo mismo estaba diciéndome lo mismo que la señorita Freeman antes de que le diera por soltarle un discurso al jurado. Se acepta la protesta.

—Gracias, señoría —dijo Freeman, en el tono de quien acaba de ser rescatado de un naufragio.

Me rehíce, miré a mi testigo, miré el maniquí, consulté mis notas y por último asentí con la cabeza. Había conseguido lo que quería.

—No tengo más preguntas —dije.

A continuación Freeman trató de enredar a Shami Arslanian en una maraña de preguntas, pero la veterana fiscal no logró que la también veterana testigo cediera un milímetro. Freeman estuvo trabajándose a fondo durante casi cuarenta minutos, pero lo máximo que pudo arañar fue que Arslanian reconociera que no había forma de saber con seguridad qué había sucedido en el aparcamiento durante el asesinato de Bondurant.

Unos días antes, Perry nos había anunciado que la sesión del viernes iba a ser más corta porque por la tarde estaba prevista una reunión de jueces del distrito. Así que no hubo segunda pausa y seguimos trabajando hasta casi las cuatro, momento en que el magistrado suspendió el proceso hasta el lunes. Llegaba el fin de semana, y yo tenía la impresión de contar con una mano ganadora. Habíamos contrarrestado los argumentos del ministerio fiscal poniendo en duda muchas de sus pruebas materiales, Lisa Trammel había asegurado ser inocente y víctima de un montaje, y mi testigo forense finalmente había declarado que resultaba físicamente imposible que la acusada hubiera cometido el crimen. A no ser, por supuesto, que hubiera asestado el golpe mortal mientras la víctima estaba mirando al techo del aparcamiento.

Me decía que habíamos sembrado la duda con semillas muy consistentes. Estaba contento por el discurrir de los últimos días, y cuando terminé de meter todas mis cosas en mi maletín me quedé remoloneando junto a la mesa de la defensa, haciendo como que estudiaba unos documentos. Estaba medio esperando que Freeman viniera y me pidiera que convenciese a mi cliente para negociar un acuerdo.

No fue eso lo que pasó. Cuando levanté la mirada de mis documentos de pega, la fiscal ya se había marchado.

Bajé al segundo piso en ascensor. Los jueces iban a reunirse para hablar de cómo mantener el decoro en sus salas, pero me decía que en la oficina de la fiscalía sin duda seguirían trabajando hasta las cinco. Pregunté por Maggie McPherson en la entrada, y me hicieron pasar. Maggie compartía despacho con otro asistente, que por suerte tenía el día libre. Estábamos a solas. Eché mano a la silla del fiscal ausente y tomé asiento frente a Maggie.

—Hoy me he acercado un par de veces a la sala —dijo ella—. He visto parte de

tu interrogatorio a esa doctora de la universidad. Una buena testigo.

—Sí que es buena. Antes te vi entre el público. Pero no sabía con quién estabas: si conmigo o con Freeman.

Sonrió.

—Es posible que estuviera en la sala por mi propia cuenta. Sigo aprendiendo de ti, Haller.

Ahora fui yo quien sonrió.

—¿Que Maggie «la Fiera» está aprendiendo de mí? ¿En serio?

—Bueno...

—No, mejor no me respondas.

Nos echamos a reír los dos.

—Pero bueno, me alegro de que hayas venido a verme —dije—. ¿Qué planes tenéis Hay y tú para el fin de semana?

—No lo sé. Supongo que estar por casa. Y tú, ¿tienes mucho trabajo?

Asentí con la cabeza.

—Creo que vamos a tener que rastrear a un tipo. Y el lunes y el martes van a ser los días decisivos del juicio. Pero igual podríamos quedar para ir al cine o algo así.

—Claro.

Guardamos silencio un instante. Acababa de vivir una de las mejores sesiones en un juzgado de toda mi carrera profesional, y sin embargo me sentía traspasado por un sentimiento creciente de pérdida y tristeza. Miré a mi exmujer.

—Nunca vamos a volver a estar juntos, ¿verdad, Maggie?

—¿Cómo?

—Me acabo de dar cuenta. Te gusta lo que tenemos ahora. No nos fallaremos, pero nunca volverá a ser lo que fue. Eso nunca me lo vas a conceder.

—¿Por qué te empeñas en hablar de esto ahora mismo, Michael? Estás en mitad de un juicio. Tienes que...

—Estoy en mitad de mi vida, Mags. Yo solo quiero encontrar la manera de que Hayley y tú os sintáis orgullosas de mí.

Se inclinó hacia delante acercando su mano a mi cara, la mantuvo en el aire un instante y entonces la apartó.

—Creo que Hayley está orgullosa de ti.

—¿Ah, sí? ¿Y tú?

Sonrió, con melancolía.

—Lo que yo creo es que tendrías que irte a casa y no pensar ni en el juicio ni en nada más esta noche. Te vendrá bien despejarte un poco. Relájate.

Negué con un gesto.

—Ahora mismo no puedo. Estoy citado con un chivato a las cinco.

—¿Relacionado con el caso Trammel? ¿Qué chivato es ese?

—Eso da igual, y no me cambies de tema. Tú ni olvidas ni perdonas, ¿verdad? No te sale, y quizá por eso eres tan buena fiscal.

—Buenísima, sí, claro. Por eso me tienen arrinconada aquí en Van Nuys, archivando atracos a mano armada.

—Por cuestiones de politiquero. Nada que ver con tu capacidad o tu dedicación.

—Qué más da, y ahora mismo no puedo mantener esta conversación. Estoy en horario de trabajo, y tú tienes que ir a ver a tu chivato. ¿Por qué no me llamas mañana si te apetece ir con Hayley al cine? Seguramente puedes llevártela, y así aprovecho para hacer unos recados.

Me levanté. Sé reconocer una derrota.

—Muy bien, me voy. Mañana te llamo. Pero espero que vengas con nosotros al cine.

—Ya veremos.

—Entendido.

Bajé por las escaleras para salir de allí lo más rápido posible. Crucé la plaza y me dirigí al norte por Sylmar, en dirección a Victory. Enseguida tropecé con una moto aparcada en la acera, que me resultaba familiar. La de Cisco. Una codiciada Harley-Davidson de 1963 con motor OHV de dos cilindros con el depósito negro perla y guardabarros a juego. Se me escapó la risa. Lorna, mi segunda exmujer, hizo exactamente lo que yo le había pedido. Por primera vez en la vida.

Había dejado la moto sin candar; seguramente pensó que estaría más que segura aparcada frente a los juzgados y la comisaría contigua. La agarré por el manillar y bajé Sylmar con ella a mi lado. La estampa tenía que ser extraña: un hombre vestido con su mejor traje de Corneliani, empujando una Harley calle abajo, con el maletín encajado en el manillar.

Cuando finalmente llegué a la oficina no eran más que las cuatro y media; faltaba aún media hora para nuestra sesión informativa con Dahl. Reuní a mis colaboradores para hablar del caso, necesitaba olvidarme de la conversación de esa tarde con Maggie. Le indiqué a Cisco dónde había aparcado su moto y les pedí que me pusieran al día con nuestra búsqueda en Facebook.

—Y, antes que nada, ¿por qué coño nadie me dijo nada sobre su cuenta de Facebook? —pregunté.

—La culpa es mía —respondió Aronson al instante—. Ya te lo he dicho, sabía que existía y hasta acepté su propuesta de amistad. Pero no me di cuenta de la importancia que podía tener.

—A mí también se me escapó —reconoció Cisco—. Lisa también me solicitó amistad. Miré por encima y no vi nada raro. Tendría que haber mirado más a fondo.

—Lo mismo digo —terció Lorna.

Miré sus rostros. Me encontraba ante un frente común.

—Estupendo —dije yo—. Por lo visto, ninguno de los cuatro caímos en la cosa, y la cliente ni se molestó en decírnoslo. Somos una pandilla de inútiles, tendrían que despedirnos a todos.

Hice una pausa para subrayar mis palabras.

—Pero bueno, ¿y ese nombre que me habéis dado? ¿Ese Don Driscoll de dónde sale? ¿Se sabe algo más sobre él? Es posible que esta mañana Freeman nos haya dado sin querer la clave de todo este caso, compañeros. ¿Qué tenemos?

Bullocks miró a Cisco, invitándole a responder.

—Como sabes —dijo este—, el fondo de inversión LeMure compró ALOFT en febrero pasado y mantuvo a Opparizio en la dirección. LeMure es una compañía que cotiza en bolsa, por lo que la compra fue supervisada por la Comisión Federal de Comercio, que luego hizo público un informe completo sobre la adquisición. En el que constaba un listado de los empleados que iban a seguir trabajando en ALOFT después de la operación. Tengo el listado, que lleva la fecha del quince de diciembre.

—De modo que empezamos a cotejar los nombres de los empleados de ALOFT con los amigos de Lisa en Facebook —prosiguió Bullocks—. Por suerte, Donald Driscoll estaba al principio por orden alfabético. Lo encontramos con rapidez.

Asentí, impresionado.

—¿Y quién es Driscoll?

—En los papeles de la Comisión Federal consta como «informático» —indicó Cisco—. No me lo pensé dos veces, llamé a ALOFT, pedí que me pusieran con el departamento de informática y pregunté por él. Me dijeron que Donald Driscoll había estado trabajando allí pero que su contrato expiró en febrero y no se lo renovaron. Ya no está en la empresa.

—¿Habéis empezado ya a rastrearlo? —pregunté.

—Sí, claro. Pero su apellido es muy corriente, y eso complica las cosas. Cuando tengamos algo, serás el primero en saberlo.

Siempre lleva más tiempo localizar a una persona cuando uno trabaja en el sector privado. Los policías lo tienen mucho más fácil, les basta con teclear un nombre en una de las numerosas bases de datos a su disposición.

—Seguid con el tema —indiqué—. Este puede ser el factor decisivo.

—No te preocupes, jefe —dijo Cisco—. Seguimos con el tema.

Donald Driscoll, de treinta y un años de edad, antiguo empleado de ALOFT, vivía en Long Beach, en la zona de Belmont Shore. El domingo por la mañana fui con Cisco a entregarle una citación judicial, aunque mi esperanza era poder tener una charla con él antes de que subiera al estrado, pues quería evitar hacerle declarar a ciegas.

Rojas aceptó trabajar en su día libre, creo que para hacerse perdonar. Mientras él conducía el Lincoln, en el asiento trasero Cisco me expuso su visión del caso Bondurant a la luz de los últimos acontecimientos. Tenía muy claro que nuestra defensa estaba cobrando mucha fuerza y que Driscoll podría ser un testigo decisivo.

—Voy a decirte una cosa —apunté—. Si Driscoll coopera y dice lo que pienso que va a decir, podemos ganar este caso.

—Tú supones mucho —respondió Cisco—. Y el caso es que no sabemos cómo va a responder ese tipo. Por lo poco que sabemos, es posible que el asesino fuera él. ¿Sabes cuánto mide? El hombre mide casi uno noventa. Lo pone en su carnet de conducir.

Miré a mi investigador.

—Sé que no estoy autorizado a ver su carnet, pero resulta que me lo encontré delante de las narices —explicó.

—No me reveles ningún delito, Cisco.

—Lo único que digo es que vi esa información en el carnet, y punto.

—Bien. Pues déjalo ahí. ¿Qué sugieres que hagamos cuando lleguemos? Yo tenía pensado llamar a la puerta tranquilamente.

—Es lo que vamos a hacer. Pero tienes que andarte con cuidado.

—Iré detrás de ti.

—Claro, eso es un amigo.

—Y que lo digas. Por cierto, si mañana te hago salir a declarar, quiero que vayas vestido con una camisa de verdad, con sus mangas y su cuello. Arréglate un poco, hombre. No sé cómo Lorna aguanta tus mierdas, la verdad.

—Ya. Pero hasta ahora ha tenido más paciencia conmigo que contigo.

—Bueno, en eso tienes razón.

Giré el rostro y miré por la ventanilla. Tenía dos exmujeres, que seguramente fueron también mis mejores amigas. Pero la cosa no iba más allá. Las había tenido, pero no había sabido mantenerlas a mi lado. ¿Y eso qué decía de mí? Vivía sumido en la fantasía de que Maggie, mi hija y yo un día volveríamos a estar juntos como una familia. Pero estaba clarísimo que eso nunca iba a suceder.

—¿Estás bien, jefe?

Me volví hacia Cisco.

—Sí, ¿por qué?

—No sé. Te veo un poco raro. ¿Por qué no me dejas llamar a la puerta a mí solo? Si el tipo está dispuesto a hablar, te hago una llamada perdida, y vienes a la casa.

—No, vamos a hacerlo juntos.

—Tú mandas.

—Sí, yo mando.

Pero me sentía como un perdedor. En ese momento decidí que iba a cambiar las cosas y encontrar un modo de redimirme. Justo después del juicio.

Belmont Shore tenía el aire de un pequeño pueblo playero, aunque que formara parte de Long Beach. La residencia de Driscoll se encontraba en una casa de dos pisos construida en los años cincuenta, pintada de blanco y azul turquesa, junto a Bayshore, a tiro de piedra del paseo marítimo.

El apartamento de Driscoll estaba en el segundo piso y se llegaba a él por un pasillo exterior que discurría pegado a la fachada del edificio. El apartamento 24 estaba a la mitad del corredor. Cisco llamó con los nudillos y al momento se hizo a un lado, dejándome solo frente a la puerta.

—¿Bromeas? —dije.

Me miró. No estaba de broma.

Me hice a un lado también. Nos mantuvimos a la espera, pero nadie respondió, y eso que no eran ni las diez de la mañana de un domingo. Cisco me miró y enarcó las cejas, como preguntándome qué quería hacer.

No respondí. Me giré hacia la barandilla y miré al aparcamiento situado más abajo. Vi que había algunas plazas vacías y que en todas había un número pintado. Señalé hacia allí.

—Vamos a ver si su coche está en la plaza número veinticuatro.

—Ve tú —dijo Cisco—. Yo me quedo por aquí, mirando.

—¿El qué?

No me parecía que hubiera mucho que mirar. Estábamos en un corredor exterior de poco más de metro y medio de ancho que discurría por delante de todos los apartamentos del segundo piso. En él no había ni muebles viejos, ni bicicletas, ni nada. Solo hormigón.

—Tú ve a ver el aparcamiento.

Bajé por las escaleras. Tras agacharme para mirar bajo tres coches a fin de ver el número pintado en el suelo, comprendí que los números del aparcamiento no se correspondían con los de los apartamentos. En el edificio había doce apartamentos, numerados del 1 al 6 en la planta baja, y del 21 al 26 en el piso superior. Sin embargo, las plazas del aparcamiento estaban numeradas del 1 al 16. Me dije que, siguiendo este orden numérico, a Driscoll le correspondería la plaza número 10 si es que había una por apartamento, pues dos de ellas estaban reservadas a las visitas y otras dos a los vehículos para discapacitados.

Apenas acababa de hacer el cálculo y me dirigía al BMW aparcado en la plaza 10 cuando Cisco me llamó desde arriba. Miré y, con un gesto, me indicó que subiera.

Subí. Al llegar, Cisco me esperaba de pie ante la puerta abierta del apartamento 24. Me invitó a entrar con un gesto.

—Estaba durmiendo, pero al final ha contestado y me ha invitado a entrar.

Entré y vi a un hombre desaliñado sentado en el sofá en una sala de estar apenas amueblada. Tenía el pelo de punta, medio aplastado en la sien derecha, y estaba hecho un ovillo con una manta sobre los hombros. A pesar de su aspecto, reconocí el rostro que aparecía en la foto que Cisco había sacado del perfil de Donald Driscoll en Facebook.

—Este amigo suyo miente —espetó—. Yo no le he invitado a entrar. Esto se llama allanamiento de morada.

—No, usted me ha invitado —replicó Cisco—. Tengo un testigo.

Me señaló con el dedo. Con los ojos fatigados, el hombre me miró por primera vez. Y vi que reconocía mi cara. Supe entonces que estábamos ante Driscoll y que la visita iba a resultar interesante.

—Oigan, a ver un momento, no sé qué significa todo es...

—¿Usted es Donald Driscoll? —pregunté.

—No voy a decirle una mierda, compañero. No pueden entrar así por la cara y...

—¡A callar! —tronó Cisco.

Driscoll dio un respingo en el sofá. Yo mismo me sobresalté, no me esperaba de Cisco una táctica tan innovadora.

—Usted responda a la pregunta —continuó Cisco, con voz más calmada—. ¿Usted es Donald Driscoll?

—¿Y ustedes quiénes son?

—Eso ya lo sabe —contesté—. Me ha reconocido nada más verme. Y, Donald, ya sabe por qué estamos aquí, ¿verdad?

Me adentré en la sala de estar y saqué la citación que llevaba doblada en el bolsillo del impermeable. Driscoll era alto, pero también muy flaco, y tenía la tez de un blanco vampírico, raro en alguien que vivía a una manzana de la playa. Dejé el documento en su regazo.

—¿Y esto qué es? —preguntó, tirándolo al suelo de un manotazo sin molestarse en desdoblarlo.

—Es una citación judicial, y puede tirarla al suelo y no leerla, si no quiere, pero eso da lo mismo. Se la hemos entregado, Donald. Tengo un testigo y soy agente judicial. Si mañana a las nueve no se presenta a declarar, a mediodía estará en el calabozo acusado de desacato.

Driscoll se agachó y recogió el documento.

—Esto es una puta broma, ¿no? ¡Van a conseguir que me maten!

Miré a Cisco de soslayo. Esto se estaba poniendo cada vez más interesante.

—¿Se puede saber de qué me está hablando?

—¡De que no puedo declarar en un juicio! Si me acerco a un juzgado, soy hombre muerto... ¡Y seguro que me están vigilando en este puto momento!

Miré a Cisco otra vez. Y luego al hombre sentado en el sofá.

—¿Quiénes van a matarle, Donald?

—Eso no voy a decírselo. ¿Usted quiénes coño cree que pueden ser?

Me lanzó la citación, que aterrizó sobre mi pecho y cayó al suelo revoloteando. Driscoll se levantó de un salto y trató de alcanzar la puerta abierta. La manta fue a parar al suelo, y vi que solo llevaba puestos una camiseta y unos pantalones cortos de deporte. Antes de que pudiera dar tres zancadas, Cisco se lanzó contra él en plancha y lo embistió con todo el cuerpo, placándole como un defensa de fútbol americano. Driscoll se estrelló contra la pared y cayó al suelo. Un póster enmarcado de una chica sobre una tabla de surf se deslizó pared abajo, y el marco fue a hacerse añicos contra el suelo, a su lado.

Sin alterarse lo más mínimo, Cisco se agachó, alzó a Driscoll e hizo que volviera al sofá. Fui a la puerta y la cerré, por si el golpe en la pared había llamado la atención de algún vecino curioso. Volví a la sala de estar.

—De esta no va a escapar, Donald —indiqué—. Más vale que nos cuente lo que sabe, tal vez entonces podamos ayudarle.

—Conseguirán que me maten, capullos. Y creo que me han roto el puto hombro.

Empezó a mover el brazo y el hombro como si se dispusiera a lanzar una pelota de béisbol. Hizo una mueca de dolor.

—¿Cómo se siente? —pregunté.

—Me lo he roto, ya se lo dicho. He notado que algo se rompía.

—Si lo tuviera roto, no podría moverlo —intervino Cisco.

Lo dijo en tono amenazador, como si pudiera haber serias consecuencias en caso de que la fractura fuese real. Cuando hablé, lo hice con voz tranquila y amable.

—¿Qué es lo que sabe, Donald? ¿Por qué es usted peligroso para Opparizio?

—Yo no sé nada. Y no he dicho ese nombre. El nombre lo ha dicho usted.

—Tiene que entender una cosa. Acaba de llegarle una citación. O comparece y declara, o se pudre en el calabozo hasta que lo haga. Pero piénselo, Donald. Si declara lo que sabe de ALOFT y lo que hizo para ellos, pasará a estar protegido. Cualquier movimiento contra usted tendría un origen demasiado obvio. Usted es quien decide.

Negó con la cabeza.

—Sí, sería obvio si lo hicieran ahora. Pero ¿y si lo hacen dentro de diez años, cuando se haya olvidado su juicio de mierda y esa gente siga teniendo todo el dinero del mundo para esconderse?

La suya era una pregunta a la que no tenía por qué contestar.

—Mire, soy el abogado de la acusada, a quien le va la vida en esto. Tiene un hijo pequeño y están tratando de quitárselo todo. No voy a dejar que...

—Váyase a tomar por el culo, hombre. Lo más seguro es que la fulana hiciera eso que dicen que hizo. Y aquí estamos hablando de dos cosas distintas. Yo no puedo ayudarla. No tengo pruebas. No tengo nada. Así que déjenme en paz de una vez, ¿está

claro? ¿Qué pasa con mi propia vida, a ver? Yo también tengo una vida, para que lo sepan.

Le miré, negando tristemente con la cabeza.

—No puedo dejarle en paz. Mañana voy a llamarle a declarar. Puede negarse a responder a las preguntas. Incluso puede acogerse a la quinta enmienda si ha cometido algún delito. Pero usted va a estar en la sala, y ellos van a enterarse. Y van a saber que con usted tienen un problema de largo recorrido. Lo mejor es que cante de plano, Donald. Hable, y le protegerán. Cinco años, diez años... Nunca podrán hacerle nada, quedarán las actas del juicio.

Driscoll contemplaba un cenicero lleno de monedas que había en la mesita baja, pero lo que estaba viendo era otra cosa.

—Creo que voy a tener que llamar a un abogado —dijo.

Miré a Cisco. Eso era exactamente lo que menos me interesaba. Nunca es bueno que un testigo comparezca acompañado por su propio abogado.

—Muy bien, como quiera, si tiene un abogado, llámele. Pero su abogado no va a poder impedir que el juicio siga en marcha. Y lo que cuenta es esta citación, Donald. Un abogado le cobrará mil dólares por intentar que la revoquen, pero eso no va a ocurrir. Solo servirá para que el juez la tome con usted por retrasar la marcha del proceso.

El móvil empezó a zumbear en mi bolsillo. Era domingo, y lo bastante temprano para que la llamada resultara inesperada. Miré la pantalla. Maggie McPherson.

—Piense en lo que acabo de decirle, Donald. Tengo que responder a esta llamada, pero en un momento termino.

Fui hacia la cocina y respondí.

—¿Maggie? ¿Todo en orden?

—Sí, claro. ¿Qué problema iba a haber?

—No sé. Es un poco pronto para que me llames en domingo. ¿Hayley sigue durmiendo?

Los domingos, mi hija siempre dormía a pierna suelta. Si nadie la despertaba, era muy capaz de seguir durmiendo hasta después del mediodía.

—Claro que sí. Solo te llamo porque ayer no nos dijiste nada, y no sé... supongo que hoy toca ir al cine.

—Eh...

Recordé vagamente que el viernes por la tarde prometí a Maggie que iríamos al cine.

—Estás ocupado.

En su voz había aparecido «aquel tono». Aquel tono desdeñoso que venía a decirme que yo era un mierda.

—Ahora mismo sí. Estoy en Long Beach, hablando con un testigo.

—Entonces, ¿nada de cine? ¿Es lo que tengo que decirle?

Podía oír las voces de Cisco y Driscoll en la sala de estar, pero estaba demasiado

agobiado para escuchar lo que decían.

—No, Maggie, no le digas eso. No sé cuánto rato voy a estar aquí. Pero os llamo tan pronto como termine. Antes de que ella se despierte, ¿entendido?

—Entendido. Quedamos a la espera.

Colgó, dejándome con la palabra en la boca. Me llevé el móvil al bolsillo y miré a mi alrededor. Al parecer, la cocina era la estancia menos utilizada de la casa.

Volví a la sala de estar. Driscoll continuaba sentado en el sofá, y Cisco seguía de pie, lo bastante cerca como para evitar otro posible intento de fuga.

—Donald justo me estaba diciendo que le encantaría declarar —afirmó Cisco.

—¿De verdad? ¿Cómo es que ha cambiado de idea, Donald?

Me situé ante Driscoll. Me miró, se encogió de hombros, y sus ojos fueron hacia Cisco.

—Su amigo dice que a usted nunca le han matado a un testigo y que, si la cosa se pone fea, conoce a unos que pueden darle para el pelo a esa gente. No sé por qué, pero me lo creo.

Asentí con la cabeza. Por mi mente pasó la imagen del cuarto pintado de negro en el cuartel general de los Saints. Hice lo posible por borrarla.

—Sí, bueno, pues tiene razón —convine—. Entonces, ¿dice que está dispuesto a cooperar?

—Sí. Voy a contarles todo lo que sé.

—Bien. ¿Y por qué no empezamos ahora mismo?

En la fase inicial del juicio, Andrea Freeman se las había arreglado para que mi pasante, Jennifer Aronson, no pudiera sentarse a la mesa de la defensa en calidad de segunda abogada, con el argumento de que Aronson iba a comparecer como testigo en el proceso. El lunes por la mañana, cuando le llegó el turno para declarar, la fiscal trató de impedir que lo hiciese, alegando que su comparecencia no era pertinente en este caso. En su momento no pude evitar la protesta inicial de Freeman, pero ahora me decía que los dioses del derecho estaban de mi parte. Y resultaba que el juez seguía estando en deuda conmigo tras haber dado la razón al ministerio fiscal en dos decisiones muy controvertidas al principio del proceso.

—Señoría —dije—, me cuesta creer que la fiscal pueda estar haciendo esta protesta en serio. Es el propio ministerio público el que ha establecido ante el jurado un motivo por el que la acusada supuestamente cometió el crimen: porque la víctima iba a arrebatarle su casa. Rabiosa y frustrada, la acusada por eso habría matado a Bondurant. Es la explicación que la fiscalía ha estado dando desde el principio. Por eso, el hecho de que ahora proteste la comparecencia de una testigo que va a hablar en detalle de ese supuesto motivo, la ejecución hipotecaria, con el argumento de que su declaración es improcedente, resulta engañosa en el mejor de los casos e hipócrita en el peor.

El juez no perdió el tiempo al responder:

—Queda desestimada la protesta del ministerio fiscal. Y ahora, que entre el jurado.

Una vez que el jurado hubo ocupado su lugar y Aronson estuvo sentada en la silla de los testigos, comencé por aclarar que era la experta de la defensa en todo lo referente a la ejecución hipotecaria de la casa de Lisa Trammel.

—Y bien, señorita Aronson, usted no fue la abogada titular en el caso del desahucio a Lisa Trammel, ¿verdad?

—No, fui su adjunta.

Asentí con la cabeza.

—En su calidad de adjunta, de hecho estuvo haciendo todo el trabajo, por mucho que fuera yo el que firmase, ¿correcto?

—Sí, correcto. Yo fui quien preparó la mayor parte de los documentos necesarios para frenar el desahucio. Así que tengo un profundo conocimiento del caso.

—Así es la vida de una pasante durante su primer año en un bufete de abogados, ¿verdad?

—Eso parece.

Compartimos una sonrisa. A continuación hice que describiera el proceso de ejecución hipotecaria paso a paso. Nunca es conveniente dirigirse a un jurado como si sus miembros fueran tontos, pero sí que hay que hablar en un lenguaje asequible para todos. Ya sean agentes de bolsa o amas de casa, los doce miembros del jurado tienen

su propia mente cada uno, y todos parten de experiencias vitales distintas. Tienes que contarles a todos una misma historia. Y solo tienes una oportunidad para hacerlo. Ahí está el truco. Doce mentes, pero una sola historia. Una historia que llegue a todos y cada uno de ellos.

Una vez establecidas las cuestiones económicas y legales a las que mi cliente estaba haciendo frente, pasé a otra cosa: los comportamientos del WestLand y su empresa subcontratada, ALOFT.

—Y bien, ¿qué fue lo primero que hizo después de que le encargara llevar este caso?

—Bueno, usted me dijo que me fijara bien en todas las fechas y detalles, de forma sistemática. Me dijo que en todos los casos de desahucio hay que comprobar que el demandante, es decir, la entidad que pone en marcha la ejecución hipotecaria, efectivamente tiene derecho a poner en marcha dicho proceso.

—Pero ¿eso no resultaba evidente en este caso? Recordemos que el matrimonio Trammel llevaba casi cuatro años pagando la hipoteca al WestLand, hasta que empezaron a tener problemas económicos.

—No necesariamente, pues estábamos enterándonos de que el negocio de las hipotecas se había salido de madre a mediados de la década. Las entidades financieras concedían unas hipotecas que luego revendían en paquetes, y estos paquetes luego también eran revendidos, una y otra vez, hasta tal punto que la cuestión del traspaso muchas veces no terminaba de estar clara. En este caso, lo que de verdad importaba no era el nombre de la entidad a la que los Trammel estaban pagando la hipoteca. Lo que importaba realmente era saber qué entidad era la legítima propietaria de la hipoteca.

—Entendido. ¿Y qué fue lo que encontró al contrastar todas las fechas y detalles de la ejecución hipotecaria de la casa de los Trammel?

Freeman volvió a protestar, con el argumento de que la cuestión no era pertinente, y el juez de nuevo desestimó su petición. No tuve que repetir la pregunta a Aronson.

—Al revisar las fechas y los detalles encontré discrepancias e indicios de fraude.

—¿Puede describir esos indicios?

—Sí. Había pruebas irrefutables de que algunos documentos del traspaso de la hipoteca de una entidad a otra habían sido falsificados. Por lo que el WestLand en realidad no tenía derecho a emprender un proceso de desahucio.

—¿Tiene esos documentos, señorita Aronson?

—Sí, los tengo, y podemos mostrarlos en *PowerPoint*.

—Hágalo, por favor.

Aronson abrió un portátil que tenía delante e inició el programa. El documento en cuestión apareció en las dos pantallas de la pared. Seguí haciendo preguntas.

—¿Qué es lo que estamos viendo, señorita Aronson?

—Voy a explicárselo. Hace seis años, Lisa y Jeff Trammel compraron su casa tras conseguir que una empresa financiera llamada CityPro Home les concediera una

hipoteca. CityPro después agrupó esta hipoteca en un paquete con otras cincuenta y nueve hipotecas de cuantía parecida. El WestLand compró luego este paquete. Era responsabilidad del WestLand en ese momento asegurarse de que el traspaso de las hipotecas al banco estaba perfectamente certificado por la oportuna documentación legal. Pero no fue eso lo que pasó. En el caso de los Trammel, el traspaso de la hipoteca no llegó a ser certificado de la forma requerida.

—¿Cómo lo sabe? ¿Es que lo que tenemos ahí arriba no es el contrato de traspaso?

Me aparté del atril y señalé las pantallas en las paredes.

Aronson respondió:

—Se supone que este documento es el contrato de traspaso de la hipoteca, pero si vamos a la última página...

Pulsó la tecla oportuna en el ordenador y fue a la última página del documento. Era la página en la que constaban las firmas —la de una representante del banco y la de un notario—, así como el sello del notario, como exigía la normativa de California.

—Dos cosas —dijo Aronson—. El sello del notario en principio indica que este documento fue firmado el 6 de marzo de 2007. Poco después de que el WestLand comprase el paquete de hipotecas a CityPro. La representante del banco firma como Michelle Monet. No hemos conseguido dar con ninguna Michelle Monet que sea o haya sido empleada del WestLand en ninguna de sus sucursales y oficinas. La segunda cuestión es que, si uno se fija en el sello del notario, la fecha de expiración que consta es 2014, como se aprecia con claridad.

Lo dejó ahí, tal y como habíamos ensayado, como si el fraude en el registro fuera obvio. Me mantuve en silencio unos segundos, como si esperase una explicación.

—Bueno, ¿y qué tiene de malo que la fecha de expiración sea 2014?

—En el estado de California, las certificaciones notariales tienen una validez de cinco años. De modo que este documento tendría que llevar un sello notarial de 2009 y, sin embargo, la fecha de la certificación es el 6 de marzo de 2007. Pero la certificación en realidad no fue hecha en 2007. Lo que lleva a concluir que estamos ante un documento falsificado con intención de validar el traspaso de la hipoteca de los Trammel al WestLand National.

Volví al atril, consulté mis anotaciones y dejé que el jurado terminara de asimilar la declaración de Aronson. Miré de soslayo y vi que varios de sus miembros estaban contemplando las pantallas con atención. Buena señal.

—¿Qué pensó al detectar esta falsificación documental?

—Que podíamos cuestionar el derecho del WestLand a poner en marcha el desahucio de los Trammel. El WestLand no era el legítimo propietario de la hipoteca. El legítimo propietario seguía siendo CityPro.

—¿Informó a Lisa Trammel de su descubrimiento?

—El 17 de diciembre del año pasado, usted y yo nos reunimos con Lisa, nuestra

cliente. Disponíamos de indicios muy sólidos de fraude en la puesta en marcha de la ejecución hipotecaria, y así se lo hicimos saber. También le dijimos que utilizaríamos estos indicios para tratar de negociar y conseguir una solución ventajosa para su situación.

—¿Cómo reaccionó Lisa?

Freeman protestó, con el argumento de que la respuesta a mi pregunta por fuerza iba a representar un testimonio de oídas. Respondí que tenía derecho a establecer el estado de ánimo de la acusada por la época del asesinato. El juez me dio la razón, así que Aronson pudo responder.

—Lisa se mostró muy feliz y optimista. Dijo que era el mejor regalo de Navidad, refiriéndose a que no iba a poder ser desahuciada inmediatamente.

—Gracias. Y bien, usted poco después escribió una carta al WestLand, carta que yo mismo firmé. ¿No es así?

—Sí. Escribí una carta que llevaba su firma, explicando que habíamos encontrado indicios de fraude documental. Se la envié a Mitchell Bondurant.

—¿Y cuál era el propósito de dicha carta?

—Forzar la negociación de la que habíamos hablado a Lisa Trammel. La idea era informar al señor Bondurant de lo que ALOFT estaba haciendo en nombre del banco. Nos decíamos que Bondurant posiblemente querría evitar la mala publicidad y facilitaría el establecimiento de una negociación beneficiosa para los intereses de nuestra representada.

—Cuando escribió esa carta que luego firmé, ¿sabía o tenía previsto que el señor Bondurant la enviase a Louis Opparizio, el propietario de ALOFT?

—No, en absoluto.

—Gracias, señorita Aronson. No tengo más preguntas por el momento.

El juez anunció el descanso de la mañana, y Aronson se sentó en la silla de la acusada cuando Lisa y Herb Dahl salieron al pasillo a estirar un poco las piernas.

—Por fin puedo sentarme a la mesa de la defensa —dijo.

—Lo has hecho muy bien, Bullocks. Pero ahora viene lo difícil.

Miré a Freeman, que, sentada a la mesa del ministerio fiscal, perfilaba el contrainterrogatorio.

—Recuerda en todo momento que puedes tomarte todo el tiempo que necesites. Cuando te haga una pregunta complicada, simplemente respira hondo, tómatelo con calma y responde si sabes la respuesta.

Me miró como preguntándome: «¿Me estás pidiendo que diga la verdad?».

Asentí con la cabeza.

—Todo irá bien.

Después del descanso, Freeman fue al atril y abrió la carpeta con sus anotaciones y preguntas. Para causar cierto efecto, más que nada. A continuación hizo lo que pudo, pero siempre es difícil interrogar a un abogado, aunque sea novato. Durante casi una hora, trató de socavar la declaración de Aronson, pero en vano.

Finalmente probó en otra dirección, recurriendo al sarcasmo una y otra vez. Una clara señal de frustración.

—Y bien, después de esa reunión tan maravillosa y feliz que mantuvieron con su cliente antes de Navidad, ¿cuándo volvió a ver a la acusada?

Aronson tuvo que pensarlo largamente antes de responder.

—Creo que después de que la detuvieran.

—Ya, pero ¿qué nos dice de las llamadas telefónicas? Después de la reunión con su cliente, ¿cuándo volvió a hablar con ella por teléfono?

—Estoy bastante segura de que nuestra representada habló con el señor Haller, varias veces, pero yo no volví a hablar con ella hasta después de su detención.

—Es decir, no tenía usted forma de saber cuál era su estado mental entre el día de la reunión y la mañana del asesinato, ¿verdad?

Tal y como le había recomendado, mi joven pasante se tomó su tiempo antes de contestar.

—Si la señorita Trammel hubiera cambiado de opinión o de estado de ánimo en lo referente a su caso, creo que me lo habría hecho saber, directamente o por medio del señor Haller. Pero no fue eso lo que sucedió.

—Lo siento, pero no le he preguntado su opinión. Le he preguntado qué es lo que usted sabe directamente. ¿Está diciéndole al jurado que, a partir de la reunión celebrada en diciembre, sabe cuál era el estado mental de la acusada un mes más tarde?

—No, no estoy diciendo eso.

—Entonces, no tiene forma de saber en qué estado mental se encontraba Lisa Trammel la mañana del asesinato, ¿verdad?

—Solo puedo decirle lo que sabía a partir de nuestra reunión con ella.

—¿Y puede decirnos lo que pasó por su mente cuando se tropezó en la cafetería con Mitchell Bondurant, el hombre que estaba tratando de quitarle la casa?

—No, eso no puedo hacerlo.

Freeman consultó sus notas y dio la impresión de que titubeaba. Yo entendía el por qué. Porque tenía que tomar una decisión complicada. Sabía que acababa de anotarse unos cuantos tantos de cara al jurado, y ahora tenía que decidirse entre tratar de anotar unos pocos más o dejar las cosas en un punto favorable para la acusación.

Finalmente decidió que ya había logrado bastante y cerró su carpeta.

—No tengo más preguntas, señorita.

Estaba previsto que Cisco compareciese después, pero el juez adelantó la hora del almuerzo. Fui con mis colaboradores al Jerry's Famous Deli en Studio City. Lorna estaba esperándonos en un reservado cercano a la puerta que llevaba a la bolera detrás del restaurante. Me senté junto a Jennifer, frente a Lorna y a Cisco.

—¿Qué tal ha ido esta mañana? —preguntó Lorna.

—Yo creo que bien —respondí—. Freeman se ha apuntado algún que otro tanto, pero diría que hemos salido ganando. Jennifer lo ha hecho muy bien.

No sabía si se habían fijado en el detalle, pero había decidido no seguir llamándola Bullocks. Después de su actuación en el estrado, el apodo ahora me parecía fuera de lugar. Ya no era la abogada recién licenciada por aquella facultad de derecho de tres al cuarto. Había dejado muy clara su valía con su trabajo dentro y fuera de la sala.

—¡Y ahora por fin puede sentarse a la mesa de la defensa! —exclamé.

Lorna soltó un vítor y aplaudió.

—Pero bueno, ahora es el turno de Cisco —observó Aronson, claramente incómoda ante tanta atención.

—Es posible que no —dije—. Creo que primero voy a tener que sacar a Driscoll a declarar.

—¿Y eso? —apuntó Aronson.

—Porque esta mañana he informado de su existencia a Perry y a Freeman, en una reunión en el despacho del juez. También les he dicho que tenía previsto llamarle a declarar. Freeman ha protestado, pero fue ella misma la que sacó a relucir lo de Facebook, de forma que el juez me ha dicho que sí puedo hacerlo. Y estoy diciéndome que cuanto antes lo saque al estrado, menos tiempo tendrá Freeman para prepararse. Si sigo con el plan inicial y llamo a Cisco a declarar, Freeman va a pasarse la tarde entera haciendo preguntas mientras sus investigadores averiguan cosas sobre Driscoll.

Solo Lorna asintió con la cabeza, mostrándose conforme con mi razonamiento. Pero con ella tenía suficiente.

—Mierda, y yo que me he vestido para la ocasión... —se quejó Cisco.

Era verdad. Mi investigador hoy llevaba puesta una camisa de manga larga que amenazaba con reventar por las costuras si le daba por flexionar los músculos. Aunque ya la había visto antes. Era su camisa para las comparencias.

Hice caso omiso de su protesta.

—Hablando de Driscoll, ¿qué se sabe de él, Cisco?

—Mis chicos le han recogido esta mañana y se lo han traído. Lo último que me han dicho es que estaba jugando al billar en el cuartel general.

Miré fijamente a mi investigador.

—No estarán dándole alcohol, supongo.

—Claro que no.

—Es lo último que necesito: un testigo borracho en el estrado.

—Pierde cuidado. Les he dicho que de alcohol, nada de nada.

—Bueno, pues llama a tus amigos y diles que dejen a Driscoll en la puerta del juzgado a la una. Va a ser el próximo.

En el restaurante había demasiado ruido para hacer una llamada. Cisco se escurrió del reservado y fue hacia la calle, sacando el móvil del bolsillo. Lo miramos salir.

—La verdad es que está muy guapo con una camisa de verdad —observó Aronson.

—¿Tú crees? —dijo Lorna—. Pues a mí a no me gustan esas mangas.

Casi no reconocí a Donald Driscoll al verle vestido con traje y repeinado. Cisco le había llevado hasta una habitación reservada a los testigos y situada junto al pasillo que conducía a la sala. Cuando entré, Driscoll levantó la mirada de la mesa y me miró con ojos asustados.

—¿Cómo le ha ido en el cuartel general de los Saints? —pregunté.

—Hubiera preferido mil veces estar en cualquier otro lugar —respondió.

Asentí con la cabeza, en un falso gesto de simpatía.

—¿Está preparado para todo esto?

—No, pero estoy aquí.

—Muy bien, dentro de unos minutos Cisco vendrá y le conducirá a la sala.

—Pues bueno.

—Mire, veo que todo esto no parece gustarle mucho, pero está haciendo lo correcto.

—Tiene razón en lo de que no me gusta mucho.

No supe qué responderle.

—Muy bien. Nos vemos en la sala.

Salí de la habitación e hice una seña a Cisco, que estaba en el pasillo con los dos hombres que se habían estado ocupando de Driscoll. Señalé hacia la puerta de la sala, y Cisco asintió con la cabeza. Fui hacia allí, entré y vi que Jennifer Aronson y Lisa Trammel estaban sentadas a la mesa de la defensa. Me senté, pero antes de que pudiera decirles algo, el juez entró y fue a ocupar su lugar. Hizo volver al jurado y reanudó el juicio en un santiamén. Llamé a Donald Driscoll a declarar. Prestó juramento, y fui directamente al grano.

—Señor Driscoll, ¿cuál es su profesión?

—Trabajo en el campo de las TIC.

—¿Y qué significa eso de las TIC?

—Tecnologías de la información y la comunicación. Significa que trabajo con ordenadores, con internet. Mi trabajo consiste en encontrar la mejor manera de usar las nuevas tecnologías para reunir información importante para mi cliente de turno.

—Usted antes estuvo trabajando en ALOFT, ¿correcto?

—Sí, estuve trabajando en esa empresa durante diez meses, hasta principios de este año.

—¿En el terreno de la tecnología de la información?

—Sí.

—¿Qué era lo que hacía en ALOFT exactamente?

—Tenía varias funciones distintas. Es un negocio muy dependiente de la informática. La compañía tenía muchos empleados y una gran necesidad de acceso a información por medio de internet.

—Y usted ayudó a conseguir esa información.

—Sí.

—Bien, ¿conoce a la acusada, Lisa Trammel?

—No la conozco personalmente. He oído hablar de ella.

—¿A raíz de este caso judicial?

—Sí, pero antes también.

—¿Antes? ¿A qué se refiere?

—Una de mis funciones en ALOFT era la de hacer un seguimiento de la actividad de Lisa Trammel.

—¿Por qué?

—No sé por qué. Solo me dijeron que lo hiciera. Y lo hice.

—¿Quién le dijo que llevara el seguimiento de Lisa Trammel?

—El señor Borden, mi jefe.

—¿Ese hombre le dijo que llevara el seguimiento de otras personas?

—Sí, de varias.

—¿De cuántas?

—De unas diez o así.

—¿Quiénes eran estas personas?

—Gente como Trammel, que protestaba y se manifestaba contra los desahucios. Y también empleados de algunos de los bancos con los que hacíamos negocios.

—¿Cómo quién?

—Como el señor Bondurant, la víctima del asesinato.

Miré mis anotaciones un largo instante, para que la respuesta hiciera mella en el jurado.

—¿A qué se refiere exactamente con eso de «llevar un seguimiento»?

—Buscar cualquier información que se pudiera encontrar sobre esa gente en internet.

—¿El señor Borden alguna vez dijo por qué le había hecho este encargo?

—Un día se lo pregunté, y me dijo que porque el señor Opparizio quería esa información.

—¿Se refiere a Louis Opparizio, el fundador y presidente de ALOFT?

—Sí.

—Y bien, ¿el señor Borden le dio instrucciones específicas en lo referente a Lisa Trammel?

—No, lo que vino a decirme fue que investigase para ver qué encontraba.

—¿Y cuándo le hizo este encargo?

—El año pasado. Entré a trabajar en ALOFT en abril, y eso fue unos cuantos meses después.

—¿Podría haber sido en julio o agosto?

—Sí, eso mismo. Por entonces.

—¿Transmitió la información al señor Borden?

—Sí.

—¿En un momento dado vio que Lisa Trammel estaba en Facebook?

—Sí, claro, fue casi lo primero que miré.

—¿Y se hizo amigo suyo en Facebook?

—Sí.

—Y eso le permitió monitorizar sus entradas sobre el grupo FLAG y el desahucio de su casa, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Le contó a su jefe lo de la cuenta en Facebook?

—Sí. Le dije que Trammel estaba en Facebook y que era bastante activa, y que ese era el observatorio ideal para para controlar qué estaba haciendo y qué planes tenía para FLAG.

—¿Cómo respondió su jefe?

—Me dijo que lo registrara todo y que una vez a la semana se lo resumiera en un correo electrónico. Fue lo que hice.

—Cuando le mandó la petición de amistad a Lisa Trammel, ¿utilizó su propio nombre?

—Sí. Yo también estaba en Facebook, como sabe. De forma que no lo escondí. A ver, dudo que Trammel supiera quién era yo.

—¿Cómo eran esos informes que le mandaba a Borden?

—Bueno, les avisaba de que su grupo tenía previsto organizar una manifestación, les daba la fecha y la hora, ese tipo de cosas.

—«Les», dice usted. ¿Es que estaba enviando esos informes a otras personas además de a Borden?

—No, pero sabía que Borden luego se los mandaba al señor Opparizio, porque Opparizio de vez en cuando me enviaba correos en los que se refería a material que yo le había enviado a Borden. Era evidente que el hombre leía los informes.

—Y bien, ¿en algún momento hizo algo ilegal mientras ejercía como espía de Borden y Opparizio?

—No, señor.

—Entendido. ¿En uno de sus informes semanales sobre las actividades de Lisa Trammel hizo referencia a sus entradas en Facebook donde decía haber estado en el aparcamiento del WestLand National, a la espera de hablar con Mitchell Bondurant?

—Sí. El WestLand era uno de los principales clientes de la compañía, y me dije que, si aún no lo sabía, al señor Bondurant seguramente le interesaría saber que esta mujer había estado esperándole en el aparcamiento.

—Así que explicó en detalle al señor Borden que Lisa Trammel había encontrado la plaza de aparcamiento de Bondurant y había estado esperándole.

—Sí.

—¿Borden le dio las gracias?

—Sí.

—¿Todo esto constaba por escrito en esos correos electrónicos?

—Sí.

—¿Conservó una copia de ese correo electrónico que mandó al señor Borden?

—Sí que lo hice.

—¿Cómo es eso?

—Es una costumbre que tengo, la de guardar copias de casi todo, en especial cuando trato con gente importante.

—¿Usted lleva hoy consigo una copia de ese correo?

—Sí.

Freeman protestó y pidió hacer un aparte con el juez. La fiscal argumentó, con éxito, que no había forma de verificar la autenticidad de esa supuesta copia impresa de un viejo correo electrónico. El juez no me permitió utilizarlo y dijo que me contentara con los recuerdos verbales de Driscoll.

Mientras volvía a situarme frente al atril, me dije que había dejado bien claro al jurado que Borden sabía que Trammel en su momento había estado en el aparcamiento y que Borden estaba en contacto permanente con Opparizio. Se daban todos los elementos necesarios para un montaje inculpatario. El ministerio público les intentaría convencer de que Lisa estuvo esa primera vez en el aparcamiento con la idea de preparar el asesinato que acabaría cometiendo. Yo iba a decirles que la persona que había organizado el montaje inculpatario contra Trammel tenía todo cuanto necesitaba saber, gracias a Facebook.

Continué con las preguntas.

—Señor Driscoll, ha dicho usted que también le pidieron que reuniera información sobre Mitchell Bondurant, entre otros, ¿correcto?

—Sí.

—¿Qué averiguó sobre Bondurant?

—Sobre todo encontré información sobre sus inversiones inmobiliarias. Las propiedades que tenía, cuándo las compró y por cuánto. Con quién tenía las hipotecas. Ese tipo de cosas.

—De modo que suministró al señor Borden un resumen de la situación económica de Bondurant.

—Eso mismo.

—¿Descubrió que Bondurant tenía problemas con sus inversiones inmobiliarias?

—Tenía muchos problemas. Debía dinero a bastante gente.

—¿Usted comunicó a Borden todo esto?

—Sí.

Decidí dejar ahí su declaración sobre Bondurant. No quería que el jurado se olvidara del punto clave revelado por Driscoll: que ALOFT había estado investigando a Lisa y disponía de toda la información necesaria para tenderle una encerrona y endosarle un asesinato. Driscoll había resultado efectivo, y yo ahora iba a hacer que su comparecencia terminara de forma espectacular.

—Señor Driscoll, ¿cuándo dejó de trabajar en ALOFT?

—El uno de febrero.

—¿Por propia voluntad o porque le despidieron?

—Les dije que iba a marcharme, y entonces me despidieron.

—¿Por qué quería marcharse?

—Porque habían matado al señor Bondurant en el aparcamiento y no sabía si la mujer a quien habían detenido, Lisa Trammel, era la asesina o si allí había algo más. El día después de que se conociera la noticia, cuando todos en la oficina estaban al corriente de lo que había pasado, coincidí con el señor Opparizio en el ascensor. Subimos los dos juntos, pero cuando el ascensor llegó a mi planta, Opparizio me cogió por el brazo y dejó que salieran todos los demás. Subimos a la última planta los dos solos, y no dijo palabra hasta que se abrieron las puertas. En ese momento se giró y dijo: «Ni una puta palabra a nadie». Salió del ascensor, y las puertas se cerraron.

—¿Eso fue lo que dijo? ¿«Ni una puta palabra a nadie»?

—Sí.

—¿No le dijo nada más?

—No.

—¿Y lo sucedido le llevó a decidir que se iba de la empresa?

—Sí. Cosa de una hora después hice el preaviso de dos semanas. Pero unos diez minutos más tarde, el señor Borden vino a mi despacho y me dijo que estaba despedido. Que me echaban a la calle. Vino con una caja de cartón para que pusiera mis cosas dentro, llamó a un guardia de seguridad, y estuvieron vigilándome mientras lo recogía todo. Y luego me acompañaron hasta la puerta del edificio.

—¿Le dieron algún tipo de indemnización?

—En la puerta, el señor Borden me dio un sobre. Dentro había un talón por el equivalente a un año de salario.

—Muy generoso por su parte, eso de pagarle el salario de un año, teniendo en cuenta que no había estado trabajando ni doce meses en la compañía y que usted mismo les había dicho que dejaba el trabajo, ¿no le parece?

Freeman protestó, alegando que la pregunta no era pertinente. El juez le dio la razón.

—No tengo más preguntas para el testigo.

Freeman fue a ocupar mi lugar y se situó ante el atril con su carpeta de siempre. La abrió lentamente. Yo no había incluido el nombre de Donald Driscoll en mi listado de testigos hasta esa misma mañana, pero su apellido se había mencionado inicialmente durante la sesión del viernes. Estaba seguro de que Freeman habría hecho algún tipo de trabajo previo. Y ahora iba a averiguar hasta qué punto había llegado.

—Señor Driscoll, ¿usted no tiene ningún título universitario, verdad?

—Eh, no.

—Sin embargo, estudió en la Universidad Estatal en Los Ángeles, ¿no es así?

—Sí.

—¿Cómo es que no llegó a licenciarse?

Me levanté y protesté, con el argumento de que la pregunta nada tenía que ver con el ámbito de la declaración de Driscoll. Pero el juez dijo que yo mismo había abierto esa puerta al hacer que el testigo hablara de sus credenciales y experiencia en la tecnología de la información. Perry instó a Driscoll a responder a la cuestión.

—No llegué a graduarme porque me expulsaron.

—¿Por qué?

—Por hacer trampas. Porque pirateé el ordenador de uno de los profesores y me bajé el examen que iba a ponernos al día siguiente.

Driscoll lo dijo en tono casi aburrido, como si supiera de antemano que iban a sacar a relucir este episodio. Yo sabía de su existencia y le había dicho que, si lo sacaban a relucir, solo tenía una salida: decir toda la verdad. Lo contrario sería una invitación al desastre.

—Entonces es usted un tramposo y un ladrón, ¿no es así?

—Lo fui en su momento, pero eso pasó hace más de diez años. Ya no hago trampas. No sirve para nada hacerlas.

—¿En serio? ¿Y qué nos dice de eso de robar?

—Lo mismo. Yo no robo.

—¿No es verdad que lo despidieron de ALOFT tan bruscamente porque descubrieron que estaba robándole a la empresa de forma sistemática?

—Eso es mentira. Yo les dije que me iba, y ellos entonces me despidieron.

—¿No es usted el que está mintiendo ahora?

—No, estoy diciendo la verdad. ¿O le parece que todo lo de antes me lo podría haber inventado?

Driscoll me miró con desesperación, y deseé que no lo hubiera hecho. Pues podía ser interpretado como señal de confabulación. Driscoll iba a estar abandonado a su suerte mientras siguiera en el estrado. Yo no podía ayudarle.

—Vamos a ver, señor Driscoll —dijo Freeman—. ¿No es verdad que durante su etapa en ALOFT montó cierto pequeño negocio por su cuenta?

—No.

Driscoll negó enérgicamente con la cabeza. Me di cuenta de que en ese momento estaba mintiendo y me dije que yo tenía un problema muy serio. La indemnización, pensé. Un año de salario. Si has estado robando, en el momento de despedirte no te dan una indemnización equivalente al salario de un año. ¡Que hablara de la indemnización otra vez!

—¿No es verdad que estaba valiéndose de su puesto en ALOFT para encargarse de costosos programas informáticos, cuyos códigos de seguridad luego reventaba, para vender copias pirateadas a través de internet?

—Eso no es verdad. Sabía que pasaría algo así si le contaba a alguien lo que sabía.

Esta vez hizo algo más que mirarme. Me señaló con el dedo.

—Le dije que pasaría esto. Le dije que esa gente no...

—¡Señor Driscoll! —tronó el juez—. Límitese a responder a la pregunta hecha por la fiscal. Ni se le ocurra hablarle a la defensa ni a nadie más.

Ahora que había cogido carrerilla, Freeman se dispuso a asestar el golpe definitivo.

—Señoría, ¿puedo mostrarle un documento al testigo?

—Adelante. ¿Piensa catalogarlo?

—Sí, señoría. Como la prueba material de la fiscalía número nueve.

Tenía copias para todos. Me acerqué a Aronson para leerlo juntos. Era la copia del informe de una investigación interna realizada por ALOFT.

—¿Sabes algo de todo esto? —musitó Aronson.

—Por supuesto que no —respondí en un susurro.

Agaché la cabeza para mirar bien el documento. No tenía ganas de que una abogada recién licenciada me mirara con desdén por haber metido la pata hasta el fondo y con el último testigo.

—¿Qué es este documento, señor Driscoll? —preguntó la fiscal.

—No lo sé —respondió el testigo—. Es la primera vez que lo veo.

—Es el resumen de una investigación hecha por ALOFT, ¿no?

—Si usted lo dice.

—¿Qué fecha lleva?

—Uno de febrero.

—Ese fue su último día de trabajo en ALOFT, ¿no es así?

—Sí. Esa mañana avisé a mi jefe de que pensaba marcharme pasados los quince días, y entonces borraron mi contraseña de acceso y me despidieron.

—Por una razón muy concreta.

—Por ninguna razón. ¿Por qué cree que me dieron ese pastón en la puerta? Porque yo sabía cosas, y estaban tratando de comprar mi silencio.

Freeman levantó la vista y miró al juez.

—Señoría, ¿puede pedirle al testigo que se abstenga de responder a mis preguntas con sus propias preguntas?

Perry asintió con un gesto.

—Que el testigo se limite a responder a las preguntas.

Ya no importaba, pensé. Driscoll finalmente había mencionado lo del talón.

—Señor Driscoll, ¿sería tan amable de leer el párrafo del informe que he subrayado en amarillo?

Protesté, con el argumento de que el informe no constaba entre las pruebas materiales inicialmente exhibidas por la fiscalía. El juez desestimó mi protesta y dio su permiso para que el testigo lo leyera, dejando en suspenso para más adelante la aceptación del informe como prueba material.

Driscoll leyó el informe para sí y sacudió la cabeza.

—En voz alta, señor Driscoll —ordenó el magistrado.

—Pero aquí no hay más que una sarta de mentiras. Es lo que hacen para...

—Señor Driscoll —cortó Perry en tono irritado—. Lea el párrafo en voz alta, por favor.

Driscoll volvió a titubear, pero finalmente leyó:

—El empleado reconoce que compró los programas de *software* utilizando el nombre de la compañía y que luego los devolvió, tras haber copiado los contenidos protegidos legalmente. El empleado reconoce que estuvo vendiendo copias de estos programas informáticos a través de internet, utilizando los ordenadores de la empresa para su negocio. El empleado reconoce que ha obtenido más de cien mil dólares...

Driscoll de pronto estrujó el papel con las dos manos, hizo una bola con él y lo lanzó a través de la sala.

Hacia mí.

—¡La culpa la tiene usted! —me gritó, señalándome con el dedo otra vez—. ¡Yo no tenía ningún problema hasta que se presentó en mi casa!

Perry echó de nuevo en falta el tradicional mazo de juez. Instó al orden en la sala y dictó que los miembros del jurado volvieran a la sala de deliberación. Se fueron con rapidez, como si Driscoll les diera miedo. Una vez que la puerta se cerró, el magistrado ordenó al alguacil:

—Jimmy, conduzca al testigo al calabozo mientras hablo de este asunto con la fiscal y el letrado.

Se levantó y fue hacia su despacho a paso rápido, sin darme tiempo a protestar por el trato infligido a mi testigo.

Freeman le siguió. Fui hacia el testigo un momento.

—Acompañe a este hombre un momento, que voy a arreglar esto ahora mismo. En dos minutos estará fuera.

—Puto embustero —dijo, con los ojos preñados de rabia—. Me dijo que todo sería fácil y seguro, y mire lo que está pasando. ¡Ahora todos creen que me dedico a robar putos programas informáticos! ¿Cree que voy a volver a encontrar trabajo alguna vez?

—Bueno, de haber sabido que se dedicaba a piratear esos programas, seguramente no le habría llamado a declarar.

—Váyase a la mierda, Haller. Más le vale que esto termine pronto. Porque si tengo que volver a declarar, voy a inventarme las mierdas que sean y le voy a joder la vida.

El alguacil se lo llevó hacia la puerta del calabozo situado junto a la sala. Vi que Aronson estaba de pie junto a la mesa de la defensa. Su cara lo decía todo. Todo el buen trabajo que había estado haciendo por la mañana no había servido para nada, o eso parecía.

—¿Señor Haller? —dijo el secretario judicial, sentado tras su escritorio—. El juez está esperándole.

—Sí, ya —dije—. Voy.

Fui hacia la puerta.

El Four Green Fields siempre estaba vacío los lunes por la noche. Era uno de los bares preferidos por los profesionales del derecho, pero lo normal era que la semana estuviera ya avanzada cuando los abogados empezaban a necesitar el alcohol para empapar los problemas de conciencia. Casi todas las mesas estaban libres, pero nos sentamos a la barra. Aronson se situó entre Cisco y yo.

Pedimos un Cosmopolitan, una cerveza y un vodka con tónica con lima pero sin el vodka. Todavía escocido por el fiasco con Don Driscoll, venía con los dos para hablar sobre el martes. Diciéndome que a mis dos colaboradores no les vendría mal echar un trago.

En la tele estaban retransmitiendo un partido de baloncesto, pero ni me molesté en mirar quién jugaba o cuál era el resultado. Me daba lo mismo, pues el desastroso testimonio de Driscoll ocupaba todos mis pensamientos. Su estallido verbal y su gesto, señalándome con el dedo, habían puesto fin a la comparecencia. En su despacho, el juez nos informó de lo que pensaba decirle al jurado, al que poco después explicó que tanto la fiscalía como la defensa habían convenido en que no era necesario que el testigo siguiera prestando declaración. El testimonio de Driscoll no me había servido de nada, y eso en el mejor de los casos. Era verdad que su declaración reforzaba la tesis de la defensa de que Louis Opparizio estaba detrás de la muerte de Mitchell Bondurant. Pero su credibilidad se había visto socavada por las preguntas de la fiscal, sin que fueran de ayuda ni su comportamiento volátil ni el resentimiento que me mostraba. Por último, era evidente que el juez me consideraba responsable del espectáculo, lo que seguramente iría en detrimento de la defensa.

—Y bien —dijo Aronson, tras pegarle un pequeño tiento al Cosmopolitan—. ¿Y ahora qué vamos a hacer?

—Seguir luchando, eso es lo que vamos a hacer. Un testigo nos ha salido rana. Son cosas que pasan en todos los juicios.

Señalé el televisor.

—¿Te gusta el fútbol americano, Jennifer?

Yo sabía que había estudiado en la Universidad de California en Santa Barbara y después en la Southwestern antes de pasar a la facultad de derecho. Ninguno de los dos centros era precisamente conocido por sus respectivos equipos de fútbol.

—Pero si no están jugando al fútbol. Es un partido de baloncesto.

—Ya, claro, pero ¿a ti te gusta el fútbol?

—Bueno, me gustan los Raiders.

—¡Lo sabía! —dijo Cisco con regocijo—. ¡La chica es de las mías!

—Bueno —dije—. Un abogado defensor viene a ser como un defensa en un equipo de fútbol. De vez en cuando vas a meter la pata, y eso hay que tenerlo muy claro. Forma parte del juego. Y si te pasa, tienes que rehacerte y olvidar lo sucedido, porque el partido continúa. Hoy hemos metido la pata... Yo he metido la pata. Pero el

partido no ha terminado, Jennifer. Ni de lejos.

—Ya, pero ¿qué vamos a hacer?

—Lo que teníamos previsto. Ir a por Opparizio. Todo depende de él. Creo que Cisco me ha dado la munición suficiente para llevarlo al límite, y esperemos pillarle con la guardia baja, porque Dahl ha estado diciéndole que todo va a ir sobre ruedas. Para ser realista, diría que el partido ahora mismo está empatado. Después del estallido de Driscoll, o estamos empatados o la fiscal nos lleva unos pocos puntos de ventaja. Y mañana tengo que cambiar esta situación. Si no lo consigo, perdemos.

Se sumieron en un silencio sombrío. Aronson finalmente hizo otra pregunta.

—¿Y qué pasa con Driscoll, Mickey?

—¿Qué pasa con él? Ya hemos terminado con Driscoll.

—Sí, pero ¿tú te crees lo de los programas informáticos? ¿Te parece que la gente de Opparizio le ha tendido una trampa? ¿Que eso de que había estado pirateando los programas es mentira? Porque es lo que están diciendo ahora todos los periodistas.

—No lo sé. Freeman ha sido muy lista, porque ha relacionado lo de los programas con algo que Driscoll no podía o no pensaba negar: el robo del examen en la universidad. Una cosa llevaba a la otra, más o menos. Pero, en fin, da igual lo que yo piense. Lo que importa es lo que piense el jurado.

—Creo que te equivocas. Tal como yo lo veo, lo que uno piensa siempre es importante.

Asentí con la cabeza.

—Es posible, Jennifer.

Bebí un largo sorbo de mi anémico copazo. Aronson pasó a otra cosa:

—¿Cómo es que has dejado de llamarme Bullocks?

La miré; volví a posar la vista en mi vaso. Me encogí de hombros.

—Porque hoy lo has hecho muy bien. Como si de pronto hubieras crecido, o algo por el estilo. De repente ya no me parece buena idea llamarte por un apodo.

Miré a Cisco y le señalé con el dedo.

—Con él es otra cosa. Con un apellido como Wojciechowski, vamos a seguir con el apodo hasta que muera de viejo. Y punto.

Nos reímos los tres, y el ambiente se relajó un poco. Tenía claro que una copa de verdad me vendría bien, pero llevaba dos años sin tocar el alcohol y tenía fuerza de voluntad. No iba a caer en la tentación.

—¿Qué le has dicho a Dahl que cuente esta noche? —preguntó Cisco.

Me encogí de hombros otra vez.

—Que la defensa está naufragando y que han perdido su mejor oportunidad, porque Freeman ha dejado a Driscoll hecho unos zorros. Y lo de siempre, que no tenemos la menor prueba contra Opparizio y que su comparecencia va a ser coser y cantar. Se supone que Dahl tiene que llamarme cuando haya terminado de hablar con su contacto.

Cisco asintió con la cabeza. Seguí por otros derroteros.

—Me parece claro que la clave está en Opparizio. Si consigo transmitir al jurado lo que Cisco me ha proporcionado sobre sus negocios, a través de mis preguntas y de sus respuestas, y si consigo hacer que pierda la serenidad, creo que lo dejaré ahí. Sin necesidad de que salgas a declarar, Cisco.

Aronson frunció el ceño, como si no estuviera demasiado convencida.

—Bien —aprobó Cisco—. Así no tendré que volver a ponerme esta camisa de payaso.

Se estiró con fuerza el cuello de la camisa, como si se estuviera ahogando.

—No, te la pones otra vez, por si acaso. Supongo que tienes otra camisa de este tipo, ¿no?

—Pues no, la verdad. Supongo que tendré que lavarla cuando llegue a casa esta noche.

—¿Bromeas? ¿Solo tienes...?

Cisco soltó un silbido apagado y señaló la puerta con un gesto de la cabeza. Me giré en el momento preciso en que Maggie McPherson se acomodaba en el taburete que estaba junto al mío.

—Aquí te pillo.

—Maggie, la fiera.

Señaló mi bebida.

—Espero que eso no sea lo que parece.

—Tranquila, que no lo es.

—Bien.

Pidió un vodka con tónica de verdad a Randy, el camarero, seguramente con la idea de fastidiarme.

—Así que estáis ahogando vuestras penas en alcohol. Bueno, tú no tanto. He oído que hoy han ganado los buenos.

Se refería al ministerio fiscal. Como era de esperar.

—Es posible. ¿Cómo es que has llamado a la canguro en lunes?

—No la he hecho venir. Ella misma se ha ofrecido. Le digo que sí cada vez, porque últimamente se ha echado novio, y ya puedo despedirme de salir los viernes y los sábados.

—Ya. Ha venido a tu casa, ¿y te ha dado por salir tú sola por los bares?

—Quizá estaba buscándote, Haller. ¿No lo has pensado?

Me giré en el taburete, hasta darle la espalda a Aronson y mirar a Maggie cara a cara.

—¿En serio?

—Quizá. Me he dicho que igual te vendría bien un poco de compañía. No me has respondido las llamadas al móvil.

—He olvidado conectarlo al salir de la sala.

Cogí el móvil y lo conecté. Con razón no había recibido la llamada de Herb Dahl.

—¿Te apetece que vayamos a tu casa? —preguntó Maggie.

La miré un buen rato y respondí:

—Mañana va a ser el día clave en el juicio. Creo que sería mejor que...

—Tengo hasta la medianoche.

Respiré con fuerza, pero solté más aire del que inspiré. Me incliné de tal forma que nuestras cabezas se rozaron como las espadas de dos esgrimistas justo antes de entrar en combate. Le susurré al oído:

—Yo no puedo seguir así, Maggie. Tenemos que arreglarlo de verdad o dejarlo para siempre.

Me puso la mano en el pecho y me empujó hacia atrás con suavidad. Me daba miedo pensar en lo que sería de mi vida si Maggie se iba de ella para siempre. Me arrepentí del ultimátum que acababa de darle, porque sabía que si se veía obligada a elegir, se decantaría por la segunda opción.

—¿Y si te digo que solo pensemos en esta noche, Haller?

—Muy bien —respondí, con tanta rapidez que los dos nos echamos a reír.

Había esquivado la bala que yo mismo me acababa de disparar en el pie. O eso parecía.

—Pero todavía me queda algo de trabajo por hacer.

—Bueno, pues ya lo arreglaremos.

Llevó la mano a la barra para coger su copa, pero la que cogió fue la mía, por error. O acaso no fue por error. Bebió un sorbo e hizo una mueca de asco.

—Esto tiene un sabor horroroso sin el vodka. ¿Cómo se te ocurre?

—Sí, ya. ¿Es que querías asegurarte?

—No, me he equivocado.

—Claro.

Bebió de su propio vaso. Me giré un poco y miré a Cisco y a Aronson. Estaban conversando entre ellos, ignorándome. Me volví hacia Maggie otra vez.

—Cásate conmigo otra vez, Maggie. Después de este caso todo va a cambiar.

—Eso ya lo he oído antes. Me refiero a lo segundo.

—Sí, pero esta vez va muy en serio. Ya está cambiando todo, de hecho.

—¿Tengo que darte la respuesta ahora mismo? ¿Es un aquí y ahora o tengo tiempo para pensarlo?

—Claro, tómate unos minutos. Voy al lavabo y vuelvo enseguida.

Volvíamos a reír. Me incliné y la besé. Hundí la cara en sus cabellos. Susurré:

—No me imagino viviendo con ninguna otra mujer.

Se giró un poco y me besó en el cuello. Se apartó.

—No me gustan las muestras de cariño en público, y menos aún en los bares. Me parecen una cursilada.

—Lo siento.

—Vámonos.

Se bajó del taburete. Y bebió un último trago de su bebida mientras estaba de pie. Saqué la billetera y dejé lo suficiente para pagarlo todo, incluyendo la propina

para el camarero. Dije a mis colaboradores que me iba.

—Pensaba que todavía teníamos que hablar de Opparizio —protestó Aronson.

Vi que Cisco le ponía la mano en el brazo con disimulo, como diciéndole que no era el momento. Se lo agradecí.

—¿Sabéis una cosa? —dije—. El día ha sido muy largo. A veces, la mejor forma de preparar las cosas consiste en no pensar en ellas. Estaré en la oficina mañana a primera hora, antes del juicio. Por si queréis venir. Si no, nos vemos en la sala a las nueve.

Terminamos de despedirnos, y salí a la calle con mi exmujer.

—¿Dejas el coche aquí? —pregunté.

—No. Eso de volver después de cenar y acostarme contigo puede ser un poco peligroso. Igual me da por tomar la última copa, y puede que no sea la última. La canguro tiene que irse a su hora, y mañana también trabajo.

—¿Todo se reduce a eso? ¿A cenar y a acostarte conmigo? ¿Para estar en tu casa a las doce?

Maggie en ese momento hubiera podido herirme y decirme que estaba quejándome de lo mismo que las mujeres reprochan a los hombres. Pero no lo hizo.

—No —respondió—. De hecho, para mí va a ser la mejor noche de toda la semana.

Le puse la mano en la nuca y la estreché suavemente, mientras caminábamos hacia los coches. Siempre le gustaba. Por mucho que fuera una muestra de cariño pública.

La tensión crecía a cada nuevo paso que Louis Opparizio daba hacia el estrado el martes por la mañana. Iba vestido con un traje color gris muy claro, camisa azul y corbata granate. Su aspecto era muy digno, y todo en él rezumaba dinero y poder. Y estaba claro que me miraba con desdén. Aunque era uno de los testigos de la defensa, saltaba a la vista que no me tenía el menor aprecio. Me había pasado el juicio entero sosteniendo que la culpable no era mi cliente, sino otra persona. Yo había apuntado a Opparizio, y ahora estaba sentado ante mí. La suya era la comparecencia más esperada —curiosos compartían banco con periodistas— y por eso la sala estaba hoy más llena que nunca.

Empecé en un tono cordial, pero no era mi intención mantenerlo. Tenía un propósito claro, y el veredicto dependía de si lo conseguía o no. Debía llevar al límite al hombre sentado frente a mí. Estaba allí porque había sido acorralado por su propia codicia y por su vanidad. Había hecho caso omiso del consejo de sus abogados de acogerse a la quinta enmienda y había aceptado el reto de medirse conmigo mano a mano en una sala atestada de gente. Mi labor era la de hacer que se arrepintiera de su decisión. Mi labor era la de conseguir que se acogiera a la quinta enmienda en las narices del jurado. Si lo hacía, Lisa Trammel saldría en libertad. No hay duda razonable más consistente que la ofrecida por tu chivo expiatorio al acogerse a la quinta enmienda, con el argumento de que no quiere declarar contra sí mismo. Después de una cosa así, ¿cómo podría un jurado honesto establecer un veredicto de culpabilidad más allá de toda duda razonable?

—Buenos días, señor Opparizio. ¿Qué tal está?

—Preferiría estar en otro lugar. ¿Y usted qué tal?

Sonreí. Opparizio llegaba dispuesto a combatir.

—Eso se lo diré dentro de unas pocas horas —respondí—. Gracias por su comparecencia de hoy. He creído percibir que tiene cierto acento del Este del país. ¿No es usted de Los Ángeles?

—Nací en Brooklyn, hace cincuenta y un años. Vine a California a estudiar derecho y me quedé para siempre.

—Durante este juicio se han hecho varias referencias a usted y su compañía. Parece que su empresa es la que lleva la batuta en el negocio de los desahucios, por lo menos en este condado. Yo...

—¿Señoría? —interrumpió Freeman desde su asiento—. ¿La defensa está haciendo una pregunta?

Perry se la quedó mirando un momento.

—¿Acaba de formular una protesta, señorita Freeman?

La fiscal comprendió que no se había levantado. El juez nos había dejado bien claro en las reuniones previas al juicio que tendríamos que levantarnos cada vez que formulásemos una protesta. Freeman reaccionó con rapidez.

—Sí, señorita.

—Haga la pregunta que tenga que hacer, señor Haller.

—A eso iba, señorita. Señor Opparizio, ¿puede explicarnos qué es lo que hace ALOFT exactamente?

Opparizio se aclaró la garganta y se giró hacia el jurado para responder. Se trataba de un testigo serio y competente. Me iba como anillo al dedo.

—Será un placer. En lo fundamental, ALOFT es una empresa de intermediación. Las grandes entidades crediticias, como el WestLand National, recurren a mi compañía para que lleve los procesos de ejecución hipotecaria, desde el principio hasta el final. Nos encargamos de todo: presentamos los documentos necesarios, entregamos las notificaciones pertinentes, vamos a juicio cuando es necesario. A cambio de una tarifa plana. A nadie le gusta oír hablar de los desahucios. Todos sufrimos en mayor o menor grado para pagar las facturas y para intentar conservar nuestros hogares. Pero las cosas a veces no funcionan, y es preciso recurrir al desahucio. Ahí es donde entramos nosotros.

—Dice usted que las cosas a veces no funcionan. Pero a usted le han estado yendo muy bien durante los últimos años, ¿no es así?

—Nuestra compañía ha experimentado un tremendo crecimiento durante los últimos cuatro años, que solo ahora está empezando a estabilizarse.

—Antes ha mencionado el nombre del WestLand, uno de sus clientes. El WestLand era un cliente muy importante, ¿verdad?

—Lo era y lo sigue siendo.

—¿Cuántos desahucios llevan para el WestLand a lo largo de un año, de forma aproximada?

—Ahora mismo no sé darle la cifra exacta. Pero creo que, sumando el total de sus oficinas en el oeste del país, el número estará cerca de los diez mil casos al año.

—¿Me creerá si le digo que durante los últimos cuatro años han estado llevando un promedio de más de dieciséis mil casos para el WestLand? Es lo que dice el informe anual del banco.

Lo levanté para que todos lo vieran.

—Sí, me lo creo. Los informes anuales no mienten.

—¿Cuál es esa tarifa plana que ALOFT cobra por caso de desahucio?

—En los casos de propiedades inmobiliarias cobramos veinticinco mil dólares por todo el servicio, incluso si tenemos que ir a juicio, precisamente.

—Entonces, si sumamos estas cifras, este único cliente, el WestLand, reporta a su empresa cuarenta millones al año, ¿correcto?

—Si las cifras que me ha dado son las correctas, será eso más o menos.

—Por consiguiente, me parece claro que el WestLand era muy importante para ALOFT.

—Sí, aunque todos nuestros clientes son importantes para la compañía.

—Entendido. Supongo que usted conocía bastante bien a Mitchell Bondurant, la

víctima de este asesinato, ¿no es así?

—Por supuesto que le conocía bien, y me digo que eso que le pasó fue horroroso. Era un buen hombre que trataba de hacer bien su trabajo.

—Estoy seguro de que todos apreciamos su compasión. Pero, en el momento de su muerte, usted ya no se llevaba tan bien con el señor Bondurant, ¿verdad?

—No sé muy bien qué quiere decir. Hacíamos negocios juntos. De vez en cuando teníamos pequeños desacuerdos, pero eso es lo normal en el mundo de los negocios.

—Ya, pero no estoy refiriéndome a pequeños desacuerdos ni a lo que es normal en el mundo de los negocios. Estoy refiriéndome a una carta que Bondurant le mandó poco antes de ser asesinado, amenazando con revelar las prácticas fraudulentas de su compañía. Su secretaria firmó el recibo de esa carta certificada. ¿Usted la leyó?

—Por encima. Lo que venía a decir era que uno de entre mis ciento ochenta y cinco empleados se había pasado un poquito de la raya. Estamos hablando de un pequeño desacuerdo, sin que la carta tuviera nada de amenazadora, como usted sostiene. Ordené a la persona en cuestión que arreglara lo sucedido. Y eso es todo, señor Haller.

Pero eso no era todo cuanto yo tenía que decir sobre la carta. Hice que Opparizio la leyera para el jurado y, durante la media hora siguiente, estuve haciéndole preguntas cada vez más específicas e incómodas. A continuación pasé a la notificación de investigación federal, que también le hice leer para el jurado. Pero Opparizio no se dejó intimidar y dijo que la carta de los organismos federales era un simple palo de ciego.

—Les invité con los brazos abiertos a venir a hablar conmigo —indicó—. Pero ¿sabe qué pasó después? Que nadie vino a verme. Durante todo este tiempo no he vuelto a saber del señor Lattimore, del agente Vasquez o de cualquier otro agente federal. Porque la notificación no tenía el menor sentido. No me protegí ni traté de escaparme. No protesté ni me escondí tras un abogado. Les dije que entendía que tenían un trabajo que hacer y que realizaran una inspección. Que nuestras puertas estaban abiertas y no teníamos nada en absoluto que ocultar.

La respuesta era buena y estaba bien preparada; saltaba a la vista que Opparizio estaba ganando estos primeros asaltos. Cosa que a mí ya me parecía bien, pues estaba reservando mis golpes más contundentes para después. Lo que quería era que se confiara, que pensara que lo tenía todo controlado. Por medio de Herb Dahl, habíamos estado dándole a entender que no tenía que preocuparse por nada. Le habíamos hecho creer que yo solo tenía unos pocos, frágiles indicios de conspiración, que podría desmentir sin mayor problema, como ahora mismo estaba haciendo. Cada vez se sentía más confiado. Pero cuando su confianza y su complacencia fueran casi absolutas, iría a por él e iría a noquearlo. Este combate no iba a durar quince asaltos. No podía durarlos.

—Y bien, cuando recibió estas dos cartas, usted estaba llevando cierta negociación en secreto, ¿no es así?

Opparizio guardó silencio un momento, por primera vez desde que comenzara a interrogarle.

—En ese momento estaba tratando de cerrar ciertos acuerdos de negocio en privado, como casi siempre. No usaría la fórmula «en secreto», por las connotaciones que tiene la expresión. El secretismo no es de recibo, pero las negociaciones en privado sí que lo son.

—Ya, y esta negociación de hecho se centraba en la venta de su empresa, ALOFT, a una gran compañía de capital abierto que cotiza en bolsa, ¿correcto?

—Sí, efectivamente.

—Una compañía llamada LeMure, ¿no?

—Sí, es correcto.

—Un acuerdo que podría reportarle mucho dinero de forma inmediata, ¿no es así?

Freeman se levantó y pidió hacer un aparte. Fuimos a hablar con el juez, y la fiscal protestó hablando en un enérgico murmullo.

—¡Esto no es pertinente! ¿Qué va a ser lo próximo? La defensa ahora nos lleva a Wall Street, lo que no tiene nada que ver ni con Lisa Trammel ni con las pruebas materiales en su contra.

—Señoría —incidí con rapidez, antes de que el juez pudiera abrir la boca—. Muy pronto va a quedar claro que sí es pertinente. La señorita Freeman sabe perfectamente hacia dónde vamos, y no le interesa que lleguemos hasta allí. Pero el tribunal me ha concedido permiso para poner en práctica una estrategia de defensa vinculada a la hipótesis de la culpabilidad de un tercero. Y bien, de esto se trata, señoría. Estamos empezando a atar cabos, y por eso pido comprensión al tribunal.

Perry no lo pensó demasiado y respondió:

—Puede usted continuar, señor Haller, pero no quiero que se alargue demasiado.

—Gracias, señoría.

Volvimos a nuestros lugares respectivos. Decidí acelerar un poco el ritmo.

—Señor Opparizio, en enero pasado, cuando estaba metido de lleno en esas negociaciones con LeMure, usted tenía claro que iba a ganar muchísimo dinero si finalmente lograba cerrar el acuerdo, ¿no es así?

—Sería una compensación generosa por los años empleados en establecer la compañía.

—Pero si perdía a uno de sus principales clientes, un cliente que le reportaba unos ingresos de cuarenta millones al año, entonces el acuerdo correría peligro, ¿no es así?

—Ningún cliente amenazó con dejarnos.

—Señor, permítame que le llame la atención sobre la carta que le mandó el señor Bondurant. ¿No diría que Bondurant amenazaba en ella con que el WestLand dejara de ser su cliente? Creo que tiene una copia de la misiva delante de usted, por si quiere confirmar este punto.

—No necesito leer esa carta. En ella no hay amenazas de ningún tipo. Mitch me la envió, y yo me encargué de arreglar el problema.

—¿Del mismo modo que arregló el problema con Donald Driscoll?

—Protesto —intervino Freeman—. El comentario es impropio.

—Lo retiro. Señor Opparizio, usted recibió esta carta cuando estaba metido de lleno en las negociaciones con LeMure, ¿correcto?

—Durante las negociaciones, sí.

—En el momento de recibir la carta, sabía usted que el señor Bondurant tenía serios problemas económicos, ¿no es así?

—Yo no tenía idea de la situación económica personal del señor Bondurant.

—¿No hizo que un empleado de su compañía investigara la situación personal del señor Bondurant y otros banqueros con los que trataba?

—No, eso es ridículo. El que se lo haya dicho está mintiendo.

Había llegado el momento de comprobar qué tal se había desempeñado Herb Dahl en sus funciones de agente doble.

—En el momento en que le envió esa carta, ¿el señor Bondurant estaba al corriente de sus negociaciones secretas con LeMure?

La respuesta de Opparizio tendría que haber sido «no lo sé». Pero yo le había indicado a Dahl que le contara a su hombre que los abogados de Trammel no habían encontrado nada en lo referente a este aspecto clave en la estrategia de la defensa.

—Bondurant no estaba al corriente en absoluto —respondió—. Durante la fase de negociación preferimos no informar a los bancos con los que trabajábamos.

—¿Quién es el director financiero de LeMure?

Opparizio parecía desconcertado por la pregunta y el aparente cambio de tema.

—Se refiere usted a Syd Jenkins. Sydney Jenkins.

—El señor Jenkins fue quien estuvo al frente de la comisión de LeMure que negoció con usted el acuerdo de adquisición, ¿es correcto?

Freeman protestó y preguntó que adónde quería ir a parar. Dije al juez que pronto lo sabría. Perry me permitió continuar e instó a Opparizio a responder a la pregunta.

—Sí, negocié el acuerdo con Syd Jenkins.

Abrí una carpeta, saqué un documento y pedí permiso al juez para enseñárselo al testigo. Como era de esperar, Freeman protestó, y, en un aparte, estuvimos debatiendo la pertinencia del documento. Pero como Freeman había ganado la batalla a la hora de mostrar a Driscoll el informe de investigación interna de ALOFT, Perry niveló la balanza y me permitió enseñar el documento atendiendo a su decisión anterior.

Con la autorización del juez, entregué una copia al testigo.

—Señor Opparizio, ¿puede explicar al jurado qué es ese documento que tiene en la mano?

—No estoy muy seguro.

—Es la impresión de una página de una agenda digital.

—Si usted lo dice.

—¿Qué nombre aparece en lo alto de la página?

—Mitchell Bondurant.

—¿Y qué fecha lleva la página?

—Trece de diciembre.

—¿Puede leer con quién iba a reunirse Bondurant a las diez de esa mañana?

Freeman pidió hacer un nuevo aparte. Volvimos a situarnos frente al juez.

—Señoría, aquí estamos juzgando a Lisa Trammel. No a Louis Opparizio ni a Mitchell Bondurant. Esto es lo que sucede cuando un letrado logra aprovecharse de la buena disposición del tribunal a la hora de concederle manga ancha. Protesto que se sigan formulando esta clase de preguntas. La defensa está llevándonos a un terreno que nada tiene que ver con el asunto que este jurado debe considerar.

—Señoría —dije yo—. Una vez más, esto tiene que ver con la posibilidad de que una tercera persona fuese la autora del crimen. La defensa tuvo acceso a esta página de agenda digital desde el momento de la exhibición de pruebas. Y las respuestas a mis preguntas van a dejar claro al jurado que la víctima en este caso estaba implicada en cierta extorsión hecha al testigo. Y eso podría ser considerado un móvil para el asesinato.

—Señor juez, esto es...

—Ya está bien, señorita Freeman. Permiso concedido.

Volvimos a nuestros lugares respectivos, y el magistrado ordenó a Opparizio que respondiera a la pregunta. La repetí, por si el jurado la había olvidado.

—¿Puede leer con quién iba a reunirse Bondurant a las diez de la mañana del trece de diciembre?

—Aquí pone: «Sydney Jenkins, LeMure».

—¿Esta anotación no le dice que Bondurant se enteró del inminente acuerdo entre ALOFT y LeMure en diciembre del año pasado?

—No tengo la menor idea de lo que estuvieron hablando durante esa reunión, si es que al final llegaron a celebrarla.

—¿Qué razón iba a tener el encargado de negociar la compra de ALOFT para reunirse con el representante de uno de los principales clientes de ALOFT?

—Eso tendría que preguntárselo al señor Jenkins.

—Es posible que lo haga.

A Opparizio estaba empezando a agriársele el gesto. Nuestro topo, Herb Dahl, había hecho bien su trabajo. Seguí adelante.

—¿Cuándo se cerró el acuerdo de venta de ALOFT a LeMure?

—El acuerdo se cerró a finales de febrero.

—¿Cuánto pagó LeMure por la compra?

—Prefiero no decirlo.

—LeMure es una compañía que cotiza en bolsa, señor. De modo que esa información es pública. Si tiene la amabilidad de no hacernos perder el tiempo...

—Noventa y seis millones de dólares.

—En su condición de único propietario, la mayor parte de ese dinero fue a parar a su bolsillo, ¿no es así?

—Un porcentaje importante, sí.

—Y también consiguió un buen paquete de acciones de LeMure, ¿cierto?

—Cierto.

—A todo esto, usted sigue siendo el presidente de ALOFT, ¿no es así?

—Sí. Sigo al frente de la empresa. Solo que ahora tengo unos cuantos jefes por encima.

Esbozó una mínima sonrisa, pero la mayoría de los currantes en la sala no le vieron la gracia al asunto. Más bien estaban pensando en los millones de dólares que el testigo se había sacado con el acuerdo.

—Entonces, ¿sigue usted estando estrechamente vinculado a las operaciones diarias de la compañía?

—Sí, señor.

—Señor Opparizio, el *Wall Street Journal* en su momento publicó que la venta de ALOFT le habría reportado unos beneficios personales de sesenta y un millones de dólares. ¿Es verdad?

—Se equivocaron al publicar eso.

—¿En serio?

—Es verdad que me pagaron una suma parecida, pero no de golpe.

—Entonces, ¿están pagándole a plazos?

—Algo así, pero no termino de ver qué tiene que ver todo esto con el asesinato de Mitch Bondurant, señor Haller. ¿Por qué estoy aquí? Yo no tuve nada que ver con...

—¿Señoría?

—Aguarde un momento, señor Opparizio —dijo el juez.

Echó la cabeza hacia delante y guardó silencio un momento, como si estuviera meditando.

—Vamos a tomarnos ahora el descanso de la mañana, y quiero que los abogados vengan a mi despacho un momento. Se suspende la sesión.

Una vez más, seguí al juez hasta su despacho. Una vez más, Perry iba a pegarme un rapapolvo. Pero esta vez estaba tan furioso con él que pasé a la ofensiva. Perry y Freeman se sentaron, pero me quedé de pie.

—Señoría, con el debido respeto, ha roto completamente el ritmo de mi interrogatorio anunciando esta pausa.

—Señor Haller, no dudo de su ritmo, pero estaba usted llevándose al testigo muy lejos de lo que aquí nos ocupa. Hasta el momento he sido más que generoso al plegarme a sus solicitudes, pero empiezo a pensar que me van a tomar por tonto.

—Señoría, solo estaba a cuatro preguntas de traérmelo de vuelta justo al centro del caso, pero usted me lo ha impedido.

—Usted mismo se lo ha impedido, señor letrado. No voy a quedarme con los brazos cruzados y permitir que siga por estos derroteros. La señorita Freeman ha estado protestando, y hasta el propio testigo empieza a protestar. Y estoy quedando como un pardillo. Porque usted sigue empeñado en tirar la caña, y a ver qué pesca.

Me dijo, y le dijo al jurado, que no solo iba a demostrar que su cliente no cometió el crimen, sino que además iba a demostrar quién fue el que lo cometió. Pero la defensa ya ha hecho salir a cinco testigos, y usted sigue empeñado en tirar la caña, y a ver qué pesca.

—Señoría, no me puedo creer que... Mire, de tirar la caña, nada. Estoy demostrando cosas. Bondurant amenazó a este hombre con hacerle perder sesenta y un millones de dólares. Cualquiera con un poco de sentido común se da cuenta. Y si eso no es móvil, pues entonces...

—Un móvil no demuestra nada —terció Freeman—. No es una prueba, y es evidente que usted no tiene ninguna. La estrategia de la defensa es puro humo. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Decir que todos los amenazados de desahucio por Bondurant son sospechosos?

Señalé en su dirección.

—Tampoco sería tan mala idea. Pero el hecho es que la estrategia de la defensa no es puro humo, y si me dan la oportunidad de seguir interrogando al testigo van a tardar muy poco en aparecer las pruebas.

—Siéntese, señor Haller, y haga el favor de no dirigirse a mí en según qué tono.

—Sí, señoría. Discúlpeme.

Tomé asiento y me mantuve a la espera mientras Perry consideraba la cuestión. Finalmente dijo:

—Señorita Freeman, ¿algo más?

—Creo que el tribunal ha tomado buena nota de lo que el ministerio fiscal piensa sobre las concesiones hechas al señor Haller. Advertí desde el primer momento de la intención de la defensa. Pues ya tenemos aquí el espectáculo, y tengo que compartir el temor de su señoría a que lo tomen por un tonto manipulado.

Había ido demasiado lejos. Vi que la piel en torno a los ojos de Perry se tensaba cuando Freeman pronunció las tres últimas palabras. Lo había tenido en el bolsillo y acababa de perderlo.

—Bueno, pues muchas gracias, señorita Freeman. Llegados a este punto, me inclino por otorgar al señor Haller una última oportunidad de mostrar que sus preguntas están justificadas. ¿Entiende lo que quiero decir con eso de «última», señor Haller?

—Sí, señor juez. Y voy a cumplir.

—Más le vale, señor letrado, porque al tribunal se le está empezando a agotar la paciencia. Volvamos a la sala.

Afuera, sentada a la mesa de la defensa me esperaba Aronson, y me percaté de que no me había seguido al despacho del juez. Me senté fatigosamente.

—¿Dónde está Lisa?

—En la antesala, con Dahl. ¿Cómo ha ido?

—Me ha dado una última oportunidad. Pero tengo que acelerarlo todo y entrar a matar cuanto antes.

—¿Puedes hacerlo?

—Veremos. Tengo que ir un momento al baño antes de que se reanude la sesión.

¿Por qué no me has acompañado al despacho del juez?

—Porque nadie me lo pidió, y no estaba segura de si querías que lo hiciera.

—La próxima vez me sigues.

La arquitectura de los juzgados está pensada expresamente para separar a los distintos grupos. Los jurados tienen su propia tribuna y su sala de deliberación, y hay pasillos y barandillas que separan a los bandos en conflicto y a sus partidarios respectivos. Pero los servicios escapan a la norma. Cuando entras en ellos, nunca sabes a quién te vas a encontrar. Entré en el de caballeros por la puerta interior y casi me estampé contra Opparizio, que estaba lavándose las manos. Estaba inclinado hacia delante y me miró desde el espejo.

—Vaya, señor letrado, ¿le ha castigado el juez? Pobrecito.

—Eso no es asunto suyo. Y no se preocupe, me voy a buscar otro cuarto de baño.

Me giré para marcharme, pero Opparizio me detuvo.

—No se moleste. Ya me voy yo.

Agitando las manos húmedas se dirigió hacia la puerta. Al pasar a mi lado, casi rozándome, se detuvo.

—Es usted despreciable, Haller —espetó—. Su cliente es una asesina, y usted tiene los cojones de intentar endosarme la culpa a mí. ¿Cómo puede mirarse al espejo por las mañanas?

Se giró y señaló la hilera de urinarios.

—Este es su lugar —dijo—. Los retretes.

Todo dependía de la próxima media hora, de la próxima hora como mucho. Me senté, tratando de poner en orden mis pensamientos, y esperé. Todos estaban en su sitio, menos el juez, que seguía en su despacho, y Opparizio, que estaba en la primera fila charlando con sus dos abogados. Mi cliente se inclinó hacia mí y musitó en voz muy baja, para que ni la propia Aronson la oyera.

—Tiene más, ¿verdad?

—¿Perdón?

—Tiene más cosas, ¿verdad, Mickey? Más cosas con las que comprometerle.

Incluso ella se daba cuenta de que no bastaba con lo revelado hasta ahora. Le respondí con otro murmullo:

—Eso vamos a saberlo antes del almuerzo. Acabaremos bebiendo champán o llorando como magdalenas.

Se abrió la puerta del despacho del juez, y Perry entró en la sala. Antes incluso de llegar a su asiento, ordenó que el jurado y el testigo volvieran a ocupar sus puestos. Unos minutos después estaba de nuevo ante el atril, mirando a Opparizio desde arriba. La confrontación en los servicios parecía haber renovado su confianza. Adoptó una postura relajada diciéndole al mundo que se sentía como en casa. Decidí que ya no tenía sentido esperar más. Había llegado la hora de empezar a repartir.

—Y bien, señor Opparizio, volviendo a lo de antes, usted no ha sido del todo sincero en su declaración, ¿verdad?

—He dicho toda la verdad, y me ofende lo que acaba de sugerir.

—Usted ha estado mintiendo desde el principio, ¿verdad, caballero? Dando un nombre falso cuando le tomaba juramento.

—Me cambié el nombre de forma legal hace treinta y un años. Yo no he mentado en absoluto. Y además no veo qué tiene que ver con esto.

—¿Qué nombre consta en su partida de nacimiento?

Opparizio hizo una pausa, y creo que por primera vez entendió adónde quería ir yo a parar.

—Nací con el nombre de Antonio Luigi Apparizio. Igual que ahora, pero con una A al principio. Cuando era un chaval, todos me llamaban Lou o Louie, porque en nuestro barrio había muchos Anthonys y Antonios. Decidí seguir con Louis. Y me cambié el nombre legalmente a Anthony Louis Opparizio. Sencillamente americanicé mi nombre. Eso es todo.

—Pero ¿por qué se cambió también la inicial de su apellido?

—Por entonces había un jugador profesional de béisbol que se llamaba Luis Aparicio. Y me parecía que nuestros nombres sonaban demasiado parecidos. Louis Apparizio y Luis Aparicio. No me gustaba eso de llamarme casi igual que una persona famosa, por eso cambié una letra del apellido. ¿Le parece bien, señor Haller?

El juez reprendió a Opparizio y le ordenó que se limitase a responder a las

preguntas que se le hicieran.

—Luis Aparicio en su momento se retiró del béisbol profesional. ¿Sabe usted cuándo? —pregunté.

Miré al juez de soslayo. Si la paciencia antes se le estaba agotando, sus reservas a estas alturas tenían que ser tan escasas como el grosor de una citación por desacato.

—No, no sé cuándo se retiró.

—¿Le sorprendería saber que dejó el béisbol ocho años antes de que usted se cambiara de nombre?

—No, no me sorprende.

—¿Y espera que el jurado crea que se cambió de nombre para que no le confundieran con un jugador que llevaba años sin jugar al béisbol?

Opparizio se encogió de hombros.

—Pero fue así.

—¿No es verdad que se cambió el nombre, de Apparizio a Opparizio, porque era usted un joven ambicioso y quería distanciarse de su familia, aunque fuera en apariencia?

—No es verdad. Me interesaba tener un nombre que sonara más americano, pero no era mi intención distanciarme de nadie.

Vi la mirada que Opparizio dirigió a sus abogados durante una fracción de segundo.

—A usted le bautizaron como Antonio Luigi en honor a su tío, ¿no es así? —pregunté.

—No, eso no es cierto —respondió Opparizio al instante—. No me bautizaron en honor a nadie.

—Un tío suyo se llamaba Antonio Luigi Apparizio, el mismo nombre que consta en su partida de nacimiento. ¿Está diciéndonos que es pura casualidad?

Al darse cuenta de su error al mentir, Opparizio trató de recuperar parte del terreno perdido, pero tan solo consiguió empeorar las cosas.

—Mis padres nunca me dijeron por quién me habían puesto el nombre o si me lo habían puesto por alguien.

—¿Y una persona despierta como usted no terminó por sumar dos y dos?

—Nunca pensé en el asunto. A los veintiún años me vine a vivir a California, y me distancié de mi familia.

—¿En el sentido geográfico, quiere decir?

—En todos los sentidos. Empecé una nueva vida. Me quedé a vivir aquí.

—Su padre y su tío estaban involucrados en el crimen organizado, ¿no es así?

Freeman protestó al instante y solicitó hacer un aparte. Una vez en presencia del juez hizo todo cuanto estuvo en su mano, menos poner los ojos en blanco, a fin de transmitir su frustración al magistrado.

—Señoría, esto pasa de castaño oscuro. La defensa no tiene reparo en empañar el buen nombre de uno de sus propios testigos, pero esto tiene que terminar. Estamos en

un juicio, señoría, y no a bordo de un barco pesquero.

—Señoría, me ha pedido usted que acelere las cosas, y es lo que estoy haciendo. Tengo una propuesta de prueba material que deja claro que aquí nadie está de pesca.

—¿A qué se refiere, señor Haller?

Entregué un grueso documento encuadernado que llevaba conmigo. De sus páginas sobresalían numerosos *postits* de diferentes colores.

—Al informe sobre el crimen organizado que el fiscal general de Estados Unidos presentó al Congreso en 1986. El fiscal general era por entonces Edwin Meese. Si abre la página marcada con la nota adhesiva de color amarillo, verá un párrafo subrayado. Es mi propuesta de prueba.

El juez leyó el párrafo y pasó el volumen a Freeman, para que la fiscal pudiera leerlo. Antes de que Freeman terminara de hacerlo, Perry emitió su decisión en lo tocante a la protesta del ministerio fiscal.

—Haga sus preguntas, señor Haller, pero solo le doy diez minutos para relacionar una cosa con la otra. Si no lo hace en ese tiempo, le retiraré la palabra.

—Gracias, señoría.

Me situé otra vez frente al atril y volví a formular la pregunta, si bien en otros términos.

—Señor Opparizio, ¿usted sabía que su padre y su tío eran miembros de un grupo criminal conocido como la familia Gambino?

Opparizio me había visto mostrar el volumen encuadernado al juez. Sabía que tenía algo con lo que respaldar mis palabras. En lugar de negarlo de plano, me vino con una respuesta vaga.

—Como he dicho, dejé a mi familia cuando fui a la universidad. No supe mucho de ellos desde entonces. Y antes no me habían dicho nada.

Había llegado el momento de acosar a Opparizio, de llevarlo al borde del precipicio.

—¿No es verdad que a su tío le llamaban Anthony «el Gorila» Apparizio debido a su fama de hombre violento y brutal?

—No tengo ni idea.

—¿No es verdad que su tío ejerció para usted de figura paterna durante su adolescencia, en un momento en que su verdadero padre estaba en la cárcel por un delito de extorsión?

—Mi tío nos estuvo ayudando económicamente, pero no fue una figura paterna para mí.

—Usted se trasladó a vivir a California a los veintiún años de edad. ¿Lo hizo para distanciarse de su familia o para extender los negocios de su familia a la Costa Oeste?

—¡Eso es una calumnia! Vine aquí para estudiar en la facultad de derecho. No tenía nada ni traje nada conmigo a California. Incluyendo las conexiones familiares.

—¿Le suena la palabra «topo», en el sentido empleado por los investigadores del crimen organizado?

—No sé de qué me está hablando.

—¿Le sorprendería saber que, a partir de los años ochenta, el FBI sostenía que la mafia estaba tratando de infiltrarse en negocios de tipo legal enviando a sus miembros más jóvenes a estudiar en las universidades y otros centros, a fin de que echaran raíces y montaran empresas? ¿Y que a estas personas las llamaban topos?

—Mis negocios son legítimos. Nadie me envió a ninguna parte. Me pagué los estudios de derecho trabajando en una gestoría.

Asentí con la cabeza, como si hubiera esperado la respuesta.

—Hablando de gestorías, usted es propietario de muchas empresas, ¿no es así, señor?

—No entiendo.

—Permítame decírselo de otra manera. Cuando vendió ALOFT al fondo LeMure, siguió siendo el propietario de numerosas empresas subcontratadas por ALOFT, ¿no es así?

Opparizio se tomó su tiempo para contestar. Volvió a dirigir una mirada furtiva a sus abogados. Una demanda de auxilio. Sabía adónde quería yo ir a parar y sabía que no podía permitirme llegar allí. Pero estaba en el estrado como testigo, y solo tenía una opción.

—Soy propietario o copropietario de varias sociedades. Todas ellas legales, legítimas y honestas.

Era una buena respuesta, pero no iba a resultar lo bastante buena.

—¿Qué tipo de sociedades? ¿Qué servicios ofrecen estas empresas?

—Bueno, antes hemos estado hablando de una gestoría, pues tengo una. Tengo una agencia de trabajo temporal para personal de oficina. Y una empresa de venta de mobiliario de oficina. Y un...

—¿Usted es propietario de una empresa de mensajería?

El testigo se detuvo antes de responder. Estaba tratando de leerme la mente con dos preguntas de antelación, pero no conseguía mantenerse a mi ritmo.

—Soy uno de los inversores. No soy el único propietario.

—Hablemos de esa empresa de mensajería. ¿Cómo se llama?

—Wing Nuts Courier Services.

—¿Esta empresa tiene su sede en Los Ángeles?

—En Los Ángeles, sí, pero tiene oficinas en siete ciudades, opera en toda California y en Nevada.

—¿Qué porcentaje concreto de Wing Nuts tiene usted?

—Un porcentaje parcial. Creo que mi participación está en torno al cuarenta por ciento.

—¿Puede darnos los nombres de algunos de los demás asociados?

—Bueno, es que hay muchos. Y algunos no son personas físicas, sino que son otras empresas.

—¿Cómo AA-Best Consultants, de Brooklyn, Nueva York? Este nombre consta

en los archivos del registro mercantil en Sacramento como partícipe en Wing Nuts, ¿no es así?

Opparizio de nuevo tardó en responder. Dio la impresión de sumirse en oscuros pensamientos, hasta que el juez le instó a contestar de una vez.

—Sí, creo que es una de las empresas asociadas.

—Y bien, la documentación mercantil procedente del estado de Nueva York indica que el socio mayoritario de AA-Best es un tal Dominic Capelli. ¿Usted conoce a este hombre?

—No, en absoluto.

—¿Está diciéndonos que no conoce a uno de sus socios en Wing Nuts, señor?

—AA-Best sencillamente es uno de los socios. Y yo también. No conozco a todos los individuos vinculados a la empresa.

Freeman protestó. Y ya era hora. Llevaba por lo menos cuatro preguntas esperando a que protestara de una vez. Casi estaba mordeíndome las uñas.

—Señor juez, ¿todo esto tiene algún sentido? —preguntó.

—Yo mismo estoy empezando a preguntármelo —dijo Perry—. ¿Qué nos dice, señor Haller?

—Tres preguntas más, señoría, y la pertinencia de este interrogatorio va a estar clarísima para todos —respondí—. Pido que el tribunal sea comprensivo y me permita hacer tres últimas preguntas.

Lo dije sin dejar de mirar a Opparizio en todo momento. Estaba enviándole el mensaje. Toma ese camino ahora mismo, o el mundo entero va a enterarse de tus secretos. LeMure va a conocerlos. Lo mismo que tus accionistas. Y que el fiscal federal. Todos van a conocerlos.

—Muy bien, señor Haller.

—Gracias, señoría.

Consulté mis notas. Había llegado el momento. Si había leído bien a Opparizio, este era el momento preciso. Volví a clavar la vista en él.

—Señor Opparizio, ¿está usted al corriente de que el estado de Nueva York ha incluido el nombre de Dominic Capelli, el socio a quien dice desconocer, en un listado de...?

—¿Señoría?

Era el propio Opparizio. Acababa de dejarme con la palabra en la boca.

—Por consejo de mis abogados y acogiéndome a mis derechos y privilegios garantizados por la quinta enmienda de la Constitución de Estados Unidos y el estado de California, me niego respetuosamente a responder a esta y a otras preguntas.

Hecho.

Estaba totalmente paralizado, pero solo por fuera. La energía fluía por mi cuerpo como un grito. Casi ni escuchaba el retumbar de los murmullos en la sala. Hasta que una voz resonó a mis espaldas con firmeza.

—Señoría, solicito permiso para dirigirme al tribunal.

Me giré y vi que era Martin Zimmer, uno de los abogados de Opparizio.

A continuación oí que la voz de Freeman casi chillaba al protestar y pedir un aparte con el juez.

Pero yo tenía claro que un aparte a estas alturas no iba a servir de nada. Y lo mismo estaba diciéndose Perry.

—Señor Zimmer, puede volver a sentarse. Ahora vamos a irnos a almorzar, y espero que todos estén de vuelta a la una en punto. Desaconsejo a los miembros del jurado que hablen entre ellos de este caso o que lleguen a conclusión alguna a partir de la declaración y la petición efectuadas por el último testigo.

La sala se vació ruidosamente, porque los periodistas comentaban en voz alta lo sucedido. Cuando el último miembro del jurado terminó de salir por la puerta, fui a la mesa de la defensa y musité a Aronson al oído.

—Mejor será que esta vez me acompañes al despacho.

Aronson iba a preguntarme qué quería decir con eso, pero el juez al momento se lo aclaró.

—Quiero que la defensa y el ministerio fiscal me acompañen a mi despacho. Ahora mismo. Señor Opparizio, usted quédese donde está. Puede hablar con sus abogados, pero no abandone la sala.

Dicho esto, el juez se levantó y se encaminó hacia el despacho.

Le seguí.

A esas alturas estaba empezando a conocer casi íntimamente el mobiliario y las pinturas que decoraban las paredes del despacho del juez. Pero me decía que esta seguramente iba a ser mi última visita, y la más difícil también. Nada más entrar, el magistrado se quitó la toga y la tiró de cualquier manera sobre el perchero del rincón, en lugar de colgarla cuidadosamente en una percha, como hiciera en anteriores apartes *in camera*. A continuación se dejó caer en el asiento y suspiró ruidosamente. Se echó hacia atrás, y su mirada quedó fija en el techo. Su expresión era petulante, como si lo que más le preocupara en aquel momento fuese su propia reputación como jurista, más que hacer justicia a la víctima de un asesinato.

—Señor Haller —dijo por fin, como si estuviera liberándose de una carga muy pesada.

—¿Sí, señorita?

El magistrado se frotó la cara.

—Por favor, dígame que todo esto no lo ideó desde el principio, que su plan no era el de obligar al señor Opparizio a acogerse a la quinta enmienda ante el jurado.

—Señor juez —dije—, yo no tenía idea de que iba a acogerse a la quinta enmienda. En su momento se mostró más que dispuesto a declarar, por lo que ni por asomo pensaba que iba a hacer una cosa así. Es verdad que he estado zarandeándole un poco, pero porque quería que respondiera a mis preguntas.

Freeman sacudió la cabeza.

—¿Tiene algo que añadir, señorita Freeman?

—Señoría, yo creo que el abogado de la defensa ha tratado a este tribunal y al sistema judicial completo con auténtico menosprecio desde el comienzo mismo del juicio. Ni tan siquiera ha respondido a su última pregunta, señorita. No ha negado que fuera su plan, lo que ha dicho es que no tenía ni idea. Son dos cosas muy diferentes. El señor letrado ha intentado sabotear este juicio desde el primer día, con sus trucos sibilinos. Y hoy se ha salido con la suya. Para él, Opparizio ha sido siempre un testigo de tercera, un hombre de paja al que situar ante el jurado, con intención de acorralarlo y desacreditarlo por acogerse a la quinta enmienda. Ese has sido su plan, y si eso no es subvertir el procedimiento judicial contencioso, yo ya no sé en qué mundo vivo.

Miré a Aronson un segundo. Parecía sentirse mortificada y hasta conmovida por la argumentación de Freeman.

—Señor juez —repuse con calma—. Solo puedo responder una cosa a la señorita Freeman. Demuestrelo. Si está tan segura de que todo esto ha sido una especie de plan diabólico por mi parte, trate de demostrarlo. La verdad es, y así lo puede confirmar mi joven e idealista colega, aquí presente, que no supimos de las conexiones de Opparizio con el crimen organizado hasta hace muy poco. Mi investigador se tropezó con ellas, literalmente, mientras estudiaba las empresas de

Opparizio registradas ante la comisión de bolsa y valores. La policía y el ministerio público también tuvieron oportunidad de hacerlo, pero o bien prefirieron ignorar la cuestión o pensaron que con un culpable ya tenían bastante. Y creo que el ministerio fiscal en gran parte está molesto por eso, y no por las tácticas a las que yo pueda recurrir en la sala.

El juez seguía con la vista perdida en el techo. Hizo un gesto con la mano en mi dirección, pero no llegué a entender el significado del mismo.

—¿Señoría?

Perry se giró hacia nosotros y echó la cabeza hacia delante, para dirigirse a los tres.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer a este respecto?

Me miró a mí en primer lugar. Escudriñé el rostro de Aronson, por si se le ocurría alguna propuesta, pero tenía la expresión petrificada. Me giré hacia Perry.

—No creo que haya mucho que hacer. El testigo se ha acogido a la quinta enmienda. Con lo que su comparecencia en el juicio se ha acabado. No podemos seguir preguntándole y darle la oportunidad de acogerse a la quinta de forma selectiva, cada vez que le convenga. Se ha acogido a ella, y no hay más que hablar. Hay que pasar al siguiente testigo. Solo tengo uno más, y con él habré terminado de hacer preguntas. Puede usted contar con mi alegato de clausura para mañana por la mañana.

Freeman ya ni era capaz de seguir sentada. Se levantó y empezó a pasearse nerviosamente junto a la ventana.

—Todo esto es muy injusto y se ajusta al plan ideado por el señor Haller. Hace que comparezca el testigo que le interesa, acorrala a Opparizio para que se acoja a la quinta enmienda, y la fiscalía luego no tiene ocasión de hacer sus propias preguntas al testigo. ¿Le parece que esto tiene algo que ver con la justicia, señoría?

Perry no respondió. No era preciso que lo hiciera. Todos los presentes sabíamos que la situación resultaba injusta para la fiscalía. Freeman ahora no tenía oportunidad de contrainterrogar a Opparizio.

—Voy a ordenar a la taquígrafa judicial que elimine de las actas la declaración del testigo al completo —afirmó Perry—. Y voy a indicar al jurado que no la tome en consideración.

Freeman se cruzó de brazos y sacudió la cabeza con frustración.

—Me temo que este enorme descosido no se arregla tan fácilmente —dijo—. Señoría, esto es un completo desastre para el ministerio fiscal. Es completamente injusto.

No dije nada, pues Freeman tenía razón. Perry era muy libre de indicar a los miembros del jurado que no tomaran en consideración ni una sola de las palabras de Opparizio, pero ya era demasiado tarde. Les había llegado el mensaje, y nadie iba a poder borrarlo de sus mentes. Justo lo que me había propuesto.

—Por desgracia, no veo alternativa —dijo el juez—. Ahora salgamos a almorzar,

más tarde volveré a pensar en esta cuestión. Sugiero que ustedes tres hagan lo mismo. Si se les ocurre alguna nueva propuesta antes de la una, les escucharé con atención.

Nadie dijo nada. Era difícil de creer que hubiésemos llegado a ese punto. Que el final del caso estuviera a la vista. Y que todo hubiera sucedido exactamente según el plan.

—Eso significa que ya pueden irse —indicó Perry—. Voy a comunicar al alguacil que el señor Opparizio ha sido liberado de su condición de testigo. Lo más probable es que todos esos periodistas estén esperándole apiñados en el pasillo, dispuestos a devorarlo. Y que seguramente considere que usted es el culpable, señor Haller. Sugiero que no se acerque demasiado a él mientras permanezca en el juzgado.

—Sí, señoría.

Perry echó mano al teléfono para llamar al alguacil. Salimos los tres. Seguí a Freeman por el pasillo en dirección a la sala. Ya me lo esperaba cuando se giró hacia mí con la indignación más absoluta y transparente en la mirada.

—Ahora ya lo sé, Haller.

—¿Ahora ya sabe el qué?

—Por qué Maggie y usted no van a volver a estar juntos nunca.

Lo que me hizo refrenar el paso. Aronson vino por detrás y se puso a mi altura. Freeman nos dio la espalda y siguió su camino.

—Eso ha sido un golpe bajo, Mickey —dijo Aronson.

Miré a Freeman, quien salió a la sala por la puerta.

—No —dije—. No lo ha sido.

Hice salir al estrado al último testigo de la defensa, mi investigador de confianza. Dennis «Cisco» Wojciechowski compareció después del almuerzo, una vez que el juez hubo indicado a los miembros del jurado que había ordenado borrar de las actas la declaración entera de Louis Opparizio. Cisco tuvo que deletrearle el apellido dos veces a la taquígrafa, pero eso era de esperar. Efectivamente, llevaba puesta la misma camisa del día anterior, aunque sin americana ni corbata. La luz de los fluorescentes del techo hacía que las cadenas de tinta negra que rodeaban sus bíceps fueran claramente visibles a través de las ceñidas mangas de la camisa azul pálido.

—Voy a dirigirme a usted como Dennis, si no hay problema —dije—. Para facilitarle el trabajo a la taquígrafa judicial.

En la sala se oyeron algunas risas apagadas.

—No hay problema —respondió el testigo.

—Y bien, usted trabaja como investigador en mi bufete de abogados, ¿no es así, Dennis?

—Sí, eso es.

—Y ha estado trabajando para la defensa en la investigación del asesinato de Mitchell Bondurant, ¿correcto?

—Correcto. He estado basándome en la investigación de la policía. Revisando los atestados para comprobar si habían olvidado algo, o si se equivocaron interpretando algo.

—¿Ha estado trabajando a partir de los atestados policiales y otros informes de investigación entregados a la defensa por el ministerio público?

—Sí, eso es.

—En unos de estos atestados aparecía un listado de matrículas de automóvil, ¿correcto?

—Correcto. En el aparcamiento del WestLand National hay una cámara sobre la entrada para vehículos. Los inspectores Kurlen y Longstreth estudiaron las grabaciones y anotaron las matrículas de todos los coches que entraron en el aparcamiento entre las siete, la hora de apertura, y las nueve, cuando la muerte del señor Bondurant ya era conocida. A continuación comprobaron los números de matrícula en las bases de datos de los diversos cuerpos policiales para determinar si alguno de los propietarios tenía antecedentes o era sospechoso por algún motivo.

—¿Efectuó la policía alguna otra investigación a partir de este listado?

—Según los informes, no.

—Y bien, Dennis, dice usted que se ha basado en las investigaciones de la propia policía. ¿Es que comprobó personalmente las matrículas que constaban en este listado?

—Sí. En los setenta y ocho casos. Hice todo lo que pude, pues no tenía acceso a las bases de datos que acabo de mencionar.

—¿Alguna de esas matrículas le llamó la atención en particular? ¿O llegó a la misma conclusión que los inspectores Kurlen y Longstreth?

—Lo cierto es que uno de los coches me resultó particularmente interesante. Así que seguí investigando.

Pedí autorización para entregar al testigo una copia del listado de las setenta y ocho matrículas. El juez me lo concedió. Cisco sacó las gafas de leer del bolsillo de la camisa y se las puso.

—¿Cuál fue la matrícula que despertó su interés?

—W-N-U-T-Z-nueve.

—¿Y por qué despertó su interés?

—Porque en el momento de mirar el listado, nosotros ya habíamos hecho averiguaciones en otros sentidos. Y sabía que Louis Opparizio era uno de los socios de una empresa llamada Wing Nuts. Me dije que igual había una relación con el vehículo que tenía esa matrícula.

—¿Y qué fue lo que encontró?

—Que el coche estaba a nombre de Wing Nuts, una empresa de mensajería participada por Louis Opparizio.

—Tengo que insistir. ¿Por qué este dato resultaba interesante?

—Bueno, como he dicho, yo tenía la ventaja del tiempo. Kurlen y Longstreth hicieron el listado el mismo día del asesinato. Y no conocían otros factores o individuos vinculados al caso. Yo miré este listado bastantes semanas más tarde. Y por entonces sabía que la víctima, el señor Bondurant, había enviado una carta de tipo incendiario al señor Opparizio y...

Freeman protestó a esta descripción de la misiva, y el juez hizo que eliminaran de las actas las palabras «de tipo incendiario». Invité a Cisco a continuar.

—Desde nuestro punto de vista, esa carta indicaba que Opparizio era una persona de interés, así que me puse a hacer averiguaciones sobre sus antecedentes. Vi que uno de sus socios en Wing Nuts era un hombre llamado Dominic Capelli. Y los organismos policiales del estado de Nueva York tienen claro que Capelli está asociado a un grupo criminal organizado, dirigido por un individuo llamado Joey Giordano. Capelli también está conectado con otros elementos dudosos y...

Freeman volvió a protestar, y el juez le dio la razón. Adopté mi mejor expresión de frustración, como si el magistrado y la fiscal se hubieran aliado para evitar que el jurado llegara a saber la verdad.

—Muy bien, volvamos al listado y su significado. ¿Qué decía el listado sobre el automóvil propiedad de Wing Nuts?

—Que el coche entró en el aparcamiento a las ocho y cinco.

—¿Y a qué hora se fue?

—La cámara de la puerta de salida indicaba que a las ocho y cincuenta.

—De forma que este vehículo entró en el aparcamiento antes del asesinato y se fue después del asesinato. ¿Correcto?

—Correcto, sí.

—Y dice usted que el vehículo estaba a nombre de una firma participada por un hombre con lazos directos con el crimen organizado. ¿También es correcto?

—También es correcto.

—Muy bien. ¿Se le ocurrió pensar si la presencia en el aparcamiento del coche propiedad de Wing Nuts tenía alguna posible explicación?

—Por supuesto. Esta empresa se dedica a la mensajería. Y ALOFT recurre a Wing Nuts de forma habitual para enviar documentos al WestLand National. Pero me llamó la atención que el coche llegara a las ocho y cinco y se marchara antes de las nueve, la hora de apertura del banco.

Miré a Cisco un largo instante. El instinto me decía que le había sacado todo cuanto precisaba. Aún quedaba carne en los huesos, pero a veces es mejor apartar el plato. A veces es preferible que sea el propio jurado el que se formule la pregunta inevitable.

—No tengo más que añadir —dije.

Mis preguntas habían sido muy precisas, limitadas a la cuestión de la matrícula. Así que Freeman no tenía mucho con que trabajar cuando le llegó el turno de preguntar a Cisco. Sin embargo, se las arregló para apuntarse un tanto al hacer que Cisco reconociera que el WestLand National solo ocupaba tres plantas de un edificio de diez pisos. Era posible que el coche de Wing Nuts fuera a hacer una entrega a cualquier otra oficina del edificio, lo que explicaría su presencia en el aparcamiento antes de que el banco abriera sus puertas.

Me dije que si existía un registro de entrega a otra de las oficinas en el edificio, Freeman sin duda lo sacaría a relucir —acaso con la mágica ayuda de la gente de Opparizio— si al final se producía una impugnación.

Al cabo de media hora, la fiscal tiró la toalla y se sentó. El juez me preguntó si iba a llamar a otro testigo.

—No, señoría —respondí—. La defensa ha hecho comparecer a todos sus testigos.

El magistrado hizo salir a los miembros del jurado, después de citarlos en la sala de reunión a las nueve de la mañana siguiente. Una vez se hubieron ido, Perry encaró los preparativos para el final del juicio y nos preguntó si pensábamos llamar a declarar a eventuales testigos de refutación. Respondí que no. Freeman dijo que quería reservarse el derecho a llamar a testigos de refutación por la mañana.

—Muy bien, en tal caso reservaremos la sesión de la mañana a las declaraciones de los testigos de refutación, si es que los hay —indicó Perry—. Empezaremos con los alegatos de clausura nada más volver del almuerzo, y tendrán un límite de una hora cada uno para exponer sus argumentaciones. Con un poco de suerte, y si no hay más sorpresas, el jurado empezará a deliberar mañana a esta misma hora.

Perry se marchó, y volví a la mesa de la defensa, a la que estaban sentadas Aronson y Trammel. Lisa puso su mano sobre la mía.

—Lo han hecho fantásticamente bien —dijo—. Todo ha ido de forma fantástica esta mañana. Creo que el jurado está empezando a comprender. Me he fijado bien en sus caras. Y me parece que ahora saben la verdad.

Miré a Trammel y, después, a Aronson, dos expresiones totalmente diferentes en sus rostros.

—Gracias, Lisa. Me temo que no falta mucho para que lo sepamos.

Por la mañana, Andrea Freeman me sorprendió por no haber preparado sorpresa alguna. De pie frente al juez, indicó que no iba a llamar a ningún testigo de refutación. La fiscalía efectuaría más tarde su alegato de clausura.

Me pareció realmente extraño. Había llegado al juzgado convencido de que Freeman aparecería con un último as en la manga. Un testigo que explicase la presencia del coche de Wing Nuts en el aparcamiento del banco, o quizá un antiguo jefe de Driscoll que lo pusiera a parir, o incluso un experto en desahucios que contradijera las explicaciones de Aronson. Pero nada. Freeman había pasado página.

Iba a basar su alegato final en la sangre. Con *Bolero* o sin él, la fiscal iba a argumentarlo todo centrándose en el único aspecto del juicio que resultaba incontrovertible: la sangre.

El juez Perry suspendió la sesión de la mañana para que los letrados pudieran trabajar en sus respectivos alegatos de clausura, mientras él preparaba en su despacho las instrucciones al jurado, las indicaciones finales que sus miembros iban a tener que seguir durante las deliberaciones.

Llamé a Rojas e hice que me recogiera en Delano. No quería volver a la oficina. Demasiadas distracciones. Le pedí que condujera sin rumbo, abrí mis carpetas y revisé mis anotaciones en la parte trasera del Lincoln, donde siempre me resultaba más fácil pensar y preparar mis argumentaciones.

La sesión se reanudó a la una en punto. Como siempre sucede en el sistema de justicia penal, el ministerio público llevaba las de ganar a la hora de presentar los alegatos de clausura. La fiscal iba a ser la primera y la última en hablar. La defensa tenía que contentarse con hacerlo en medio.

Me pareció que Freeman iba a ajustarse al formato habitual en los alegatos finales de la fiscalía. Dedicar la primera parte a la reconstrucción de los hechos conocidos y la segunda a apelar a las emociones del jurado.

Fue desgranando las pruebas contra Lisa Trammel, sin dejarse en el tintero nada de lo presentado desde el comienzo del juicio. La exposición resultaba árida pero acumulativa. Se refirió a los medios y al motivo, y lo enmarcó todo con la sangre. El martillo, los zapatos, los análisis de ADN aceptados por la defensa.

—Desde el primer momento les dije que la sangre iba a ser la explicación de este caso —indicó—. Y en esto estamos. Pueden descartar todo lo demás, pero las pruebas de sangre justifican un voto de culpabilidad. Estoy segura de que van a hacer caso a sus conciencias y van a verlo con claridad.

Tomó asiento, y llegó mi turno. Me situé ante la tribuna del jurado y me dirigí a ellos directamente. Pero no estaba solo. El juez Perry me había dado su permiso, por lo que Manny se encontraba a mi lado. El silencioso compañero de fatigas de la doctora Shamiram Arslanian estaba erguido, con el martillo sujeto en lo alto de la bóveda craneal y la cabeza echada hacia atrás y mirando hacia arriba, en el ángulo

inusual que posibilitaría que una persona de la estatura de Lisa Trammel hubiera asestado el golpe mortal.

—Señoras y señores del jurado —empecé—. Tengo buenas noticias para todos. Es de prever que al final de la jornada nos hayamos ido de aquí y podamos retomar nuestras vidas. Les doy las gracias por su paciencia y atención durante el juicio, así como por su consideración de las pruebas materiales. No voy a extenderme mucho, porque quiero que estén en sus casas lo antes posible. Y hoy lo tenemos fácil, o eso me parece. Hoy vamos a poner la directa. Creo que este caso es de los que se resuelven con una deliberación de cinco minutos. En este caso, la duda razonable resulta más que evidente, por lo que tengo claro que llegarán a emitir un veredicto por unanimidad durante la primera votación.

Pasé a hablar de las pruebas aportadas por la defensa y de las contradicciones y deficiencias en la alegación de la fiscalía. Formulé las preguntas que habían quedado sin respuesta. ¿Cómo se explicaba que el maletín estuviera abierto? ¿Cómo se explicaba que el martillo hubiera aparecido tanto tiempo después? ¿Cómo se explicaba que la puerta del garaje de Lisa Trammel no estuviera cerrada con llave? ¿Por qué querría matar a Bondurant una persona que tenía todas las de ganar en un caso de desahucio?

Esto me llevó al motivo central de mi alegato: el maniquí.

—La demostración llevada a cabo por la doctora Arslanian desmiente las argumentaciones de la fiscalía. Sin necesidad de considerar otros aspectos, Manny ya da pie a una duda razonable. Las lesiones en las rodillas de la víctima nos dicen que estaba de pie cuando le propinaron el golpe mortal. Y si se encontraba de pie, esta es la única postura que podía mantener en caso de que Lisa Trammel fuera la asesina: con la cabeza echada hacia atrás y mirando al techo. Tienen que preguntarse si una cosa así es posible. ¿Es probable? ¿Cómo se explica que Mitchell Bondurant estuviera mirando hacia arriba? ¿Qué era lo que estaba mirando?

Me detuve en este punto, con una mano en el bolsillo, en gesto de seguridad en mí mismo. Escudriñé las miradas de los miembros del jurado. Todas estaban fijadas en el maniquí. A continuación llevé la mano al mango del martillo y, con cuidado, lo fui empujando hacia arriba, hasta que la cara de plástico miró al frente con normalidad y el mango se encontró en un ángulo de noventa grados, fuera del alcance de la pequeña Lisa Trammel.

—Señoras y señores, la respuesta es que no estaba mirando hacia arriba, porque no fue Lisa Trammel quien cometió este crimen. Lisa Trammel estaba conduciendo de vuelta a casa con su café cuando otra persona ejecutó lo planeado y eliminó la amenaza que Mitchell Bondurant suponía para un tercero.

Una nueva pausa, para que lo asimilaran bien.

—Mitchell Bondurant había despertado las iras de un tigre al enviar esa carta a Louis Opparizio. Fuera su intención o no, la carta constituía una amenaza para los dos elementos que daban al tigre su fuerza y su fiereza: el dinero y el poder. La

amenaza iba más allá de Louis Opparizio y de Mitchell Bondurant. La amenaza se cernía sobre un acuerdo comercial importantísimo, y en consecuencia había que hacer algo al respecto.

»Y lo hicieron. Decidieron que Lisa Trammel iba a ser el chivo expiatorio. Los que cometieron este crimen sabían quién era, habían estado espiando sus movimientos y se decían que en principio tenía un motivo plausible. Lisa era la perfecta cabeza de turco. Nadie la creería cuando protestase y se declarase inocente. Ni por asomo. Establecieron un plan y lo llevaron a cabo de forma eficiente y despiadada. Mitchell Bondurant yacía cadáver en el suelo de hormigón del aparcamiento, con el maletín abierto a su derecha. Y la policía hizo acto de presencia y dio por bueno el montaje urdido por los criminales.

Sacudí la cabeza con horror, como si estuviera cargando con el disgusto del mundo entero.

—La policía tenía los ojos vendados. Como esos caballos a los que ponen unas anteojeras para que solo vean la pista por la que tienen que correr. La policía solo veía la pista que conducía a Lisa Trammel, y no iba a ver nada más. Lisa Trammel, Lisa Trammel, Lisa Trammel... Pero ¿y ALOFT? ¿Y las decenas de millones de dólares que Mitchell Bondurant ponía en peligro? No, eso no interesaba. Lisa Trammel, Lisa Trammel, Lisa Trammel. Había que atenerse al camino prefijado y no desviarse ni un milímetro.

Callé y me paseé ante el jurado. Por primera vez, eché un vistazo a la sala. Estaba llena hasta los topes; incluso había gente de pie en la parte del fondo. Vi que Maggie McPherson estaba allí, con mi hija a su lado. Me quedé paralizado por la sorpresa durante una fracción de segundo, pero conseguí disimular. Me sentía bien cuando me giré hacia el jurado y pasé a exponer mi última consideración.

—Pero ustedes tienen ante sus ojos lo que la policía no pudo o no quiso ver. Se dan cuenta de que la policía seguía la pista equivocada. Están viendo que la policía fue manipulada de forma habilidosa. Están viendo la verdad.

Señalé el maniquí.

—Las pruebas materiales aportadas por el ministerio fiscal no son convincentes. Las pruebas circunstanciales tampoco lo son. Su alegato no resulta convincente en vista de los hechos. En este caso se da una más que evidente duda razonable. El sentido común así se lo dice a todos ustedes. Por eso les pido que dejen a Lisa Trammel en libertad. Que la dejen volver a su casa. Es lo que dicta la conciencia.

Les di las gracias y fui andando hacia la mesa de la defensa. Di un toquecito a Manny en el hombro cuando pasé por su lado. Según lo convenido, Lisa Trammel me agarró y apretó el brazo cuando tomé asiento a su lado. Y musitó la palabra «gracias» de un modo que el jurado lo vio con claridad.

Llevé la mano bajo la mesa y consulté mi reloj de pulsera. Vi que el alegato de clausura solo me había llevado veinticinco minutos. Antes de pasar a la segunda parte de su alegato final, Freeman pidió al juez que me ordenara retirar el maniquí de la

sala. El juez así me lo indicó, y me levanté de la silla.

Llevé el maniquí hasta un lado de la sala, donde me encontré con Cisco.

—Ya me encargo yo, jefe —me susurró—. Ahora mismo lo saco a la calle.

—Gracias.

—Y buen trabajo.

—Gracias.

Freeman salió a exponer la segunda parte de su alegato final. No perdió un instante en contrarrestar los argumentos de la defensa.

—No tengo intención de usar elementos de atrezo para confundirles. No voy a referirme a supuestas conspiraciones o asesinatos anónimos o desconocidos. Porque cuento con los hechos y las pruebas que demuestran más allá de toda duda razonable que Lisa Trammel asesinó a Mitchell Bondurant.

Y eso no fue más que el comienzo. Freeman dedicó toda la intervención a martillar los argumentos de la fiscalía y a insistir en la relevancia de las pruebas que ella había aportado. El suyo fue un alegato final más bien rutinario y ramplón. Se limitó a enumerar los hechos —o los supuestos hechos— de forma insistente y machacona. No lo hizo mal del todo, pero tampoco demasiado bien. Vi que algunos miembros del jurado tenían la mirada distraída, lo que podía ser interpretado de dos maneras. La primera: la fiscal no les estaba convenciendo. La segunda: ya les había convencido antes, por lo que no necesitaban oírlo todo de nuevo.

Freeman fue subiendo de tono, hasta llegar al clímax de su alegato, un previsible resumen del poder y la capacidad del ministerio fiscal para garantizar un juicio justo.

—En este caso, los hechos son inalterables. Los hechos no mienten. Las pruebas indican con claridad que la acusada estuvo esperando a Mitchell Bondurant escondida tras una columna en el aparcamiento. En su martillo y en su zapato aparecieron muestras de sangre de la víctima. Estamos hablando de hechos, señoras y señores. De hechos incuestionables. De pruebas muy concretas que apuntan en una misma dirección. De pruebas que demuestran más allá de toda duda razonable que Lisa Trammel mató a Mitchell Bondurant. Que le sorprendió por la espalda y le golpeó con el martillo de forma despiadada. Que incluso volvió a golpearle cuando ya estaba muerto y en el suelo. No sabemos con exactitud en qué posición se encontraban él o ella. La acusada es la única que lo sabe. Pero sí sabemos que fue ella quien cometió el crimen. Las pruebas materiales solo apuntan en su dirección.

Como era de esperar, Freeman no pudo reprimirse y señaló con el dedo a mi cliente.

—Ella, Lisa Trammel. Es la autora del crimen, pero ahora se esconde tras las argucias de su abogado y les pide que no la consideren culpable. No le den esa satisfacción. Hagan justicia a Mitchell Bondurant. Declárenla culpable de su asesinato. Gracias.

Freeman tomó asiento. Valoré su alegato final con un bien, pero me decía que el mío se merecía un sobresaliente. Egocéntrico que es uno. Y sin embargo, al

ministerio fiscal solía bastarle con un suficiente para ganar un juicio. La fiscalía siempre juega con ventaja, y el trabajo de la defensa muchas veces no basta para superar esa ventaja.

El juez Perry pasó a leer sus instrucciones al jurado. Estas no solo abarcaban las normas a seguir durante la deliberación, sino que también incluían instrucciones específicamente vinculadas al caso que nos ocupaba. Puso especial atención en lo referente a Louis Opparizio e indicó que el jurado estaba obligado a hacer caso omiso de su declaración.

Las instrucciones del juez ocuparon casi tanto tiempo como mi propio alegato de clausura, pero finalmente, justo después de las tres, Perry ordenó que los doce miembros del jurado fueran a la sala de deliberación para empezar con su labor. Les vi salir en fila india por la puerta con el ánimo relajado, aunque sin tenerlas todas conmigo. Había llevado a cabo la mejor de las defensas posibles. Estaba claro que había quebrantado unas cuantas normas y llevado las cosas al límite más de una vez. Incluso me había puesto en riesgo a mí mismo. Ateniéndome a las leyes, pero también por un motivo más peligroso. Me había arriesgado al creer en la posibilidad de que mi cliente fuera inocente.

La puerta de la sala de deliberación se cerró tras los miembros del jurado; miré a Lisa. En sus ojos no vi miedo, y volví a decirme que era inocente. Estaba segura de cuál iba a ser el veredicto. Su expresión lo dejaba muy claro.

—¿Qué piensas? —me susurró Aronson al oído.

—Que estamos al cincuenta por ciento, y que más no podemos pedir, sobre todo en un caso de asesinato. Ya veremos.

El juez suspendió la sesión después de asegurarse de que su secretario tomase todos nuestros números de contacto y de ordenarnos que permaneciéramos a menos de un cuarto de hora de distancia del juzgado, por si el jurado llegaba a un acuerdo. Mi despacho se encontraba dentro de ese radio, por lo que fuimos hacia allí. Me sentía optimista y magnánimo, por eso incluso le dije a Lisa que Herb Dahl podía acompañarnos. Tenía claro que más tarde o más temprano tendría que informarle del papel desempeñado por su ángel guardián, pero eso se lo explicaría en otro momento.

Cuando el grupo de la defensa salió a la antesala, los periodistas se nos echaron encima y, a gritos, nos pidieron declaraciones a Lisa y a mí. Entre la multitud vi a Maggie apoyada contra la pared, y a mi hija sentada en un banco a su lado, enviando un mensaje de texto por el móvil. Indiqué a Aronson que se ocupara de los periodistas y me preparé para escabullirme.

—¿Yo? —apuntó Aronson.

—Ya sabes lo que tienes que decir. Sencillamente, no dejes que Lisa responda. No hasta que tengamos un veredicto.

Saludé con la mano a un par de periodistas rezagados y llegué junto a Maggie y Hayley. Hice una rápida finta a un lado, me giré y besé a mi hija en la mejilla antes de que pudiera esquivarme.

—¡Papaaaá...!

Me enderecé y miré a Maggie. En su rostro había una pequeña sonrisa.

—Por lo que veo, has ido a recogerla al colegio —dije.

—He pensado que tenía que estar aquí.

Era una concesión importante.

—Gracias —dije—. Y bueno, ¿qué piensas?

—Lo que pienso es que podrías vender hielo a los esquimales.

Sonreí.

—Pero eso no quiere decir que vayas a ganar —agregó.

Fruncí el ceño.

—Pues muchas gracias.

—Y bien, ¿qué quieres que te diga? Soy una fiscal. No me gusta ver que una persona culpable se va de rositas.

—Bueno, eso no es un problema en este caso.

—Supongo que cada uno cree en lo que tiene que creer.

Volví a sonreír. Miré a mi hija y vi que estaba escribiendo otro mensaje de texto. Como de costumbre, no hacía el menor caso a nuestra conversación.

—¿Freeman habló contigo anoche?

—¿Te refieres al quinto testigo que sacaste a declarar? Sí. Tú no juegas limpio, Haller.

—Porque la partida está amañada. ¿Freeman te contó lo que me dijo después?

—No. ¿Qué te dijo?

—Da igual. Pero estaba equivocada.

Maggie frunció el entrecejo. Le picaba la curiosidad.

—Luego te lo cuento —dije—. Ahora nos vamos al despacho a esperar. ¿Quieres venir con nosotros?

—No, es mejor que me vaya a casa con Hayley. Tiene que hacer los deberes.

El móvil vibró en mi bolsillo. Lo saqué y miré. En la pantalla se leía: TRIBUNAL SUPERIOR DE LOS ÁNGELES

Respondí a la llamada. Era el secretario del juez Perry. Escuché lo que tenía que decirme y colgué. Miré a mi alrededor para asegurarme de que Lisa Trammel seguía por allí.

—¿De qué se trata? —preguntó Maggie.

Miré a mi exmujer.

—El jurado ya ha emitido su veredicto. En cuestión de cinco minutos.

Quinta parte
La hipocresía de la inocencia

Se presentaron en tropel, procedentes de todo el sur de California, atraídos por los cantos de sirena colgados en Facebook. Lisa Trammel había anunciado la celebración de la fiesta la mañana posterior al veredicto, y el sábado por la tarde había colas de hasta diez personas para comprar bebidas en las distintas barras. Portaban banderas con las barras y las estrellas, e iban vestidos de rojo, blanco y azul. La lucha contra los desahucios, tras el martirio judicial de la líder, resultaba hoy una causa todavía más patriótica. Ante cada una de las puertas de la casa y dispersos en los dos patios se habían colocado cubos para que los asistentes dejaran sus donaciones: el dinero recaudado serviría para sufragar los gastos de Trammel y continuar con la lucha común. Insignias de FLAG por un dólar, camisetas estampadas de algodón por diez. Y todo aquel que quisiera una foto con Lisa debía efectuar una donación mínima de veinte dólares.

Pero nadie se quejaba. Sometida a la ordalía de las falsas acusaciones, Lisa Trammel había superado la prueba sin daños aparentes y estaba empezando a dejar de ser una activista para convertirse en un icono. Y no es que le desagradase ese cambio. Corría el rumor de que Julia Roberts estaba interesada en interpretar su papel en la película.

Mis colaboradores y yo nos encontrábamos en el patio trasero, en torno a una mesa de picnic y bajo una sombrilla. Es lo bueno de ser puntual. Cisco y Lorna bebían latas de cerveza, mientras que Aronson y yo nos contentábamos con agua mineral. En la mesa se palpaba una cierta tensión, e intuí que tenía algo que ver con el hecho de que Cisco se hubiera quedado con Aronson hasta muy tarde en el Four Green Fields el lunes por la noche, después de que yo me marchara con Maggie «la Fiera».

—Por Dios... Fijaos en esta gente —apuntó Lorna—. ¿Es que no saben que un veredicto de no culpabilidad no significa necesariamente que Lisa sea inocente?

—Esas no son formas, Lorna —dije—. No es muy elegante decir una cosa así, y menos de una cliente nuestra.

—Ya.

Frunció el ceño y negó con la cabeza.

—¿Es que no crees en su inocencia, Lorna?

—A ver, no me digas que tú te la crees.

Me alegré de haberme puesto gafas de sol. No quería revelar lo que pensaba al respecto. Me encogí de hombros como si no lo supiera o me diera lo mismo.

Pero no me daba igual. Y es que uno tiene que vivir en paz consigo mismo. Saber que era muy posible que Lisa Trammel en realidad no hubiera cometido el crimen, hacía que por las mañanas me sintiera mucho mejor al mirarme al espejo.

—Pero bueno, voy a decirte una cosa —indicó Lorna—. Nuestro teléfono no para de sonar desde que conseguimos el veredicto de no culpabilidad. En los próximos

meses vamos a tener muchísimo trabajo.

Cisco asintió con la cabeza. Era un hecho. Parecía que todo acusado de cometer un crimen en la ciudad estaba empeñado en contratarme. Sería una noticia excelente si deseara que las cosas siguieran como hasta entonces.

—¿Viste a cuánto se cotizaba la acción de LeMure en NASDAQ ayer por la tarde? —preguntó Cisco.

Le miré con sorpresa.

—¿Es que ahora te dedicas a seguir la bolsa de Wall Street?

—Solo quería ver si alguien se había fijado, y parece que así ha sido. Las acciones de LeMure han perdido el treinta por ciento de su valor en dos días. No les ayudó que el *Wall Street Journal* publicara un artículo conectando a Opparizio con Joey Giordano y especulando sobre cuántos de los sesenta y un millones de dólares fueron a parar a los bolsillos de la mafia.

—Todos, seguramente —dijo Lorna.

—Pero, Mickey —terció Aronson—. ¿Cómo lo sabías?

—¿El qué?

—Que Opparizio se acogería a la quinta enmienda.

Me encogí de hombros otra vez.

—No lo sabía. Simplemente pensé que si se daba cuenta de que sus conexiones iban a salir a la luz durante el juicio, quizá trataría de evitarlo de la única forma posible. Acogiéndose a la quinta enmienda.

Aronson me miró con expresión de no estar muy convencida. Aparté la mirada y contemplé el jardín lleno de gente. El hijo de mi cliente estaba sentado en una mesa cercana, en compañía de la hermana de Lisa. Ambos parecían aburridos, como si estuvieran ahí por obligación. Junto al pequeño huerto delimitado por las viejas traviesas del ferrocarril había un gran grupo de niños. Situada en el centro del círculo, una mujer estaba repartiendo caramelos. La mujer iba vestida de rojo, blanco y azul, y llevaba puesto un sombrero como el del Tío Sam.

—¿Cuánto tiempo tenemos que quedarnos, jefe? —preguntó Cisco.

—Hoy no trabajas —le recordé—. Solo pensé que estaría bien que nos acercásemos un momento.

—Yo me quiero quedar —dijo Lorna, seguramente para fastidiarle—. Quizá aparezca alguien de Hollywood.

Unos minutos después, la protagonista de la fiesta salió por la puerta posterior, seguida de un periodista y un cámara. Situaron a Lisa Trammel con los chiquillos al fondo y la entrevistaron brevemente. No me molesté en escucharla. Ya había oído y leído la misma entrevista demasiadas veces los últimos dos días.

Al acabar la entrevista, Lisa dejó a los periodistas a su espalda, estrechó unas cuantas manos y posó para varias fotos. Finalmente fue hacia nuestra mesa, deteniéndose un momento para acariciar el cabello de su hijo.

—Aquí están —dijo al llegar—. ¡Los vencedores! ¿Cómo están los chicos de la

defensa?

Me las compuse para sonreír.

—Bien, Lisa, bien. Tiene buen aspecto. ¿Por dónde anda Herb?

—No lo sé. Ya tendría que haber llegado.

—Qué lástima —dijo Cisco—. Vamos a echarle en falta.

Lisa no pareció percatarse del sarcasmo.

—Una cosa, Mickey. Después voy a tener que hablar con usted —dijo—. No sé en qué programa de televisión aparecer, si en *Good Morning America* o en *Today*, y quiero que me dé su opinión. Ambos insisten en entrevistarme la semana que viene, pero tengo que escoger, porque ninguno está dispuesto a ser el segundón.

Hice un gesto distraído con la mano, como si la respuesta no me importara.

—No sé. Supongo que Herb podrá ayudarla a decidirlo. El experto en los medios de comunicación es él.

Lisa miró hacia el grupo de niños. En su rostro apareció una sonrisa.

—Ah, tengo una cosa para esos chavales. Discúlpeme un momento.

Se marchó a paso rápido y rodeó una de las esquinas de la casa.

—Salta a la vista que Lisa está disfrutando a lo grande con todo esto —comentó Cisco.

—A mí también me pasaría —dijo Lorna.

Miré a Aronson.

—¿Cómo es que no dices nada?

Se encogió de hombros.

—No sé qué decirte. No estoy tan segura de que me guste esto del derecho penal. Si aceptas representar a alguno de esos individuos que han estado llamándote, creo que prefiero seguir trabajando en los casos de desahucio. Si te parece bien.

Asentí con la cabeza.

—Creo que sé cómo te sientes. Puedes continuar llevando los desahucios, si es lo que quieres. Ahí vamos a seguir teniendo mucho trabajo mientras tipos como Opparizio continúen en el negocio. Pero voy a decirte una cosa: esa sensación que ahora tienes acabará desapareciendo. Créeme, Bullocks, sé de lo que hablo.

No respondió, ni a que me hubiera dirigido a ella otra vez por el apodo, ni a nada de lo que le había dicho. Me giré a mirar el jardín otra vez. Lisa estaba de vuelta, haciendo rodar por el suelo la bombona de helio que había ido a buscar al garaje. Pidió a los niños que se acercaran y empezó a llenar los globos con el gas. El cámara de televisión se acercó para recoger la escena, que sería perfecta para los informativos de última hora de la tarde.

—¿Vosotros qué pensáis? —apuntó Cisco—. ¿Está inflando esos globos para los niños? ¿O para la cámara?

—¿La pregunta va en serio? —dijo Lorna.

Lisa retiró de la bombona un globo de color azul y lo anudó, habilidosa, con un cordel. Se lo entregó a una niña de unos seis años de edad, quien agarró el cordel y

dejó que el globo se elevara un par de metros sobre su cabeza. La pequeña sonrió y levantó la vista para mirar su nuevo juguete. Y en ese momento comprendí qué era lo que Mitchell Bondurant estaba mirando cuando Lisa le golpeó con el martillo.

—Sí que lo hizo —musité entre dientes.

Sentí que el fuego de un millón de conexiones sinápticas ardía bajo mi cuello y a lo largo de mis hombros.

—¿Qué es lo que has dicho? —apuntó Aronson.

La miré, pero no respondí, y volví a clavar los ojos en mi cliente. Llenó de gas otro de los globos, anudó el extremo y se lo entregó a un niño. Volvió a pasar lo mismo. El niño agarró el cordel y alzó el alegre rostro para mirar el globo rojo. Una respuesta instintiva, natural. La de mirar hacia el globo que se elevaba.

—Oh, por Dios... —dijo Aronson.

También acababa de sumar dos y dos.

—Lo hizo exactamente de esa manera.

Cisco y Lorna también se habían girado hacia mí.

—La testigo dijo que Lisa iba por la acera cargando con una gran bolsa de la compra —dijo Aronson—. Lo bastante grande para llevar un martillo, sí, pero también para llevar escondidos un par de globos.

Continué con la explicación.

—Lisa entra en el garaje de tapadillo y deja los globos sobre la plaza de aparcamiento de Bondurant. Quizá con una nota pegada a cada cordel, para que Bondurant se fije en ellos.

—Sí —convino Cisco—. Como viniendo a decir: prepárate para salir volando en globo.

—Se esconde tras la columna y se mantiene a la espera.

—Y cuando Bondurant mira hacia los globos —concluyó Cisco—, ¡pum!, le suelta el martillazo en la cabeza.

Asentí con un gesto.

—Y los dos estallidos que alguien tomó por disparos y que luego se descartaron como el petardeo del tubo de escape de un motor no fueron ni lo uno ni lo otro —dije—. Lisa reventó los dos globos mientras salía del aparcamiento.

En la mesa se hizo un silencio ominoso. Hasta que Lorna lo rompió.

—Un momento. ¿Estáis diciendo que Lisa lo planeó todo de esa manera? ¿Pensando que si golpeaba a Bondurant en lo alto del cráneo, el jurado la declararía no culpable?

Negué con la cabeza.

—No, eso fue pura suerte. Lo único que quería era distraer a Bondurant un momento, lo suficiente. Se valió de los globos para distraerle y poder sorprenderle por la espalda. Lo demás fue pura chiripa... Una circunstancia que el abogado defensor supo cómo utilizar.

No me sentía con fuerzas para mirar a mis compañeros. Mis ojos fueron a Lisa,

que seguía hinchando globos y más globos.

—Entonces... Hemos contribuido a que se vaya de rositas.

Lorna lo afirmó. No era una pregunta.

—Y a Lisa no pueden juzgarla dos veces por la misma causa —observó Aronson—. Eso es legalmente imposible.

Como si nos hubiera oído, Lisa nos miró mientras terminaba de anudar el extremo de otro globo más, blanco esta vez. Se lo dio a otro de los niños.

Y me sonrió.

—Cisco, ¿a cuánto están cobrando la cerveza?

—A cinco dólares la lata. Un abuso.

—Mickey, no lo hagas —dijo Lorna—. No vale la pena. Siempre has sido muy bueno, Mickey.

Aparté la vista de mi cliente y miré a Lorna.

—¿Bueno? ¿Estás diciéndome que soy uno de los buenos de la película?

Me levanté, les dejé allí sentados y fui hacia la barra que había en el jardín posterior. Me puse a la cola. Esperaba que Lorna me siguiera, pero fue Aronson quien vino.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —me dijo en voz muy baja—. Dijiste que no me podía permitir tener conciencia. ¿Me estás diciendo que tú sí?

—No lo sé —musité—. Lo único que sé es que Lisa me ha manipulado como a un puto muñeco... ¿Y sabes qué? Lisa sabe que yo lo sé. Acaba de sonreírme de esa forma. Lo he visto en sus ojos. Y se siente orgullosa. Ha sacado la bombona de helio al jardín para que la viera y me diera cuenta...

Sacudí la cabeza.

—Estuvo controlándome desde el primer día. Todo formaba parte de su plan. Hasta el menor...

Me detuve. Acababa de darme cuenta de una cosa.

—¿Qué? —dijo Aronson.

—Ese marido suyo ni siquiera era su marido.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy hablando del tipo que me telefoneó y luego se presentó en mi casa. ¿Dónde está, ahora que puede cobrar su pasta? No ha venido porque en realidad no era su esposo. No era más que otro actor más en esta comedia.

—¿Y dónde está el verdadero marido?

Era la pregunta del millón. Pero yo no tenía la respuesta. Me había quedado por completo sin respuestas.

—Me largo.

Salí de la cola y fui hacia la puerta trasera de la casa.

—Mickey, ¿adónde vas?

No respondí. Atravesé la casa con rapidez y salí por la puerta delantera. Había llegado lo bastante pronto como para aparcar el coche a pocos metros de la casa.

Estaba llegando al Lincoln cuando oí que alguien me llamaba.

Era Lisa. Venía caminando hacia mí.

—¡Mickey! ¿Es que ya se va?

—Me voy, sí.

—¿Por qué? La fiesta no ha hecho más que empezar.

Se me acercó.

—Me voy porque lo sé todo, Lisa. Todo.

—¿Qué es eso que cree saber?

—Que me estuvo utilizando como a todos los demás. Como al propio Herb Dahl, incluso.

—Vamos, por favor, usted es abogado. Y ahora va a llegarle más trabajo que nunca.

Justo acababa de reconocerlo todo. Así de fácil.

—¿Y si no quiero este tipo de casos? ¿Y si prefiero creer que hay personas que no mienten?

Guardó silencio. No terminaba de entenderlo.

—No se ponga así, Mickey. Ya se le pasará.

Asentí con un gesto. Era un buen consejo.

—¿Y él quién era, Lisa? —pregunté.

—¿Él? ¿A quién se está refiriendo?

—Al tipo que me mandó y que se hizo pasar por su marido.

De repente, su labio inferior dibujó una casi imperceptible sonrisa de orgullo.

—Adiós, Mickey. Gracias por todo.

Me dio la espalda y echó a andar hacia la casa. Me subí al Lincoln y me alejé de allí.

Estaba sentado en la parte trasera del Lincoln, cruzando el túnel de Third Street, cuando el móvil empezó a vibrar. En la pantalla aparecía el nombre de Maggie. Le indiqué a Rojas que apagara la música —en la radio estaba sonando *Judgement Day*, un tema del último álbum de Eric Clapton— y respondí a la llamada.

—¿Esto ha sido cosa tuya? —me preguntó a bocajarro.

Miré por la ventanilla. Acabábamos de salir del túnel, y el sol brillaba en lo alto. Me sentía exactamente así. Habían pasado tres semanas desde que el jurado emitiera su veredicto, y cuantos más días me distanciaban del juicio, mejor me sentía. Me esperaba algo nuevo en el camino.

—Pues sí.

—¡Vaya! Me alegro mucho.

—Pero está claro que voy a seguir siendo un muerto de hambre. La competencia es feroz, y estoy sin un centavo.

—No importa. Ahora todos saben quién eres; la gente se fija en ti y te respeta por haber mostrado un mínimo de integridad. Yo por lo menos te respeto. Has dejado claro que tú no te vendes. Y los que no se venden terminan por salir adelante. Así que no te preocupes, el dinero ya vendrá.

No estaba seguro de que las palabras «yo» e «integridad» casaran en una misma frase. Pero estaba dispuesto a creermelo todo lo demás, y hacía mucho, muchísimo tiempo que Maggie «la Fiera» no parecía tan feliz.

—Bueno, ya veremos —dije—. Mientras tenga tu voto, no me importa si no tengo ninguno más.

—Muy amable, Haller. ¿Y ahora qué?

—Buena pregunta. Voy a tener que abrir una cuenta en un banco y...

El timbre del móvil empezó a sonar. Tenía otra llamada. Miré la pantalla y vi que era un número oculto.

—Mags, espera un momento, déjame responder a esta otra llamada.

—Adelante.

Pasé a la otra llamada.

—Michael Haller.

—¡Esto ha sido cosa suya!

Reconocí la voz rabiosa. Lisa Trammel.

—¿Qué ha sido cosa mía?

—¡La policía se ha presentado en mi casa! Están excavando en el jardín, lo están buscando. ¡Y les ha enviado usted!

Supuse que con ese *lo* se refería a su desaparecido esposo, el que en realidad nunca llegó a México. Lisa me hablaba con el típico tono estridente de cuando estaba a punto de perder los nervios por completo.

—Lisa, yo...

—¡Necesito que venga aquí ahora mismo! Necesito un abogado. ¡Van a detenerme!

Sabía qué iba a encontrar la policía en el jardín, quedaba claro.

—Lisa, yo ya no soy su abogado. Puedo recomendarle a...

—¡Nooo! ¡No puede abandonarme! ¡Ahora no puede dejarme tirada!

—Lisa, acaba de acusarme de haber hecho que la policía se presente en su casa. ¿Y ahora quiere que la represente?

—Le necesito, Mickey. Por favor.

Rompió a llorar, con aquel sollozo prolongado y retumbante que ya había oído demasiadas veces.

—Búsquese a otro, Lisa. Se acabó. Con un poco de suerte, quizá sea yo quien la procese en su próximo juicio.

—¿De qué me está hablando?

—De que acabo de presentarme como candidato a fiscal del distrito.

—No entiendo.

—Voy a cambiar de vida. Estoy harto de mezclarme con gente como usted.

Al principio no respondió, pero podía oír su respiración. Cuando finalmente lo hizo, su voz resonó fría y sin entonación.

—Tendría que haberle dicho a Herb que se asegurara de que aquellos dos le dejaban lisiado de verdad. Es lo que se merece.

Ahora fui yo el que guardó silencio. Sabía a qué se estaba refiriendo. A los hermanos Mack. Dahl me había mentado al decir que la paliza había sido cosa de Opparizio. No encajaba con el resto de lo sucedido. Pero ahora sí. Había sido Lisa quien encargó la paliza, porque pensó que una agresión a su propio abogado contribuiría a desviar sospechas. Y me llevaría a mí a pensar en otras posibilidades.

Me las arreglé para hablar con mi voz de siempre y dije las últimas palabras que iba a oír de mis labios.

—Adiós, Lisa. Y buena suerte.

Me rehíce un poco y retomé la comunicación con mi exmujer.

—Lo siento... era una cliente. Una antigua cliente.

—¿Todo en orden?

Apoyé el hombro en la ventanilla. Rojas estaba torciendo por Alvarado en dirección a la autovía 101.

—Sin problemas. Y bien, ¿quieres salir conmigo esta noche? Para hablar un poco de la campaña...

—Mira, mientras estabas en la otra línea, he pensado que igual podrías venir a mi casa. Podemos cenar con Hayley y luego hablamos del asunto, mientras ella hace los deberes.

Era inusual que me invitara a su casa.

—Ya lo pillo. Para que invites a un tipo a casa, primero tiene que presentarse a candidato a fiscal del distrito. Es eso, ¿no?

—No te pases de listo, Haller.

—Oído. ¿A qué hora nos vemos?

—A las seis.

—Hasta entonces, pues.

Colgué. Estuve mirando por la ventanilla unos minutos.

—¿Señor Haller? —intervino Rojas—. ¿Es verdad que va a presentarse como candidato a fiscal del distrito?

—Pues sí. ¿Acaso te molesta, Rojas?

—Nada de eso, jefe. Pero ¿va a seguir necesitando un chófer?

—Claro, Rojas, el trabajo es tuyo.

Llamé al despacho. Me respondió Lorna.

—¿Por dónde andan los demás?

—Están aquí. Jennifer está usando tu despacho, hablando con un nuevo cliente. Un caso de desahucio. Y Dennis con el ordenador. ¿Dónde has estado?

—Por el centro. Pero ahora vuelvo. Que nadie se marche del despacho. Tenemos una reunión.

—Muy bien. Ahora se lo digo.

—Estupendo. Nos vemos en media hora o así.

Apagué el móvil. Estábamos subiendo por la rampa de acceso a la 101. Los seis carriles estaban atestados de estructuras metálicas que ascendían a ritmo lento pero sostenido. No hubiera querido estar en ningún otro lugar. Esta era mi ciudad, y así era como se suponía que tenía que ser. Pilotado por Rojas, el negro Lincoln fue de un carril a otro, sorteando el tráfico, llevándome a un nuevo destino.

Agradecimientos

El autor quiere dar las gracias a muchas personas por la ayuda brindada durante la redacción de esta novela. Entre ellas se cuentan Asya Muchnick, Bill Massey, Terrill Lee Lankford, Jane Davis y Heather Rizzo. También estoy muy agradecido a Susanna Brougham, Tracy Roe, Daniel Daly, Roger Mills, Jay Stein, Rick Jackson, Tim Marcia, Mike Roche, Greg Stout, John Houghton, Dennis Wojciechowski, Charles Houchell y, por último pero en posición destacada, Linda Connelly.

Esto es una novela. Cualquier posible error en lo referente a los hechos, la geografía o la normativa legal y los procedimientos judiciales es responsabilidad exclusiva del autor.



MICHAEL CONNELLY (Filadelfia, Pensilvania, 1956). Es uno de los principales autores estadounidense de novelas policiacas. Rendido admirador del escritor Raymond Chandler, decidió escribir novela negra cuando empezó a leer las obras de este mientras estudiaba en la Universidad de Florida, donde se licenció en periodismo en 1980. Trabajó como periodista en Daytona Beach y Fort Lauderdale (Florida).

En 1986, uno de sus artículos, escrito junto a otros dos periodistas, fue finalista del Premio Pulitzer, lo que le sirvió para ganarse un puesto en el *Los Angeles Times* como reportero criminal. Después de tres años trabajando ahí publicó su primera novela, *The Black Echo (El eco negro)*, basada en un suceso real y protagonizada por Bosch, con la que ganó el Premio Edgar en la categoría de Mejor primera novela, concedida por la asociación de Escritores de Misterio de América.

Tras su cuarta obra, *El último coyote*, abandonó el periodismo para dedicar todo su tiempo a la escritura creativa. Además de las novelas de Bosch, también ha escrito otras obras, entre las que se incluye *Blood Work (Deuda de sangre)*, que fue adaptada al cine en 2002 con dirección y protagonismo de Clint Eastwood.

En febrero de 2009 recibe el Premio Pepe Carvalho, galardón otorgado por el Institut de Cultura del Ajuntament de Barcelona, dentro de la BCNegra. En 2012 obtuvo el VI Premio internacional RBA de novela negra por *The black box*, decimoctava de las novelas protagonizadas por el detective Harry Bosch, ambientada en los disturbios raciales de 1992 en Los Ángeles.

Desde 2001, reside en Tampa (Florida) con su familia.

Notas

[1] «Foreclosure Litigants Against Greed» viene a ser algo así como «Víctimas de los desahucios contra los abusos bancarios». Su acrónimo FLAG significa «bandera» en castellano. (*N. del t.*) <<

[2] Se trata de una referencia indirecta al muy sonado juicio contra O. J. Simpson. (*N. del t.*) <<

[3] En castellano en el original. (*N. del t.*) <<

[4] «Vato», en castellano en el original. En el norte de México se usa como sinónimo de fulano, tipo, muchacho, etc. (*N. del t.*) <<

[5] En inglés, «tripas» es *guts*. (N. del t.) <<